ALFAGUARA

Manuel Vicent

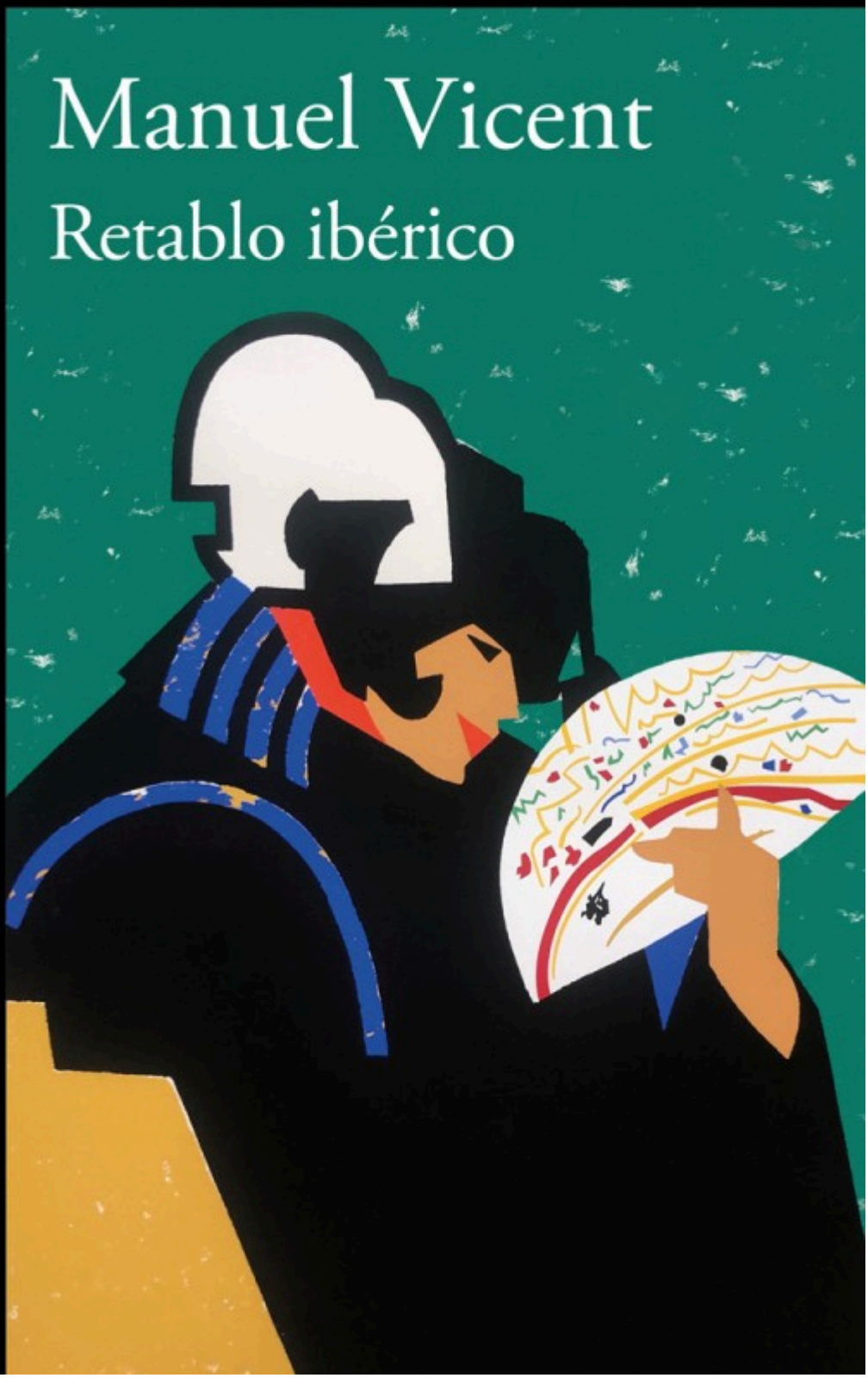
Retablo ibérico

Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

Manuel Vicent

Retablo ibérico



Narrativa Hispánica

Retablo ibérico

Manuel Vicent

Retablo ibérico

Aguirre, el magnífico
El azar de la mujer rubia
Desfile de ciervos

ALFAGUARA

Aguirre, el magnífico

1985

De cómo fui nombrado biógrafo del duque ante el rey de España con un chorizo de Cantimpalos en la mano.

1985

El 23 de abril de 1985, en la Universidad de Alcalá, el novelista Torrente Ballester acababa de pronunciar en el paraninfo el discurso de aceptación del Premio Cervantes, y después de la ceremonia, con la imposición de la inevitable medalla, se celebraba un vino español en el severo claustro renacentista alegrado con algunas flores y setos trasquilados. Bandejas de canapés y chorizos de Cantimpalos, cuya grasa brillaba de forma obscena bajo un sol de primavera, pasaban a ras del pecho de un centenar de invitados, gente de la cultura, escritores, políticos, editores, poetas. Uno de ellos era Jesús Aguirre, duque de Alba. Lo descubrí en medio del sarao, transfigurado, redivivo, como recién descendido del monte Tabor. Me acerqué y le dije bromeando: «Jesús, ¿puedo tocarte para comprobar si eres mortal?». El duque me contestó: «Querido, a ti te dejo que me toques incluso las tetillas». Vista la proposición, expresada con una dosis exacta de ironía y malicia, le confesé que me proponía saludar al Rey, pero que en este caso prefería la compañía de un Alba a la de un Borbón. «¿No conoces a Su Majestad?». El duque tiró de mí para conducirme ante la presencia del monarca. Saludar al Rey después del frustrado golpe de Tejero del 23-F era un acto que estaba ya bien visto, incluso era buscado por los ácratas más crudos. El anarquista celeste Gil-Albert, poeta de la generación del 27, regresado del exilio de México, me dijo un día: «He rechazado muchas invitaciones a palacio, pero ahora no me importaría ir a Madrid a darle la mano a ese chico».

Don Juan Carlos vestía chaqué, empuñaba una vara de mando, se adornaba con el toisón de oro, un collarón con catorce chapas

doradas, instituido en 1430 por Felipe III de Borgoña en honor de sus catorce amantes, que al parecer tenían todas el sexo rubio, como el vellocino de oro. Nuestro Rey lucía esa orden y ahora estaba rodeado de tunos cuarentones que se daban con la pandereta en la cabeza, en el codo, en las nalgas, en los talones y le cantaban asómate al balcón carita de azucena y no sé qué más, como si fuera una señorita casadera. Jesús Aguirre se abrió paso en el enjambre de guitarras y plantado ante el Rey dijo muy entonado: «Majestad, le presento a mi futuro biógrafo». Y a continuación pronunció mi nombre y apellido, mascando con fruición las sílabas de cada palabra. El Rey echó el tronco atrás con una carcajada muy espontánea y exclamó: «Coño, Jesús, pues como lo cuente todo, vas aviado». Esta salida tan franca no logró que el duque agitara una sola pestaña, sino una sonrisa cínica, marca de la casa. En ese momento, entre el rey de España, el duque de Alba y este simple paisano apareció a media altura una bandeja de aluminio llena de chorizos de regular tamaño, cada uno traspasado por un mondadientes, como se ven en la barra de los bares de carretera a merced de los camioneros. Una señora vestida en traje regional, de alcarreña o algo así, ofreció el presente con estas palabras: «¿Un choricito, Majestad?». Y Su Majestad exclamó: «¡Hombre, un chorizo! ¡Venga, a por él!». Jesús Aguirre, obligado tal vez por el protocolo, alargó también la mano. Con un chorizo ibérico en el aire trincado con el mondadientes, Su Majestad me dijo: «Y tú qué, ¿no te animas?». Contesté algo confuso: «No puedo, señor, estoy cultivando una úlcera de duodeno con mucho cariño».

Con la boca llena de chorizo, ni el Rey ni el duque podían emitir palabra alguna y menos una opinión que no fuera el placer que se les escapaba a través de una mirada turbia, y por mi parte yo no encontraba un pensamiento que fuera el apropiado para la ocasión. Mientras ambos en silencio salivaban el don del cerdo, pude contemplar cómo por la barbilla real y por la comisura del duque se deslizaba una espesa veta de grasa, imagen de una felicidad que más que a la monarquía y al ducado correspondía al pueblo llano. «No sabes lo que te pierdes», dijo el rey de España cuando ya pudo

hablar. Los tunos habían acompañado este encuentro con la canción de *Clavelitos* y luego se fueron a dar la tabarra a otros invitados.

En la fiesta se comentaba el atentado acaecido unos días antes en el restaurante El Descanso, cerca de Torrejón, atribuido a la Yihad Islámica, que había cosechado dieciocho muertos y más de ochenta heridos. La posibilidad de saltar por los aires mientras uno come chuletas con la familia en un merendero, a causa de un hipotético agravio a una secta religiosa o por una injusticia social que sucede en cualquier rincón del mundo, comenzaba a ser incorporada a la conciencia colectiva española. El sentido de la culpa universal era una dádiva que acababa de regalarnos la historia y que ya no nos iba a abandonar. Usted es responsable de la cólera de un fanático, que expresa su venganza a diez mil kilómetros de distancia. «¿Otro choricito, Majestad?». «No, gracias», dijo el monarca.

El galardonado Torrente Ballester andaba cegato, irónico y un poco perdido recibiendo parabienes de todo el mundo en medio del cotarro. El duque de Alba y el escritor se encontraron y, después de abrazarse y felicitarse mutuamente, comenzaron a recordar detalles de una escena extraña que, al parecer, habían compartido hacía ya muchos años. «Fue en mi piso de la avenida de los Toreros —dijo Torrente— cuando sucedió aquel prodigio. De pronto, Dios se apareció debajo de la cama de mi hijo Gonzalito y, como tú entonces eras el cura más moderno del mundo, te llamó Ridruejo para que nos sacaras de aquel apuro». El duque sonrió: «Lo recuerdo muy bien. Fue prácticamente la última vez que ejercí el ministerio eclesiástico antes de abrirme al laicado. No está mal haber terminado con aquello asistiendo a un milagro, ¿no te parece?». El relato de este lance surrealista quedó interrumpido porque en ese momento vino alguien con la noticia de que Camilo José Cela, al que negaban el galardón año tras año, acababa de declarar en Radio Nacional que el Premio Cervantes era una mierda. «Este Camilón ha ido a Estocolmo a promocionarse para el Nobel. Ante el pleno de la Academia Sueca ha afirmado que puede absorber por el culo una palangana llena de agua», comentó Torrente. «En ese caso, seguro que le dan el Nobel de Física», dijo el duque.

Puesto que me había nombrado su biógrafo oficial siendo testigo el rey de España, lamenté no tener el talento de Valle-Inclán, ya que Jesús Aguirre, como personaje, podía desafiar con ventaja a cualquier ejemplar de la corte de los milagros. Según Valle-Inclán, el esperpento consiste en reflejar la historia de España en los espejos deformantes del callejón del Gato. Si este hijo natural, clérigo volteriano, luego secularizado y transformado en duque de Alba, se hubiera expuesto ante esos espejos, probablemente los habría roto en pedazos sin tocarlos o tal vez en el fondo del vidrio polvoriento habría aparecido la figura del Capitán Araña.

Terminado el acto académico en Alcalá de Henares, cuando regresaba a Madrid, en la radio del coche balaba la cabrita de Julio Iglesias echando caramelos por la boca. El locutor interrumpió la canción *Soy un truhan, soy un señor* para dar la noticia de la muerte de otro militar a manos de ETA, seguida de las condolencias y repulsas de los políticos, entre las que sobresalía la voz engallada del ministro socialista de Interior con la amenaza difusa de tomar represalias. Luego en la radio sonó *El vals de las mariposas,* de Danny Daniel, mientras yo trataba de recordar cuándo y en qué lugar me había encontrado por primera vez con Jesús Aguirre.

1970

Un bello dálmata se paseaba entre libros de la Escuela de Fráncfort y el odio comenzó rompiendo algunos escaparates.

1970

La memoria me llevó al palacete con jardín de la plaza del Marqués de Salamanca, donde estaba ubicada la editorial Taurus, que entonces era un negocio del banquero Alfonso Fierro, adquirido a Pancho Pérez González, su fundador. Se movía por allí un gerente barbudo llamado Sanabria, de la confianza del Banco Ibérico, con aspecto de no tener idea de libros, aunque en aquel tiempo con sólo llevar barba ya se tenía mucho ganado como intelectual. Sentado a una mesa en un rincón se hallaba un jovencito silencioso, muy introspectivo, que después sería el novelista José María Guelbenzu. En el zaguán se había cruzado conmigo un muchacho, a quien alguien llamó Jaime. Llevaba de la correa a un perro, los dos tan bellos como distantes. Ni el uno me ladró ni el otro se dignó mirarme. El perro era un dálmata y Jaime era hijo de Fierro, el amo del asunto, quien, según decían, había sido imantado por la inteligencia de Jesús Aguirre.

Probablemente era la primavera de 1970, cuando yo pretendía escribir una biografía de Azaña, una estampa política o cosa parecida. Tenía una amiga feminista de la vía dura, con una tijera estampada en la camiseta entre los senos, Vicki Lobo, a quien todos los años al llegar el 14 de abril, excitada con la flor de las acacias, le salían ronchas republicanas en la cara, y alentado por ella me presenté sin previo aviso en la editorial Taurus. Tenía entendido que para hablar con Aguirre había que pedir audiencia como si se tratara de un ministro o más y que él la concedía a capricho y con mucha reserva, pero ante mi sorpresa fui introducido enseguida por la secretaria Maripi en su despacho y sin conocerme de nada me

recibió muy afable, incluso sonriente. En ese momento yo creía que Jesús Aguirre era cura y esperaba verlo con sotana o con alzacuello de clergyman, pero lo encontré muy visual con chaqueta blanca, corbata de seda natural llena de elefantes con la trompa alzada, un chal sobre los hombros color fucsia y media melena que le cubría las orejas, signo de la modernidad progresista de la época. Del respaldo de su sillón colgaba un bolso bandolera de lona, marca Yves Saint Laurent, pero no pude ver si calzaba zapatos italianos de tafilete con dos borlitas saltarinas y los famosos lacitos de colores en el empeine, de los que todo el mundo hablaba.

En ese tiempo la dictadura franquista se dejaba dar algún pellizco de monja por el diario *Madrid,* donde yo escribía artículos en la Tercera Página y ejercía la crítica de arte, sobre todo de los pintores del grupo El Paso, que exponían en la galería de Juana Mordó. La ley de prensa de Fraga acababa de suprimir la censura previa. Ya no era obligado ir con las galeradas al ministerio o a la delegación de Información en las capitales de provincias para que un censor dispéptico, oliendo a semen seco, tachara a su antojo con un lápiz rojo cualquier palabra, frase, pensamiento u opinión que no le gustara. En cierto modo, Fraga había cortado las alambradas, pero había dejado el campo sembrado de minas y cualquier periódico se jugaba la edición entera y una editorial toda la tirada del libro impreso si una mina estallaba al pisarla. Poco después de aquella primera cita con Jesús Aguirre, el diario *Madrid* saltó por los aires, como aviso a navegantes.

Franco todavía pescaba cachalotes en ese tiempo y mataba venados, perdices rojas y toda clase de marranos con rostro inexpresivo, el belfo entreabierto y la barbilla caída. Un día de Navidad en que para celebrar el nacimiento del Niño Dios el dictador tiraba a las palomas desde una ventana del Palacio de El Pardo, la escopeta de caza le reventó la mano y no por eso dejó de firmar sentencias de muerte con la mano que le había quedado intacta.

La rebeldía tenía varios frentes. En la Universitaria los estudiantes arrojaban tazas de retrete desde las ventanas de las facultades sobre los caballos de los guardias. En una de aquellas asonadas alguien descolgó un crucifijo que presidía un aula de Filosofía y

Letras, lo utilizó como arma ofensiva lanzándolo por los aires y el crucifijo quedó abandonado en el solar del paraninfo, pisoteado por la estampida de los búfalos. Por este sacrilegio hubo un acto multitudinario de desagravio en la iglesia de San Francisco el Grande, en el que participaron todas las autoridades académicas.

Cada reunión clandestina se cerraba con la ceremonia de la recaudación de la voluntad para los presos políticos y la nueva expedición de los argonautas consistía en llevarles por Navidad turrones a Carabanchel, aunque la cárcel de Carabanchel comenzaba a parecer una universidad expendedora de títulos antifranquistas y algunos temían que se les pasara el tiempo de adquirir su certificado para colocarse en la parrilla de salida que los llevaría al poder. Manuel Azaña era entonces un valor creciente en el hipotético horizonte republicano, con un sueño que rebrotaba cada año en el aire de abril junto con las flores de las acacias.

Por otra parte, la Iglesia se estaba renovando merced al Concilio Vaticano II. Habían aparecido los curas obreros, las comunidades cristianas de base y algunos obispos contestatarios. El cardenal Tarancón, a la hora de tomarse una paella entre naranjos en la huerta de Burriana, se subía las faldas de la sotana hasta las rodillas, se liberaba del alzacuello, se fumaba un puro en la sobremesa huertana y no veía mal que los curas echaran alguna vez una cana al aire, aunque este hedonismo mediterráneo escondía a un pragmático que usaba el sentido común como un revulsivo en medio de la caspa de Trento. El obispo Iniesta iba por el barrio de Doña Carlota de Vallecas con una cartera de fuelle como un practicante del seguro y le saludaban los mecánicos de taller, los tenderos, los mozalbetes tirados en la acera, que llevaban una navaja de labor en el bolsillo y una cerveza en la mano. Este obispo, que ya había recibido alguna paliza por parte de los fascistas, impartía teología evangélica entre la gente subalterna, convencido de que la justicia social abrigaba más que la caridad. Xabier Arzalluz era un jesuita que había hecho apostolado entre los españoles emigrados en Alemania; el cura Miguel Benzo comenzó a introducir una rebeldía espiritual entre universitarios de Acción Católica; el padre Llanos, que en los años cincuenta, al frente de unos falangistas beatos,

arrojó huevos podridos contra los carteles de la película *Gilda* en un cine de la Gran Vía, se fue a predicar el Evangelio de los pobres a El Pozo del Tío Raimundo; el canónigo Espasa, en Valencia, abrió la facultad de Filosofía a la espiritualidad moderna y en las clases de religión hablaba de Sartre y de Camus; el padre Gamo soliviantaba a los fieles en Moratalaz; en los templos, el gregoriano había sido sustituido por las guitarras y se consagraba la eucaristía con pan de pueblo de cuatro cereales, y para la sangre de Cristo servía el vino peleón o un Vega Sicilia si se quería ver más bueno a Dios. Pero Jesús Aguirre era un clérigo fino que se hacía pasar por jesuita, aunque sólo era cura secular, que había estudiado Teología en Múnich y a quien se supone que algún desaprensivo había jurado que en el mundo había obreros, cosa que él parecía ignorar, aunque había visto de cerca a los emigrantes españoles por las calles de la capital de Baviera, encaramados en los andamios y durmiendo en barracones con gesto indigente. Dios le había llamado para una misión mucho más elevada.

Primero Jesús Aguirre fue asesor de publicaciones religiosas. Después se hizo cargo de Cuadernos Taurus, pero al tomar por asalto el mando absoluto de la editorial, quedó desbancado su predecesor García Pavón, el autor manchego del detective Plinio, y el espíritu de Tomelloso pasó a la estética de la Escuela de Fráncfort. Los partidarios de García Pavón, al verlo en la calle, contraatacaron y en las mesas del café Gijón aparecieron octavillas malévolas en las que se decía que, más que de Adorno y Walter Benjamin, el cura Aguirre entendía de jóvenes griegos y en ese asunto era todo un Platón. «¿Me puedes decir qué significa esto de Platón? —se preguntaban los enemigos del cura en el café—. ¿Tenía Platón un dálmata?». Pero las calumnias cesaron y José Luis Aranguren, llamado por algunos Amarguren, ya había dejado de ser un moralista cenizo y después de fumarse unos porros con los estudiantes en el campus de La Jolla se había traído del exilio la felicidad californiana que impartía Marcuse para convertirse en el intelectual de guardia en Taurus a pleno rendimiento, y en el palacete de la plaza del Marqués de Salamanca comenzaron a entrar y salir Fernando

Savater, Juan Benet, Javier Pradera, Juan García Hortelano, Jaime Salinas y los catalanes Gil de Biedma, Carlos Barral y José María Castellet. Nunca se había visto hasta entonces una editorial con perro de lujo incorporado. El dálmata confería a la Escuela de Fráncfort una elegancia inusitada. Se paseaba por los despachos y según una maldad de Aguirre estaba especializado en comerse crudos los manuscritos de Baltasar Porcel. Después Baltasar Porcel se vengó de semejante afrenta escribiendo contra Jesús Aguirre un artículo brutal, sangrante, titulado «Un duque de zarzuela», cuando éste subió a los cielos de la Casa de Alba.

La cultura se había sacudido por fin el yugo de Ortega: el-que-lo-había-dicho-todo-antes-que-Heidegger, según contaba maliciosamente Juan Benet. Martín Santos parodiaba en la tertulia de Gambrinus la famosa conferencia en la que el filósofo analizó una manzana en la mano desde cuatro puntos de vista; después de escribir un libro de éxito, *Naturaleza, Historia, Dios,* que incluso se entendía, Zubiri quedó encerrado en una caja fuerte del Banco Urquijo, pero su presidente Juan Lladó lo sacaba una vez al año para que explicara a unas señoras de la burguesía perfumada en qué consistía la inteligencia sentiente; Aguirre servía a los suyos un martini seco con Adorno y Walter Benjamin como gotas de angostura, en la barra de Taurus, en la tertulia de Parsifal o en el pub de Santa Bárbara.

Aquel día de primavera del difuso 1970, sentado frente a Aguirre, mientras él cerraba unas carpetas antes de hablar, pensé que podía aplicársele el verso de Auden: «La rotura de una taza de té es el camino que lleva al país de los muertos». Tenía cada gesto exactamente estudiado y se le veía pulcro, sobrado, dominador del medio, pero era de esos intelectuales excesivamente cultos que no logran afianzarse del todo en el sillón de mando si antes no se apoyan en una maldad contra un colega que les cae antipático. «Le he pedido un original a este fulano —fue lo primero que me dijo blandiendo en el aire un mazo de folios encuadernado— sólo por el placer de devolvérselo». Y luego se adornó con una cita, que en este caso fue esta máxima de Goethe: «La Iglesia lo debilita todo». La

pronunció en alemán y, después de traducirla bien o mal, añadió: «Algunos ya me consideran un hereje». Me dije: he aquí a un tipo fuera de lo común, vestido como un veraneante del Adriático sin ser del todo ridículo, con una inteligencia que se salva de la pedantería por el cinismo. ¿Será realmente tan culto como parece o será todo él un simulacro?

Yo tenía entonces una vaga idea del pasado de Jesús Aguirre. Lo cierto es que en esa época constituía ya un referente cultural del progresismo religioso de la sociedad madrileña, amamantador de teología alemana para ovejas selectas descarriadas, lo que le había merecido ser árbitro en el diálogo entre marxistas y cristianos con el diplomático Julio Cerón, Aranguren y Alfonso Carlos Comín, en el que Aguirre hacía de diablo, pero en ese momento aún debía sobre todo la fama a su lengua mordaz contra sus enemigos y a sus sermones en la iglesia de Santo Tomás de Aquino en la Universitaria, que habían dejado admirados a creyentes y agnósticos, gracias a que no se entendían nada, pero parecían muy osados.

Un domingo de mayo de 1962 yo asistí a uno de ellos. El recuerdo más antiguo que tenía del personaje era aquella misa en latín, que Aguirre celebraba de espaldas a los fieles, a los que sólo daba la cara en el momento de volverse para emitir el dominus vobiscum abierto de brazos, cantándolo muy entonado. Prácticamente sólo le recordaba el cogote bien trasquilado y la coronilla tonsurada, pero el vuelo de manos y el desparpajo litúrgico con la hostia, el cáliz y los corporales sobre el altar eran idénticos a los que ahora usaba sobre la mesa cargada de supuestos libros de la Escuela de Fráncfort.

Sentado frente a él, después de algunos titubeos de principiante en el oficio, temiendo una respuesta cruel, le manifesté mi proyecto literario. «Quiero escribir un libro sobre Azaña», le dije. Ante mi sorpresa, Jesús Aguirre se mostró casi eufórico. «Éste es el momento preciso para que escribas ese libro. Podría ser una bomba. ¿Por qué quieres hacerlo?». Le dije: «Tengo una amiga republicana que cada 14 de abril entra en erupción. Es la única forma de calmarla». No le sorprendió una respuesta tan cursi e imaginaria. «No escribas nunca por amor», dijo, pero me animó a complacerla.

Fue un proyecto frustrado, uno más. Los cuatro tomos de las obras completas de Azaña editadas por la editorial Oasis, que me había traído de un viaje por México, quedaron en un anaquel de mi biblioteca testigos de mi abulia. Estaba en esa época rodeado de aventuras, pasiones, sueños y proyectos nunca realizados. Ésa parecía ser mi especialidad. Después de haber ganado un premio literario pasaba por un periodo de desánimo y Jesús Aguirre comenzó a formar parte de las personas que me habían dado una nueva oportunidad desaprovechada. El recuerdo de esta visita a su despacho no hacía sino acrecentar mi frustración y durante un tiempo hice todo lo posible por rehuir su presencia.

Pero un día me enfrenté de nuevo con Jesús Aguirre en la presentación de su libro *Sermones en España,* editado por Cuadernos para el Diálogo, en la librería Rayuela, de la calle Tutor, en el barrio de Argüelles. Me llevó a remolque una vez más Vicki Lobo, la republicana, recién licenciada en Arqueología, vestida para la ocasión con atuendo específico: jersey de grano gordo, minifalda escocesa con un gran imperdible, botas altas, pendientes y collares de nueces indígenas. Mi amiga venció mi última resistencia. Quería que renovara ante el editor de Taurus, siendo ella testigo, la promesa de escribir el libro sobre Azaña o cualquier otra cosa que me hiciera recuperar la autoestima.

Las chicas más libres de entonces ya habían dejado de tomar los temas a sus novios que preparaban oposiciones a notarías. Tampoco mataban el tedio de las tardes de domingo con su pareja ante un café con leche en una cafetería a la espera de entrar en un cine de barrio y rendir en la última fila de butacas un homenaje a Onán. A partir del Mayo del 68 iban ya en vaqueros, abiertas en el transportín de las motocicletas de los primeros centauros de la progresía, que habían dado de lado a las oposiciones y comenzaban a agarrar la vida directamente por el rabo y se hicieron cineastas, sociólogos, publicitarios, interioristas e incluso gastrónomos, pero en los primeros años setenta la vanguardia femenina había tomado la iniciativa en los abrevaderos, en las aulas de la facultad, en las carreras delante de los guardias y también en el sexo, hasta el punto

de que los más tímidos se protegían juntos en un extremo de la barra de las discotecas temiendo ser asaltados por aquellas guerreras. Vicki era una de ésas. Tenía una belleza lavada, los labios carnosos sin carmín, los ojos negros sin rímel, los senos sin sostén, el alma delicada y fiera al mismo tiempo y sólo olía a jabón Lux, aunque se mordía las uñas y llevaba los dedos manchados de bolígrafo. La tijera abierta aún la llevaba en el pecho dispuesta a cortar el esqueje de cualquier clase de rosal. No había una causa noble, desprendida, arriesgada e inútil, pero romántica, que no tuviera a Vicki Lobo en primera fila llevando a remolque a los más remisos de la cuadrilla. En esa época no sé si era maoísta, trotskista, de la ORT, del FRAP o todo a la vez. Creo que sólo era una rebelde, una radical contra todo y nada.

La librería Rayuela tenía una sala de exposiciones en la trastienda, repleta en este acto de feministas del estilo de mi amiga, y no sé por qué el cura Aguirre, como entonces se le llamaba, atraía a un público femenino tan entregado. Había dejado de decir misa en la Universitaria y aquel rito lo había sustituido por estos actos culturales casi con la misma liturgia pero con unos fieles distintos, que la policía tomaba como elementos subversivos y a muchos de los cuales tenía fichados. Jesús Aguirre llevaba chaqueta a cuadros y bufanda de seda color lila y estaba detrás de una mesa al fondo, su nuevo altar, con el presentador, un micrófono, un botellín de agua mineral y una copa, su nuevo cáliz, su nueva misa. Los asistentes ocupaban toda la sala, sentados en sillas de tijera, y había oyentes de pie por todos los flancos, entre los que se contaban un par de policías de la Brigada Social y otros con aspecto torvo, a simple vista fuera de contexto.

Jesús Aguirre empezó a contar que su obra recogía una selección de pláticas que había dado durante las misas en la iglesia de la Universitaria. Luego se demoró explicando que el libro había sido retenido por la censura dos años porque estaba dedicado a la memoria de Enrique Ruano, el estudiante de Derecho al que la policía, después de torturar, pegó un tiro y arrojó por una ventana desde un séptimo piso en la calle General Mola simulando una huida. En ese momento se produjo un barullo en la última fila. Un sujeto

con gabardina plegada en el antebrazo gritó: «¡Eso es mentira, cura maricón!». Hubo un conato de pelea y gritos de protesta, pero el provocador, lejos de largarse de la sala o de ser expulsado a la fuerza, quedó en pie muy engallado. Recuperada la calma, Aguirre entró en materia de forma alambicada y conceptuosa para hablar de la inmortalidad y la resurrección, de la desesperanza y la violencia, del amor célibe, de la muerte como acto político, y se refirió a un teólogo alemán, amigo y maestro suyo en Múnich, un tal Joseph Ratzinger, que había dicho que una generación debe morir para que renazca otra más avanzada, algo que estaba sucediendo ahora ante nuestros ojos. «¡Una generación de rojos, hijos de puta!», volvió a gritar aquel cabestro de la gabardina. Se armó una pelea verbal considerable e incluso hubo algunos golpes, más insultos, hasta que aquel sujeto abandonó la sala no sin amenazar de muerte al conferenciante. «Sí, señor, a usted y a sus nuevos acólitos», aulló ya desde la calle. Pero Vicki Lobo se había desprendido de mi lado y fue a por él. Le cogió de la solapa y le gritó a la cara: «Te conozco, eres el jefe de esos gilipollas hijos de puta guerrilleros de Cristo Rey que habéis destrozado los grabados de Picasso de la galería Theo y habéis robado dos». Entre varios esbirros la apartaron a patadas. Volvió a la sala con el collar de nueces destrozado y entonces me di cuenta de que era amigo de una leona. Calmada a duras penas la parroquia, el cura Aguirre comenzó a hablar del diablo como comparsa. Esta vez fue la bronca una excusa a la que me acogí para demorar mi proyecto de escribir sobre Azaña.

Aquella noche caminaba con Vicki por la calle Hortaleza, hacia el pub de Santa Bárbara, por una acera muy estrecha donde había un cubo de basura en cada portal. Para que mi amiga no pasara pegada a ellos, tratando de ser delicado, hice que se cambiara de lado y la coloqué a mi izquierda. Lo tomó como una afrenta. Vicki se volvió hacia mí y, tras llamarme machista con sumo despecho, añadió: «Puedo soportar como tú toda la basura que genera cualquier familia cristiana y la puta colza del imperio americano».

El pub de Santa Bárbara era un moderno abrevadero de la calle Fernando VI donde se reunían los primeros modernos barbudos habitantes de la alcantarilla política. A esa hora estaba lleno de

progres con patillas de hacha y pantalones de campana, distintas camadas clandestinas de rojos, unificadas por la trenca con trabillas de falsos dientes de jabalí, que compartían abrevaderos en el triángulo que formaba este pub con Bocaccio y Oliver. Escritores alcohólicos, artistas de cine y de teatro, jueces jacobinos, chulos y bohemios comenzaban a atravesar las noches de Malasaña. En el pub de Santa Bárbara, un psicoanalista, discípulo de Castilla del Pino, nos explicaba a Vicki y a mí la forma de tomar LSD con cierta garantía que te permitiera arrojarte por la ventana, levantar el vuelo sobre los tejados, dar la vuelta a la noche de Madrid llena de colores psicodélicos y aterrizar suavemente en la cama sin ninguna paranoia. Mientras la penumbra unificaba todos los licores y por encima de mi gin tonic sonaban baladas aguardentosas de Ray Charles, Otis Redding y los Beach Boys, de pronto se oyó un griterío en la calle y poco después comenzaron a cantar algunas sirenas de la policía. «Los fachas acaban de romper otra vez el escaparate de la librería Antonio Machado», llegó diciendo alguien. Los cristales rotos reflejaban en la oscuridad los nuevos tiempos que se cernían sobre España. Iluminados por los faros de los furgones de la policía, pisamos las esquirlas esparcidas por el asfalto y antes de despedirla en el portal de su casa mi amiga me amenazó: «Si no escribes ese libro, me vas a perder. Y si lo escribes, haremos un viaje a Egipto a ver si descubrimos juntos alguna momia». «No es necesario ir a Egipto. Madrid está lleno de momias con corbata que van por la calle», le dije. Un tiempo después Azaña fue estudiado y presentado de nuevo en sociedad en España por Juan Marichal y se puso de moda. Mi proyecto se perdió en la nada. Y la arqueóloga, también.

1965

La palabra sagrada se derrama desde la colina de la Universitaria
y llena de preguntas el dulce corazón de los agnósticos.

1965

Jesús Aguirre había alcanzado la primera cumbre ejerciendo la palabra sagrada con un toque de marxismo cristiano mezclado con la teología cósmica de Teilhard de Chardin. Servía ese cóctel con una labia exquisita, alambicada y conceptuosa en la iglesia de la Universitaria, que algunos llamaban Casa Sopeña, porque era este monseñor quien regentaba esa parroquia, instalada en los locales del museo de América. Los sermones de Aguirre tenían una clientela heterogénea. Algunos fieles sólo iban a misa porque esa iglesia les pillaba cerca, como era el caso del comandante del cuartel Inmemorial que me llevó a mí, pero su grey específica estaba compuesta por estudiantes católicos inconformistas, por ejemplo Enrique Ruano junto con algunos profesores con cargos políticos que querían oírlo predicar en el filo de la navaja para denunciarlo si, llevado por la lengua de fuego, metía la pata; había también hombres maduros de izquierdas que intentaban comprender los nuevos tiempos del Concilio Vaticano, dispuestos a volver a la práctica religiosa con sermones como éstos. Después estaban los amigos del predicador, y por último los frívolos que iban porque estaba de moda oír al padre Aguirre. De hecho, algunos abandonaban el templo en cuanto terminaba la predicación y entonaba el credo; en cambio, otros entraban en la sacristía al final de la misa para felicitarle por el sermón como si se tratara del camerino de un actor al final de una obra de teatro. «Un pico de oro, sí señor, y con un elegante movimiento de brazos», le decía abrazándolo el viejo e ilustre historiador Ramón Carande, que había arrastrado a misa a su discípulo Gonzalo Anes, ambos agnósticos

pero prendados por la retórica barroca y sibilina del cura. «Hoy has estado fantástico, Jesús, mucho mejor que el domingo pasado. Más valiente», le decía el profesor Tierno Galván. «¡Torero, torero!», exclamaba el catedrático Maravall, mientras Jesús Aguirre, sudoroso, se despojaba ceremoniosamente de la casulla, de la estola, del alba y el amito, dando un beso a cada una de estas vestiduras; luego se lavaba las manos ante la admiración e impaciencia de sus amigos y se las daba a besar a todos, también a las feligresas, que las había de dos clases, unas con collares de perlas y hablar melifluo, otras de las que se mordían las uñas y soltaban muchos tacos, «joder, cabrón, Jesús, qué bien has estado», pero todas besaban la mano del padre Aguirre con unción y le dejaban en el dorso una leve mancha de carmín. Sobre todo, tenía enamoradas a tres mujeres que jugarían un gran papel en su destino: a Nena Guerra Zunzunegui, la esposa de Alfonso Fierro, que le ayudó a entrar en Taurus como asesor de publicaciones religiosas; a Trini Sánchez Pacheco, mangoneadora del Frente de Liberación Popular, que vestía de forma exorbitante con medias rojas y sombrero malva, y a Mabel Pérez Serrano, hija del famoso catedrático de Derecho Político. Las tres se le cruzaron en momentos delicados de su vida.

Aparte de bien sermoneados, Aguirre tenía arrodillados en su confesonario a universitarios que luego serían prohombres del gobierno socialista y padres de la patria. Alrededor de su sotana campaban los hermanos Solana, los hermanos Bustelo, Miguel Boyer, Nicolás Sartorius, toda la familia Maravall, Peces Barba, Tamames, Fernando Morán, Herrero de Miñón, cualquier componente de la burguesía progresista con su novia respectiva. A casi todos los ejemplares de la izquierda fina madrileña los había casado, había bautizado a sus hijos, había dado un responso a sus finados y por supuesto conocía con todo pormenor las flaquezas de la carne de cada uno. «Sé muy bien de sus caídas, de sus pecados solitarios y los que cometieron con sus parejas esos personajes, que luego han sido ministros, diputados, altos funcionarios del Estado e incluso banqueros —me dijo cuando ya era duque de Alba—. Pero no olvides, querido, que estoy ligado al secreto de la confesión. No me pidas ahora que te cuente sus miserias. Por otra parte, sus pecados

no fueron nada del otro mundo. Te juro que el diablo no estaba orgulloso de ninguno de ellos». Sentado en el interior del confesonario con sotana y estola morada, Jesús Aguirre los tenía ante él de rodillas y los abrazaba, les acariciaba el lóbulo de la oreja y los empujaba con un leve pescozón en la mejilla, a medias caricia y acicate, a vaciar su corazón si se atascaban en algún pecado que solía ser casi siempre contra el sexto mandamiento. Pegados mejilla contra mejilla tuvo a próceres de la política, a señoritos intelectuales, a burguesitas posconciliares liberadas y sus alientos se mezclaban unos transportando culpas y caídas, y otro el consejo y el perdón. Pasados los años, yo contemplaba desde la tribuna de prensa toda la bancada de los socialistas en el hemiciclo del Congreso en las Cortes Constituyentes y Luis Carandell me decía: «A todos estos los ha confesado y casado Jesús Aguirre, pero se ve que su bendición no servía porque todos se han divorciado». Cuando casaba a una amiga embarazada, después de la bendición, le decía: «El amor está por encima de todo». A otras parejas les preguntaba: «¿Cómo queréis que os case?, ¿línea Pío XII o modelo Juan XXIII?». Al final de la ceremonia muchos novios se preguntaban: «¿Tú crees que estamos realmente casados?». El cura les aseguraba que lo importante era celebrarlo con un cochinillo en Botín.

Un domingo de mayo asistí a una de las misas del padre Aguirre para oír la famosa plática. La iglesia, situada en una loma cerca del arco de triunfo de la Moncloa, estaba muy cerca del cuartel Inmemorial, del paseo de Moret, donde yo realizaba las prácticas de alférez de milicias. En el regimiento había un comandante muy caballista con bigote de espadachín, que tenía una novia alemana muy rubia y una yegua que atendía al nombre de Salina. En el comedor del cuartel, recién llegado del picadero, oliendo a establo todavía, este comandante solía repetir que a este mundo se había venido sólo a creer en Dios y a montar a caballo. De hecho, algunos domingos iba a la misa del padre Aguirre montado en su yegua, que dejaba atada a un chopo como los vaqueros del Oeste lo hacen antes de entrar en la cantina. Siempre me animaba a acompañarle. «Iré si me lleva usted en la grupa, mi comandante», le dije

bromeando. «Eso está hecho, alférez. Y si no me acompaña usted, le mando al calabozo». No obstante, el comandante y su novia aquel domingo fueron a misa cabalgando a través del parque del Oeste cada uno en su jaca respectiva y yo fui caminando entre las dos yeguas con la estrella de oficial del Ejército español en la frente.

Allí estaba con la iglesia repleta Jesús Aguirre, revestido con alba, estola y casulla verde bordada con grecas de plata, envuelto en latín, de espaldas a los fieles, muchos de ellos de pie desbordando la entrada. No recuerdo de qué habló en la plática. Me pareció conceptuoso. Daba la sensación de que en medio de la oscuridad de su predicación tocaba alguna materia inflamable que yo no percibía. Puede que fuera peligrosa porque era recibida por el ceño fruncido de algunos fieles, por la sonrisa maliciosa de otros y ciertos murmullos de aprobación al término de alguna frase redonda. A mi lado, un señor de bigote espeso, con calva apostólica perlada de sudor, murmuró: «Este curita se la está jugando, el muy jodido». Imaginé que sería un tipo de la Secreta.

Tiempo después, cuando esa misa era un suceso místico y social donde se daban cita seres muy evanescentes, sucedió un percance que alcanzó la cota máxima de la estética. Al parecer uno de sus amigos predilectos, con quien el cura había establecido una relación particular, lo había abandonado. El neófito había perdido la fe, había dejado la práctica religiosa y había desaparecido de su vida. Hacía casi un año que no se veían y se condolía de su ausencia. Jesús Aguirre ignoraba su paradero, le dijeron que se había ido a París, pero un domingo de primavera en que el cura lo daba por perdido y rememoraba aquel platonismo griego como una amarga dulzura del corazón, el amigo tornó al redil y acudió a misa. Cuando Jesús Aguirre se volvió hacia los fieles para decir dominus vobiscum, de pronto, con los brazos abiertos, vio muy sorprendido a su amigo, que sonreía sentado en la cabecera del primer banco. El cura también le sonrió y, en lugar de decir dominus vobiscum, realizó un silencio muy medido, cinco segundos de eternidad, y después, con los ojos fijos en su amigo recuperado, exclamó: «Bonjour, tristesse». Quién era ese amigo no lo supe hasta unos años más tarde.

1980

Un gabinete del siglo XVIII a salvo de los gritos histéricos y la magia de un retrato en el palacio de Liria.

1980

Un domingo de otoño de 1980, cuando a media tarde me dirigía al palacio de Liria, pasaban coches por la calle de la Princesa de Madrid con banderas españolas enarboladas por las ventanillas, bajo el clamor de los megáfonos que expandían consignas patrióticas en el aire. Grupos de neonazis armados con cadenas campaban a sus anchas por la plaza de los Cubos; irrumpían en las cafeterías y ponían algunas mesas patas arriba con todas las meriendas, tazas de cafés con leche, platos con medias tostadas y cruasanes, botellas y cucharillas, por el solo placer de sembrar el terror entre los clientes, en su mayoría parejas apacibles de mediana edad. Otra fracción de estos cachorros engominados también se fajaba con las primeras tribus de la movida, que ya lucían la cabeza con crestas de gallo pintadas de verde o rojo, en la cola de los minicines Alphaville, donde se exhibía la película de Almodóvar *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón.* Ante mis propios ojos sucedió un hecho brutal. Un yonqui que pedía con voz gangosa cien pesetas para un bocadillo en la puerta del Vips fue apaleado a fondo con bates de béisbol, arrastrado luego por los pies y depositado dentro de un gran tambor de basura del McDonald's junto con los restos de hamburguesas, crocantis, botes de cocacolas y la nueva bollería industrial, dobos, dónuts, conguitos, en cuyos envases se notaba, más que en las ideas, la modernidad recién llegada a este país. Después de la concentración celebrada por la mañana en la plaza de Oriente para conmemorar el quinto aniversario de la muerte de Franco, los patriotas excitados se habían diseminado por la ciudad para

reconquistar el nuevo terror y la antigua gloria, que la historia les estaba arrebatando de las manos.

En un piso de la plaza de los Cubos vivía el poeta Rafael Alberti, que en ese tiempo de zozobra andaba siempre con un pequeño transistor abierto en el bolsillo de la solapa, conectado día y noche con la Cadena Ser, por si tenía que huir de nuevo al exilio en caso de que se levantaran los militares, según el rumor cada día más espeso. Conociendo su natural cobardía, pensé en el espanto que sentiría el poeta si llegaban hasta su apartamento las violentas ráfagas de los altavoces. A unos pasos, en la Torre de Madrid, vivía también Luis Buñuel, pero este cineasta era sordo y lo lógico era que no oyera nada.

A salvo ya de los gritos histéricos, llamé al timbre del palacio de Liria y una voz a través del portero automático preguntó quién era yo, una cuestión que siempre he considerado metafísica. Dije mi nombre y los dos apellidos, seguidos del número del carné de identidad. Junto a la verja de lanzas doradas, mientras esperaba a que me abrieran la cancela, pasó por mi lado otra reata de falangistas muy jóvenes con camisa azul, aventada por un cojo cincuentón de paisano, bigote de cepillo, gafas negras y algunas muelas de oro. Pese a que había dos policías de carne y hueso guardando la entrada del palacio bajo la pareja de leones mesopotámicos de granito encaramada en las jambas, el cojo se vino hacia mí y señalándome con su bastón, que ejercía como vara de pastor, se dirigió a su ganado con estas palabras: «Mirad, éste es uno de esos progres de mierda». Luego se golpeó la patilla entrecana con la punta de los dedos a modo de saludo paramilitar, seguido de una mueca de orgullo, y habló a los policías con la boca rasgada: «Un día como hoy tengo a los chavales muy nerviosos, puede pasar cualquier cosa», les dijo. «Sujétalos, Rufino, sujétalos bien, no vayamos a joderla otra vez. Lo que tengas que hacer, lejos de aquí», le advirtió uno de los guardias, que, al parecer, sabía su nombre de pila de alguna gloria anterior. El cojo y su recua siguieron camino hacia la plaza de la Moncloa.

En ese momento, desde un mando a distancia se abrió la cancela, cuyos cerrojos eran de alta calidad, de esos que separan dos

mundos, dada la forma rotunda con que sonaron. Comencé a caminar por la pradera trasquilada pisando hojas crujientes de álamo que la ventolina de aquella tarde de otoño arrumbaba hacia la fachada neoclásica del palacio de Liria. Mi visita constaba en el orden del día y estaba anunciada para las seis de la tarde. El mayordomo, que supe luego que se llamaba Ángel, adornado con galones verdes, me recibió en la puerta de cristal y bruñidos metales, y me precedió en la escalinata que desde el vestíbulo llevaba a la segunda planta.

El palacio estaba a media luz. A medida que avanzaba por un pasillo en penumbra, tuve la sensación de que el siglo XX iba quedando a mi espalda. Sobre algunas consolas de palosanto brillaban los candelabros y las porcelanas, en medio de un silencio absorbido por el sabor a melaza, que expandían en el aire las alfombras, los tapices y las maderas nobles. En los salones apagados tal vez dormían en las paredes cuadros de Tiziano, de Rubens, de Murillo y de Goya. Así iba quedando atrás la historia de España hasta que el mayordomo dio con los nudillos en una puerta con taraceas de limoncillo que al abrirse me dejó en un gabinete donde estaba Jesús Aguirre, decimoctavo duque de Alba, medio extendido en una cama turca, acompañado del escritor Juan García Hortelano. Aunque Jesús Aguirre no llevaba calzón corto de terciopelo color berenjena ni peluca empolvada como un Diderot cualquiera, sino pantalones de pana fina y jersey rojo semáforo de fancy man, y fumaba un cigarrillo Winston extrafino, por sus maneras parecía un personaje instalado en el siglo XVIII; en cambio, Hortelano fumaba Ducados repantigado en un sofá, con suéter gris de mezclilla, al que faltaba uno de los botones de la tripa, lo cual le confería un aire apaisado, de auténtica y plena actualidad.

A modo de saludo les dije que en la calle los fachas habían montado una buena y que me había salvado de milagro de que unos niñatos de mierda alentados por un cojo llamado Rufino me dieran una paliza. «¡Otra vez Rufino, ese hijo de perra! —exclamó Jesús Aguirre y añadió—: Hoy es mal día para andar por la calle. Lo de siempre. Unos tenderos cabreados, en nombre de la patria, lanzan al

asfalto a sus cachorros con la camisa arremangada, como todos los años. Pero si se levantan los militares, como parece, y vienen a por mí, los esperaré en este gabinete leyendo tranquilamente a Ovidio». Y dicho esto, dio una calada al extrafino de Winston e hizo un ademán despectivo sobre su frente como si aventara un mal pensamiento. En todo caso, el gabinete del duque de Alba estaba insonorizado y hasta allí no llegaban los himnos, las marchas militares ni las consignas patrióticas que impartían los altavoces. «Por lo visto, a Adolfo Suárez los militares le han puesto varias veces una pistola en el pecho para que dimita. Pero lo único malo que ha hecho este hombre ha sido no venir a mi boda, a la que le invité personalmente». En el gabinete de Jesús Aguirre había un óleo de Thomas Gainsborough y en un anaquel de su biblioteca privada estaban los retratos enmarcados en plata de Walter Benjamin, del profesor Aranguren y del joven Enrique Ruano.

Aquella tarde de otoño de 1980, después de muchos avatares de su historia particular, el duque de Alba, con sus dedos largos de ave, su alta cadera cuadrada, sus ojos saltones a los que los lentes daban un aire de libélula intelectual, era un producto cultural lo más alejado posible de la naturaleza, capaz de sobrevolar todas las charcas. Pese a su delgadez de histérico exquisito, podía pasar también por un abate exclaustrado que se hubiera salvado de la guillotina por su labia, y en aquel gabinete, su boudoir privado, que parecía decorado por Boucher, hablaba ya como un volteriano, que en efecto leía a Ovidio, aunque también lo podías imaginar leyendo la revista *Hola* y tenía la gracia de tomar el té con lascivia. Ya no le quedaba ni de lejos ningún vestigio de cura. Sus silogismos escolásticos habían sido sustituidos por las réplicas irónicas, incluso por chismes hirientes, aunque Hortelano, en un momento en que se pasó de malvado, le dijo: «Ándate con cuidado, Jesús, que tú no eres duque de Alba. En realidad sólo has conseguido la beca Alba y si te vas de la lengua y no te portas bien, te la van a quitar».

Entre las docenas de títulos nobiliarios que ostenta la Casa de Alba, Cayetana le había ofrecido la oportunidad de que escogiera el que más le gustara. «Querido —me dijo—, imagino que no te sorprenderá que haya elegido el de conde de Aranda, un ilustrado,

un afrancesado enciclopedista, que introdujo la modernidad en España. Pero este título sólo lo uso cuando viajo de incógnito».

Dicho esto, gustándose, Jesús Aguirre encendió otro extrafino de Winston y estiró las piernas en la cama turca envuelto en humo. Entonces me fijé en sus zapatos. Nunca había visto que zapatos de esa clase los calzara nadie en este perro mundo. Tenían el empeine de lonilla color manteca con horma y remaches de cuero marrón arañado y cordones con botonaduras doradas. Estaban elegantemente gastados. Zapatos de esa hechura sólo pudo haberlos llevado algún millonario exquisito de entreguerras en la Promenade des Anglais en Niza, acompañado de una dama con pamela y un caniche en brazos, instalados en el hotel Negresco. Me parecía poco apropiado interesarme en ese momento por el origen del calzado, pero cuando Jesús Aguirre me preguntó si quería contemplar el famoso retrato de Cayetana de Alba, pintado por Goya, o leer la carta autógrafa de Cristóbal Colón y el testamento de Felipe II o tener en mis manos la primera edición del *Quijote,* que se conservaban en el archivo de la familia, le dije que prefería que me mostrara primero su fondo de armario.

No lo dudó un segundo. Junto con el escritor Juan García Hortelano, le seguí los pasos por varios salones en penumbra, que era como hacer espeleología en la gruta del gran dragón. Desde los óleos de las paredes algunos próceres, que el duque ya había comenzado a interiorizar como sus propios antepasados, tal vez nos acompañaban también con la mirada. En la intimidad de unas estancias privadas había un gran vestidor forrado de caoba. En una tabla al pie de las cajoneras se alineaban varias docenas de zapatos, podían ser cincuenta o cien, entre ellos algunos pares de terciopelo en forma de botines de media caña como los que calzaban los pajes de Lorenzo el Magnífico, en Florencia, según aparecen en el cuadro de Gozzoli *El cortejo de los Reyes Magos*. Eran los zapatos del padre de Cayetana, que fue embajador en Londres, al que Jesús llamaba su suegro con absoluto desparpajo. Abrió el primer armario y apareció un mono color azul mahón desgastado. «Jacobo, mi suegro, el embajador, era muy elegante. En Londres, durante la guerra, en la embajada cenaba siempre con esmoquin. Cuando

empezaba el bombardeo, los famosos V-2, entraba el mayordomo, le ayudaba a quitarse el esmoquin y le ponía este mono de obrero por si se desplomaba el techo, le cubría la cabeza con un casco de acero y seguía cenando como si nada. A veces me visto con este mono para escribir los artículos de *El País*. Un día voy a recibir con él a Javier Pradera y a Juan Benet. También uso los zapatos de mi suegro, aunque algunos me aprietan demasiado porque calzo un número más. No importa», dijo. A continuación abrió otra hoja de un armario y nos mostró un uniforme colgado en la primera palomilla. Era un uniforme de capitán general, de color azul oscuro, con los correspondientes entorchados, las estrellas de cuatro puntas y bastones de mando en las hombreras y en la gorra de plato. «A ver si sabéis a quién pertenecía», preguntó. García Hortelano comentó con ironía que podía ser de Franco, aunque aquel tirano era más corto de talla.

El uniforme pertenecía al rey don Juan Carlos. El duque contó que era tradición de la monarquía española regalar a la Casa de Alba el uniforme que ha llevado el rey en el acto de su coronación o del juramento de la Constitución. Yo lo recordaba perfectamente, puesto que había asistido a aquel acto desde la tribuna de prensa en el Congreso de los Diputados. «¿Lo usas alguna vez, Jesús, en tus delirios de grandeza?», bromeó Hortelano. «Delirios no, querido, lo mío son realidades de grandeza, aunque el Rey es mucho más alto que yo. Puesto a travestirme, elegiría el vestido que lució la reina María Luisa de Parma el día de su boda con Carlos IV», exclamó Jesús Aguirre sacando un vestido de novia de otro armario.

Así lo hicieron en su día las trescientas damas, dueñas, doncellas y criadas que la duquesa de Alba, la primera Cayetana, tenía a su servicio, a las que engalanó con el mismo vestido de la reina para que asistieran a la boda real. Fue un acto de maldad femenina. La rivalidad de la reina María Luisa y la duquesa era muy conocida en la corte de Carlos IV. Durante los preparativos de la boda real, Cayetana pagó a espías para enterarse de las galas que iba a lucir la futura reina en la ceremonia nupcial y para humillarla mandó que toda la servidumbre femenina de la Casa de Alba luciera el mismo vestido que la novia. Según Aguirre, una de aquellas copias se

conservaba en la guardarropía del palacio de Liria. Imaginé como un esperpento de Valle-Inclán a Jesús Aguirre cruzando los salones en penumbra vestido de reina María Luisa hacia el espacio de cocinas de palacio a altas horas de la noche, y una vez allí, abriendo armarios y haciendo sonar las perolas por si en ellas el jefe de compras había guardado algunas monedas que le hubieran sobrado al volver del mercado. Ésa era una de las maldades con que solía crucificar al duque el escritor Juan Benet.

En las tertulias de los sábados en el bar Parsifal, de la calle Concha Espina, participaba Jesús Aguirre, antes y después de convertirse en un Alba, con el editor y periodista Javier Pradera, con el magistrado Clemente Auger, con los escritores Juan Benet, García Hortelano, José María Guelbenzu y el cineasta Elías Querejeta. Nadie recordaba nunca que Jesús Aguirre hubiera pagado un café. Juan Benet decía que la duquesa le había asignado una exigua cantidad mensual para tabaco, unas dos mil pesetas, y el resto para sus vicios se lo agenciaba él personalmente rebuscando en las perolas de la cocina el producto de algunas sisas y el dinero reservado para las propinas al chico de la tienda que llegaba con el pedido.

Jesús Aguirre siempre andaba pillado de dinero y siendo duque odiaba que en pago de sus conferencias lo despacharan con una placa de recuerdo, con una bandeja o con una pluma estilográfica. Deseaba ser resarcido con dinero, pero ¿no era humillante ofrecerle unos sucios billetes en un sobre a un duque de Alba? Ninguna casa de cultura, universidad, caja de ahorros o centro de estudios osaba pagarle en metálico y él blasfemaba por lo bajo cuando recibía un presente simbólico al final de la charla. Un día lo llamó el librero y galerista de arte Manuel Arce, viejo amigo de juventud, para dar una conferencia en una institución de Santander. «Manolo, querido —le dijo el duque—, nada de plaquitas esta vez, ¿de acuerdo? Quiero dinero, dinero, dinero». Al final de la charla se le acercó el director del evento y le entregó de nuevo un paquete envuelto con papel de regalo. Maldijo su suerte por lo bajo. Otra mierda de placa, pensó, pero al abrir el envoltorio se encontró con un delicioso dibujo de Riancho, cotizado pintor santanderino del siglo XIX. «Oooh, bellísimo,

bellísimo. Lo colgaré en mi gabinete de Liria», exclamó, pero enseguida llamó a Manolo Arce para que lo vendiera en secreto. La galería Sur lo colocó por cuatrocientas cincuenta mil pesetas, que el duque se embolsó, pero no por eso pagó esta vez el café de sus amigos de la tertulia.

Al salir del vestidor, Jesús Aguirre se detuvo ante el cuadro de Goya. Encendió una luz que daba directamente al lienzo y comenzó a explicar con buen vuelo de manos todos los pormenores técnicos de la pintura. Hablaba con la pasión de quien, en verdad, se creía uno de la familia. «Ésta es nuestra famosa María Teresa Cayetana, la de la leyenda. La pintó Goya en 1795. Ella tenía entonces treinta y tres años. Fijaos en la elegancia de esos blancos estampados y en su contraste con los rojos ardientes del fajín. Se la ve triunfante, autoritaria, envuelta en la espesa cabellera negra de la que se sentía tan orgullosa. Con el brazo extendido señala la dedicatoria trazada en el suelo. ¿Es ésta la famosa maja que Goya pintó desnuda? La maja que pintó Goya era una mujer de dieciséis años, y después de analizar las pinturas se comprobó que las fechas no coincidían. Por eso mi suegro sostuvo que la duquesa y la maja no eran la misma persona: ¡nada lo prueba, ni siquiera una carta! Y además, *mon Dieu!,* una diferencia de cuarenta años o más. El pintor ya tenía setenta cuando la conoció y ella estaba entre los veinte y los treinta. ¡Qué horror! Sin embargo, si ahora se le pregunta a mi mujer por su antepasado más querido, contesta que siente gran simpatía por esta Cayetana».

Simplemente por cortar su parrafada erudita, que sin duda había aprendido en algún libro de arte, le pregunté cómo se llamaba el perrito con el lazo rojo en una pata trasera que aparece a los pies de la duquesa. «Lo ignoro, querido», contestó Jesús Aguirre no sin un deje de desolación, como pillado en falta. «¿No lo sabes? ¿Ni siquiera de qué raza era? ¿Caniche? ¿Grifón? Entonces olvídate de la Escuela de Fráncfort, de Adorno, de Walter Benjamin y ponte a ello. Escribe una tesis doctoral sobre este chucho y si descubres cómo se llamaba y las gracias que hacía, ingresarás en la Academia de Bellas Artes», exclamó Hortelano soltando una carcajada, y no había terminado de reír cuando se me ocurrió una idea. «Te propongo un

negocio —le dije al duque necesitado—. ¿Por qué no llevas este cuadro al Japón, lo expones en un museo o en el vestíbulo de una empresa, en la Sony o en la Toyota, y cobras la entrada? Se formaría una cola de tres kilómetros de nipones. Conozco a un marchante de Tokio. Yo te gestiono el proyecto, das allí una conferencia para difuminar culturalmente el acto y vamos a medias». El duque quedó sorprendido. «¿Lo dices en serio? Un día hablaremos de eso», exclamó relamiéndose como un gato antes de comerse al canario.

La sombra del mayordomo cruzó el salón, se acercó a Jesús Aguirre y le preguntó si no prefería que abriera una de las ventanas que daban a la fachada principal, puesto que, sin duda, el aire olía un poco a cerrado. Se notaba que la duquesa estaba en Las Dueñas, en Sevilla, y desde que se fuera la sala no se había oreado. En efecto, el cúmulo de tapices, óleos, muebles, lámparas y alfombras hacía más pesado el sabor de la riqueza.

Junto con el aire fresco de noviembre, por la ventana llegó hasta el salón principal del palacio el sonido de ambulancias y de furgones de policía formando una algarabía, que se mezclaba con un clamor de bocinas de coches y ráfagas de himnos patrióticos, marchas militares y arengas que a través de los megáfonos no habían dejado de sonar en aquella tarde de otoño. «Jesús, acaba de entrar en tu palacio otra vez el sucio siglo XX con toda su morralla de héroes, que saludan a la romana», dije. Hortelano exclamó: «¿A la romana? Estos héroes comparten el saludo con la forma de preparar la merluza y los calamares». Jesús Aguirre comentó: «No es normal tanto ruido. Parece como si hubiera pasado alguna desgracia ahí fuera». El mayordomo descorrió un cortinaje: «Señor, he oído algo por la radio, pero no he logrado saber… Creo que han matado a alguien. ¿Desea el señor duque que me entere?», preguntó. «No. Cierre la ventana, Ángel», ordenó Jesús Aguirre.

El salón de palacio volvió a tomar un silencio envasado en el siglo XVIII. En el gabinete privado, ante las miradas de Aranguren, de Walter Benjamin y del joven Enrique Ruano, tomamos un té con pastas, que ciertamente estaban un poco rancias, como correspondía a la alta alcurnia de la casa. Para sacarle de su

desánimo le dije a Hortelano que ninguna aristocracia es fidedigna si los pasteles con que obsequia a los invitados no saben un poco a moho, pero él trató de salvarse y pidió un gin tonic y si fuera posible, en caso de que las hubiera en palacio, también unas patatas fritas, marca Lolita, pero en Liria no había patatas fritas esa tarde. Matías Cortés, viejo amigo del duque, decía que siempre que le habían invitado a comer en Liria le habían dado pollo. En uno de esos almuerzos en palacio con Polanco, Pancho Pérez y Pradera, la duquesa dijo a los comensales: «No sé si sabéis que estáis comiendo con el hombre más inteligente de España». Matías Cortés contestó: «Sí, pero este vino está oxidado». Yo pensaba que en eso consistía la verdadera nobleza. Por mi parte echaba de menos que en Liria no hubiera goteras. Un palacio que se precie debe tener goteras. Cuantas más palanganas en los salones, más grandezas de España. Tantos baldes, tantos blasones.

Luego las palabras se fueron dilatando hacia territorios de la memoria. Jesús Aguirre trató primero de desviar la conversación cuando le hablé de aquella ocasión en que en la iglesia de la Universitaria cambió el dominus vobiscum por el bonjour, tristesse. «¿Podemos saber de una vez quién era ese chico?». El duque de Alba no quería hablar del asunto, pero de pronto se levantó de la cama turca, se acercó a la biblioteca, cogió el retrato de Enrique Ruano y pasó la yema del dedo índice delicadamente por el marco de plata y luego la demoró sobre la frente bajo el flequillo de su joven amigo. «Buenos días, tristeza —exclamó el duque y añadió—: Fui su confesor y director espiritual, pese a que ya en ese tiempo me había decidido a dejar el ministerio eclesiástico y el padre Martín Patino me estaba arreglando los papeles con el Vaticano para volver al laicado. Enrique murió cinco días después de hacerse esta foto que le pedían para el servicio militar obligatorio. Tenía veintiún años. Un chico idealista, un dandi, muy atractivo, como veis. Algunos envidiosos decían que era un exhibicionista. No es así. Enrique estudiaba Derecho y pertenecía al Frente de Liberación Nacional, en el que también yo participé. Tres policías de la Brigada Social lo arrojaron por la ventana de un séptimo piso de la calle General Mola, el 20 de enero de 1969. Fue un asesinato. Tres días antes de su

muerte, la tarde en que lo apresaron en la plaza de Castilla, había estado conmigo: acababa de salir del piso de soltero que yo tenía en la plaza de María Guerrero, en El Viso. Lo detuvieron junto con su novia Lola, una chica estupenda que después se casó con Javier Sauquillo, al que asesinaron en el despacho de abogados en Atocha y a ella le dieron un balazo en la mandíbula». El duque dio una honda calada de Winston, que le llegó más abajo del diafragma, y luego quedó callado con el retrato en las manos.

Fue una caída muy sonada en el ambiente de la clandestinidad. Se contaba que a la novia de Ruano la interrogaron en los sótanos de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol. Los esbirros se sabían por completo la vida de los dos. A ella la pasearon por todo Madrid para que confesara de dónde eran las llaves que llevaba en el bolsillo, un piso donde guardaban ciertas evidencias, panfletos y un ciclostil. La chica resistió la tortura hasta dar tiempo a que escaparan otros amigos. Se comportó como una heroína. Finalmente ya no pudo aguantar. Después de torturarlo, a Enrique Ruano lo llevaron a ese piso de General Mola. A las tres de la tarde su madre aún logró verlo salir esposado de la Dirección General de Seguridad hacia el registro, se abrazó a él y al ver que no llevaba cazadora le dijo: «Vas a coger frío». A las seis la llamó la policía y le dijo: «Su hijo se ha suicidado».

Corrían muchas versiones de este suceso. En el atestado no constaba que al cadáver le habían serrado una clavícula que habría sido determinante para el esclarecimiento de los hechos. Esa lesión provocada por un objeto cilíndrico cónico, una bala, era incompatible con la caída, pero alguien había hecho desaparecer el hueso. No se hicieron pruebas de balística. El atestado sólo decía que el cadáver estaba boca arriba, con los brazos encogidos, las piernas flexionadas y un charco de sangre a la altura de la cabeza en el lado derecho. Estaba vestido con ropa interior blanca, jersey azul oscuro, pantalón gris, calcetines verdes y zapatos marrones. Se prohibió publicar una esquela. Lo peor sucedió al día siguiente, cuando el *ABC* sacó en primera página un supuesto diario de Enrique Ruano en el que expresaba intenciones suicidas. Eran fragmentos manipulados de una carta a su psiquiatra Castilla del Pino. El franquismo mantuvo

que se había suicidado, que en un descuido había conseguido zafarse de los tres agentes armados sin que ninguno lograra contenerle y se había arrojado por la ventana.

Fue un crimen simbólico. Enrique pertenecía a una clase acomodada, su padre era procurador, vivía en un piso confortable del barrio de Salamanca y era la primera vez que el franquismo mataba a un hijo de vencedores de la guerra que se había puesto del lado de los vencidos. Aquellos padres de derechas que hicieron la guerra con Franco y que, tal vez, fueron a la División Azul engendraron algunos hijos rebeldes e idealistas, que en la universidad se enfrentaban a los guardias en una larga pelea contra la dictadura. En la década de los sesenta, entre las dos generaciones se estableció un abismo infranqueable. En la mesa, ante el plato de sopa, si se hablaba de política, se producían discusiones acaloradas. Poco a poco el padre de derechas y el hijo de izquierdas se convirtieron en dos desconocidos, pero entonces a los hijos, y mucho menos a las hijas, no se les ocurría irse de casa. Realmente la clandestinidad empezaba por el propio hogar. El estudiante volvía de la facultad, donde había participado en una asamblea revolucionaria, y al llegar a casa se estrellaba de nuevo contra el orden establecido. A la hora del almuerzo el padre aún bendecía los alimentos que les había regalado el Señor, cuando los vástagos ya eran ateos. Estas dos generaciones usaban las mismas palabras para expresar cosas distintas. Al final ya no tenían nada que decirse y, en el mejor de los casos, se impuso entre ellas un silencio pactado hasta que cada una se disolvió por su cuenta. Algunos jóvenes comunistas eran hijos de generales e incluso de ministros del régimen. Así era Enrique Ruano. Por eso su muerte causó tanta conmoción en la universidad, en la Iglesia y en ciertas capas de la burguesía. «Lo quisieron presentar como un pobre chico manipulado por las fuerzas del mal, los comunistas —dijo el duque—. En aquella época era frecuente ir al psiquiatra. Una tarde estábamos juntos en el mesón de Fuencarral ante una puesta de sol y después de un largo silencio exclamó: "¡Cuánto tarda en morir el día!". Nos unía el amor a Mozart. Sus padres no comprendieron nada. Su asesinato marcó una línea divisoria del régimen de Franco». Jesús Aguirre,

duque de Alba, dejó el retrato de Enrique Ruano sobre el anaquel de la biblioteca y volvió a murmurar: bonjour, tristesse, como si oficiara un acto litúrgico.

Aquella tarde en el palacio de Liria le pregunté en qué fecha exacta dejó de ser cura. No supo o no quiso contestar, pero dijo: «Cuando mis amigos me hacían esta pregunta yo les decía: el día en que deje de ser cura os lo haré saber con un tarjetón adornado con grecas doradas». Supuse que al menos recordaría cuál había sido su última misa o acto como sacerdote. Tampoco lo recordaba. Tal vez fue el responso que dio a la hija de su secretaria Maripi, que murió en la clínica de la Concepción. En ese momento salió de la editorial con sotana. Luego ya pidió una sotana prestada para casar a Matías Cortés y a Fernando Savater y para bautizar a cualquiera de los hijos de sus amigos. En el proceso de secularización, Matías Cortés tuvo que ir de testigo a la curia de la calle Bailén. En su declaración dejó constancia de que Aguirre había abandonado de hecho el oficio, ni decía misa, ni predicaba, ni bautizaba, ni bendecía siquiera la mesa, ni daba de comulgar, ni rezaba y que se pasaba la mayor parte de la noche con sus amigos comunistas discutiendo de política en el pub de Santa Bárbara. Había que ser sutil en el testimonio y no exagerar porque si los testigos lo hubieran contado todo, además de arrancarle de cuajo el ministerio, le habrían excomulgado y condenado públicamente a las tinieblas exteriores.

Juan García Hortelano le hizo memoria. Su último acto como ministro del Señor fue cuando apareció un copón de oro lleno de hostias debajo de una cama en el piso del escritor Gonzalo Torrente Ballester, en la avenida de los Toreros. «Tal vez —comentó el duque — yo viví aquella escena ya como una parodia». En ese momento sonó el teléfono en palacio y entró el mayordomo diciendo que le llamaba el duque de Arión. Jesús Aguirre salió del gabinete para hablar. Con un gesto dio a entender que nuestra visita había terminado. Hortelano le preguntó si se verían al día siguiente en un acto del diario *El País*. «Lo siento. Mañana parto para el Milanesado», contestó el duque.

A la salida de Liria, García Hortelano me pidió que le acompañara a casa. Vivía cerca, en el barrio de Argüelles. Mientras

abandonábamos los sucesivos salones y cruzábamos la pradera de palacio, el escritor comenzó a contarme la historia. ¿Cómo fue a parar un copón de oro junto con dos candelabros de plata bajo una cama del piso de Torrente Ballester? Fue sencillamente un milagro que quedó sin resolver, porque a la salida del palacio de Liria había un control de policía con varios furgones en los que destellaban las linternas de cobalto y allí supimos que habían matado a un general y muy cerca de nosotros surgió de la oscuridad un grupo de jóvenes que arrojó un cóctel molotov sobre el escaparate de una agencia de viajes de la calle Princesa. «Mañana parte el duque para el Milanesado, ¿qué crees que va a hacer allí nuestro amigo?», pregunté a Hortelano bajo el resplandor del fuego. «Cualquiera sabe —exclamó el escritor—. Aguirre va ahora de palacio en palacio. En Milán, en Sevilla, en Salamanca, en San Sebastián, en Marbella, en Ibiza y en todas sus mansiones, entre alfombras, óleos, escalinatas, jardines y salones, ejerce su aristocracia como una liturgia sacerdotal, como si supiera de niño que estaba predestinado a ser duque de Alba, en caso de no haber podido ser cardenal o Papa. Ahora su obsesión es que la duquesa le compre un palacio en Venecia. Le da una tabarra enorme por este capricho. No sé si lo conseguirá».

En 1980 Jesús Aguirre teóricamente tenía cuarenta y seis años o tal vez tenía cincuenta. En algún registro de Madrid deberá constar la fecha exacta de su llegada a este mundo porque él pidió una vez copia certificada de su partida de nacimiento para sacar el pasaporte, pero el duque la manejó a su antojo. Está escrita con tinta de calamar. Aunque en su biografía oficial consta que nació en 1934, el secreto de este personaje, que fue producto de un amor ciego, consiste en que desde niño supo tirar los dados de forma que siempre cayeran en la séptima cara, en la que sólo se reflejaba la suya.

1931

Nace un niño en Madrid sin una sola señal en el cielo, ni con el cero en la frente de los predestinados, sólo con iniciales inciertas bordadas en hilo rojo de seda.

1931

Hacia el final de un incierto junio de un incierto año del siglo pasado en que estaba germinando la Segunda República, una chica soltera, muy coqueta, de Santander, llamada Carmen Aguirre y Ortiz de Zárate había quedado embarazada. La chica solía ir siempre acicalada en exceso desde muy joven, las pestañas con mucho rímel, los labios con un carmín pimentón, colorete violento en las mejillas y el hecho de que le gustara vestir con muchos perifollos y las ballenas del corsé muy apretadas le había servido para ocultar su estado de gravidez hasta poco antes de salir de cuentas. Llegado el momento, para alejarla de las malas lenguas, su hermano Ramón, juez de Villaviciosa, se la llevó a Madrid a casa de Jesús, otro de sus hermanos, general de Ingenieros, que vivía en la calle Zurbano. Después de algunos conciliábulos decidieron aposentarla en un hotel cercano hasta el momento del parto.

Aquí empieza el misterio que regirá la doble o triple vida de Jesús Aguirre. El decimoctavo duque de Alba pudo nacer en casa del hermano militar con ayuda de una comadrona de fortuna, pero lo lógico es que Carmen diera a luz en la maternidad del hospital de la Beneficencia de la calle O'Donnell, acogida por unas monjas hechas a este menester que luego entregaban la criatura a la inclusa o la daban en adopción. Así sucedía en aquel tiempo con los partos clandestinos de chicas solteras descarriadas, señoritas de buena familia que habían tenido un desliz amoroso o simplemente con las criadas de los pueblos embarazadas por el cura, por el señorito o por un casado en un pajar, que iban a parir a la ciudad y que por regla

general se quedaban a ejercer la prostitución como carne fresca en el barrio chino.

La madre del futuro duque de Alba, una chica visceral, elegante, orgullosa, con sueños de desayunos con champán y de lengua hiriente que heredaría su hijo, no quiso entregarlo a la inclusa, pero trató de ocultar su maternidad a los padres, don Ramón, director de Aduanas, y doña Jesusa, señora altiva con bastón de empuñadura de plata, una familia muy formal de la burguesía provinciana, acostumbrada al orden en las cosas. En aquella sociedad cerrada todo el mundo conocía la historia de cada apellido y la primera obligación consistía en no mancharlo. Para evitar el escándalo, una amiga íntima de Carmen, de origen humilde, llamada Alejandra, maestra de escuela, se prestó a servirle de tapadera. Escondieron al niño en casa de un matrimonio conocido en el pueblo de Entrambasaguas y le buscaron una nodriza pasiega para que lo amamantara. En el primer momento la madre se hacía pasar por tía carnal cuando iba con su amiga a visitarlo.

A veces traían al niño a Santander. En medio de las convulsiones políticas que acompañaron al parto de la República, esta familia respetable, que vivía en un piso con mirador y de buen portal de la calle Bonifaz, número 5, al final comenzó a sospechar que su hija soltera, la primogénita, fuera la madre de esta criatura que nadie sabía de dónde había salido. «Pero este niño ¿de quién es?», preguntó doña Jesusa señalando despectivamente al bebé con su bastón. «Lo recogí en el muelle de Puerto Chico, madre. Estaba llorando. Lo habrá abandonado alguien que se fue en un barco huyendo de la guerra. Yo le voy a dar mis apellidos», contestó su hija. Doña Jesusa siempre creyó que aquel niño era hijo de la revolución de Asturias.

No hubo ninguna señal en el cielo cuando nació Jesús. Ni el niño dejó de mamar los viernes como hacían los que iban para santos, ni vino al mundo con una marca especial en la nalga izquierda como los malditos que han sido arrojados del Paraíso, ni con un signo en la frente, el cero entre las cejas de los profetas o iluminados. Era simplemente un hijo natural que Alejandra y Carmen Aguirre paseaban a medias por las aceras del paseo Pereda o llevaban a

tomar el aire bajo una sombrilla a Puerto Chico o a poner los pies en el agua en la playa del Sardinero ese mismo verano. El escándalo de una madre soltera en los años republicanos en cierto modo estaba a cubierto gracias a la agitación social seguida de toda clase de violencia y malos presagios que se había apoderado de España. La ley del divorcio de 1932 pudo enmascarar la ausencia del padre, si es que el niño nació en 1930 y no cuatro años después como consta en su biografía oficial. Jesús Aguirre se quitaba años y esa coquetería fue su primera máscara. Lo cierto es que Carmen Aguirre y su amiga Alejandra habían montado a medias un parvulario en un bajo de la calle del Sol, número 4, y allí iba el niño cogido de la mano de una niña llamada Teresita, su primera compañera, nacida en 1929, y juntos jugaban al corro de la patata.

Mientras el niño abría los ojos a la vida, por todo el país se estaba extendiendo una huelga general. Los mineros del norte, incluidos los de Santander, habían comenzado una lucha heroica. Ese verano de 1934, mientras Jesús Aguirre hacía las primeras gracias, el pueblo se preparaba para la revolución, cuyo alumbramiento fue la insurrección de los mineros en Asturias en el mes de octubre. El general Franco, desde el Alto Estado Mayor del Ejército de Tierra, había mandado a la cuenca minera al general López Ochoa con dos tabores del Tercio de Regulares de África compuestos de tropas moras para reprimir con la máxima dureza el levantamiento. Si don Pelayo había conseguido que los árabes, en su invasión del territorio español durante ocho siglos, no hollaran aquel rincón del mapa, el único que quedó a salvo de la victoria sarracena en toda la Península, el general Franco se encargó de que los moros traídos expresamente de Marruecos pisaran Asturias y llegaran hasta Covadonga para matar españoles. Poco podían hacer los mineros contra la crueldad del ejército que entró a sangre y fuego en aquel paraje hasta el asalto de Oviedo. Los mineros cargaban de dinamita a un humilde pollino y lo mandaban a las trincheras del enemigo.

El burro explosivo fue el arma imaginativa de la que hablaban los periódicos en toda España, mientras a un niño llamado a ocupar un alto destino en la sociedad Carmen y Alejandra lo vestían de niña, con falditas de encajes y lacitos rosas en el pelo y zapatitos de

charol. ¿Quién será el padre de esta linda criatura, que habla tan redicho como Jesús entre los doctores del templo?, se preguntaban en la playa algunas lenguas maliciosas. Las mujeres tenían la respuesta preparada: el padre era un militar que esos días estaba en Asturias defendiendo el orden constituido frente al levantamiento socialista en la cuenca minera.

Fueron miles los muertos y heridos, la mayoría paisanos, que produjo la sublevación de Asturias el año en que nació oficialmente este ser privilegiado y más de cuarenta mil los insurgentes que llenaron las cárceles y penitenciarías de España. La paternidad de Jesús Aguirre quedó sumergida en aquella tormenta social, que dos años después acabaría en una guerra civil.

Al final de la contienda hubo un momento en que Carmen ya no pudo ocultar la afrenta de madre soltera, por mucho desparpajo que le echara, a las lenguas malignas y decidió asumir todas las consecuencias. En secreto comenzó a bordar la ropa del niño con tres iniciales, J. P. A., que respondían al nombre y apellidos de Jesús Prats Aguirre. Ángel Prats era un guapo militar catalán, muy galanteador, que había embarazado a la chica, pero ella estaba segura de que un día se casarían, como le había prometido. Por eso bordaba la inicial de su novio y cada puntada que daba con esa aguja sobre la ropa del niño era como si el hilo de seda lo pasara por su corazón destrozado por aquel amor loco que había desaparecido.

Un día le pregunté al duque de Alba por el primer recuerdo que guardaba de su llegada a este mundo. «Antes que nada —me dijo— fueron las palabras de un soldado que hablaba del general López Ochoa y luego el sonido de las sirenas, las carreras hasta el refugio antiaéreo. En el pueblo de Entrambasaguas en el que me crie de niño durante la guerra una madrugada se estropeó un camión de aprovisionamiento del Ejército de la República. Los milicianos lo intentaban arreglar, pero ante la proximidad del enemigo optaron por huir y abandonaron el vehículo delante de nuestra casa cargado con botes de leche, carnes enlatadas, sardinas, sacos de pan, todo un festín para gente hambrienta. Comenzó el desguace, ayudados por una monja esperpéntica, que solía repetir en la iglesia mientras sacaba brillo al sagrario: "No pasarán, no pasarán". Del camión sólo

quedó el esqueleto. Aquella pobre gente famélica se abatía sobre las viandas con la misma furia con que ahora los ejecutivos, los banqueros y los burgueses se precipitan como gallinas sobre el bufet en cualquier fiesta elegante de Marbella. Poco después oí contar que en Madrid el general López Ochoa fue capturado por unos milicianos en un hospital donde se había refugiado. Lo montaron en un camión hacia las afueras de Carabanchel para fusilarlo en un desmonte, pero durante el camino alguno de sus captores tuvo prisa y se precipitó sobre su cuello con un sable y le separó la cabeza del cuerpo de un tajo y luego fue exhibida clavada en lo alto de una pica».

Terminada la guerra, Carmen Aguirre, por influencia de su hermano Jesús, ascendido a general de división, se empleó en las oficinas de la papelera Sniace de Torrelavega como secretaria del director de la empresa, Eugenio Calderón, amigo de Franco, quien en adelante protegería al niño y le pagaría sucesivas becas de estudio. La madre se quedó a vivir en Torrelavega, en un piso adornado como un boudoir de madama, y dejó a su hijo en Santander al cuidado de los abuelos. El futuro duque de Alba creció jugando con sus primos a las canicas y a las chapas en cualquier plazoleta cerca de la casa de la calle Bonifaz, 5, mientras se preparaba para tomar la primera comunión embutiéndose de memoria todos los dogmas del catecismo. Eran tiempos de desolación, de hambre canina remediada con boniatos y pan de serrín, de terror por las delaciones y represalias, de venganzas privadas, de fusilamientos metódicos de rojos en las tapias de los cementerios. A este horror se sumó también un estrago de la naturaleza. En la madrugada del 16 de febrero de 1941, cuando Jesús iba a cumplir siete u once años, nadie sabe, ¿por qué hablar de los seres divinos?, la mente del niño fue iluminada por un cúmulo de potentísimas y devastadoras llamas. Su inconsciente ya no pudo evadirse de aquel resplandor del infierno. Favorecido por un viento sur de ciento cuarenta kilómetros por hora, un cortocircuito, que se produjo en el número 5 de la calle Cádiz, convirtió en cenizas el antiguo casco amurallado de la ciudad de Santander. Jesús Aguirre conservó siempre en su memoria la imagen fantasmagórica de la

catedral castigada por el fuego como una forma de la ira de Dios. «La iglesia sólo ilumina cuando arde», me dijo el duque de Alba.

Sobre aquellas cenizas Jesús Aguirre preparó el ingreso de bachillerato mientras Jorge Sepúlveda cantaba *Santander,* una canción que venía a echar bálsamo a las heridas del fuego. En los discos dedicados de radio Andorra sonaba mucho *Tatuaje* o *La Lirio,* de Concha Piquer. Con estas coplas de fondo y otros boleros de letras aciagas o amorosas que llenaban las gargantas de las mujeres mientras tendían ropa en las azoteas, el niño ingresó en el colegio Lasalle con una beca pagada por la papelera Sniace y cuando todavía llevaba la ropa bordada con la P del apellido paterno.

Nadie sabría hoy responder qué pensaba este niño Jesús de su llegada a este mundo. La sombra de la bastardía comenzaba a acompañarle, lo mismo en las aulas que en los juegos de la calle, aunque el niño no lograba descifrar el motivo de la doble mirada, una compasiva y otra ominosa, de las madres de sus compañeros. Sentirse extraño y distinto desde la infancia lo inició por un camino que en muchos casos, si no es una senda del todo descarriada, acaba produciendo genios, artistas, poetas y escritores, gente más o menos rara.

No obstante, el niño cuyo primer apellido empezaba por una misteriosa P, bordada en rojo, crecía en gracia delante de Dios y de los hombres con un desparpajo que dejaba admirados a los doctores como el otro Niño Jesús en el templo, sólo que en este caso los doctores eran su abuelo Ramón, director de Aduanas, su abuela Jesusa, la del bastón con empuñadura de plata, herencia de un hipotético estanciero cubano, y sus tíos carnales María, Ramón, Jesús y Emilio, hermanos de su madre, una mujer cada día más acicalada, perfumada y posesiva de su vástago desamparado.

Jesús Aguirre alcanzó el libre albedrío entre los escombros de la guerra civil, rodeado de señoritas del Auxilio Social con uniforme blanco que repartían lentejas a los menesterosos. Antes de iniciar las clases cada mañana cantaba el *Cara al sol* y *Prietas las filas,* brazo en alto con la mano llena de sabañones, que también anidaban en el filo de las orejas. El profesor de Espíritu Nacional tenía un divieso en el pescuezo, algo que el duque de Alba no pudo olvidar nunca. El

niño pertenecía a una familia del bando vencedor en la guerra, pero ignoraba si su padre había sido vencido. Sus héroes estaban en los tebeos. Puede que Jesús Aguirre se creyera él mismo por derecho propio el Hombre Enmascarado.

Creció entre misas, procesiones, concentraciones de Acción Católica, campamentos del Frente de Juventudes y cuerdas de mendigos que rondaban por los caminos. En los bailes de los pueblos las orquestinas atacaban primero los pasodobles *España cañí, Francisco Alegre* y *El gato montés,* pero de pronto el vocalista se ponía meloso y entonaba *Mira que eres linda,* de Machín, y las chicas decentes clavaban el codo en el esternón del chico para marcar la distancia, pero otras comenzaban a soñar y relajaban un poco la carne sobre el cuerpo del novio con el que se iban a casar muy pronto. Sin duda esto fue lo que le pasó a mi madre, pensaría muchos años después el duque de Alba cuando recorría los salones de palacio con la memoria perdida.

Jesús Aguirre fue bien recibido esta vez en el colegio Lasalle, el de los hermanos del babero, para estudiar el bachillerato. Aprobado el ingreso con el aplauso de familias y superiores, la abuela Jesusa, que ya comenzaba a sentirse orgullosa de las réplicas inteligentes de su nieto, comenzó a bordar las iniciales del niño en el bolsillo de la tetilla izquierda de los guardapolvos a rayas con cuello y cinturón azul. Bordaba con seda roja la P del primer apellido en toda la ropa del niño bajo el ruego imperioso de su hija, pero la señora ya hacía tiempo que había dejado de creer que el adulterio sería reparado para que ella pudiera pasearse por Santander con la cabeza bien alta. En todas las listas del colegio se le nombraba Aguirre y ése fue el motivo de las primeras bromas crueles en el recreo.

Entre las gracias de Jesús, la más notable fue su voz de contralto bien educada, un don que le permitió formar parte de la escolanía. Se enganchó a la música. Se sumó a las lecciones de piano que una profesora particular le daba en casa a un condiscípulo. Su madre quería educarlo en el refinamiento. «Sólo puedo decir que todo lo que aprendí de sensibilidad, de literatura, de música, lo aprendí en mi casa, fundamentalmente de mi madre». Sacaba las mejores notas del curso y era el primero de la clase, pero un día aciago en el patio

del colegio, siendo ya un chaval con la primera pelusilla en el bigote, un compañero rufián lo llamó hijo de puta. Ese insulto solía estar desprovisto de malicia, a veces era incluso un elogio, y se decía contra cualquiera en un momento de ira o de camaradería, pero esta vez, más que el insulto le hirió el coro de risas malvadas que lo acompañó.

Comenzó a sentirse distinto y como reacción se refugió en sí mismo con largos periodos de enclaustramiento. Mucha lectura en la mesa camilla bajo el flexo y, de cena, siempre verduras, ésa era la receta de nuestro héroe. Mientras los demás alumnos jugaban, gritaban, daban patadas al balón, saltaban, se perseguían y terminaban la media hora de asueto completamente sudados, jadeando, él cuchicheaba en un rincón del patio con un compañero de clase que le fuera propicio como si compartieran un secreto prolongado después con sospechosas miradas y risitas cuando formaban filas para volver al estudio. Esas amistades particulares estaban muy mal vistas por los superiores del colegio y fue advertido por el prefecto. Era la primera vez.

Este afán por ser aceptado y querido lo unió al deseo de escapar. Leía alguna que otra novela de aventuras, que desataba la parte más noble de la imaginación. Julio Verne, Salgari, *Los cuentos de oro, Simbad el marino* eran sus lecturas preferidas, que se prolongaron durante las vacaciones de verano con *Jeromín,* del padre Coloma; *La pimpinela escarlata,* de la baronesa Orczy; *Quo Vadis,* del polaco Sienkiewicz; *Energía y pureza,* de monseñor Tihamer Toth; *Fabiola,* del cardenal Wiseman; *Cuerpos y almas,* de Maxence van der Meersch; *Historia de Cristo,* de Papini. Un día, en la biblioteca abandonada de un tío suyo exiliado descubrió un libro de aforismos de Goethe, editado por la Residencia de Estudiantes. Al abrirlo tuvo por primera vez la sensación morbosa de lo prohibido, que le excitaba la inteligencia, y ya nunca abandonó esa inclinación. Alguien le llamó pedante porque había adoptado a ese autor como su guía en las conversaciones de sobremesa. Ese insulto lo siguió llevando a cuestas el resto de su vida.

Por ese tiempo, mientras descubría el primer placer de la mente, Jesús Aguirre vio que en su ropa marcada había desaparecido la P misteriosa. Sus preguntas no fueron respondidas, pero el muchacho era bastante despierto como para saber en qué consistía el secreto acerca de su llegada a este mundo. Su madre acabó por aceptar que su amante no cumpliría nunca la promesa de regularizar su matrimonio. La sospecha se había confirmado. El militar Prats que se había hecho pasar por soltero para enamorar a Carmen era, en realidad, un hombre casado con tres o cuatro hijos. Al ser descubierto prometió reconocer a su hijo, pero en aquellos años esto era prácticamente imposible. Jesús Aguirre era un hijo natural, sólo eso y nada más, ante la Iglesia y el registro civil.

La lectura de dos novelas en plena pubertad le ayudó a disolver el trauma en el inconsciente. Jeromín, hijo bastardo del emperador Carlos V, educado durante la infancia por una familia en el poblachón de Leganés, cumplirá su alto destino por la persona que es y no por su origen. El emperador lo reclamó cuando al final de su vida estaba recluido en el monasterio de Yuste y Jeromín se abrió paso por su inteligencia, sagacidad y elegancia en medio de la azarosa corte de su hermano Felipe II hasta ser reconocido como don Juan de Austria y nombrado capitán de la Armada contra los turcos en la batalla de Lepanto.

Bajo la máscara de Pimpinela Escarlata se movía el dandi Sir Percy Blakeney, miembro de la aristocracia inglesa, con todas las características de la doble personalidad, un justiciero que rescataba de la guillotina a muchos nobles en medio del Terror de la Revolución Francesa y los ponía a salvo en Inglaterra. Los ardores de la pubertad rebajaron el rango de las lecturas. Ahí estaban los engendros de Vicki Baum y Lajos Zilahy. Aguirre siempre recordaría la primera pulsión sexual misteriosa que obtuvo de un oscuro relato que leyó en un folleto adquirido en un puesto de periódicos y de libros usados de la estación de Santander. Formaba parte de una novela de Dostoievski, era la confesión de Stavroguin, en la que describe con pormenor un estupro. Ese delito pecaminoso y carnal que se cometía con mujeres menores de quince años le llenó de un prolongado desasosiego, al tiempo que comenzaba a despertarse el

fantasma de la sexualidad con su prima Mariluz. Pero siempre volvía a Goethe para purificarse y sobreponer su inteligencia ante los demás con una cita aprendida de memoria.

Jesús Aguirre tomó contacto con la vida intelectual de Santander en 1951 a través del grupo Proel, una revista que el gobernador civil Reguera Sevilla, hombre ilustrado, editaba gracias al impuesto sobre las vacas. Allí publicaban versos Pepe Hierro, Julio Maruri, Carlos Salomón y muy especialmente escribía Ricardo Gullón, cuya amistad fue muy importante para el protagonista de esta historia. A través del grupo Proel descubrió Jesús Aguirre a la generación del 27, en especial a Pedro Salinas. La poesía le abrió las carnes y una fuerza desconocida le hacía correr por las calles recitando versos en voz alta contra el viento.

De Goethe pasó a Eugenio d'Ors, a Unamuno, a Pío Baroja, a Ortega. La pedantería era su levita preferida. Compraba libros en la librería Sur de Manuel Arce y en la Hispano-Argentina de Pancho Pérez González, unos nombres que irían unidos a su vida, antes de que nuestro héroe alcanzara la cima de la aristocracia. Durante el bachillerato en el colegio Lasalle escribía versos eróticos, que destruía después de leerlos en secreto a algunos compañeros. Él sabía que debía afirmar su personalidad mediante la inteligencia. Necesitaba desarrollarla sobremanera para ocultar la oscuridad de un origen incierto. Terminó el bachillerato con premio extraordinario en el examen de Estado, que realizó en 1951 en la Universidad de Oviedo.

1950

En España, bajo el olor a sardina, el héroe es elegido para una alta misión, mientras los poetas líricos del régimen duermen con una pistola bajo la almohada.

1950

Cuando toda España olía a sardina entre clérigos, militares, lentejas y Concha Piquer, y en los descampados se lamían mutuamente las heridas los perros famélicos y los mutilados de guerra, por la calle Sacramento de Madrid, a la sombra de viejos palacios, se pavoneaba de noche Eugenio d'Ors con correajes, un águila bicéfala en la hebilla del cincho, boina colorada con borla hasta la oreja y otros abalorios franquistas como un orondo fantasma. De regreso de Argentina, Ortega y Gasset se había exiliado voluntariamente en Portugal, donde imperaba Salazar, otro férreo dictador, un hecho que dejó descolocados a sus incondicionales y sumergidos seguidores. Los intelectuales del régimen e incluso los poetas líricos dormían con las polainas puestas y la pistola bajo la almohada por si había que levantarse otra vez a matar rojos. En aquel Madrid desolado de adoquines y raíles de tranvía, los señoritos calaveras con esmoquin y bufanda blanca iban a bailar a Pasapoga y cada tronco de acacia tenía un mendigo o un policía de la Secreta apoyado. Cualquier deseo administrativo, excepto el de acostarse con Ava Gardner en el hotel Hilton, necesitaba estar sellado con timbre móvil y dos pólizas.

En medio de aquella España con olor a amoniaco de urinario público, resulta que Jesús Aguirre no quería ser como los demás. Podía haber encauzado su talento hacia las musas o haber sido acogido por la diosa de la Justicia o tal vez por el amor a la ciencia, pero había decidido dar un paso adelante para desprenderse de la clase subalterna y fue él quien a la hora de pensar en el futuro marcó su destino y eligió consagrarse a Dios.

El seminario pontificio de Comillas se levantaba como una poderosa fábrica clerical, regida por jesuitas en lo alto del monte de La Cardosa, rodeado de un parque de árboles centenarios, y hasta el interior de sus paredones, erigidos por arquitectos catalanes a expensas de un marqués que según las malas lenguas había sido negrero, iban llegando alumnos de todos los pueblos, unos con vocación religiosa y otros porque el patrimonio familiar no les permitía otra educación en colegios de pago con una salida civil.

Aguirre fue un seminarista de vocación tardía. Su madre lo llevó a un sastre especializado para que le tomara medidas para una sotana, un alzacuello de baquelita y una sobrepelliz con puntillas en el vuelo y en las bocamangas. Gracias a otra beca del director de la papelera Sniace, de ocho mil pesetas, el mes de octubre de 1951 entró Jesús Aguirre por la puerta del seminario de Comillas cargado con una maleta de cantoneras metálicas. Llevaba en ella mudas interiores, camisas, camisetas, zapatos y calcetines negros y un misal también negro con cantos rojos y una cruz dorada grabada en la tapa y una Biblia traducida por Nácar-Colunga. Atravesó el enfático portal de azulejos azules con un gran escudo papal y las siglas JHS que se abría al pie de la colina junto a la clásica palmera de indiano. Al ascender por la pradera había vislumbrado entre las copas de los falsos plátanos la crestería neogótico-mudéjar del edificio construido en 1892. Le recibió con la sonrisa abierta en lo alto de la escalinata el padre prefecto. En el vestíbulo pisó el mosaico que representaba un león con trece garras, en honor a ese papa León XIII que había fundado el seminario, y siguió a su superior hasta la nave del dormitorio, donde había varias hileras de camas separadas por un panel, cada una con un taquillón, donde el neófito dejó sus enseres en medio de un revuelo de sotanas de quienes en adelante serían sus compañeros. Después le fueron mostrados el patio, la capilla, las aulas, los corredores y el refectorio.

Jesús Aguirre había comenzado a escribir cartas a su prima Mariluz, en las que le iba desvelando sus sueños, sus cuitas amorosas siempre diluidas con un amor a Cristo. Mariluz estudiaba Filosofía y Letras en la Complutense de Madrid y era su única conexión en el mundo. Apenas llega al seminario, le escribe:

«Querida prima mía: he pasado unos días ¡fatales! Despistado y sin sotana, me sentía ridículo con mi traje claro y mi corbata roja. Eran días de saludos y mi posición entre desconocidos era violenta. Es curioso, un ser temible no me atemorizaría tanto como unos pobres humanos cuya única defensa eran unos años de antigüedad en el seminario (…). Los jesuitas son finísimos, te tratan con una enorme deferencia (a los bachilleres). He congeniado perfectamente con ellos. Modifico mis antiguas opiniones. ¿Que hay mundo por dentro? Indudable, pero también hay mucho Dios y mucho trabajo. Además, yo no me voy a meter en su mundo ni ellos en el mío. Tienen unas formas sociales esmeradas, pero es falta grave hablarles sin permiso».

En la entrada, apenas cruzado el vestíbulo, también había visto un cuadro en el que aparecía el diablo tentando a Jesús de Nazaret. Un compañero muy irónico le interpretó la pintura. El diablo estaba tentando al Nazareno para que se hiciera jesuita y el Nazareno había resistido la tentación. De hecho, del seminario de Comillas se salía como sacerdote secular y se necesitaban tres años de meditación y examen antes de ser admitido en la compañía de Ignacio de Loyola. Jesús Aguirre tuvo que hacer en Comillas un examen oficial y preparar un curso de perfección humanística, con griego y latín, dispensado de las asignaturas de ciencias, y emprender luego los tres años de filosofía escolástica para someter cualquier verdad a un buen silogismo.

En el examen de ingreso le preguntaron alguna lección de la Historia Sagrada. La escalera que Jacob vio en sueños, el lance de David y Goliat, las doce tribus de Israel y el arte con que José enamoró a la mujer de Putifar. El subconsciente del joven seminarista quedó formado por sucesivas capas de este légamo sagrado. Dios lo había escogido entre otros adolescentes de su edad, lo había señalado con el dedo para que fuera su adalid. A partir de ese momento debería considerarse un elegido.

«Querida prima mía: este lugar es maravilloso, la paz infinita, soledad, mar, montañas, valles… Se siente a Dios en toda la naturaleza, un elemento de vida que tiene presencia viva en mis

sueños. Lo encuentro cada día más hermoso y más mío. Se me va metiendo, me lo voy metiendo. Cada día dejo los picos costosos, recostados, difíciles para mecerme en la forma ondulante, imprecisa de mi mar. Y me digo, ¿no habrá aquí un poco de sensualidad? Sensualidad en la recepción y no en la impresión, naturalmente. Habrá que estudiarlo. Lo que sí es que dentro de poco tendré un mar propio, particular, mío, sólo mío, a fuerza de admirar el que Dios nos dio. Así pasa siempre, de lo general a lo particular, de lo estético a lo ético. Así pasa siempre».

Era un tiempo gris plomo en que Laín Entralgo daba conferencias en el Ateneo madrileño sobre Menéndez Pelayo o en torno a la idea de la Hispanidad. A una de estas lecciones asistió una chica judía que acababa de llegar a España en un Hispano-Suiza a cobrar una herencia de su marido, un sefardí de origen español, recién fallecido. Se llamaba Juana Mordó. Un día leyó en el periódico el anuncio de la conferencia de Laín y por puro aburrimiento entró en la sala y al instante quedó prendada al ver a aquel hombre guapo, moreno, de pelo planchado, en lo alto de la tarima orlado por banderas hablando del Imperio español con palabras altisonantes. Dos donceles falangistas con camisa azul y correajes en posición de firmes le guardaban la espalda, cada uno con un estandarte en la mano. Al terminar el acto la chica le hizo una observación que a Laín le gustó y así iniciaron una amistad que se trabó de tal forma que la chica, que había llegado por cuatro semanas, se quedó en Madrid toda la vida y al final se convirtió en la sacerdotisa del arte contemporáneo de nuestro país.

En 1950 los coleccionistas todavía se conformaban con un buen calendario de la Unión de Explosivos, con una Santa Cena de lata cromada para el comedor o con un conejo y tres perdices ensangrentadas encima de la consola. Los pintores más consagrados aceptaban como un éxito que el dentista se aviniera a sacarles una muela a cambio de un paisaje o que el urólogo les rebanara la próstata pagando con un bodegón. Entre poetas y pintores había un intercambio de cuadros por sonetos. Las galerías de arte estaban en

la trastienda de alguna librería, iluminadas con bombillas de sesenta vatios mal contados.

«Yo era una joven muy pura, una chica de buena familia. Si hubiera vivido con mi marido sería una señora burguesa, jugaría al bridge todas las tardes y leería algún libro de cuando en cuando», me dijo Juana Mordó. Pero la joven judía tuvo una aventura amorosa en Madrid. Hizo traer sus cosas desde Berlín en un convoy militar francés, que atravesó la zona rusa, y vendió el coche para resistir mientras su hermano le mandaba dinero; pero el dinero nunca llegó y se vio muy pronto sola en España, sin nada; así que decidió ponerse a trabajar y cayó en cierto medio de intelectuales, lo mejor que había entonces en esa especie. Empezó a tener amigos que iban a su casa para charlar. Luis Rosales entró el primer día algo impertinente e irónico, pero muy pronto comprendió el carácter fuerte de aquella joven judía, que ejercía de Madame Stein, la millonaria de su misma raza que protegió a muchos artistas en el París de entreguerras, sólo que aquí no había ningún James Joyce, ningún Hemingway, ningún Picasso, ningún Henri Matisse y tuvo que abastecer su tertulia con lo que había: escritores de la generación literaria del 36 y algunos pintores de la escuela de Vallecas.

Juana Mordó me contó un día: «Aquellas tertulias en mi casa duraron diez años, hasta que entré a trabajar en la galería Biosca. Se celebraban los sábados. Yo solía invitar formalmente a quien me interesaba y lo hacía una sola vez para abrirle la casa. Después ya acudía la gente libremente si le gustaba. Venían amantes del flamenco, poetas, pintores, escritores e intelectuales. Yo preparaba unos panecillos de nada, cacahuetes y vino tinto, sólo eso. Mi piso era pequeño, pero a veces llegaron a juntarse más de cincuenta personas. Entrabas en el dormitorio y dentro de una nube de humo gris adivinabas a Rosales, Luis Felipe Vivanco, Ridruejo, Pedro Laín hablando de literatura o a Benjamín Palencia, que era el dios de aquel grupo, sentado en un sofá con varios discípulos. Yo trataba de abrir ventanas, pero todos querían humo, más humo. Fue entonces cuando descubrimos que Aranguren existía de veras, que no era un seudónimo de Eugenio d'Ors, como creíamos hasta entonces los amigos, ya que nadie le había visto jamás. Un día, Eugenio d'Ors me

dijo que Daniel-Rops le había pedido que explicara un poco su filosofía, y él creía que para eso nada mejor que traducir un capítulo de *El pensamiento filosófico de Eugenio d'Ors,* que había escrito Aranguren. Me pidió que me encargara de la traducción y yo acepté, convencida de que Aranguren era D'Ors en persona. Lo mismo pensaba Ridruejo. En el trabajo encontré una expresión no muy correcta que en francés sonaba muy mal. Temblando de miedo, lo consulté con el maestro. Y D'Ors exclamó, muy sorprendido: "¡A mí qué me cuenta! Dígaselo a José Luis". Salí corriendo en busca de mis amigos, gritando: "Aranguren existe, Aranguren existe y lo voy a conocer". Vivía retirado en Ávila. Y lo conocí. Me causó impresión; no lo digas, pero era mucho más feo que ahora; con el tiempo ha mejorado mucho; ahora se acepta, o es que nos hemos acostumbrado. Le invité a que viniera a mi casa. Y en sus memorias cuenta que allí conoció a todo el grupo: a Panero, a Laín, a José María Valverde, a Vivanco. En aquel tiempo era corriente en ciertos medios intelectuales oír esta frase de despedida: "Te veré el sábado en casa de Juana Mordó". Un día Aranguren me trajo a casa a un seminarista que estudiaba en Comillas, un seminarista que fumaba en pipa, como un intelectual. Se llamaba Jesús Aguirre».

Entonces la gente fina acudía a las conferencias de Ortega, recién llegado del exilio en Portugal, o a las que impartía Zubiri, en las que bajaba a las profundas cavernas de la nada y dejaba turbadas a las señoras de la burguesía con collares de perlas y una mariposa en la solapa. Eugenio d'Ors había convencido a Aurelio Biosca, dueño de una tienda de decoración de la calle de Génova, para que abriera una galería de pintura en el sótano, y así, en medio del páramo, comenzó a moverse débilmente la afición al arte. En aquel sótano de Biosca montó Eugenio d'Ors sus salones, con charlas, exposiciones y coloquios. Las minorías cultas y adineradas colgaron el primer cuadro de Benjamín Palencia de su vida donde antes tenían tres ciervos abrevando o un San Onofre en éxtasis.

La galería Biosca estaba buscando una persona de mundo para ponerla al frente del negocio, alguien que supiera servirle un whisky al ministro Arburúa si llegaba por allí. «Yo no tenía ni idea de arte y

me resistí más de dos horas cuando propusieron que la dirigiera, pero al final acepté y me metí en la mermelada. Piensa que tuve que esperar siete años para vender el primer Tàpies, el primer Millares en España. Me sentía atraída por la vanguardia, pero tenía todos los gustos en contra, y aunque la gente se burlaba de mí, enseguida organicé la primera exposición de arte abstracto. El grupo El Paso ya estaba formado desde 1956, era conocido en el extranjero pero aquí la gente se echaba las manos a la cabeza, no comprendía nada. Biosca, al ver el primer Canogar, exclamó: "Parece que está hecho con crema chantilly". Entraban en la galería las parejitas pensando en comprar un bodegón para el comedor y se encontraban con un cuadro abstracto. ¿Y esto qué es? ¿Y qué significa? ¿Y vale dinero? ¿Y le gusta a usted? ¿Y se puede poner encima de la chimenea? Y tenías que repetir mil veces que aquello se podía poner encima de la chimenea si la chimenea no estaba encendida. Y así llegó el momento en que mis amigos me forzaron a poner una galería propia. En la calle Villanueva había un restaurante que se traspasaba. Lo alquilé y entre Millares, Saura y Canogar lo pusieron a punto trabajando como albañiles con sus manos para convertirlo en una galería de arte y me vine aquí con todo el grupo El Paso. En este despacho estaba la cocina».

El año 1956 fue un paralelo que dividió en dos el ambiente universitario. Eran los tiempos de la lucha contra el SEU en medio de un trajín de albergues, bolsas internacionales de trabajo, esquelas mortuorias de Ortega, entierros de Baroja, delegados de curso que leían a Casona, pistoletazos falangistas de febrero en el bulevar de Alberto Aguilera, primeras represiones con caballería armada y cárcel para algunos hijos de papá. Un grupo de jóvenes inteligentes y dorados, Ramón Tamames, los Bustelo, Nadine Laffon, Múgica, Josito Ruiz Gallardón, Javier Pradera realizaban el juego secreto de un comunismo de panfleto, tirado con ciclostil. Había entre ellos un candor de filtraciones y submarinos con el encanto de un espionaje con teleobjetivo. Firmaban manifiestos, predicaban la consigna de la reconciliación nacional, liaban a algunos catedráticos. El grupo recibía visitas del exterior. Unas veces aparecía por Madrid un tal

Guridi, llamado el Ciclista, enviado por el PSOE de Toulouse. Otras se dejaba caer Jorge Semprún, apodado Federico Sánchez, de parte de los comunistas de París. A todos estos jóvenes comunistas y socialistas crípticos, en el fondo cristianos evangélicos que iban a la caza del hombre nuevo, según San Marx, los confesaría de sus pocos pecados el cura Jesús Aguirre.

Después de los sucesos de Alberto Aguilera, donde dispararon contra el cráneo de un joven falangista llamado Álvarez, un tiro que salió de su propia camada, Pradera fue represaliado por el Cuerpo Jurídico del Aire, expulsado de la universidad como profesor de Derecho Constitucional y vetado en el Colegio de Abogados. Gracias a este favor de la Brigada Social tuvo que dedicarse a editar libros de Alianza y a emprender un viaje paralelo que en contra de todas las leyes de la física acabaría encontrándose con el viaje de Jesús Aguirre.

Pero al final de los años cincuenta se produjo en España un Gran Accidente de Tráfico: Franco había sido atropellado en plena calle por un Seat 600, un coche utilitario, que se llevó por delante también un puesto de melones. Este país había pasado del jabón de sosa cáustica al Heno de Pravia; de soplarse los sabañones a untarlos con grasa de tocino; saltó del pollino a la vespa; de la estameña al plexiglás, al nailon, al tergal; del bañador con cordoncillo al meyba; de la braga de esparto a un algodón flexible que permitía alcanzar su objetivo a la mano masculina si trepaba por los muslos de la novia en la última fila de los cines de sesión continua, que olían a zotal mezclado con el perfume gordo de pachulí y una veta de bacalao.

Pese a que en el horizonte se había quedado colgado el guante negro de Gilda, como una bandera pirata, los tiempos seguían siendo de plomo, en los que la fanática conciencia de Arias Salgado, ministro de Información, había convertido España en un miércoles de Ceniza todo el año; el cilicio y el cinturón de castidad eran prendas de alta costura y la espiritualidad ascética estaba unida a los bragueros ortopédicos que se exhibían en los escaparates galdosianos y a las pegatinas con anuncios contra la blenorragia en los urinarios públicos, donde los falangistas meaban ideas imperiales

contra la raja espumosa de limón. Este ministro era un obseso sexual reprimido capaz de implantar los guantes de boxeo a todos los adolescentes para que no pudieran masturbarse. Ya que no había guantes de boxeo para todos, la censura cumplía la misión de evitar que el sexto mandamiento fuera el principal abastecedor de carne española para el infierno.

El régimen económico de la autarquía terminó cuando el gobernador del Banco de España abrió un día la caja fuerte y se encontró con que el único tesoro que quedaba era un sello de cincuenta céntimos con la cara de Franco y una gaseosa La Casera. Y tuvo que llegar Ullastres, ministro de Comercio del Opus, a explicarle al Caudillo la ley de la oferta y la demanda. Aunque el Seat 600 había quebrado la médula espinal del régimen franquista que discurría por la raspa de todas las sardinas de bota y ya se adivinaba en el horizonte el sueño de la libertad unida al placer irremediable, en el cuartel Inmemorial el alto mando le negó al capitán Cuesta la matrícula en el curso para comandante porque presumía en la sala de banderas de haber leído *España invertebrada* de Ortega y Gasset. Algo semejante le iba a suceder al seminarista Jesús Aguirre, quien un día bajó desde Comillas a Madrid con un libro de Ortega bajo el brazo y una pipa en la boca y entró en casa de Juana Mordó muy ufano.

1952

De Comillas a la eternidad, las amistades particulares y el demonio se disfraza de Ortega.

1952

En aquel caserón lujoso del seminario pontificio de Comillas iba a pasar Jesús Aguirre las últimas pulsiones de la pubertad y los primeros sueños de juventud. Llegó redicho, pedantuelo, muy leído y sobrado. Desde el principio dio señales de una inteligencia rápida que no se distinguía de las réplicas mordaces con las que se protegía del complejo de haber llegado a este mundo de una forma oscura, pero en el fondo el seminarista se sentía redimido pensando que todos somos hijos de Dios. Sobrevolando el griego y el latín durante un curso, se incorporó con facilidad a los rezos, al silencio del refectorio, a los juegos en el patio, al coro de la escolanía, al rumor del gregoriano, a los paseos de los domingos en fila de a dos por las verdes colinas, a los ejercicios espirituales. El fuego del infierno estaba al alcance inmediato de su mente. La agonía de la muerte seguida de la putrefacción de la carne y los gusanos de la tumba era un plato que se consumía con el hervido de judías verdes con patatas de cada cena. Pero más allá de las postrimerías también había ángeles con bucles dorados y vírgenes azules. Una de las obsesiones de cualquier colegio regentado por los jesuitas era evitar que los alumnos tuvieran amistades particulares. La reclusión forzada de tantos muchachos en medio de la revolución de hormonas que se establecía entre aquellos severos paredones hacía que el peligro de la homosexualidad se extendiera fácilmente. Muy pronto el sexo se levantó como una barrera negra en el horizonte, una obsesión lúbrica que acompañaba al seminarista día y noche unida a la tibieza de la cera del altar, al olor de incienso, a la humedad pegada a la tela del pijama.

Reclinado en una cama turca en el palacio de Liria, me contó Aguirre, como sintiéndose ya a salvo de todo aquello: «Lo que para los padres de la compañía eran amistades particulares para Goethe eran afinidades electivas y yo que había leído a Goethe así lo creía. Un día me llamó el director espiritual a su despacho, un jesuita que era famoso por la voz de barítono y porque llevaba siempre un tomate en los calcetines, como el que describe Pérez de Ayala en *A.M.D.G.* Fui acogido por su sonrisa meliflua, que no borraba el rigor del entrecejo. Me hizo sentar a su lado muy cerca, me puso la mano en el hombro y luego me dio un suave pescozón en una mejilla. A continuación comenzó el interrogatorio».

Los superiores habían observado que Jesús Aguirre tenía predilección por un compañero con el que siempre se le veía departiendo a solas durante el recreo en un rincón del patio. Un día el padre prefecto le vio muy pálido, le cogió de la oreja en un corredor y lo llevó a su habitación. El prefecto pronunció el nombre de un chico de Laredo llamado Antonio, de aspecto curtido, de ojos negros, cejas prietas y mejillas muy carnosas. Jesús puso cara de sorpresa. Ante las preguntas cada vez más directas e inquisitivas, con las orejas enrojecidas por el rubor, negó que entre ellos pasara nada más allá de compartir la misma afición por la lectura. No se masturbaban, no se intercambiaban ninguna caricia ni siquiera se tocaban. Sólo leían a escondidas a Ortega y Gasset. No se sabe qué era peor. Ante la rociada de amenazas y consejos, Jesús prometió que en adelante se dedicaría sólo a jugar al balón. El prefecto, antes de despedirlo del despacho, mientras no dejaba de sobarle las mejillas, le hizo esta confidencia: «Anoche, después de apagar la luz, me paseé como todas las noches por el dormitorio vigilando vuestro sueño. Cuando ya estabais todos dormidos me fijé en ti. Estabas destapado y tenías las dos manos entre las piernas dentro del pantalón del pijama. Eso es gravísimo. ¿Lo sabes? Te doy dos días para que te quites esas ojeras. Y si tienes que dormir con las manos atadas, hazlo como penitencia».

La sensualidad evanescente que le despertaba su prima Mariluz seguía siendo su obsesión. El 25 de mayo de 1952, desde Comillas le escribió: «Querida prima mía: espero mucho de ti y pido diariamente

por tus intenciones al Señor. Entrégate al trabajo pero como medio, nunca como fin. Una vez fuera del aula, piensa por ti misma. Hoy faltan pensadores, meditadores… Quiero encontrar contigo comprensión y comunicación de ideas, quiero llenar nuestras cartas, no de líneas insustanciales, sino de ideas. Unamuno decía que cuando escribas sé denso, denso. Un virus irremediable me avergüenza cuando pongo el sello. Mis cartas son agotadoras por la extensión, parecen memoriales. Verter en mi correspondencia tantas cosas es quizá haberme impuesto el ascetismo de escribir. Lo importante ahora es resistir y atesorar y más tarde, ya con suficiente riqueza para moverme con soltura, saldré a la palestra».

En el refectorio había un púlpito donde un alumno de un curso superior leía en voz alta un libro mientras los seminaristas comían en silencio, excepto los jueves y los domingos, en que se permitía hablar después de la breve lectura de algún trance ejemplar del santoral. Jesús Aguirre se recordaba leyendo en plena pubertad desde el púlpito el relato moral del padre Risco titulado *Paso a paso,* en el que el protagonista, un muchacho muy puro con mejillas de rosicler, es conducido al vicio por un tío suyo. Primero lo lleva al cine, después a bailar con unas señoritas de Rebolledo, luego a una sala de juego, hasta que al final, en el camino de perdición, aquel niño tan guapo, completamente degradado, perdida la lozanía de su pureza, con el estigma del vicio en el rostro, acaba por matar a su propio tío y es condenado a muerte y sometido a garrote vil en una cárcel de Granada. Quien a hierro mata a hierro muere.

«Querida prima Mariluz: ayer leí una reseña extensa sobre la conferencia que dio Dalí en el teatro María Guerrero el día 11. El texto es interesante no sólo artísticamente. He tomado notas. El ambiente y los sucedidos son realmente chuscos. Si fuiste o sabes algo, dime. Hoy probablemente no te escribiré más. Me esperan unas cuantas líneas de Cicerón. Una breve consideración ¿poética? sobre mi rinconcito. Observar el valle, las montañas escarpadas y caigo enamorado en el mar, un elemento de vida que tiene presencia viva en mis sueños».

Los jueves y domingos por la tarde había paseo. Por las afueras de Comillas se veía pasar la fila oscura de seminaristas sobre las

colinas verdes con sotana, bonete de cuatro puntas y esclavina con ribete morado. Algunos días iban al cine. *Balarrasa, La mies es mucha, El milagro de Nuestra Señora de Fátima* y *Cerca del cielo,* una película protagonizada por el padre Venancio Marcos sobre la muerte en la guerra del obispo Polanco. Con los primeros libros de la colección Austral llegaron también las primeras miradas a las adolescentes y el amor griego al propio cuerpo y las cartas repletas de mística pasión a su prima Mariluz, su querida prima en Cristo. El seminario comenzó a ahogar sus sueños. Un día le escribe: «Respecto a mi trabajo poético, he comenzado un libro titulado *La piedra y el río*. No pretendo en él nada de justificación, sólo trazarme un programa a seguir y por el que trabajar. Tengo ya trece poemas y bastantes ideas más. Soy un impenitente intelectual y lo propongo con dos preguntas: ¿qué tal va el Nobel?, ¿y la Bienal? Dime algo sobre ella. Aquí no llega ningún periódico. ¿Presentó Dalí su *Cristo*? Te mando estos versos con ecos de Fray Luis…

A cuyo son divino
El alma que en olvido está sumida
Vuelve a cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primero esclarecida

Oda a Salinas»

Después de este alarde poético el seminarista Aguirre tiene una bajada incomprensible y le recomienda a su prima que lea a Carmen de Icaza.

Su madre iba a la librería Sur y a la Hispano-Argentina a comprar los libros que le encargaba su hijo. Durante las vacaciones Jesús Aguirre leía y soñaba con ganar batallas místicas mientras ponía los pies a remojo en la playa del Sardinero. Tenía las piernas muy blancas y en las rótulas se le habían comenzado a formar unos callos de tanto estar de rodillas ante el sagrario. El gregoriano estaba modulando su mente en el canto de vísperas. El olor a alcanfor de los corporales, el brillo de los cálices, el roce del alzacuello, el tomate en el calcetín, las letras doradas del misal formaban la

sustancia de las horas y los días hasta que llegó la primera rebeldía interior: estudiaba latín, griego, oratoria, declamación, elocuencia y predicación, pero no estaba dispuesto a renunciar a la lectura de Ortega y de Unamuno, que le ayudaba a salir de la jaula escolástica y le introducía en la aventura libre de la inteligencia. Con citas de estos autores, que eran réprobos para los padres jesuitas, Aguirre comenzó a escandalizar a sus compañeros. No daba el perfil del neófito que suda obediencia por todos los poros, aunque el corazón de seminarista aún ardía bien bajo la sotana y la esclavina.

«Querida prima Mariluz: No he leído nada de Marañón. Pemán me parece horrible, lleno de tópicos. Cada vez me afirmo más en que Pemán no es un valor sino un antivalor. ¿Por qué? Porque tiene capacidad y no la actualiza. Yo puedo perdonar al que no es un genio porque no puede pero no perdono al que por seguir un camino más fácil y de éxito, más populachero, deja un fruto colgando en el árbol de la fecundidad que Dios le da. Toda actividad ha de tener un matiz ético y es faltar a la dignidad el no cultivar el don de Dios que es el genio creador».

Durante una plática en la capilla, el padre prefecto de filósofos, González Quevedo, un jesuita de carácter duro y obtuso, se destapó con un ataque feroz contra Ortega y Gasset, recreándose en una sarta de improperios. Jesús Aguirre capitaneó a un grupo de compañeros rebeldes que en acto de protesta abandonó la capilla. Después de este alarde los superiores le insinuaron que de seguir por ese camino debería abandonar el establecimiento, pero un día, ya muy crecido y enamorado de su propia brillantez, defendió públicamente a Ortega en una discusión en el refectorio y la cosa se agravó al ser sorprendido leyendo *La agonía del cristianismo,* de Unamuno, en el retrete. Nunca tuvo ningún problema con la disciplina, pero le montaron un auto de fe esperpéntico por esta deriva intelectual y también por mantener correspondencia con Aranguren y Laín Entralgo, seguida de visitas largas y pedantes que les hacía durante las vacaciones de verano cuando venían a la Magdalena, según la acusación. Afortunadamente, hubo otras

autoridades académicas que impidieron que el ejercicio inquisitorial desembocara en la expulsión inapelable y le aconsejaron el traslado de lugar si quería seguir con los estudios.

Habiendo aprendido los latines correspondientes y los tres cursos de filosofía escolástica, antes de emprender el estudio de la teología se vio en la disyuntiva de continuar en Comillas o buscarse una salida airosa antes de que lo expulsaran formalmente. Una dama desconocida de Santander estaba dispuesta a pagarle una beca de estudios en Alemania. Podía ser una señora de la aristocracia de Comillas que un día se vio prendada por la labia del seminarista, o gracias a una beca felizmente suculenta que consiguió de la Fundación Humboldt, auspiciada una vez más por el director de la papelera Sniace o por la influencia de Aranguren y Laín. Sea como fuere, hacia la mitad de la década de los cincuenta Jesús Aguirre empezó tembloroso a estudiar Teología en Múnich, lo que le permitió leer libros sin censura y obtener contactos personales inolvidables, entre ellos el de un profesor renano, Gottlieb Söhngen, que andaba entre las fronteras del saber sagrado y profano, tratando de relacionar la teología con la filosofía griega, el idealismo alemán y la música. Lo primero que oyó Aguirre de sus labios en clase fue: «Todos los hombres tienen un pájaro en la cabeza, pero sólo los obispos creen que es el Espíritu Santo y a veces confunden la inspiración con el excremento de la paloma».

En Múnich se acababa de crear el Colegio Español Santiago Apóstol, fundado por el sacerdote José María Javierre, situado en Dachauer Strasse, para hospedar a posgraduados, tanto universitarios como seminaristas, que realizaban sus tesis doctorales. En ese tiempo habían coincidido en el colegio Rouco Varela, Jiménez de Parga, Alfonso Pérez Sánchez, Frühbeck de Burgos, Lucio García Ortega. Para ingresar en ese colegio de Múnich regido por curas operarios, los mismos que dirigían el Colegio Mayor Pío XII de Valencia donde yo estudiaba, estuve a punto de conseguir una beca de fin de carrera de Derecho, dispuesto a escribir un trabajo sobre el kantiano Kelsen y el derecho natural. El proyecto se frustró, como también se frustró mi viaje a París cuando ya había conseguido el permiso militar, algo casi imposible entonces, para estudiar un

verano en un instituto donde se impartía el pensamiento de Maritain y de Mauriac, escritores católicos. Cuando le pedí permiso a mi señor padre, me contestó: «Hijo, puedes ir a París o a Londres, pero a cenar te quiero a las nueve en casa». En vista de que yo no tenía ningún Aranguren que me ayudara, hui de Valencia y me fui a Madrid a verlas venir sin otro propósito que el de obedecer el destino que marcaran las suelas de mis zapatos.

De haber salido el proyecto de Múnich, podría haberme cruzado con Jesús Aguirre por la calle e incluso tomarme con él una cerveza negra en la cervecería del Führer, la Hofbräuhaus, pero desde el primer momento el seminarista Aguirre había marcado las distancias con estos escolares del colegio Santiago Apóstol y se fue a vivir al colegio ducal Giorgianum, uno de los edificios propiedad del estado de Baviera, junto a la universidad y el Ludwigskirche, la parroquia donde Romano Guardini daba sus lecciones y realizaba celebraciones. Allí convivían aspirantes al sacerdocio llegados desde los seminarios de distintos países y constituía una fábrica de profesores de Teología, de futuros obispos y profesionales alemanes de otras ramas de la ciencia. El joven teólogo Joseph Ratzinger vivió y dio clases allí antes de ir de profesor a Tubinga.

1955

La teología en la cascada de la Selva Negra y Heidegger va a la vendimia.

1955

Nadie sabía qué pretendía en su inmersión alemana ni en sus intereses teológicos. Jesús Aguirre era un artista a la hora de enmascarar su pasado y también su ambición. Se interesaba sobre todo por la reflexión teórica. Quería escribir una tesis sobre Occam y en este trabajo le ayudó su maestro Söhngen. «En Múnich conocí a Heisenberg, el que desarrolló el Principio de Incertidumbre. Cuando este físico genial se enteró de que vivía en el colegio ducal Giorgianum, me preguntó dónde estaba situado mi cuarto. Le dije que en el último piso mirando el Ludwigskirche, y Heisenberg me contestó que en la terraza que estaba sobre mi habitación permaneció él de estudiante haciendo guardia durante los sucesos revolucionarios de la capital bávara, la noche de los cuchillos largos, cuando Hitler estaba escalando el poder. Me dijo que tenía en una mano un fusil que no sabía manejar y en la otra una edición de los filósofos presocráticos que le inspiró su intuición de la física». El Principio de Incertidumbre, formulado en 1927, trata de demostrar que cualquier materia se altera por el hecho de analizarla. Este principio probablemente fue ratificado por Heisenberg después de conocer a Jesús Aguirre.

En Múnich, a través de Chano Martín-Retortillo, que sería su padrino en su primera misa cantada en Madrid, Aguirre conoció a Wolfgang Dern, estudiante de Sociología y Periodismo, muerto trágicamente años después. Llegaron a compartir apartamento y con él viajó a Fráncfort, ciudad donde había nacido este joven, convertido en amigo inseparable. La amistad con Wolfgang le llevó al contacto con los supervivientes de la Escuela Crítica y a conocer a

Theodor W. Adorno. «Era un personaje en apariencia muy poco interesante, como un señorín, pero cuando entrabas en conversación con él terminabas por quedar encantado por una serpiente. Me atraía su espíritu crítico permanente, enmarcado en la línea progresista. También me fascinaba la lectura de Walter Benjamin».

Siempre proclive a las amistades particulares, que cultivó en el colegio Lasalle y en el seminario de Comillas, en Múnich sedujo con su simpatía personal al discípulo predilecto del joven profesor Joseph Ratzinger. Con él tuvo una experiencia religiosa, la misma que Romano Guardini explicó en teoría durante una clase. Sucedió durante un viaje que realizaron juntos en coche desde Múnich a Friburgo de Brisgovia. Fue un viaje de iniciación, el mismo que realizan los héroes antes de matar al dragón para salvar a la princesa, antes de bajar a los infiernos para poder resucitar, antes de conquistar el vellocino de oro, que es el sexo femenino, antes de perderse en el mar boreal para volver a los brazos de Penélope en Ítaca, antes de convertirse en San Juan Bautista.

El teólogo Guardini había expresado la sensación panteísta que acoge a un caminante cuando se pierde en un bosque. Durante la primera parte del trayecto reconoce cada encrucijada del sendero, el nombre de cada árbol, percibe el rumor de la brisa y el canto de los pájaros. El sol dibuja trazos de luz sobre el humus donde se proyecta la sombra familiar de su cuerpo y el caminante se reconoce todavía en sus pensamientos, en sus deseos, en sus recuerdos, pero a medida que se adentra más en la espesura va perdiendo el sentido del camino que ha dejado atrás y de pronto siente un escalofrío, a continuación es asumido por una turbación, a la que sigue un golpe de angustia al comprobar que en ese momento su personalidad comienza a diluirse y el caminante extraviado se convierte en parte de la naturaleza. Dios es esa naturaleza que te posee, de ahí debe partir la teología, según la tesis de Guardini.

El amigo de Jesús Aguirre era un seminarista de veinte años, Hans Kuss, alumno de Ratzinger en el curso de Dogmática, muy parecido a Helmut Berger en *La caída de los dioses*. Según el duque de Alba, al iniciar el viaje aparecieron muy pronto los lagos de Baviera, donde se reflejaban las cumbres nevadas de los Alpes. Cuando lograban

deshacerse de la fastuosa visión del paisaje hablaban de su próximo sueño de ordenarse diáconos. El aire limpio que envolvía la claridad azul de los lagos le recordaba a Jesús Aguirre la pulsión que sintió al leer el libro *Energía y pureza* en la adolescencia. Ahora también quería ser puro y fuerte para subir a la cima de la nieve a escoger la flor blanca del edelweiss para ofrecérsela a un amor, por ejemplo a la Virgen o a cualquier joven Bautista.

Después de varias horas de viaje en el Volkswagen de su amigo, comenzaron a atravesar la Selva Negra por una carretera secundaria cada vez más hermética. Iban en silencio. Hacia la mitad del camino Hans le propuso detenerse a comer unas viandas en un claro del bosque. Paró el coche y al apagar el motor comenzaron a oírse en la insonoridad del espacio gritos desgarrados que se desprendían de los árboles o emergían desde el fondo impenetrable de la maleza, y entre todos los sonidos llegaba hasta ellos el de una cascada invisible. Hans le invitó a bajar del vehículo para adentrarse por un pequeño sendero hacia el salto de agua que habían visto brillar entre los abetos. Tal vez pensaban que serían acogidos por aquella sensación confusa si la naturaleza conseguía apropiarse de sus almas, pero la lección sagrada de Guardini no se presentó, o al menos ellos se creían libres.

Hans extendió un paño blanco sobre el humus fermentado en un claro del bosque y después de sacar las viandas preguntó: «¿Te parece que antes de comer hagamos un poco de teología?». Comenzó a desnudarse para tomar un baño en la cascada. «Le seguí en todos sus movimientos», me contó el duque de Alba en Liria. Mientras el agua sumamente fría irrumpía contra sus cuerpos, en medio de la luz del sol filtrada entre la oscuridad de los abetos vieron muy cerca dos corzos masculinos que se detuvieron muy sorprendidos a mirarlos. Bajo la cascada, Aguirre recordó los versos de San Juan de la Cruz y comenzó a recitarlos a gritos confundido por el sonido del agua al caer en el estanque: «Gocémonos, amado, / y vámonos a ver en tu hermosura, / al monte o al collado, / do mana el agua pura, / entremos más adentro en la espesura». Estos versos no tuvieron respuesta por parte de su amigo, que ni siquiera los hubiera entendido más allá de la emoción de los alaridos. Apenas

podían hablar a causa del cuchillo helado que el agua había introducido en sus entrañas. Lentamente fueron recuperando la respiración y un golpe de sangre caliente comenzó a inundarles el cerebro y toda la piel. Desnudos y empapados, se sentaron a devorar un bocadillo de salchichas mientras dejaban que la brisa secara su cuerpo. Estaban bien, se sentían bien con aquella vivencia religiosa. Los corzos se acercaron a ellos sin ningún temor hasta dejarles ver sus ojos limpios, ingenuos, de terciopelo. Aguirre volvió a recitar a San Juan de la Cruz: «¿Adónde te escondiste, / amado, y me dejaste con gemido? / Como el ciervo huiste / habiéndome herido; / salí tras ti, clamando, y eras ido». Los corzos se acercaron aún más y comieron de su pan, pero al tratar de ofrecerles en la boca unas frambuesas huyeron despavoridos hacia la oscuridad del bosque.

Hans le dijo que en Friburgo, con un poco de suerte, tendrían ocasión de conocer a Heidegger, amigo de un pariente suyo, profesor de la misma universidad. El hecho de conocer al autor de *Ser y tiempo,* lejos de producir en Aguirre una exaltación eufórica de la inteligencia, le sumió en una duda moral. Heidegger había sido un colaborador de los nazis, era el hombre que había callado. Cuando la universidad bávara le invitó a un curso en 1933, el filósofo respondió que antes que nada debía servir al trabajo que estaba realizando Adolf Hitler. Pero estos amigos ya habían quedado fundidos por ese lazo del alma que va más allá de los sentidos, y la duda moral de Aguirre se desvaneció. La cascada procedía de un arroyo servidor del Rin y se llamaba el Salto del Cisne Negro, según Hans había leído en una roca esculpida junto al estanque.

Continuaron viaje unidos por un silencio que expresaba todas las palabras, todas las sensaciones, toda la armonía del espíritu. La carretera dejó ver los primeros claros de la Selva Negra por el valle del Dreisam y luego se abrió a unos prados de pasto, campos de cereal y extensiones de viñedo que a veces peinaban laderas de unos montes que cerraban el horizonte por la parte de la Alsacia bajo una batalla de nubes plateadas con la tripa negra que amenazaban tormentas de final de verano. Después de dos horas de

viaje apareció la espadaña de la catedral de Friburgo contra una colina boscosa. Entraron en la ciudad por la Puerta Suaba, una de sus cinco torres fortificadas, y llegaron a la plaza del Münster, donde había un mercado medieval al pie de los sillares y vitrales. Estaban todavía patentes los efectos del bombardeo de la guerra, que había reducido a escombros la mitad de los edificios. Hans llevó a su amigo a casa, cerca de la torre de San Martín, en el casco antiguo. El alemán de Aguirre no era muy correcto, de hecho nunca lo hablaría bien, pero su estilo a la hora de ejercer ademanes dejó impresionados a los padres de Hans, toneleros de buen pasar, que se desvivieron por hacer su estancia muy agradable.

La visita a Heidegger, según contó Aguirre, se produjo en la biblioteca de la vieja Universidad Albert-Ludwigs y Aguirre recordaba que la conversación se produjo entre expresiones ininteligibles borradas por el estruendo de las hormigoneras que estaban reconstruyendo algunos colegios universitarios de alrededor destruidos por la guerra. Tal vez su filosofía y su actitud ideológica proclive al nazismo habían contribuido a que la universidad donde enseñaba hubiera quedado aplastada por las bombas. Sentado en un sillón de cuero rojo, vestido con traje cruzado de franela blanca, el viejo filósofo sabía que esta pareja eran seminaristas a punto de ordenarse diáconos. Heidegger les dijo que él había empezado estudiando teología católica. «Pero llegué muy pronto a la conclusión de que si los teólogos supieran de cierto que Dios no existe, seguirían haciendo teología, y me pasé a la filosofía», y a continuación comenzó a hablarles de la destrucción y de la muerte de Alemania. De pronto quedó en silencio, sonrió con cierta amargura y les propuso ser felices asistiendo a la fiesta de la vendimia, que se iba a celebrar en la plaza de la catedral esa noche. «Beban ese cáliz antes de ser ministros de Cristo. Los vinos del Rin, aparentemente livianos, son más profundos que la fenomenología que aprendí de Husserl». Hans le contó la experiencia de la cascada en la Selva Negra según la teoría religiosa de Guardini. Heidegger los animó a viajar a Baden-Baden y darse allí un baño más civilizado pero igual de profundo, más teológico, si cabe, en las termas romanas.

Aquella noche la plaza de la catedral se llenó de acordeones y de señoritas robustas con trenzas rubias. Los jóvenes bailaban sobre grandes cubas llenas de uva recién vendimiada y celebraban entre cánticos el mosto que se derramaba por las gargantas de gente plácida, viejos rubicundos, mujeres de carnes espléndidas que simulaban ser felices olvidando la pasada tragedia de la guerra mientras devoraban salchichas. En medio de la multitud apareció Heidegger rodeado de un grupo de alumnos. Al encontrarse en la plaza con Hans y con su amigo, los llevó hacia la catedral. Primero les señaló las gárgolas que escupen simbólicamente el mal que late en el interior de cada templo, y después bajo el pórtico de la torre con los arcos llenos de apóstoles les recordó la necesidad de purificarse con aguas romanas en Baden-Baden para olvidarse de las piedras sagradas y quedar a solas con sus cuerpos. Puesto que el hombre es un ser-para-la-muerte, mientras estuvieran vivos, el cuerpo era el único dios verdadero.

Dos días después el viaje hacia Baden-Baden se desarrolló entre viñedos maduros, campos de cebada y pastos con ganado. Algunos vendimiadores les saludaban con el brazo y al llegar a la ciudad balneario se establecieron en un pequeño hotel de la plaza de Goethe cerca del Friedrichsbad, un edificio del siglo XIX que contenía los famosos baños levantados sobre las antiguas termas romanas de dos mil años de antigüedad.

En las calles de Baden-Baden había orquestas de música y coros de adolescentes rubios que interpretaban a Mozart. Los prados trasquilados estaban divididos por el río Oos, cuyos puentes de orfebrería de hierro colado eran atravesados con parsimonia cortés y saludos de otra época por señoras con sombrillas de colores y caballeros provectos, veraneantes de final de verano, ejemplares supervivientes de toda una cultura que había sido destruida por la guerra.

El recuerdo del baño en la cascada de la Selva Negra les había dejado en el cuerpo una sensación de libertad salvaje unida al regusto de unas frambuesas silvestres que comieron con los dedos manchados de zumo, pero no habían experimentado la posesión de

la naturaleza que según Romano Guardini era el inicio de la experiencia religiosa. Al pasar por delante de las termas del Friedrichsbad decidieron darse otro baño, esta vez civilizado, según un protocolo muy saludable. En el vestíbulo una señorita les ofreció un prospecto que contenía las condiciones y ventajas del nudismo, una práctica que se estaba iniciando en Alemania. Ese viernes el balneario ofrecía la posibilidad, en este caso obligatoria, de bañarse juntos hombres y mujeres. Había varias piscinas de agua fría y caliente que se alternaban, distintos chorros y cascadas, masajes y sesiones de algas que se realizaban en grandes salas bajo cúpulas llenas de dioses paganos, ante la mirada de ninfas de mármol desde las hornacinas. Mientras se desnudaban por completo, Aguirre le dijo a Hans: «Tomemos un baño como si se tratara de una práctica ascética». En el palacio de Liria, recostado en una cama turca, haciendo volutas de humo con su Winston extrafino, el duque de Alba me confirmó que nunca había sentido hasta entonces una espiritualidad tan profunda. Ningún cuerpo desnudo se podía comparar con el de los héroes de mármol que adornaban los pedestales, pero sentirse desnudo era una comunión con su amigo. La Selva Negra tenía una resonancia mística cuando los gritos desgarrados de las aves bajaban hasta el humus atravesando las ramas de los abetos. Por las salas de las termas cruzaban cuerpos desnudos de hombre o de mujer que se zambullían en las distintas piscinas, nadaban lentamente como una forma de meditación, ardían de sudor en las saunas y luego se sumían en el agua helada.

«En aquel espacio el silencio tenía una gran resonancia bajo las cúpulas repletas de divinidades. En ese momento, de una de las salas salió un grito que llegó hasta los últimos rincones del balneario —contó el duque de Alba—. En una de las piscinas había aparecido el cadáver de una joven flotando boca abajo. Fue un accidente muy desagradable. Al parecer le había dado una congestión al salir de una sauna, pero fue suficiente para que toda la armonía del cuerpo y del espíritu desapareciera». El duque dio otra calada al cigarrillo recreándose en la memoria y añadió que su amigo Hans dijo que la muerte no era suficiente para romper aquella belleza. Habría sido más interesante si se hubiera tratado de un asesinato. Entonces le

dije al duque: «Si algún día escribo tu biografía, mentiré para estar a tu nivel. Diré que esa mujer que apareció flotando en el Friedrichsbad era bellísima como Ofelia, que murió apuñalada por un sádico y que el agua de la piscina se convirtió en un baño de sangre». El duque contestó: «No importa. En el fondo cualquier muerte siempre es un asesinato».

1961

Múnich queda atrás y en España comienza la ascensión del héroe atravesando primero una nube de ceniza.

1961

Bajo la larga ceniza de la posguerra habían comenzado a avivarse algunos rescoldos. Los universitarios más inquietos ya habían puesto el dedo gordo en la cuneta y habían partido hacia Europa a bordo de un camión cargado de naranjas, de tomates y melones; luego regresaron con la buena nueva de que en París maullaba una gata con jersey negro de cuello alto que se llamaba Juliette Gréco y en las aceras del Barrio Latino los novios se besaban con *La náusea* de Sartre en la mano. Por Montparnasse se movía un grupo de pintores españoles que alternaba el oficio de brocha gorda en los andamios con el trabajo de artistas nocturnos; los sábados se los veía con óleos y carpetas bajo el brazo yendo de galería en galería a ofrecer sus cuadros y se alimentaban de sus propios sueños, unos de conocer a Picasso y otros a Santiago Carrillo. El Partido Comunista en el exilio remediaba su hambre a cambio de la filiación en una célula. Unos estudiantes se iban en vacaciones a aprender alemán en las minas del Ruhr, otros optaban por fregar platos en los restaurantes de Londres. Aquí en España, cuando se hablaba de oposición siempre se refería uno a la de notarías o registros, a abogados del Estado o a judicatura, nunca a Franco, que iba cogiendo un pergeño de abuelito pánfilo y no por eso menos cruel y asesino. La aspiración sublime a llegar a alto dignatario del Estado se compartía con visitas rituales a los prostíbulos con olor a permanganato poblados de putas muy maternales, entre cuyos senos les bailaba una medalla de la patrona de su pueblo. De Alemania regresaba Aguirre a Santander o a Madrid de vacaciones envuelto en silogismos escolásticos, brillantes y escurridizos. En casa

de sus primos en la calle Costa Rica, durante los insomnios de las noches de verano, vaciaba su teología sobre la cama y los dejaba admirados. Sus primos le decían: «Jesús, vas a llegar a cardenal». Y él contestaba: «Nada de cardenal. Yo quiero ser Papa».

Había muerto Ortega. La noticia llegó muy pronto a Múnich. El padre Félix García, experto en arrancarles la última aterrorizada confesión a los intelectuales descreídos, había entrado en la alcoba del agonizante, en la calle Montesquinza, había permanecido media hora allí envuelto en el misterio y al salir no respondió a la pregunta capital: ¿Ortega se había confesado, había recibido la extremaunción, le había untado el calcañar con el sagrado aceite para que pudiera volar al cielo? En los corrillos de la universidad no se hablaba de otra cosa. También había muerto Baroja en su casa de la calle Ruiz de Alarcón, pero esta vez el padre Félix García se encontró con el sobrino Julio Caro apalancado en la puerta con los brazos en cruz impidiéndole la entrada. En plena agonía el escritor Castillo-Puche había llevado a Hemingway al lecho de Baroja, que ya tenía perdida la memoria bajo el gorro de lana. Al ver a aquel gigante de barba blanca en su habitación sólo interesado en hacerse una foto, Baroja preguntó: «¿Quién es ese señor de la sonrisa de arroz con leche?». Alguien le dijo al obispo Leopoldo Eijo que fuera a confesar a su compañero de la Real Academia. El obispo de Madrid respondió: «No voy. Que muera como ha vivido».

En 1961 Jesús Aguirre fue ordenado sacerdote en Múnich, en el Ludwigskirche, a manos del obispo del lugar. Actuó de padrino el diplomático Julio Cerón, que andaba perdido por las cervecerías y fue obligado a alquilar un chaqué para el acto. Las dos espadañas de la iglesia fueron iluminadas ese día de forma especial, pero no hubo ningún revuelo barroco en torno a este acontecimiento, salvo el volteo general de campanas. Bajo los acordes del órgano avanzó el misacantano, revestido sólo de alba, estola y cíngulo, por la nave principal y en la cabecera del primer banco lloraba su señora madre con teja y mantilla española y el rímel corrido. Sin duda, muchas de aquellas lágrimas serían de orgullo por tener como hijo a un representante brillantísimo de Dios en la tierra, y otras tal vez se debían al recuerdo de un lejano amor loco que se desarrolló en

medio de promesas ardientes en la primera oscuridad de una tarde al final de un verano junto a la playa. En el altar también le esperaba, junto con el obispo y otros sacerdotes, un diácono que iba a oficiar en la ceremonia. Desde la grada, con las manos juntas en el pecho, Hans veía avanzar a su amigo Aguirre y probablemente recordaría los años de amistad y aquel baño teológico que se dieron en la cascada de la Selva Negra, la mirada de los corzos desde la espesura y el grito que resonó bajo las cúpulas de las termas de Baden-Baden que vino a romper toda la armonía de los cuerpos. El hombre es un ser-para-la-muerte, había dicho Heidegger. Con la joven muerta flotando boca abajo en una de las piscinas podía empezar la teología.

Después del acto litúrgico de la ordenación sacerdotal se sirvió un aperitivo en el claustro de la iglesia y allí se pasaban las copas de vino del Rin los profesores Schmaus, Söhngen, Monzel, obispos y alumnos; luego hubo una fiesta en la pradera del colegio ducal Giorgianum presidida por el rector Pascher, catedrático de Liturgia y Pastoral, donde se cantaron canciones bávaras, casi paganas, con acordeones y trompetas de pistones. Finalmente Julio Cerón pagó una cena en la cervecería del Führer a los amigos que habían llegado de Santander, y Jesús Aguirre, a partir de ese día de junio, comenzó a navegar el sacerdocio como una aventura intelectual, lejos de la mística y mucho más lejos de la ascética. Las clases en la facultad de Teología siguieron su curso sin este alambicado neófito, que ya no tenía más excusas para quedarse en Alemania.

Después de haber volado por las elegantes alturas del saber teológico, regresó a casa y en realidad le correspondía adscribirse a una parroquia de la diócesis de Santander. Era imposible imaginar a Jesús Aguirre de coadjutor en un pueblo del valle del Pas confesando a beatas, departiendo con el boticario, paseando por las afueras con el director de Banesto, dando siempre la razón al indiano, el más rico del lugar, bautizando, casando, llevando el viático bajo la ventisca por los desmontes, dando responsos a gente innominada que pasa por este mundo sin enterarse de nada. ¿Tanto Goethe, tanto Guardini, tanto Adorno y Walter Benjamin y Rahner para acabar jugando a la garrafina o al tute con el cabo de la

Guardia Civil de pareja con un párroco de misa y olla? Tampoco en la ciudad de Santander había ningún puesto que fuera el adecuado para este ser brillante, navegador del cosmos teológico, ahogado por la caspa moral de una clase media que sabía su origen y que sin duda se lo echaría en cara en cuanto se saliera del orden constituido, que cualquier burgués espera de un cura. Una vez más, Laín Entralgo, Zubiri y Aranguren llegaron en su ayuda para sacarlo del pozo provinciano y lo dejaron en brazos del padre Federico Sopeña en Madrid. La rampa de despegue estaba preparada.

La primera misa se celebró en la iglesia de la Universitaria. Allí estaban todos los admiradores del padre Sopeña. La madre del misacantano seguía llorando con el rímel corrido. Después de la solemne ceremonia asistida por varios prestes y adornada con una hermosa disertación del teólogo y pensador Francisco Pérez, su amigo desde Comillas, Jesús Aguirre, sentado en el presbiterio en un sillón abacial, cara a los fieles, ofreció a besar las palmas de sus manos perfumadas con agua de rosas flanqueado por el padrino Martín-Retortillo y la madrina Consuelo de la Gándara. En fila, bajo un motete de Palestrina cantado por la escolanía, se acercaban a tributarle homenaje profesores liberales, agnósticos de entre dos aguas, señoras del barrio de Salamanca, universitarios rebeldes, toda la grey que había acopiado el padre Sopeña y que a partir de ese día Jesús Aguirre haría suya y sobre la que actuaría con su labia de encantador de serpientes. Cuando Sopeña se fue a Roma, él se quedó de amo del rebaño.

Parece que Jesús Aguirre también había dejado Múnich muy caliente al volver hecho un cura a España en 1961, porque en los primeros días de junio del año siguiente, en el hotel Regina Palace de la capital de Baviera, se celebró el IV Congreso del Movimiento Europeo, al que asistieron invitados ciento dieciocho políticos españoles de todas las tendencias: monárquicos, liberales, democristianos, socialistas, socialdemócratas, nacionalistas, excepto los comunistas, reunidos bajo la autoridad moral de Salvador de Madariaga con el propósito de sentar las bases para recuperar la democracia que le permitiera a España adherirse a Europa. A Fernando Álvarez de Miranda, cabeza de cartel de aquella expedición

clandestina, le dijo Aranguren: «Yo no voy, pero hay un cura en la Universitaria llamado Aguirre que ha estudiado en Múnich. Sin duda él os podrá ayudar si le pagáis el viaje y la estancia». Jesús Aguirre acompañó a los conspiradores y los paseó por Múnich, les presentó a gente de la radio y de la prensa y les resolvió muchos problemas como intérprete de alemán.

La reunión de los opositores españoles en Múnich tuvo una repercusión muy sonada. Fue una convulsión política. Para ridiculizar este encuentro que significaba el fin de la guerra y el principio de la reconciliación nacional, la prensa falangista del diario *Arriba* lo llamó el Contubernio de Múnich. Atacado por una cólera repentina contra estos grupos que hasta entonces sólo habían ejercido una tímida oposición dentro de las fronteras, Franco encarceló, deportó y mandó al exilio a los asistentes a medida que retornaban a España, a Fernando Álvarez de Miranda, Jaime Miralles, Pepín Vidal, Satrústegui, Carlos María Bru Purón, Cavero, José María Gil-Robles, Dionisio Ridruejo. Los buenos oficios de Pío Cabanillas, antiguo compañero del César Carlos y ahora subsecretario de Fraga, sirvieron para que Aguirre no fuera desterrado a Fuerteventura a secar al sol sus jaquecas. El consejo de don Juan de Borbón en Estoril fue disuelto y el conde de Barcelona se dedicó a navegar en su yate *Giralda* entre dos aguas, pero al pasar frente a Gibraltar le hacía al Peñón un corte de mangas con su antebrazo tatuado con un ancla. «He aquí un gran patriota», exclamó Pemán ante este gesto.

Uno de los represaliados de Múnich era el periodista valenciano Vicente Ventura, quien pasó dos años de destierro en la casa de labranza que el canónigo Espasa tenía en Denia. La casa, heredada de sus antepasados huertanos, estaba en la partida de La Pedrera, rodeada de siete hanegadas de almendros, viñedo, naranjos y olivos, desde la que se divisaba todo el golfo de Valencia a través de un espacio esmerilado unas veces por el mistral y otras por las ráfagas violentas del llebeig, que rompían el silencio preternatural cuando Denia era todavía un paraíso. A Ventura le habían prohibido escribir en el periódico, pero no hablar con sus amigos, entre los que me encontraba.

A Denia acudían a veces el escritor Joan Fuster, el cantante Raimon y el escultor Andreu Alfaro. Yo había conocido a Ventura en Valencia durante la carrera de Derecho cuando él ejercía una agitación política en las tertulias del Kansas City y en el otoño de 1962 a veces lo veía en el puerto de pescadores de Denia. Yo quería ser escritor, pero esta obsesión de momento no había dado ningún resultado. Creía que bastaba con que a uno le gustaran las gaviotas. En realidad no se me ocurría nada, ningún argumento cómico o tenebroso, poético o vulgar, ninguna pasión o aventura, ningún personaje. Sólo me excitaba mirar la vida, oír el sonido y el silencio de la naturaleza, esperar el rayo; en cambio, Ventura sólo hablaba de política, estaba obsesionado con derribar a Franco. Venía del Frente de Juventudes con incrustaciones de carlismo, pasó a la socialdemocracia de Ridruejo con un toque de humanismo cristiano y terminó en un nacionalismo contestatario de izquierdas. Pisando las algas podridas vomitadas por el mar después de las tormentas de septiembre, me contaba los pormenores de la reunión de Múnich, de una extraña misa que les celebró un tal Jesús Aguirre, el primer cura al que vio vestido de paisano, con un aire de Capitán Araña porque a la hora de la represión desapareció del mapa. En España la prensa franquista había organizado una contraofensiva contra Europa, que fue motivo para que la solicitud española de entrar en el Mercado Común quedara prácticamente anulada, pero a mí me excitaba más la nube de gaviotas que acompañaba la arribada de las barcas de pesca a media tarde al puerto y los gritos de la subasta del pescado en la lonja.

En Valencia le habían montado a Franco una manifestación de desagravio. Miles de personas concentradas en la plaza del Caudillo vociferaban insultos y amenazas de muerte en el paredón contra los conspiradores de Múnich, y Ventura, unas veces pinchando berberechos con un palillo y otras sonriendo sin quitarse la pipa de la boca, oía en la radio estas bocanadas de odio que desde La Pedrera se expandían hasta el mar. Luego, en aguas de Denia, Franco se pavoneó unos días en el yate *Azor* y desde La Pedrera se le veía arar la mar entre el cabo de la Nao y Cullera protegido por un destructor de la marina de guerra con varios cañones por banda

apuntando al Montgó. A veces fondeaba frente a Las Rotas y desde el yate mandaban una falúa al restaurante El Pegolí, donde le tenían preparada una paella de pollo y conejo con un «Viva Franco» y un «Arriba España» dibujados con tiras de pimiento rojo sobre la extensión del arroz. En algunos bares de la calle Marqués de Campo, al comentar este alarde alguien preguntó: «¿Es verdad que se han atrevido a escribir el nombre de Franco con pimiento rojo? Se necesita valor. Los hay que los tienen bien puestos».

Frente a estos hechos, Ventura me consideraba un frívolo porque sólo me interesaba la bajamar extasiada que hacía aflorar los erizos en los fondos de roca cerca de las calas, la luz inmóvil del mediodía que condensaba el aroma de brea en el muelle, donde los gatos dormían sobre las redes tendidas. Tal vez ser escritor consistía en saber expresar con las palabras exactas la sensualidad de la bruma dorada que se levantaba y se abría hasta dejar un sol blanco suspendido en la mente. Ésa era mi filosofía. Pero Ventura me dijo: «¿Sabes qué es la filosofía? Según Joan Fuster, la filosofía consiste en agarrar a una vaca por los huevos». Ningún contubernio, ninguna política, por muy honesta que fuera, me conmovían, sino el resplandor en los párpados cerrados como una verdad cierta e indemostrable, eso era lo que me gustaba. Por otra parte, mi fe en Dios ya se había balanceado en el firmamento en las noches de verano bajo las vagas estrellas de la Osa. Cada verano yo hacía firmar al propio Dios en el libro de visitantes ilustres de Denia y mi idea era que debía comportarse como un buen turista alemán aunque fuera teólogo, y aceptar las reglas de este paraíso: no molestar, no alterar la siesta de nadie, no tener ninguna iniciativa, dejar que la cadencia de las horas dulces se posara en el corazón y no tomar nunca represalias contra ninguna clase de placer. Ésa era mi teología. Yo entonces aún creía en un Dios sonriente y hablaba de esto con Ventura mientras tomábamos una cerveza en las terrazas del puerto a la sombra de los plátanos siguiendo con los ojos a las primeras chicas de piernas largas y sandalias grecolatinas. El talante consistía en estar delgado, en saber alemán, en ser un poco cínico, malvado y despectivo contra toda la caspa franquista y los emblemas de la España negra. El placer de la cultura entre los

exquisitos ya no podía separarse del goce de los sentidos. El marxismo se había convertido en un método de trabajo, pero lo elegante consistía en ir un poco más allá, donde estaban los dioses inmorales que le hacían a uno feliz por cuenta propia y comprometido sólo consigo mismo sin tener que responder ante el elemento de la célula encargado de la ortodoxia.

Al parecer Franco se había dado cuenta de que su reacción ante el Congreso de Múnich había sido un grave error. Unas semanas después, el 10 de julio de 1962, liquidó al ministro Arias-Salgado, que ocupaba el cargo desde 1951 y al que Franco hacía responsable de la histeria de la prensa sobre Múnich. El ministro sólo sobreviviría unos días a su destitución. Herido en el alma al perder el favor de su Caudillo, murió de melancolía, como en las viejas crónicas, en la escalera de su casa en la calle de Hermosilla. La noticia llegó mientras tomaba uno de aquellos aperitivos con Ventura en un bar del puerto de Denia: «Los españoles ya no tenemos la obligación de ir al cielo a patadas. Podemos elegir con toda tranquilidad el infierno que más nos guste», dijo Ventura elevando como brindis una pata de pulpo seco. «Quiero ir a un infierno donde haya palmeras», contesté con otra pata de pulpo en la mano.

A Gabriel Arias-Salgado le sustituyó Manuel Fraga en el Ministerio de Información y Turismo. Su principal misión consistía en mejorar la imagen internacional del franquismo. Todo quedó muy claro en su discurso de toma de posesión: «Llevamos veinticinco años en los que, con un nuevo estilo y un jefe inigualable, se ha realizado una obra que vamos a continuar para llenar esa importante página de la historia que ya está escribiendo el Generalísimo Franco. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!». Para empezar, fue recibido por una huelga de mineros en Asturias, silenciada completamente por la prensa. En todo el país se desató una gran campaña de solidaridad. Muchos huelguistas fueron detenidos, torturados y encarcelados, a algunas de sus mujeres combativas se les rapó el pelo al cero. Ramón Pérez de Ayala, Vicente Aleixandre, Pedro Laín Entralgo, Fernando Fernán Gómez, Aranguren y hasta cien artistas e intelectuales publicaron una carta exigiendo información sobre los sucesos de Asturias. Fueron represaliados. Mientras tanto, Fraga inauguraba paradores,

bautizaba costas, levantaba muros de cemento en los litorales, a medias entre el fascismo y la especulación, ambas pasiones ponderadas por el mal gusto a cargo de promotores de cuello gordo, analfabetos y con mucha barriga. La Guardia Civil aún se paseaba por la arena de las playas con mosquetón al hombro y la testa charolada y apuntaba sólo con el dedo el esternón de las chicas en biquini, que quedaban paralizadas de espanto. Las actrices de cine salían de la bañera siempre envueltas con una toalla y Fraga comía nécoras con cuchara, se bañaba en Palomares con calzones antinucleares, que resistían a las bombas de hidrógeno, pegaba escopetazos de perdigones en el culo de la hija de Franco en las cacerías y cortaba el hilo del teléfono de un tijeretazo si el interlocutor se ponía pesado. En caso de tener una amante, habría sido de esos que suben a su apartamento, dejan el taxi esperando en la calle, arriman a la mujer de pie contra un armario y con los pantalones en los tobillos, sin quitarse los zapatos, se satisfacen y luego bajan disparados, se largan al primer bar y piden también a toda prisa una de calamares y se ponen a jugar a los chinos. Eran los tiempos en que Adolfo Suárez todavía bajaba a comprarle tabaco a Herrero Tejedor, ministro del Movimiento.

A cada cambio de gobierno seguía una condena a muerte. Franco se aseguraba así la firma solidaria de la sentencia capital de los nuevos ministros para tenerlos trincados hasta el fondo de la conciencia. Poco después de llegar Fraga al ministerio, se produjo la captura, juicio sumarísimo y ejecución del militante comunista Julián Grimau. Fraga también se tragó con gusto el anzuelo.

1965

Julián Grimau recibe el último plomo de la guerra civil y el padre Aguirre se convierte en una estrella, cazador de mariposas.

1965

Jesús Aguirre quería dejar atrás los traumas familiares y provincianos de Santander. Amparado por monseñor Federico Sopeña, obtuvo un empleo de vicario en la iglesia de la Universitaria y allí se convirtió en una estrella. En 1963 también ejercía de capellán en el Colegio Mayor César Carlos, donde se hospedaban posgraduados que preparaban oposiciones a cátedra universitaria, a diplomacia y a altos cuerpos de la administración del Estado. Era un colegio de élite, ubicado en un elegante chalé de la colonia Metropolitano, con perfume de buenas maderas, escaleras alfombradas, vitrales emplomados y lámparas de mil lágrimas, todas de felicidad para no más de treinta escogidos residentes. Comenzó como un reducto falangista, fundado por un Rodríguez de Valcárcel, para terminar siendo un foco de rebeldía liberal. Allí Jesús Aguirre zascandileaba, tal vez bendecía la mesa y conspiraba consigo mismo. Iturriaga, un alumno que luego fue embajador, se lo quitaba de encima: «Anda, Jesús, vete a merendar y no me des el coñazo». Allí conoció a Raúl Morodo, a Elías Díaz, a García Añoveros, a Pío Cabanillas, quien llegado el momento lo nombraría director general de Música, y a Matías Cortés, que un día le presentaría en Marbella a los duques de Arión y a través de ellos a la duquesa de Alba, una bifurcación esencial de su vida.

Aguirre nunca tuvo buenas relaciones con las autoridades eclesiásticas oficiales: ni con el arzobispo Morcillo, un antediluviano que por vergüenza había hecho cambiar el nombre de su pueblo Chozas de la Sierra por el de Soto del Real, ni con el obispo Eijo y Garay, que iba al trinquete de Recoletos en compañía de una amiga

coja. En cambio, se llevaba muy bien con monseñor Benelli, brazo derecho del nuncio que luego sería papable. Paradójicamente, Tierno Galván y Nicolás Sartorius, ambos ateos formales, le introdujeron en la nunciatura y, dejado a su aire, al poco tiempo, Jesús Aguirre ya tomaba por las tardes un té con pastas con el representante del Vaticano charlando de florituras teologales.

En 1963 Jesús Aguirre trataba de hacer compatible la musicología de Adorno con el apostolado sociológico entre las élites progresistas de Madrid, quería disolver la teología de Romano Guardini con la estética idealista y el neomarxismo crítico de Walter Benjamin con una misma pulsión de amor a Cristo y al martini seco, formando con ello una sola mística. Así comenzó a flotar entre la minoría selecta del Colegio Mayor César Carlos, cuando en las sobremesas les hablaba a sus amigos de la unidad precristiana de Plotino bajo el tintineo de cucharillas y tenedores de alpaca.

Era un tiempo en que los televisores en blanco y negro de veinte pulgadas con cortinilla y coronados con flores de plástico lanzaban los primeros frigoríficos al aire de una España de clase media envuelta en espuma de jabón Lux. A las amas de casa desde la pantalla se les aconsejaba que fregaran los platos con un determinado detergente que dejaba las manos suaves para la caricia nocturna. Al Seat 600 lo acababa de adelantar por la derecha el Renault Dauphine en su escapada a Benidorm cuando en los cines de Italia se exhibía la película *Il sorpasso* de Vittorio Gassman con una musiquilla del claxon, el himno de la modernidad desenfadada que pronto traería a España un sueño de descapotables.

La gente entreveía ya el primer placer del consumo de pollos al ast entre boleros de Los Cinco Latinos y bailes muy pegados de sudor perfumado en Micheleta con aquellas chicas de faldas tubulares cuando un día, a la superficie de una sociedad dispuesta a olvidar la aciaga desdicha del pasado, afloró de pronto el nombre de un clandestino desde el fondo negro del franquismo. La noticia consistía en que un comunista llamado Julián Grimau, hombre al parecer muy importante y peligroso, se había arrojado al vacío por una ventana en la trasera de la Dirección General de Seguridad. Ese

nombre acaparó la conversación en las redacciones de los periódicos y los claustros de la universidad hasta terminar por apoderarse de las sobremesas familiares. Poco a poco se iban sabiendo cosas. Julián Grimau pertenecía al comité central del Partido Comunista y había sido enviado a Madrid por la dirección desde París. Fue delatado y en noviembre de 1962 la policía lo detuvo en un autobús cerca de la plaza de las Ventas, como no podía ser de otra parte dado que se trataba de una misma forma de lidia ibérica. Durante los interrogatorios en la Puerta del Sol se dijo oficialmente por medio del ministro Fraga que el convicto había tenido un trato exquisito, pero que en un momento de descuido se había subido a una silla y, aunque iba maniatado con formidables esposas de gran calidad, pudo abrir una ventana y de forma inexplicable había logrado saltar a la calle desde un despacho del tercer piso hasta el asfalto de un callejón, donde cayó como un guiñapo entre unos furgones de policía allí aparcados. Junto a aquellos furgones había uno preparado por la funeraria, según contaron algunos testigos, pero había sobrevivido de milagro con graves heridas en el cráneo.

Toda la clandestinidad comenzó a movilizarse. A Julián Grimau se le iba a juzgar por supuestos crímenes cometidos durante la guerra civil, que hacía más de veinte años que había terminado. No había modo de sacudirse aquel cuervo de la conciencia colectiva. Se puso en marcha la recogida de firmas de un manifiesto para salvar a Grimau de la pena de muerte anunciada. A Javier Pradera, miembro del Partido Comunista, le correspondió recabarlas en el Colegio Mayor César Carlos y allí se encontró por primera vez con el capellán Jesús Aguirre, quien muy suelto de ideas y maneras le ayudó a vencer la resistencia de algunos residentes timoratos o dubitativos. Esta circunstancia trágica fue el inicio de una amistad que ya no se extinguiría. No se sabe quién de los dos ejerció en este caso de Capitán Araña. De hecho Jesús Aguirre tuvo la sensación de que Adorno y Walter Benjamin estaban de más en esos días de plomo y tampoco servían para este caso las voladuras cósmicas de la teología impoluta de Teilhard de Chardin.

En el extranjero hubo conatos de incendiar algunas embajadas españolas y en el bulevar Saint-Germain de París se realizó una gran

manifestación de protesta contra el juicio de Grimau, que había comenzado a celebrarse en los juzgados militares del barrio de Campamento el 18 de abril de 1963, y entre la multitud aparecía tres filas detrás de la pancarta la pipa de Jean-Paul Sartre y no muy lejos de este intelectual comprometido iba una joven brasileña que se llamaba Solange, según vi después en un recorte del periódico *Le Figaro,* que ella trajo a Madrid en el bolso.

Mientras se celebraba el juicio contra Julián Grimau ardía la Feria de Abril en Sevilla y Jesús Aguirre, que estaba muy lejos todavía de imaginar que un día sería un personaje ducal en la barrera de la Maestranza con un nardo en la solapa, ahora se veía obligado a apearse de las esferas celestes y ensuciarse las manos con la realidad. ¿El famoso compromiso del marxismo podía remediarse con una misa? Después del juicio sumario por supuestos crímenes cometidos ya prescritos sólo cabía esperar que Franco conmutara la pena de muerte a la que había sido condenado el reo sin deliberación del tribunal. «Que pase la viuda del acusado», se decía en estos casos.

Al mismo tiempo que sucedía esta tragedia política Berlanga estaba rodando la película *El verdugo,* con guion de Rafael Azcona. En este alegato contra la pena de muerte el encargado de ejecutar la sentencia tiene que ser arrastrado a la fuerza hasta los palitroques del garrote por los funcionarios de prisiones al negarse a cumplir con su oficio. Cuando se estrenó esta película Julián Grimau acababa de ser ejecutado y también en su caso, como una premonición de arte, hubo una resistencia por parte del pelotón de fusilamiento. En teoría le correspondía a la Guardia Civil apretar el gatillo, pero su director alegó que sólo tenía la responsabilidad de custodiar al reo. Por su parte, el capitán general se negó a que fuera ejecutado por militares de carrera. Fue el propio dictador quien dio la orden de que a Julián Grimau lo fusilara un pelotón de soldados de reemplazo que, sin experiencia, al parecer, según los testigos, tuvieron que disparar hasta veintisiete balas sin acertar mortalmente con ninguna y hubo de ser el teniente el que rematara al reo con un tiro de gracia en la nuca. Este militar acabó años más tarde en un psiquiátrico al no lograr disolver este crimen en su conciencia.

Mientras el futuro ajusticiado estaba en capilla, Jesús Aguirre convocó a sus fieles más próximos y comprometidos a una misa casi clandestina en la Universitaria por la suerte del alma de Julián Grimau y para la ocasión lució una casulla negra con grecas de plata, y previendo que a esa hora ya estaría muerto oró un responso con hisopo cuya agua bendita lanzó al vacío, y para eso se invistió con una capa pluvial también tan negra como la España que trataba de exorcizar. Este acto litúrgico fue considerado como una proeza por lo que pronunció en la plática. La Iglesia fue fundada por un inocente condenado a muerte y sigue siendo un escándalo que, pese a tener a un crucificado inocente como símbolo, sea partidaria de la pena de muerte y haya callado una vez más en este caso. ¿Dónde están nuestros obispos? ¿Por qué es de plomo también su silencio?

Pero en la televisión la escueta noticia del cumplimiento de la sentencia capital de Grimau en la madrugada del 20 de abril de 1963 fue acompañada de imágenes de Ava Gardner y de Orson Welles en la Feria de Sevilla, de anuncios de Soberano, de lavadoras Balay, de la tortilla de patatas familiar los domingos entre los pinares de la sierra, del horizonte de Marbella donde se decía que había fiestas paganas junto a piscinas en forma de riñón.

«¿Tú eres partidaria de la pena de muerte?», le pregunté a la explosiva Solange. «No soy partidaria de la pena de muerte por la simple razón de que un día me la podrían aplicar a mí», me contestó. En Madrid una de mis hazañas en ese tiempo había consistido en beberme a medias con Solange una botella de ron que le había regalado Sartre en París, al cual a su vez se la había regalado Fidel Castro durante su visita con Simone de Beauvoir a La Habana. A la tercera copa le formulé la pregunta existencialista de rigor: «¿Te acostaste con Sartre?». Me contó algunos pormenores de la conquista. Su primera cita fue en el café de Flore, con la pipa interpuesta y los requiebros sinuosos a través del humo con sabor a chocolate. Dado el cuerpo explosivo de la chica y la admiración que sentía por el filósofo, apenas hubo preámbulos. Sólo una palmada en el trasero almendrado en la escalera de su apartamento en la Rue Bonaparte. «Fue en un sofá en la biblioteca, que parecía preparado como un altar del sacrificio. Nada que merezca la pena recordar,

nada que se saliera de las palabras rituales, de las pautas previstas de un conquistador profesional. "Je t'aime, ma petite mignone", ronroneaba en mi cuello, a mí, que le doblaba en envergadura; él, que era un pichoncito desplumado en mis brazos. Y yo le decía: "O, meu pobrinho!". Quiero ahorrarte detalles. En fin, una aventura para contarla el día de mañana a mis nietos. Alrededor de Sartre pululaban una docena de jovencitas que apacentaba la Beauvoir. Yo era demasiada mujer para un filósofo que en el último momento sólo estaba pendiente de quedar bien como galán maduro», me dijo Solange. «¿Y no se te pasó por la imaginación rechazar su oferta?», le pregunté. «Imposible. Sartre era mi ídolo y yo me habría considerado una infiel si no le hubiera rendido tributo». Beber un ron de Fidel Castro, el libertador, pasado por el existencialismo de Sartre, compartido con una chica de singular belleza que llevaba dentro un caballo de fuego, me pareció una cumbre. Sucedió en un hostal del barrio de Argüelles, cerca de la casa de las Flores, donde en tiempos de la República Neruda y García Lorca se disfrazaban de sultanas. Fue la primera vez que oía una bosanova con el título *La chica de Ipanema.*

Una vez cumplidas las prácticas de alférez en el Inmemorial, sin oficio ni beneficio, seguí obedeciendo el destino de mis zapatos por Madrid. Ellos me llevaban al café Gijón, a las Cuevas de Sésamo, a tomar patatas bravas en la plaza de Santa Ana, al bar de Cultura Hispánica donde acudían muchas chicas latinoamericanas, a los bailes de la Casa do Brasil, hasta que un día sin horizonte alguno me encontré en la cafetería Yago, de la calle Princesa, con un cuaderno y un bolígrafo, escribiendo la forma absurda en que se había matado en la vespa mi amigo Vicentico Bola, que pesaba más de ciento cuarenta kilos.

Mientras esto sucedía, Jesús Aguirre comenzaba a triunfar en la iglesia de la Universitaria y en ciertos ambientes intelectuales se decía que había un curita con el pico de oro que impulsaba por los aires a un tal Teilhard de Chardin, le disparaba con un dardo encendido y lo hacía caer desde las galaxias a los pies del altar abatido como una perdiz roja. Pancho Pérez González, fundador y propietario de Taurus en Santander, vendió la editorial al Banco

Ibérico y Jesús Aguirre comenzó a dirigir las publicaciones religiosas gracias a la admiración que le tenía la mujer del banquero Fierro, su nuevo propietario, a la que había confesado y absuelto de sus pecados, sin duda todos veniales.

1973

Sucedió en Madrid el milagro del copón de oro mientras Carrero Blanco volaba a los cielos.

1973

La llamada generación literaria del 36, compuesta entre otros por Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Luis Felipe Vivanco, Camilo José Cela, Laín Entralgo, Torrente Ballester, Antonio Tovar y el mercantilista Rodrigo Uría, tenía la costumbre de reunirse una vez por semana a tomar café por rotación en la casa de uno de ellos. También asistía a esa tertulia el pintor Zabaleta cuando venía a Madrid desde Quesada, un pueblo de Jaén. Esta vez Torrente ejercía de anfitrión y García Hortelano, amigo de Marisé, una de sus hijas, aunque no pertenecía a esa generación, era un invitado añadido, que en lugar de café tomaba gin tonic, según su costumbre.

En esas tertulias caseras de media tarde se hablaba de todo y de nada, aunque cada uno de los contertulios estaba muy cargado de recuerdos. Sobre la muerte de García Lorca podía hablar Luis Rosales, ya que el poeta había sido detenido en su casa, en el número 2 de la calle Angulo de Granada, donde se había refugiado. Ridruejo podía dar detalles de su exilio interior en Ronda y en Cataluña por haberse enfrentado al franquismo y del partido socialdemócrata que pensaba fundar. Cela pudo haber soltado cualquier animalada como un sargentón fascista con voz tonante, que dejaría apabullado al poeta Vivanco. Antonio Tovar ya había repetido mil veces la escena de la entrevista de Franco con Hitler en aquel vagón de tren en la estación de Hendaya en la que él intervino como intérprete. Y también Torrente podía insistir en cualquier caso de monjas emparedadas en alguna sacristía de Santiago de Compostela, en algún crimen del deán y en otras milagrerías. A

veces asistía a la reunión el fotógrafo húngaro Nicolás Muller y sacaba algunas placas.

Según García Hortelano, se estaba hablando en ese momento del libro que iba a sacar Laín Entralgo sobre el descargo de conciencia de aquella generación que había participado en la Falange, cuando la mujer de Torrente le llamó desde la puerta del pasillo. El escritor abandonó el salón, circunstancia que aprovechó García Hortelano para pedir otro gin tonic.

Al poco rato Torrente Ballester volvió desolado a la reunión. Traía una noticia extraña, que al principio sus amigos creyeron que era una de sus historias de milagros. En la habitación de su hijo Gonzalito habían aparecido debajo de la cama dos candelabros de plata labrada y un copón de oro lleno de hostias. El escritor juró que no era una más de sus ficciones mágicas. Uno tras otro, todos los componentes de la generación del 36 abandonaron las butacas y los sofás del salón para dirigirse al cuarto de la aparición milagrosa. Ridruejo, el más aventado, levantó las faldas del cubrecama y los demás doblaron el espinazo para ver lo que había debajo del lecho, y ninguno dejó de soltar una exclamación de pasmo o de sorpresa. En efecto, entre los dos candelabros de plata antigua relumbraba el oro de un copón cargado de obleas. Nadie se atrevió a tocar aquel alijo prodigioso. Las hostias podían estar consagradas, en cuyo caso el hecho de tocarlas sería un sacrilegio.

Después de algunas opiniones contradictorias y devaneos desesperados, en un acto de inspiración exclamó Ridruejo: «Hay que llamar al padre Aguirre. Es el único que tiene tablas para solventar este asunto». Camilo José Cela dio su parecer: «¡Qué coño, ése ya no es cura!». Otros protestaron. «¿Cómo que no? Algún resabio le quedará». Al final se pusieron de acuerdo y volvieron al salón. Laín Entralgo llamó a la editorial Taurus. Era pasada la media tarde y Aguirre ya no estaba en el despacho, pero la voz que contestó al teléfono, un empleado llamado Sacarino, dijo que sabía dónde encontrarlo. Lo más seguro es que a esa hora el cura Aguirre estuviera en el pub de Santa Bárbara. Allí fue a buscarlo un emisario, quien le dio el aviso de que le requerían para un caso de extrema

gravedad en casa del escritor Torrente Ballester de la avenida de los Toreros.

Durante el camino Aguirre pensó que le llamaban para dar la absolución a algún escritor infartado de los allí reunidos, pero al llegar a la casa de Torrente Ballester no los encontró compungidos, sino a unos admirados, a otros preocupados, a alguno divertido y a García Hortelano con un nuevo gin tonic en la mano. Explicado el caso de forma sucinta, el padre Aguirre pidió ver el alijo y fue acompañado por todos hasta la habitación. Se arrodilló junto a la cama, alargó el brazo, cogió el copón y lo llevó hasta el salón y lo depositó sobre la mesa de centro, donde había tazas de café y restos de bollería, Camilo José Cela había cargado con los dos candelabros de plata, había seguido al padre Aguirre y previendo la ceremonia que iba a tener lugar había prendido las ocho velas con el mechero, y la mesa de centro se convirtió en un improvisado altar. Al amparo de la luz casi tenebrosa de los candelabros que echaba las sombras puntiagudas de los escritores contra las paredes de la estancia, como en la película expresionista *Nosferatu,* el padre Aguirre reclamó la atención de los presentes y con la voz debidamente engolada pronunció con autoridad estas palabras: «La santa madre Iglesia, en un canon, que en este momento ya no recuerdo, dice que cuando se encuentren unas obleas fuera del sagrario, en caso de duda se considerará que están consagradas, así que procedamos como Dios manda». A continuación pidió a todos los presentes que se arrodillaran porque iba a darles la comunión y todos consternados así lo hicieron, pero dado que en el copón había más de trescientas hostias les advirtió que no iba a ofrecérselas una a una, sino en pequeños tacos para abreviar «porque él había quedado con un amigo y no terminaría la ceremonia hasta la madrugada». «Deberán ustedes sacar la lengua lo más posible, disolver las formas en la boca, sin rozarlas con los dientes, y tragárselas sin masticar, ¿de acuerdo?», advirtió.

Toda la generación del 36 se arrodilló sobre las baldosas. Toda excepto García Hortelano, que permanecía repantigado en un sofá con el gin tonic en la mano. El padre Aguirre, en medio del corro con el copón, les dio de comulgar. *Corpus domini Iesu Christi custodiat*

animam tuam in vitam aeternam, Amen..., murmuraba el cura y cada escritor sacaba la lengua en el momento oportuno con más o menos fe o devoción. Cuando el taco de sagradas formas llegaba a su altura, García Hortelano se limitaba a decir: «Paso, padre». Tampoco Camilo José Cela desaprovechó la ocasión de soltar la inevitable blasfemia: «Aunque estén consagradas me gustaría tomarme estas hostias con un poco de mistela y mermelada». El pintor Zabaleta, enfermo del corazón, tuvo que ser abanicado por el padre Aguirre debido a una congestión que le dio al atragantarse. Probablemente fue ésta la última ceremonia en que Jesús Aguirre ejerció el ministerio sacerdotal.

Pocos meses después de este milagro recibí una llamada de Dionisio Ridruejo y fui a su casa de la calle Ibiza. Me recibió en su despacho rodeado de libros por todas partes. Dijo que estaba pasando por ciertos apuros económicos y me pidió que tratara de ayudarle a vender un óleo de Zabaleta. El pintor había muerto por no pagar al médico. Un día se sintió mal y tomó el autobús desde Quesada a Jaén, donde a las cuatro de la tarde tenía cita en la consulta del cardiólogo. Mientras esperaba la hora en un café se encontró con un paisano que volvía al pueblo en su coche particular. Zabaleta dudó entre ir al médico o aprovechar la oportunidad de volver a Quesada ahorrándose el billete del autobús. Decidió saltarse la visita al cardiólogo para volver gratis con su amigo a casa. Poco después le dio un infarto y murió.

Ridruejo tenía un bodegón de Zabaleta, con una jarra, unos panes y un florero. Concertamos el precio, según mis conocimientos del mercado del arte. Luego hablamos de política. De cualquier cosa. Realmente de aquel hombre enteco, que a simple vista no tenía salud, emanaba una elegancia moral y fortaleza interior absolutas. Estaba creando el partido socialdemócrata, cuyos militantes cabían en un taxi, entre ellos Juan Benet, con todas las bendiciones del padre Aguirre. La operación de arte fue rápida y correcta con ayuda de Juana Mordó.

El éxito me llevó a recibir otra llamada. Esta vez al otro lado del teléfono estaba la mujer de Laín Entralgo. También quería vender un

Zabaleta. Acudí a su casa, un piso muy profesoral situado en el ático de un pabellón universitario de la Moncloa. Primero hablamos de literatura. Iba a publicar un libro en Taurus con el padre Aguirre. Laín conservaba la serenidad y nobleza en el porte que me recordó a la descripción que hizo de él Juana Mordó cuando lo vio en el Ateneo en los años cuarenta dando una conferencia y quedó admirada por su diseño varonil orlado por dos donceles falangistas con estandarte. El Zabaleta de Laín también era un bodegón. El pintor pudo haber regalado a sus amigos un cuadro de pastores, que era lo más cotizado, pensé. Si fue lanzado al mercado con las bendiciones de estos intelectuales, me parecía un acto más de su famosa cicatería. A Laín también lo despachó con otra jarra, unos panes y un florero. La operación fue rápida y correcta. Tanto Ridruejo como Laín recibieron el dinero, como un don llovido del cielo y a la vez como una materia vulgar que manchaba las manos.

El segundo éxito provocó la tercera llamada. Luis Rosales tenía otro Zabaleta, otro bodegón, éste de mejor calidad, puesto que tenía un paisaje al fondo y estaba pintado con una paleta más alegre. Estaba citado a las diez de la mañana en su casa de la calle Altamirano y era cerca de Navidad. Un altavoz derramaba villancicos sobre los puestos del mercado de enfrente. Mientras los pastores iban a Belén a ver al Niño en la cuna, de pronto un tipo que vendía pollos salió de una tienda diciendo que habían matado a Carrero Blanco. A esa hora ya se sabía que no había sido una explosión de gas y en los corrillos de la acera se contaban algunos pormenores del atentado. Había sido ETA. Había volado por los aires. Su coche había caído en una terraza interior de un patio del colegio de los jesuitas. La operación del tercer Zabaleta fue correcta, pero no tan rápida porque una sombra muy negra cayó sobre Madrid, aunque muy pronto se puso de moda ir por la noche con una botella de champán a celebrarlo junto al enorme socavón de la calle Claudio Coello. Por fin el dinosaurio un millón de años hibernado comenzó a mover el rabo.

1976

Muerto el perro empezó la rabia y bajo una nube de gases lacrimógenos aparecieron las distintas figuras del teatro.

1976

Puesto que Franco había gobernado España durante treinta y nueve años como un cuartel, llegado el momento su muerte consistió en entregar su cuchara del rancho al sargento, que en este caso era el propio Satanás. El dictador se despidió de este mundo con cinco penas de muerte, que fueron ejecutadas en Hoyo de Manzanares al alba un septiembre negro en la noche más larga, mientras en la radio sonaba *Con un sorbito de champán,* de Los Brincos, y todo el mundo empezaba a creer que llegaban nuevos tiempos a España. Flanqueado por el brazo incorrupto de Santa Teresa, por el manto de la Virgen del Pilar y por toda suerte de reliquias, incluida la sangre sólida de San Pantaleón, su cuerpo formaba la parte menos interesante de un circuito de cables adherido a un monitor cibernético. La habitación de la clínica era a medias un cuadro de la España negra de Solana y un puesto de control aeroespacial, preparado para un despegue inmediato. Puertas y rampas.

Antes de ser trasladado al hospital de La Paz, los progres acudían a El Pardo en peregrinación nocturna a enterarse de la cuenta atrás, y el próximo fin del dictador era celebrado con solomillos de choto, de venado, conejos con tomate, platos típicos de los mesones de El Pardo. «¿Cómo está?», preguntaba el recién llegado a la mesa del restaurante. «Cómo está quién, ¿Franco o el conejo?», contestaba algún comensal. Franco desarrollaba heces en forma de melena y una noche fue operado de fortuna iluminado con faros de camión en las cocheras del propio palacio. Por un artículo en *Hermano Lobo* en que comentaba este detalle fui llevado a declarar ante el juez

Chaparro, el mismo que poco después me encausó por desacato por otro artículo titulado «Paracuellos, mon amour», un delito común que no mereció ser contemplado por la ley de amnistía, aunque el fiscal Jesús Chamorro me rescató en el último minuto cuando ya estaba preparado el estoque.

Los españoles habían dejado morir a Franco en la cama. Algunos piensan que si no se hubiera retirado su capilla ardiente instalada en el Palacio Real, todavía hoy seguiría allí la cola petrificada de patriotas y curiosos que no estaban dispuestos a perderse la última visión del magnífico fiambre, unos para rendirle homenaje brazo en alto, otros para cerciorarse de que estaba realmente muerto. Tal vez sobre esa cola inmóvil habrían caído nevadas, vientos y soles, año tras año, pero por puro azar de la historia bajo una losa de mil kilos fue enterrado el dictador en Cuelgamuros, y desde sus propios genitales brotó una enorme cruz de granito de ciento cincuenta metros de altura llena de ángeles y evangelistas, prueba evidente de su complejo de castración. Era un rumor consolidado que a Franco en la guerra de Marruecos, con el tiro que le dieron en la barriga le habían volado también la bolsa con ambos atributos. Según los médicos se salvó de la septicemia porque antes de salir del cuartel cargado de hierros a matar moros por las trochas de Tetuán, esa mañana sólo había tomado un vaso de leche, como era su costumbre. El efecto mariposa de ese vaso de leche causó en España la tragedia de una guerra civil, seguida de una férrea dictadura de cuarenta años, que produjo después de la paz más de cien mil inocentes fusilados y enterrados en barrancos y cunetas.

Que los muertos entierren a los muertos, dijo el Señor en mala hora. Con los primeros pistoletazos fascistas de la Transición en el asfalto, Alfonso Fierro, cansado de un negocio que no entendía, revendió Taurus a su antiguo propietario y fundador Pancho Pérez González, personaje mítico de este sector. Las oficinas de la editorial se trasladaron a la calle Velázquez, 76, y el palacete de la plaza del Marqués de Salamanca pasó a la mitología con sus sombras de fiestas en el esfumado jardín. Al cambiar de lugar, la editorial

también cambió de perro. El dálmata de Jaime Fierro que paseaba en el palacete entre libros se transformó en un enorme mastín blanco que entraba y salía de las oficinas de Taurus en la calle Velázquez, llevado con correa de lujo por Pedrusco, un joven y fornido anticuario, nuevo amigo de Aguirre.

Eran tiempos de gases lacrimógenos y de balas de goma, de saltos en la calle, de pancartas, gritos, pareados políticos y estampidas. Santiago Carrillo iba por Madrid emboscado bajo una peluca color tapa de piano. Comía con su millonario protector Lagunero en restaurantes de lujo para disimular su identidad amparado por una docena de ostras y era refugiado por los camaradas de casa en casa. El poeta maldito Carlos Oroza se había ligado a una francesa en el café Gijón. Ella le pagó la habitación en el hotel Nacional, frente a la plaza de Atocha, para ejercer una siesta del fauno. A media tarde comenzaron a oírse bocinazos y sirenas de la policía y hasta la cama llegaban los gritos de una manifestación de los obreros de la Pegaso. La chica preguntó muy alarmada: «¿Qué pasa ahí abajo, amor?». El poeta se levantó, fue hacia la ventana, apartó un visillo, miró la calle y se volvió a la cama. «Tranquila, sólo es una cosa de pobres», dijo muy seductor.

Al frente de su nuevo despacho, Jesús Aguirre seguía siendo un escritor sin libros, autor de prólogos y de algún artículo, pero daba conferencias sobre el diálogo de marxistas y cristianos y sobre sus experiencias de editor. Uno de estos actos se celebró en el Instituto Boston, en la plaza de Rubén Darío, con la sala repleta de mujeres de la progresía y señores democristianos, socialistas y liberales, muchos de los cuales habían participado en el Contubernio de Múnich. Era otra de las misas laicas que impartía a sus nuevos fieles Jesús Aguirre. Hablaba en su plática de Adorno, de Walter Benjamin y del caso Heidegger. En ese momento unos tipos que estaban de pie en la última fila abrieron unos bolsos de lona y soltaron unas ratas por la sala al grito de ¡Arriba España! Era una provocación de unos guerrilleros de Cristo Rey para poner a prueba a las feministas. Su propósito tuvo el resultado que ellos esperaban, aunque el éxito no fue absoluto. Por un instinto incontrolado, algunas mujeres se subieron a las sillas y al no guardar el equilibrio dieron en el suelo;

otras se limitaron a gritar, pero las demás permanecieron impávidas sólo paralizadas por la ira en medio del barullo. Pasado el primer susto, las ratas ganaron la calle para buscarse la vida, todas salvo una, a la que un joven catedrático de Biología logró agarrar por el rabo, la exhibió ante el público balanceándola en el aire como un péndulo y, antes de arrojarla a una alcantarilla, exclamó: «Mirad. Así hay que hacer con los fachas». Fuera de la sala, a salvo en la calle Miguel Ángel, un cojo con gafas negras y muelas de oro llamado Rufino gritó a los suyos: «¡Larguémonos de aquí, chavales, misión cumplida!».

El atentado del despacho de abogados laboralistas de Atocha había marcado un punto de inflexión en el pulso contra los últimos ramalazos de la dictadura. Bajo esa nube negra alentaba el primer viento democrático irreversible y en ese momento Jesús Aguirre ya pilotaba con mucha soltura intelectual, entre la erudición y las frases malvadas, la dosis exacta de cinismo y el riesgo calculado en el negocio editorial, con Javier Pradera siempre al teléfono, con visitas de Hortelano y Benet, bajo la bendición laica de Pancho Pérez. En el despacho Aguirre solía recibir una llamada diaria de su madre, que vivía sola en la calle Francisco Silvela, en Madrid, en un piso de cuarenta metros cuadrados, y después de colgar el teléfono siempre decía: «Esta pesada nunca me dejará en paz», pero se ponía suave, meloso y encantador cuando la llamada era de la duquesa de Arión o entraba Pedrusco en el despacho sin llamar y el mastín se dejaba rascar las orejas mientras daba un par de lengüetazos a cualquier original que hubiera encima de la mesa en señal de aprobación. No eran tiempos propicios para la frivolidad. La masacre de los abogados de Atocha le había devuelto a Jesús Aguirre una pulsión nostálgica de otros tiempos. Lola, la antigua novia de Enrique Ruano, se había salvado de milagro en ese despacho con un balazo en la mandíbula, y su marido Javier Sauquillo había sido acribillado. Ya no podía celebrar una misa por su alma. Ahora sólo cabían las lágrimas laicas. Aunque sea muy difícil, hay que imaginarse a Jesús Aguirre llorando.

No obstante, frente a la duda de si volvía a galopar el caballo de Pavía para aplastar con sus herraduras los primeros sueños de

libertad, en la editorial Taurus se sucedían presentaciones de novedades, fiestas y saraos de cultura. Una tarde de primavera de 1976, los salones y pasillos de Velázquez, 76 estaban abarrotados. Se presentaba un libro sobre Julián Besteiro. Sólo unos pocos, los más cualificados entre aquella densidad de escritores, poetas y políticos que efectuaban remolinos en torno a las bandejas de canapés, sabían que esa tarde podía aparecer un caballo blanco. Aguirre esperaba muy nervioso una llamada de aviso y ésta no se produjo, pero supo que algo distinto sucedía en la sala porque de pronto se oyó un rumor cuando apareció en el rellano un joven moreno, de patillas hasta media mejilla, traje de pana rayada, camisa de leñador y melena sobre las orejas, rodeado de unos tipos cuajados que le abrieron paso hacia su despacho también abarrotado sin que los invitados al cóctel lograran adivinar quién era aquel ser que llegaba orlado de guardaespaldas. Ante la jurisdicción de Jesús Aguirre, después del abrazo y las palmadas en la espalda muy madrileñas, aquel joven sacó del bolsillo un puro Montecristo, lo encendió con parsimonia y después de tres caladas cadenciosas, alguien mandó silencio al público apiñado para que el recién llegado pudiera ser oído. «Me llamo Felipe González y soy el secretario general del Partido Socialista Obrero Español», dijo sonriendo. Y siguió la fiesta de presentación como si nada, pero desde ese momento aquel joven moreno dejó de llamarse Isidoro, apodo de guerra, y con su nombre y apellidos comenzó una larga batalla política.

A este joven no lo había confesado ni casado ni había bautizado a sus hijos el cura Aguirre, si bien años después, cuando Felipe González alcanzó el poder, el duque de Alba se vanagloriaba en los salones de la aristocracia de que el líder socialista había salido de la alcantarilla por el sistema del butrón y había aparecido en su despacho de Taurus, donde fue bendecido por el estamento intelectual aglutinado en torno al diario *El País,* puesto que Pancho Pérez y Jesús de Polanco, que estaban presentes, ya habían unido sus intereses empresariales.

En las fiestas, en los bares y en los ascensores de los grandes hoteles sonaba *Mis manos en tu cintura,* de Adamo, una melodía

amartelada que bailaban los jóvenes con pantalones de campana, jersey con cuello de cisne y las patillas de hacha, ellas con minifalda, botas altas y sin sostén, pero los más modernos y concienciados se enamoraron tarareando al oído de su pareja las letras de Léo Ferré, Jacques Brel y Georges Brassens. Estas canciones envolvieron las primeras elecciones democráticas.

El teatro político acababa de subir el telón. En escena, frente al socialista Felipe González, consagrado en el congreso de Suresnes de 1974 por la bendición y el cheque del canciller alemán Willy Brandt, se alzaba la contrafigura del comunista Ramón Tamames, y en 1977 la izquierda tuvo que apostar entre estos dos caballos. Del líder socialista la opinión pública apenas sabía nada, porque los años de obligada clandestinidad habían proyectado sobre su persona extensas zonas de sombra. Se sabía que había empezado a hacer política en la sacristía de la catedral de Sevilla, donde un canónigo de buen corazón reunía a un grupo de obreros de Acción Católica y Felipe estaba allí como abogado laboralista y era amigo de un librero enamorado de Antonio Machado, que escribía piezas de café teatro de lady Pepa.

En cambio Tamames era un apellido muy sonoro en la sociedad madrileña. Este nuevo adalid había llegado al uso de razón en medio de un Madrid famélico, cuando Franco creía que el agua del río Henares podía convertirse en gasolina si se le añadían unas flores silvestres, según una fórmula que le había vendido y cobrado un húngaro muy espabilado. Tamames guardaba una memoria de bombardeos, lluvia de pan sobre los tejados, sopas de ajo, lentejas con gusanos, el primer *Cara al sol* en el asfalto de la ciudad y él asomado a la ventana viendo cómo se llevaban preso a su padre, que había sido comandante de Sanidad en el ejército republicano. Le acusaban de haber intentado cambiar el nombre del pueblo extremeño Don Benito por el de Camarada Benito.

De pronto, cumplida la venganza franquista, en la baja posguerra, el apellido Tamames comenzó a sonar a través de los aparatos de radio, marca Invicta o Telefunken, siempre asociado a cornadas de toro. El padre de Tamames y un tío carnal eran unos famosos cirujanos especialistas en suturar femorales. Durante las famélicas

cenas, en las noches estrelladas de verano en plena autarquía, los españoles oían el nombre del médico Tamames junto a un parte de enfermería, después de una minuciosa descripción de las dos trayectorias de la cornada de veinte centímetros en el vientre de cualquier torero, con salida o no del paquete intestinal. Cuando el 28 de agosto de 1947 el toro Islero hirió de muerte a Manolete en Linares el doctor Tamames fue llamado urgentemente desde Madrid, pero este cirujano llegó a la enfermería de la plaza cuando el héroe nacional ya estaba expirando. «Doctor, no veo», murmuró el torero dentro de una agonía más patética que la del Cristo de los Faroles. Esa frase se hizo muy famosa y elevó el apellido Tamames a los anales de la simbología de España.

El vástago Ramón estudió el bachillerato en el Liceo Francés, creció ancho de espaldas delante de Dios y de los hombres, logró las mejores notas con un talante de apisonadora. Un entusiasmo febril le impulsaba a ser el primero en todo, incluso en el amor a Cristo o en las carreras de cien metros lisos. Por ley natural, terminó la carrera de Derecho con un saco lleno de matrículas de honor, y se doctoró, ¿es necesario decirlo?, con premio extraordinario; estudió Ciencias Económicas, y repitió en ella el paseo por las cimas después de arrodillarse ante el padre Aguirre en el confesonario de la iglesia de la Universitaria. «¿Cuántas veces, hijo mío?», le preguntaba el padre Aguirre previo pescozón en la mejilla. «Muchas, muchas, más que nadie, padre», contestaba el también aguerrido y plusmarquista pecador.

Un toque de London School of Economics, un baño de Mercado Común en Bruselas, un último barniz de Ginebra como reflejo de Naciones Unidas y el producto ya estaba listo para consumir. Ramón Tamames se hizo técnico comercial del Estado. Dio clases en una academia, y con aquellas lecciones fabricó el libro *Estructura económica de España;* entró de profesor ayudante en la facultad, consiguió llegar a catedrático e iba con el maletín soltando conferencias por doquier a cien por hora con aires de galán intelectual.

A este vástago de famosos cirujanos taurinos le dio por la política y llevó a ella el mismo empuje de leñador con una visión apoteósica

de las cosas. En el Congreso de Roma en 1976 fue elevado por Carrillo a un puesto en el comité ejecutivo, y ya que la política entonces era cosa de gente joven y guapa, todos le aclamaron como a un delfín en competencia con Felipe González, quien gustaba a las amas de casa por su atractivo físico y a los hombres por su labia. Tamames miró alrededor y se vio rodeado con espanto de fresadores, jornaleros y peones de albañil, pero seguía subiendo cimas y se escalaba a sí mismo por la pared norte todos los días con grandes golpes de tacón, basculando el tronco a contramano del péndulo de la corbata. Tenía una mujer de una belleza espléndida, hija del catedrático Prieto-Castro, y con ella se iba a bailar a la discoteca Mau Mau, mientras Carrillo iba emboscado por Madrid y un día aterido de diciembre de 1976 se apareció a los suyos sin peluca detrás de una cortina.

Cuando llegó la democracia, en los altos despachos algunos caballeros del régimen y otra gente biempensante de la sociedad madrileña se hacían cruces al enterarse de que ese muchacho fuera un rojo siendo tan guapo y de buena familia. Nadie se explicaba que un comunista no llevara barba. Creían que estaría cabreado por algo que no se sabía. En cambio, los de la base se sentían orgullosos de él. Era un rojo homologable a escala europea, con un diseño tipo Berlinguer, rico, infatigable y con un guiño de modernidad, lo que se dice un rey de simposio. Tamames también creía que el comunismo español iba a ser como el italiano, algo no reñido con el aperitivo de Campari en las terrazas de moda, una fuerza social mayoritaria muy ciudadana, poco campesina, elaborada por intelectuales con melena, gafas de gordos barrotes y trenca con capucha, un caldo de política casi erótica donde podría nadar estilo mariposa y llegar, como siempre, el primero a la meta.

Paco Fernández Ordóñez me contó un día ante unos huevos estrellados de Casa Lucio que en un Consejo de Ministros del gobierno de Adolfo Suárez, en medio de una crisis, alguien propuso como ministro de Economía a Ramón Tamames. Ordóñez advirtió: «Por mi parte estaría encantado, pero ¿cómo vamos a justificar la presencia de un comunista en el gobierno de UCD?». Simplemente a Ramón Tamames, en el subconsciente, sólo se le consideraba un

chico listo de una buena familia de derechas con apellido muy sonoro.

Tamames se equivocó. Felipe González le había ganado la partida. Lo que se esperaba de los comunistas lo hicieron los socialistas. Unos años después, sus amigos de facultad estarían en el poder; unos, sentados en el Gobierno; otros, de pie en la sala de espera, y todos eran demócratas finos y reían con el esplendor de dientes de quien ha conseguido meter sus sueños por el ojo de una aguja, como los famosos camellos de la parábola. Desde la oposición anfibia, Ramón Tamames le pidió a Santiago Carrillo una oportunidad. «Bueno, tú serás concejal». Había logrado todos los premios, había escrito gruesos volúmenes, había dado conferencias y mítines con mucha garra popular, estaba en la sede del partido la noche de Sábado Santo cuando lo legalizaron y allí recibía a los camaradas con los brazos abiertos, se había descamisado en las fiestas de la Casa de Campo, se había puesto gorritos de verbena y había bebido botas de vino común con sonrientes braceros sólo para llegar a teniente de alcalde y encargarse de la grúa municipal, mientras los socialistas se habían limitado a aprovecharse de la ola de surf para subir a la cresta del Gobierno. A partir de ese lance llegó el resentimiento.

Jesús Aguirre comenzó a escribir artículos en *El País*. García Hortelano decía que, una vez escritos, Aguirre llamaba a un secretario y le mandaba que echara las comas como la sal de un salero. Eran el resultado de un pensamiento culto y enmascarado atacado por un exagerado perfeccionismo. Poco después entró a formar parte del consejo de *El País* junto con Tamames. Era un cruce de caminos en el que uno iba a despeñarse ideológicamente en el internacionalismo herbolario, con sus derivados pacifistas, para convertirse en un ser antisistema que se encadenaba ante las centrales atómicas, y el otro emprendería la ascensión hasta el último peldaño de la escala social sin dejar la chaqueta a cuadros, el morral de Yves Saint Laurent y el chal color fucsia, nuevos ornamentos con que se paseaba cada año por la Feria de Fráncfort. Uno a través del comunismo descubrió el evangelio de las lechugas;

a otro, las hechicerías teológicas que aprendió en Múnich le sirvieron para aposentarse en el corazón del ducado de Alba.

Uno de aquellos días en que brillaba sobre su cabeza toda la gloria de Fráncfort, encontré a Jesús Aguirre en la estación de Nuevos Ministerios plantado junto a la cabina del fotomatón como si estuviera esperando a alguien. Tenía mala conciencia y traté de que no me viera. Otra tarde desolada de domingo, con la estación casi deshabitada, lo volví a encontrar en el mismo lugar. Simulaba leer un periódico. Me produjo una sensación inquietante, cómo un tipo tan esteta podía estar allí, pensé, aunque yo desconocía cualquier tiniebla del personaje. Alrededor había mozalbetes con una pinta extraña. Esta vez cruzamos las miradas. Mientras me acercaba a hablarle, Aguirre parecía estar buscando una excusa para justificarse. «En Madrid, en domingo, no hay forma de hallar un sitio donde te vendan un sello», me dijo.

1977

Comienza a sonar música sinfónica para dorar los recuerdos. La barcarola de Los cuentos de Hoffmann *será la contraseña del asalto al poder.*

1977

Una tarde de 1977, en su piso de soltero, abigarrado de objetos, las paredes enteladas con colores calientes, con pañuelos de Hermès enmarcados, regalo de Jaime Fierro, removiendo con su índice los hielos del whisky lentamente según las enseñanzas que la gauche divine impartía en Bocaccio, Aguirre confesó que a lo largo de su vida había tomado varias veces la determinación de viajar a Barcelona con el único propósito de conocer a su padre. En un anaquel de su biblioteca, diseñada con madera de sicomoro por Jesús de la Sota, estaban los retratos de Aranguren, de Walter Benjamin y de Enrique Ruano, tres figuras ligadas a su intimidad afectiva e intelectual, que después trasladaría como iconos a su gabinete de duque de Alba en Liria. En aquella especie de boudoir, que era a medias gabinete de trabajo de Sherlock Holmes y laboratorio de distintos placeres a lo Georges Bataille, se hubiera movido con gusto Luchino Visconti. En la estantería tenía también una fotografía de su madre, pero ésta quedó aprisionada dentro de un volumen del teólogo Karl Rahner y no viajaría a palacio sino en un baúl de pertenencias, donde permaneció hasta el fin de sus días. Hubo un tiempo en que había soñado con poder unir a ella la imagen de su desconocido progenitor, de quien en familia se insinuaba y él estaba dispuesto a creer y fomentar que había sido marqués, gobernador militar o capitán general o un alto funcionario del Estado. Esa mitología servía para dorar su biografía con una estética de sonatas de Valle-Inclán. Por estas fechas Jesús Aguirre aún era sólo un editor que apacentaba los libros de Taurus con extrema soltura, aunque no todos se dejaban deslumbrar por su

labia. Tenía también enemigos irreconciliables, por ejemplo Rafael Gutiérrez Girardot, cofundador de la editorial y primer socio de Pancho, profesor en Alemania, quien afirmaba que Aguirre confundía la Escuela de Fráncfort con la de Innsbruck, donde impartía Teología Karl Rahner, y sólo había leído a Adorno en las solapas de los libros que ya había traducido la editorial Losada en Argentina.

La primera vez que sintió la necesidad de conocer a su padre fue el mismo día en que recibió también la llamada de Dios y decidió entregar su vida a la Iglesia. Antes de ingresar en el seminario pontificio de Comillas pensó que debía hacer de su parte todo lo necesario por desvelar esa zona oscura de su memoria. Su madre le hizo desistir, todavía resentida, aunque le dio un número de teléfono y algunos datos, que su hijo conservó muchos años en la cartera. Siendo ya un diácono tonsurado, durante unas vacaciones de verano en que desde Múnich tuvo que pasar varias horas en Barcelona antes de tomar el tren, después de dejar su equipaje en consigna, sentado en un taburete de la cafetería Moka en la Rambla de Canaletas, pidió una ficha de teléfono y el camarero extrañamente no se la dio mojada, como solía ocurrir en Madrid, según decía Juan Marsé. Algunos clientes no evitaron un gesto de sorpresa al ver a un joven clérigo bebiendo un refresco rojo, tal vez un bíter Cinzano, con semejante desparpajo mientras marcaba un número en un extremo de la barra junto a la caja registradora. Sonó la llamada al otro lado. Descolgó el aparato una voz adolescente con acento catalán. Jesús Aguirre preguntó sin más por el señor de la casa y, como quien echa al albur una piedra en un estanque, a continuación se produjeron varias ondas de silencio en que el corazón del diácono estuvo a punto de saltar como un caballo entre la botonadura de la sotana. Una voz muy varonil y decidida preguntó quién llamaba. «Soy Jesús Aguirre, de Santander, el hijo de Carmen. Estoy de paso en Barcelona y quisiera verle», dijo balbuciendo. «¿Dónde está usted?», respondió de forma expedita la voz del otro lado. «En la cafetería Moka. Me reconocerá enseguida porque soy el único cliente del establecimiento que lleva sotana». El interlocutor se mostró de acuerdo. Le dijo que estaría allí en media hora, un tiempo que Jesús Aguirre utilizó para bajarse del taburete de la barra, ir al lavabo,

sentarse a la primera mesa de la entrada, fumarse varios cigarrillos, tomarse otro bíter Cinzano y simular que estaba leyendo muy interesado el diario *La Vanguardia Española*. Miraba a cada rato el reloj y cuando se hizo más o menos la hora comenzó a observar, a escrutar, a analizar el aspecto de los señores que entraban en la cafetería. Sobre cada uno realizaba un juicio sumarísimo. A unos por gordos, a otros por jóvenes, a otros por viejos, a todos por anodinos dentro de la masa gris de la humanidad, los iba repudiando como hijo. Deseaba que en el vano luminoso de la puerta de cristal se dibujara la silueta de un hombre fuerte, atractivo, jovial, de no más de cincuenta años, con el pelo ligeramente plateado y el rostro bruñido de soles mediterráneos. Sólo así podía ser un padre imaginable, según el retrato de familia, un galán con el diseño del actor italiano Rossano Brazzi.

No obstante, pasó una hora y no se presentó ningún señor que le dirigiera una mirada que no fuera de asombro al ver a aquel joven con sotana en una cafetería, un hecho extraño en aquella época. Jesús Aguirre se fue deprimiendo a medida que pasaba el tiempo, una vez que prácticamente todos los clientes del establecimiento se habían renovado, incluso el turno de los camareros que atendían a las mesas. «¿Desea usted alguna cosa más? ¿Está esperando a alguien, padre?». Era una ironía que le llamaran padre, precisamente. Muy nervioso, pidió la cuenta y tuvo que abandonar el local para no perder el tren. En el camino a la estación en el taxi, el locutor hablaba del gol que había marcado Kubala a pase de Manchón contra el Sevilla de Campanal en el partido del domingo anterior, según recordaba años más tarde, puesto que aquellos pormenores estaban grabados a fuego en el corazón humillado.

Lo intentó por segunda vez, siendo ya editor, en una fiesta de Taurus en la terraza Martini de Barcelona, después de haber pasado por el sótano de Gil de Biedma, tan negro como su reputación, según contaba el poeta en un verso. Eran los tiempos de la gauche divine. Estaba eufórico y un poco pasado de alcohol. Antes de desembocar en Bocaccio para hacerse el malvado sobre los peluches de terciopelo rojo entre Carlos Barral, José María Castellet, Gil de Biedma, Oriol Bohigas, Teresa Gimpera y Terenci Moix, que actuaba

de acarreador de chismes de mesa en mesa, Jesús Aguirre hizo una parada en el bareto Boadas, en una esquina de la Rambla, y excitado por el público que abarrotaba el local marcó el teléfono que se sabía de memoria. El aparato no funcionó. Los teléfonos de Barcelona habían añadido una cifra, pero bastaba con marcar un prefijo determinado para solucionar el problema, según le dijeron después sus amigos en Bocaccio. Esta vez desde el santuario de la gauche divine, entre la alegre algarabía de sus amigos, echó otra piedra en el estanque y al otro lado del hilo saltó una voz de mujer muy amable, que permitió ser interrogada. El teniente coronel Prats había sido trasladado a Madrid, a un cuartel de Campamento. Jesús Aguirre tomó nota de la nueva dirección.

Sucedió en la galería de arte de Juana Mordó, en la calle Villanueva, durante una exposición de los pintores de El Paso, en homenaje a Manolo Millares, muerto en agosto de 1972. Juana Mordó había pedido a José Luis Aranguren que diera una pequeña charla en la galería para presentar su libro *Erotismo y liberación de la mujer* y que dijera unas palabras su amigo Jesús Aguirre, aunque el libro estaba editado por Ariel, algo que el propio Aguirre consideró una amable trampa. Iba a intervenir también un cuarteto de cuerda con unas piezas cortas de Boccherini. El acto venía anunciado en la agenda cultural de los periódicos, de forma que la galería se llenó de una fauna muy escogida, con los primeros coleccionistas de arte abstracto, arquitectos, ingenieros y publicitarios, a los que había que añadir artistas e intelectuales contestatarios cuyos nombres eran muy habituales en las firmas a pie de los manifiestos contra el régimen franquista.

Moviendo el hielo del whisky lentamente con la yema del índice en su piso de soltero de la plaza de María Guerrero, número 2, varios años después de aquello, Jesús Aguirre aún recordaba el momento en que se presentó en la galería aquel caballero pulido y encorbatado, con un diseño exterior que a simple vista no se correspondía con el resto de la concurrencia, adornada con barbas y melenas, vaqueros, chamarras y zapatones. En las palabras de bienvenida Juana Mordó había recordado la sorpresa que se llevó un día ya muy lejano al saber que Aranguren existía de verdad y que no

era un pseudónimo de Eugenio d'Ors y que precisamente en las tertulias de su casa en la calle Rodríguez Sampedro había conocido también a Jesús Aguirre. Después Jesús Aguirre habló de su vieja amistad con el profesor desde sus años de Comillas, de Múnich y de la iglesia de la Universitaria. Al final de la charla, en la que Aranguren había exaltado la figura de la mujer en la sociedad hasta límites orgiásticos, comenzó a sonar Boccherini en medio de un silencio ya tosido, y fue entonces cuando se abrió la puerta y entró aquel hombre en la galería, se colocó de pie en la última fila, cruzó los brazos y fijó la mirada en Jesús Aguirre de forma obsesiva. «Sin conocerlo ni haberlo visto nunca, al primer golpe de vista supe que aquel hombre era mi padre», confesó. Mientras el cuarteto de cuerda tocaba *La Tiranna Spagnola, op. 44,* Jesús Aguirre no cesó de escrutar con todo pormenor a aquel ser que formaba parte esencial de su subconsciente. «Esto es cosa de Juana Mordó, de Aranguren y de Laín Entralgo, una conspiración entre los tres para que me enfrente de una vez con mi pasado», pensó. En las paredes de la galería estaban colgadas las arpilleras de Millares, sacos rotos y alquitranados con brochazos de sangre; los cristos crucificados de Saura; algunas alambradas y botas militares de Canogar; las cuchilladas de color amarillo de Viola, sacadas de las mangas de los personajes místicos de El Greco. Al final del acto se pasaron unas copas de champán y alguna bandeja con caramelos de fresa y de menta. Entre las cabezas del público apiñado en las dos salas, Jesús Aguirre y aquel hombre se buscaron y después de algún esfuerzo por abrirse paso se encontraron junto a una arpillera de Millares. «¿Me puedes explicar qué significa este cuadro tan horrible?», le preguntó el hombre. «Imagínate que son mis despojos después de haberme atropellado un tren», contestó Jesús Aguirre. «Por si quieres que hablemos, he reservado mesa en el restaurante La Corralada, está aquí al lado, los dueños son de Santander, me han dicho que preparan unas albóndigas extraordinarias», dijo el hombre como toda respuesta. No fue una cena muy agradable, tampoco demasiado ruda. Sentados a la mesa, se produjo entre ellos un silencio muy tenso. «Siempre imaginé que serías más seductor, más guapo», fue lo primero que dijo Jesús. «Un año fui lo suficiente

guapo y gracias a eso estás tú aquí en este mundo. Después de todo, no te ha ido tan mal en esta jodida fiesta», respondió el hombre. «Mamá me contó que cuando vino a dar a luz a Madrid a escondidas como una furcia se cruzó en el ascensor del hotel con tu mujer». El hombre hizo una mueca de indiferencia: «Es posible. Bueno, ¿y qué? Después de tantos años ¿no irás a reñirme ahora?». Jesús insistió: «Y seguiste diciendo que eras soltero y que te ibas a casar». El hombre pinchó una albóndiga con el tenedor: «Nada de melodramas, por favor. Por lo poco que sé de ti, no creo que sea tu estilo. No vayamos a joderla a estas horas. ¿Quieres mi apellido?». Jesús Aguirre negó con la cabeza: «Prefiero que comamos juntos estas albóndigas en paz. Sólo quería unir tu nombre a un rostro. Con eso me basta». El teniente coronel se quedó con la sonrisa de admiración y después continuaron hablando de otras cosas.

Esta escena la recordaba Jesús Aguirre aquella tarde de 1977 mirando a través de la ventana el último sol que doraba los cipreses y acacias de la plaza de María Guerrero, en la colonia de El Viso de Madrid, cuando recibió la llamada de Pío Cabanillas, ministro de Cultura, su viejo compañero del Colegio Mayor César Carlos, en que de forma ambigua le insinuaba que la reina doña Sofía y el presidente Adolfo Suárez parecía que no pondrían ningún reparo a su decisión de nombrarlo director general de Música. Semejante noticia le hizo saltar de la butaca, pero Aguirre trató de disimular su euforia. No era elegante expresar tanta alegría y se sirvió del ardid de poner una condición, por otra parte anodina. Sólo aceptaría el cargo si lograba que José María Guelbenzu le sucediera como director de Taurus, algo que se consiguió sin ninguna dificultad, dado el talento y la ideología del escritor.

La vida de Jesús Aguirre comenzó a tomar otra dimensión a partir de ese día. No es que la Dirección General de Música fuera un puesto muy relevante, sólo que le permitía entrar en política y sobre todo conquistar el palco del Real y los proscenios del teatro de la Zarzuela, espacios donde solían posarse cisnes muy blancos, incluso alguno negro. Un jueves, después del Consejo de Ministros, el telediario de la noche iba a dar la noticia y para ese minuto de gloria

en que su nombre saltaría a las esferas celestes preparó una pequeña fiesta en casa. Su amigo Pedrusco Díez cocinó una inmensa tortilla de patatas y de ella dieron buena cuenta Javier Pradera, Andrés Pérez-Sierra y Alfredo Deaño. Llegado el momento, Jesús Aguirre arrastró el televisor desde detrás de la cómoda de barco hasta la embocadura de la biblioteca y con un pincho de tortilla en el aire oyó que el locutor proclamaba su nombre. A continuación alguien puso un disco de cuarenta y cinco revoluciones de Las Madres del Cordero, en el que se canta el cuplé *Soy director general,* y enseguida comenzó a sonar el teléfono. El padre Sopeña, su antiguo jefe en Santo Tomás de la Universitaria, en esta época director de la Academia de Roma en San Pietro in Montorio, junto al templete de Bramante, le llamó para felicitarlo. Su jefe ahora sería Aguirre. También le dio la enhorabuena seca e irónica su madre. En la terraza Jesús Aguirre bailó y cantó un número de Celia Gámez, en *Yola,* que dice: «Un millón, sensación, da lo mismo de suspiros que de tiros, un millón es un millón». Y así hasta que al clarear el alba comenzaron a piar también los pájaros en la plaza de María Guerrero.

En medio de la pequeña orgía de aquella noche, Jesús Aguirre pronunció con mucha decisión estas palabras: «Voy a conquistar el poder», una frase que repitió tres veces mirando a las estrellas. Javier Pradera no pudo evitar la ironía. Le propuso instalar un trampolín en la terraza, no para arrojarse al vacío sino para impulsarse hacia la Moncloa o al palacio de la Zarzuela, y a cambio de esta idea le pidió bolígrafos, calendarios y gomas de borrar de su negociado como única contrapartida. A altas horas de la noche sonó de nuevo el teléfono. El teniente coronel Ángel Prats le preguntó: «¿Quieres o no quieres mi apellido?». Jesús contestó a su padre, muy alto y enorme: «Me llamo Aguirre y Ortiz de Zárate, con siete apellidos más, alaveses y bilbaínos, y a partir de hoy vas a oír hablar mucho de mí». No sería la primera vez que se iba a conquistar el poder desde una tortilla de patatas: también lo haría un grupo de amigos socialistas en Sevilla. Aguirre recordó que Churchill tenía sobre la mesa del despacho un pequeño cartel con esta consigna: «Acción ahora mismo».

Ese año de 1977 había comenzado con una manifestación por la amnistía en que al grito de «¡Viva Cristo Rey!» había sido baleado y muerto el estudiante Arturo Ruiz. Sucedió el 23 de enero y no más de veinticuatro horas después fueron asesinados en su despacho de la calle Atocha los abogados laboralistas. Los sicarios fascistas Cerrá, Lerdo de Tejada y García Juliá habían vaciado a mansalva el cargador de sus pistolas Super-Star largas de 9 mm sobre los allí reunidos y dejaron amontonados cinco cadáveres y cuatro heridos. Lola González se había librado de la muerte con un balazo en la cara puesto que se había desplomado un segundo antes bajo el montón de cadáveres. Aquella mujer extraordinaria estaba muy metida en el corazón de Jesús Aguirre desde los tiempos en que fue novia de Enrique Ruano. Tal vez por eso en el entierro de los abogados, que fue la puesta en escena en la calle del Partido Comunista, aparece Jesús Aguirre llorando entre la multitud en torno al Palacio de Justicia. Después de este entierro, la legalización del Partido Comunista sólo era cuestión de poco tiempo y de muchas agallas, cosa que sucedió en Sábado Santo, antiguamente llamado de Gloria. A medianoche, en la hora en que se supone que Cristo saltó de la tumba del Gólgota como un tapón de champán para inaugurar una era de nuestra historia, comenzaron a flamear banderas rojas junto a la sede en la calle Virgen de los Peligros de Madrid, ante el pánico de los burgueses que salían del teatro Alcázar y del Reina Victoria.

El año de la ascensión de Jesús Aguirre a los palcos del Teatro Real, el país estaba envuelto en una violencia extrema. Algunos militares levantiscos zarandeaban públicamente al ministro de Defensa Gutiérrez Mellado y otros le negaban la mano al presidente Suárez durante una revista a la tropa. ETA asesinaba a un ciudadano cada tres días y los GRAPO redondeaban la cuenta. Ya sin peluca, Carrillo había entrado y salido de la cárcel; había aceptado la bandera española, y después de las elecciones de junio entraron en el Palacio de las Cortes los rojos. En el salón de los pasos perdidos hacia la cafetería del Congreso se cruzaban Fraga con Dolores Ibárruri, Calvo-Sotelo con Rafael Alberti, Ramón Tamames con Felipe González y todos pedían un café cortado con leche en taza mediana, único propósito en que entonces estaban de acuerdo.

Dolores Ibárruri, apenas aterrizada un jueves en Madrid, ese mes de mayo se presentó el domingo en Villa Valeria, en la colonia de Camorritos, en los altos del Guadarrama, al pie de Siete Picos, y un grupo de progres le hicimos una paella de pollo y conejo en la que intervine en el momento solemne de echar el arroz mientras ella, sentada en un sillón de mimbre descalabrado, cantaba un zorcico con voz muy modulada. En un paredón de la estación de Cercedilla estaba escrito con grandes letras rojas «¡Muera la Pasionaria!». Y junto a ese grito de muerte pasaban los primeros adolescentes de la nueva generación, que pronto olvidarían el pasado tenebroso de España, cargados con mochilas de colores para escalar las breñas más altas.

Antes de ser nombrado director general de Música, Jesús Aguirre hacía los agostos en Madrid, pero se tomaba unas vacaciones en julio, ese verano en casa de Matías Cortés y Mai, su mujer, en Marbella. Una tarde su amigo dio una copa y por allí, de forma esporádica, cayeron los duques de Arión acompañados por Cayetana de Alba. Aguirre lucía un pareo, barba negra y gafas de espejo como de motorista. Le fueron presentados estos aristócratas y, después de unas intelectualidades, monerías y los chismes marbelleros de rigor, al final, cuando se largaron los invitados y quedaron solos, Jesús dijo a Matías: «Esta tal Cayetana me ha caído de la patada». Camino de casa en su coche, la tal Cayetana dijo a su amiga la duquesa de Arión: «A mí este hombre me ha parecido un fatuo, un impertinente». Matías Cortés no podía imaginar en ese momento el sortilegio que produciría poco después la barcarola de *Los cuentos de Hoffmann.*

1978

Tomar el poder como quien baila un vals lento, mientras la mano se eleva hacia la blancura donde late el corazón.

1978

En los periódicos comenzó a aparecer la imagen de Jesús Aguirre sentado junto a la reina doña Sofía en el palco del Teatro Real. Su cargo de director general estaba hilado con sonatas, sinfonías, óperas y cantatas, todo eran violines o timbales en medio de pequeños odios, conspiraciones y zancadillas, ya que la música amansa a las fieras pero no a los propios músicos. Con un baile de corcheas, fusas y semifusas Jesús Aguirre desarrollaba su propia ambición, como un pentagrama, en recepciones, conciertos, cócteles y besamanos. En ese ambiente nadie como él sabía emitir una sonrisa encantadora acompañada de la frase exacta, inteligente unas veces, otras erudita, irónica o malvada, según le convenía, pero sabía detenerse antes de parecer impertinente si el que tenía enfrente, aunque lo considerara un idiota, podía servir a sus planes. Era muy agrio con los inferiores, trataba mal a los criados, y de pronto en cualquier restaurante decidía odiar a un señor desconocido sentado a otra mesa. No se sabe si ese carácter era el más indicado para tomar el poder como se había prometido a sí mismo ante un coro de amigos, todos con un gin tonic en la mano, pero en el último momento solucionaba la caída doblando gentilmente la bisagra. Aguirre solía cambiar mucho de ricos y si iba a una de sus piscinas a bañarse, después venía contando cómo eran las toallas.

Ahora merodeaba ya por los vericuetos más próximos a la monarquía musical. Le bastaba con una sola boutade volteriana para dejar admirados a todos los comensales si eran aristócratas poco leídos, y esa capacidad de encantador de serpientes le daba la

sensación de que él mismo podía enroscarse por el tronco del árbol del Paraíso para morder la fruta prohibida. Todo era fácil, todo le parecía posible. Podía ser la princesa Irene de Grecia la Eva de turno. Jesús Aguirre intentó invadir ese jardín vedado. ¿Por qué no enamorar con un verso de Hölderlin a esta corza huidiza en el verde soto de palacio? Un día el monarca le dijo: «Jesús, por ahí, no. Pon tu fe en otra caza». Jesús contestó: «Majestad, la fe es la salvación, pero no un consuelo». La princesa Irene de Grecia pasó a ser una de las manzanas del Paraíso, que quedó intacta en el árbol de la ciencia del bien y del mal, y entonces Jesús Aguirre, que se movía a sus anchas por los salones de la aristocracia cañí, gracias a su amistad con la duquesa de Arión, se consoló jugando a seducir a la duquesa de Alba.

«Lo mío con Jesús —dijo un día Cayetana— fue un flechazo en toda regla. Yo, que presidía la Asociación de Amigos de la Ópera, fui a hablar con él al Ministerio de Cultura. Ya habíamos acabado, y él me dijo: "Espera un poco, que te quiere conocer el ministro". Yo creo que el ministro, que era Pío Cabanillas, no me quería conocer para nada, y que fue un truco de Jesús para alargar la conversación, así que nos quedamos charlando. Cuando estaba a punto de marcharme, Jesús me preguntó si me podía llamar. Le dije que sí. A los dos días fuimos a almorzar, y luego vino otra cita, y luego otra».

Sucedió en el teatro de la Zarzuela durante la representación de *Los cuentos de Hoffmann,* de Offenbach. Jesús Aguirre y la duquesa ocupaban el palco principal unidos sólo por el protocolo, pero cuando sonó la barcarola él la tomó de la mano, la miró a los ojos de forma sostenida, sin palabras, y la música de aquel vals lento hizo lo demás. A partir de ese momento se veían discretamente en Liria y en el castillo de Malpica de los duques de Arión, en tierras de Toledo. Él le hacía la escena del sofá en tresillos isabelinos, pero desde los ripios del Tenorio era capaz de elevarse a las alturas románticas inmarcesibles de John Keats: coloca tu mano sobre la blancura donde el corazón late. Una de aquellas tardes de otoño, después de una cita secreta en Malpica, de regreso a Madrid entre chopos de hojas amarillas, con las nubes color sangre sobre la sierra del Guadarrama al fondo y encendidos ya los collares de luz que rodean

la gran ciudad, en el asiento trasero del Mercedes la duquesa se puso blanda, le cogió la mano, la depositó sobre el corazón, acercó los labios hasta el oído de Jesús y le susurró muy ardiente: «Jesús, liémonos». Y Jesús respondió: «No es suficiente, no me basta». Pronunció estas palabras con helada autoridad, como si diera una orden perentoria al compromiso del sacramento más allá del deseo de la carne.

Después de los encuentros amorosos en Malpica, viendo que las relaciones iban a un ritmo desbarrancado, la madre del duque de Arión, Hilda Larios, le dijo a Cayetana: «Asegúrate bien, hija, asegúrate de que todo va a funcionar. Y cuando digo todo, ya sabes a qué me refiero». Algunos vecinos de la plaza de María Guerrero habían visto corretear a Jesús Aguirre a través de las cuatro ventanas de su piso de soltero persiguiendo a algún jovenzuelo, una escena de caza casi pastoril, en la que tal vez se recitaba a Garcilaso. Las juergas griegas que se celebraban en aquel piso de soltero habían dado que hablar entre sus antiguas feligresas, señoras de familias conocidas. De hecho, su casero José Luis Cifuentes quería echarlo, sobre todo un día en que Jesús Aguirre cayó desmayado en la escalera y Georgina Satrústegui, por mediación de la cual había alquilado el piso, tuvo que pedir ayuda a Mabel Pérez Serrano para llevarlo a urgencias del hospital de La Paz. Después de esta caída Aguirre desapareció de Madrid, dijo que no le llamara nadie, se fue a meditar a una playa desierta y al cabo de unos meses regresó ya totalmente desinhibido y dispuesto a vivir libremente. A Mabel Pérez Serrano le dijo: «He reflexionado, he estado solo este tiempo y reconozco que tengo una tendencia sexual distinta».

De momento la duquesa veía en él a un tipo cortés, divertido, brillante, que sabía de todo, que para cualquier pregunta tenía una respuesta erudita o mordaz. Mientras Jesús Aguirre y la duquesa de Alba se empataban y encarnaban sus sentimientos en gabinetes secretos de algunos palacios y paseaban entre álamos y riachuelos en cortijos, castillos y casas solariegas de amigos que les preparaban y guarecían su nido de amor, en España por un lado se estaba elaborando una constitución democrática en el Congreso y por otro

se gestaba el huevo de la serpiente en las salas de banderas en medio de la violencia de un parto a contradiós. Por todas partes se oían voces de golpes de Estado. El presidente del Consejo de Estado, Oriol y Urquijo, y el teniente general Villaescusa habían sido secuestrados por los GRAPO, pero Jesús Aguirre juraba a sus amigos de la tertulia de Parsifal que los había visto comiendo paella en La Pérgola de la Cuesta de las Perdices, propiedad de Camorra. El bar Parsifal estaba en una esquina de Concha Espina y paseo de La Habana, frente al estadio Bernabéu. La tertulia de escritores e intelectuales amigos se reunía los sábados por la mañana y uno de aquellos días, de pronto, García Hortelano dijo: «Ya es la tercera vez que veo pasar a la duquesa de Alba por la acera. Se para y mira hacia acá como si estuviera espiando a alguien. El sábado pasado sucedió lo mismo. ¿Qué estará buscando por aquí dentro esa señora?». Jesús Aguirre no se dio por enterado. Mientras este amor clandestino discurría a la sombra de tapices gobelinos y óleos de próceres todavía para él desconocidos, fuera de ese nido de oro el terrorismo producía más de cien asesinados con bombas lapa, coches bomba, tiros en la nuca y en la calle todo eran gritos y pancartas por la amnistía.

Jesús Aguirre estaba en pleno proceso de secularización el mismo año en que el Vaticano también produjo la cosecha de dos papas muertos. Pablo VI había entregado su alma a Dios y la paloma se había posado sobre la cabeza del cardenal Luciani, quien bajo el nombre de Juan Pablo I tardó sólo un par de meses en volar también al cielo. Un día salió al balcón de la plaza de San Pedro, abrazado por la columnata de Bernini, y ante una multitud llena de fervor proclamó que Dios era una Madre, no un Padre, una afirmación que pese a ser muy cierta produjo una conmoción entre los cardenales de la curia romana. A renglón seguido el Papa pidió las cuentas de la empresa y comprobó que el banco del Vaticano invertía gran parte del dinero de las indulgencias en armas y condones. Estaba dispuesto a cortar por lo sano y a impedir este propósito fue ayudado mediante un té bien cargado. Viejos amigos de Jesús Aguirre desde los tiempos en que estudiaba brujerías en Múnich, los teólogos Hans Küng y Joseph Ratzinger ahora andaban

tirándose silogismos a la cabeza en una gresca escolástica a cara de perro. A todo esto Vicente Aleixandre había ganado el Nobel de Literatura sin haberse levantado de la butaca durante treinta años en su casa de la calle Velintonia, que era la meca de los poetas venecianos, de la experiencia, viejos y novísimos. En los tresillos isabelinos del Congreso algunos diputados socialistas liaban canutos de marihuana mientras se hablaba de los pactos de la Moncloa y en el aeropuerto de Barajas pillaban a Carmen, la hija de Franco, sacando de contrabando las insignias y las medallas conmemorativas de oro que le habían regalado a su padre, gracias a que se había instalado por primera vez un detector de metales y ella lo ignoraba.

La noticia de que Jesús Aguirre y Cayetana de Alba se iban a casar circulaba por Madrid desde principios de 1978. Todo el mundo lo consideraba un disparate. Nadie se esperaba ese lance moderno de la corte de los milagros. ¿Dónde diablos estaba Valle-Inclán? ¿Por qué había muerto tan temprano si el gran esperpento del ruedo ibérico no había hecho más que empezar? «El cura Aguirre ¡duque de Alba! Ha sido lo mejor que nos ha pasado en la vida», exclamó José María Castellet. «Primera impresión, desconcierto. Primera reflexión, entusiasmo», fue el telegrama que le mandó Carlos Barral. «Vamos a convertir Liria en nuestro palacio de invierno», gritaron chocando las copas en alto los contertulios de Parsifal. Pero la duquesa no entendía por qué se escandalizaba la gente. Era viuda, se casaba con un hombre soltero del que estaba enamorada. No se explicaba dónde estaba el problema, teniendo en cuenta, además, que ella siempre se había puesto el mundo por montera y había hecho lo que le había dado la gana. Lo que se criticaba no era la boda, sino la persona del novio. Jesús Aguirre era un exsacerdote que tenía fama de izquierdista liberal, con ocho años menos que la duquesa, al que algunos de la nobleza acusaron de ser un simple arribista, un cazadotes.

Si Jesús Aguirre era un cazadotes nadie dejaría de admirar sus facultades, puesto que la pieza abatida sólo con la lengua era de primera magnitud, Cayetana Fitz-James Stuart y Silva. He aquí la cola luminosa que dejaba atrás este astro en el firmamento. Su pasado ocupaba cuatrocientas cajas con cuatro mil legajos lacrados

con sellos reales. La historia de la Casa de Alba podía mostrarse en un cuadro genealógico desplegable, de exactamente un metro de longitud en letra minúscula, donde aparecía la trayectoria de la familia a través de los siglos, con la anexión de las principales casas: Lerín, Monterrey, Olivares, Carpio, Berwick, Ayala, Gelves, Lemos, Andrade y Montijo. ¿Cuánto tiempo tardaría Jesús Aguirre en asimilar este baúl de los Alba, lleno de guerras, fidelidades, juramentos, victorias, conjuras y alianzas? «Todo eso se lo echa Jesús al coleto en un par de semanas. Está llamado por el destino a poner en orden esos legajos», dijo García Hortelano en Parsifal.

Jesús Aguirre debía empezar por remontarse al siglo XII, para encontrar a Illán Pérez de Toledo, famoso alcalde mayor de los mozárabes, el primer antepasado de los duques de Alba. Se dice que fue capaz de cortar con un solo golpe de espada siete cuellos de sarracenos. Era la época de Alfonso VI el Bravo, un rey mítico, pero fue Juan II de Castilla quien dio a don Gutierre, señor de Valdecorneja y arzobispo de Sevilla, el señorío de Alba de Tormes en recompensa a su fidelidad. El arzobispo pasó este honor a su sobrino Fernán Álvarez de Toledo, que a su vez prosiguió defendiendo a Juan II con tal frenesí que en 1439 el rey elevó este señorío de Alba a condado. A lo largo de cinco siglos vendrían las anexiones, la acumulación de títulos, la multiplicación de grandezas. La duquesa de Alba era dieciocho veces grande de España y poseía cuarenta y cuatro títulos nobiliarios. De encontrarse la reina de Inglaterra y la duquesa en un ascensor, sería aquélla la que tendría que ceder el paso. ¿Qué debería hacer Jesús Aguirre si se tropezaba en el lavabo del pub de Santa Bárbara con Felipe de Edimburgo? Eran cosas que había que aprender si quería aprobar el examen de ingreso en la Casa de Alba, como tuvo que saber de memoria toda la historia sagrada para entrar en el seminario de Comillas y manejar el instrumental escolástico antes de ser aceptado en la facultad de Teología de Múnich.

Debía de ser una dura carga convivir con tan apretada colección de antepasados, por ejemplo con Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, que fue general máximo de los ejércitos imperiales

de Carlos V, vencedor en la batalla de Mühlberg, castigo de hugonotes y gobernador general de Flandes, donde instituyó el Tribunal de la Sangre e hizo ejecutar, entre otros, a los condes de Egmont y de Horn. Eso se lo pasaba Aguirre por la cornisa de sus turbulentos genitales en una tarde. Pero la cosa comenzó a complicarse cuando siguió leyendo más legajos. Pese a su feroz fidelidad, Felipe II mandó a prisión a este duque durante cierto tiempo por haber casado a un hijo suyo en una boda que no complacía en palacio. ¿Se daría Jesús Aguirre por enterado? ¿Sacaría alguna consecuencia? Felipe II y la Casa de Alba debían de tener concepciones matrimoniales muy distintas, porque el quinto duque fue también encerrado a causa de otra boda que tampoco gustó al casamentero Felipe II. No todos los antepasados de la duquesa de Alba fueron tan severos. Jesús Aguirre estaba dispuesto a afrontar este nido de alacranes. Emparentada con la emperatriz Eugenia de Montijo —que fue cuñada de un Alba— y con los Estuardo, descendientes de Jacobo II rey de Inglaterra, está también la vital y divertida Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, la famosa duquesa de Goya.

El padre de Cayetana, a quien Jesús Aguirre llamaba suegro con gran desparpajo, fue dos veces ministro de Instrucción Pública y de Estado en el gobierno de Berenguer en los años treinta y tuvo por esto mismo un serio enfrentamiento con Franco. Durante la guerra, el duque prestó importantes servicios al Movimiento, y en el 39 fue nombrado embajador de España en Londres. Sin embargo, en junio del 43 firmó junto con varios procuradores una carta dirigida al Estado en la que se le exhortaba discretísima y cortésmente a regularizar su situación política fundamentando la Constitución «en el régimen secular que forjó la unidad de España y su grandeza histórica: la Monarquía». A raíz de aquello, los consejeros nacionales firmantes fueron cesados, el duque renunció a la embajada y le fue retirado el pasaporte, lo que le impidió ver a don Juan de Borbón, de cuyo consejo privado formaba parte. «Es la primera vez en quinientos años que un duque de Alba no puede responder a la llamada de su rey», declaró.

Puestos a hablar como los villanos, el braguetazo de Jesús Aguirre había alcanzado la altura del Himalaya. Cayetana es una de las cinco mujeres más ricas del mundo, dueña de cerca de veinticinco mil hectáreas de terreno en diversas fincas que se concentran sobre todo en Salamanca, Badajoz, Sevilla y Córdoba. Al año de estar casados, Jesús Aguirre se sabía el catastro mucho mejor que ella. Un día en que fueron invitados a una cacería a una finca de unos amigos iban los dos en un jeep atravesando una sucesión de trochas, montes, valles y barrancas durante varios kilómetros entre encinas y jarales, venados y marranos, y de pronto a mitad de camino la duquesa mandó detener el coche para contemplar la belleza del paisaje. «¡Qué hermoso es todo esto! Jesús, me gustaría comprar esta finca», exclamó. «Por Dios, Cayetana, si esta finca es nuestra», contestó Aguirre. Además del palacio de Liria y el de Las Dueñas, en Sevilla, le pertenecían los castillos de Castro, Monterrey, Castro Caldelas, Andrade, Narahío, Moeche o el famoso de Coca, que cedió al Estado hace pocos años. Sólo por el coto de Baigorri, en Navarra, de dos mil quinientas hectáreas, que acababa de vender a las quinientas familias que lo trabajaban, había cobrado ciento siete millones de pesetas. Una vez le pregunté: «¿Darás algún día una cacería de venados en cualquiera de tus fincas?». Me contestó: «Querido, yo sólo daré una cacería de abubillas». ¿Podría Jesús Aguirre llevar a cuestas esta carga con sólo dos mil pesetas al mes para tabaco?

Eran las doce y cuatro minutos del mediodía del 16 de marzo de 1978. Envuelta en telas italianas, rosadas y etéreas, unas gasas firmadas por el modista André Laug, y el pelo afro o a la escarola, Cayetana Fitz-James Stuart y Silva, duquesa de Alba, y un antiguo clérigo volteriano de chaqué, corbata gris, gafas ligeramente ahumadas y una sonrisa hasta la tercera muela entraban en la capilla de Liria decorada con pinturas de Sert, bajo la luz cenital de la vidriera redonda del techo, a los sones de un órgano electrónico que atacaba la marcha nupcial de Mendelssohn, la misma con que se casa una cajera de supermercado con un chapista de Móstoles en cualquier iglesia de barrio montada en un antiguo garaje. En Liria

había un centenar de invitados, algunos nobles con cara de caballo, como debe ser, algunos amigos intelectuales con un rictus de sueño y alcohol en los ojos, algunos políticos de adorno. Hubo pocos cuchicheos, ningún uniforme y ni una sola pamela, pero dejó ofendidos a algunos familiares por no ser invitados. Aguirre también se olvidó de Eugenio Calderón, su protector desde Sniace, un desaire que éste no le perdonó. La madre del novio, Carmen Aguirre, estaba ya casi ciega. «Hijo, ¿quién me va a recoger?», le preguntó antes de salir a palacio para la boda. «En la puerta de Liria te estará esperando Huéscar», le contestó su hijo. «¿Huéscar? ¿Huéscar no es un pueblo?». «No, no, Huéscar es el hijo mayor de la duquesa». Carlos Martínez de Irujo, duque de Huéscar, hijo mayor de la duquesa, fue el padrino y Carmen Aguirre y Ortiz de Zárate, madre del novio, la madrina, nuevamente con el rímel corrido por las lágrimas, como en la ordenación sacerdotal de su hijo en el Ludwigskirche en Múnich, como la primera misa en la Universitaria. Por parte de la duquesa firmaron como testigos, además de sus otros cuatro hijos, doña María Victoria Marone de Álvarez de Toledo, la duquesa de Santa Cruz y el conde de Teba. Por parte de Jesús Aguirre lo hicieron Pío Cabanillas, el duque de Arión, Sebastián Martín-Retortillo, la condesa de Carvajal, Javier Pradera y la señora de López Aranguren, en representación de su marido, ausente en Barcelona. Al juez Clemente Auger, uno de los fundadores de Justicia Democrática, veterano luchador antifranquista en la universidad y castizo contertulio del café Gijón, le había sido encomendado asistir al acto desde un lado del presbiterio como autoridad civil para dar parte en el registro. En la ceremonia estuvieron presentes, entre otros invitados, toda la Familia Real excepto los propios Reyes y los condes de Barcelona, que por protocolo no asisten a este tipo de actos. El duque de Alburquerque y el marqués de Mondéjar representaban a la Casa Real. Junto a los duques de Cádiz, los de Badajoz, la infanta Margarita y don Gonzalo de Borbón podía verse a los príncipes de Baviera y a la gran mayoría de la aristocracia española. Antes de entrar en la capilla había llegado la noticia de que había sido secuestrado Aldo Moro.

La ceremonia fue oficiada por el padre José María Martín Patino, provicario de la diócesis de Madrid, quien en su momento, a través del cardenal Tarancón, había movido los hilos del Vaticano para que este clérigo pudiera secularizarse sin demasiadas gabelas morales. No pronunció ninguna plática. Sonó Bach mientras se intercambiaron arras y promesas de amor en la salud y en la enfermedad y después de la bendición de turno los invitados ascendieron procesionalmente por una escalinata en cuya cúspide estaban los novios esperando a recibir las felicitaciones bajo la mirada de los próceres antepasados colgados en las paredes tapizadas con sedas de damasco. A cualquier ceremonia de este estilo en España siempre le falta un punto para ser viscontiana, pero en este caso había un aire de leyenda y de ficción inaprensible que doraba el ambiente. «Estoy dispuesto a todo, con tal de no aburrirme», expresó Jesús, que apenas llevaba media hora de duque de Alba consorte y ya departía como un antepasado grande de España con los invitados entre los tesoros de palacio, mármoles y tarimas, goyas, tizianos y vitrinas con insignes legajos históricos. «Lo que más envidio de este palacio de Liria es que tiene en el jardín un surtidor propio de gasolina gratis que le ha instalado Campsa —dijo García Hortelano—. Eso es mejor que tener un velázquez».

Y en medio de todo el boato, aquel cura que había dedicado sus sermones al estudiante Enrique Ruano, muerto al huir de la policía política de la dictadura, ahora sonreía del brazo de una novia, que la noche anterior a la boda había recibido un telegrama anónimo con el siguiente texto: «Te casas con Jesús, pero Jesús será siempre mío».

Los pactos de la Moncloa trataban de salvar la quebrantada economía española, los reaccionarios de la caverna conspiraban para derribar a Adolfo Suárez y sacar a Franco de la tumba, la inflación había perdido las bridas, pero Jesús Aguirre, el antiguo promotor del diálogo entre cristianos y marxistas, se había subido al árbol genealógico más frondoso de España y en principio estaba a salvo de los lobos.

Como siempre, el vino de Liria estaba ligeramente oxidado. Los canapés y limonadas eran de una extrema vulgaridad, como correspondía a la alta alcurnia de la casa. Jesús Aguirre, duque de

Alba, organizaba el adiós con su sonrisa. «Mejor que el arcano de los momentos estelares llego al misterio de lo cotidiano, de lo que parece casi doméstico», había escrito en 1971. Ahora ya era doméstico y normal el firmamento de todas las estrellas para Jesús Aguirre. Los novios partieron de luna de miel a un castillo de Biarritz y los acompañó Pedrusco Díez, el amigo de Jesús desde los tiempos primeros de Taurus, al que no había renunciado. No se sabe si también fue con ellos el mastín blanco. Después de la ceremonia, Javier Pradera y Clemente Auger se encontraron con Felipe González en el restaurante El Chuletón. «Venimos de la boda de un ser permanente, tú eres provisional», comentaron y pocos años después Pradera añadió a esta lección de ontología: «Existen dos cosas que nunca pude imaginar, que el cura Aguirre se convertiría en duque de Alba y que Solana llegaría a ser jefe de la Nato». Pero el decimoctavo duque de Alba diría que lo que más le costó en el palacio de Liria había sido encontrar los interruptores. Unas veces decía esto y otras exclamaba como Santa Teresa: «Deshaciéndome estoy, hermanas, en esta operación de amor».

1982

En el zafiro muy oscuro del anillo del duque se reflejaban las buganvillas del patio de Las Dueñas, mientras España se debatía entre una baza de copas y otra de espadas.

1982

«Al principio fue difícil —manifestó la duquesa—. Era una persona nueva que entraba en nuestra vida, pero con el tiempo se creó una armonía estupenda entre nosotros. De todos los hombres que han pasado por mi vida, Jesús es el que más lejos me ha llevado en los éxtasis». La duquesa hablaba de esta forma desinhibida para atajar algunas insinuaciones maliciosas; por su parte, el duque se puso macarra y aseguró que él y Cayetana follaban todos los días. Los amigos comenzaron a especular sobre qué clase de sortilegios realizaría este ser en la cama y dónde los habría aprendido. «En privado mi mujer es más apasionante, más sorprendente, mucho más peculiar que yo, por eso se casó conmigo». ¿Qué diablos haría este hombre para mantenerla siempre en vilo y no desmerecer frente a la competencia de los toreros, gitanos, bailarines, actores famosos que habían atravesado su existencia? Le mandaba pequeños billetes galantes de una parte a otra de palacio cada día a horas inesperadas a través del mayordomo, la sorprendía con una llamada de teléfono desde la habitación de al lado para leerle un terceto de Dante, la asaltaba por un pasillo disfrazado de Pimpinela Escarlata con una máscara veneciana o entraba en su alcoba vestido de bombero. También le dedicaba versos de propia cosecha. «Deshojaré tus pétalos con tino, / ¡qué guirnalda tan fresca en mis muñecas!, / para que tu rocío vuelva a abrirlos / cuando el pulso enloquezca en mis sienes». El libro de poemas *Secreto a voces* está dedicado a la duquesa y fue urdido por Aguirre en diversas residencias y palacios, en Venecia, Ibiza, Liria, Monterrey, Las Dueñas, París. «Tus pezones como granos de café…». En las cenas

oficiales o reuniones de familias conocidas, donde por protocolo tenían que sentarse en mesas separadas, la duquesa no le perdía ojo, tal vez celosa al ver cómo triunfaba con su ingenio. Nunca dejaba de observarlo: «No sé por qué lo mira tanto. No se lo vamos a quitar», decían las amigas. Pese a las aguas de dulzura en que parecía navegar la pareja, no tardaron en surgir nuevos rumores malignos. Como de costumbre, no salió ningún desmentido de la Casa de Alba. Pero los chismes arreciaron. Entonces, por primera vez en su vida, Cayetana perdió los papeles e hizo unas declaraciones explosivas en las que aseguraba llevar con el duque una activísima vida íntima. «Tengo un genio endiablado. Y cuando me pisan, salto». La cólera dio resultado y por un tiempo los dejaron en paz. «Nadie como yo la conoce cabreada, a veces la llamo Kommandantur», dijo el duque. Este enfado se debía a que corría la nueva maldad de que la duquesa había sorprendido a su galante marido con un joven jardinero de palacio. El jardinero fue sulfatado como el pulgón del rosal y a Jesús su señora lo mandó al exilio, un castigo que cumplió durante tres meses en el hotel Meliá de Princesa, situado frente a Liria, desde cuya ventana veía la pradera de palacio, como en el suplicio de Tántalo, sin poderla alcanzar. Allí se bebió toda la melancolía hasta ser perdonado.

La tertulia de Parsifal de los sábados por la mañana se había trasladado a la pecera del restaurante José Luis y fueron Juan Benet, Javier Pradera y Clemente Auger los primeros en percibir que el deseo de tomar al asalto el palacio de Liria no había sido más que un sueño vano. Aguirre ni siquiera se ponía al teléfono cuando llamaban sus viejos amigos. El propósito de convertir Liria en sala de conciertos para cuartetos de cuerda y en un lugar privilegiado de citas para intelectuales y artistas a la sombra de un Tiziano quedó en nada. En palacio sólo tenía entrada franca García Hortelano, al cual el duque le permitía que se fumara medio paquete de Ducados, echado en un sofá, mientras se nutrían mutuamente de maldades, unas bajadas de los altos salones, otras subidas desde el asfalto más bajo.

Fuera de palacio la noche de Madrid, al iniciarse los años ochenta, se había convertido en la estampida de un búfalo ciego. El tiempo comenzó a trepidar bajo las pezuñas de plata de aquel animal que venía huido del fondo de la posguerra y corría hacia el final de la historia. Empezaba la modernidad. En la trasera del café Gijón, sobre la boca de las alcantarillas, había seres anfibios plantados con zapatos de charol, bata de satén, una raja a lo largo del muslo que dejaba ver las medias rojas hasta el liguero, con una gardenia en la sien y los senos de parafina palpitando en las tinieblas. Para llegar hasta estas flores nocturnas había que aplastar un sembrado de jeringuillas.

Sucedió en un barrio maldito. El diario *El País* me había encargado una crónica urbana de los nuevos seres que habían brotado en el asfalto en la noche de Madrid. Yo entonces trataba de ser un escritor comprometido con todas las catástrofes de la psicología humana. Peleaba contra mí mismo por no sorprenderme de nada y como un buscador del cofre del pirata iba en compañía de un fotógrafo por la ruta de sucios garitos, bares de ambiente, cuartos oscuros y trastiendas podridas levantando acta. Una de aquellas noches, apoyado en la pared de un callejón, un travesti agitó el bolso como un lazo de vaquero para llamar mi atención. A simple vista, a través de los diversos estratos de cremas que llevaba en el rostro, parecía muy pasado de edad, frente a los jóvenes donatellos semidesnudos que había a su alrededor en cada esquina. Me acerqué discretamente y me enfrenté a su mirada ambigua. Aun en la oscuridad de la noche traté de reconocer aquellos ojos pintados con una plasta de rímel bajo las pestañas postizas. Llevaba alas de mariposa y algunas sedas llenas de vidrios. Vendía un amor fugaz en un portal por dos mil pesetas. En ese instante tuve aún el valor de preguntarle quién era, pese a que ya sin ninguna duda él me había reconocido por la televisión y había pronunciado mi nombre. Tardé un solo minuto en darme cuenta de que el rictus de su sonrisa me llevaba a un tiempo pasado. Era un compañero de colegio, aquel condiscípulo tan listo que nunca quería acompañarnos a los guateques con las chicas del Loreto en Valencia, el que tenía siempre las réplicas más divertidas, el más imaginativo en la primera

rebeldía estudiantil, el más guapo de la pandilla, al que las niñas adoraban inútilmente. Lo había perdido de vista en segundo de Derecho. Después de darme un abrazo, me dejó toda la camisa impregnada de un perfume gordo que me recordó al pachulí con que fumigaban con un aspersor los cines de barrio. Le pregunté qué tal le iban las cosas. Me dijo que tenía clientes fijos, camioneros y aristócratas, políticos y jueces, de todo. No se podía quejar. Los sábados trabajaba en un cabaré de la calle Atocha. Sacó una tarjeta de su bolso de nácar. Comprobé que se hacía llamar Arthur, pero, me dijo: «Para ti seré siempre aquel Luis del colegio de curas, ¿de acuerdo?». Un día supe por el cerillero del Gijón que Luis había venido a verme al café cuando ya estaba en las últimas. Fue de los primeros en morir de sida.

La tarde del 23 de febrero de 1981, una banda borracha de guardias civiles, al mando de un teniente coronel con bigotón de zarzuela, asaltó el Congreso de los Diputados y en aquella zarabanda patriótica, lejos de tirarse al suelo, Suárez saltó de su escaño y se jugó la vida para salvar de las metralletas a su amigo, el teniente general Gutiérrez Mellado, un gesto muy ibérico por el que será siempre recordado.

Ningún gesto de gallardía podrá compararse al que este político ofreció a la historia al enfrentarse al golpista Tejero, y a su vez ningún militar, como Gutiérrez Mellado, ha tenido la suerte de poder demostrar su heroísmo en un cuerpo a cuerpo frente al cuatrero con imágenes transmitidas en vivo y en directo a todo el mundo. El asalto del Congreso fue el último capítulo de una pugna de la España negra por doblarle el codo a la democracia. Por fortuna, la historia se puso de parte de la libertad. Al general Gutiérrez Mellado le pregunté qué era lo que más le había molestado del golpe de Estado. Contestó: «Ver a unos oficiales con la guerrera desabrochada». El honor militar lo salvó este caballero.

El intento de golpe de Estado de Tejero purgó todos los fantasmas que la Transición llevaba en el vientre bajo diversas formas de reptil. En realidad, Juan Carlos se proclamó a sí mismo rey de los españoles a la una de la madrugada del 24 de febrero de 1981 en el famoso mensaje por televisión. Corrían muchas anécdotas, ciertas o

falsas, en aquellas horas de hierro. A las ocho de la tarde, mientras Tejero y sus secuaces tenían encañonados a los diputados en la Carrera de San Jerónimo, un equipo de Televisión Española, sorteando toda clase de controles militares, logró llegar al Palacio de la Zarzuela para grabar el mensaje real. Juan Carlos se vistió con el uniforme de capitán general y quiso tener cerca a su hijo Felipe, que entonces no era más que un niño. Los técnicos de televisión preparaban muy nerviosos aquella operación pilotada por el jefe de los servicios informativos, Jesús Picatoste, y en medio del salón lleno de cables el Rey lo presentó a su hijo. «Felipe, a ver si adivinas cómo se llama este señor». «No sé», contestó el futuro Príncipe de Asturias. «Vamos a ver. ¿Con qué te gusta mojar el chocolate en el desayuno?», preguntó el monarca. «No sé». «Piensa, piensa un poco». «No sé». «¡Con un picatoste, con un picatoste! Así se llama este señor tan importante».

Al parecer, la devoción por el chocolate es una característica de los Borbones, porque esa madrugada aciaga del golpe de Tejero, después de una noche de zozobra, cuando a la salida del sol nadie sabía todavía si los carros de combate de la Acorazada enfilarían el camino de la Zarzuela, la hermana del Rey, la infanta doña Margarita, dijo a toda la familia allí reunida con gran desparpajo: «Puede que nos tengamos que ir otra vez al exilio, pero yo no me voy de España sin tomarme antes un chocolate con churros».

Un año después del golpe me contaba Juana Mordó en su despacho: «El 23 de febrero de 1981, a las seis de la tarde, tuve un infarto. Algunos creyeron que se debía al susto de Tejero; pero fue el resultado de una amarga aventura, cuando Jacqueline Picasso, que se había pasado la vida diciéndome "Juana je t'aime, Juana je t'aime", porque había educado en mi galería a su hija Catherine, después de estar todo apalabrado, el seguro pagado y el catálogo hecho, en el último momento, por un simple ataque de histeria, se negó a entregarme los cuadros de Picasso para una exposición que ya estaba en marcha».

La pregunta que en ese tiempo se formulaba la gente en televisión, en los bares, en las fiestas, en la radio y en cualquier

parte y por cualquier motivo era ¿dónde te pilló el 23-F? Todos lo recordaban. Unos estaban enterrando a un muerto, otros se habían encerrado con su amante a cometer adulterio en un motel, otros se hallaban en el hospital recién operados, otros recogiendo a los niños del colegio o fabricando una mesa, haciendo pan, esperando el autobús para volver a casa. La brutal astracanada de Tejero seguido por una banda borracha rompió la vida cotidiana, anónima, feliz o desgraciada de la gente. El duque de Alba dijo que esa tarde, al enterarse del asalto al Congreso, se puso el mono de proletario que heredó de su suegro y se paseó por los salones de palacio leyendo en latín las *Metamorfosis* de Ovidio.

La tarde en que Juana me contó su infarto, al salir de su despacho había en la sala un barbudo alucinado bajo los focos mirando cuadros en medio de ese silencio sospechoso que exhalaba la crisis. Le acompañaba una chica, que en el primer momento estaba de espaldas. Hacía tiempo que los coleccionistas habían dejado la pintura en las paredes de las galerías a merced sólo de estetas pobres, barbudos puros e intelectuales con morral y bufanda. Cuando se dio la vuelta descubrí que aquella chica era Vicki Lobo, la arqueóloga. Después de diez años su cuerpo había madurado y por la forma de sonreír supe que su alma también había perdido aquella fiereza tan espontánea, pero seguía igual de atractiva. Me presentó a su pareja, un intelectual que empezaba a estar de moda en la radio. Ella había dejado la arqueología. Tenía un cargo, era concejala socialista o algo parecido en una ciudad del extrarradio de Madrid. Bromeé diciendo si estaba dispuesta a desenterrar muchas momias. Me contestó que un día había intentado desenterrarme a mí y que no lo había conseguido. Sabía que no había escrito el libro de Azaña, pero me veía bien y leía mis artículos. «¿Dónde has pillado a este novio?», le pregunté. «Una mañana al despertar me lo encontré en mi cama. Es estupendo, divertido, un poco loco, eso sí». Su pareja se echó a reír. «¿Y adónde han ido a parar Mao, Trotsky y toda aquella gente?». «Vete a saber. Ahora estoy consagrada a San Felipe González», contestó la chica con el mismo fervor de neófita.

A su compañero lo tenían cercado los hermosos caníbales de la radio y este intelectual se cocía a fuego lento. Por las mañanas se desayunaba con un bocadillo de optalidones para estar a la altura de sí mismo y hacía esfuerzos desmesurados por aplacar a esos cazadores de cabezas que querían saber su opinión sobre la empanada de lamprea, el desembarco en las Malvinas, las elecciones generales, la receta de jabalí con vino de Burdeos, la estocada fallida con que homenajearon al Papa en Portugal. A su lado, en la mesa redonda del locutorio, a veces se encontraba con Aranguren enchufado a unos cables por las orejas, por la nariz, por la boca para extraerle cada opinión del fondo de las entrañas.

La pareja de Vicki Lobo pertenecía a la escuela clásica. Era un borracho escueto, con tres porros de marihuana al día, al que se le veía salir del supermercado de la esquina abrazado a una bolsa de botellas dando la imagen moderna de alcohólico neoyorquino. A los cuarenta y tres años estaba en plena gloria, había sido bendecido por Aranguren como la revelación de la temporada, a medias con Agustín García Calvo, que predicaba la buena nueva de la modernidad en un café cantante de la plaza del Dos de Mayo. Por ejemplo, aquella mañana lo habían llamado de la Cadena Ser para hablar de su ensayo sobre Walter Benjamin, en medio de un concierto de baterías de cocina, pisos en Leganés y jabones de tocador, y el intelectual de moda, convertido en otra cacerola más para amas de casa por la voz torrencial del locutor, tuvo que soltar algunas bobadas. «Dinos algo sobre el Papa». El intelectual respondió: «Me gusta. Sobre todo cuando besa aeropuertos. Da muy bien arrodillado sobre una charca de queroseno. Es como si esnifara una raya de farlopa». Otra pregunta: «¿Qué pescado prefieres?». «El torpedo bajo la línea de flotación». «Y qué pájaro». «Cualquiera del Gobierno». ¡Guauuu! Dubidú, dubidú. Marcha, mucha marcha. Estamos en el aire.

Hacía un par de años que la mujer se había largado con otro y, después de vivir a solas con una perra cocker, ahora su territorio estaba invadido por una arqueóloga llamada Vicki Lobo, que se proponía desenterrarlo. En las noches de insomnio se había hecho

un diseño de sí mismo. Había que hacerse experto en vinos y practicar la nueva cocina para poder colocar en medio de una conversación de neomarxismo la receta del besugo con habas o aludir a la cosecha del 72. Se había acabado eso de ligar, ligar, ligar con esas chicas que se le restregaban al salir de la conferencia. Había que ser duro y tener pegada. Odiaba a los intelectuales de culo gordo, que olían a cerrado. Sócrates enseñaba filosofía bajo la higuera, pero ahora estaban los chicos de la prensa, los cazadores de cabezas en la radio, los bares de Malasaña por la tarde, los abrevaderos nocturnos de Oliver y Bocaccio, el pub de Santa Bárbara, y Carrusel, en cuya puerta de madrugada las chicas se pintaban los labios reflejando su rostro en los tubos de escape de las motos Harley-Davidson. La nueva filosofía se había posado sobre el capó de los coches y él tenía que percutir todos los días desde los medios de comunicación para abrirse paso entre aquella pandilla de borrachos que se disputaban la gloria al amanecer.

El novio de Vicki me dijo: «Sé que conoces a Jesús Aguirre. ¿Podrías presentármelo? Necesito hablar con él para cuadrar mi ensayo». Le contesté que el palacio de Liria tenía más murallas que Jericó. El duque era inaccesible. «Entonces le pediré ayuda a Aranguren para que detenga el sol en plena batalla. Estoy escribiendo sobre la Escuela de Fráncfort. Walter Benjamin había pasado algunas temporadas en Ibiza en los años veinte y el duque tiene allí una residencia. Tal vez durante unas vacaciones de verano podría hacerle una entrevista a la sombra de una higuera y recorrer juntos el paisaje y la casa de San Antonio donde habitó».

Las chicas de los años ochenta se iban a comprar tabaco y ya no volvían a casa. Eran sanas y eficientes, cogían los bártulos y dejaban al marido sentado en el sofá y le llamaban desde el aeropuerto para decirle que en el frigorífico encontraría unos huevos con bechamel, que se los tomara a su salud porque ella se había enamorado de un italiano y estaba en la sala de embarque de Barajas con un pasaje para Florencia. Aún quedaban machistas clásicos que creían que las mujeres eran máquinas lloronas y encremadas, con dos biberones colgados de las costillas delanteras, obligadas a hacer canelones para los niños y ponerse monas en la peluquería para la noche del

sábado. Eso se había acabado. Los cuarentones neuróticos ahora tenían compañeras progres interiormente rebeladas que hacían el supremo esfuerzo de ponerse el delantal en la cocina. Ellos acariciaban en secreto la idea de divorciarse y no hacían sino darle vueltas a esta neurosis años y años; en cambio, ellas una tarde metían el cepillo de dientes en el bolso y se esfumaban sin gritos ni traumas. Después venían unos meses en que el intelectual se despertaba cada mañana con una chica distinta cuyo nombre ignoraba. La había pescado de madrugada en cualquier garito que tampoco recordaba o tal vez en una gasolinera.

El intelectual de moda llevó a Vicki Lobo al café cantante de Malasaña donde a media tarde, antes de que llegaran los clientes apaches de la noche, predicaba Agustín García Calvo. Antes de que abriera el local había jóvenes barbudos apoyados en las fachadas con un libro bajo el brazo esperando, y llegaban más adictos que se sentaban en el capó de los coches, se saludaban entre ellos con sus nombres y esperaban con pasividad de neófito a que algún sacristán descorriera la cerradura del santuario de la lógica.

A la hora convenida se abrieron las puertas del café y los discípulos pasaron a ocupar sillas y divanes con la cadencia y el silencio con que se llena un aula. Era un público joven, dominado por la barba y las lañas contraculturales. Había de todo. Desde una chica con el pelo teñido de rojo como una borla de cardenal o la pasota con sombrero de mormona y flecos de reina comanche, hasta el señor suizo con pinta de fabricante de manteca o el muchacho lavado que lleva en la cara una dulzura de alumno predilecto. Era una parroquia desigual de discípulos de la universidad, gente nueva, oyentes curiosos, clientes turísticos, unificados por dentro con la devoción al maestro de la contracultura. Una música de organillo comenzó a sonar sobre el cenáculo para amenizar la espera.

Y de pronto se presentó Agustín García Calvo con las vestiduras de la revelación, con su bigotazo de herradura y la melena flamígera. Venía con gorra de cosaco y camisola abombada de violinista zíngaro, polainas de caballista y un cíngulo dorado en el lumbar. El héroe iba a hablar del lenguaje como creación de la realidad, del

quantum y el tiempo, de lo continuo y discontinuo. Se produjo un aplauso cerrado antes de que abriera el pico. A continuación comenzó a emitir conceptos intrincados sin aliviarse con alguna concesión a la galería. El intelectual de moda y Vicki Lobo escuchaban muy atentos con el entrecejo cruzado. La filosofía puede apuntillar a una oveja merina, pero García Calvo tenía la magia de un Anaximandro soltando un discurso bajo una parra, de un Sócrates recostado en una escalinata del ágora, de un Diógenes dentro del bidón.

Por fin el éxito había llegado. García Calvo había adoptado a este intelectual y a su novia como discípulos. Aquella noche, después de la charla presocrática en el café cantante de Malasaña, el joven intelectual y Vicki cenaron en un restaurante del Madrid viejo con unos del cine que querían hablar de un guion. Luego cumplieron el rito como otras veces. A la hora en punto entraron en Bocaccio y se sentaron en el sarcófago de terciopelo. Vicki Lobo levantó la mano al camarero y comenzaron a beber hasta que, llegado el momento, al joven intelectual se le hizo la oscuridad en el cerebro.

Era otoño y los socialistas habían llegado al Gobierno con mayoría absoluta. En los peluches de Bocaccio se hablaba de que en la fiesta del hotel Palace, Paco Fernández Ordóñez se hallaba en la cola para entrar y los del servicio de orden se negaban a dejarlo pasar porque lo consideraban un sospechoso arribista. Fernández Ordóñez había hecho con UCD la reforma fiscal y después impulsaría la ley del divorcio, pero en ese momento tuvo que acudir a los buenos oficios de Vicki Lobo para que un idiota le franqueara el cordón sanitario hacia el interior del Palace, donde Felipe González y Alfonso Guerra estaban a punto de salir a la ventana con el puño en alto para proclamar la victoria. Luego, en el Gobierno socialista, Fernández Ordóñez sería el más coherente socialdemócrata, el único que no había cambiado de chaqueta. Suárez había dejado de ser falangista; González había abjurado del marxismo; Carrillo y Pasionaria habían dejado el estalinismo; Fraga trataba de hacerse olvidar el fascismo; Ramón Tamames, en vista del fracaso del comunismo, había comenzado la carrera loca hacia la derecha dejando atrás las

verduras de la ecología. Por ironías del destino, al estalinista Jorge Semprún, que en 1956 se jugaba el pellejo en cada viaje clandestino a España desde París para organizar la huelga general que iba a abrir las puertas de la libertad según los sueños de estos jóvenes, la huelga general del 14-D de 1988 le pilló por la espalda siendo ministro socialista de Cultura. Jesús Aguirre había dejado de ser cura y se había convertido en duque de Alba. Sólo Ordóñez sabía por dónde iba a pasar la carretera de la democracia y puso su tenderete al borde de la cuneta y ya no se movió desde que dimitió del INI al día siguiente de que el régimen ajusticiara a garrote al joven anarquista Puig Antich.

Después llegaría la expropiación de Rumasa y la fuga de Ruiz Mateos, el secuestro de Segundo Marey por parte del GAL, el aceite de colza, la desaparición del Nani, más asesinatos de ETA, Alaska y los Pegamoides, los primeros ordenadores, los bandos arcaizantes de Tierno Galván, las noches de RockOla, de la discoteca El Sol, de Tip y Coll en Picadilly. E incluso la muerte del propio Tierno Galván y su entierro espectacular, para el cual se alquiló la carroza que Drácula sacaba los domingos. Un millón de madrileños le hicieron pasillo en su camino hacia el cementerio de La Almudena, y en los bordillos de las aceras lloraban los travestis con el rímel corrido.

A Jesús Aguirre habían comenzado a caerle academias encima de la chepa. Ingresó en la de Bellas Artes en 1984 y el discurso no versó sobre la raza del perro del cuadro de Goya que aparece a los pies de la primera Cayetana con un lacito rojo en la pata, sino acerca del descubrimiento que realizaron a medias él y su mujer de un paisaje de Ribera, un cuadro en apariencia anónimo lleno de polvo colgado en un pasillo de su palacio de Monterrey. La elocución de Aguirre fue un encendido elogio del fino olfato de la duquesa para levantar esta clase de piezas de la propia pinacoteca. En la Real Academia de la Lengua ingresó en diciembre de 1985. El discurso versó sobre el afrancesado conde de Aranda, título que ostentaba ahora el propio Aguirre. Después del acto el duque invitó a una cena en Liria a todos los académicos. Desde una pizzería algunos amigos le llamamos a palacio haciéndonos pasar por Camilo José Cela.

Nadie contestó al teléfono. Cela había dicho: «Que disfrute de su sillón este escritor de prólogos».

1986

El intelectual de la Escuela de Fráncfort se niega a ponerse zahones monteros y botas de ancas de potro. Por este motivo partió hacia la locura.

1986

Ir a la Feria de Sevilla con una gastritis de primavera y tener que pedir un vaso de leche en la caseta mientras a mi alrededor andaban todos borrachos de manzanilla y verme obligado a bailar sevillanas brazos arriba como el que recoge peras de un manzano fue para mí una experiencia más dura que ir de corresponsal a una guerra. En plena Feria de Abril, Sevilla olía a zahones sudados y a elegante boñiga de jaca. Tenía que llamar al duque de Alba. El camarero me ofreció la ficha de teléfono. «¿Está el duque?». «Un momento. No se retire». Mientras la llamada recorría los salones del palacio de Las Dueñas hasta llegar al nido de tapices donde sin duda estaría él, en aquel cafetín de la calle Sierpes me hice lustrar los zapatos, como un señorito, por un limpiabotas granadino, que no cesó de contarme fatigas: «Esto de la feria es como ir a la vendimia. O peor. Sólo de Granada hemos llegado doscientos limpiabotas a Sevilla. Además de mil personas que sólo vienen a pedir. Gente pobre, ¿sabe usted? Lo malo es la noche, cuando cae el frío y te quedas tieso. Yo duermo tapado con unos cartones de embalaje detrás de los carromatos de la feria, en la vaguada del ferrocarril. Tendría usted que verlo. Hay más de quinientos mendigos tirados en el suelo. A veces llega la policía y nos echa los caballos encima. Y si alguien abre el pico, se lo llevan por delante. El año pasado unos señoritos prendieron fuego a aquello y tuvimos que salir a toda leche». Tratando de hacer un poco de sociología, pregunté al limpiabotas: «¿Usted sabe quién es el duque de Alba?». Sin levantar el rostro del cepillo el hombre contestó: «Ése es un gitano señorito de verdad, de los de antes. Tiene mucho arte».

Desde el cielo artesonado del palacio de Las Dueñas volvió por el teléfono la voz del sirviente que gobernaba la centralita. «Oiga». «Sí, dígame». «El señor duque le invita encantado a tomar café a las cinco en punto de la tarde». En Sevilla cada cosa estaba ese día en su sitio: el duque en el palacio, el toro en el chiquero, el matador en el vestíbulo del hotel Colón, el limpiabotas a los pies del señorito, el turista en el coche de caballos, la gente en el paro, el jamón en la barra, el puro en la boca, el clavel en el ojal, la gitana pidiendo limosna, el polvo en la feria.

A media mañana la calle Sierpes estaba bajo un sopor de churros y el ruido de las cucharillas de desayuno. Los turistas arrastraban los pies hinchados por allí entre gitanas con claveles, carteles taurinos, giraldas de plástico, sombreros de capataz, vendedores de lotería, retratos de la Macarena y banderillas con los colores de la bandera española. En el aire de Sevilla se oía un campanilleo de coches de caballos. Tuve que hacer tiempo hasta las cinco en punto de la tarde, la hora taurina y lorquiana en que me iba a recibir el duque de Alba en su palacio. Me entretuve contemplando el tejemaneje de unos trileros hasta que no pude resistir la tentación de entrar en el juego. Perdí con mucho gusto mil pesetas sólo por averiguar qué se sentía en carne propia al ser estafado. Había tres cáscaras de nuez. ¿En cuál de ellas escondía aquel tipo el garbanzo? Estaba y no estaba. Existía y no existía. Parecido al juego de los trileros era el misterio de la Santísima Trinidad y la vida trivalente de Jesús Aguirre.

En el real de la feria había una luz pastosa de resaca, las cubas regaban el albero y las furgonetas de reparto descargaban hectolitros de manzanilla para reponer el nivel de los abrevaderos agotados. A esta hora los verdaderos señores dormían la mona según la tradición, mientras la servidumbre barría el pastizal de la juerga anterior. En la Feria de Sevilla, si alguien estaba en pie a las once del día se podía decir que no era nadie, un turista rubio interpretando un callejero, un guardia de la circulación, un repartidor de ensaimadas, un empleado de la funeraria en acto de servicio, un borracho extraviado que no lograba dar con el hotel. Pero en 1986 la

Feria de Sevilla ya había sido desacralizada y Alfonso Guerra decía que había que alquilar pollinos para que se pasearan los obreros por el real mezclados con las jacas de Osborne. Era el tiempo en que los socialistas se dividían en dos: los que llevaban un pañuelo con cuatro nudos en la cabeza y los que habían tomado al asalto la fascinación de los veranos en Marbella junto a Gunilla von Bismarck.

En la Feria de Sevilla también tenía caseta el Partido Comunista. A esa hora intempestiva de media mañana, mientras por el ferial se pasaba la escoba, en la caseta del Partido Comunista ya estaban todas las mesas repletas de jornaleros sonrientes y recién lavados, alineados frente al fino San Patricio como en un bautizo. Unas criaturas bailaban sevillanas al ritmo de palmas, que batían unas madres muy ibéricas. Un responsable subió a la tarima y reclamó silencio por el micrófono para anunciar que a continuación un camarada poeta iba a recitar unos versos en honor de Dolores Ibárruri.

El palacio de Las Dueñas está situado en el casco antiguo de Sevilla. A las cinco en punto de la tarde un amable servidor me abrió la cancela. Entre setos, macizos de hortensias y madreselvas, por un camino dorado con albero, llegué al primer zaguán, cubierto de esteras, coronado con cornamentas y trofeos de caza, que daba entrada al patio mudéjar. El criado iba delante. Había un silencio de mirlos y fuentes que se derramaban en las tazas, una claridad matizada de fresa entre los arcos aljamiados. La amplia escalinata de madera y azulejos llevaba a la galería, amueblada con tresillos, mecedoras, mesas y jarrones del siglo XVIII. El criado señaló una butaca. «Espere aquí, por favor. El señor duque no tardará en salir». Durante la espera me puse a imaginar la vida de este personaje como la encarnación humana de un río, pero no del río que va a dar a la mar que es el morir, según los versos aciagos de Jorge Manrique, sino del río de Heráclito, en el que uno no se baña dos veces y que en este caso ha desembocado en un palacio de Sevilla. Conducidas sus aguas claras, oscuras, turbias por la azarosa y turbulenta orografía de Jesús Aguirre, la inclusa de Madrid, los altos de Comillas en Cantabria, los lagos de Baviera, el laberinto de la

teología atravesado con un aire mundano, los libros, los títulos, las fiestas de la cultura, los palcos del Teatro Real, la cacería de cisnes, una corriente de barro que conlleva pepitas de oro. No sabría explicar lo elegante que es este palacio adonde fue a desembocar este ser acuático.

El palacio tiene siete patios con palmeras, limoneros, cipreses, paredes con buganvillas y rosales rampantes hasta el tejado. Baste con decir que si el establo de las mulas y caballos, tal como está, sin tocar nada, lo convirtieran en un bar del barrio de Salamanca sería el bar inglés más elegante de Madrid. Cuando metí allí la nariz exhalaba un aroma de boñiga mezclado con perfume de Nina Ricci.

El duque de Alba estaba posando para un retrato de Enrique Segura, abajo, en un gran salón artesonado, a la luz tamizada de una cristalera que daba a un patio de limoneros. Eran las cinco y cuarto de la tarde, un día de Feria de Abril en Sevilla. ¿Podía haber algo más fino en cien kilómetros a la redonda que tomar café en el palacio de Las Dueñas con el decimoctavo duque de Alba? En esta reserva sagrada, guardada por dos lecheras de la policía en la puerta, había una solidez de siglos, sombreada por lienzos de Caravaggio. La brisa hacía hervir levemente las buganvillas. Los cipreses cuajados de gorgoritos cabeceaban entre columnas de mármol. «¡Qué lejos ha llegado mi amigo! —pensaba yo viendo aquello—. ¿Adónde habrán ido a parar Adorno, Walter Benjamin y Karl Rahner? ¿Se acordará todavía de Enrique Ruano?».

De pronto, apareció por el fondo de la galería. El duque de Alba llevaba un traje azul pálido, unos zapatos con mezcla de cuero y lonilla color hueso, venía con medio puro engarzado en sus dedos de ave y sonreía con una felicidad preternatural, propia de un paraíso que está escriturado, sellado y lacrado en el pergamino. Un camarero de chaquetilla blanca y cuello azul sirvió el café en tazas de La Cartuja sevillana. Mi visita era de cortesía, como la del aficionado al gótico que echa un vistazo a la catedral de Colonia, como la del taurino que rinde tributo a la plaza de la Maestranza. Había que hacerlo. Mientras trataba de rizar el dedo meñique al elevar la taza a los labios, Jesús Aguirre comenzó a hablarme de

estirpes, árboles genealógicos, encuadernaciones, testamentarías decimonónicas, restauraciones de cuadros, de todo eso que comenta la gente noble, de todo menos de libros. «Todo este lujo, ¿cómo lo llevas, Jesús?», le pregunté. «Con naturalidad», me contestó. «Sabes que en este palacio nació Antonio Machado. Debió de ser en una de estas salas de la derecha. Su padre no era un servidor de la casa, como se ha dicho. Sencillamente, un antepasado de mi mujer, en el siglo XIX, dejó de habitar el palacio y alquiló todo este lado de caballerizas a gente particular. El padre de Antonio Machado fue uno de los inquilinos. Mi suegro mandó poner unos azulejos ahí en el corredor del patio. Fue el primer homenaje que se rindió a Machado después de la guerra. No me negarás que fue un valiente». Jesús Aguirre consideraba que era un acto de heroísmo haber instalado en la pared de un espacio privado los versos de Machado: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / y un huerto claro donde madura el limonero». Ni siquiera se sorprendió de mi carcajada.

Los mirlos de la Casa de Alba cantaban en los limoneros de Antonio Machado. En mi lujuria soñaba con ver a Jesús Aguirre, duque de Alba, en plena Feria de Abril, vestido de corto, con zahones, botas de anca de potro y sombrero ligeramente ladeado sobre su frente de intelectual de la Escuela de Fráncfort. «No es posible. Nadie en el mundo me verá vestido así. En compensación te puedo enseñar el palacio», me dijo el duque. «Querido Jesús, te estoy viendo las suelas de los zapatos. ¿Cuántos años hace que no pisas la calle?», le pregunté al verlas tan pulidas. «Probablemente no piso la calle como vosotros desde el siglo XVIII», contestó.

Eran salones, lienzos del siglo XVII, jarrones, escaleras, artesonados, capillas, cuadras, vanos gráciles con un fondo de cipreses, limoneros, rosales, buganvillas, cuadros de Panini, criados que se ponían de pie con una reverencia sólida cuando pasaba el duque, óleos de Zuloaga, fotografías dedicadas por reyes, camas con baldaquín que un día recogieron el sueño de algunas princesas, más criados en cada punto estratégico, habitaciones acicaladas para los invitados que estaban a punto de llegar para la feria.

El duque quiso mostrarme la colección de carteles antiguos de toros, que cubrían las paredes del comedor de la servidumbre. La visita inesperada del duque, que nunca se rebajaba a entrar en cocinas, dejó pasmados a una docena de criados que estaban merendando alrededor de una mesa muy larga. Cuando apareció el duque por la puerta se pusieron en pie todos a la vez, con el mismo resorte automático con que reaccionan los soldados cuando entra por sorpresa el general en la compañía. «No se levanten, háganme ese favor», exclamó Aguirre. «¡Señor duque!», respondieron ellos a coro. «Sigan ustedes como estaban». «¡Señor duque!». «Por Dios, no se muevan». «¡Señor duque!». Un escalofrío había sacudido la espina dorsal de aquellos viejos criados y no había forma de que dejaran de exclamar «¡Señor duque!», a medida que el señor duque trataba de calmarlos. Dimos la vuelta a la mesa y el intelectual de la Escuela de Fráncfort me fue señalando carteles de toros de Pedro Romero, de Frascuelo, Espartero, Lagartijo, Manolete, mientras la servidumbre se había convertido en seres de piedra.

Luego siguieron más salones, cuadros de Bassano, cornucopias, muebles de palosanto, todo en perfecto estado de revista, con esa palpitación de algo vivo, con el plumero recién pasado. «Cayetana tiene todos los palacios a punto, las camas hechas, las toallas calientes y jaboneras en los cuartos de baño, los platos, las flores en la mesa, todo listo para el momento en que se nos ocurra habitarlos un fin de semana, de modo que si ahora mismo nos da por ir a Monterrey, encontraré agua fría en la nevera y el hielo para el whisky». El duque me enseñaba Las Dueñas como si se tratara de su ajuar. Había puesto en orden cada legajo. Había ordenado los archivos. Se sabía cada detalle, cada fecha, cada pliegue de la memoria de la casa, algo que la misma duquesa ignoraba porque se había criado entre aquellos enseres como la prolongación de su vida sin darse cuenta, como algo natural, que le había regalado la historia. Había en los patios rumor de fuentes, vuelo blando de mirlos y una brisa perfumada que te acariciaba el lóbulo de la oreja. El duque me señaló un banco de azulejos. «Ahí se sentaba la emperatriz Eugenia de Montijo, nuestra pariente», me dijo. A continuación le pregunté por el nombre de un árbol inmenso que yo

desconocía. Al comprobar que el duque tampoco lo sabía le dije: «Jesús, se ve que sabes mucho de blasones y campos de gules pero no tienes ni idea de agricultura». El duque me contestó: «Estás muy equivocado, querido, yo personalmente me ocupo de la exportación a Holanda de los espárragos que cultivamos en nuestra finca de Gelves».

En un saloncito con una luz tamizada en rosa a través de las buganvillas del patio había un pequeño tablado donde la duquesa Cayetana bailaba flamenco todos los días de doce a una. Había dos sillones con asiento de esparto. Uno era para Enrique el Cojo, un anciano bajito, gordo, con sonotone y cojo, como su propio nombre indica. Era maestro de flamenco. Según los entendidos, lo veías y parecía que te iba a vender una gamba, pero de pronto echaba a volar una paloma de cada mano y el duende te daba un pellizco en el corazón. La otra butaca era para el guitarrista que llamaban el Poeta. Allí se le daban clases todos los días a Cayetana. «¿La duquesa no monta en la feria?». El duque me contestó: «Hoy no. Tal vez mañana. Depende de cómo se levante. De pronto, a las doce decide que le apetece montar. Entonces vamos hasta allí en el tronco de mulas enjaezadas con los colores de la Casa de Alba, azul y amarillo. En la feria tiene los caballos a punto. Yo la sigo en el tronco por el real».

Jesús Aguirre me propuso que lo llamara a las once del día siguiente por si a la duquesa se le había antojado montar en el real de la feria. Desde un cafetín de la calle Sierpes volví a marcar el teléfono de palacio. La duquesa iba a montar. La salida de los duques de Alba hacia la feria estaba programada para una hora después. Era un rito precedido por carreras de criados ornamentados, de palafreneros mudos, con una gravedad humilde que dejaba ver cierto empaque. La duquesa Cayetana apareció vestida de sevillana con su niña Eugenia. En el patio había un equilibrio inestable debido al carácter de la duquesa que de pronto podía desembocar en una tempestad. La niña había desaparecido y la madre la reclamaba cada vez más nerviosa. Comprobé que Jesús Aguirre trataba de calmarla temiendo que yo presenciara la tormenta que lógicamente después contaría a los amigos. En ese momento se

presentó en el patio la marquesa de Saltillo y Jesús Aguirre la recibió con una exacta inclinación de bisagra entre la elegancia y el desparpajo. Apareció la niña Eugenia y de repente escampó. El tiro de mulas de muchísima raza, lleno de cascabeles, arrancó desde el patio de palacio, y en la calle esperaba el vecindario, con un silencio religioso, para ver pasar la comitiva, como si se tratara de la Macarena. Hacia la una de la tarde el real de la feria había entrado en calor, en medio de un perfume de jaca. Los caballeros con zahones, el puro en la boca, el sombrero oscureciéndoles una oreja, el puño en la raíz del muslo, cabalgaban con una moza en la grupa que les punteaba con los pechos la espalda arqueada y se abrían paso a galopadas entre el primer gentío. Había en el aire un erotismo muy ganadero de refajo sudado. A esta hora en la feria pasaban tiros de mulas enjaezadas con borlas y escarapela de seda con los colores heráldicos de la familia. A mi alrededor la gente preguntaba: «¿Quién es ése?». «Un Terry». «¿Y ése?». «Un Osborne». «¿Y ése?». «Un Medinaceli». «¿Y ése?». «Nadie». De pronto alguien exclamó: «¡Ahí vienen los duques de Alba!». Cayetana pasó montada en un caballo blanco con su hija Eugenia a la grupa y detrás venía Jesús Aguirre acompañado de la marquesa de Saltillo en el tronco de mulas enjaezadas con la escarapela de los Alba. Llevaba un puro en la mano y con él me saludó al tiempo en que me hizo un gesto para que me acercara. Hizo detener a las mulas. «Dile a Pradera que esta tarde iré a los toros a la Maestranza y que estaré sentado en barrera al lado del capitán general Merry Gordon, entre un Domecq y un Murube».

Hacía algún tiempo que lo había perdido de vista y sólo sabía de él por las revistas del corazón. Aquel día de la Feria de Abril en Sevilla tuve la sensación de que Jesús Aguirre había entrado en la primera fase de la locura, pero aún fue peor cuando le volví a encontrar seis o siete años más tarde. Al bajar del AVE en la estación de Santa Justa en Sevilla, coincidimos en el andén. Yo iba sin equipaje, puesto que debía volver a Madrid por la tarde después de una entrevista en Canal Sur. El duque se había apeado del vagón de club y llevaba una maleta en la mano. Le descubrí entre los pasajeros unos metros delante y comprobé que iba solo, sin guardaespaldas. Al verme,

antes de preguntarme nada, a modo de saludo escueto, me dijo: «Querido, llévame la maleta». Ante su mandato imperativo reaccioné con un automatismo más rápido que el del perro de Pavlov. Cogí la maleta del duque sin interponer pensamiento alguno entre su orden y mi acción. Imaginé que tal vez en mi ADN había genes de siervos de la gleba de los que yo no era consciente ni responsable. Cargado con su equipaje, caminé unos veinte pasos a su lado. En este breve trayecto me dijo: «He convencido a mi mujer para que compre un palacio en Venecia y lo ponga a mi nombre». En ese momento reaccioné: «Oye, capullo, carga con tu maleta porque yo no soy tu esclavo, a menos que me des un puesto de secretario en ese jodido palacio». Dejé el bulto en el suelo. El duque bajó un poco los humos y se quejó diciendo que tenía lumbago. Lo encontré notablemente envejecido. «¿Cómo es ese palacio?», le pregunté con la maleta otra vez en mi mano. «Todavía no lo sé —respondió el duque—. He aprendido veneciano. Tengo allí muchos amigos eruditos y anticuarios. En Venecia he escrito poemas y he redactado artículos a mi secretario. En un establecimiento de comidas hay una pasta blanca, con salmón troceado, que se llama "a la duquesa de Alba". Siempre tenemos la misma mesa reservada. Una vez nos invitó la reina madre de la pérfida Albión a tomar té con ginebra en el *Britannia.* Quiero que el palacio dé al Gran Canal». Al duque lo esperaba un mecánico. La verdad es que la maleta no pesaba demasiado. El duque se metió en un cochazo y se perdió en el laberinto sevillano hasta el palacio de Las Dueñas.

1996

Hacia el fin de la historia con gomina en el pelo y un jabalí en el maletero. El milenio se lleva en su escatología al héroe a Hades, la región de los muertos.

1996

Caían a su alrededor las hojas amarillas de los árboles amigos. Carlos Barral había pasado a mejor gloria en diciembre de 1989. Un mes después la guadaña de la muerte había volcado otra ficha de dominó: en enero de 1990 Jaime Gil de Biedma había rendido las armas de Eros a Tánatos. El sótano negro por donde había pasado Jesús Aguirre en lejanos días de fiesta había quedado olvidado bajo el lavado de cara que Barcelona se dio con los juegos olímpicos. El AVE había llegado a Sevilla sobre los fastos de la Exposición Universal y Aguirre fue nombrado comisario de no se sabe qué, sólo para que pudiera darse aire con un abanico blanco o negro según un lenguaje del siglo XVIII en que se había instalado. Lo manejaba desafiante para aventar los rumores disolutos que corrían en torno a su figura. «En Sevilla hace mucho calor», decía como única excusa.

Y pese a todo Aznar ganó las elecciones en 1996 a la brava por unos miles de votos. Los socialistas dijeron que se trataba de ir a casa a ducharse y volver al gobierno. No fue así. El Partido Popular había salido de su postración a principios de los noventa y comenzó a cabalgar a sus anchas a caballo del milenio. Otros jóvenes constituyeron un nuevo paisaje urbano. Llegaron los pijos. Estos vástagos felices comenzaron a hacer rodar en el dedo los llavines de coches de gran cilindrada en la puerta de las discotecas y entre los alevines de la derecha se puso de moda matar marranos en la finca, hablar de Bolsa, dar pelotazos con los bonos basura y llevar el todoterreno a misa los sábados por la tarde. Se acabaron las barbas hirsutas y el desaliño profético. Se desintegró la movida y se instauró la ropa de marca. Los bares comenzaron a llenarse de

jóvenes de pelo pegado con unos rizos lolailo-lailo en el pescuezo, la camisa abierta hasta el tercer botón, chaqueta de cachemira y vaqueros planchados, mocasines con borlitas y un par de másteres de cualquier universidad americana. En las fiestas todos acababan bailando *La Macarena*. A la hora del almuerzo bajaban de los despachos grupos de ejecutivos vestidos de negro Armani y se les veía cerrando negocios con el móvil en dirección al restaurante.

Aquel líder político, José María Aznar, por el que nadie habría apostado un duro si hubiera sido gallo, resultó ser un gallo de pelea con dos cuchillas de afeitar en los espolones. Había desarrollado sobremanera el gen del mando creando el terror entre sus propias huestes hasta trabar sólidamente al Partido Popular a su alrededor, y de esta forma lograría derribar con una agresividad política muy medida a Felipe González después de darle con un latiguillo una y otra vez en la ceja que traía partida por la corrupción, producto inexorable de tres mayorías absolutas.

La mayor parte de los españoles había nacido y crecido en democracia. Un millón y medio de nuevos votantes, esos jóvenes tatuados con mariposas, traspasada su carne con distintos imperdibles, rapados o con el pelo de cepillo mojado, se acercaron a las urnas por primera vez sin darse cuenta, tal vez, de que la libertad, ese oxígeno vital que respiraban, se les había regalado después de largos años de lucha. Pero por los sótanos de la juventud corría un viento de rebeldía que venía de lejos. La insumisión frente al servicio militar fue una de sus banderas y no cesó hasta conseguir su abolición. Javier Pradera tenía colgada en su despacho de *El País* una foto insólita. En ella se veía a Jesús Aguirre, duque de Alba, de pie muy firme montado en una tarima en medio de un descampado, y por delante desfilaba una compañía de la Legión con la cabra incluida que le presentaba armas.

¿Quiénes eran Dolores Ibárruri, Tierno Galván, Gutiérrez Mellado, Suárez o Tarradellas? Rostros y nombres de líderes, que un día llenaron las tribunas, carteles y páginas de periódicos durante la Transición, habían muerto o se los había tragado la historia. Los jóvenes ya no sabían nada de ellos. En las imágenes antiguas los políticos supervivientes de entonces que todavía estaban en activo

aparecían todos sin tripa, unos con aire montaraz, la barba negra y la melena tapándoles las orejas, con la pana dura o la trenca con capucha, otros con caras de empollón, finos y encorbatados, recién salidos de las oposiciones, pasados desde la burocracia a la política, de los despachos de abogados del Estado a los escaños del Congreso.

El duque de Alba había desaparecido de la vida pública. Una de sus características a lo largo de su vida consistía en cambiar de amigos sin previo aviso. De pronto dejaba de llamar por teléfono después de hacerlo todos los días y tampoco contestaba a ninguna llamada de sus amigos más íntimos. Tenía un espacio reservado en el que nunca dejó entrar a nadie. También había dejado de asistir a los consejos del diario *El País,* donde al final acudía a remolque y se adornaba con un chal, en zapatillas, se ponía en las rodillas una manta que llevaba estampado el escudo de la Casa de Alba y permanecía callado, ajeno a cualquier problema editorial, y así hasta que, después de varios requerimientos en que ni siquiera atendía al teléfono, Polanco le dio de baja. Pese a dar la sensación de que había conseguido todo lo que se había propuesto en este mundo, nunca parecía estar satisfecho. «Aguirre llevaba dentro otro ser extraño con el que nunca hizo las paces. Eso causaba en mí curiosidad y deseo de ayudarle», decía el cura Martín Patino.

Las nuevas camadas de la derecha fueron a votar a Aznar en un coche de renting, formadas por abuelos, padres e hijos, una tía monja y un bisabuelo en camilla con el gotero puesto. La hija acababa de llegar de una isla de la Polinesia donde había practicado submarinismo y el hijo becado en la Universidad de Arizona había venido de Estados Unidos sólo para meter una papeleta en la urna. Después la camada, todos guapos y felices, con las mangas del jersey anudadas en el pecho, tomaría el aperitivo en una terraza antes de almorzar en un famoso restaurante japonés y por la tarde el jefe de la familia se echaría la siesta y luego esperaría en su estudio el resultado de las elecciones mientras analizaba el proyecto de una nueva urbanización en la costa, de la que esperaba sacar una sustanciosa tajada que coronara definitivamente su espléndida madurez.

Aquella mañana de sábado, día de reflexión de las elecciones generales, tuve un encuentro inesperado que me devolvió gran parte de la memoria. Entré por casualidad en la librería Antonio Machado y allí, hojeando un libro en la mesa de novedades, estaba Vicki Lobo en compañía de un adolescente con cara de aburrido. La saludé con cierto rubor y durante unos segundos le analicé el fondo de la mirada, que es el lago donde se ahogan todos los sueños. Después de expresarnos la mutua sorpresa, decidimos tomar algo en el bar de la esquina. El antiguo pub de Santa Bárbara ya había desaparecido. La madera verde de su puerta estaba llena de telarañas. Pocos años después, aquel Bocaccio de nuestros primeros sueños de seducción progresista donde relampagueaba hasta la madrugada el ingenio de Benet, Hortelano, Savater, Juan Cueto, Ángel González, de tantos artistas, poetas, cineastas y escritores acabaría convertido en un prostíbulo. Habíamos envejecido cada uno a nuestra manera, eso era evidente, pero se veía que esta mujer ya no era aquella que apoyaba todas las causas perdidas sin dejar de cabalgar la noche más ácrata y roja para convertirse al final de su rebeldía innata en una concejala del PSOE. Bastaba con verla vestida de Valentino. Había dejado la política. Fue lo primero que me dijo. «¿Y tu galán, el héroe de las ondas?», le pregunté. «Un soplapollas, como sin duda pensarás, si lo ves en televisión. Espera que Aznar, si gana, le dé un cargo». Aquel intelectual de moda, ácrata trotskoerótico, ahora tenía la barba entrecana y el pelo teñido de negro azabache, las ojeras operadas y la papada también acuchillada, y de esta forma daba doctrina en tertulias de la televisión y de la radio donde liberaba toda la bilis negra contra Felipe González y los socialistas, como única obsesión.

Vicki había evolucionado. Eso era todo. Se había casado con un arquitecto que salió indemne en dos casos de corrupción de una promotora de Móstoles. «¿Y este niño tan guapo?». «Es mi hijo. Se llama Adán», me dijo. «Está bien. Veo que quieres empezar por el principio», le dije. Recordamos los viejos tiempos, aquella noche en el pub de Santa Bárbara cuando los guerrilleros de Cristo Rey rompieron el escaparate de la librería. «¿Sabías que aquel psiquiatra que quiso enseñarte a volar por los tejados de Madrid con un trip de

laboratorios Sandoz, de máxima calidad, se ha hecho musulmán y ha creado una comunidad en el Albaicín de Granada?». Vicki me preguntó sobre aquel famoso proyecto del libro de Azaña. Le conté que le había hecho una entrevista a Aznar y en su biblioteca tenía los cuatro tomos de sus obras completas, de la editorial Oasis, que su mujer le había comprado en el Rastro de segunda mano. Ahora Aznar citaba mucho a Azaña, a Cernuda, a Altolaguirre, con un desparpajo inaudito. «No escribí la biografía de Azaña con Aguirre en Taurus, en cambio Aguirre quiere que sea su biógrafo y así se lo ha dicho al rey de España», dije. «No lo harás. No cometerás esa torpeza, ¿verdad?», contestó Vicki. De pronto, guardamos silencio, ya no teníamos nada que decirnos, los dos con una sonrisa congelada. No le quise preguntar a quién iba a votar al día siguiente. Me dijo que tenía que volver a casa para darle de comer al perro, un rottweiler. Madrid se había vuelto muy peligroso. «Hay bandas de atracadores por todas partes. El rottweiler es un perro muy cariñoso con los amos. Me adora». Vivía en Aravaca, en una casa con piscina en forma de riñón y un Neptuno vomitando agua y dos mil metros de jardín y varios gnomos en el césped que segaba un jardinero boliviano. «Despídete de este señor, Adán. Este señor es escritor, ¿sabes?».

Comenzó a cundir el rumor de que Jesús Aguirre estaba enfermo o seriamente deprimido y entre los amigos se especulaba sobre qué clase de mal le había sobrevenido, pero un día todavía salió en televisión defendiendo muy engallado los derechos de unas tierras de la Casa de Alba que habían sido tomadas a la brava por los campesinos en un lugar de Extremadura. Las más de dos mil quinientas hectáreas de las dehesas Cabra Alta y Cabra Baja eran trabajadas por los agricultores de Zahínos y fueron expropiadas en 1990. Siguió un largo pleito. Al duque se le veía dispuesto como un latifundista tenaz a atajar aquel acto de rebeldía y a resistir cualquier presión de la justicia ante una chusma que había traspasado todos los límites, entendiendo como límites en este caso los lindes de su finca. «A la fuerza, nada», exclamó con el dedo amenazador. Su imagen fue asimilada a otros casos de expropiación forzosa junto a la figura del alcalde de Marinaleda, un resistente comunista frente a

la vieja oligarquía agraria. Para el duque eran debates mucho más toscos que los distingos escolásticos entre jesuitas y dominicos, más alambicados que las sutilezas teológicas de Karl Rahner, más profundos históricamente que el neomarxismo crítico de Walter Benjamin y sobre todo más agrios y con olor a ajo, pero ahí estaba ahora Jesús Aguirre entero en el papel de oligarca olivarero. Esos pecados no podía perdonarlos. Pese a ese rasgo de carácter, los rumores de su enfermedad persistieron.

Una de las últimas apariciones públicas de Jesús Aguirre en plan flamante, aunque ya un poco tocado, se produjo en una mañana de marzo de 1995, desde el hotel Alfonso XIII hasta la catedral de Sevilla, en donde entró por la puerta del Príncipe como invitado a la boda de la infanta Elena. Antiguamente, la estampa de la boda de una infanta ilustraba las páginas de *La Esfera* en una España de alpargata mísera, zaragatera y anarquista. El carruaje con la pareja de novios reales se abría paso en medio de un estofado de braceros y mayorales, mendigos y cesantes galdosianos, boteros pintados por Solana, toreros de naipe e intelectuales con caspa que bebían anís del Mono. En 1995 este personal había sido sustituido por financieros saltimbanquis, que cerraban los negocios sucios con el Motorola dentro del Mercedes para alimentar el cronicón de tribunales. Aquella mañana de primavera sevillana estos ejemplares desfilaron entre la curiosidad de un público que necesitaba con urgencia hartarse de confitura. Atravesando la inocente alegría de la gente llana pasaron grandes pavos con la cola abierta: unos debían la fama a su rostro; otros, a su apellido; algunos, al dinero; muchos, a un escándalo; varios, sólo a su chaqué o a su pamela. Había alguna oveja negra, y aunque en ese desfile previo se exhibieron varias rehalas de las mejores casas, muy pocos aristócratas se parecían a su caballo, como es de primera obligación. En este aspecto, los novios llevaban mucho adelantado. La infanta Elena había moldeado su rostro de aristas duras con un talante de picadero y, por su parte, Jaime de Marichalar tenía las facciones largas, de carácter equino, y esto era señal de mucha distinción. La infanta Elena se casaba con un segundón de provincias, con casona oscura en Soria, y una vez más, los obispos, una catedral, los

tafetanes, los candelabros, Mozart, Haendel y las mejores jacas jerezanas, la epístola de Pablo a los corintios, los grandes jeques de Arabia, el príncipe de Gales y otras estirpes europeas más o menos degeneradas, los fajines y las medallas habían venido a apuntalar el deterioro político de un país que ha perdido la fe en la moral del socialismo. En aquella boda se produjo un hecho singular. Cuando todos los invitados estaban ya sentados, las damas con pamelas llenas de frutas y verduras y los caballeros con el chaqué negro absoluto, se presentó el príncipe de Gales con el chaqué gris perla como correspondía a la etiqueta si la boda se celebra por la mañana, como era éste el caso. Vi por televisión la cara de pasmo que puso Jesús Aguirre cuando descubrió que el heredero de la corona británica era el único que iba bien vestido según el protocolo. Le pregunté días después cómo no había lucido también él un chaqué gris como el príncipe de Gales. Aguirre, el magnífico, me contestó: «Ese señor ignora que en Sevilla se creó en el siglo XVII la escuela tenebrista y por eso se luce el chaqué negro».

Rotos ya todos los puentes con los amigos, se dice que iba de palacio en palacio, hacía escapadas nocturnas embozado como Marcel Proust o el barón de Charlus en busca del tiempo perdido, y algún gacetillero de baja ley había escrito que el duque de Alba había sido cazado en dos redadas. A veces se le veía en la revista *Hola* con una sonrisa forzada en bodas y funerales, la mirada cada vez más perdida. Traté de llamarle algunas veces por teléfono pero no había forma de localizarlo. Estaba en el Milanesado o en la Toscana o en Venecia, o en Monterrey de Salamanca o en Las Dueñas de Sevilla, en Arbaizenea de San Sebastián, o en Marbella o en S'Aufabeguera de Ibiza. Lo imaginaba sentado en la terraza del hotel veneciano Gritti o en el Danieli, como Thomas Mann, siguiendo con la mirada a algún joven camarero, contemplando los palacios que se reflejaban en el Gran Canal. No sabía si había conseguido el sueño de fotografiarse con un gato en brazos en uno de aquellos palacios, puesto a su nombre en escritura pública, antes de que se hundiera en el cieno amarillo limón de la laguna. Pensaría tal vez en la escena de la playa del Lido en *Muerte en Venecia,* con el

adolescente Tadzio en la raya del agua elevando de espaldas el dedo índice, que era la señal con que se reconocían la sexualidad diferente Leonardo y Miguel Ángel. ¿Qué habría sido de aquel Enrique Ruano si no lo hubiera asesinado la policía de Franco? Sería hoy un famoso abogado, un empresario, de derechas o de izquierdas, o se habría perdido en el anonimato convertido en un viejo bronquítico con tripa. Sin duda, Jesús Aguirre recordaría sus cuitas con aquel joven dandi cuando era su confesor y aún hoy podría enumerar cada uno de sus pecados, los mismos pecados que había perdonado a toda una generación de progres bustelos, solanas, maravalles, en el confesonario de la iglesia de la Universitaria. También recordaría sus propias caídas. «De todos los pecados prefiero siempre los capitales, los mortales», había dicho. Su querida prima Mariluz, casada con un norteamericano, un tal Peter Besas, había muerto muy joven en Nueva York en 1962. No asistió a su primera misa. Le escribía cartas de amor a Cristo en las que vaciaba sus primeras dudas, sus primeros sueños. No siempre le fueron dulces los pecados precoces. Perdido en los salones de alguno de sus palacios, Jesús Aguirre también sería invadido por la memoria de su madre. Había pasado unos años recluida en una residencia de ancianos de la calle Cid, en Madrid. Nunca había ido a verla, ni siquiera cuando la operaron al quedarse casi ciega. Había muerto de cáncer en la clínica Ruber hacia la mitad de los años ochenta. Le llamaron del diario *El País* para poner una esquela, pero él se había negado. Quería que su muerte pasara inadvertida para la prensa. El médico Caba, que la había asistido en toda su enfermedad, le pasó una minuta de ciento diez mil pesetas. La mujer del médico, Anne-Marie, tuvo que ir a cobrarla directamente a Liria después de varios intentos inútiles. Ya con el sobre en la mano, fue despedida por la puerta de servicio.

En su memoria comenzaría a sonar aquella cascada de la Selva Negra con la pareja de corzos mirando cómo se bañaba con su amigo Hans. Las canciones tirolesas, el coro de las Valquirias, que acompañaban los estudios de Teología, la tesis sobre Ockham que nunca terminó. La chica muerta en los baños romanos de Baden-Baden, las clases de Guardini y su libro *El Señor* y de Ratzinger en

Múnich, la visita a Heidegger en Friburgo, del que se había vengado, cuando tomó conciencia, con un artículo en *El País* en el que le acusaba de haber sido colaborador de los nazis. «Ser uno mismo su futuro predecesor», le había aconsejado su maestro Söhngen. Pero pensaba, como Bernanos, que al final todo es gracia. La muerte. Tenía noticias de que su amigo el escritor Juan García Hortelano había desarrollado un cáncer de pulmón y que estaba sentenciado. A la sombra de tapices gobelinos donde se establecían escenas galantes le venían a la memoria sus amigos de Santander, sus primeros versos eróticos que escribió pensando en su querida prima o en aquel compañero del colegio Lasalle, y después la sensación de su nuez de adolescente que le bailaba en el alzacuello clerical. Pepe Hierro. Julio Maruri. Ricardo Gullón. El padre Federico Sopeña. Matías Cortés. Pío Cabanillas. Aranguren. Laín. Juana Mordó. Javier Pradera. La tenista Lilí Álvarez. Gil de Biedma. Carlos Barral. Juan Benet. Pancho Pérez. Pedrusco Díez. Jaime Fierro. Hortelano. Clemente Auger. La hermosa plática que pronunció en su primera misa en la Universitaria el pensador Francisco Pérez. Un desfile de vivos y muertos pasó por su imaginación aquella tarde aciaga en que esperaba en una salita privada de la clínica La Luz a que le dieran el resultado de una biopsia.

Una enfermera le hizo pasar al despacho del director del servicio de oncología. Se sentó frente a él en un sillón negro, alto, muy cómodo. Con un rigor en el rostro que no presagiaba nada bueno, mientras abría el sobre de la analítica el doctor trató de calmarlo de su ansiedad con palabras rituales, amables, sosegadas, pero eso no fue obstáculo para que con el mismo tono de voz le manifestara sin ninguna reserva aunque con palabras técnicas incomprensibles, neoplasia o algo así, el mal que tenía en la laringe. «¿Eso qué significa, doctor?», preguntó Aguirre con una angustia que ya no daba lugar a ironías. «Eso significa que has desarrollado un cáncer y que está en su fase más aguda. Pero eso no significa que te vayas a morir. Hoy la medicina está muy avanzada. Nos vamos a cruzar con ese demonio en unas sesiones de quimio y de radioterapia. Te pondrás bien. Ya verás», contestó el doctor. «¿Un cáncer a mí, decimoctavo duque de Alba, un cáncer a mí, Jesús Aguirre? ¿Un

cáncer a mí, que fui un elegido de Dios? ¿Voy a perder el pelo?». «No necesariamente», dijo el doctor.

Se puso a llorar, como todos. Lloraba por nada. Al oír música, al ver que el perro le lamía los zapatos, al sentir cualquier perfume que le llevaba a fiestas lejanas, al respirar el aire del jardín del palacio, al contemplar la foto de Aranguren y de Enrique Ruano en su gabinete, al leer cualquier verso. Lloraba. Lloraba. El 26 de enero de 2001, un parte médico de la clínica La Luz informó de que Jesús Aguirre se encontraba ingresado allí desde la semana anterior para recibir un tratamiento oncológico por un carcinoma de laringe localizado. Para estas sesiones de radioterapia tenía que guardar turno en un pequeño salón, pero tratando de ser el primero y de no cruzarse con nadie en los pasillos del hospital, llegaba siempre a las ocho de la mañana embozado con gafas negras, el cuello de la gabardina subido hasta las orejas y el ala del sombrero doblada hacia las cejas, pero un día se encontró con que en la sala ya esperaba un paciente misterioso, quien al verlo entrar le dijo: «Señor duque, bienvenido a Hades, la región de los muertos». La fiesta había acabado. Poco después supo que Juan Benet tenía un cáncer en el cerebro y trataba de operarse en Suecia, un país donde suelen dar el Premio Nobel.

A caballo del segundo milenio de esta era cristiana llegaban bandadas de grajos radioactivos y pasaban bajos por encima del palacio de Liria. José María Aznar había ganado otras elecciones generales, esta vez con mayoría absoluta. Poco después casó a su hija en el monasterio de El Escorial y por la gran explanada de granito desfiló la nueva corte de los milagros. Muchos de aquellos invitados estaban en busca y captura, unos de la justicia y otros de su propia conciencia. Aznar había entrado en una fase de locura personal desde el momento en que, fumándose un puro, puso las patas en la mesa del amo del imperio George Bush, y en compensación el amo del imperio George Bush puso sobre el hombro de Aznar su garra de tigre en las Azores.

Aquel primer atentado de la Yihad Islámica en el merendero El Descanso acaecido días antes de que Jesús Aguirre, decimoctavo duque de Alba, me nombrara su biógrafo ante el rey de España, en

el claustro de la Universidad de Alcalá, tuvo una réplica feroz, como sucede en los movimientos sísmicos que nacen del fondo de la tierra. El odio islámico había reventado después de los años en la espantosa tragedia de la estación de Atocha, que entre otros muchos cadáveres también se llevó al Gobierno de Aznar por los aires. Y en esto volvieron al poder los socialistas.

Las postrimerías consistían en pedir confesión, y nadie sabe si en la soledad del palacio de Liria, al oír detrás muy cerca los pasos de la Dama Blanca, ahogados por alfombras y tapices, Jesús Aguirre pidió un sacerdote para vaciarse de todo el terror. Puede que desde una ventana de palacio contemplara las nuevas rosas que habían florecido en las tapias, el ruido que producía la ciudad, las trompetas del Juicio Final que no eran sino los alaridos de las ambulancias y de los bomberos. La primavera estaba reventando en todas las acacias. ¡Cuánto tarda en morir el día! Fueron las mismas palabras que había pronunciado su amigo Enrique Ruano ante una puesta de sol infinita.

Una de aquellas ambulancias cuyo lamento oía Jesús Aguirre desde su lecho de agonizante se detuvo bajo los leones mesopotámicos de la cancela de Liria. Había sido llamada con urgencia por el duque de Huéscar, pero ya era demasiado tarde. En una habitación de palacio rodeado de óleos de Tiziano y de bombonas de oxígeno, con un libro de Goethe entre frascos de medicinas en la mesilla de noche, bajo el denso perfume de láudano, su último incienso, expiró el decimoctavo duque de Alba, el 11 de mayo de 2001, a las cinco en punto de la tarde, cuando otros aristócratas y terratenientes amigos ocupaban la barrera de las Ventas en la tercera corrida de abono de la feria de San Isidro. La causa directa de su muerte fue una embolia pulmonar, prueba de que, tal vez, había una enfermedad vírica soterrada. Cayetana se encontraba en Sevilla entregando un premio a Curro Romero. Murió solo y el llanto de la ambulancia, su única plañidera, fue lo último que oyó Aguirre, el magnífico en este mundo. También cantaban los pájaros en los álamos de palacio excitados por el calor de una primavera ya rabiosa. El agonizante no pronunció ninguna frase para la historia. Después sonó Mozart para ilustrar la capilla ardiente, instalada en Liria, por donde desfilaron los amigos de su juventud,

aquellos que compartieron con él los sueños del amor a la inteligencia, pero no llegaron todos. Unos habían muerto, otros se encontraban en paradero desconocido. Jesús Aguirre fue enterrado al día siguiente en el panteón que la Casa de Alba posee en el convento de las madres dominicas en el pueblo de Loeches, a veintiocho kilómetros de Madrid. Allí consiguió escalar finalmente el héroe un gran sarcófago de mármol por cuya conquista luchó toda su vida.

El azar de la mujer rubia

Prefacio

Alejandro no murió en Babilonia a los treinta y tres años. Se apartó de su ejército y vagó por desiertos y selvas. Un día divisó una claridad. Esa claridad era la de una fogata. La rodeaban guerreros de tez amarilla y ojos oblicuos. No lo reconocieron, pero le dieron acogida. Como esencialmente era un soldado, participó en batallas en una geografía del todo ignorada por él. Era un soldado: no le importaban las causas y estaba listo a morir. Pasaron los años, él se había olvidado de todo y llegó un día en que se pagó a la tropa y entre las monedas había una que lo inquietó. La retuvo en la palma de la mano y dijo: «Eres un hombre viejo; ésta es la medalla que hice acuñar para la victoria de Arbela cuando yo era Alejandro de Macedonia». Recobró en ese momento su pasado y volvió a ser un mercenario tártaro o chino o lo que fuere.

J. L. BORGES & ROBERT GRAVES

El héroe sin memoria

El héroe sin memoria penetra en el bosque lácteo con el Toisón de Oro colgado del cuello.

El 17 de julio del año 1936, a las cinco de la tarde, que en España es la hora de matar reses bravas, se levantaron los militares en África para derribar a la II República y reponer a la Monarquía. El fracaso del alzamiento dio origen a la guerra civil. Alfonso XIII, desde su exilio en el Gran Hotel de Roma, contribuyó con un millón de pesetas para la causa. Su hijo, el joven don Juan de Borbón, se ofreció voluntario para pelear contra otros españoles en el bando nacional, un deseo que no pudo cumplir por la expresa negativa de Franco. «Ése aquí no hará más que enredar». Franco jugó con una baraja que acabaría con todas las cartas manchadas de sangre. Cuando se inició aquella gran corrida, Adolfo Suárez tenía cuatro años. Don Juan Carlos estaba a punto de llegar a este mundo. La mujer rubia lo haría poco después. Con estos tres personajes, con un príncipe que partía ladrillos con la mano, con un simpático político de billar y con una mujer rubia malherida, la historia formó un triángulo, dentro del cual echó los dados el azar, principio y final de este relato.

Setenta y dos años después, el 17 de julio de 2008, a la misma hora, cinco de la tarde, que en España también es la hora de la siesta de baba con una mosca vibrando en el cristal, el rey don Juan Carlos visitó a Adolfo Suárez en su casa de la Colonia de La Florida, en las afueras de Madrid, para entregarle el Collar de la Insigne Orden del Toisón de Oro, la condecoración de más alto rango, sin duda muy merecida por los servicios que este hombre había prestado a la corona. De aquella visita queda un testimonio gráfico, en cierto modo patético. El hijo de Suárez sacó una foto familiar de ambos personajes de espaldas, mientras paseaban por el jardín de la mansión. En la imagen se ve al monarca en actitud afectuosa con el brazo sobre el hombro del político, el primer presidente del Gobierno de la democracia. Parecía uno de esos paseos que se dan después del orujo al final de una larga sobremesa. «Vamos a estirar

un poco las piernas», se dice en estos casos, aunque en realidad el rey estaba guiando a Adolfo Suárez de forma amigable, pero inexorablemente, hacia la niebla de un bosque lleno de espectros del pasado bajo una claridad cenital, que se extendía sobre las copas de los pinos y las ramas de los abetos.

Adolfo Suárez había perdido la memoria. En ese momento incluso ignoraba su propio nombre. Tampoco sabía que esa persona que lo conducía hacia un destino incierto, protegiéndolo y al mismo tiempo aferrándolo con el brazo, era el rey de España. Adolfo Suárez no reconocía aquella voz, de la que había recibido tantas cuitas en tiempos pasados, ni podía responder a las preguntas que posiblemente le haría el monarca con su habitual desparpajo para distraerle durante el breve paseo por el jardín, que no serían sino comentarios banales para pasar el rato.

Probablemente el rey pudo recordarle aquel cochinillo asado que tomaron un día ya muy lejano en Casa Cándido, en Segovia, cuando él era príncipe y Adolfo Suárez, el joven gobernador de la provincia. Coronado con el gorro de cocinero y un delantal blanco hasta las canillas, Cándido apareció en el comedor, armado con un plato de cerámica de Talavera con el que comenzó a partir de forma muy violenta y sanguínea las costillas de aquel puerquito espatarrado dentro de la larga cazuela de barro con un perejil en la boca. Luego estrelló el plato contra el suelo, como final de un rito salvaje. Suárez no se acordaba, pero en ese momento pasó volando la mariposa del efecto mariposa: fue en ese almuerzo cuando estos dos personajes juntaron sus carcajadas por primera vez e hicieron chocar en el aire el vaso de vino. A la mariposa le bastó este hecho para torcer el curso de la historia. Lo más seguro es que Suárez pagara el almuerzo a cuenta del presupuesto y que la casa invitara a las copas. El príncipe no llevaba ni blanca. El caudillo apenas le daba para la gasolina de la moto.

Durante el paseo por el jardín de La Florida pudo salir también a relucir aquella tragedia de Los Ángeles de San Rafael, cuando se hundió la primera planta de un restaurante con quinientos comensales y Suárez rescató a muchos heridos bajo los escombros con sus propias manos. Más allá del cochinillo asado, sin duda a

Juan Carlos el nombre de este gobernador Suárez se le quedó definitivamente grabado en la memoria por este lance. La nada es blanca. Suárez tampoco se acordaba de aquella hazaña ni de las correrías que realizaba con el príncipe. «Coño, Adolfo, tienes que acordarte de aquellas aventuras». En aquel tiempo Juan Carlos se enmascaraba bajo el casco de la moto de gran cilindrada, enfilaba la carretera de La Coruña a ciento ochenta por hora y se iba a ver a su amigo, que le descubría refugios y ventorrillos por la sierra de Gredos, donde se comía una excelente tortilla de patatas y una cuajada de primera calidad; después, sobre una mesa tocinera, ambos jugaban de pareja al mus contra el que se pusiera por delante, el propio ventero o cualquier arriero que pasara por allí, incluido algún gitano si se terciaba. También practicaban motocross por las trochas del Guadarrama y puede que Suárez le señalara al príncipe algunos rincones secretos para algún encuentro furtivo en el caso de que los necesitara. Fueron escapadas que sellaron una amistad. En el mus Suárez era roqueño, pero en todo lo demás, a los chinos, a las siete y media o si les daba por echar un pulso, el gobernador se dejaba ganar por el príncipe. Si Franco no le daba una peseta para gasolina, tampoco nadie daba un duro por su futuro político. Salvo Suárez.

En la conversación de aquella tarde en el jardín de La Florida, pudo pronunciarse también el nombre de Carmen Díez de Rivera, aquella rubia de ojos azules rasgados que el príncipe recomendó a Suárez como secretaria cuando le nombraron director de televisión. Ese nombre produciría, sin duda, un silencio embarazoso, porque Suárez siempre sonreía con labios muy blandos cuando lo oía en boca de alguien. En algunas ocasiones la niebla de su memoria se iluminaba con la ráfaga de aquella joven de ojos acuáticos. La veía huyendo como una corza malherida con un doble dardo, perseguida por dos cazadores hasta el soto del valle; puede que aquella tarde dentro del cerebro de Suárez sonara una carcajada explosiva, muy borbónica, que procedía de muy lejos, seguida de una voz hueca dentro de una campana neumática. «Todo el mundo decía que era tu amante. Confiesa, ¿te la llevaste a la cama?». En la desmemoria

de Adolfo Suárez aquella voz volvió a tomar el tono de una lejana confidencia que, tal vez, había oído o soñado un día.

El rey pudo contarle un hecho que nunca se había atrevido a reconocer ante nadie. La tarde del 3 de julio de 1976 había nombrado presidente del Gobierno a Suárez gracias a aquella chica rubia, la hija de los Llanzol, de la que todo el mundo estaba enamorado. Sólo algunos conocían su enredo familiar, todo un melodrama, que daba para un intenso culebrón. Pero España tenía mucho que agradecer al azar de aquella chica rubia, que se cruzó en la vida del príncipe y de Suárez, aunque nadie la tomó en serio porque era demasiado guapa. Cuando la imagen de aquella mujer se apoderaba de su mente perdida, Suárez comenzaba a balbucir la melodía de una canción, que en los buenos tiempos sonaba en el altavoz de la piscina El Lago de Madrid.

Puede que la historia no esté bien explicada en este caso. No fue Fernández Miranda, sino Carmen Díez de Rivera, la que desplegó todas sus artimañas, que no eran pocas, ante su amigo íntimo el rey Juan Carlos para que los miembros del Consejo del Reino incluyeran a Suárez en la terna de candidatos a la presidencia del Gobierno, junto a López Bravo y Silva Muñoz. Unos días antes el rey se encontró con Areilza, conde de Motrico, y le dijo: «José María, cuento contigo». «Gracias, majestad», respondió Motrico con una gloria anticipada en los ojos. Pensó que lo iba a nombrar presidente del Gobierno. Aquella tarde Areilza abrió varias botellas de Moët & Chandon en su residencia de Aravaca rodeado de un grupo de amigos para celebrar por anticipado el pretendido y acariciado nombramiento. Sacó los ternos, los entorchados, el fajín, el chaqué, los tafetanes y el cuello duro del armario. Sus partidarios lo felicitaban de antemano, le reían las gracias, le pedían cargos, de hecho esa misma tarde Areilza comenzó a nombrar ministros, pero ninguno de ellos había interpretado bien las palabras del monarca. No sabían que, si un rey te dice que cuenta contigo, es para algo desagradable y espera tu fidelidad, tu lealtad en un momento amargo. En el chalé de Aravaca sonó el teléfono. Un espíritu burlón comunicó la noticia a todos los allegados cuando tenían la copa de champán en el aire. «Oíd bien esto, amigos, aunque suene a

disparate. El rey acaba de nombrar a Suárez presidente del Gobierno». Todos cayeron desplomados en los sillones.

Antes de penetrar en el bosque lácteo de su cerebro, el rey, con el brazo en el hombro de Suárez, pudo decirle: «Te elegí a ti, ¿no recuerdas? Si fuiste presidente del Gobierno, se lo debes al empeño personal de aquella chica rubia que te recomendé. Los grandes cambios de la historia se escriben a veces en un ala de mariposa. Haz memoria. Tú has sido presidente del Gobierno de España. Un día tuve que prescindir de ti, aunque te jugaste el pellejo como un héroe ante los militares golpistas, pero te hice duque, no te puedes quejar». Suárez no se acordaba, aunque en la niebla de su memoria, si el rey pronunció estas palabras, esta vez también sonaría aquella lejana canción superpuesta al rostro de una chica rubia con una toca de monja que caminaba por el claustro del convento de clausura de las carmelitas descalzas de Arenas de San Pedro. A menudo esa imagen le abrasaba el cerebro. A esa chica rubia, unas veces la veía de misionera o de cooperante en un poblado del África negra y otras estaba tendida con un bañador de flores amarillas en una tumbona en la piscina El Lago de Madrid o en la cubierta de un velero en aguas de Mallorca. Suárez comenzó a tararear para sí: «Cuando calienta el sol aquí en la playa, siento mi cuerpo vibrar cerca de ti». Siempre lo hacía de forma inconsciente cuando pensaba en ella. Era su canción. La canturreaba también ahora mientras el rey de España lo conducía hacia el bosque. De pronto dejó de cantar. «Veo que cojeas un poco, amigo», dijo Suárez. «He hecho tantas animaladas en mi vida, querido Adolfo, que tengo los huesos hechos polvo», le contestó el rey.

Durante el paseo por el jardín, Adolfo Suárez, en todo caso, sólo tuvo impresiones sensoriales, que después de atravesar su mente se diluían al instante fragmentadas en la niebla de su memoria perdida: este señor que camina a mi lado me quiere, pone la mano en mi hombro, lleva un anillo de oro en el dedo meñique, cojea un poco, me gustan sus zapatos, huele a colonia de lavanda, me habla de un cochinillo asado, de una chica rubia, de sus huesos rotos, de una partida de mus, no para de hablar, me aturden tantas palabras. Este

señor tan amable me acaba de regalar un collar con varias chapas de oro.

Ambos, el rey y Suárez, se detuvieron en el límite del jardín de la mansión bajo un abeto, que recogía el último sol de aquella tarde; el monarca le dio un abrazo pero antes de que lo empujara suavemente hacia el interior del bosque, Suárez se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel con un mensaje escrito. Se lo mostró al rey, quien lo leyó con una sonrisa. A continuación quiso comparar la calidad de los zapatos que llevaba aquel desconocido con la de los suyos. Puso los pies junto a los del monarca y exclamó: «Mis zapatos son más bonitos que los tuyos». Luego comenzó a caminar solo por un sendero que se bifurcaba sucesivamente en los vericuetos de su mente perdida. De pronto volvió el rostro hacia el monarca y le dijo: «No te conozco, no sé quién eres, pero creo que te quiero». Y continuó caminando. No se sabe el tiempo que pasó desde que el rey lo hubiera abandonado.

En el momento en que Suárez fue fusilado

En el momento en que Suárez fue fusilado al amanecer no dejaron por eso de cantar los pájaros.

Durante un tiempo Adolfo Suárez creyó que había sido fusilado. En mitad de la travesía del bosque lácteo, Suárez un día vio pasar algunos camiones del Ejército cargados de gente de paisano con las manos atadas a la espalda y el terror grabado en los rostros. Sobre el estruendo de los motores emergían lamentos, llantos y blasfemias. Desde el fondo de un barranco, a través del ramaje abrupto le llegó un sonido de descargas de fusil precedidas de últimos alaridos. Los disparos, no muy lejanos, se producían con una cadencia precisa, seguidos de un silencio y poco después sonaban varios tiros separados, tac, tac, tac, y así sucesivamente, que eran tiros opacos de gracia, aunque él no lo sabía. No obstante los pájaros seguían cantando. Cantaban los mirlos, se desgañitaban las urracas, también seguían bullendo todos los bichos e insectos de un bosque cualquiera como si no pasara nada.

A la salida del sol, en un claro, Suárez divisó a un pelotón de soldados sentados alrededor de una fogata que comían sardinas de lata y se pasaban una bota de vino. Eran nueve y cada uno llevaba un mosquetón cruzado sobre las rodillas. Su mente difusa logró discernir que aquellos soldados estaban al mando de un sargento, quien le dio el alto con voz muy autoritaria, llena de aguardiente, puesto que tenía en una mano una pistola y en la otra una botella de anís del Mono. Nadie le pidió que se identificara; todos sabían de sobra quién era. El sargento dijo: «Aquí llega el galán. Por su culpa España se ha cubierto de mierda y a nosotros nos toca limpiarla. Anda, ven para acá, que te vamos a hacer un regalo. Vas a pasar a la historia a cambio de diez gramos de plomo». Uno de los soldados lo agarró del brazo y lo condujo con determinación hacia el tronco de un árbol. Le ató las manos a la espalda y mientras esto hacía, le dijo: «El sargento hoy está de buenas y te concede la gracia de morir con los ojos tapados». Sin esperar respuesta, el soldado le cubrió el rostro con un retal de esparto, que estaba empañado con

las lágrimas de cuantos le habían precedido en la suerte, y esa súbita oscuridad hizo que Suárez se acordara de que era el presidente del Gobierno derrocado por unos golpistas.

El sargento mandó formar al pelotón y se dispuso a dar las órdenes de rigor: «¡Preparados!, ¡carguen!, ¡apunten!…», pero antes de pronunciar la palabra «¡fuego!», el presidente Suárez tuvo un pensamiento para ella. Alta, esbelta, rubia, transparente, con los ojos plateados llenos de luz, así vio en ese momento supremo a Carmen Díez de Rivera. Luego le bastó un segundo más para verse a sí mismo como un derrotado al que iban a pasar por las armas.

Pero fuera del enredo de su memoria las cosas habían sucedido de otro modo, que Suárez ya no recordaba sino en tinieblas. Estaba en la cabecera del banco azul en el Congreso de los Diputados la tarde del 23 de febrero de 1981 cuando entró en el hemiciclo un teniente coronel al mando de un centenar de guardias civiles con la guerrera despechugada transportados por autobuses La Sepulvedana con las cortinillas corridas. Oyó los gritos: «¡Quieto todo el mundo! ¡Al suelo!, ¡Al suelo!», gritos que ya se habían incorporado al subconsciente colectivo de toda España. El teniente coronel Tejero se había encaramado en el estrado de la presidencia con una pistola, que le llenaba toda la mano, y luego comenzaron a sonar tiros, ráfagas de metralletas, «¡Al suelo!, ¡al suelo!», repetían otros guardias, y como presidente del Gobierno, mientras todos los diputados, excepto Santiago Carrillo, ligeramente escorado contra el antebrazo de su asiento, daban con la tripa en la alfombra bajo los escaños, él tuvo que jugarse el pellejo al salir del banco azul a proteger al teniente general Gutiérrez Mellado, zarandeado por el teniente coronel, un acto de heroísmo por el cual la historia le recompensó con un vídeo que después sería todo su patrimonio. «Al suelo, nunca —pensó Suárez en ese momento—, el hombre ha tardado dos millones de años en ponerse de pie para que venga ahora un demente hijo de puta y nos obligue a ir otra vez a cuatro patas. Yo no, por mis cojones». Su arrojo no le sirvió de nada. Lo sacaron del hemiciclo de madrugada y lo encerraron a solas en una estancia del Congreso hasta la salida del sol.

Gutiérrez Mellado era el único general en la historia a quien la buena estrella había concedido el privilegio de exhibir en directo ante las cámaras su gallardía. A los generales no se les exige arrojo personal, sino talento táctico que deben demostrar sobre los mapas desplegados en los tableros del Alto Estado Mayor cuando traman la estrategia de una batalla. El heroísmo militar se produce en las trincheras, en las campas, en los barrancos donde no llegan los corresponsales de guerra. Pero Gutiérrez Mellado tuvo la suerte de demostrar su coraje en directo ante las cámaras de televisión, hasta el punto de que su gesto de valor se convertiría en un bien de consumo el día de mañana. En un tiempo de pollinos electrónicos, cuya filosofía existencial se reduce a un cúmulo de imágenes, dígitos, marbetes, diseños, envases y marcas, los telespectadores podrían contemplar en la pantalla, entre una catarata de perfumes, licores, refrescos y jabones activos, un bello gesto de arrojo personal, apto para el consumo.

Aquel vídeo del 23 de febrero era ya un pliego de cordel o un cantar de ciego, que se repetía en todas las ferias, pero Suárez lo ignoraba. A partir del momento en que un milico lo sacó del hemiciclo del Congreso, había perdido la memoria. Pero si ahora lo iban a fusilar, no había duda, es que el golpe había triunfado. En el bosque donde se había perdido creyó recordar que, a una hora incierta de la madrugada, irrumpió en la carrera de San Jerónimo una compañía de la División Acorazada al frente de varios carros de combate para detener al loco de Tejero, un guardia civil descerebrado que había puesto el Estado patas arriba. Se trataba de restablecer el orden, como así fue. El teniente coronel Antonio Tejero, el causante de la asonada, había sido detenido y encarcelado en un castillo militar. El Ejército había acudido al Congreso a salvar a la democracia y se había quedado en el poder, como el bombero que después de apagar el fuego se autoinvita a cenar, luego exige dormir en la cama del amo de casa, pide el desayuno por la mañana y así sucesivamente hasta cuarenta años más. De esta forma se había establecido una nueva dictadura, con la promesa de convocar elecciones en un tiempo indeterminado. Los telediarios y boletines informativos de la radio no hacían sino repetir cada hora un bando

copiado del que pronunciaron los conjurados el 17 de julio de 1936, que también se levantaron con el pretexto de defender a la República frente al desorden. En aquella ocasión el asesinato de Calvo Sotelo les fue servido en bandeja. Esta vez la estratagema militar del golpe también había funcionado. Tejero sólo era un patriota demente que había sido lanzado como cebo en medio de la pista de un circo para ser devorado por las fieras, por los propios militares, una excusa para levantarse y apoderarse del Estado. ¿Quién le había impulsado desde la sombra a cometer esa locura? Ése sería un tema para grandes tesis doctorales el día de mañana. Mientras Tejero estuvo preso, sus partidarios acudieron a la cárcel a ofrecerle dádivas, vino de Rioja, empanadas, jamones, enseñas de la patria, vírgenes del Pilar, Quijotes de madera, banderillas y estoques de torero. Después de un juicio somero lo mandaron a un exilio de lujo a Argentina, donde regentaba un restaurante de asados.

En la mente de Suárez siguió un periodo de confusión y poco después oyó gritar: «¡Fuego!», en medio del bosque. El pelotón descargó el plomo de sus mosquetones y en lugar de caer acribillado, Suárez se sintió liberado de las ataduras; el sargento le dio una palmada en la espalda y le mandó que siguiera camino. «Adelante, amigo, a partir de ahora arréglatelas como puedas, tuya es la historia», le dijo. Cuando le cayó la venda de los ojos al suelo, se sorprendió al no ver a nadie a su alrededor; comenzó a caminar, cosa que hizo con catorce agujeros en el cuerpo como medallas chorreando sangre, que diría un mal poeta, aunque el impacto de los catorce proyectiles, después de atravesar su carne, había formado el escudo heráldico del Toisón en el tronco de aquel alcornoque contra el que había sido pasado por las armas y donde sólo había un perro lobo ahorcado. Hubo un hecho extraño. Con la descarga, los pájaros ni siquiera enmudecieron, como suele suceder siempre ante las descargas de los fusileros, y Suárez caminó atravesando la algarabía de todas las aves que habían enloquecido en el bosque.

Poco después, indemne y con la memoria perdida, se encontró sentado a la orilla de un río en cuyo remanso se reflejaba el Toisón que llevaba colgado del cuello. Las catorce chapas brillaban sobremanera en el espejo del agua. A su alrededor había desechos

podridos de una fiesta campestre que pudo haberse celebrado allí hace muchos años, envases de helados, matasuegras, botellas de Coca-Cola y tetrabriks de vino Don Simón, troncos chamuscados, parrillas oxidadas donde pudieron asarse chorizos y sardinas. Se sorprendió al ver entre otros despojos lo que parecía ser el rabo de un demonio, según lo dibujaban los cuentos de terror religioso: un apéndice peludo de más de medio metro rematado en forma de flecha. Alguien lo había cortado de raíz o se había desprendido por sí mismo de la rabadilla de su propietario. A Suárez le asaltó la imagen de su amigo Santiago Carrillo. Recordó que entonces se decía que Carrillo tenía rabo como el demonio. Puede que lo hubiera perdido en aquella fiesta. Entre otros papeles fermentados también había un periódico, con fecha 2 de marzo de 1981, veintitantos años atrasado, en cuya primera página, en grandes titulares, Suárez a duras penas pudo leer:

EL EJÉRCITO SE HACE CON TODOS LOS RESORTES DEL ESTADO. EL ORDEN REINA EN LAS CALLES DE TODO EL PAÍS

El poder no lo ostentaba Milans del Bosch ni el general Armada. Al parecer, en medio de la confusión de última hora, en la noche de la asonada, ambos generales se habían neutralizado mutuamente por la propia ambición y sus espadas se cruzaron. Armada había jugado a dos paños, uno a favor de un golpe de timón con el supuesto consentimiento del rey, y otro calentándole la cabeza a Milans con un pronunciamiento militar en toda regla para controlar un golpe muy duro programado en los cuarteles por una facción de coroneles y comandantes. En ambos paños Armada se ofrecía como solución intermedia, pero a última hora le faltó cintura, su juego quedó al descubierto y un coronel anónimo, que emergió de la oscuridad del cuartel de Campamento unos días después, había aprovechado una coyuntura de vacío de mando, se había apoderado de todos los resortes del Estado y había instalado un régimen autoritario. Era el nuevo dictador. Su rostro estaba en todas las vallas, periódicos y noticieros.

En ese diario enmohecido Adolfo Suárez pudo leer con todo pormenor la forma en que tanto él como Santiago Carrillo y Gutiérrez Mellado habían sido pasados por las armas. En cambio, no se daba noticia de otros políticos encarcelados ni del aluvión de demócratas cazados de madrugada en sus casas o en sus guaridas, que llenaban las gradas del estadio Vicente Calderón a la espera del destino aciago de un juicio sumarísimo, ni de las matanzas que había perpetrado en Valencia, en Barcelona y en el País Vasco un grupo que se autodenominaba Nuevo Amanecer. En el periódico tampoco se daba ninguna noticia del paradero del rey. Se suponía que había volado a Londres con toda la familia.

De todas formas, sucedía algo extraño con la lectura del periódico. La opinión pública parecía estar dividida. Unos creían que el golpe de Estado había triunfado, otros lo negaban, según el criterio con que cada uno leía las noticias y las aplicaba a su vida. A simple vista la democracia seguía como si no hubiera pasado nada, la libertad formal continuaba, la gente seguía yendo a El Corte Inglés y a Benidorm, de hecho el nuevo presidente se llamaba Calvo-Sotelo, pero en otro sentido el miedo se había apoderado de la sociedad, los políticos se sentían vigilados y llenos de terror, aunque seguían vivos y ocupaban sus escaños del Congreso como antes. En la mente de Adolfo Suárez a veces aparecían figuras, sombras, sonidos, palabras, sensaciones inmediatas, siluetas lejanas. En el periódico había leído una extraña historia que Suárez creyó que él mismo había vivido. Era un cuento de domingo escrito por un autor de moda.

Hubo un famoso líder político que había conquistado grandes espacios de libertad para su patria hasta que fue derrotado en una asonada memorable en la que él, pese a la mala suerte, se comportó como un héroe. Su partido, diezmado, se disolvió en desbandada y el famoso líder se perdió en un bosque. Pasaron muchos años. El hombre, expuesto al azar de la vida, había tenido otras experiencias, no menos excitantes, antes de convertirse en un líder político. Fue marinero de fortuna y recaló en muchos puertos; fue mercader y comerció con piedras preciosas y perfumes; fue guía de caravanas de camellos por el desierto y un día se puso al servicio de un rey, gracias a una doncella de la corte a la que había enamorado.

Después de servirlo con lealtad probada, el monarca lo nombró ministro de Las Llaves de la Alcoba Real y le concedió un título de nobleza e incluso mandó acuñar una moneda de cobre con el perfil de su efigie. La mala fortuna quiso que cayera en desgracia por la conspiración de otros cortesanos movidos por la ambición y la envidia por considerarlo un advenedizo. También aquella doncella de increíble belleza lo había abandonado. A partir de ese momento, sin nadie a quien acudir, le visitó la pobreza y aquel famoso político acabó siendo un pordiosero, muy parecido de semblante al que ahora se reflejaba en el remanso de ese río que transcurría bajo la mirada de Suárez. Pasaron más años todavía y el mendigo envejecido y sin memoria llegó a una ciudad donde había un ruidoso bazar con gritos de buhoneros y sacamuelas que contaban hazañas de otros tiempos. «Oigan, señores, lo que una vez sucedió en un país que se llamaba España. Un guardia civil de naipe entró una tarde en el Congreso…». En el bazar la gente adquiría especias, baratijas y alimentos con una única moneda de curso legal. A las puertas de una tienda donde se expendían collares de ámbar el mendigo comenzó a pedir limosna con la mano tendida canturreando una vieja canción de juventud. De la tienda de ámbar salió una mujer muy hermosa, de ojos acuáticos, que pertenecía a la familia del visir. Ella le dio una limosna. Como había pasado por infinitas manos, el cobre de aquella moneda estaba sucio y había perdido los relieves. El mendigo tuvo un presentimiento. Frotó la moneda contra sus harapos y en ella apareció la imagen del propio mendigo, de cuando era servidor y primer ministro de un rey que la había mandado acuñar en su honor.

Adolfo Suárez se quedó pensativo contemplando la corriente del río que se llevaba el periódico que acababa de leer.

La pequeña historia de una tragedia

La pequeña historia de una tragedia que obligó a nuestro héroe a conocer a un príncipe y a recordar su niñez.

Durante el camino, Adolfo Suárez vio a un hombre con la gran tripa derramada bajo la guayabera y las axilas muy sudadas, que al parecer también se había extraviado. Estaba sentado en un tronco derribado por un rayo al borde del sendero y tal vez esperaba a que pasara alguien por allí para poder hablar. Suárez le preguntó: «Amigo, ¿cómo te llamas?». «En Burgo de Osma, el pueblo donde me parieron, a mi familia nos llamaban los Fanfarrones. Yo soy el mayor de dos hermanos. Y tú me tienes que recordar», contestó el hombre.

Sus palabras sonaron unidas al murmullo de la corriente del río que discurría entre un intrincado tejido de zarzas y helechos. El hombre tenía más o menos la edad de Suárez y era gordo como el buey Apis. Había llegado hasta allí recién salido de la cárcel con el indulto que le concedió Franco por haber ganado un campeonato de parchís. «Tú me tienes que recordar porque gracias a mí te dieron la primera condecoración, la Cruz del Mérito Civil o algo parecido, cuando eras un joven aguerrido, gobernador de Segovia. Gracias a mí conociste a un príncipe». Suárez no recordaba nada. «¿Qué pasa, que no te dice nada mi cara? Te advierto que ya no quedan muchas como la mía».

Para que hiciera memoria, el hombre comenzó a contarle una historia real o inventada, sólo por pasar el rato. Le contó cómo se hizo rico. Cuando llegó a Madrid a buscarse la vida, pobre como una rata, allá por los años cincuenta del siglo pasado, el hombre iba a desayunar todos los días a la cafetería Sonora, en la calle Tres Cruces, a espaldas de la Gran Vía, la única que tenía una barra larga al estilo americano. Todos los clientes que coincidían a esa misma hora de la mañana se saludaban, buenos días, buenos días, tenían una familiaridad trabada después de tomar más de mil churros o mil porras empapadas en el café con leche, uno al lado del otro, en los taburetes del mostrador. Uno de los parroquianos habituales era un

famoso general, del Opus, muy ligado al Generalísimo Franco, millonario por casa, con grandes negocios en su cartera, con muchos consejos de administración a sus espaldas. El hombre de la guayabera sabía que ese general llevaba una doble vida: tenía de amante a una puta del bar Chicote. Habría sido un gran escándalo si en aquellos años ese lío se hubiera destapado. En el bar Chicote funcionaba todavía el mercado negro de la penicilina.

«Un día se me ocurrió una idea genial para salir de pobre —contaba el hombre de la guayabera sin que se adivinara si hablaba de broma o de veras—. Sabía que el general llevaba a su amante al restaurante El Viejo Valentín una vez a la semana a almorzar, siempre a la misma hora, dos y media de la tarde. Los vigilé durante unos meses. Esperé mi oportunidad en una esquina estratégica. Aquella vez, al verlos pasar en el coche por la calle de la Montera, me llegó la inspiración. Me dije: ahora o nunca, o me mata o me hago de oro, allá voy».

Las malas lenguas daban por bueno que se había tirado a las ruedas del coche a propósito y, bien porque era verdad o por hacerse el gracioso, él nunca lo negaba. La calle de la Montera solía estar muy concurrida a esa hora, los peatones cruzaban la calzada sin respetar los semáforos, un desorden ideal, el coche iba despacio, gracias a eso el atropello, casual o provocado, no fue grave, pero aun con todas las ventajas el golpe le rompió un brazo al hombre. El general salió del automóvil muy angustiado y se encontró cara a cara con aquel cliente que desayunaba todos los días a su lado en el taburete de la barra de la cafetería Sonora. «"Mi general, ni un problema", le dije mirando a la puta, que se había tapado el rostro con el bolso. "No es necesario que demos parte de este accidente a la Policía. Yo me hago cargo de todo bajo mi responsabilidad. Aquí no ha pasado nada". ¿Sabes?, le evité el escándalo. Un general del Opus con una prostituta, un militar amigo del Caudillo, casi nada, eh, amigo, ¿cómo lo ves? Bien explotado era un negocio más rentable que las jodidas minas del rey Salomón».

Unos días después el atropellado se presentó en la cafetería Sonora con el brazo en cabestrillo. «Buenos días, mi general». «Hombre, Jesús, cuánto te agradezco que me libraras de ese

embrollo, lo siento de veras». «Nada, nada, a sus órdenes siempre, mi general, yo soy un tipo legal, capaz de cualquier sacrificio por un amigo». Después de verlo todas las mañanas con el brazo escayolado, el general empezó a sentirse atrapado. Sin necesidad de pedirle nada, para que siguiera con la boca cerrada, el general le hizo socio de un negocio de importación de coches. Eso fue sólo el principio. Después le ayudó a montar un emporio inmobiliario en Los Ángeles de San Rafael, con un restaurante por todo lo alto.

En un segundo de lucidez, como un claro que se abre entre dos nubes opacas sobre la copa de los árboles, Suárez creyó haber oído el nombre de aquel tipo, Jesús Gil, en alguna parte, tal vez como responsable de una catástrofe que causó más de cincuenta muertos. Adolfo Suárez creyó haber leído en alguna parte esta historia.

Fuera del bosque las cosas sucedieron así. El 15 de junio de 1969, a las tres menos cuarto de la tarde, durante una convención de una cadena de supermercados, la primera planta del restaurante cayó a plomo y se tragó a quinientos comensales bajo un montón de ladrillos y argamasa todavía húmeda sin fraguar. Las crónicas de la tragedia decían que el gobernador de Segovia, un tal Adolfo Suárez, se portó como un héroe. Salvó a muchos heridos con sus propias manos. Le fue concedida la Cruz de la Orden del Mérito Civil.

«Pero yo soy un tío con un par de huevos. Me hice cargo del asunto como responsable. Fui condenado a cinco años, pero sólo de boquilla porque a los dos meses el Caudillo me dio un indulto personal, gracias al general amante de la prostituta de Chicote. En la cárcel me proclamé campeón de parchís y al salir de prisión me pasé a España por los cojones. Me sigo dedicando a la construcción. Pronto Marbella será toda mía. La voy a llenar de mármoles, agentes de seguridad y putas de lujo. Los jeques de Arabia tienen allí sus palacios y mis sicarios ya aplauden mientras algunos señoritos defecan como una gracia dentro de las piscinas. Yo soy un tío con suerte. Un héroe de la patria como tú es lo que yo necesito para fundar un partido. Quiero fundar un partido independiente y liberal que me permita dar las órdenes desde un jacuzzi con unas golfas marranas chapoteando conmigo. Mira ahora esta tripa tan gorda. Está llena de millones, gracias al cabezón grabado en esta moneda

de cobre que tengo en la mano, el primer dinero que gané jugando a las chapas en la plaza de Burgo de Osma cuando tenía nueve años. Es mi amuleto».

Sentado en el tronco a su lado, Suárez le pidió que le enseñara esa moneda. El hombre la frotó con los dedos para quitarle la grasa y luego se la mostró. Le dijo que la llevaba consigo como si fuera la de Alejandro Magno, porque le daba suerte. Era una moneda de cobre roñoso de diez céntimos en la que se veía la cabeza de Francisco Franco rodeada por una leyenda que decía: «Caudillo de España por la gracia de Dios». «Ah —exclamó Suárez—, con esta moneda de cobre yo compraba regaliz de palo en Cebreros cuando era un niño».

En la niebla blanca de su memoria aquella moneda de Franco le abrió unas pequeñas islas de sol y en ellas aparecían con toda nitidez fugaces secuencias de su niñez de monaguillo en el pueblo de Cebreros, el lugar donde nació. Allí la familia de su madre tenía una bodega de alcoholes, Anís González, con otros vinos y licores acreditados. También se le cruzaban imágenes de los primeros años en Ávila, las del seminario de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa donde lo metió el cura don Baldomero, después las del instituto, de aquí para allá con suspensos y aprobados raspados. No se le había ido todavía del fondo de la nariz el olor mezcla de cera e incienso cuando era un adolescente de comunión diaria, que llevaba el estandarte de los jóvenes de Acción Católica, de la que llegaría a presidente del Consejo Diocesano. «Ser apóstol o mártir acaso, mis banderas me enseñan a ser», cantaba, muy elegante con su traje gris marengo, zapatos de Segarra, calcetines blancos, corbata a rayas y pasador dorado con escudo del Real Madrid, donde jugaba Ipiña, su ídolo. Cuando abandonó la idea de hacerse cura para salvar almas siguió siendo un muchacho noble y arrojado. En las capeas de la plaza del pueblo era el más valiente, el que mejor recortaba a morlacos resabiados de siete hierbas, el más admirado y aplaudido por las chicas desde las talanqueras. Algo indómito le brotaba en el pecho. Quería salvar al mundo, llegar muy lejos, dar alcance a la caza más alta, ese sentimiento que a veces se le quemaba en la brasa del cigarrillo, ese Bisonte sin filtro que golpeaba con elegancia

contra un nudillo, castigando a la chica enamorada con la mirada. «Estudio para abogado en Salamanca por libre. Algún día tendré mucho mando», le decía.

En el bosque lácteo Suárez pudo recordar como una ráfaga la primera vez que fue a comprarle tabaco al gobernador civil de Ávila, Herrero Tejedor, del que había conseguido un puesto de secretario, gracias a la recomendación de un fiscal amigo de la familia. «Joven, ¿estás dispuesto a salvar a la patria?», le preguntó el preboste. «Sí, jefe». «Entonces deberás empezar por el principio. Acércate al estanco de la esquina y cómprame una cajetilla de Ducados. Y después tráeme un café cortado». «A sus órdenes, jefe. Ardo en deseos de darlo todo por España», contestó Suárez. «En ese caso, muchacho, sigue mis consejos. Si quieres llegar lejos en política no te olvides nunca de mandar un ramo de flores a la mujer parturienta de cualquier mandamás. Usa tu memoria para recordar el nombre y apellido, la onomástica y cumpleaños de los superiores en el mando. Aprovecha que tienes una dentadura de primera calidad para reír hasta la carcajada las gracias de tu jefe inmediato, venga o no a cuento, y es importante que en algunos casos se te vea incluso la campanilla del gaznate. Aprende a terminar los abrazos dando palmadas madrileñas en el costillar, lo mismo del amigo que del enemigo. En principio dale la razón a todo el mundo, hasta el momento en que sepas que te la deben dar a ti y entonces exígela con autoridad, sin miedo. Más que el talento, en política lo que vale es la cintura. Me han contado que en Cebreros recortabas muy bien a los toros en las capeas. Parece que tenías un quiebro perfecto. Aplícalo para sortear a los pelmazos, moscones y pedigüeños en los pasillos del Gobierno Civil y a los que en el futuro, cuando ya seas alguien, traten de darte una estocada por la espalda. Por cierto, yo soy del Opus Dei. Tú verás lo que haces».

Suárez tenía esa disposición política de chico para todo. Además de comprarle tabaco a su protector, siguió sus consejos, ingresó en el Opus y comenzó a desarrollar las artes clásicas del simpático enredador de antedespacho. Infinitas llamadas por teléfono con el santoral al día, innumerables apretones de manos sacando el codo para frenar el impulso del saludado, el guiño con el ojo izquierdo o

derecho, depende del personaje, ese gesto de liberar la yugular del dogal de la corbata tirando desde arriba la quijada, mientras se alarga la muñeca en el aire para extraer el puño de la camisa, felicitaciones en bautizos, comuniones, bodas y éxitos en oposiciones, en ascensos y medallas, pésames en entierros y funerales, de mayor a menor según escalafón, a merced del olfato, pero con la nariz siempre puesta en un único destino en lo universal, el de llegar a conquistar el gallo que está atado en la punta del palo enjabonado.

A veces atravesaba un breve espacio lleno de sol y entonces su memoria se iluminaba por un instante para sumirse a continuación en la niebla. En este caso recordaba con cierta nitidez escenas de su tierna infancia, de su niñez, de su primera juventud, sus primeras imágenes en el espejo de su casa de Ávila, junto con sus hermanos; en cambio, la oscuridad era cada vez más impenetrable a medida que el sueño de su vida se acercaba al presente.

Cuando empezó la guerra civil, Adolfo Suárez tenía tres años, había nacido en septiembre de 1932. Su padre, Hipólito Suárez, era un procurador de tribunales con antecedentes republicanos, un truhan muy simpático. Este trápala había abandonado a la familia; a su sufrida mujer doña Herminia la había dejado rezando el santo rosario en la mecedora junto a sus cinco hijos y se había ido a Madrid sin dejar rastro, detrás de unas faldas.

Tal vez un día Adolfo Suárez había sido vendedor de electrodomésticos puerta a puerta o presidente del Gobierno español, extra de una película de Frank Sinatra y Sophia Loren, en la que a él le tocaba arrastrar un cañón hacia las murallas de Ávila, por cuyas calles desoladas en las tardes de domingo sacaba a pasear a una primera novia que era pastelera y cuyo comercio exportaba a todo el mundo las yemas de Santa Teresa. Luego enamoró a la chica más codiciada de la ciudad, Amparo Illana, que había estudiado en Londres y conducía un coche 1400. El día en que le pidió la mano, el progenitor de su futura esposa le preguntó: «¿Qué porvenir tienes, muchacho?». «Ninguno. Vivo a salto de mata —contestó Suárez—. Primero seré gobernador civil, después director general, luego subsecretario, después ministro y finalmente presidente del

Gobierno». «Aquí tienes a mi hija», le dijo el futuro suegro, que era un militar de origen vasco, muy honrado.

Cuando el cadáver de Franco

Cuando el cadáver de Franco, después de besar el Lignum Crucis, entró bajo palio por su propio pie hasta la tumba.

Había pasado ya el tiempo en que Franco pescaba sardinas de veinte toneladas con un destructor de la armada y rudos obreros domesticados bailaban la jota sobre el césped del estadio Bernabéu en su honor el 1 de mayo, consagrado a San José Artesano. El César de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire era un abuelito que echaba cabezadas fraileras con el belfo caído en los consejos de ministros. Si le venía de paso, camino de un coto de caza, inauguraba una presa o un enlace ferroviario y, a veces, movía el bracete automático arriba y abajo, como la guillotina, el mismo de firmar sentencias capitales, para bendecir a sus súbditos desde un balcón; pero al final sólo alegraba los ojitos cuando alguien le hablaba, en invierno, de escopetas, perdices rojas, ciervos; y en verano, de cachalotes.

En el cerebro de Suárez resonó el golpe severo de una losa de mil quinientos kilos al rodar sobre una tumba. Había visto muchas veces a Franco vivo entrar en aquella basílica flanqueado por el abad, rodeado de monjes benedictinos, de jerarcas civiles y militares cargados de medallas; había asistido al entierro de Franco mil veces repetido en los telediarios, pero esta vez se le cruzaron varias imágenes y en el fondo de la memoria de Suárez se produjo una secuencia insólita. Una fría y clara mañana de noviembre el cadáver del Caudillo había llegado a la explanada de granito del Valle de los Caídos transportado desde la plaza de Oriente en un armón de artillería, seguido por una ristra oscura de coches oficiales, que serpenteaba por la cuesta de las Perdices. Suárez estaba allí, esperando a la comitiva fúnebre, con el labio mordido, el ceño a media asta, la mirada en la punta de los zapatos.

Parecía un milagro, pero así sucedió ante la vista de todo el mundo. El carromato artillado se detuvo en medio de la explanada de granito, el Generalísimo levantó por sí mismo la tapa del féretro, que era el caparazón de un galápago, sacó su cabeza de tortuga a la intemperie, oteó el panorama alrededor, lentamente se liberó del

caparazón, lentamente se puso en pie, se apeó del armón y el cadáver, pese a haber sido embalsamado a conciencia por el doctor Aza, entró por su propio pie en la basílica del Valle de los Caídos y en la puerta el abad mitrado Pérez de Urbel le dio a besar el Lignum Crucis. Bajo palio, con el órgano haciendo sonar el himno nacional, el matarife, con el cuerpo descuartizado a causa de las sucesivas intervenciones quirúrgicas sufridas, se arrastró por sí mismo a lo largo de la nave central hasta el altar mayor, mientras todos los huesos depositados en la cripta se removían unos con espanto, otros con alegría, chocándose mutuamente los cráneos, las tibias y los peronés; el cadáver del caudillo subió al presbiterio, pisó a conciencia la tumba de José Antonio, rodeó el altar y en la trasera encontró su propia fosa abierta. Flanqueado de todos los ministros, jerarcas del régimen, de su familia embozada con tupidas mantillas negras, doña Carmen, Carmencita, las nietas y los nietos calaveras y todos los monjes en blanco y negro falsamente compungidos, el propio Franco, no sin esfuerzo, aunque ayudado por el marqués de Villaverde, bajó hasta la base de la fosa, se tumbó boca arriba, como uno de esos guiñapos que pinta Francis Bacon, y desde las entrañas de la tierra mandó que echaran de momento, sólo de momento, una losa de mármol de mil quinientos kilos sobre su memoria. En cuanto lo cubrió la losa, de los genitales del fiambre comenzó a brotar una breña coronada con una cruz hasta trescientos metros de altura, toda de granito de Colmenar, con la base orlada con los cuatro evangelistas. Era la primera vez en la historia que se veía a un dictador enterrarse a sí mismo. La cruz de Cuelgamuros, a continuación, comenzó a extender los brazos: uno llegó hasta la Costa da Morte y otro hasta Gibraltar. Los cuatro evangelistas alargaron las manos en todas las direcciones hasta cubrir con su sombra todo el mapa de España.

Al pie de esa sepultura, Adolfo Suárez se vio a sí mismo en la niebla de su memoria. No sabía si era el vicesecretario general del Movimiento o un guerrero del faraón o un extra sin frase de una película de romanos. En lugar de lucir una coraza de latón y un casco con plumas de pato, iba vestido con chaqueta blanca de camarero imperial, camisa azul con corbata negra y, en aquel cotarro

de sátrapas, era el único que tenía un instinto de insecto para el poder, que acababa de ponerse a subasta, aunque la cámara pasaba de largo en un barrido sin detenerse en el maxilar bruñido de este ambicioso figurante.

«No duermo nada —pensó Suárez al pie de aquella sepultura—, engullo de pie una tortilla a la francesa, me fumo tres paquetes de cigarrillos, me tomo treinta cafés diarios; realmente, sólo me alimento de mi ambición insomne. Estos gerifaltes del régimen que me rodean tienen el olfato averiado, seguirán adulando con meliflua constancia a la persona equivocada mientras yo me paso las noches con una oreja levantada, como las liebres, para ventear la brisa de la historia con la nariz enfilada en el sentido exacto; en otros tiempos, en lugar de asistir a misa en la misma iglesia de los jesuitas de Serrano y a la misma hora que Carrero Blanco para hacerle señales de heliógrafo con los cantos dorados del misal como López Bravo, yo jugaba al tenis con el fondón tecnocrático de López Rodó y me dejaba ganar, le daba coba hasta romperme el espinazo; instalé mi veraneo en las cercanías del pez más gordo, Camilo Alonso Vega, en Dehesa de Campoamor, incluso me compré un apartamento a su lado en la misma escalera. A partir de entonces todo mi interés consistiría en seguir conquistando el favor del príncipe. Lejos de despreciar a Juan Carlos, como el resto de esta corte de pretorianos, desde el primer momento lo consideré el delfín y le hablaba de balandros, de motos, compartí con él muchas tortillas de patatas y paletillas de cordero lechal, le descubrí refugios secretos de montaña y los dos estamos enamorados de la misma gacela de ojos claros».

El Dodge Dart no era un coche muy seguro. En poco tiempo dos padrinos políticos de Suárez se fueron al cielo en un automóvil de esta marca. En 1975, en el cruce de la carretera de Villacastín, al sacar el morro por un desvío, Herrero Tejedor se encontró con Dios cara a cara. Se dijo que lo habían asesinado por ser el heredero del régimen, un aperturista con muchos naipes en la mano. Dos años antes, Carrero Blanco había dejado atrás los nidos de golondrinas en el alero del caserón de los jesuitas de la calle Claudio Coello, una mañana de diciembre, cuando ya estaba listo el bombo de la lotería. Adolfo Suárez se quedó aquí abajo en fuera de juego, enredado en

aquel lío de palabras que vino a continuación: el espíritu de febrero, los zarpazos de Girón, la lata de la Falange con camisa blanca de Fernández Miranda, la apertura sin prisa pero sin pausa hacia la nada. Fueron unos años muy divertidos. Se agotaron las existencias de botes de humo, de gases lacrimógenos, de balas de fogueo y algunas de verdad. Fraga llegó de Londres como el ratón que acude a una reunión de roedores a exigir su ración de queso.

Adolfo Suárez no había leído un libro. La cultura consiste en ese poso que queda después de leer dos mil libros y haberlos olvidado. Para un buen político, la cultura es el olfato. Los perros de caza nunca olvidan lo que huelen y van separando los olores por bandas. Fraga era incapaz de olvidar una lectura, se sabía de memoria desde los decretos del Boletín Oficial del Estado hasta las esquelas diarias del *ABC*, y eso en este país te podía convertir en ministro. Fraga era el más listo del establecimiento. Siempre el número uno en todas las oposiciones. Y Franco lo había llamado para levantar paradores, hacer trizas las galeradas de los periódicos, dar tijeretazos al cable del teléfono y recibir a la turista doce millones al pie del avión con un ramo de flores. Fraga le había mostrado a Carrero Blanco el primer biquini remojado con agua bendita, había permitido salir de la bañera a las artistas de cine envueltas con una toalla y él iba loco por la música de acá para allá e inauguraba cosas, gritaba, comía centollos de veinte kilos, disparaba contra el culo de las señoras en las cacerías, se ponía unos calzones antinucleares de arriero chapoteando en el mar de Palomares, en medio de una avalancha de negocios sucios o limpios en aquel crecimiento desgarrado de los años sesenta, cuando en este solar caían suecas y megatones en las playas. Fraga era el único que se movía bien o mal, pero a cien por hora. Si hubiera tenido una amante, habría sido de esos que dejan esperando el taxi en la puerta, suben a zancadas, la penetran sin quitarse los zapatos contra un armario ropero, bajan a una velocidad de muñeco animado y corren a presidir algo, un entierro o una queimada. Durante doce años, había sido muy apasionante ver cómo este líder franquista se hundía, renacía, bufaba, se agitaba, perdía imagen en un día, la recobraba en un lustro, la volvía a perder en una hora, tomaba fuerza, se estremecía, reía a carcajadas,

tronaba como un tirano de Siracusa, se le llenaba el cráneo de tinieblas, lanzaba una idea clarividente, bajaba a los mercados, daba la mano en el suburbano, contaba un chiste de monjas, mataba un urogallo. Y nunca se agotaba. Si hubiera sido toro, El Viti le habría cortado siempre las dos orejas.

En la televisión, Arias Navarro se había secado el moquillo de dolor con un pañuelo. «Españoles, Franco ha muerto». Ahora llegaba Fraga desde Londres dispuesto a llevarse el queso, en un tiempo en que todos los jóvenes parecían comunistas y todos los comunistas parecían guapos, inteligentes y eróticos. De hecho, en la alcantarilla política se había colocado el cartel de no hay billetes y en los altos salones también estaba de moda jugar a ser rojo delicuescente, aunque allí había que cumplir ciertas reglas; por ejemplo, trinchar el faisán sin mancharse la corbata. Por falta de previsión, Arias Navarro se había encontrado con un problema grave: no había cárceles para tanta gente y los enanitos ya estaban trepando por las cañerías.

Se sabía que Carrillo andaba por Madrid bajo una peluca de bujarrón; se le veía en restaurantes de cinco tenedores con su amigo y protector Lagunero y al final se había convertido en el fantasma más solicitado por marquesas y policías. «Carrillo ha sido visto en Jockey tomando lentejas», se decía en los altos salones, un rumor que había llegado al Palacio de la Zarzuela. En medio del baile, comenzó este juego de billar a tres bandas, los tres, solos los tres: el rey, Suárez y una chica rubia.

La gacela rubia

La gacela rubia de ojos acuáticos cruza el bosque herida de un doble dardo.

La confidencia se produjo una tarde de verano en un aguaducho de la ribera del Manzanares con vistas a la sierra del Guadarrama, una tarde incendiada como una calabaza al horno. Suárez había aparcado la vespa fijándola sobre la pata de cabra con un golpe de chuleta junto a las sillas de la terraza, luego estiró la yugular como hace un alcotán cuando se posa en una rama, y pidió una sangría para dos. «Y unas patatas fritas», añadió. Contemplaron la puesta de sol en silencio, luego se miraron a los ojos, siguieron callados y finalmente ella habló. «Supongo que conoces de sobra mi historia, mi tragedia familiar —le dijo Carmen Díez de Rivera dándole candela al cigarrillo que Suárez tenía colgado de los labios—. Cuando me enteré de que mi novio Ramón, el hijo de Serrano Suñer, con el que yo había jugado de niña, en su casa, en la mía, en la playa de San Sebastián, en las excursiones en bicicleta por la sierra, al que di mi primer beso furtivo, del que me había enamorado como una loca y con el que me iba a casar, era en realidad mi hermanastro, creí que mi vida, con sólo diecisiete años, había terminado para siempre. Mi madre era una mujer de bandera, de las que hacía volver la cabeza a los tíos en la calle. "Ahí va la marquesa de Llanzol", la gente se daba con el codo en el Corrillo de Serrano, treinta años, unos tacones de aguja que hacían temblar el mundo, casada con un marqués sesentón, militar monárquico, un buenazo, amigo de la Familia Real. Balenciaga venía desde París a vestirla. Tenía más de cien sombreros en el armario con su firma, más de cien modelos exclusivos de vestido. Me parió en 1942. Es curioso, si repasas la historia ése es el año en que mi padre biológico, Serrano Suñer, cayó en desgracia en El Pardo y dejó de ser ministro de Asuntos Exteriores. Se dijo entonces que ese cambio era debido a que Franco comenzó a pensar que Alemania iba a perder la guerra y quiso apartar del Consejo de Ministros a un pronazi como era Serrano. No fue por eso. Fue porque se enteró de que Serrano Suñer, su cuñado,

casado con Zita Polo, la hermana de doña Carmen, había embarazado a mi madre, Sonsoles de Icaza, su amante, una humillación insoportable, porque en las meriendas de Embassy o del Ritz, en las sobremesas de las familias conocidas del barrio de Salamanca y en los bailes de sociedad, esa relación ya era objeto de comidillas. Yo le llamaba tío Ramón. Jugaba con sus hijos desde que era muy niña. Veraneábamos juntos. Nadie se había atrevido hasta entonces a revelarme el secreto. Mi madre sólo reaccionó cuando vio que mi juego con uno de los hijos de su amante, el tercero, también llamado Ramón, había ido demasiado lejos. Me había enamorado como una loca, con un amor que no podía controlar. Todo se complicó aún más cuando fui a la parroquia de la Asunción a sacar mi partida de bautismo para casarme. Recordaré siempre aquel día mientras viva. El 28 de diciembre de 1959 me pidió mi tía Carmen de Icaza, la novelista, que fuera a su casa. La encontré con la cara muy compungida al borde de las lágrimas. Estaba acompañada por un padre dominico, su director espiritual. Habían preparado un té con unas pastas y después de un silencio muy enigmático el dominico murmuró con los ojos fijos en la infusión: "Carmencita, lo que vas a oír te va a hacer sufrir mucho. Tienes que estar preparada. Ramón, el chico con el que te quieres casar, es tu hermanastro, debes romper tu relación con él porque el matrimonio sería un incesto. Hija mía, tú no tienes culpa de nada, pero has nacido fruto del pecado". Mi tía Carmen, como buena escritora de melodramas, le corrigió: "Padre, Carmencita no es fruto del pecado, es fruto del amor". El dominico respondió: "Para el caso es lo mismo, hija mía, el pecado de amor impide esta boda. Vas a sufrir mucho, niña, ofrece este sacrificio a Dios". Quedé aturdida. Todo alrededor se convirtió en una cámara neumática. No podía respirar. Aquel golpe me impactó de tal manera que tuve la sensación de flotar en el espacio y de pronto sentí que algo se me había roto por dentro, aquí en los ovarios, oí perfectamente el sonido, crac, así fue. Unos años después me sacaron un tumor de tres kilos. Benigno, menos mal. Por lo visto, me fue creciendo a lo largo de una desesperación de la que no encontraba salida. ¿Cómo no me lo habían dicho antes? ¿Cómo dejaron que me enamorara? Me prohibieron verme con aquel chico.

Mi relación con él estaba penalizada con un grave pecado. Fue un dolor insufrible, un corte brutal que sucedió en cinco minutos. ¿Cómo era posible que me hubiera sucedido precisamente a mí, una señorita adolescente de la calle Hermosilla, criada entre algodones, siempre de fiesta entre familias conocidas de la aristocracia? Encima yo era muy religiosa. Adoraba a mi madre. A partir de aquel momento supe que había sido una adúltera, una pecadora culpable de mi tragedia, y el tormento se estableció entre ese amor que le tenía y mis escrúpulos de conciencia. Hice todo lo posible para disolver aquella angustia insoportable que me impedía dormir. Yo era hija del pecado, pero gracias a ese pecado, existía. No podía estar sentada a la mesa con mis padres y mis hermanos. Tuve que huir. Me metí monja de clausura en las carmelitas descalzas de Arenas de San Pedro, un convento que regentaba una superiora que era pariente mía. ¿Te imaginas lo que es vivir con siete monjas viejas cubiertas de aquellas lanas infectas en medio de un frío polar, con los pies desnudos dentro de unas sandalias dando vueltas por el claustro? Me sacaron de allí cuando estaba a punto de volverme loca. Vomitaba todo lo que comía. Me fui a París, me sometí a curas de sueño, luego a una clínica de Suiza. Comencé a fumar. A través de una organización de monjas francesas me largué a Costa de Marfil, no de misionera ni de cooperante. Sólo para huir. Estuve tres años en un poblado en África. Todo inútil. De regreso a Madrid todavía estaba muerta, veía los árboles, las calles, los edificios, a los amigos, a la gente como si formaran parte de un bosque lleno de figuras de cera, la mente siempre en blanco, me zumbaban los oídos, pero en estos casos si no mueres del todo y generas los suficientes anticuerpos para seguir respirando, te conviertes en una muerta viviente. No podía soportar a mi madre, ni ella a mí. La amaba, la odiaba. Me ofreció un millón para que me fuera de casa. Lo rechacé. Me fui a vivir sola. Busqué trabajo. Xavier Zubiri me echó una mano y me colocó en la Sociedad de Estudios del banco Urquijo para sobrevivir. Querido Adolfo, estás sentado al lado de una zombi todavía. Puedo vivir sin cabeza, si me la cortan y la tiran al suelo, puedo recogerla, plantarla otra vez en el cuello y seguir viviendo. Pero los que estamos ya en la otra parte tenemos poderes

extraordinarios. Hablemos de lo nuestro. Anda, pide otra sangría y más patatas fritas».

En la terraza del aguaducho había otras parejas de enamorados, matrimonios jóvenes con niños. Un anuncio escrito en un cartón decía: «Se admiten meriendas». Sonaba una canción: *Cuando calienta el sol.* Al fondo se veía la sierra de Guadarrama con un color humo bajo unas nubes ensangrentadas y Suárez pensaba en las correrías que en otro tiempo realizaba por aquellos parajes. Carmen dejó que el camarero depositara la pequeña jarra de sangría en la mesa y luego añadió:

«Óyeme bien. Ante esta magnífica puesta de sol te voy a confesar un secreto. O tal vez es sólo una apuesta. Me juego lo que quieras a que vas a ser el presidente del primer Gobierno de la democracia. Sé por qué lo digo. Desde el día que entré en tu despacho de televisión lo supe. Se lo dije al rey cuando todavía era príncipe. Tengo al hombre. Entonces eras un falangista, un beato del Opus, una especie de chuleta de billar, un pardillo, con los pelos de la dehesa de Ávila todavía. El príncipe hizo un gesto ambiguo. Me dijo que os habíais conocido comiendo un cochinillo asado en Casa Cándido y que tenías muy buen apetito, en todos los sentidos, buen diente para la política».

Suárez recordó la primera vez que entró aquella chica en su despacho de director general de Televisión, en la calle del General Yagüe, muy segura de sí misma. Tenía veintisiete años. La nariz pequeña, los ojos azules acuáticos, las cejas rectas, los pómulos anchos, una melena rubia natural, la piel transparente, frágil y dura al mismo tiempo. Extraña. Una mujer complicada, pero muy consciente de su belleza. Sabía que todos los hombres la querían enamorar, que bastaba con su sonrisa para abatir cualquier fortaleza. Encima venía amparada por una recomendación inevitable. En aquel despacho rancio, amueblado con una severidad hortera, con un crucifijo en la pared, entre los retratos de Franco y de José Antonio, el ambiente impregnado por el olor a humo frío de tabaco negro, la chica comenzó a desafiarle: «¿Cómo un hombre tan joven puede ser tan fascista? Si quieres que trabaje contigo, mete ese retrato de Franco en el baño». Suárez lo hizo con un gesto

automático, como el de un galán dispuesto a todo. La chica parecía una ráfaga rubia, moderna, suelta de ademanes, con el desparpajo aristocrático, aún con falda a la altura de las rodillas, blusa de seda, aunque en su mirada hubiera una veladura de dolor todavía vivo.

«Primero te mandé a paseo. ¿Recuerdas? Después, la persona que me recomendó a ti, ya sabes de quién hablo, me dijo que tenía una misión que cumplir. Le obedecí por amor. Me dijiste que pusiera orden en tus cosas, que llevara tu agenda. Nada, se trataba de cubrir las formas porque la jugada venía de muy lejos. Para empezar, te di algunos consejos, ¿recuerdas?, un poco frívolos. "Viste ropa deportiva, te sienta bien el pantalón claro y la camisa oscura. Quítate ese horrible pañuelo blanco que dejas asomar por el bolsillo superior de la chaqueta, tira a la basura el traje marrón, calza siempre zapatos con cordones y sobre todo nunca lleves mocasines por la tarde, ni calcetines cortos que te dejan las canillas al aire cuando te sientas. Tienes todavía un aire de maniquí de escaparate de El Corte Inglés, sección de caballeros. Primero voy a modelarte por fuera. Luego veremos qué se puede hacer por dentro. Estoy siguiendo órdenes, créeme". A poco de conocerte oí contar una historia que demostraba lo santurrón y antiguo que eras. ¿Es cierto? Un día en la cafetería de la televisión en Prado del Rey, como director que eras, recriminaste a un actor porque abrazaba y besaba a las chicas, compañeras suyas de trabajo, con una espontaneidad demasiado libre. Públicamente le reprochaste su ligereza sin saber que entre actores y actrices los besos y abrazos son una expresión natural. "Haz el favor de comportarte", le dijiste. Te replicó muy engallado: "Eres un hortera". Hubo entre los dos algunas palabras muy fuertes, os agarrasteis por las solapas, y al final el actor te dijo: "Al fin y al cabo, cuando ya no seas nada yo seguiré siendo actor". ¿Sucedió así? Pues bien. Él sigue siendo un buen actor, pero tú vas a ser el primer presidente del Gobierno de la democracia. Guarda este secreto o esta apuesta hasta que llegue la hora. Si esto de la política fuera un producto para lanzar al mercado, tal como están los tiempos, yo pondría el siguiente anuncio: "Se necesita joven político aguerrido, con sed de porvenir, sin ideas concretas de nada, que conozca el tinglado franquista por dentro, dispuesto a limpiar el

estiércol de las cuadras, con experiencia en ventas, cumplido el servicio militar, permiso de conducir, sueldo fijo más comisiones, con posibilidad de quedarse en la empresa". ¿Te reconoces, querido Adolfo, en este retrato? Tarde o temprano, Franco morirá. Hay que estar preparado. Lo que pide la computadora es tu retrato robot, querido Adolfo, y, lógicamente, tu cargo de presidente del Gobierno saltará escupido de la máquina cuando Juan Carlos, coronado rey, logre echar a ese cenizo de Arias Navarro —la voz de Carmen adquirió un tono misterioso, como si le hablara desde la otra parte —. ¿Estás dispuesto a realizar este trabajo de Hércules de limpiar las cuadras del franquismo? El rey está muy preocupado porque procedes del fondo del Movimiento, pero yo le he dicho que careces de prejuicios en ese sentido, sólo el poder te deja sin dormir, pero deslumbrado en la oscuridad. Y ahora, un último consejo: no te enamores de mí, por favor, no pidas que sea tu amante, como el otro. Todos quieren llevarme a la cama. Deja que sea yo la que esté enamorada de los dos. Sé perfectamente realizar ese doble juego tan turbio, tan excitante. Cuando me enteré de que mi novio Ramón era mi hermano, nos seguimos viendo en secreto después de la forzada ruptura durante cinco años en medio de todas las turbulencias de la carne, de todas las dudas, con una desazón insufrible. Era imposible olvidar el tacto de su piel. Estoy preparada para cualquier laberinto».

La mujer rubia sacó del bolso un cuaderno donde llevaba un diario íntimo y, sin poder evitar la vanidad, se dio un melenazo con la cabeza hacia atrás y a continuación leyó con voz tenue una frase que había anotado: «*Nadie me da calabazas como tú me das*. *I'm a man after all before being what I am. I simply adore you…* ¿Sabes quién me ha dicho eso al oído?».

Adolfo y Carmen, dos nombres de telenovela, abandonaron el aguaducho del Manzanares aquella primavera de 1976, cuando la libertad era una gata caliente en el tejado de zinc. «Tengo un diseño italiano —pensaba Suárez—, soy un galán de tiempos de la vespa; las señoras hablan de mí bajo el secador de las peluquerías, soy el sueño de esas mujeres con la primera pata de gallo y carrito de supermercado en barrio residencial, que admiran todavía el modelo

clásico de omoplato ancho y mandíbula cuadrada, bien bruñida con agua brava; y ven en mí, según me cuenta Carmen, esa mezcla de angustia y audacia del macho en peligro, que he tratado de cultivar. Saldré a la calle en la vespa, llevaré en el transportín a la libertad, como si fuera una de aquellas chicas de la plaza España de las películas italianas, y Carmen Díez de Rivera e Icaza irá abrazada a mi tronco y como Walter Chiari también sortearé puestos de melones de Villaconejos en pleno verano y los guardias urbanos, con un guiño de complicidad, dejarán libre el paso sólo para mí; los camareros y los tenderos con mandil me saludarán al cruzar y celebrarán con admiración que un chico tan simpático como yo, nacido en Cebreros, se haya ligado a la chica de ojos azules rasgados, la más guapa de la ciudad, amiga del rey, aristócrata de izquierdas, una especie única, con la que todo el mundo se quiere acostar. Mostrando toda mi dentadura abierta contra el aire, mi velocidad irá acompañada, impulsada por nuestra canción cuanto calienta el sol aquí en la playa, con el tubo de escape trucado, y, excitada por mis filigranas de motorista demócrata, Carmen Díez de Rivera pegará su seno enamorado contra mi espinazo de galán latino».

Se prepara un gran banquete

Se prepara un gran banquete de boda en la nave principal de la basílica del Valle de los Caídos bajo el canto de la Sibila.

En la memoria de Suárez comenzó a sonar un canto gregoriano que se elevaba sobre el sonido fregado de chicharras y al fondo emergió de nuevo la cruz del Valle de los Caídos. Llegó hasta la base donde seguían aposentados los cuatro evangelistas de granito y desde allí divisó a gente que entraba y salía de la basílica bajo las órdenes de un tipo con uniforme falangista, a la vieja usanza, botas de clavos, pantalón color caqui, camisa azul, boina roja, correajes, hebilla con el yugo y las flechas. Era un hombre viejo, pero sus ademanes aún eran recios, muy autoritarios. Suárez se acercó a la puerta abierta de la basílica en el momento en que este sujeto, chascando los dedos, se hacía obedecer por el conjunto de monjes benedictinos que estaban ordenados en dos filas a disposición de aquel enviado especial. Al parecer los monjes ya sabían cuál era el trabajo que debían realizar. Comenzaron a extender una mesa de banquete a lo largo de toda la nave central de la basílica, desde el pórtico hasta las primeras gradas del presbiterio, armada con tableros sobre caballetes. Mientras unos monjes la cubrían con manteles blancos, otros iban acarreando centros de flores, vajillas de la Real Fábrica, cubiertos de plata para carne, pescado y postre, servilletas de hilo, copas para distintas clases de vino y un tarjetón con el menú grabado con letras de oro, que decían así: «Pincho de langostino, pulpo y vieira con salsa de yogur y mostaza. Involtini de salmón marinado con queso de cabra. Ensalada de bogavante con bolitas de melón, aguacate y vinagreta de frambuesa. Como plato de fundamento, chuletón de Ávila, con guarnición de chalotas». La música de ambiente a esa hora se componía de cantos gregorianos, sacados tal vez del disco que habían grabado con éxito de ventas los monjes del monasterio de Silos. El viejo falangista dirigía aquellos preparativos que, a simple vista, eran para una boda muy principal, pero a Suárez le parecía extraño que se hubiera elegido aquel lugar tan lúgubre para un acontecimiento feliz. Por mucho que preguntaba

a los novicios, ninguno le daba razón. Todo estaba bajo un secreto de Estado. Entre la salmodia del *Dies irae,* la visión de Suárez se fue muy atrás en el tiempo. Recordó que, siendo un joven de Acción Católica, este panteón se estaba construyendo como un monumento a los caídos por Dios y por España y que los picapedreros que perforaban la montaña, los dinamiteros que hacían saltar las distintas rocas y breñas, los obreros que tiraban de las vagonetas, los albañiles que fijaban los sillares de granito, todos eran presos del bando republicano que trabajaban forzados bajo la severa vigilancia de la Guardia Civil con el mosquetón cargado para redimir penas de cárcel por haber sido rojos. Franco entonces dividía los domingos en visitar las obras y en pescar truchas amaestradas en el embalse de La Granja de San Ildefonso.

Otra visión de Suárez consistía en que el Valle de los Caídos había saltado por los aires. Toda la basílica había sido cebada con dinamita y un 18 de julio, en plena democracia, siendo presidente del Gobierno, se había producido una explosión formidable y la montaña, desde sus raíces, se había desplazado hasta más allá de la Bola del Mundo, en la cima de la sierra de Guadarrama, la cruz, la cripta, el altar, los santos, los huesos de todos los mártires de uno y otro bando, los restos mortales de Franco y de José Antonio, en compañía de todas las ratas, gusanos y serpientes que habitaban en sus entrañas. Cuando le fueron a dar la noticia al Palacio de la Moncloa, tal vez Suárez pensó que se quitaba un muerto de encima, nunca mejor dicho. ¿Habría sido la ETA? ¿Habría sido un terremoto natural accionado por la propia mano de Dios? Era un escarnio sacrílego que un dictador que tantas muertes había causado en España, el principal culpable de aquella inmensa tragedia de una guerra entre hermanos, fuera glorificado con un culto perenne a su memoria. Era inimaginable que Hitler tuviera a cincuenta kilómetros de Berlín una tumba faraónica como un lugar de peregrinación ni que Mussolini estuviera enterrado en la plaza de Venecia en Roma, a espaldas del Foro en aquel imponente pastel de mármol. En cambio, Franco no sólo era venerado con misas diarias por una partida de benedictinos a sueldo, sino que encima parecía que se estaba preparando una boda real en la basílica como si fueran los salones

del Ritz. «¿Quién se va a casar?», preguntaba Suárez. El enviado respondía: «Nadie». Pero los preparativos para el gran evento continuaban. De hecho, junto a la puerta principal aparcó una furgoneta de catering y varios empleados de un famoso obrador de Madrid desembarcaron una tarta de chocolate, bizcocho y merengue de catorce pisos coronada por una pareja de novios de trapo.

¿Qué se va a hacer con los huesos de uno y otro bando de la guerra civil, que yacen, unos de buen grado, otros traídos a la fuerza, en sus criptas a ambos lados del altar? Suárez tuvo una tercera visión y no quiso darle pábulo sin antes formularle una pregunta solemne al evangelista que escribió el *Apocalipsis,* como si se tratara de la esfinge. «¿Puede ser cierto que los huesos del poeta Federico García Lorca, asesinado en Granada, estén aquí, después de ser arramblados con pala por un mandato superior en los barrancos de Víznar y de Alfacar donde se encontraba el mayor yacimiento de fusilados de España, miles de esqueletos amontonados sin nombre ni nadie que se atreviera a exhumarlos?». El evangelista respondió: «Esa pregunta sólo la pueden contestar los propios muertos, que están en las criptas de la izquierda del altar». Todos los muertos se reconocen entre ellos. Del techo de la basílica excavada en la raíz de la montaña, el agua filtrada por sucesivas lluvias dejaba caer unas gotas sobre los manteles, que a simple vista parecían de sangre. Y entre el cántico del *Dies irae* se oyó la voz de la Sibila que decía: «Y cuando se hubo abierto el séptimo sello siguiose un gran silencio en el cielo, cosa de media hora. Y vi a siete ángeles que estaban en pie en presencia de Dios. Y se les dieron siete trompetas. Vino entonces otro ángel y se puso ante el altar con un incensario de oro y diéronle muchos perfumes. Tomó luego el incensario, lo llenó del fuego del altar y, arrojando este fuego a tierra, comenzaron a sentirse truenos y voces, relámpagos y un gran terremoto. Entre tanto, los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas».

Finalmente la partida de novicios benedictinos dejó preparada una mesa de banquete a lo largo de toda la nave central de la basílica y sobre los manteles blancos había copas, vajillas, cubiertos, centros de flores. También había sillas para cientos de invitados.

Una tarde de septiembre

Una tarde de septiembre el pudridero de El Escorial se llenó de gloria y sonó el Aleluya *de Haendel.*

En el bosque lácteo por donde Suárez deambulaba apareció otra gran explanada de granito, que al principio confundió con una nueva visión del Valle de los Caídos. En aquel apabullante recinto también se estaba preparando una ceremonia a la que había sido invitado. Dada la solemne gravedad con que se armaba el tinglado, pensó que se trataba de otro insigne funeral. Tardó un tiempo en discernir que se encontraba en el monasterio de El Escorial, no en Cuelgamuros. Llegó a imaginar que ese lugar pudiera deber el nombre a que era un vertedero de residuos fecales antes de que fuera edificado aquel severo y orgulloso edificio por Felipe II, o también porque en sus criptas se enterraban las escorias de todos los monarcas de la historia de España. Suárez ya había asistido al traslado de los restos mortales de don Juan, padre del rey, a este pudridero, con aquella comitiva formada por todos los pavos reales de las casas aristocráticas de media Europa, algunos en busca y captura, en la que no faltaba un príncipe alemán borracho que suele mear el whisky que le sobra en el primer ficus que encuentra durante los grandes boatos.

Esta vez se trataba, al parecer, de una boda, puesto que había flores rojas, chaqués, pamelas, lazos blancos por todas partes y una nube de perfume estancada sobre la explanada de granito que se había evaporado de las pechugas de las señoras. Cruzaban los invitados ante las cámaras, Berlusconi restaurado, solo, sin ninguna golfa en un flanco; Tony Blair con su esposa, un tipo de señora que siempre daba la sensación de que acababa de fregar los platos; cruzaban personajes de aluvión enjaezados, señoras con imposibles sombreros y trajes largos, caballeros engallados, gordos y flacos. Entre todo aquel elenco a Suárez le llamó la atención un tipo con bigote, que exhibía un puro Montecristo entre los dedos anillados y zapatos color sobrasada, acompañado de una pareja, él con coleta y cara de cuchillo, ella rubia aleonada con todo el orgullo entre la nariz

y las ancas y que olía a Chanel grueso a un kilómetro a la redonda. Adolfo Suárez ya no conocía a nadie por su nombre y menos a uno llamado Correa y a otro, un tal Pérez, apodado el Bigotes, ambos testigos de la boda. Pasaban por la explanada camino del templo escritores famosos, banqueros, cantantes de boleros, artistas de segunda mano, payasos y caricatos, todos los políticos de la derecha, el clásico sindicalista amaestrado, algún socialista resabiado que, como las pelotas de rugby, nunca se sabe hacia qué lado va a botar, y al final de los mil doscientos invitados, los reyes de España.

Cuando todo este perfumado rebaño ya se hallaba estabulado en la doble bancada del templo, incluido Suárez con la memoria perdida, en medio de la explanada se detuvo un todoterreno de gran cilindrada, uno de esos cochazos que si los arrancas un domingo se van solos a misa de doce a la iglesia de la Asunción del barrio de Salamanca y que suelen llevar todavía un cochino ensangrentado con olor a jara brava en el maletero. Dentro de ese féretro monovolumen, conducido por él mismo en persona, llegaba un cazador, que en este caso hacía el papel de novio, Alejandro Agag, de estirpe libanesa. Después de apearse se presentó muy sobrado de maneras ante la barra de periodistas, con corbata oscura, chaleco amarillo y mangas de camisa, sacó el chaqué de los asientos traseros y se lo enfundó públicamente con admirable desparpajo, mientras las cámaras se volvían locas de alegría.

La novia tuvo los arrestos necesarios para hacer esperar un cuarto de hora a los reyes de España. Tal vez su papá le había dicho que era el momento de marcar territorio, que el rey se entere de una vez de quién cojones manda aquí, pero finalmente, cuando algunos invitados ya tenían la vejiga a punto de reventar, llegó ella en un automóvil largo como su progenitor imaginaba que tenía el propio miembro viril. Salió la novia Ana con una diadema de flores blancas, y del brazo José María Aznar, que miraba de soslayo a las cámaras con una sonrisita desafiante colgada del bigote, y que la llevó adentro de las descomunales piedras neoclásicas, como si la introdujera en la historia. ¿Dónde estaba la madre? ¿Había desfilado ya del brazo del padre del novio José Tarik Agag? Adolfo Suárez buscaba con los ojos a la madre de la novia y la encontró a un lado

del presbiterio, contra todo protocolo, en un catafalco a la misma altura que el de los reyes de España, secándose las lágrimas con la punta de un pañuelo bordado, mientras el órgano hacía sonar la marcha nupcial. Suárez pensó que conocía a aquella mujer recia, de mandíbula voluntariosa, aunque no recordaba ni su nombre ni los méritos que había hecho para llegar tan arriba, pero sin duda debía de tener talento si había conseguido casar a su niña en El Escorial ante los reyes de España. «Yo nunca me hubiera atrevido a hacer lo mismo con mi hija —pensó Suárez en medio de las tinieblas—. Mi hija, Dios mío, ¿qué habrá pasado con mi hija, que hace mucho tiempo que no la veo? ¿Y Amparo, mi mujer, por qué no está aquí a mi lado oliendo a Chanel? ¿Y qué habrá sido de aquella chica rubia de los ojos rasgados?». Puesto que estaba en un panteón, es lógico que en su subconsciente afloraran todas las muertes. «¿Y Lola Flores, seguirá viva cantando todavía *La niña de fuego*? ¿Y Pasionaria?». Las mujeres muertas fermentaban en su memoria cuando Ana atravesó la nave central adornada con guirnaldas, arrastrando por la alfombra roja una cola de cinco metros del vestido de novia creado por Aby Güemes, hasta el altar donde la esperaba el cazador furtivo junto al cardenal Rouco Varela, a sueldo del Estado. Ana Botella estuvo a punto de reventar de orgullo durante la *Misa* de Schubert, mientras sonaba el *Aleluya* de Haendel, el *Gloria, gloria* de Bordese y el *Ave Maria* de Gounod. Sólo algunos invitados, que conocían la historia, pudieron recordar cómo empezó todo.

Ana y José María eran compañeros de curso en la facultad de Derecho de la Complutense. Se licenciaron en 1975, año en que Franco estiró la pata y se enterró a sí mismo con todos los honores, como podía asegurar Suárez por haber sido testigo. Ana y José María hicieron juntos el viaje de fin de carrera a Roma, a Atenas y a Estambul, casualmente sentados uno al lado del otro en el avión. Tal vez los unió la señal de la cruz que trazaron ambos sobre sus pechos al despegar, pero, de hecho, antes de aterrizar de nuevo en Madrid ya eran novios y enseguida emprendieron cada uno su respectiva oposición. Perdido entre mil invitados, en un lugar secundario, pensaba Suárez: «Hay que imaginar a la pareja de tortolitos en aquellos días duros, agrios, libertarios de la Transición, ellos tan

felices en barrera, mientras yo tenía que quebrar con mi cintura a los morlacos franquistas, como hacía de joven en los encierros de Cebreros arriesgando el paquete intestinal, para hacerme aplaudir en aquella plaza de carros que era el hemiciclo de las Cortes Orgánicas, con el discurso de la Reforma Política, lleno de palabras ambivalentes, pactadas con el rey y con la mujer rubia hasta la última coma. Cuando los estudiantes y obreros soñaban la libertad bajo los cascos de los caballos, esta chica le tomaría a su novio José María los temas de Hacienda Tributaria ante un café con leche en una cafetería las tardes de domingo. Ellos se labraban el porvenir sin meterse en política. Puede que José María fuera zascandileando con panfletos de la Falange Auténtica, pero Ana Botella sería ya entonces una joven muy entera, con los pies en el suelo, sin plantearse problemas de ideología; derecha de carril, la que luego sería Alianza Popular, con varios ministros franquistas que empezaron a volcar todo el odio contra mí porque me consideraban un traidor, ya que después de ser ministro secretario general del Movimiento me puse por orden del rey al frente de la democracia».

La madre de la novia estaba allí bajo la mirada de los invitados a la boda, orgullosa y feliz. Suárez no recordaba su nombre, lo tenía en la punta de la lengua, pero su historia, leída en alguna parte, danzaba entre las aguas del claroscuro de su memoria. Esta mujer habrá pasado por todas las portadas de revistas convertida en el ideal de la esposa Telva, la caridad perfumada, los consejos del director espiritual, pequeños pecados de clase media volcados en el confesonario, sueños de casar a los hijos con familias establecidas, de buen apellido. Esta boda en El Escorial era la forma de pasar de una clase media, que sirve el caldo de fideos en sopera de alpaca, a un mundo de oligarquía financiera aristocrática.

Mientras el cardenal con mitra de oro aleccionaba a los contrayentes para que se juraran fidelidad en la salud y en la enfermedad, en la fortuna y en la adversidad, Adolfo Suárez pensaba que el Dios del barrio de Salamanca, en Madrid, era entre todos el más acreditado. «Para que esté por completo de tu parte hay que tener al marido y a los hijos en retratos con marcos de plata distribuidos por aparadores y consolas; sobre la mesa de centro,

unos ceniceros de cristal tallado; figurillas de porcelana en los anaqueles de la librería con enciclopedias y otros volúmenes en piel cuyos lomos hagan juego con el color de la pared entelada; hay que bendecir los alimentos que el Señor nos ha dado bajo una Santa Cena y un bodegón castellano del siglo XIX con algún conejo o perdiz ensangrentada que se reflejen en vitrinas llenas de copas; en cambio, yo soy hijo de un trápala que se fugó de casa y mi madre debía su posición a una bodega de alcoholes. He tenido que pisar muchas mierdas para sacar cabeza, hacer la pelota a mis superiores en el mando, aventurarme en mil batallas. Iba con el bofe fuera: de Carrero Blanco a López Rodó, de Fernández Miranda a Herrero Tejedor, del príncipe Juan Carlos a Carmen Díez de Rivera, y llegaba a la noche sin resuello. ¿Y de dónde podía yo sacar dinero? Sólo me alimentaba de política. Anda, Carmen, sube a la vespa, vamos a sortear de nuevo varios puestos de melones de Villaconejos».

«Esta madre de la novia, como vecina, será, sin duda —pensaba Suárez—, una de esas señoras que dejan el ascensor perfumado cuando van los domingos con el marido a misa de doce, y si te cruzas con ella te preguntará amablemente por las oposiciones de tu hijo a notarías o qué tal ha quedado la abuela después de la operación de cadera, y al salir de la iglesia se quitará el velo, abrirá el bolso de cocodrilo para remediar a un lisiado en la escalinata y después comprará torteles de nata en la pastelería Mallorca. Ah, sí, ahora recuerdo. Se llama Ana Botella, fue funcionaria del Estado y siguió a su marido, inspector de Hacienda, destinado a Logroño, una ciudad de provincia donde las tardes eran muy largas. Allí Ana llevó a José María por el camino verdadero. Ella ya era militante de Alianza Popular. En Logroño lo mandó a la sede del partido para no verlo inquieto y aburrido en casa. José María llamó al timbre. Abrió la puerta un encargado de base y le preguntó qué deseaba. "Quiero hacer política, me manda mi mujer, que es del partido", contestó el inspector de Hacienda. Y así todo seguido hasta poner las patas sobre la mesa junto a las de George Bush. Mientras su marido recorría ese camino, ella llevaba a los niños muy peinados y los

rasgos de su rostro se iban haciendo voluntariosos y antiguos, de mujer fuerte».

Algunos invitados se preguntaban: «¿Este novio Agag no era el chico de los recados que le llevaba el maletín a Aznar en los viajes? ¿No será un espabilado, salido de la nada, que se ha enterado de los negocios sólo poniendo la oreja?». La madre de la novia seguía la ceremonia en la que su adorada hija era la protagonista con los ojos húmedos de emoción pero preocupada, como cualquier ama de casa solícita y eficiente, de que las cosas salieran bien. Tenía el pensamiento puesto en la espléndida finca Los Arcos del Real, donde había pérgolas y caballos, un lago con cisnes y un aire exquisito que olía a pradera recién rasurada alrededor del palacete y las carpas de lona muy blanca y más allá una dehesa con toros bravos, situada entre El Escorial y el Valle de los Caídos, con el cielo partido por la cruz de granito. Allí se estarían preparando las mesas del banquete de boda para mil doscientos invitados. Mesas redondas de diez, con el nombre de cada invitado ribeteado en oro en tarjetas apoyadas en las copas de champán. Ella misma en persona se había ocupado del protocolo. No era fácil juntar o separar a las distintas familias políticas, camadas de poder, alternar personajes célebres con desconocidos, jefes de Estado extranjeros con algún putón incontrolado, banqueros con artistas, señoras preocupadas por el escalafón de sus maridos, que eran idiotas superficiales o resabiados tiburones. Toda la España cañí, parte de la España negra, de la gris y la dorada estaban en la lista de invitados. Eso no era nada para lo que estaba acostumbrada esta madre como la hija mayor de trece hermanos, en una familia de clase media profesional, y eso quiere decir que había hecho muchas camas, había intercambiado muchas faldas y rebecas, había ido a muchos recados a la farmacia, probablemente había puesto muchos termómetros y había dispuesto hacer croquetas aprovechando las sobras del cocido. Ese trajín doméstico sobre doce hermanos lo practicaba ahora sobre el marido, los hijos, los fontaneros, secretarias, servidores, criados, jardineros de la Moncloa y lo expandiría un día como alcaldesa de Madrid, con despacho en la Cibeles más grande que el Despacho Oval de la Casa Blanca, con doscientos cincuenta asesores y trescientos coches

oficiales, aunque el sueño de Suárez en ese momento no llegaba a semejante locura.

«En este pudridero de El Escorial están todos reunidos —soñaba Suárez—, aquellos a los que yo limpié las pocilgas del franquismo cuando me encargaron este trabajo de Hércules. Míralos ahí, todos felices, con la democracia en el bolsillo y el poder en la entrepierna. Todos se han hecho ricos y yo estoy lampando. Me tomaron por un actor secundario de una película de romanos. Al comenzar la proyección, en medio de un barullo de lanzas, yo era todavía un joven pretoriano anónimo, al pie de la escalinata o en un ángulo del atrio, la pantorrilla liada con cinta de cuero, la minifalda de hojalata, la pica crispada en el puño, formando la guardia de palacio, mientras un César blandengue, Franco con el belfo caído, de tanto dar besos a los obispos con babilla dulzona, pasaba con la comitiva de patricios equipados con chaqueta blanca y camisa azul, camino del desfile de la victoria. La cámara nunca se detenía ante mí, ni analizaba en un primer plano mi mandíbula de jabalí, ni el ansia de poder que despedía mi mirada, pero los espectadores adivinaban que yo era un tipo que acabaría cortando el bacalao, aunque los compañeros de reparto lo ignoraban. Míralos ahora. Toda la antigua camada de franquistas reciclados están aquí estabulados en este bosque de cirios. Unos han sido falangistas, otros liberales o democristianos, algunos asesinos, ladrones, tecnócratas, banqueros golpistas, meapilas blandorros y jóvenes cachorros duros de pelar. Deben a mi arrojo el haber salvado su honor. Esas cosas nunca se perdonan. Fraga era el vaquero patoso, el que se iba a casar con la hija del ranchero. Todo estaba preparado, incluso alguien había bordado las sábanas; pero Fraga anduvo muy lento de reflejos y como amante era un desastre, un sobón que acariciaba a la chica a manotazos. No me costó nada birlársela. Eso no se perdona.

»Desde los despachos de la banca, de las armas y de las indulgencias plenarias, me vigilaban de cerca y me permitían coquetear con aquella rubia de ojos rasgados, amiga del príncipe Juan Carlos, sin saber el peligro que eso entrañaba para ellos, puesto que entre los tres habíamos establecido un juego. Cuando fui director de Televisión me comprometí a meter en cualquier

telediario, viniera o no a cuento, una noticia del heredero que ahora preside la boda desde un lado del altar. “A ver qué hace éste con la chica”, decían luego cuando me llevé a Carmen conmigo a la Secretaría General del Movimiento, “a ver si sus manos se le van hacia la zona del pecado”. “Se llevará a esa rubia a un pajar”. “¿Tú crees?”. “Ya lo verás. Es un desclasado. Y ella una aristócrata roja que se acuesta con cualquiera. Íntima amiga de la Zarzuela”».

Un ángel del Apocalipsis

Un ángel del Apocalipsis da una lección política desde la copa de un árbol y anuncia la guerra como el postre del banquete de boda…

Adolfo Suárez había sido extraído de la computadora para hacer un trabajo sucio. Debía limpiar lo más grotesco de la dictadura: descolgar una araña de una fachada de la calle Alcalá, arriar algunos pendones, retirar ciertos escudos, adecentar el vocabulario fascista, reinventar otras palabras y dejar el camino expedito para que entraran después, sin mancharse las manos, los políticos de cuello blando, esos humanistas con garras de acero bajo el guante de cabritilla, los fascistas enmascarados que habían sido invitados a esta boda. Adolfo Suárez comenzó a usar sus artes ladinas de comunicador, el diabólico regate en seco, su perfil irresistible en las vallas, la fórmula secreta para encandilar a los adversarios en los tresillos del salón de Pasos Perdidos del Congreso de los Diputados. Creía en todo y en nada, pero daban muy bien en televisión sus ojeras lívidas, la mirada arañada por la vigilia, esa mezcla de súplica y desafío que exhibía en los grandes momentos, todo lo que le había enseñado aquella rubia desclasada, huidiza, Carmen Díez de Rivera, a la que Suárez buscaba ahora entre los invitados en las bancadas del templo de El Escorial sin saber que ya había muerto de un cáncer y que sus cenizas estaban enterradas bajo un olivo en el huerto del convento de las carmelitas descalzas de Arenas de San Pedro donde se había refugiado de monja al enterarse de que era hija del pecado y el chico con el que se iba a casar tenía su misma sangre.

Incluso los de su misma cuerda lo tomaban por un jeta. Nadie podía sospechar que fuera un político en estado puro, capaz de presidir con la misma soltura una monarquía, una república o un sóviet supremo, llegado el caso, con gorro frigio. Metido en faena, sólo tuvo que levantar el dedo mojado con saliva en medio de la calle para sentir de qué parte venía el viento, dejarse llevar por la deriva y arribar con la democracia hasta la dársena del Congreso, trayendo incluso a Carrillo en cubierta. Carmen le decía: «Algún día

la historia te agradecerá este trabajo tan hábil, cuando estos mastuerzos asilvestrados de la derecha desaparezcan. Tengo prometido tomarme un chinchón a solas con Carrillo. Le acabo de saludar en el Ritz de Barcelona. Le caes muy bien. Dice que eres muy simpático y que has puesto todo de tu parte para sacarle del pozo, como si hubieras aprendido de chaval socorrismo en un campamento del Frente de Juventudes y en un momento determinado, arriesgando tu expediente, hubieras bajado con una cuerda de nudos hasta el fondo de la alcantarilla. Pero tu coraje quedará en nada si no lo usas para legalizar al Partido Comunista. Tienes que hablar de esto con el rey. Yo le acabo de presentar a Tierno Galván y a Javier Solana. El rey está encantado. Procura que nadie te dé la vuelta. Tienes que ser tú y no otro el que lo haga. No tengas miedo. Los comunistas no muerden. Carrillo no tiene rabo».

Los democristianos lo consideraban el bello Adolfo, un político mercenario al que había que agradecerle cuanto antes los servicios prestados. Los socialistas sólo querían tratar con gente fina, con ricos de toda la vida. Lo tomaban por un tramposo, por un tahúr del Misisipi. «Entre todos te abrieron la trampilla bajo los pies, pero te vengaste bien —le decía la mujer rubia—. Mientras todos tus enemigos estaban con la tripa en el suelo bajo el escaño, cuando entraron los cuatreros en la cantina del poblado, te portaste como Gary Cooper, solo ante el peligro. Esa imagen del Oeste que exhibes en el vídeo te hará inmortal».

Ya no era un hortera, como le dijo Carmen el primer día en que cayó en sus brazos, sino la sublimación de esa parte hortera que el español medio lleva dentro: despertaba el sueño indecible de hacer el salto del ángel desde la borda del yate, de lucir un bronceado de lámpara, de subirse la pretina del cinturón con un tironcillo de chuleta antes de coger el taco del billar, de ir vestido ligeramente entonado en azules, de jugar bien al tenis y tener un swing perfecto en el golf, de poseer un pisapapeles en el despacho que al ponerlo del revés comenzaba a derramar estrellas doradas sobre el Palacio de la Zarzuela. «Todos quieren ser como tú», le decía la mujer rubia.

Puede que el monasterio de El Escorial estuviera cubierto de abrojos, sus patios con hierba hasta la rodilla y la iglesia donde se

había celebrado la boda se la hubiera tragado la naturaleza salvaje. Puede que también en el Valle de los Caídos las raíces de los árboles llegaran hasta lo más alto de la cruz de granito y para ir de un lado a otro hubiera que abrirse paso a machete como en la selva virgen en medio de un griterío de monos y desgarrados sonidos de pájaros tropicales. Ninguno de los invitados se daba cuenta de este cambio. Los novios sonrientes abandonaron el templo de El Escorial entre aplausos, acordes del órgano y cánticos de la escolanía. Aleluya, aleluya, abrazos y palmadas, puros habanos por doquier, sedas sudadas. El presidente Aznar había casado a su hija ante los reyes de España. En ese momento los acordes del órgano se mezclaron con un griterío de los animales del bosque. A partir de ese instante se formaron dos comitivas de cochazos con las ventanillas tintadas, Mercedes, Audis, Bemeuves, Lexus, todoterrenos, monovolúmenes, autobuses contratados en dirección al banquete nupcial. A mitad de camino había una bifurcación con señales fosforescentes donde unos guardias civiles de gala, después de pedir la invitación al conductor por la ventanilla, determinaban con el brazo autoritario la dirección que cada vehículo debía tomar. Ustedes por aquí, ustedes por allá. Unos invitados fueron enfilados sin dudar un momento hacia la finca Los Arcos del Real, donde había cisnes, caballos, praderas recién rasuradas y una orquesta de violines tocaba a Scarlatti. Allí estaban los reyes de España, los políticos democristianos, liberales, tecnócratas finos. Todos tomaron asiento después del aperitivo guiados a la mesa por azafatas de piernas infinitas.

En cambio, otros invitados no menos numerosos, también sin dudar en absoluto, fueron conminados a seguir viaje en la oscuridad de la noche hacia el Valle de los Caídos, en cuya nave central, a lo largo de toda la basílica, estaba preparado otro banquete de bodas. Allí sonaba música gregoriana, salmos de Isaías, caían desde la bóveda abierta en la montaña unas goteras de agua negra o roja sobre todas las copas hasta llenarlas. Adolfo Suárez siempre creyó que el banquete de aquella boda se había celebrado en Cuelgamuros, a la sombra de una gran cruz de granito. En medio del banquete Suárez vio que Carmen Díez de Rivera se acercaba para rescatarlo. Llegó a su altura, aproximó los labios a su mejilla y le dijo

en voz baja al oído: «Querido Adolfo, a nosotros nos toca estar con los otros invitados, entre cisnes y caballos, aunque esta boda es el principio del fin de una época. Ven conmigo antes de que sea tarde. ¿No oyes ya rugir los motores de los cazabombarderos?».

En los prados de Los Arcos del Real sonó música de violines durante la cena. Tintineo de cucharillas de plata, topacio de vino de Rueda en las copas talladas, esfumadas sonrisas de carmín pegadas a las servilletas de lino, ronroneo de negocios redondos entre señores de gran papada. Pero después de partir la tarta, mientras los novios bailaban un vals, de pronto, en medio de tanta felicidad, se fue la luz y en la oscuridad, en una de las paredes de lona blanca de la carpa, aparecieron las palabras de fuego, Mane, Tecel, Fares, las mismas que auguraron un destino aciago en el banquete de Baltasar en la emputecida Babilonia. Enmudeció la orquesta y enseguida sonaron las otras trompetas del Apocalipsis y en el silencio de la noche una gran voz se extendió por todo el valle. Dijo así la voz: «Y caerá una gran estrella del cielo y se le dará la llave del pozo del abismo y de este pozo subirá un humo semejante al de un gran horno y con el humo de este horno quedarán oscurecidos el sol y el aire y del humo del pozo saldrán langostas de hierro sobre la tierra con poder semejante al que tienen los escorpiones y se les mandará que no hagan daño a la hierba de la tierra, ni a cosa verde, ni a ningún árbol sino sólo a los hombres».

Así hablaba el ángel mientras se rascaba las axilas en el árbol de la vida. Va a empezar una guerra, se decían entre ellos los invitados más expertos. Aznar saldrá de este banquete de boda en dirección a las Azores y allí George Bush le pondrá la zarpa de tigre sobre su hombro. A continuación comenzarán a caer miles de toneladas de acero sobre Bagdad mientras suena el *Aleluya* de Haendel y un ejército de doscientos cincuenta mil soldados, muchos españoles, cometerán el error de invadir el territorio de Irak. Saldrán las pancartas contra la guerra. Artistas, escritores, profesionales y jóvenes libres de escamas presidirán la manifestación. Carmen, la rubia de ojos azules, le dijo a Suárez: «Un día te llevaré a la plaza de Lavapiés, donde están tumbados en las aceras algunos musulmanes fundamentalistas, nos daremos un paseo por la calle del Tribulete,

visitaremos algunos locutorios donde se recargan ciertos móviles y si no se te ha estropeado el olfato, verás que la atmósfera está cargada de venganza, que es el explosivo peor de todos, el más mortífero. Pero yo estoy muerta y tú has perdido la memoria».

«¿Cómo es posible que el padre de la novia, un político desgañitado y displicente que te apunta con el dedo, como si amenazara y a la vez te perdonara la vida, haya llegado a presidente del Gobierno y se haya construido su pedestal de estadista y haya metido a los españoles en una guerra?», preguntó Suárez antes de elevar la cucharilla de plata con el helado de pistacho a los labios. «Tuvo un atentado de ETA —contestó la mujer rubia—. Su Audi blindado pasaba por la calle José Silva, de Madrid, a las ocho de la mañana y a cuatrocientos metros de su casa se produjo la explosión de un coche bomba. Los terroristas midieron mal los tiempos. Por una fracción de segundo los veinticinco kilos de amonal se proyectaron contra la parte trasera del automóvil del político en lugar de darle de lleno, de modo que el coche no se aplastó contra la pared de enfrente sino que hizo un trompo y Aznar salió ileso, sólo con un leve corte en la cara. Reaccionó con serenidad, se sentó en un bordillo y luego en pie mostró entereza. ETA, con ese atentado, lo hizo presidente del Gobierno. Él también ha regresado de la muerte. Es un muerto viviente».

Ocurrió el 19 de abril de 1995. Al año siguiente Aznar ganó las elecciones. Desde entonces, cuanto más fuerte ha abrazado a España contra su pecho falangista, más la ha cuarteado; sus insultos de gallo de pelea han despertado en los suyos la necesidad de sacar también los espolones para no ser menos cuchilleros que el jefe, con lo cual ha convertido la política en un espacio agresivo donde mandar sólo significa mandar y nada más que mandar, con el único objetivo de derrotar al enemigo para curarse así de las frustraciones personales. Hubo un momento en que pidió que Luis Cernuda y otros poetas de la Generación del 27 acudieran en su ayuda. Incluso en uno de sus mítines citó a Manuel Altolaguirre. Se dio un paseo por la Residencia de Estudiantes, pero ese baño era una impostura.

En medio del bosque lácteo comenzaron a sonar más trompetas. «¿Quién habla así ahí arriba?», preguntó Suárez levantando la

mirada hacia la copa de los árboles. Un ángel del Apocalipsis acababa de abrir el séptimo sello. Todas las cargas de basura que afloraban en la superficie llegaban acompañadas de la misma voz profética: no hay nada que hacer; así son las cosas, así es la vida. Esta boda con mil doscientos invitados, doscientos cincuenta camareros y setenta y cinco cocineros en el monasterio de El Escorial es el símbolo del estercolero nacional. Los ciudadanos respetables han pactado con gran conformismo la corrupción, los escándalos, los atropellos o las injusticias flagrantes, a cambio de un cierto bienestar económico. Así son las cosas. Así es la caída. Estas sensaciones cruzaban la desmemoria de Suárez cuando la ceremonia nupcial se dio por terminada.

Juramento

Juramento de los Principios del Movimiento Nacional entre varias raciones de calamares.

Sin duda una de las personas que conocieron más profundamente la psicología de Franco fue Pedro Sainz Rodríguez, su amigo de juventud en Oviedo, cuando era catedrático especialista en literatura mística y Franco iba por allí a hacerle la corte a Carmen Polo. Don Pedro, un gordo sabio y mordaz, fue el principal conspirador civil contra la República, ministro de Educación en el bando nacional mientras duró la guerra y exiliado monárquico después. Vivía a la sombra de don Juan en Estoril como mentor y urdidor de estratagemas para que este pretendiente recuperara el trono de España.

El día 22 de julio de 1969 en las Cortes Orgánicas se iba a celebrar un acontecimiento importante. Juan Carlos, su hijo, debía jurar los Principios del Movimiento Nacional, un acto necesario para ser aceptado y proclamado sucesor de Franco a su muerte, no como restaurador sino como instaurador de una nueva monarquía. Con este acto se rompía la línea sucesoria de la Casa Real y don Juan quedaba apartado definitivamente del juego dinástico. El acontecimiento político de primera magnitud lo iba a transmitir en directo Radiotelevisión Española, de la que Adolfo Suárez sería nombrado director general muy poco después, pero las imágenes de la primera y única cadena no llegaban a Portugal. Pedro Sainz Rodríguez y don Juan de Borbón tuvieron que salir de Estoril y cruzar la frontera para contemplar la ceremonia por televisión en el primer bar de carretera del territorio español, cerca de la raya de la provincia de Badajoz. En la barra de ese bar había chorizos pringados con manteca en cazuelas de barro, bandejas de tordos fritos, calamares a la romana, aparte de múltiples y variadas banderillas que ensartaban en un mondadientes un pepinillo, una cebolleta y un boquerón en vinagre. Colgaba del techo una cinta cubierta de una sustancia melosa donde se habían pegado cientos de moscas y el televisor en blanco y negro tenía unas cortinillas

coronadas con unas flores de papel y estaba encasquetado con un soporte de herrajes muy alto en un rincón del establecimiento. Pedro Sainz y don Juan se sentaron en taburetes de la barra entre camioneros y tratantes, pidieron un café con leche y, rodeados de la indiferencia de los demás parroquianos, que hablaban del precio de los forrajes y de una verónica de El Viti, se dispusieron a contemplar cómo Franco le pegaba al jefe de la Casa Real, allí presente, una puñalada por la espalda. Entre el sonido de vasos y cucharillas, y gritos de ¡marchando un pincho de tortilla y una de boquerones!, se oía la engolada voz del locutor David Cubedo que narraba la ceremonia, primero el juramento y después el discurso del príncipe Juan Carlos, que entonces todavía pronunciaba las palabras con la lengua muy redonda.

En la pantalla don Juan Carlos ocupó su lugar a la derecha de Franco, que estaba iluminado de lado con una lámpara de enagüillas y tenía las gafas en la punta de la nariz. El silencio en la Cámara era absoluto. Ante el jefe del Estado y el presidente de las Cortes, el hijo de don Juan hincó las rodillas en un cojín de terciopelo granate, colocado en la tarima de madera. Sobre la mesa estaba abierto el libro de los Santos Evangelios, el mismo en el que prestaron juramento la reina María Cristina, como regente, y el rey Alfonso XIII, trastatarabuela y abuelo, respectivamente, de don Juan Carlos.

El presidente de las Cortes, don Antonio Iturmendi Bañales, preguntó al príncipe: «En nombre de Dios y sobre los Santos Evangelios, ¿juráis lealtad a su excelencia el jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino?».

«Sí, juro lealtad a su excelencia el jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino».

El presidente de las Cortes concluyó: «Si así lo hiciereis, que Dios os lo premie, y si no, os lo demande».

A continuación S. A. R. pronunció un discurso:

«Mi General, señores Ministros, señores Procuradores: plenamente consciente de la responsabilidad que asumo, acabo de jurar, como Sucesor a título de Rey, lealtad a Su Excelencia el Jefe del Estado y

fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y Leyes Fundamentales del Reino. Quiero expresar, en primer lugar, que recibo de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo Franco la legitimidad política surgida el 18 de julio de 1936, en medio de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, tristes, pero necesarios, para que nuestra Patria encauzase de nuevo su destino. Pertenezco por línea directa a la Casa Real española y, en mi familia, por designios de la Providencia, se han unido las dos ramas. Confío en ser digno continuador de quienes me precedieron. La Monarquía puede y debe ser un instrumento eficaz como sistema político si se sabe mantener un justo y verdadero equilibrio de poderes y se arraiga en la vida auténtica del pueblo español. Mi General: desde que comencé mi aprendizaje de servicio a la Patria me he comprometido a hacer del cumplimiento del deber una exigencia imperativa de conciencia. A pesar de los grandes sacrificios que esta tarea pueda proporcionarme, estoy seguro de que "mi pulso no temblará" para hacer cuanto fuere preciso en defensa de los Principios y Leyes que acabo de jurar. En esta hora pido a Dios su ayuda y no dudo que Él nos la concederá si, como estoy seguro, con nuestra conducta y nuestro trabajo nos hacemos merecedores de ella».

«¡¡Una de chorizo y una española con atún!!», gritó un camarero. Terminada la jura, don Juan se secó las lágrimas y a continuación pidió una ración de chorizo y un chato de vino. Se volvió hacia Pedro Sainz y le dijo: «Al menos hay que reconocer que Juanito ha leído muy bien». Montaron en el coche y don Juan, descabalgado de la dinastía, volvió a Estoril llorando. Después largó amarras en su yate *Giralda* y se dio un garbeo por el mar.

Apenas emitido el juramento, en la conciencia del príncipe, tal vez, se inició una jugada, que sería larga y azarosa, para desdecirse de las palabras que había pronunciado. Dos personajes entraron a continuación en escena sin que nadie reparara en ellos, salvo el gordito don Pedro, quien comenzó a tejer desde la oscuridad la tela de araña. Adolfo Suárez fue nombrado director de Radiotelevisión Española y poco después llamó con los nudillos en la puerta de su despacho Carmen Díez de Rivera, dispuesta a servir de enlace entre

el príncipe y este joven de mandíbula cuadrada. La mujer rubia en esa encrucijada se estableció en reina de corazones en el vértice de ese triángulo. Llegaba herida, pero llena de ambición política, con ese donaire más allá del bien y del mal, que dota de moralidad a las almas nobles.

En la niebla de la memoria Adolfo Suárez a veces recordaba sus lecciones, que ella le transmitía después de haberlas recibido a su vez de don Pedro Sainz, durante algún almuerzo con la servilleta colgada de la nuez. «Oye, Adolfo, a ver si aprendes la lección. Dice el gordito Sainz que Franco como dictador sólo tiene una obsesión sin fisuras: durar, durar, durar hasta morir en la cama, junto al brazo incorrupto de Santa Teresa y el manto del Pilar, y una vez muerto ser enterrado con honores de faraón en el Valle de los Caídos. No te engañes. Contra lo que pueda parecer, al dictador la ideología le trae sin cuidado. Sólo machaca a quienes se le enfrentan directamente o ponen en cuestión su poder. Por eso considera que su enemigo más peligroso es el padre del príncipe, don Juan de Borbón, el que quiere arrebatarle el sillón. El comunismo y la conjuración judeomasónica son una coartada retórica para cubrirse. Su demonio no está en Rusia sino en Estoril. La censura moral la ha dejado en manos de la Iglesia. Desde los años de la guerra en Salamanca, donde firmaba sentencias de muerte en batín siempre a la hora del desayuno mientras mojaba churros en el café con leche, se ha ido adaptando de forma pragmática como un galápago a la realidad cambiante del país. "Bueno, haced lo que haya que hacer. A mí dejadme matar perdices", les dice a sus ministros, a los que trata como coroneles dentro del enorme cuartel de España. A él le basta con refregar su victoria por las narices de los perdedores de la guerra cada 18 de Julio, incapaz como es de olvido y perdón».

Por lo demás Carmen Díez de Rivera venía de una aristocracia un poco pasada, una aristocracia de mucho traje blanco, vacaciones en San Sebastián y en Biarritz, casa solariega con oratorio privado y director espiritual muy de manga ancha, fiestas de sociedad, pedidas de mano y bailes de debutantes, todo un poco ajado, sin demasiado estilo, un mundo fenecido en el que había entrado su madre, Sonsoles de Icaza, marquesa de Llanzol, por matrimonio, una real

hembra especialista en cazar a cualquier personaje que le interesara, ya fuera banquero o intelectual. Arrasaba por donde iba sin prejuicios que le impidieran reinar sobre aquellas familias conocidas del barrio de Salamanca. «¿Cómo sales con ése si no tiene título nobiliario?», decían las madres a las hijas. Pero ese mundo no era el espejo velado de una película de Visconti. De cerca aquellos aristócratas eran bastante horteras, con caspa en los hombros, pequeños, gorditos, con el cuello corto y bigotito. Unos eran puntas de rama, medio alcoholizados, solterones, siempre con blazer azul, fular y pantalones de franela, que tomaban el aperitivo en el Corrillo de Serrano o en El Aguilucho al mediodía con los ojos arañados por la resaca anterior, recién levantados, sin nada que hacer sino esperar el aperitivo del día siguiente para seguir hablando de fincas y venados. Entre ellos se producían muchas uniones de lindes a través de las sacristías bendecidas por la iglesia, pero había muchos más cambios de pareja, líos y maledicencias.

«Yo soy fruto de un adulterio, para que veas, Adolfo. Tú que eres tan beato, a lo mejor te escandalizas —le decía la mujer rubia—. Mi madre, una real hembra, se lio en aquel Madrid de ceniza con un ministro, un guapo castigador. Se rumoreaba que Concha Piquer también era amante de Serrano Suñer. Sé que mi padre biológico le mandaba todos los días una cesta de flores al camerino cuando actuaba en Madrid y en cualquier teatro de provincias. Me crie entre algodones en medio de esta granja de engorde y reproducción que es la aristocracia. Una doncella me llevaba al parque del Retiro en un coche de bebé que tenía las ballestas de suspensión de un Rolls-Royce. En el bachillerato estuve interna en el Colegio Jesús-María de la calle Juan Bravo, ¿te imaginas?, interna a quinientos metros de mi casa de la calle Hermosilla».

La marquesa de Llanzol se salía de aquella reala que nunca leyó un libro. Ortega y Gasset estaba enamorado de ella como un crío, la cortejaba, le mandaba cartas ridículas, sonrojantes, babeantes, que algún día habrá que quemar. Le gustaba verla jugar al tenis en el Club de Campo o de Puerta de Hierro mientras se tomaba un vermut Cinzano bajo el parasol imaginando filosofías. Ella se dejaba halagar por aquel filósofo, faro de la inteligencia española, y no se sabe si

llegó un día a pararle los pies, como hizo Victoria Ocampo, la reinona millonaria argentina que ante su propuesta un poco atrevida le dijo: «Don José, yo le he traído a Buenos Aires como pensador, para la cama ya tengo a un campeón de polo». Xavier Zubiri también la adoraba pero se conformaba con pellizcarle el culo después de las conferencias que impartía en los salones del banco Urquijo sobre la inteligencia sentiente o la esencia de la nada, todo en el aire delicado, exquisito de la Sociedad de Estudios y de la *Revista de Occidente*.

La mujer rubia era amiga íntima del príncipe Juan Carlos por lazos familiares. Una prima estaba casada con el coronel Alfonso Armada, que era su ayudante e instructor. De regreso de África en 1967, la invitaban a cenas y fiestas en la Zarzuela. Su hermana Sonsoles estaba casada con Eduardo Fernández de Araoz, concuñado de la infanta Pilar, hermana de Juan Carlos. Su tío Ramón, marqués de Huétor, fue jefe de la Casa Civil de Franco. La mujer de éste, Pura Huétor, una verdadera arpía, era íntima amiga de doña Carmen, y la que le llevaba todos los chismorreos de la calle. «Yo bromeaba a veces con Juan Carlos y le decía: "Hay que imaginar a millones de óvulos y espermatozoides de oro saltando, bailando, bajando desde la Edad Media por todas las uretras de la historia, desde Fernando I de Castilla, Wifredo el Velloso, los Reyes Católicos, María Estuardo, Luis XIV, María Teresa de Austria, Felipe de Orleans y también Canuto II el Grande, Iván el Terrible, el emperador alemán Guillermo II, realizando entre ellos infinitas combinaciones hasta concentrarse en ti, querido Juan Carlos, que en el fondo no te distingues de cualquier otro joven en el momento de alargar el brazo hasta la barra para trincar el gin tonic, mientras cuentas un chiste cuartelero". El príncipe se reía y por lo visto tampoco le habría importado que nuestros respectivos óvulos y espermatozoides jugaran juntos cualquier tarde en uno de aquellos refugios de la sierra de Gredos».

En la genealogía de Juan Carlos de Borbón hay reyes que fueron santos y otros que fueron crueles, magnánimos, ceremoniosos, felones, terribles, grandes, locos, hermosos, magníficos, justicieros, melancólicos y breves. El guisante de Mendel tiene donde escoger.

En la monarquía se mezclan el Estado y las hormonas, los avatares de la historia y la aventura ovárico-seminal, que no es menos convulsa. Dado este fondo irracional, mágico y genético en que se sustenta la monarquía, los ciudadanos libres, ante un príncipe heredero, se hacen dos preguntas, sólo dos: cuál es su carácter y con quién se va a casar, ya que los príncipes tienen mucha naturaleza y vienen al mundo para fabricar más príncipes, aparte de bastardos. Por eso la gente llana, que soporta la historia como una losa, está muy interesada en saber de sus soberanos sólo cosas muy sencillas, el carácter, las aficiones, los amores, las taras hereditarias, las veleidades, la identidad de la pareja en la que van a depositar el don de sus genes, porque ese tejido vital tan vulgar, tratándose de príncipes y reyes, está unido a la sustancia del Estado y de ello depende no sólo un sueño de hadas sino también el que uno pueda dormir tranquilo. El príncipe Juan Carlos es muy normal, dicen cuantos lo conocen. Como es lógico, se trata de una normalidad especial.

En aquellos tiempos en que Madrid olía a pellejo de vino que acarreaban los boteros, en el Palacio de Oriente los cortesanos, lacayos con librea y otros zánganos de dorado caparazón zumbaban alrededor del monarca disputándose el honor de sacar a la intemperie la bacinilla real. «Cuando yo nací —le decía a Suárez la mujer rubia—, ese mundo ya no existía salvo en la imaginación de unos aristócratas acartonados. El príncipe Juan Carlos no tiene alrededor a nadie que le haga creer que vaya a reinar, salvo nosotros dos: una extraterrestre y un advenedizo jugador de póquer. Tú y yo nos vamos a aliar con él. Hazme caso. Te veo perdido haciendo la pelota a unos políticos pasados de tiempo. El príncipe es el futuro. Tienes que darle cancha en televisión para hacerlo popular. Vive en un chalé de las afueras, como un ejecutivo, juega al mus con un marqués y un gitano, se le ve en la barrera de los toros, habla como un castizo, tiene aspecto de gustarle mucho los huevos con chorizo y se duerme en los conciertos, aunque es probable que le agrade *'O sole mio.* Es simpático, muy galante con las mujeres y tiene desparpajo. Mata perdices, ciervos, marranos, osos y elefantes. Yo soy una muerta viviente y esas cosas las veo desde el otro lado».

Otro día Carmen le dijo a Suárez en el aguaducho del Manzanares donde habían desembarcado con la vespa: «Tenemos que hacer entre los dos un rey que vaya al supermercado en bicicleta, que realice expediciones de arqueología, que restaure incunables, que vacune cerdos y se entretenga en el jardín con la podadera hasta lograr una rosa malva después de cien injertos, como hacen algunos colegas suyos de Escandinavia. Mi padre oficial, el buenazo de Llanzol, de niña me tenía en sus rodillas y me hablaba de aquel palacio real en sus tiempos».

El rey desarrollaba el enorme trabajo de cambiarse de traje o de uniforme diecisiete veces al día con sus correspondientes polainas de caña de antílope, medallas, charreteras y todo eso, lo que equivale a abrocharse mil botones cada jornada. Hacía bastardos en invierno y primavera. Pasaba el verano en San Sebastián con cuello de porcelana, traje color hueso semientallado y sombrero duro con cintilla blanca. Los aristócratas seguían a la Familia Real en su veraneo, se fotografiaban en bombachos con una pantorrilla de rombos en el estribo del Hispano-Suiza y jugaban al polo. Los reyes también visitaban a los apestados en cualquier epidemia o a los descalabrados de una guerra colonial y consagraban a sus súbditos al Corazón de Jesús. Como una gran aventura, Alfonso XIII había recorrido en mula Las Hurdes en compañía de Marañón y algún cirujano sangrador, para ver de cerca a aquella pobre gente enferma de bocio. A pesar de todo, la vieja monarquía era un poco paisana. Mojaba las galletas en la taza de té, parecía fascinada por un casticismo de Ribera de Curtidores y celebraba los lances de Lagartijo. Los aristócratas palaciegos servían de enlace con el mundo exterior. En los saraos de palacio formulaban cuitas o maledicencias agitando los polleros a la sombra de los tapices entre un laberinto de espejos, y durante las cacerías y otras merendolas campestres las camarillas ejercían su presión en torno a los íntimos aposentos.

Adolfo Suárez preguntó a la gacela: «¿El príncipe sabe que me he enamorado de ti?». «No seas idiota —contestó ella—. ¿Cómo puedes decir eso? Si lo supiera, se pondría muy celoso. Tenemos que fabricar entre los dos un rey que no tenga que huir de nuevo en un destructor de la Armada por Cartagena. Tú vienes del fascismo. Yo

te presentaré gente de la oposición. Abriré las ventanas para que en tu despacho tan rancio entre aire de la calle. Al príncipe le pondré en contacto con gente normal, intelectuales, escritores, artistas. Soy una aristócrata nacida del adulterio, hija de un político conspirador. Estoy más allá del bien y del mal. Muerta. Llena de vida. ¿Me entiendes? Entrégate. Anda, atrévete a darme un beso, falangista, santurrón. Aquí no nos ve nadie salvo esa abubilla que nos contempla desde esa zarza».

Los fusilados y las muertas vivientes tienen el pasmo de ver el pasado y el futuro dentro de un vaso de sangría, como aquella tarde Carmen y Adolfo veían la historia de España. «Si en este país lloviera de forma suave y oblicua sobre los lomos de vacas húmedas de ojos azules y hubiera ríos navegables —dijo la corza herida por un doble amor—, no habría problema. Pero Juan Carlos, rey, tendrá al menos una ventaja. Ya no existe la historia. Juan Carlos se salvará por su simpatía, su desparpajo y la necesidad que tiene de que le quieran porque viene de una larga humillación, de un silencio impuesto por un dictador, por el lance de haber traicionado la línea sucesoria contra su padre, por una saga de desgracias personales que se manifiesta en una mirada desvalida, el accidente aciago de haber matado a su hermano jugando con una pistola, de que le salgan hijos bastardos de debajo de las piedras. Pero es alto, rubio y campechano. Tiene a favor que los viejos monárquicos no le quieren; en cambio, los pintores abstractos compondrán serigrafías en su honor, escritores republicanos de barba contracultural se vestirán alborozadamente de gris marengo antes de darle la mano, algunos rebeldes de imperdible dejarán de picarse la vena para ir a la recepción y las chicas del grupo roquero ensayarán la media reverencia frente al armario de luna. La cosa va a funcionar, ya lo verás».

Adolfo Suárez, presidente del Gobierno, en su desmemoria tenía imágenes desvaídas de un Juan Carlos que se permitía la modernidad de romperse la cadera esquiando. El deporte es una ascética para gente de sangre azul y en este sentido la parte visible de su figura, la que el pueblo llano consumía sentimentalmente por medio de las revistas del corazón, era el yate en Mallorca, el rey

desnudo duchándose en cubierta después de una regata, habladurías de una cala secreta con el *Fortuna* lleno de chicas rutilantes, carne fresca siempre renovada que le proporcionaban los amigos, un poco de squash, imágenes de Baqueira Beret, aquel resbalón en la piscina cuando se dio contra un cristal, las escapadas en motocicleta bajo el anonimato del casco, las cenas en el restaurante Landó o en Casa Lucio con los compañeros de promoción en las armas, los chismes sobre amantes mallorquinas, las fotografías hieráticas en las audiencias o en maniobras militares con la guerrera abierta, la boina ladeada y el bocadillo de campaña. «¿Dónde está el Rey?», preguntaban desde el Ministerio del Exterior. «No se sabe. Ha desaparecido», respondía desde la Zarzuela el general Sabino Fernández Campos. «Su majestad debe firmar un decreto para que aparezca mañana en el Boletín Oficial del Estado». A veces hubo que mandar un avión Mystère a Suiza a altas horas de la noche, llamar a una determinada suite de cualquier hotel para recabar la firma real. Juan Carlos se hallaba todavía en estado de gracia, y todo se le perdonaba. En España había una monarquía sin corte. El Palacio de la Zarzuela era una mansión somera, con hábitos de alta burguesía de familia desestructurada, cuyo lujo en un país industrial estaba al alcance de cualquier mediano magnate del pollo frito. Pero ¿existían cortesanos? Sin duda alguna. Algún manco, algún árabe con un grifo de oro en la entrepierna bajo la chilaba. Sólo que no se parecían a los de antes. Los palaciegos son seres que tratan, con suerte o sin ella, de influir en la voluntad del rey, de llevar la presión de sus intereses hasta el pie de la firma. En la antigüedad se les reconocía al instante por el plumero. No en sentido figurado. Ellos se adornaban con penacho y casaca con grecas de oro, botines de paño y bigote engomado. Iban en carroza por la calle del Arenal entre afiladores, boteros, buhoneros y perros sin collar en dirección al Palacio de Oriente, donde tenían un despacho de damasco y conspiraban detrás de los cortinajes. Los cortesanos de hoy estaban muy lejos y Suárez los conocía. Como en otras cortes europeas, el palaciego podría ser el embajador influyente de un país que tiene la sartén por el mango, o el ejecutivo de una multinacional que llama por persona interpuesta desde un

rascacielos de Nueva York, o el jefe de la CIA, o el dictador suramericano que es capaz de comprar quinientos camiones Pegaso a cambio de una visita de adorno en nombre de la Madre Patria, o el jeque árabe que te besa la mejilla y estampa en ella un cheque de cien millones de dólares, o el banquero en apuros o el industrial boyante que quieren pedir favores o regalarle un Biscúter, como a Franco, o un yate, como en este caso. También estaban los pelmazos por cuenta propia, esos que el guardia detiene junto a la verja con unas cartas de tarot.

En la memoria de Suárez un buen día cesaron los chascarrillos. La gente sabía que Juan Carlos era capaz de partir dos ladrillos con un golpe seco de kárate con el filo de la mano. Poseía una carcajada muy borbónica pero nunca hablaba de política, el general Franco se lo había sacado de la manga como un rey de naipe y lo estaba vaciando a su imagen y semejanza. Algo pudo aprender a su sombra. Franco tenía las virtudes menores del ser humano muy desarrolladas. Habilidad, constancia, picardía, desconfianza y un instinto de reptil para cambiar de piel y adaptarse al medio. En cambio, carecía de los dones mayores que la naturaleza concede a los grandes y magnánimos estadistas. Dentro de esta escuela, este joven de piernas largas nunca opinaba nada, pero el público se dividía en dos: unos decían que era listo y se hacía el tonto como el emperador Claudio, otros creían que Dios no le había regalado demasiadas luces pero que era simpático; unos juraban después de haberlo tratado que un día podría dar la sorpresa, otros pensaban que el invento no tenía ninguna posibilidad de funcionar. Los jerarcas del régimen le pasaban la mano, lo veneraban como a una alargadera del dictador. La oposición se limitaba a hacer chistes acerca del caso, que es la forma con que la impotencia política se lame la llaga del costado. Hablaban de su próstata, de sus testículos. En algunas redacciones y tertulias se decía que el testículo que le habían extirpado lo recuperó una reportera de *Interviú* de un contenedor de desechos quirúrgicos con ayuda de un celador compinche. Parece ser que lo conservaba como una presea desde entonces y solía mostrarlo a los amigos en algunas fiestas en casa dentro de un frasco de formol recamado con grecas doradas y la

silueta de un elefante con la trompa alzada. A pesar de todo, a los gerifaltes de antaño les silbaba detrás de la oreja la consabida mosca a causa de su padre, don Juan, que había tomado una postura pública contra el régimen de Franco desde el Manifiesto de Lausana, en 1945, y no podía variarla sin menoscabo de su autoridad. Juan Carlos había venido a España y no dijo nada, de modo que podía jurar todas las leyes que le ponían delante sabiendo en la intimidad que eran reformables dentro de un contorno. Se calló, pero lo pensó. Luego lo hizo. Los liberales, los del contubernio de Múnich, los democristianos, la oposición moderada se había subido en lo alto del tobogán con don Juan en Estoril, la historia se deslizó suavemente y el cúmulo de demócratas cayó en brazos de Juan Carlos. Fue un lance político entre grandes maestros, uno de ellos, el principal, aquel gordito Pedro Sainz, que urdió esta trama desde aquel bar de carretera entre gritos de parroquianos, que pedían una de calamares.

El adulterio frenético

El adulterio frenético bajo las bombas, el embarazo exquisito en el Madrid de la Victoria.

Al regresar de Costa de Marfil, donde pasó tres años en el poblado de Daloa como cooperante de unas monjas francesas, la mujer rubia quiso enfrentarse de una vez con uno de los fantasmas que la visitaban todas las noches en el sueño. Tenía que hablar cara a cara con Serrano Suñer, dejar de llamarle tío Ramón y atreverse a llamarle padre y saber si él la aceptaba como hija. Cruzó unas palabras formales por teléfono, para concertar una cita en su casa o en cualquier otro lugar. Fue en su casa una tarde en que, según le dijo, estaría solo, sin la mujer ni los hijos. Carmen llegó puntual. Llamó al timbre. Una vez, dos veces, tres veces, sin respuesta. Pensó que el vacío le esperaba de nuevo. Después de cinco minutos oyó unos pasos; a continuación, muy elegante, sin perder todavía su apostura de dandi impecable con fular, él mismo abrió la puerta, le dio un beso y, ante su sorpresa, en lugar de llevarla al salón y ofrecerle un café o algo así, la hizo pasar a un despacho forrado de libros y se atrincheró detrás de su mesa de trabajo y le señaló un sillón alto que había frente a él para que se sentara, como si fuera una clienta que iba a consultarle un problema jurídico. Antes de pronunciar la primera palabra, mientras removía unos papeles para poner cierto orden en una carpeta o para dominar su evidente nerviosismo, puesto que no sabía cuáles eran las intenciones ni las salidas de carácter de la chica, ella tuvo tiempo de contemplar algunas fotografías que adornaban los anaqueles de su biblioteca. Todas eran recuerdos familiares, no había ninguna en que se le viera como gerifalte del franquismo, peinado hacia atrás con brillantina, la chaqueta blanca con el yugo y las flechas en la solapa y la camisa negra que le sentaba igual o mejor que al conde Ciano, el ministro y yerno de Mussolini. En una foto aparecía con su mujer Zita Polo y los hijos, entre ellos el novio de Carmen, todavía niños con sus gorritos blancos en la playa de Benicasim, donde pasaban las vacaciones en la mansión de El Palasiet, encima del hotel Voramar, muy cerca de la

Villa Elisa, de su amigo Joaquín Bau. Aunque había nacido en Cartagena, Serrano Suñer, de muy joven, estaba vinculado a Castellón, donde su padre era ingeniero del puerto. De esa raíz le venía a la mujer rubia su amor al Mediterráneo, tal vez. Le gustaba el mar para nadar, no para bañarse. Carmen le comentó lo guapo que estaba en una de aquellas fotos. «¿Guapo? Ja, ja», exclamó. Entonces Serrano Suñer comenzó a hablar sin mirarla directamente a los ojos. «Cuando eras niña —dijo—, tu madre se servía de ti como enlace entre los dos. Si pasaba un tiempo sin verme se ponía muy nerviosa y te mandaba una doncella a la habitación con el recado: "Llama al tío Ramón y dile que tienes muchas ganas de estar con él para que te haga muchos mimos". Era una contraseña. A veces me hablabas por teléfono a altas horas de la noche y entonces yo sabía que tu madre estaba desesperada. Temía perderme. Estaba loca. Era una joven increíble, fuera de lo común. Me enamoré de ella en Burgos, en plena guerra, cuando yo era todavía ministro del Interior. Tu madre era sin duda la única chica con clase en medio de aquel fragor rancio de aristócratas y gente adinerada que había huido de la zona roja para cobijarse al amparo del bando nacional. Yo estaba construyendo jurídicamente la forma del Estado y cada habitación, incluso cada rincón de aquel palacio de Burgos, era un ministerio. Entraban y salían funcionarios, todos con los partes de guerra dibujados en el rostro. Era una trinchera burocrática y en medio de aquella confusión tu madre aparecía por el despacho, desenvuelta, inteligente, seductora. ¿Cómo no me iba a enamorar, si era el único ser que justificaba estar vivo en medio de aquella carnicería? Burgos era una ciudad pequeña, tomada por los militares en todas sus costuras. Ese ambiente castrense y clerical, el clima de violencia de una guerra fratricida, que lo llenaba todo, cuarteles, iglesias, sacristías, bares y alcobas, favorecía la transgresión erótica, el peligro aún la acrecentaba más, era muy excitante la sensación de que todo podía suceder por última vez. Yo tomaba a tu madre como una batalla que debía ganar. Tenía muchos rivales. Tu madre era cautivadora, muy coqueta».

Carmen estaba ahora en el despacho de Serrano Suñer y en los instantes de silencio, que le parecían eternos, no dejaba, tal vez, de

imaginar aquella escena. Burgos en plena guerra. Despacho de ministro del Interior, en el mismo palacio donde vivía Franco. Sonsoles de Icaza, marquesa de Llanzol, casada con el comandante aristócrata, grande de España, Francisco Díez de Rivera y Casares, que andaría por alguna de las oficinas, esa mujer de veintisiete años, de cuerpo espléndido, un metro setenta y cinco de estatura, con zapatos de tacón de aguja de diez centímetros, atravesando pasillos y estancias bajo el traqueteo de las máquinas de escribir, seguida por la mirada entre admirativa y aviesa de los burócratas del antedespacho del ministro del Interior. «Ahí viene otra vez», se decían con un guiño malicioso. Cruzaba sin saludar a nadie. Dos golpes de nudillo en la puerta. El ministro la hacía pasar. Los funcionarios más cercanos oían el cerrojo que dejaba aquel recinto hermético e impenetrable para Dios, la patria y el resto del mundo. Carmen no podría dejar de pensar lo que sucedería allí dentro. Imaginaba a su madre sentada en las rodillas de Serrano en el mismo sillón desde donde se daban órdenes de la máxima crueldad, cárceles, fusilamientos, torturas contra el bando republicano, mientras el chasquido de los besos sería igual de violento y la posesión inminente, voraz, rápida, angustiosa de los cuerpos sobre un sofá de cuero negro bajo el retrato de Franco, su cuñado, no podría desmerecer el fragor de cualquier bombardeo.

«¡Dios mío, cuánto llegué a querer a tu madre! Después de la guerra, con la euforia del triunfo, en Madrid continuamos nuestra relación. Pero tienes que comprender que ese amor me costó mi carrera política. ¡Dios mío, cuánto quise a aquella mujer!». Carmen imaginaba a Sonsoles de Icaza después de la guerra en aquel Madrid de la Victoria, lleno de miedo y de hambre, de mendigos y de funcionarios represaliados, luciendo un embarazo bellísimo, propio de un adulterio, entre las familias conocidas del barrio de Salamanca, mientras Serrano Suñer, elevado a ministro de Asuntos Exteriores, acompañaba a Franco a entrevistarse con Hitler en la estación de Hendaya, viajaba a Berlín a parlamentar con su colega Von Ribbentrop, era invitado por el canciller alemán en su Nido del Águila, lanzaba desde el balcón de la calle de Alcalá el anatema «¡Rusia es culpable!» para movilizar a los voluntarios de la División

Azul, y sobre todo la fascinación que ejercía entre algunas mujeres del barrio de Salamanca, ojos azules de acero, cejas rectas, rubio, el pelo planchado y su uniforme de fascista nazi, realmente era el único al que le sentaba bien y sabía llevarlo con estilo en medio de la caspa de jerarcas del régimen con el cuello sudado y las uñas sucias.

«Eres mi hija, querida Carmencita, la que más se parece a mí, todo el mundo lo sabe, aunque no pueda reconocerlo públicamente para no hacer daño a personas que quiero mucho. Por ti he pagado mi culpa».

Después de aquella visita a su padre biológico, recién regresada de África con todos los traumas todavía en carne viva, tuvo que enfrentarse a la vida diaria en la calle Hermosilla al lado de su madre y sobre todo junto a la sombra callada de aquel teniente coronel aristócrata, bonachón, que la adoraba, Francisco de Paula Díez de Rivera y Casares, que la había tenido en brazos de niña, que la había mimado y había demostrado que era aún su preferida entre los cuatro hermanos. Como si el drama no fuera con él, este hombre bueno y leal asistía con desgana a las fiestas de sociedad, se ponía con suma pereza el esmoquin, el chaqué o el frac para bailes, bodas y otros eventos propios de su clase, pero sólo ansiaba estar sentado en el salón de casa leyendo sin que nadie le molestara.

Cada año los condes de Elda celebraban una fiesta de Nochevieja, famosa en aquella época de los años cincuenta. No eras nadie en la sociedad madrileña si no habías sido invitado por los Elda a aquel rigodón donde las parejas bailaban con sus amantes. Hay que imaginar a Sonsoles y a Serrano Suñer danzando ante la mirada del marido, un viejo caballero que contemplaba aquel sarao con las cuatro cestitas vacías de las doce uvas en las manos, que guardaba para sus cuatro hijos. Su mujer, treinta años más joven, llevaba una vida agitada con su amiga Aline, condesa de Romanones, montaba a caballo en el Club Puerta de Hierro, iba de cacería a fincas de banqueros amigos, viajaba por todas las ciudades del mundo, oía flamenco en el Corral de la Morería, asistía a conferencias de José Ortega y de Xavier Zubiri para pasar el rato en la Sociedad de Estudios del banco Urquijo, en la Casa de las Siete Chimeneas. Era

una especie rara de mujer madrileña. Hablaba perfectamente inglés y francés, había incorporado la cultura a su vida y encima la vestían directamente modistos de París. Ella misma había ayudado a promocionar a Balenciaga, que a su vez la había elegido como su musa. «Por ahí va la marquesa de Llanzol», decían a su paso los señoritos de El Aguilucho, que estaba junto al portal de su casa, o los del Corrillo de Serrano con un gin fizz en la mano y la otra en el bolsillo del pantalón de franela rascándose los genitales como es debido. Pasaba montada en su Cadillac. Era el Madrid de Ava Gardner y de Sonsoles de Icaza, marquesa de Llanzol. No había más.

«En mi inconsciente yo había aislado a mi padre biológico con una especie de tapa de quesera para que no se lo comieran las pequeñas ratas que llevaba dentro. A mi padre Llanzol lo seguía queriendo, adoraba la silenciosa ternura con que me miraba aun sabiendo que no era su hija, ¡cuánta bondad tenía aquel hombre!, "¡cuánto vas a sufrir, Carmencita!", me decía, pero a mi madre ya no pude soportarla más, me crispaba su desenfado, el que sólo pensara en sí misma y que el cariño hacia sus hijos fuera siempre un triunfo que había que agradecerle. Era muy raro lo que me pasaba con ella. La quería y no la podía aguantar. Cuando Serrano rompió con ella en 1955 se revolvió contra mí porque yo le recordaba demasiado a esa pasión perdida. Nuestra relación llegó a tal extremo de degradación que un día me ofreció un millón de pesetas para que me fuera de casa. No lo acepté, pero dejé de vivir en Hermosilla y me independicé. Fue una etapa muy dura. Estudiaba en la facultad de Filosofía. Todos mis amigos pensaban que era una chica muy rara. No tenía dinero. Me alimentaba sólo de huevos crudos. Por quince mil pesetas al mes Zubiri me colocó como su secretaria en la Sociedad de Estudios, donde a veces me cruzaba con mi madre cuando acudía a alguna conferencia. Había allí un ambiente exquisito, el presidente marqués de Bolarque, el consejero delegado Juan Lladó, el historiador Ramón Carande, gente de la Institución Libre de Enseñanza. Para que veas. El secretario general del banco Urquijo era José Muñoz Rojas, un terrateniente, caballista andaluz y sobre todo un excelente poeta virgiliano, de la Generación del 27.

Este finísimo autor estaba un día en su despacho de secretario general. Llamó a la puerta delicadamente con los nudillos el consejero delegado Juan Lladó para hablarle de un asunto del banco y desde la puerta entreabierta, al ver que estaba garabateando con pluma estilográfica una cuartilla impoluta, le preguntó: "Pepe, ¿qué haces?". El secretario general le contestó sin levantar la cabeza: "Estoy escribiendo un soneto". Juan Lladó exclamó: "Por Dios, sigue, sigue, eso es lo más importante, no quiero molestarte. El banco puede esperar"».

Estas cosas le contaba Carmen a Adolfo, los dos tendidos en la cubierta de un yate que navegaba por aguas de Mallorca. «En medio de mi penuria, alguien que no hace falta que te diga quién es me mandó que fuera a hablar contigo, entonces para mí un desconocido, un tal Adolfo Suárez, recién nombrado director general de Televisión. Me aseguró que me recibirías de buen grado porque ya estabas avisado desde las alturas. De aquella primera entrevista salí escandalizada. Tu despacho absolutamente rancio contrastaba con la exquisitez de las estancias de la Sociedad de Estudios, perfumadas con lomos de cuero de libros esenciales. Alguien desde muy arriba insistió que eras su hombre, aunque parecías un fascista, y debía aceptar ser tu secretaria porque tenías un gran porvenir político. Qué horror. Pero necesitaba dinero. Fui a consultar con Zubiri. Me dijo que si no comía, me acabaría muriendo de hambre. Claudiqué. Regresé a tu despacho. Te dije: "Si me obligas a hacer algo que no me guste, me iré". Fuiste muy amable. Sólo querías que pusiera cierto orden en tu agenda, en tu mesa, en aquel despacho que parecía una leonera».

Muy bajos volaban los cormoranes en dirección a Andraitx y por encima de la borda llegaba una brisa salada. Carmen sentía que aquel mar le pertenecía por derecho de herencia. Lo había navegado muchas veces en la memoria desde niña. Con el tiempo tendría una casa propia en Menorca, su última morada, de donde regresó a Madrid cuando ya estaba herida de muerte. Pero éste era todavía un verano de juventud, una época radiante. Suárez acababa de ser nombrado presidente del Gobierno y navegaba junto a la mujer rubia impulsado por la fortuna.

Sólo la muerte vive todavía

Sólo la muerte vive todavía como memoria de aquella época.

La muerte acababa de entrar en la memoria de Suárez colgada de todos los árboles del bosque. Unas veces era Lola Flores la que agonizaba; otras era Pasionaria; otras su propia mujer Amparo Illana o su hija Mariam. La muerte siempre eran mujeres. Carmen Díez de Rivera seguía expirando en la niebla del bosque como la Ofelia de un cuadro del prerrafaelista Millais, la cabellera rubia a lo largo de la corriente y los ojos abiertos bajo el agua de aquel río que discurría por su memoria.

«Los aristócratas en España han tenido costumbre de tratarse con los flamencos; en cambio, a mí me excitaban más los rojos —decía Carmen Díez de Rivera—. Mi familia era poco de flamencos y cantaores, de esa gente que adora sobre todo el jamón de pata negra y se rinde ante cualquier señorito que en ese momento exhiba la loncha más gorda en lo alto de la mano. El hueso de un pernil era el asta de la bandera española. Franco mantuvo el pernil en el asta de la bandera cuarenta años. Yo nunca he sido castiza, pero me hubiera gustado ser amiga de Lola Flores, que se pasó la vida luchando a muerte por llegar a ser un gran cadáver popular. Pasionaria fue al final de su vida muy amiga mía, era una mujer que en los altares había suplantado a la Dolorosa, una Virgen ibérica, patrona de los obreros. A mi manera yo también he sido la niña de fuego en brazos de otro Manolo Caracol, ya sabes, el rey del cante; he roto con todos los tabúes de mi clase. Me hubiera gustado ir a Los Canasteros a ver a Lola, con Paco Umbral y el padre Llanos, cuando los tres formábamos un trío de amistad que llamábamos la trilateral».

En Los Canasteros a veces se producía un espectáculo muy excitante. En los entreactos, desde las mesas el público oía los golpes y las blasfemias que llegaban de la parte de atrás del escenario. En alguna ocasión, el espectáculo tuvo que suspenderse, decían algunos. Siempre por lo mismo. La mujer y los hijos de

Manolo Caracol se negaban a trabajar con aquella fiera que se había apoderado del corazón del emperador y había roto con sus muslos la regla de los gitanos. En los camerinos, se establecía un tumulto de gritos y bofetadas. De pronto, se hacía el silencio. La escena se iluminaba y entonces aparecía la niña de fuego enroscándose en el vientre del duro amante, y éste la cubría con voz de aguardiente. Manolo Caracol cantaba tan bien que, al oírlo, los perros ladraban desde el fondo de los tiempos.

Lola Flores le recordaba a Suárez su juventud en Ávila. El sonido esfumado de aquella radio Telefunken llegaba hasta los patios de luz, donde había calzoncillos y bragas tendidos goteando la castidad, y en el aire vagaba la canción de *La zarzamora* mientras la posguerra se extendía por toda la miseria. «Ay, pena, penita, pena», cantaba la criada, y la casa olía a coliflor revenida a merced del frío polar de la década de 1950, que era toda ella una cuaresma morada.

Adolfo Suárez había enamorado a Amparo Illana, hija de un militar. La llevaba a pasear a la sombra de las murallas, pero entonces este joven de Acción Católica creía que Dolores la Pasionaria era la encarnación del mal, una loba sanguinaria. Mientras la pasión de Lola Flores inventaba su propia libertad cada día, la caspa del franquismo se desarrollaba a su alrededor, pero no de forma distinta a como ha sido usada cualquier Virgen macarena. Eran tiempos duros. En el bosque lácteo se sucedían procesiones con mojamas de santos contra la sequía, la gente devoraba como un sacramento la carne del toro que había matado a Manolete, colgaban de los alcornoques los perros ahorcados, los fusilados en la guerra sacaban los brazos en las cunetas, en los barrancos, en las campas, y algunos turistas extranjeros pensaban que aquellos brazos eran sarmientos de una vid. ¿Por qué adoraba el pueblo a aquella flamenca? Franco la admiraba. Suárez la amaba. La mujer y la muerte. Cada una por distintos senderos del bosque llegó a la inmortalidad, Lola arrastrando a sus amantes y a su tribu de gitanos, Dolores la Pasionaria tirando de los cuernos de una manada de toros ibéricos. La Faraona dobló la esquina del franquismo y triunfó sobre los árabes de Marbella y los ricachones de La Moraleja. Era una anarquista analfabeta que quería ser marquesa porque sabía que

para eso no se necesita saber leer ni escribir, pero le dieron el lazo de Isabel la Católica y desde entonces sólo aspiró a fabricar un gran cadáver de sí misma para el día de mañana. Lo fabricó a conciencia. Y fue aclamada hasta la tumba. Cuando ya tenía sesenta años bien cumplidos, Lola Flores sufrió el martirio de Santa Inés para seguir siendo ella misma. Se dejó cortar los pechos por un fotógrafo y éstos fueron exhibidos en la portada de la revista *Interviú* de forma vaporosa cuando el cáncer ya había comenzado a trabajarlos por dentro. El mismo cáncer de Amparo, el mismo de Sonsoles, el mismo cáncer de mama de Carmen. Toda España se convirtió en un gran seno de mujer malherido. La carne de Lola Flores entraba por todas las ventanas, pero ella sólo lo hizo para seguir amamantando a sus hijos, a su marido, a sus amantes, sin dejar por eso de dar zapatazos con rabia o temperamento.

Adolfo Suárez le estaba muy agradecido. Por eso se condolía de su muerte. Cuando era gobernador de Segovia tuvo que preparar la fiesta que los artistas daban a Franco en los jardines de La Granja el 18 de Julio. Aquella vez actuaba la Faraona en presencia del dictador. Después del espectáculo, antes de que Franco partiera desde allí mismo para Galicia a pescar cachalotes, durante una breve y protocolaria recepción Suárez se atrevió a formularle una queja al caudillo. Cuando le tocó hablar, dijo: «Excelencia, los segovianos se sienten españoles de segunda clase». «¿De veras? Venga usted a verme al Pardo y explíqueme eso». Aquella audiencia privada, que se realizó meses después, valía oro en medio de aquellos jerarcas anquilosados y Suárez supo explotarla como una inagotable fuente de guiños y sobreentendidos de quien acababa de besar al santo.

Un cadáver con mantilla blanca, el féretro de nogal, los pies desnudos para subir a ese podio, después de realizar una larga carrera. La muerte bailó por bulerías durante veintitrés años dentro de sus propios talones. Fue un mes de mayo de 1995. Lola había entrado en la muerte. En 1989 murió la dolorosa Pasionaria. Los fastos del 92 habían comenzado a prepararse unos años antes en medio de una euforia económica que coincidió con el socialismo rampante en el poder. Desde las instituciones se había derramado el cuerno de la abundancia sobre cualquier proyecto que sirviera para

exaltar el hecho de que este país se estaba saliendo del cazo. Y todo se hizo disparando innumerables cañonazos de mil millones alegremente mientras la oposición del Partido Popular, que ya había partido la ceja del Gobierno socialista, comenzó a darle golpes más abajo del hígado. ¡Váyase, señor González! En el silencio del AVE se oían las primeras conversaciones de los ejecutivos con el móvil, realizadas en voz alta con todo impudor, de modo que todo el vagón quedaba enterado de las quiebras y de los negocios redondos en dinero negro que estaban sucediendo. Murió Lola, había muerto Pasionaria, iba a morir Carmen la corza de ojos rasgados azul piedra, estaban heridas ya de muerte Amparo Illana y su hija Mariam. Desde que Amparo Illana cayó enferma hasta que se fue, Adolfo no se separó de su lado. Aun con la memoria perdida, nunca olvidaba que tenía un papel en el bolsillo que era como un secreto de Estado o mucho más, aunque lo enseñaba a todo el mundo. Adolfo mostraba con orgullo ese papel a Carmen, a Carrillo, a Gutiérrez Mellado, a cualquier político que fuera a verle a su casa, lo enseñaba a todo el que se cruzaba con él en mitad del bosque lácteo. Todo era despilfarro y muerte. No se podía distinguir quién de las dos se movía realmente, si Lola o la Muerte, a qué se debía el redoblado furor de sus puntapiés contra la tarima, si a la gracia o al espanto que sentía al ver la muerte tan junta. Mientras Pasionaria llegaba del frío y Carmen estaba en África ayudando a los negros, Lola había pasado de los brazos de Caracol, de quien aprendió ya a morir siendo todavía una niña caliente, a los brazos de la muerte, que le enseñó a vivir cada día. El baile que mantuvo con la muerte fue muy largo, lo más profundo que ella pudo exhibir. ¿Dónde estaba el misterio de esta mujer? Entonces los progresistas ignoraban que era una loba del Sur absolutamente libre. Su vida estaba por encima de su arte, y lo suplía con salidas y desplantes que en este país tanto gustan a los señoritos, a los gobernadores civiles, a los curas, a los picadores, a los militares chusqueros. Lola Flores se movía, y Franco iba bajo palio. Los marines de la Sexta Flota reventaban los precios de los prostíbulos de los puertos, volvían los embajadores, Lorenzo González cantaba *Cabaretera,* las cartillas de racionamiento se suprimían, Ava Gardner podía acostarse, si le daba por ahí, con el

último que la acompañaba a la salida del flamenco del Corral de la Morería al hotel Castellana Hilton, donde vivía. Eso hicieron una madrugada Paco Rabal y Fernando Fernán Gómez. Probaron suerte. Sabiéndola borracha la siguieron hasta el hotel, entraron en el vestíbulo muy encelados cuando en ese momento bajaba el ascensorista, quien les dijo: «Les advierto que no es para tanto. No es nada del otro mundo». El general Millán-Astray, el descuartizado, mandaba acordonar toda una manzana cuando iba a visitar a su querida, la misma manzana de la calle Montera donde el amo de Marbella se tiraría a las ruedas del coche de otro general, éste del Opus, que llevaba a una puta de Chicote a almorzar. Lola Flores se separaba de Manolo Caracol y la vida seguía. De la autarquía al Biscúter. Los españoles emigraban. Los estudiantes se rebelaban, saltaban por las ventanas de la facultad de Económicas, llovían tazas de retrete sobre los guardias a caballo. Lola Flores seguía cantando, y algunos intelectuales idiotas comenzaron a considerarla un fenómeno sociológico cuando en este país florecían las barbas de los hippies y Mick Jagger de los Rolling se había instalado un guante de boxeo en la entrepierna a modo de genitales de quita y pon.

Cuando Lola Flores desarrolló un cáncer de mama comenzó a bailar con la hondura que le faltaba, y ella ya no tuvo amante más fiel que esa Dama que la había seguido desde 1972, durante veintitrés años, hasta que la poseyó un día de mayo. Fue un baile muy largo, lleno de desgarro, que atravesó toda la democracia. Al final, resultó ser un magnífico cadáver paseado entre lágrimas por las calles de Madrid. ¿Cáncer de mama? Carmen Díez de Rivera había sido operada de cáncer de mama el 19 de marzo de 1997, nada, un T1 de 0,9 centímetros, controlado, cogido a tiempo, según los médicos. Unos meses después, en una revisión rutinaria, en Bruselas, se le detectó una metástasis en el peritoneo, en la zona donde diez años atrás le fue extraído un ovario cuando se enteró de que el amor de su vida con el que iba a casarse era su hermanastro. Desde ese instante su útero fue su propio féretro. Comenzó entonces el martirio de la beata Carmen, el flagelo radiactivo, el veneno de la quimioterapia. «No quiero morir». Pese a su coraje, el mal se iba extendiendo hasta ocupar el hígado y los pulmones. El

dolor la hizo volver a Dios. Había muerto su madre por la complicación de una caída en el cuarto de baño, aquella hembra postinera del Madrid de Pepe Blanco el del cocidito madrileño, también se había ido su padre Llanzol, pero su progenitor genuino, Serrano Suñer, aún vivía y tenía noventa y seis años. Alguien tuvo que darle la noticia. «Pobre Carmencita, entre todos mis hijos era la que más se parecía a mí», dijo al enterarse de que había muerto. Fue el 29 de noviembre de 1999. Su tía, la reverenda madre Soledad de Jesús Izaguirre y Díez de Rivera, la priora del convento de las carmelitas descalzas de Arenas de San Pedro, que la había cobijado durante los días aciagos, dijo: «Desde el cielo, donde Carmen está ahora, y es feliz, ella lo ve todo, según Dios». El 29 de cada mes las dieciséis monjas que componen la comunidad mandan decir una misa por su alma. Por un permiso especial del obispo de Ávila, su cuerpo está enterrado bajo un olivo en el huerto del convento. En sus raíces está el cadáver de Carmen alimentando sus frutos, el aceite del color de aquellos ojos.

Uno detrás de otro, Adolfo Suárez veía pasar todos los féretros. Recordaba a Carmen cuando le decía: «Traigo un mensaje para ti: "Dile que se atreva a legalizar al Partido Comunista"». Oía cantar *La zarzamora* y después enjugaba las lágrimas de su mujer Amparo Illana cuando tuvo que aprobar la Ley del Divorcio siendo presidente del Gobierno.

En el entierro de la madre ibérica, Dolores Ibárruri, diosa de luto, un gran cadáver de noviembre, en Madrid no había milicianos ni barricadas sino una batalla de nubes, aunque la tarde se puso muy dulce en su honor después del aguacero. Fue acompañada a la tumba por gente muy curtida, campesinos cuyo rostro ha labrado la vida, obreros de antigua crin que lloraban y otros hijos de la escarcha. El féretro, tan austero como la verdad, iba cubierto con la bandera roja, atravesando una plantación de flores y puños por la bajada de Génova hacia la plaza de Colón, y desde los balcones de algunos bancos acorazados muchos financieros, habiendo interrumpido por un momento el consejo de administración, lo contemplaron con cierta curiosidad no exenta de respeto, con una copa en la mano y el pensamiento en Brunete. Lejos del cortejo se

oía un clamor de bocinas airadas que estaban fuera de la Historia. ¡No hay derecho a que corten el tráfico! ¿Qué pasa? ¿Por qué hay semejante atasco? Están enterrando a Pasionaria. Hoy en la ciudad el cadáver de los héroes sólo produce atascos, pero a Pasionaria la llevaba el río hasta más allá del sueño que es la inmortalidad. Esta vez no había travestis tirados en las aceras con el rímel corrido por el llanto, ni plañideras de clase media con el carrito del supermercado, ni carrozas de oro con guarnición de ediles y maceros vestidos de sota, como en el entierro del alcalde Tierno Galván. El duelo de Dolores Ibárruri lo formaba el macizo central de la raza con zamarras de oveja, cazadoras de plásticos y paños rudimentarios que albergaban corazones sencillos. Con lágrimas en los ojos la multitud gritaba: «¡No pasarán!», aquel alarido de resistencia que ya se ha hecho romántico, el cual ahora subía hacia los altos despachos y se perdía por el horizonte de los automóviles atascados, y mientras cada día un pedazo de la Historia se derrumba, el cadáver de Dolores Ibárruri esta tarde pasaba entre tantos escombros como una sombra de nostalgia. Adolfo Suárez vio cruzar el entierro de Pasionaria en medio del bosque lácteo de su memoria. El nombre de aquella madre ibérica iba unido a un acto de valor, en el que tuvo que desarrollar más coraje que en aquel 23 de febrero frente a los golpistas. Fue un Sábado Santo, abril de 1977, cuando se atrevió a cumplir la súplica de Carmen, la de los ojos rasgados, que le decía: «Si no legalizas el Partido Comunista, la democracia no será nada».

Fragmentos de un diario íntimo

Fragmentos de un diario íntimo escrito en un cuaderno amarillento de tapas verdes con anillas.

Durante aquella travesía por aguas de Mallorca, mientras la mujer rubia dormitaba tendida en cubierta, Adolfo Suárez bajó al camarote y sin un propósito premeditado descubrió en la maleta abierta de su compañera un cuaderno de tapas verdes con anillas. No pudo resistir la tentación de echarle un vistazo. Parecía un diario íntimo escrito con bolígrafo nervioso. Al ver su nombre garabateado varias veces, con una avidez insaciable lo fue devorando a escondidas en los tres días de escapada que duró la travesía. El diario se refería a los días tormentosos, insomnes, que precedieron a su nombramiento como presidente del Gobierno. Nunca le habló a Carmen de aquella violación de su intimidad. Tampoco Carmen le había insinuado nunca que llevaba un diario íntimo. Los dos guardaron este mutuo secreto, pero Suárez lo recordó por mucho tiempo, aun cuando la mujer rubia ya se había ido de su lado. Ahora caminaba por el bosque lácteo y sus pisadas hacían crepitar las hojas de otoño, hojas color cobre caídas de los robles que formaban un humus donde se hundían los zapatos. Cada pisada despedía cierto vapor vegetal. Aquellas hojas cobrizas o amarillas, todas fermentadas, llegó un momento en que en la memoria perdida de Suárez se confundieron con las hojas de aquel cuaderno de tapas verdes con anillas. Recordaba haberlas leído de forma clandestina mientras fuera del camarote se oían los golpes de mar contra las amuras del barco.

20 de noviembre de 1975. Me llama Suárez a las cinco de la madrugada para decirme que Franco ha muerto. Dos días después en las Cortes Juan Carlos es proclamado rey de España. Le temblaban las piernas. El presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, le gastó una putada. Lo proclamó rey y al final de la elocución gritó que lo hacía desde el recuerdo de Franco. Una afrenta. El gesto de Juan Carlos lo decía todo: eres un cabrón. Suárez está nervioso. Sabe que ha empezado para él la cuenta atrás

pero sigue sin ser llamado. Parece que ha sido descartado. No figura en el Gobierno. Se le considera demasiado hablador y no demasiado de fiar. Le digo que no se ponga nervioso. Un poco de calma. Que no se le note la ambición ni la duda.

27 de noviembre. Juan Carlos, rey en la ceremonia de su consagración. Iglesia de los Jerónimos. Allí brilla el cardenal Tarancón con una homilía digna de un Tomás Moro. Le advierte de que tiene que ser rey de todos los españoles. Al final de cada párrafo le mira muy serio por encima de la montura de las gafas. Este clérigo había demostrado que tenía los redaños bien puestos. Después del entierro y los funerales de Carrero Blanco, cuando tuvo que huir en coche, protegido por la policía, perseguido por vociferantes reaccionarios que querían llevarlo al paredón, pasó por mi lado y a través de la ventanilla vi que se estaba fumando un puro. Un día le plantó cara al mismo Franco y a Arias Navarro y les amenazó con excomulgarlos si mandaban al exilio al obispo navarro Añoveros, por una homilía contestataria. Tuvo la excomunión guardada en el bolsillo durante tres días, como un jugador de póquer dispuesto a envidar el resto. Franco excomulgado, qué gracioso final. Al infierno bajo palio. La homilía de la consagración del rey llegó a emocionarme. Algunos creen que el cardenal Tarancón es un político florentino que se mueve bien por el laberinto sutil de las altas sacristías o por los pasillos vaticanos. Creo que hay una explicación más sencilla. La vida ha llevado a Tarancón al centro de la borrasca política. No tiene ninguna doctrina especial, sino las hormonas en su sitio. Se limita a aportar a esta locura el sentido común de una tierra, una democracia de Tribunal de las Aguas. Todo se puede hablar. Nada es del todo bueno ni malo. La vida hay que vivirla. Después del invierno viene la primavera, y si mucho le apuran incluso llega el verano. Dios es un elemento natural y el resto queda en papeles. ¿Dónde tiene uno que firmar? Yo veo al cardenal Tarancón liándose un cigarrillo de picadura selecta, sentado entre naranjos, con la sotana arremangada y el alzacuello desabrochado, mientras las libélulas zumban en un huerto del Mediterráneo. Basta con levantar la mano para tocar los pies del Creador.

13 de diciembre. Por fin tenemos una buena nueva. Las aguas comienzan a moverse por debajo. Adolfo ha sido nombrado ministro secretario general del Movimiento. Me lleva con él, ante las suspicacias que levanta mi situación. Pero hay otras noticias de Zarzuela que me inquietan. La reina se ha ido a la India. Inesperadamente. Como un arrebato. Sus motivos tendrá. Contra todo protocolo, se ha llevado consigo a sus tres hijos, incluido al heredero. Se dice que ha ido a ver a su madre la reina Federica, que está recibiendo doctrina de un maestro venerable de Calcuta. Juan Carlos haría bien en no humillarla y tener más cuidado con sus líos de faldas. Anda disparado. A estos Borbones no hay quien los pare. Aquí te pillo, aquí te mato. Parece que no saben hacer otra cosa.

25 enero de 1976. Kissinger se ha dado una vuelta por Madrid para olfatear de cerca el cotarro. En teoría ha venido a firmar un Tratado de Amistad Hispano-Norteamericana con el ministro Areilza, pero en realidad ha llegado como el propietario de esta pequeña finca del imperio a comprobar qué diablos va a hacer el nuevo capataz. Ha aconsejado a Juan Carlos que vaya con cuidado para consolidar poco a poco la corona, que es lo más importante. Hay que ir a ritmo lento. Tiene mucho miedo a los comunistas. Kissinger invita a Juan Carlos a Washington para presentarlo en sociedad ante el Congreso en el Capitolio. Es la verdadera consagración. Mucho más importante que la que recibió en la iglesia de los Jerónimos. Espero que apruebe con nota el examen.

Febrero. Todo sigue pareciendo una farsa. El viaje del rey a Cataluña y las palabras pronunciadas en catalán preocupan al Gobierno, sobre todo a Arias Navarro. Resultó un éxito. Suárez va haciendo su labor como ministro secretario general del Movimiento, aunque los ministros del Gobierno Areilza y Fraga lo miran de reojo con menosprecio. Todo sigue con una lentitud exasperante. Yo me estoy hartando de que todos los hombres busquen lo mismo. Todos quieren llevarme a la cama. Esta vez ha sido un político alemán. Me desnudaba con los ojos.

Primera semana de abril. Juan Carlos piensa en la posibilidad de que Suárez sea presidente. Le preocupa que haya sido vicesecretario general del Movimiento con Franco, incluso que se hubiera puesto la camisa azul y su ministerio actual. Duda. Es obvio que Torcuato anda con ese tema. Suárez, Osorio y yo cenamos con el director general de la BBC Sir Charles Curran, con quien yo había pactado la información.

4 de junio. Viaje de Juan Carlos a Washington. Todo un éxito. Eran las dos menos cuarto hora española. Juan Carlos estaba contento con los resultados positivos del viaje. Una vez más y aprovechando la euforia, le aconsejé que había que legalizar el PCE. Además, allí se lo habían preguntado y se había hecho el sordo.

8 de junio. Juan Carlos sigue elogiando a la oposición. A Felipe González. Y a Tierno Galván. Sigue con aversión al PCE. Torres más altas han caído. Le he prometido que le voy a presentar a gente conocida, a intelectuales, escritores, artistas y todo eso. Que no le pase como a su abuelo Alfonso XIII. Cuando Ignacio Luca de Tena le quiso presentar a Unamuno, el rey le dijo que entrara en palacio de noche embozado por la puerta del Moro. Pero Unamuno dijo: «Ya es tarde para conocer a ese señor».

9 de junio. Espléndido discurso de Suárez sobre la Ley de Reforma Política. Lo ha dicho todo con palabras ambiguas, de doble sentido, un ejercicio de maestría ambivalente. Con ese discurso ante las Cortes los procuradores pueden hacer encaje de bolillos o suicidarse.

10 de junio. Le digo a Juan Carlos que felicite a Suárez por su discurso. Tiene que alabarle su cintura.

11 de junio. Suárez me concede un lazo. Yo no lo quiero. Juan Carlos le ha dicho que había que condecorarme. No lo quiero. Las declaraciones de don Juan han estado muy bien. Al fin el discurso de Suárez sobre los partidos políticos ha quedado muy bien. Llevaba

unos días cabreadísima con él. Entiende Juan Carlos que es un todoterreno, ya que se adapta a todas las circunstancias. Sugerí la peligrosidad de ello. Corren tiempos en que hay que decidirse a marcar un territorio.

13 de junio. Me llama varias veces el rey. Necesita un secretario de prensa urgentemente. A las ocho y cuarto de la noche me habla de la crisis. Suárez candidato y me explica cómo… No me atrevo a comunicárselo a Suárez. Se pondría demasiado nervioso.

17 de junio. Juan Carlos anda dándole vueltas a la pelota. Con el tema del número uno. No sabe qué hacer. El general Alfonso Armada le dice que si nombra a alguien capaz y muy brillante, le quitará imagen. Fraga le propone para Información y Turismo a Aparicio o Quílez o «a un tal Suárez o así». Vaya con Fraga. Es la leche el tío ese. Le propongo de momento para TV a alguien de la oposición moderada. Le hablo de la necesidad de nombrar a alguien en Medio Ambiente y también de nuestro hombre, el de Cebreros.

18 de junio. I'm a man after all before being what I am. I simply adore you… Vaya parejita. Si no fuera por… ¡Qué indignación! No para. Alguien ha comentado que soy muy guapa, pero que no tengo efluvios eróticos. ¿Habrá sido Zubiri? ¿Qué significa no tener esos efluvios, que no soy una quedona? Se ha llegado a decir que soy lesbiana. Esas maldades que se sueltan guiñando el ojo.

21 de junio. «Nadie me da calabazas como tú me das». De eso estoy segura. Siento obsesión por hablarle al rey del país real. Ni él ni su madre han convencido a don Juan, que anda como si lo hubieran traicionado. Responsabiliza al gordito Sainz Rodríguez. Nunca he conocido a un hombre más inteligente y más malvado.

22 de junio. Sigue muy cavernícola. Fraga no ayuda. Si tuviese a su lado a un presidente que le explicara y le ayudara democráticamente. Al paso que vamos, esto va a ser la ruptura de los cavernícolas. Miedo a Marx. Al Ejército. Al PCE. Tengo que seguir

machacando. No se dan cuenta de que estos comunistas son unos santos laicos.

24 de junio. San Juan. Creo que ya está hecho que el señorito sea director de orquesta. La sorpresa va a ser brutal. Besamanos en palacio. Gente de toda clase. Esta fiesta comienza a ser hortera.

25 de junio. Llama Suárez nervioso, con su dirección de orquesta. Le digo que se tranquilice, no vaya a meter la pata. Un rumor sería suficiente para anularle. La ambición nunca debe notarse en el primer peldaño. Le digo que un ambicioso debe enseñar sus cartas cuando ya tiene inmovilizados a sus adversarios.

29 de junio. Acabo de llegar de darme un baño en el Mediterráneo. Es el mar de mis ancestros. Ayer llamó dos veces Juan Carlos para decirme que el día D era mañana. He recibido la noticia al salir del agua, envuelta en una toalla.

30 de junio. De nuevo el rey duda. Le angustia lo de Arias Snoopy, en nuestro argot. A la una menos veinte de la madrugada me llama el rey para decirme que será mañana a la una y cuarto. No sabe bien cómo pedirle la dimisión a Arias Navarro. Lleva tres días angustiado. Hablamos de las posibles reacciones. Volverá y llamará despechado. Venderá el favor al que crea su sucesor o lo tomará a bien. En ese caso el rey lo convidaría a comer.

1 de julio. Día D. Juan Carlos decide pedirle la dimisión a Arias, que tenía su puesto asegurado hasta enero del 79. El camino está abierto para que Suárez, el joven fascista que me dio trabajo años antes, sea nombrado presidente del Gobierno.

2 de julio. Día siguiente a la dimisión de Arias. Me llama el rey. Juan Carlos está eufórico. Incluye a Suárez. Insisto en que hay que hacer la reforma en serio. Es tremendamente conservador. Me pregunto si el hecho de que Suárez fuera vicesecretario general con Franco y ministro secretario general ahora puede dar mala imagen.

Le digo que, desde luego, pésima, pero… No traga a Fraga. Suárez está nervioso. En su euforia sólo piensa en algunos retoques. Así no vamos a ningún sitio. Tanto él como don Juan desconfían de Areilza.

3 de julio. Ayer desde las doce y media estuve con Suárez. Estaba nervioso y sereno. «¿Y si al final no…? ¿Y si ha cambiado de idea?». «Que no, tranquilo». Llaman los periodistas por teléfono. Contesto yo sin identificarme. Rumores y más rumores. Más nerviosismo por parte de Suárez. Areilza encolerizado. Se terminó el champán. Cogí yo el teléfono de la esperada llamada. «Señor…». Recibí la noticia. Le dije a Suárez: «Usa el 127. No vayas a palacio en el Mercedes blanco que te ha conseguido Graullera». Me dice que le espere. Le digo que no porque en cuanto corra la noticia estarán luego todos los medios en su piso de Puerta de Hierro y yo entiendo que no debo estar allí. Refunfuña pero acepta. Me despido del portero. Cuando regresa me llama por teléfono y reconoce que tenía razón en haberme ido. Me da las gracias. Adolfo Suárez no se creía el sueño que estaba soñando. Ahí está esa foto en la que se le ve dentro del coche, a la salida del Palacio de la Zarzuela, aquel 3 de julio de 1976, mordiéndose el labio por la sorpresa, convertido en presidente del Gobierno. Cuando le mostraron esa foto que publicaron todos los periódicos en primera página, Suárez creía que se había hecho célebre porque había acertado un boleto de catorce resultados, para él solo, como un tal Gabino, el de las quinielas, que también era igual de famoso.

4 de julio. Juan Carlos feliz. Optimista con deseos de construir el país. Luego llamó la reina. Como siempre, amiga e inteligente. Ella decía que Suárez era como aire fresco. Confiaba en que no cambiase con el poder.

5 de julio. Aunque Suárez no sea un demócrata, lo hará. Insisto ante Juan Carlos en que el mejor antídoto es el de hacer la reforma, de acelerar, de entrar en contacto con toda la oposición. Llamó don Juan para informarse. Está sumamente dolido.

10 de julio. Insisto y reitero que no hay tiempo que perder. Hay que devolver la voz al pueblo cuanto antes. Me enfado con Suárez. Aquí se ofrece todo el mundo para ser ministro. Celos. Vaya país.

12 de julio. Vuelvo a insistir con Juan Carlos que hay que conceder la amnistía y legalizar el PCE. Más permeable. Teme la reacción del Ejército. Hablo con Suárez. Hay que coordinarse. Me llama Zubiri, estimula esa llamada en medio de tanto jaleo. Entro en el despacho de la Presidencia del Gobierno, en Castellana, 3. La impresión es estremecedora. Pobre país. Pobre rey. Qué horror. Hay una ausencia total de profesionalización. Tiene aspecto de opereta de barrio. Al verlo se entiende la miseria humana de Franco.

Agosto de 1976. Anónimos. Junto a una foto de un negro con un sexo enorme. *Has ido a África a chupársela.* Cuánto enfermo, cuánta maldad. Si ahora a los treinta y tres años no hubiera situado esas cosas en su sitio, en este momento estaría esquizofrénica. Para esta gente todo es una cuestión sexual. Me elogian en la *Hoja del Lunes.* Alta, esbelta como un junco, con extraños ojos rasgados, plateados, que arrojan cataratas de luz. Así es el nuevo jefe del gabinete del presidente del Gobierno, Carmen Díez de Rivera Icaza. *Carmen for president.* Treinta y tres años, aristócrata, licenciada en Ciencias Políticas.

10 de agosto. Suárez y Felipe se caen de cine. No me extraña. Son muy parecidos.

Adolfo Suárez caminaba por el bosque lácteo y debajo de cada helecho había un cuaderno escrito cuyas hojas el tiempo había podrido. Al pisarlas levantaban un vapor fermentado que no podía distinguirse de la memoria perdida.

Cuando el Congreso de los Diputados

Cuando el Congreso de los Diputados era una algarabía de palabras producida por unas figuras de cera.

Adolfo Suárez recordaba turbiamente que Fraga, en la tribuna del Congreso, citaba a Bodino y a Montesquieu y él, desde la cabecera del banco azul, le atendía como un alumno de Derecho Político que desea aprender cosas tan lindas, pero a veces tenía una sensación extraña. Las palabras de aquel profesor salían a borbotones de su boca acompañadas de aullidos de lobo y se extasiaban en el aire evanescente del recinto dorado. Fraga se comportaba como un bodeguero eufórico. Hincaba los zapatones en la tarima, echaba un regüeldo con sabor a codillo, expulsaba una nube de azufre por la nariz y se veía a simple vista que las ideas ya le empujaban las cejas entre el rumor de su masa encefálica y el borbotón de palabras mordidas por la mitad comenzaba a manar de su boca. Fraga utilizaba un cabreo perenne para crear a su alrededor un clima de pesimismo triunfal. «A este hombre le sobran exactamente dos litros de sangre —piensa Suárez desde la cabecera del banco azul—. Si le aplicaran sanguijuelas en la pantorrilla para rebajarle la sacudida del pulso, que le estalla en las sienes, tal vez se volvería pálido como un hereje y comenzaría a dudar».

Desde la tribuna del Congreso Fraga apuntaba con el dedo a Suárez y le gritaba: «Oiga, joven, yo nunca he dudado de nada. Desde mi primera juventud estoy escalando con grandes resoplidos la ley de la gravedad contra la historia, aunque éste es un momento estelar en mi biografía. Corren malos tiempos. Sólo yo sé qué es la patria. Usted la ha traicionado. Es usted un analfabeto. Yo he leído diez mil libros. El Estado me cabe en la cabeza. En mi juventud me sabía de memoria el listín de teléfonos y estaba a los pies de aquella estatua de mármol, que es España, con un obcecado furor por ser el primero en todo. No había tribunal que se me resistiera. Entré con la fuerza de un estibador en los volúmenes de la biblioteca y me los zampaba con cuchara, de tres en tres, como hago ahora con las fabadas. En cambio, usted, Suárez, nunca ha leído un libro. Ni

siquiera ha leído las solapas del fascículo titulado: *Cómo hacerse demócrata en diez días*».

Pese a sus ladridos, a Fraga le había dado un barniz liberal la extrema derecha, los Guerrilleros de Cristo Rey que iban rompiendo escaparates de librerías progresistas y de galerías de arte donde se exponían grabados de Picasso. De hecho, en el hemiciclo del Congreso a veces se veía cruzar en vuelo rasante a Blas Piñar, a media altura como Superman, el brazo extendido de frente, el traje de caucho bien ceñido a las partes viriles, con una ese de fuego en el pecho, la ceja arqueada por la ira y el mentón aproado, cortando el aire. Los diputados estaban acostumbrados a estos trucos de especialista. Cuando Blas Piñar pasaba por el cielo del hemiciclo, seguido por una ráfaga luminosa de cohete borracho, los diputados no levantaban la vista del crucigrama y Suárez aprovechaba el número para ir al lavabo. Al final de la legislatura, al ver que esos alardes no servían de nada, Blas Piñar llegaba al Congreso hecho un caballero cristiano, masajeado con Aqua Velva, y todas sus bravatas terminaban tomándose un pincho de tortilla en el bar. La democracia siempre acaba por amansar a los héroes.

Los idiotas creen todavía que Fraga había domado a la extrema derecha y la había introducido en el juego de la democracia. Fue al revés, pensaba Suárez. «Hubiera podido driblarle cien veces sólo con la cintura, era muy torpón, pero al final me ganó la partida. Fraga me expulsó del sistema y cortó el queso de la derecha española por la mitad con Franco dentro y la inoculó de autocracia y de rencor africanista donde no hay adversarios, sino amigos o enemigos, sin término medio; al amigo se le regala una barrica de leche de camella y al enemigo se le pega una patada en la barriga. Eso es todo».

Por otro lado, cuando Carrillo subía a la tribuna del Congreso, Suárez ensayaba media sonrisa interior al recordar ciertos sucesos que lo habían hecho feliz. Ahora eran amigos, después de haberle tenido tanto miedo. Un día Carrillo se quitó la peluca y se apareció a los suyos, como hizo el Nazareno con los discípulos de Emaús después de la resurrección. Los periodistas elegidos para presenciar el milagro fueron llegando uno a uno en secreto a un piso de la calle Alameda, en Madrid. Estaban todos sentados en una sala, como en

un pequeño teatro, y llegado el momento se abrió la cortina y detrás, en una hornacina, apareció Santiago Carrillo sin peluca. Flanqueado por dos cirios en lo alto del altar, aquel genio burlón se presentaba con la traza de un viejo pícaro, con el ojito estallado en los lentes, la napia carnosa, el rostro macerado por los golpes de la vida y un cigarrillo en la mano. La concurrencia produjo un rumor de asombro. ¡¡¡Oooohhh, Carrillo en carne mortal!!! Era la primera vez que Carrillo se mostraba a la intemperie desafiando la clandestinidad.

Después hubo un pacto. Carrillo se puso en suerte y dos funcionarios de la Brigada Social un día le levantaron respetuosamente la peluca en un paso de cebra. Se entregó como un corderito y fue encarcelado en el dorado aprisco de Carabanchel, donde los rojos se daban de bofetadas en la puerta por entrar para que les sellaran el certificado, que harían valer el día de mañana. Esa misma noche todas las paredes de Madrid aparecieron empapeladas con pasquines pidiendo la libertad para Carrillo. Los enanitos estaban cantando *La Internacional* bajo el asfalto y un sembrado de puños enterrados, que eran las semillas del nuevo mundo, asomaba por todos los desagües. Después de cumplir el trámite de la cárcel, en el zaguán de Carabanchel, a Carrillo un cabo primero le estampilló la nalga con el sello de ciudadano corriente. Ya podía ir por la calle, aunque tampoco era muy normal circular con aquel viejo cochazo, que le había regalado Ceaucescu, como de gánster de Chicago años treinta, al que sólo le faltaba un botijo en la baca para ser confundido con el de un torero antiguo, apoderado por Camará, camino de la plaza de Las Ventas. Conocer personalmente a Carrillo y darle la mano se convirtió en un rito de salón. Las bayaderas comunistas le untaban el calcañar con aceite perfumado y se lo secaban luego con la rama ardiente de su cabellera. Iba custodiado por unos tipos que lucían un queso de bola en cada bíceps y nadie en el Comité Central era digno de desatarle la correa del zapato.

Un día Carmen Díez de Rivera se puso guapa, adornó su cuerpo con gasas negras y decidió asistir sin permiso de su jefe a un acto literario en el hotel Ritz de Barcelona, donde sabía que iba a estar

Carrillo. Carmen hizo lo necesario para cruzarse con él en medio del salón abarrotado de invitados, escritores, artistas, financieros y políticos. Carmen y Santiago se dieron la mano. «Encantado de conocerla, tengo muy buenas referencias de usted, dígale a Suárez que deseo verle». «Se lo diré. Para mí ha sido un placer saludarle. Soy una admiradora». «Gracias. Podríamos vernos un día con más tranquilidad. Bueno, podríamos tomarnos un chinchón a medias. Aquí hay demasiada gente». Mientras se producía este cruce formal de palabras, cincuenta cámaras disparaban sus flashes de magnesio. Suárez había tomado aquel contacto imprevisto como una traición, pero después pensó si no sería, tal vez, un movimiento de alfil que se manejaba desde Zarzuela. Nunca sabía qué tramaba la mujer rubia ni quién movía los hilos. La CIA o la KGB. O simplemente su capricho.

Carrillo se presentó en sociedad durante el entierro de los abogados asesinados en la calle de Atocha, en enero de 1977, en medio del silencio de una plantación de flores y puños que estremeció la rabadilla del último demócrata. Aquella estética de martirio acabó por sacarle brillo al personaje. Y así hasta que llegó el sábado de gloria, la noche en que se escurren las losas de las tumbas. Dios saltó de la fosa, como lo hace todos los años. Y a esa misma hora, aprovechando la fuerza del muelle, el Partido Comunista quedó legalizado. El miedo había sido vencido. El rey, Suárez y la mujer rubia habían ganado la apuesta a los militares.

Demostrar que el comunista era una persona normal fue considerado entonces por Carrillo como un hecho revolucionario, y el partido se impuso en aquel momento la dura tarea de recobrar su genuina imagen masacrada por cuarenta años de calumnias. El pequeño burgués de tortel dominical después de misa tenía que descubrir que los comunistas también se afeitaban todos los días, sabían ceder el paso en la acera a una embarazada, ayudaban a cruzar la calle a un ciego y se ponían muy contentos cuando les tocaba una botella de sidra o una muñeca para su hija en la tómbola. La gente de arriba no daba crédito a sus ojos. En la primera fiesta en la Casa de Campo que celebró el partido, los espías

de la derecha se acercaron allí con espíritu de safari fotográfico para ver las fieras de cerca, todas reunidas.

Miles de comunistas se solazaban en el solar de la Arcadia en torno a una tortilla de patatas bajo la nube de chorizos asados, y los comisionados sólo veían a viejos luchadores olivareros con un garrote de plástico lleno de caramelos y peladillas, a fresadores de Pegaso removiendo con una pala la perola de chocolate. Crepitaban las sardinas a la brasa, unidas al perfume sólido de las chuletas, y obreros muy curtidos soplaban matasuegras, tocaban el pito, llevaban gorritos de romería, caretas y narizotas. Y había gritos de feria, con insignias para el caballero y pegatinas para el nene y la nena. Vistos así, parecían buenas personas.

Desde lo alto del mitin, Carrillo predicaba la santa resignación en mangas de camisa. Hay que amarse los unos a los otros. Orad conmigo, camaradas. La democracia había llegado y los comunistas serían los primeros en defenderla cumpliendo a rajatabla el reglamento burgués. Parecía un chiste malo, pero él hablaba en serio y el pueblo se adensaba todavía alrededor de su líder con un fervor de patio de caballos después de una gran faena. En medio del barullo de la fiesta, uno de sus guardaespaldas fue el primero que se dio cuenta. «Oye, Santiago, acabas de perder el rabo». Carrillo se palpó la trasera. «Diablos, pues es verdad. O lo he perdido o alguien me lo ha cortado para guardarlo de recuerdo».

Entonces se produjo en este país un hecho sociológico fundamental, cuando la gente comenzó a comprobar que los héroes también toman café con leche. Ése fue el espectáculo de Carrillo en el bar de las Cortes. Los diputados de la derecha, los muchachos de la Secreta, las señoras de la limpieza y los ujieres, al levantarse la sesión, veían que Carrillo llamaba al camarero y no pedía un solomillo de fascista ni una paletilla de empresario lechal, sino acelgas rehogadas con una tortillita de nada.

Pasar directamente desde el pozo ciego de la clandestinidad a las butacas de terciopelo y que un ujier entorchado, cuando vas a soltar una soflama, te coloque un vaso de agua cristalina con servilleta de encaje junto al folio es un golpe demasiado bajo. Carrillo no lo había resistido. Quedó atrapado entre el miedo a los tambores no tan

lejanos y la mórbida evanescencia del ritual parlamentario. Él había realizado un buen servicio a la paz desactivando la carga explosiva de las masas, pero su clientela, unos por arriba, otros por abajo, al final le dejó solo.

Aquella trampa de Suárez había funcionado. Si el Partido Comunista no hubiera sido legalizado un sábado de gloria, hoy medio país sería rojo furioso. Pero ha pasado la moda. Y Carrillo se ha quedado en un genio burlón, rodeado de burócratas. La libertad es bella y venenosa como una amanita faloide. La burguesía le regaló esa seta. Y Carrillo se la tragó.

El síndrome de Estocolmo

El síndrome de Estocolmo se mete como una babosa en la alcoba matrimonial de la Moncloa.

Cuando la democracia rompió aguas apareció la figura de Felipe González, con la chaqueta de pana al hombro, las patillas largas, fumándose un puro. «Mira, Adolfo, éste es tu adversario —le dijo la mujer rubia—. Fíjate bien en su pinta de macho del sur, con la nariz pellizcada hacia arriba y el morro inflamado, la ceja espesa, el antebrazo peludo, la nobleza en la mirada y esa forma de hablar según la escuela andaluza, que utiliza un tono medio para decir verdades suaves a medias, en la que se entiende todo y no se entiende nada, con una melodía pegadiza de una canción de verano». «¿Qué puedo hacer? También tengo yo la mandíbula cuadrada», exclamó Adolfo. «No puedes hacer nada», le dijo la mujer rubia.

Entonces el socialismo no era más que una palabra, bella de oír, fácil de tragar; era una marca comercial que había prescrito en el registro político mercantil y que había sido registrada de nuevo como un sentimiento difuso de bondad universal en la calle. El rostro de Felipe González sintetizó muy pronto esa pasión colectiva. Y después de algunos meses de mercado ya se podía afirmar sin error que el socialismo era sólo él.

«Fíjate bien, Adolfo. Mientras tú estás rodeado de falangistas reciclados y beatos que tienen la pretina del pantalón a la altura de las tetillas, alrededor de Felipe han comenzado a aglutinarse aquellos muchachos de pana y cineclub, los penenes de barba y jersey de punto gordo, las chicas de poncho peruano, oficinistas rebeldes, funcionarios cabreados, los técnicos que entendían de resistencia de materiales y habían leído a Neruda, mujeres de clase media que lo encuentran guapo, e incluso obreros con frigorífico y lavavajillas, aparte de la nostalgia de cuantos oyeron contar a sus padres la guerra desde el otro bando. La cuestión está en la calle. El primer problema nacional consiste en dilucidar esta alternativa: quién de los dos es más guapo, Felipe o tú». «Yo gusto a las

mujeres todavía —le dijo Adolfo—, las señoras de cincuenta años ven en mí a un tipo simpático, valiente, el primero que se tira a salvar a un niño que se está ahogando. Eso tiene mucho gancho». Carmen, la mujer rubia, le contestó: «Las mujeres ven en Felipe el atractivo de un cortijero asilvestrado. No está como tú, recortado por la línea de puntos. Tienes la batalla perdida». Así estaban las cosas.

En la memoria de Suárez aún quedaban imágenes de otros tiempos iluminadas en medio del bosque lácteo. Se recordaba a sí mismo durante el entreacto de una sesión parlamentaria en el ángulo oscuro del salón de Pasos Perdidos componiendo con Felipe la escena política del sofá, musitándose mutuos amores y cuitas, tú me das un pedazo de ética y yo te doy un trozo de consenso, todo iluminado por los relámpagos de los fotógrafos. Pero eso sucedía en los momentos más bellos, porque el amorío establecido entre los dos galanes estaba sujeto a una corriente alterna con algún chispazo que fundía los plomos. A veces se sonreían como diciendo: somos jóvenes y hermosos, somos los amos del cotarro, este asunto hay que arreglarlo entre amigos, entre nosotros dos, Fraga es un tuercebotas y Carrillo se las da de ladino sin saber que está amaestrado. Pero a la semana siguiente Adolfo y Felipe se miraban como si ambos estuvieran solos en medio de la plaza del poblado, la mano tentando la culata del revólver atentos a cualquier gesto sospechoso, para que todo el mundo pudiera comprobar quién era el más rápido. Era una ficción del Oeste. Hasta que en un receso de la sesión parlamentaria, en el bar del Congreso Adolfo Suárez al pie de la barra ante un café expreso simuló tener una revelación inesperada. Estaba rodeado de periodistas que comentaban el atasco en que habían entrado la reforma política y la incipiente democracia. «Ya lo tengo —exclamó Suárez examinando los posos de café en el fondo de la taza—. Hay que hacer una Constitución». Los posos del café, en este caso, sustituyeron al hígado de las ocas donde los antiguos soldados leían el destino de sus hazañas.

Se hizo la Constitución y pocos años después, una mañana, los españoles se levantaron de la cama y se encontraron de repente con un día histórico. El 28 de octubre de 1982 había sido la fecha señalada desde hacía siglos para que alcanzaran su sueño de oro

aquellos chicos que jugaban con la multicopista, leían a Machado, vestían zamarra y bufanda de Barrio Latino, asistían a la matinal de cineclub y llevaban a una novia, con los dedos manchados de bolígrafo, a ver la película *Nueve cartas a Berta.* La mañana era radiante y había un sol románico sobre las hojas de otoño, con todos los ruidos cotidianos: se oyó al tendero levantar el cierre a las nueve, el tintineo de las botellas de leche sonó en el rellano a la hora justa, el chatarrero, que compraba colchones y hierro viejo, pasó con el pollino sorteando los atascos de coches. Los gritos rituales con que se animan las primeras luces se habían producido a su debido tiempo. La calzada estaba llena de papeles con todos los augurios políticos. Fue el día en que, después de mil años, a la derecha española se le cayó la longaniza de la boca. La llevaba entre los dientes desde el tiempo de Recaredo y se la habían arrebatado dos maletillas, que llegaron de Sevilla con el hatillo al hombro, a pie por la cuneta, un abogadillo laboralista y un librero fervoroso de Machado, González y Guerra, esos que la noche de aquel día se asomaron a una ventana del hotel Palace para ser aclamados.

A Felipe González se le veía en el cartel con los ojos soñadores bajo el entrecejo obstinado mirando un horizonte azul. Había sido vendido como un producto moral según las técnicas más sofisticadas del mercado, el hijo de un lechero sevillano convertido ahora en símbolo de honestidad, que había mamado en las reuniones de obreros de Acción Católica, semisecretas, en la sacristía de la catedral de Sevilla. En las paredes de la ciudad había más carteles con la imagen de otros políticos junto a las vallas publicitarias de las multinacionales, nuestras patrias verdaderas. Fraga y la Coca-Cola, Felipe y la Standard Oil, Carrillo y la Philips, Adolfo Suárez y la General Motors. El ciudadano se había puesto a votar. Después de una breve espera, se había metido detrás de unas cortinas de ducha donde había un taburete para pensar, un pupitre para escribir y un estante con las papeletas de su destino. La mayoría absoluta de los españoles se había limitado a votar por el aire puro.

Pero en Washington y en Bonn había unas computadoras, detrás de las cuales estaban los amos. A Felipe González le habían invitado a sentarse frente al piloto automático en una pequeña terminal del

sur de Europa, un país llamado Spain, con la orden de vigilar las agujas y poner un poco de ética, a modo de aceite, para que la máquina funcionara con más suavidad. Pero en este país la ética simple aún podía ser revolucionaria, pensaban los alegres muchachos antes de robar la multicopista.

Sobre la mesa de la Moncloa recibiría anotadas las sucesivas correcciones de rumbo. Si un día este muchacho tan puro podía quitarle la longaniza de la boca a la derecha española, había que pulirlo un poco más para adaptarlo a la voluntad del amo. Los socialistas no acababan de soñar lo que les había pasado. «¿Tú crees que todo esto es verdad, que estamos en el Gobierno, que si mandamos nos van a obedecer?», le preguntaba Felipe a Alfonso Guerra. «No sé, Felipe, no sé, la verdad. Aunque tengo que darte una gran noticia. Hoy me ha abierto la puerta del coche un guardia civil, se ha cuadrado y me ha saludado con la mano en el tricornio. Esa actitud me ha llegado al alma». «Ya te dije yo que no eran tan malos. Habrá que hacer algo por ellos. En el País Vasco los están matando», contestó Felipe.

A estas alturas aquella pareja de maletillas ya eran novilleros, toreaban con caballos y habían dejado en la cuneta a Tierno Galván. Este político de cuello ladeado, como de ciego, la mano abacial apta para la bendición casi apostólica, se movía con un aire de galápago anfibio bajo la chaqueta cruzada gris perla. Al quedarse fuera de cuadro y perder la marca socialista, guardó todo su rencor intacto. «Lo haremos alcalde de Madrid para que cierre la boca de una vez. Este hombre tiene la lengua de serpiente. No nos perdona», le decía Felipe a Guerra. Cuando Enrique Tierno fue elegido alcalde, muchos madrileños se aprestaron a llenar rápidamente las bañeras. Nadie podía prever que un filósofo con ademanes de padre prefecto y cinco dioptrías en cada ojo, que daba la sensación de estar a punto siempre de tropezar con algo, fuera capaz de gobernar un poblado del Oeste, donde campaban a sus anchas los cuatreros del cemento y otros buscadores de oro. Fue una sorpresa: Tierno mandaba y a pesar de eso los grifos seguían funcionando. Los madrileños estaban acostumbrados a otra cosa. El alcalde conde de Mayalde había impuesto su talante de matón entreverado de señorito ganadero a

aquel lejano Madrid de estraperlistas con clavel en el ojal, de pordioseros todavía galdosianos y de flamencos jaleados por Ava Gardner. Después, Arias Navarro había despanzurrado impunemente la ciudad con sonrisa macabra de chispero. En cambio, Tierno inauguraba líneas de autobús con citas de Platón, los madrileños le veían bailando la conga amarrado a las cachas de la negra Flor en la verbena de la Paloma, presumía de no salir de Madrid en agosto, presidía procesiones con un collarón de esmaltes, adornaba las multas con literatura de Argensola, recibía al Papa, le entregaba las llaves de la ciudad dirigiéndose a Su Santidad en un latín de Tito Livio, que Su Santidad creía que era catalán, porque no sabía si el avión papal había aterrizado en Madrid o en Barcelona. Tal vez Enrique Tierno había alimentado la secreta aspiración de llegar un día a ser el presidente de la Tercera República, pero hasta la fecha su gran éxito consistió en poblar de patos el Manzanares.

Tierno Galván había sido expulsado de la universidad por haberse solidarizado con los estudiantes en su lucha por la libertad y ese lance estaba grabado en la nostalgia de aquella batalla. Durante ese tiempo el profesor se halló en el cruce de caminos por donde pasaban los hilos de la oposición moderada. Ejercía un magisterio suave, algo abstracto pero tenaz, de forma medrosa, paternal, entre los grupos que iban y venían con folletos para la firma en la planta noble de la alcantarilla, y entonces él y algunos amigos eran el socialismo del interior. La Internacional Socialista le mandaba un dinero de bolsillo para que funcionara una multicopista en aquel famoso piso de la calle del Marqués de Cubas donde el profesor se entretenía lanzando sofismas con tonalidades de plática, y allí se dejaban ver todas las cabezas de ratón de las distintas fracciones democráticas. Enrique Tierno conocía a don Juan, era amigo de los cristianos, cenaba con los liberales, se carteaba con exiliados, iba de cena en cena impartiendo doctrina en la penumbra, y así había logrado alcanzar un punto intermedio de referencia en la conspiración, mientras en Sevilla, sin que él se enterara, estaban creciendo unos cachorros con una ambición desmedida, aunque más certera. Con su perfil de abad exclaustrado, pudo haber sido presidente de la Tercera República si las cosas hubieran rodado a su

favor. Pero aquellos jóvenes socialistas de Sevilla le hicieron la cama. Primero dieron un golpe de mano en el congreso de Toulouse. Luego lo repitieron en Suresnes y desde ese instante Willy Brandt le cortó el suministro con estas palabras: «A partir de ahora el talón conformado por el banco de Alemania se lo mandáis a estos chicos». Tierno se quedó con las ideas y Felipe González con el cheque. Si algo le pudo servir de consuelo es que Carmen Díez de Rivera había abandonado a Suárez por un problema de desamor. También había rechazado entrar en el partido de Felipe y al final decidió formar parte de las huestes de Tierno Galván, tal vez buscando a un padre.

A Tierno le faltaron reflejos. No estaba dotado para las zancadillas de pasillo, sólo brillaba en la maldad de la frase viperina. Cuando en los aledaños de la agonía de Franco la política se volvió más concreta y el poder al alcance de la mano sustituyó a los principios generales, y las dentelladas en la yugular menudeaban en el subterráneo de la oposición, Tierno Galván se convirtió en una especie de padre malherido, justamente resentido por las circunstancias. Su partido era sólo testimonial. «Estos jovencitos. No los conoce usted bien». «¿Qué jovencitos, profesor?». «Ya me entiende, Carmen, ya me entiende. Si yo le contara. Querida Carmen Díez de Rivera. No sabe usted lo feliz que me siento de tener su magnífica belleza rubia en mis filas para apoyar el voto de calidad». Después de los avatares de costumbre, Tierno Galván se entregó a Felipe González con armas y bagajes en el restaurante Las Reses, por doscientos cincuenta millones de pesetas, pagados a tocateja.

En medio del bosque lácteo, un día Suárez vio pasar una carroza mortuoria, tan barroca como la que sacaba Drácula los días de fiesta. Desde la copa de los árboles bajaba una voz grave, propia de testamento o profecía. La voz era la de Tierno Galván y cuando empezó a hablar enmudecieron los pájaros; igual que en los conciertos de rock, los búfalos del botellón también callaban cuando les instaba el alcalde, en nombre equivocado de John Lenox por el de Lennon, a que se colocaran. Lo que Suárez oía en el bosque lácteo era el último bando del alcalde Tierno Galván dictado desde ultratumba.

«Madrileños: con ocasión de mi reciente fallecimiento, permitid que vuestro alcalde lance su último bando. Corren malos tiempos, sobre todo para mí que estoy de cuerpo presente. Pero no tiene importancia. Se trata sólo de ese leve percance que te lleva a la eternidad. Durante toda la jornada de ayer se formó una paciente cola ante la capilla ardiente para contemplar mi cadáver y los ciudadanos más perspicaces sin duda descubrieron que en el catafalco yo exhibía una sonrisa de conejo. Puedo asegurarles que no me reía de nadie, sino de la Historia. En cierta época de mi vida alimenté una vana y secreta ambición. Soñé inútilmente con llegar a presidir la Tercera República Española y por ello hice de mi espíritu un delicado cultivo de formas y respeto a los demás, nunca estuve dotado para las grandes intrigas. Siempre dudé de todo y de mí mismo. Por eso un día tuve que enfundar el florete y rebajar las ilusiones. Entonces el destino me deparó el mejor regalo arrojándome al amor de los madrileños. Con él me he saciado. No me gustaría que ahora la gente me humillara con alabanzas al muerto. Deseo que me consideren lo que fui: un ser perplejo, amante de la libertad, educado y sólo realizado a medias. Después de todo, la Historia no ha sido tan esquiva conmigo. Hoy, entre la muchedumbre, mis restos mortales cruzarán las calles de Madrid en una carroza tirada por doce caballos, y un profesor dubitativo nunca pudo aspirar a más. Con este último bando quiero recomendar a los madrileños un poco de orden cuando mi cortejo fúnebre pase por delante de sus ojos hospitalarios. Me perturba ser yo mismo el causante de una alteración de tráfico. Que todo fluya suavemente, como dijo el filósofo, con la corriente encabezada por mi pobre cuerpo hacia la tumba, sin que se interrumpa la circulación. Por lo demás, en el futuro yo no seré sino aquel hombre que en la intimidad del corazón embistió a la gloria sin audacia y al final sólo encontró el calor breve e intenso del pueblo. Que mi tránsito por esta tierra haya sido del agrado de ustedes. Perdonen las molestias. Vuestro alcalde, Enrique Tierno Galván».

Un millón de madrileños despidió a su alcalde y al final del cortejo había travestis sentados en los bordillos de las aceras llorando con el rímel corrido.

Los antiguos líderes políticos

Los antiguos líderes políticos, los nuevos fantasmas, aparecen como sombras en un espejo velado.

«Me hablas de cosas que no entiendo, de personas que no recuerdo —dijo Suárez—. ¿Quiénes eran Dolores Ibárruri, Tierno Galván, Santiago Carrillo, Fraga, Felipe González?». «Esos rostros y nombres de líderes, que entonces llenaban los carteles y las páginas de los periódicos, han muerto o se los ha tragado la historia —contestó Carmen—. Yo misma también he muerto». Tampoco los jóvenes de hoy saben nada de ellos. Los políticos supervivientes, los que todavía están en activo, están irreconocibles. En las imágenes de aquel tiempo aparecen todos con aire montaraz, sin tripa, la barba negra hirsuta y la melena tapándoles las orejas, con la pana dura o la trenca de trabillas; otros con caras de empollón, finos y encorbatados, recién salidos de las oposiciones, pasados desde la burocracia a la política, de los despachos de abogados del Estado a los escaños del Congreso. Eran jóvenes. Salieron de las oposiciones sin haber probado el placer de la vida y bajo la ráfaga de la libertad se liaron con las periodistas que les hacían entrevistas, con las chicas de la tribuna de prensa. «A veces yo también iba al Congreso —le dijo Carmen— y los jóvenes diputados socialistas, los viejos cocodrilos franquistas, todos creían que tú y yo éramos amantes, que los fines de semana nos perdíamos en el bosque. No hubo ninguno que no me quisiera ligar. Políticos y periodistas. Umbral hablaba de mí en su *Diario de un esnob,* en su *Spleen de Madrid,* que eran los artículos más leídos de *El País;* Paco hizo todos los jeribeques que suele hacer un donjuán para conquistarme: primero una lisonja, después una provocación, después un elogio desmesurado, eres la mujer de mi vida, me excita tu historia, luego un desplante seguido de una invitación a cenar, a un café, a un pacharán, todo demasiado obvio. Yo me dejaba. Diluyó mi negativa gracias a la amistad con el padre Llanos. Cogió un rebote cuando creyó que el cáncer le arrebataba finalmente sus sueños de

poseerme y reaccionó con una extraña virulencia contra la enfermedad que me roía las entrañas».

¿Dónde estaban en las elecciones de 1977 los líderes que se enfrentan hoy en las urnas? José Luis Rodríguez Zapatero, con diecisiete años, estaba acabando el bachillerato y no pudo votar; Rajoy se disponía a preparar oposiciones a Registros; José María Aznar iría de paseo por las afueras de Logroño bajo los álamos con las mangas del jersey sobre los hombros en compañía de Ana Botella, comentando, tal vez, el artículo que acababa de escribir en una revista de la Falange Auténtica. «¿Quiénes son esos fantasmas cuyo nombre pronuncias?», preguntó Adolfo a su amante muerta. «Querido Adolfo, un día llegaron del exilio las carátulas del pasado envueltas en mitología: Pasionaria, Santiago Carrillo, Alberti. Eran la expresión de la memoria de la guerra civil. La derecha hizo de Carrillo una de tantas figuras del diablo sin sospechar que después se convertiría en un artífice inteligente y pragmático de la Transición. Un día me tomé un chinchón con él, obedeciendo un mandato ordenado de muy arriba, y ahí empezó parte de tu historia. Felipe González venía del fondo de la clandestinidad con un diseño de joven agreste sin tallar todavía, como la imagen de un sueño que estaba por ganar; Fraga acababa de descolgarse del catafalco del franquismo comiéndose las palabras, pero no el pasado; el rey Juan Carlos estaba adquiriendo ya un aire de confianza en sí mismo, experto en navegar entre dos aguas. Tú fuiste el héroe del momento, odiado por la extrema derecha por haber traicionado los ideales del Movimiento, seductor del fondo femenino de la patria por tu apostura física, entre hortera y audaz, apoyado por los centristas liberales, democristianos y derribos del franquismo. Incluso en todos los países de Latinoamérica te tomaron de ejemplo, como el que tiene la llave secreta para desmontar una dictadura. Desde Argentina a Cuba te recibían en medio del entusiasmo de la multitud. Te admiraban por haber hallado el tesoro del cofre del pirata. "Nunca fundes un partido", te dije, "el día que caigas en la tentación de fundar un partido me iré de tu lado". Gracias a mí cambiaste de caballo en mitad del río, del franquismo a la democracia, pero fundaste un partido que llevaba dentro su propia destrucción, la

UCD, un conglomerado de traidores, menudo invento, cada uno con su ambición, y te creíste tu propia ficción como un nuevo general Della Rovere y estuviste dispuesto a dar la vida por ello. Ningún gesto de gallardía podrá compararse al que ofreciste a la historia al enfrentarte al golpista Tejero para salvar a tu amigo el teniente general Gutiérrez Mellado arriesgando el pellejo. El asalto del Congreso por aquella banda borracha fue el último capítulo de una pugna de la España negra por doblarle el codo a la democracia. Tú fuiste pasado por las armas. ¿Recuerdas?».

El intento de golpe de Estado de Tejero purgó todos los fantasmas que la Transición llevaba en el vientre bajo diversas formas de reptil. Y, en sentido contrario, abrió la puerta a una nueva generación capitaneada por el Gobierno socialista, que en la noche del 28 de octubre de 1982 dejó entrar en el hotel Palace el espíritu de cambio. En el fondo la democracia consiste en sentar las bases racionales para que una sociedad evolucione biológicamente con normalidad.

«Entonces te dejé. Terminó nuestro romance de amor, nuestra aventura política y fui seducida por los socialistas. Me gustaba Felipe González, pero él me temía. No me tomaba en serio. Creían que era una espía de la KGB. Me puse del lado de Tierno Galván, en el que una vez más yo buscaba a un padre». Durante los años que acompañaron a las tres mayorías absolutas de Felipe González, en la calle se produjo una tranquila, paulatina y profunda revolución en las formas de convivencia de los españoles. Se instauró otra manera de amar, de hablar, de viajar, de vestir, de trabajar, de enfrentarse a la vida. Los colores se apoderaron de las paredes de las ciudades, de las vestimentas y de las mochilas. Las estaciones y aeropuertos, los abrevaderos, las terrazas, los museos, los parques y las discotecas se llenaron de jóvenes sentados en el suelo a la espera de agarrarse a cualquier asa para salir volando hacia el horizonte y España por fin comenzó a hacerse soluble con Europa. Los socialistas no pudieron liberarse del síndrome de Estocolmo. En cuanto vieron que un guardia civil, después de abrirles la puerta del coche, se cuadraba y les saludaba con la mano en el tricornio, no pudieron resistir la tentación de ponerse al frente de la lucha con la ETA. «Si ellos nos matan, nosotros también los mataremos». Dejaron que el desagüe

de la sentina del Estado pasara por el salón principal donde estaban sentados señores muy finos. Y después llegó la corrupción. «Ahora nos toca a nosotros», se dijeron. El desencanto era la forma como los progresistas salvaron la conciencia de haberles votado. Fin de un sueño.

Los años ochenta fueron realmente nuestro Mayo del 68 de espoleta retardada. En lugar de efectuar su explosión concentrada en unos días, como en París, en este país constituyó una llamarada que se extendió a lo largo de toda la década y en ella ardieron unas tribus urbanas con una nueva imaginación a cuestas. Eran todavía niños cuando murió Franco, se hicieron adolescentes durante la primera transición y llegaron a la juventud explosiva bajo el Gobierno de Felipe González. Aquellos jóvenes cambiaron de piel a este país, buscaron el mar debajo del asfalto y asimilaron la libertad que encontraron en las aceras hasta convertirla en la propia sangre. Nuevos narradores, pintores y cineastas posmodernos, músicos y artistas conquistaron un glamour con una exaltación explosiva de sus cuerpos a través de la red de miradas en los abrevaderos. Los hijos comenzaron a ser más altos, más listos, más divertidos, más felices que sus padres. Y en eso llegó el desencanto.

«Hubo un joven banquero con un ideal político deslumbrado, que confundió el poder político con el poder del dinero y se aventuró a comprarte el partido por trescientos millones de pesetas. "¿Cuánto valen tus siglas, tu imagen, tu coraje? Ahí va eso, en una bolsa de El Corte Inglés", te dijo. Tuviste que ir a declarar ante un tribunal como testigo. Los testigos no pueden mentir. Jueces y políticos se reunieron previamente para decidir qué sería menos lesivo para la Razón de Estado: que admitieras haber recibido trescientos millones de aquel banquero o lo negaras. Te presentaste ante el tribunal. "¿Es cierto que el señor banquero aquí presente, sentado en el banquillo de los acusados, le hizo entrega a usted de trescientos millones de pesetas?", te interrogó el fiscal. Se decidió que causaría menos daños al Estado si lo negabas. Respondiste: "No es cierto". El juez no quiso saber más. "No hay más preguntas. Puede usted retirarse". A partir de esta humillación de tu coraje la niebla cayó sobre tu memoria».

Aquel banquero era aplaudido por los estudiantes. Hubo un momento en que fue coronado con un honoris causa y en ese acto tuvo delante a los reyes de España, a toda la prensa, a la clase dirigente del sistema y a sus enemigos conjurados. Aplaudieron todos. Él proclamaba: «Soy negro, sé que soy negro y Felipe González también es negro y lo sabe, pero otros políticos socialistas son negros y se creen blancos. Nunca los aceptará el sistema. Este país está entre el cabreo y la desesperación. El cabreo por la corrupción y la desesperación por la inevitable llegada de un mindundi como Aznar. Yo quiero ser el futuro presidente del Gobierno de este país. Y si hay que pagar, se paga». El banquero era negro y el Leviatán le echó una bocanada de azufre en el rostro y luego se lo tragó mandándolo a la cárcel.

La derecha salió de su postración a principios de los noventa y empezó a cabalgar a sus anchas a caballo del siglo. Otros jóvenes constituyeron un nuevo paisaje urbano. Se acabaron las barbas revueltas, el desaliño de boutique. Se desintegró la Movida y se instauró la ropa de marca. Los bares comenzaron a llenarse de jóvenes de pelo pegado, la camisa abierta hasta el tercer botón, chaquetas de cachemira y vaqueros planchados, mocasines con borlitas y un par de másters de cualquier universidad norteamericana en el bolsillo. Aquel líder político, José María Aznar, por el que nadie habría apostado si hubiera sido gallo, resultó ser un gallo de pelea con los espolones en las sienes. Había desarrollado sobremanera el gen del mando creando el terror entre sus huestes hasta aglutinar al PP en torno a él, y de esta forma lograría derribar con una agresividad desaforada a Felipe González después de darle con un latiguillo una y otra vez en la ceja que traía partida por la corrupción, producto inexorable de tres mayorías absolutas. Aznar ganó las elecciones en 1996 a la brava por unos miles de votos. Los socialistas dijeron que se trataba de ducharse y volver al Gobierno.

La primera legislatura con el Gobierno del Partido Popular, condicionada por los pactos obligados y empujada por el viento largo de la economía, sólo fue una etapa bonancible, la antesala de la mayoría absoluta de la segunda. Los niños felices comenzaron a hacer rodar en el dedo los llaveros de coches de gran cilindrada en

la puerta de las discotecas y ser de derechas se puso de moda como matar marranos en la finca, hablar de Bolsa y llevar el todoterreno a misa los sábados. En El Escorial se celebró una boda como un desafío, un desplante, sin complejos. Y en medio del banquete de este Baltasar se apagó la luz y en la oscuridad brillaron las tres palabras: Mane, Tecel, Fares. Luego se oyó la voz del ángel del Apocalipsis que acababa de abrir el séptimo sello.

Cuando España perdió el olor a sardina

Cuando España perdió el olor a sardina y comenzaron a reinar las mochilas rojas.

Adolfo Suárez ya no recordaba el nombre del actual jefe del Estado Mayor del Ejército ni el de los cuatro generales más gordos del escalafón que habían ido a la Zarzuela a pedir al rey que lo echara de la Moncloa antes de que florecieran los almendros; también había olvidado el gesto de aquel milico que se negó a cuadrarse y a darle la mano en un acto oficial. Esa desmemoria del nombre de los generales la compartía con la mayoría de los ciudadanos. España había cambiado, pero Suárez tampoco lo sabía. En medio del bosque lácteo él creía que el país seguía teniendo un olor a sardina en arenque envuelta en papel de estraza, aquella sardina que había que aplastar con el quicio de la puerta para separarle la piel. Creía que había todavía ciegos cantando *Los iguales* en las esquinas, que los feriantes de ganado lucían un cinturón confeccionado con monedas de un real, que subsistía todavía un tiempo de plomo en que no había forma de hacer una foto en la calle sin que apareciera al fondo una monja, un tullido, un cura con sotana, un militar de uniforme, un caballero mutilado, un niño vendiendo barquillos, un abrecoches con gorra de plato o un guardia con el pitillo en la boca indicando la dirección a un extranjero que parecía un ser de otro planeta simplemente porque vestía colores claros. Adolfo Suárez ignoraba que la democracia y las proteínas habían hecho síntesis y la sociedad había mudado de piel.

Pero fuera de la mente láctea de Suárez ya existía otro país. Los jóvenes habían alcanzado la altura media de un jugador de baloncesto y prácticamente todos los abuelos tenían la dentadura reparada y jugaban a la petanca en los parques con jersey de pico y gorrilla ladeada y una joven risueña les cortaba las uñas en el hogar del pensionista. En las tertulias ya no se hablaba de militares, la gente les había perdido el miedo, ahora sentía por el Ejército cierta admiración porque los comandantes se habían ido a Europa a jugar con misiles de verdad, en lugar de jugar a la garrafina en la sala de

banderas donde el pensamiento militar se dividía en dos ante este dilema: ahogar el seis doble al coronel o levantarse de la partida para salvar a España, ambos lances considerados como una hazaña. A la hora del desprecio, el lugar nefasto de los militares y de los curas lo habían ocupado los políticos. Ahora los mendigos galdosianos, en vez de extender sólo la mano, ofrecían algo a cambio. Unos tocaban el acordeón en un túnel, otros vendían pañuelos de papel en los semáforos, limpiaban el parabrisas o realizaban un número de circo, bien de payasos y equilibristas, bien de saltimbanquis o de lanzallamas. Los vespinos repartían pizzas de madrugada y algunos morían despanzurrados. Por primera vez había mendigos rubios con ojos azules.

Al príncipe Felipe de Borbón se le solía ver en un pub de moda, se descubría su cabeza en medio del rebaño porque era más alto que sus guardaespaldas, detalle nada banal, puesto que el pueblo llano ya no distinguía la altura de la alteza y esto que llevaba el príncipe a su favor. Al principio iba a un bar de copas con unos amigos que eran vástagos de las finanzas, unos pijos de vaqueros planchados que andaban entre el pádel y el índice Dow Jones, y se empataban con chicas de piernas largas y morritos de silicona, todos de pie con un vidrio en la mano bajo la música de garrafa. «Viene alguna vez por aquí», decía algún camarero. «¿Con quién, con la de siempre?». «No, ahora viene con una rubia, que es modelo y está buenísima, no me preguntes más».

El príncipe había concedido a los españoles el honor de no verle rodeado de toreros y riendo las gracias de flamencos, mozos de espada y picadores como su padre. Al parecer había sido preparado para que le sentaran bien las guerreras de los tres ejércitos, el esmoquin, el chaqué, la toga, los birretes académicos, el equipo de tenista, de piloto, de caballista, de navegante, de esquiador. Acomodar un cuerpo a esta variada clase de disfraces exigía una gran preparación mientras las amigas y las novias se iban sucediendo a su alrededor. Ahora que el príncipe iba a cumplir treinta años, sobre su persona arreciaba aún más la presión de políticos, familias reales y otros interesados para que este joven entrara en nupcias formales. Azafatas, modelos o doradas de la

aristocracia europea patinaban por el paseo de Recoletos bajo las acacias en flor esperando ser llamadas. Era necesario que la cadena de príncipes no se interrumpiera. Hasta hace poco, los reyes recién casados tenían que mostrar desde el balcón en la noche de bodas un pañuelo ensangrentado para demostrar al pueblo que la reina había sido desflorada con toda normalidad. El pueblo aplaudía. A mucha gente le gustaría que ese acto se retransmitiera hoy en directo. Alcanzaría la máxima cuota de audiencia en Telecinco, en *Aquí hay tomate,* nunca mejor dicho. A cualquiera que preguntaras por él, si le conocía bien, te decía que el príncipe Felipe era muy normal. Lo decía el camarero de la discoteca de moda, el catedrático de Constitucional, el patrón de un yate, el amigo pijo y el antiguo compañero de clase. Normal y buen inseminador, éste era el mejor elogio que se podía hacer de un príncipe moderno.

Por lo demás, fuera del bosque lácteo cualquier taxista presumía de tener un hijo cirujano en La Paz y una hija que estudiaba Física Cuántica en Múnich; además, el propio taxista cultivaba lechugas y tomates en el huerto que había heredado de sus padres en el pueblo, pese a lo cual todavía estaba cabreado contra el mundo en general. No había derecho. El taxista oía la radio de los curas y pedía leña, más leña, sin quitarse el mondadientes de la boca; en cambio, el cliente que iba detrás, un ejecutivo de una multinacional al que acababa de recoger en Barajas, tenía un chico que por fin había conseguido colocarse de recadero en un supermercado y se sentía feliz por eso, ya que antes estaba en la droga. Aquella mierda la había traído Suárez, bufaba el taxista, pero Suárez apenas existía. Se había perdido en el bosque.

En los telediarios se veían caer miles de toneladas de bombas sobre Bagdad, cuyas luces semejaban un árbol de Navidad, según gritaba el piloto; luego aparecían en la pantalla unos jubilados haciendo taichi en la playa de Benidorm, después un cirujano japonés operaba de amígdalas a una rata en directo por internet y finalmente el mundo se cerraba con un desfile de modelos anoréxicas envueltas en gasas dando caderazos por una pasarela. En *Informe Semanal* pasaban un reportaje de una noche de sábado. Una multitud de jóvenes y adolescentes se aglomeraba en torno a

los minicines, cuyos vestíbulos que apestaban a palomitas de maíz habían sustituido a las antiguas plazas de los pueblos. Después se mostraba un gigantesco botellón con cientos de adolescentes borrachos. En las discotecas y terrazas de moda la hija de un alto ejecutivo de la banca servía bebidas en patines vestida de pantera, con rabo y todo. Éste era su tercer contrato temporal en dos meses y estaba muy contenta o al menos así lo parecía, porque si no sonreía al cliente con un rictus de felicidad cristalizado en los labios, la echarían de inmediato.

«Parece que son muy felices estos niños», pensaba Suárez, contemplando una avalancha de cuerpos juveniles. Los empresarios habían conseguido que se explotaran entre ellos. Esa chica disfrazada de pantera que servía bebidas sobre unos patines sabía que para su puesto de trabajo había diez panteras detrás esperando, que eran más guapas, de piernas más largas, más felinas, con más colmillos, con más garras, que se conformarían con menos sueldo y que estarían dispuestas a disfrazarse de lo que quisiera el jefe, de ave del paraíso, de india apache, de astronauta: a todos les obligaban a exhibir con orgullo el logotipo de la empresa en la espalda o en la visera de la gorra. El espíritu japonés había imbuido el cerebro de estos chicos que habitaban las barriadas obreras de las ciudades españolas, de modo que tenían una mano en el ratón del ordenador y otra en los genitales. Unos sólo eran pornonautas, otros se estaban buscando la vida en la red, la mayoría imaginaba nuevos negocios para forrarse teniendo que pasar primero por las esferas siderales, algo electrónicamente muy excitante. En una acera de la calle Serrano había mendigos arrodillados que en una mano en alto exhibían un plato para las limosnas y con la otra estaban mandando un mensaje con el móvil. El Estrecho lo asaltaba un trajín de pateras, pero las mujeres aquí ya podían ser pilotos o capitanas de la Marina, árbitros de rugby, fontaneras o paracaidistas. La mitad de esa multitud de jóvenes que invadía las aceras en la noche del sábado podría ser despedida del trabajo el lunes pero la otra mitad encontraría, tal vez, una salida llena de futuro el martes atracando un supermercado o una farmacia. Así trepidaba el suelo bajo sus pies en el bosque lácteo. Y con esos pies cada uno iba a lo suyo.

Había caído el Muro de Berlín. Ya no había comunistas. Sálvese quien pueda. El horizonte de la historia era un cóctel molotov, pero nadie sabía explicar qué había más allá después de incendiar un barrio, romper los escaparates y huir cargando un televisor de plasma, un cajón de leche para el hijo recién nacido o un equipo de música o una muñeca hinchable.

A la salida del cine, en la noche del sábado, la visión de Suárez se sorprendía ante el espectáculo de las innumerables caravanas de jóvenes y adolescentes que subían de los suburbios hacia el centro de la ciudad con chupas de cuero duro. Eran miles, decenas de miles, e iban más o menos acicalados, algunos oliendo a colonia Nenuco, otros a aguardiente de cuarenta grados, todos dispuestos a iniciar una cabalgada por discotecas, bares de copas, esquinas calientes, plazoletas de iniciación. Partía la noche un rayo láser cuyo foco indicaba el lugar en que se celebraba el concierto de rock promovido por el Ayuntamiento, por un alcalde de cuello blando que hablaba de Kant, un alcalde que después sería enterrado con la carroza de Drácula, llorado por un coro de travestis, un tal Tierno Galván. Al final las manadas huían de sí mismas, con el botellón en la mano, atiborrándose de música furiosa dentro de los coches con las piernas fuera de la ventanilla o dando patadas a las papeleras porque regresaban a casa sólo con media paja. Suárez se preguntaba si la democracia que había dado su oportunidad a esos búfalos insomnes había valido la pena. Pero amanecía el sol del domingo en el bosque y otra multitud de jóvenes invadía la estación de cercanías con mochilas y equipaje de alpinistas, de excursionistas que iban al campo a hacer deporte llenos de pasión por sus cuerpos y por la naturaleza, y el lunes llenaban igualmente la universidad, las bibliotecas y los laboratorios. En medio de la congestión orgiástica del sábado sonaban las sirenas del Samur y todo tenía un aire de Apocalipsis de fin de semana.

De pronto el propio Suárez se veía a sí mismo cruzando este infierno de belleza en compañía de aquella mujer rubia y se daba cuenta de que eran dos extraterrestres. Había cola de inmigrantes en cada locutorio, el centro de la ciudad estaba ocupado por un ejército de africanos, a las tres de la madrugada dejaba paso a otro

ejército de chinos, que desde lo alto de los camiones repartía envases de arroz con brotes de soja a los búfalos. «¿Quieles uno?», preguntaba la chinita. La mujer rubia alargó la mano con un billete de mil y la chinita les ofreció dos envases de arroz. Suárez y la mujer rubia bajaron por la Gran Vía y poco después se detuvieron para ver pasar la historia con la espalda apoyada en la fachada del bar Chicote.

«No sabes la que has armado, querido Adolfo —le dijo Carmen Díez de Rivera—. En junio de 1977, cuando se celebraron las primeras elecciones democráticas que tú habías convocado, este río de aguas limpias y sucias que baja por la Gran Vía, que llena hoy los estadios, cines, bares, conciertos, discotecas, aún no había nacido o no tenía edad para discernir la importancia política de aquel acontecimiento y la miseria moral que dejaba atrás. Sólo a los ciudadanos de cincuenta años para arriba les tocarás ahora una fibra sentimental si les recuerdas que en aquel tiempo en la radio todos los días sonaban las canciones políticas *Libertad, sin ira, libertad* o *Habla, pueblo, habla.* ¿Recuerdas? Aquellos jóvenes con pantalones de campana, jersey con cuello de cisne y patillas de hacha, ellas con minifalda, botas altas y sin sostén bailaban, mejilla contra mejilla, las melodías *Oh mamy, mamy blue,* y también *Mis manos en tu cintura,* de Adamo. Nosotros dos trajimos la libertad a este país bajo esta música amartelada. Nosotros bailábamos boleros de Lucho Gatica y de Manzanero, pero los más modernos y concienciados se enamoraron tarareando al oído de su pareja las letras de Léo Ferré, Jacques Brel y Georges Brassens. ¿Te acuerdas cuando tú y yo bailábamos aquella canción que convertimos en nuestra contraseña? En el fondo éramos unos antiguos. Mientras en la piscina El Lago sonaba *Cuando calienta el sol* te acercaste a mi tumbona y me diste un beso, de amigo, todavía muy casto, pero fue un escándalo. Hace treinta y un años de todo eso. Las canciones que envolvieron las primeras elecciones democráticas se han esfumado. De nada sirve en este caso la nostalgia, querido Adolfo».

Los jóvenes que discurrían de madrugada como un río convulso por delante de esta pareja nacieron con internet, con el móvil, el MP3, el CD, el GPS, el chat y la PlayStation. A través de la yema de

los dedos sobre los distintos teclados su sistema nervioso se prolongaba por todo el universo. No sabían nada del Muro de Berlín ni del comunismo ni de la Guerra Fría. Cuando tomaron la primera papilla ese mundo ya no existía, pero al pasar del triciclo a los patines los alcanzó la libertad por la espalda y con la primera bicicleta se encontraron con la globalización, con el terrorismo planetario. Los más concienciados amaban la naturaleza, se molestaban en buscar una papelera antes de tirar un envase al suelo, rechazaban la comida basura e incluso cerraban bien el grifo del fregadero. Los más descerebrados se excitaban cada sábado en el albañal del botellón. Sus padres, en la manifestación de izquierdas, corearon el pareado: «El pueblo unido jamás será vencido». Ellos sólo cantan ahora el oe, oe, oeee al final del partido, cualquiera que sea su ideología. Ese cántico es el himno del siglo XXI, acompañado con la imagen de las Torres Gemelas ardiendo. Conocieron el amor ya en tiempos del sida y aunque en el colegio les explicaron cómo se usa el preservativo, a la mayoría no les da tiempo de ponérselo. Su horizonte es el genoma humano, que comparten con la marca Nike, y si sus padres se estremecieron con Maradona y Cruyff, ellos adoran a Nadal, Fernando Alonso y Pau Gasol. No les interesa la política, no les suena el nombre de Adolfo Suárez, tal vez vagamente el de un tal Felipe González, no leen periódicos, tienen una idea muy fragmentaria de la cultura, pero cuando un tema les apasiona —deporte, cine, informática o música — lo conocen hasta el fondo, abastecidos por una información exhaustiva.

Los abuelos de estos chicos juegan a la petanca en el parque y los padres se ponen el chándal los domingos y se van a unos grandes almacenes, que son los templos modernos donde la clase media española realiza los oficios religiosos, y allí compran unas galletas dietéticas para comulgar y zanahorias para adelgazar. Todos recuerdan aquel día en que se acercaron a un colegio electoral para depositar por primera vez su voto en la urna. Las elecciones democráticas de junio de 1977 las había convocado el propio Suárez, pero en ese momento este político no había conseguido saber a

quién había votado aquella mujer rubia que ahora estaba a su lado con la espalda contra la pared del bar Chicote viendo pasar la historia.

«A estos niños con el pelo de cepillo mojado, el cuerpo lleno de piercings y de mariposas tatuadas habría que contarles que la libertad no es un refresco de cola, sino un licor de sangre, que en este solar se ha bebido hasta el delirio. La libertad fue recibida con alegría y miedo por media España, con rechazo y recelo por la otra media. Y así sigue todavía. Dame un beso, Adolfo, como el que me diste en la tumbona de la piscina. Mañana iremos a navegar», le dijo Carmen, la de los ojos de piedra, con un envase de cartón lleno de arroz y brotes de soja en la mano.

Las Torres Gemelas ardiendo

Las Torres Gemelas ardiendo iluminan el vientre de la historia.

José María Aznar había casado a su hija en El Escorial, había colocado a su mujer en el Ayuntamiento de Madrid a la sombra de Gallardón, había conseguido hablar un inglés mexicano en el rancho de Bush, había puesto los pies sobre la mesa fumándose un puro al lado del amo del imperio, quien a su vez le había puesto la garra de tigre en el hombro, un gesto más peligroso, y le llamaba Ansar, en plan compadre disléxico. Había gobernado dos legislaturas como había prometido, sólo ocho años y ni uno más, pero en vista de cómo iban las cosas pensó: «Me voy, pongo a un pelele que nombro a dedo, me diluyo un tiempo, acompaño a mi yerno en las carreras de coches con ese macarrón de Briatore, me machaco en el gimnasio, hago mil abdominales al día, adelgazo, me dejo melena, me recorto el bigote, aprendo inglés y doy conferencias plagadas de lugares comunes y cosas consabidas a tanto la palabra, fundo un consorcio de derechas con calabazas pensantes, me forro hasta las patas y dentro de cuatro años vuelvo al Gobierno». Su renuncia a un tercer mandato, más allá del desdén castellano, podía obedecer a un interés medido de no deteriorar su imagen y salir ileso del Gobierno sin que nadie le hubiera pisado la cresta, para volver un día a la Moncloa si el mundo lo necesitaba y Aznar se dignaba a bajar de las alturas. Esta secreta aspiración, que casi nunca se cumple, requería un sucesor inerme que no se atreviera a darle un tajo al cordón umbilical que le unía al jefe para sentirse liberado.

Si las votaciones para elegir a un candidato se hubieran realizado por el sistema mediante el cual se elimina entre varios aspirantes al menos votado en cada vuelta, al final en la última votación sólo quedaría el que no tiene ninguna arista, el que no cae ni bien ni mal a nadie. Los miembros del jurado tienden a buscar el consenso natural entre la carne y el pescado. En estos casos el único mérito del ganador consiste en ser un canto rodado, que no acaba de gustar a todos, pero tampoco es odiado por ninguno. En repostería

saldría victorioso el mazapán; en frutería, el plátano; en el refresco, la tónica; en el postre, el flan de la casa. En la derecha política fue Mariano Rajoy el postre preferido, pero aquí no hubo jurado, sino la voluntad absoluta de Aznar, quien, antes de sacar el dedo, tal vez pensó: «Lo lógico sería que se lo propusiera a Rato, pero Rajoy suele decir cosas bien ensalivadas, y a cualquier afirmación dubitativa le ofrece tres salidas, como tres gateras, todas llenas de sentido común, para poder escapar. Tampoco haría mal papel como canónigo ante unos palominos con chocolate. Dicen que era un estudiante superdotado y sacó a la primera las oposiciones a Registros».

Sólo por cumplir un mero trámite, Aznar propuso su nombramiento a los máximos organismos del Partido Popular. En la bolsa donde el presidente Aznar tenía insaculados, cabeza abajo, a sus herederos también se hallaba incluido el puñal del godo, un arma que no es tan blanca como suele decirse. Según qué mano la empuñe, podría ser muy certera contra los sueños de Aznar. Este político autoritario, por encima de sus frustraciones, había desarrollado el gen falangista del mando, cuya pasión le ocupaba toda el alma, desde el cráneo hasta los testículos, y el excedente le caía por las perneras sobre las dos borlitas de los zapatos.

Cuando los candidatos fueran saliendo del saco, uno detrás de otro, para que Aznar les echara el último vistazo, el presidente tendría en la más alta estima a quien considerara incapaz de llevar el puñal del godo secretamente acariciado en el bolsillo. A simple vista, Rajoy parecía tener más interés en fumarse un puro en una hamaca viendo la vuelta ciclista a Francia que en apuñalar al patrón después de haberle heredado. Aunque la ambición política da para realizar ambas cosas a la vez, a este aspirante podría beneficiarle ese aire un poco ganso, para quien daba igual ocho que ochenta, siendo al mismo tiempo un hombre fiable y pragmático, negociador y cortés. Hay políticos que tienen buen puñal, pero les falta brazo. El caso de Rajoy era el contrario. Le sobran brazos, pero prefiere usarlos para remover la masa del pastel, ya sea de merengue o de chapapote, y para caminar después moviéndolos como un jaco cartujano. De sangre, sólo la precisa, la que se necesita para las morcillas.

Mariano Rajoy debió de ser un adolescente grandullón, disciplinado e inteligente, con barba prematura por dentro, y en el colegio tendría también la confianza del padre superior. Este actual preboste era un estudiante superdotado, pero torpón y sin reflejos a la hora de dar patadas francas y cargas violentas en los juegos del recreo; tal vez por eso imaginó que lo suyo, de mayor, debería ser la política, un deporte que te permite machacar desde la poltrona las espinillas del contrario por debajo de la mesa del despacho sin dejar de abanicarte la papada con un expediente. Rajoy contemplaba desde la mejor sombra del patio aquellas batallas de sus compañeros participando sólo indirectamente en su rivalidad, lo que le ha convertido hoy en un gran deportista sentado, hincha de culata, que está al día en cualquier competición, ya sea ciclismo, fútbol o carrera de sacos, sin excluir la prueba en la que él participa en este momento: la subida con otros candidatos por el palo enjabonado para atrapar el pollo de corral que Aznar ha colocado en la punta como premio. En toda excursión campestre hacia Fuente La Teja siempre hay un grandullón conformista a quien el jefe de expedición le manda que lleve la sandía. Aznar le puso a Rajoy en brazos una sandía de veinte kilos y le dijo: «Anda, llévala tú».

Adolfo Suárez González había salido del bosque para irrumpir en la precampaña electoral del Partido Popular en 2003 para apoyar la candidatura de su hijo, Adolfo Suárez Illana, en las elecciones autonómicas de Castilla-La Mancha contra José Bono. Llegó al recinto ferial de Albacete en medio de grandes aplausos de cuatro mil partidarios. Las aclamaciones de entusiasmo le emocionaron. Comenzó a sonreír de forma extraña. «No me aplaudan tanto, que soy de lágrima fácil», exclamó. El delirio se produjo cuando llegó Aznar y lo abrazó en el estrado. Suárez empezó a leer unos folios. Enseguida los suyos advirtieron que la cosa no iba bien. Suárez, sin darse cuenta, estaba leyendo el mismo folio varias veces. «Perdonen. Creo que esto ya lo he leído antes», murmuró. El desliz no importó a nadie, pero todo el mundo supo que algo raro estaba pasando. Suárez comenzó a reafirmar los valores de la libertad, la democracia y la tolerancia, pero lo hacía como alguien que se había extraviado en medio de la niebla. Sonó la música del himno del

partido para acallar aquel desvarío mientras Suárez tenía un recuerdo para su esposa Amparo y aseguraba que su hijo no les defraudaría nunca. Las palabras de José María Aznar, asfixiado por el intenso calor que hacía en el pabellón, cerraron el acto. «Hoy estás en tu sitio, apoyando las ideas de tu hijo y de todos nosotros, que son las tuyas, y de las que nos consideramos herederos». A partir de aquel día todo fueron sombras. Amparo, Mariam. Carmen, el príncipe, el rey, los políticos, los amigos. Los sueños. Todos pasaban por ese río que cruzaba el bosque.

En esos días todavía estaba en el aire la imagen apocalíptica de las Torres Gemelas ardiendo. Todo daba a entender que iba a cambiar la historia. Era el último de los grandes incendios, el del templo de Artemisa en Éfeso, el de la biblioteca de Alejandría, el de Constantinopla, el del Reichstag de Berlín. Cada uno de estos fuegos torció el curso de la historia. Ahora ardían las torres de Nueva York, el símbolo del capitalismo. Se creó el Eje del Mal. En Kuwait ya estaban preparados dos millones de sándwiches y cinco millones de yogures congelados para el ejército norteamericano dispuesto a invadir Irak, con ayuda de las tropas españolas. En la calle Tribulete de Madrid, en Lavapiés, unos musulmanes compraban móviles y cambiaban un kilo de dinamita por cien gramos de hachís. En la plaza de Lavapiés aún se respiraba felicidad. Desde un balcón del quinto piso una abuela muy madrileña, con bata guateada, gritaba hacia la calle: «Mohamed, cómpreme un litro de leche y una barra de pan».

¿Sería real que las Torres Gemelas estaban ardiendo, que las bombas caían sobre Bagdad, que las pancartas contra la guerra llenaban el bosque? Llegó a España el execrable atentado de la estación de Atocha, como el plato frío de la venganza, que fue digerido por los ciudadanos como el castigo de los dioses a un líder que no tuvo olfato para saber por dónde venía el viento. Adolfo Suárez ya no pudo saber que el Partido Popular fue desbancado porque Aznar no supo pilotar el avión en medio de la terrible borrasca. Las víctimas inocentes que murieron con este atentado fueron manipuladas por un interés electoral de la derecha. En la memoria perdida de Suárez fueron una misma descarga, las Torres

Gemelas y la estación de Atocha, una misma sangre, una sola explosión cuya onda expansiva, junto con otros cascotes, hizo que el poder cayera sobre los hombros de José Luis Rodríguez Zapatero, que inesperadamente, como efecto de aquella metralla, ganó las elecciones de marzo de 2004; durante cuatro años, no han cesado las turbulencias.

«¿Quién es ese muchacho que ahora sale tantas veces en los telediarios?», se preguntaba Suárez en medio del bosque. Este político estaba físicamente diseñado para ser un joven abanderado de cualquier congregación mariana, cosa que suele suceder cuando te educan en el colegio de las Discípulas de Jesús y la vida te regala más de un metro ochenta de estatura, un carácter sin aristas y unos ojos azules como el manto de la Purísima, pero este destino inexorable hacia el tocino de cielo quedó neutralizado por un anticuerpo socialista de raíz familiar. A Suárez le recordaba sus tiempos del seminario y de la juventud de Acción Católica. También él llevaba la bandera. Al llegar al uso de razón, el niño Zapatero se había encontrado con que la foto de su abuelo, el célebre capitán Lozano, que fue fusilado por los franquistas en León por ser leal a la República, estaba enmarcada en el aparador junto a algunas bandejas de plata, y esa imagen amarilla terminó por hacerse alimento en las conversaciones de sobremesa. Con la papilla, se transmite el meollo de la fe. A tan tierna edad, lo que uno oye mientras come llega al estómago en forma de ideología.

A aquel estudiante de Derecho, que de milagro se libró también de tocar la pandereta en la tuna, al sonreír ya se le iba la boca hasta la mitad de las mejillas, y allí la detenían esos hoyuelos que tanto gustan a las novias con el instinto maternal muy desarrollado. Suárez ignoraba que el nuevo presidente del Gobierno se enamoró de su mujer, Sonsoles, en la manifestación contra el golpe de Tejero el 27 de febrero de 1981, cuando toda España consideraba que Suárez se había comportado como un héroe. Y ya no hubo más historias. Ahora veía que este político, cuando caminaba de forma oficial, incluso de espaldas, parecía un hombre tímido: lo hacía con los brazos envarados a lo largo del cuerpo, las manos semicerradas formando un puño blando, que, si no servía para dar un golpe

autoritario en la mesa del despacho, podía transformarse fácilmente en una garra. El presidente Rodríguez Zapatero no conseguía imprimir a los ojos claros, que siempre suelen ser fríos, una mirada helada por el desdén o la ira, y tampoco infundía temor si sus cejas se le disparaban hacia arriba adoptando un aire luciferino. Cuando se cabreaba, era como si jugara a estar enfadado, pero esta sensación podía ser engañosa porque se trataba de un político que le había quitado a la derecha la longaniza de la boca sin despeinarse. Al principio Zapatero tuvo la suerte de ese jugador novato que juega al póquer o a la ruleta por primera vez, y siempre gana, y con esa idea comenzó a meterse en charcos.

En el inconsciente de la izquierda española está grabada a fuego la creencia de que en este país el poder es una finca de exclusiva propiedad de la derecha. Felipe González llegó a la Moncloa con un aparente desparpajo andaluz, bajo el cual se escondía un respeto reverencial a las sagradas escrituras de la oligarquía: cualquier ley que promulgaba su Gobierno siempre iba envuelta con el temor a que los dueños del cortijo se enfadaran y dieran por terminada la broma. Probablemente, Zapatero se despertaba cada mañana, se restregaba los ojos, miraba a su mujer y también le preguntaba: «¿Sigue siendo verdad todo esto? ¿Seguro que no nos han echado todavía? ¿Hasta cuándo permitirán que juegue a ser presidente del Gobierno?».

Cuando era jefe de la oposición desafió a Estados Unidos, metido en la guerra de Irak, al quedarse sentado en la tribuna de autoridades en el desfile militar en Madrid al paso de la bandera de las barras y las estrellas. En cuanto llegó al poder, Zapatero dejó que el ángel de izquierdas que llevaba dentro mostrara la punta del ala: mandó que regresaran las tropas de Irak y paralizó la Ley Orgánica de Calidad de la Enseñanza, dando un revés a Bush y a los curas al mismo tiempo, pero, sintiéndose turbado por la culpa, se fue con una prisa inusitada a Roma para que le riñera el Papa, y después corrió a abrazar al apóstol Santiago y permitió que el arzobispo le plantara cara en medio de la catedral. Trató en vano de aplacar al clero dándole más dinero a la Iglesia. Destituyó a la cúpula militar, nombró a una mujer ministra de Defensa para que pasara revista a

las tropas embarazada de ocho meses —una imagen que dio la vuelta al planeta— y permitió que sus ministras se disfrazaran en la puerta de la Moncloa con modelos de alta costura y se repantigaran sobre pieles salvajes, dejando el marbete de su política en manos de diseñadores y peleteros. Esos bandazos sólo indicaban que Zapatero tampoco se había librado del complejo de okupa. Cuando no se está seguro del terreno que se pisa, uno empieza tratando de agradar a todo el mundo y acaba dejándose fusilar metafóricamente sin protesta alguna para no cabrear al jefe del pelotón. Con el deseo de agradar a todo el mundo Zapatero había emprendido la apasionante aventura de la cordialidad política, que fue el sueño revolucionario de aquellos estetas de la República: enterrar para siempre la quijada de burro con una sonrisa.

Al principio salió indemne de los charcos en que se metía, no se sabe si por arrojo de primerizo o por la suerte que corona siempre al jugador novato. Usaba la sonrisa como un arma. Este político amable, sonriente y educado, con un optimismo antropológico, acabó siendo batido por un oleaje imprevisible, en medio de una crisis mundial que se le echó encima. En ese momento había otro gran bombardeo. Eran los tiempos en que no pasabas por la puerta de un banco sin que alguien te cogiera del brazo y te metiera a la fuerza en el establecimiento, donde te recibía muy amable un señor encorbatado que te regalaba apenas sin interés un crédito para un piso, un local, una parcela, los muebles de la casa, un coche todoterreno, en un solo paquete y te añadía unos diez millones como dinero de bolsillo. «Cógelo, no seas tonto. Dentro de un año lo que compres ahora valdrá cinco veces más». En Bagdad caían bombas de acero, en el país de Rodríguez Zapatero caían bombas de cemento y ladrillo sobre todos los litorales, en los extrarradios de las ciudades, en las montañas, valles y cañadas. De las infinitas grúas se balanceaban los huevos de oro de los especuladores, de cada pluma de la construcción colgaba el famoso saco de la codicia hasta que un día, de la noche a la mañana, todas las grúas de España se convirtieron en cruces del Gólgota donde fueron crucificados los inocentes, pero ninguno de los ladrones.

Adolfo Suárez recordaba difusamente aquel tiempo en que era gobernador de Segovia y un día sucedió aquella tragedia. En Los Ángeles de San Rafael se celebraba una convención de una cadena de supermercados. Más de quinientas personas de esta empresa comían, bebían y cantaban durante el almuerzo y de pronto todo se vino abajo. Cedió el suelo y todos los invitados fueron tragados por los escombros. El comedor había sido inaugurado sin permiso ni garantías, antes de que la argamasa hubiera fraguado. Suárez se recordaba sacando por debajo de los cascotes con sus propias manos a los muertos y heridos entre el arrojo y las lágrimas.

Ese mismo comedor que se derrumbó en medio de la fiesta de Los Ángeles de San Rafael, impulsado por la codicia de aquel promotor gordo que Suárez se encontró en el bosque, era el mismo que se hundió bajo los pies de Rodríguez Zapatero en medio del festín del ladrillo, sólo que ahora aquel comedor donde los especuladores saciaban su estómago se llama Lehman Brothers, radicado en Wall Street de Nueva York, cuyo desplome tuvo un efecto multiplicador en todo nuestro país. En la tarde del 17 de julio de 2008 en que el rey acudió a la colonia de La Florida a imponerle el Toisón a Adolfo Suárez, el primer presidente del Gobierno de la democracia, en cualquier ciudad de España había cientos de restaurantes repletos de comensales felices cantando, celebrando bautizos, comuniones, bodas y cumpleaños. Sonaban las orquestas de metal. A los postres los comensales bailaban el vals, se repartían ganancias, se firmaban contratos, se doblaban los precios, se descuartizaban montañas enteras sobre planos en los cocederos de mariscos. De pronto, todos los restaurantes se hundieron a la vez. La crisis sorprendió a este presidente con el pie cambiado y a partir de ese momento los muertos y heridos empezaron a exigirle responsabilidad por no prever que el edificio no tenía cimientos y se les iba a caer encima, como así sucedió. Perdió las elecciones y en el bosque comenzaron a sonar tiros de fusilamiento, aunque esta vez no eran pelotones de soldados los que pasaban por las armas a los políticos de la democracia. Suárez recordaba que había sido fusilado. Pero ahora estaba asistiendo a otra matanza. Eran los banqueros, los ejecutivos de las altas finanzas los que detenían a los ciudadanos corrientes y

les obligaban a ponerse de espaldas contra la pared brazos en alto, los cacheaban y les robaban la cartera e incluso las monedas que llevaban en los bolsillos. A algunos más reticentes los conducían esposados al centro del bosque, les ponían una venda en los ojos y los llenaban de plomo. Los fusilamientos de gente anónima no sólo sucedían en el bosque. También se realizaban en plena calle, en las puertas de los bancos, en las colas del paro, en las plazas donde estaban sentados los jubilados tomando el sol. Después de ser fusilados todos seguían vivos, aunque obligados a alimentarse con cuellos hormonados de pollo, condenados de por vida a pagar las deudas al banco desde la intemperie en medio de las tinieblas.

Cuando los héroes de antaño

Cuando los héroes de antaño tienen el futuro en la espalda.

Aquella tarde del 17 de julio de 2008 el paseo por el jardín de La Florida duró sólo unos minutos, el tiempo protocolario de ir hasta el abeto, rodear los pinos y volver con los zapatos embarrados a la terraza, donde permanecían las copas vacías en la mesa de cristal frente a los sillones y poltronas de mimbre. Antes de tomar asiento de nuevo, Adolfo Suárez se detuvo un momento, miró con insistencia a aquel señor que lo acompañaba y le preguntó: «¿Tú quién eres?». El rey le contestó: «Soy uno de tus mejores amigos». Entonces Suárez pudo sacarse del bolsillo, como otras veces, el papel con un escrito para mostrarlo con orgullo a ese señor que decía ser su amigo. Se lo dio a leer y el rey leyó: «Me has hecho la mujer más feliz todos los días de mi vida». Suárez enseñaba con orgullo ese papel a cualquier persona que sintiera próxima y amable. Era el último mensaje, escrito de puño y letra con temblor, que Amparo Illana le había entregado en el lecho de muerte. Adolfo había estado muy enamorado de su mujer y durante su larga agonía había permanecido al pie de la cama, los dos cogidos de la mano, hasta que expiró. También adoraba a su hija Mariam, pero en ese momento ignoraba que su hija también había muerto de cáncer. Alguien un día trató de comunicarle esa trágica noticia y Suárez le contestó que no toleraba en absoluto esa clase de bromas.

Sentados en las poltronas del jardín entre los familiares e invitados que poco antes habían asistido a la ceremonia íntima de la entrega del Toisón de Oro, se cruzaron las palabras informales que preceden a la despedida y, antes de ponerse en pie, Adolfo Suárez, que había permanecido con la mirada perdida en la copa de los pinos, pareció regresar al presente después de una prolongada ausencia durante la cual se había extraviado en un bosque. Primero comenzó a hablar en voz baja consigo mismo y luego para los demás cuando guardaron silencio. «¿Sabíais que yo un día conocí a un príncipe que partía ladrillos con un golpe de kárate? Ese príncipe un día fue rey de un

país lejano adonde yo arribé cuando era marinero de fortuna. Me había enrolado en un barco que no llevaba ningún rumbo conocido. Un día en medio de una tempestad hubo un motín a bordo y yo, que no sabía nada del arte de navegar, me encontré con el timón en las manos y logré llevar el barco a un puerto desolado, donde no había naves atracadas ni mercancías en los tinglados ni oficinas de consignatarios de buques. En el muelle sólo había unos hombres vestidos con chilaba blanca y turbante negro, puestos en círculo, que echaban los dados árabes a quien quisiera saber su destino por un módico precio. Esos dados estaban fabricados con hueso de colmillos de tigre y carecían de números. Cada una de sus caras tenía una imagen. Un elefante, un alfanje, un perro, una palmera, un león, una flor. Eché unas monedas en medio del corro para probar suerte. Mientras uno de ellos agitaba el cubilete de ébano, otro me dijo: "Hermano, si sale la flor, que es el azahar, serás muy afortunado". En el suelo había arena que el viento había traído del desierto de alrededor y en ella al caer quedó el dado enterrado. Suavemente uno de aquellos árabes, que parecía ser el maestro de ceremonias, fue apartando la arena con la mano y descubrió la cara del dado, que representaba una flor de lis. "¿Cuál es el augurio?", pregunté. "Llegarás a conocer a una dama muy hermosa, de piel dorada, de ojos azules y cabellera resplandeciente, que te guiará a un palacio donde habita un príncipe que parte ladrillos con un golpe de kárate"».

Los invitados al jardín de La Florida interpretaron que aquella mujer pudo ser la que todos imaginaban y nadie se atrevía a pronunciar su nombre. Todos permanecieron callados mientras Suárez comenzaba a desvelar la otra parte de su desmemoria. «Tenía delante de mí un desierto y al otro lado del muelle de aquel puerto desolado se estaba organizando una caravana de traficantes que se dirigían a una ciudad donde se decía que había un gran mercado de objetos robados, viejas casonas de hidalgos arruinados, iglesias y juzgados, curas, monjas y militares. Sin ninguna experiencia, me convertí en guía de dromedarios en la travesía de un secarral que parecía no tener fin más allá de unos yesares deslumbrados ante la crueldad del sol, pero un día vislumbramos

unos campanarios que sobresalían de unas murallas de color miel sobrevoladas por un anillo de cuervos». Los invitados al jardín de La Florida se abstuvieron de hacer comentarios. Se miraban unos a otros sonriendo con agrado mientras Suárez describía aquella ciudad, las personas que la habitaban, los sonidos de la lengua extraña que hablaban y el citado bazar. «En aquella ciudad mandaba un tirano. Todo el mundo estaba sometido bajo su bota invisible, pero la gente comerciaba alegremente, cantaba y bailaba, celebraba fiestas, unos comían gallinejas y otros percebes, aunque el poder de aquel sátrapa estaba en el fondo de todas las conciencias. En la plaza principal del gran bazar había un pedestal con un soldado que llevaba en la mano una lata de gasolina. Había una tienda de jades y de ámbar antiguo. Una mujer rubia salió de aquella tienda y me retuvo la mirada. Eran unos ojos azules acuáticos como no había visto nunca. Fue otro azar. De la misma forma que llevé el timón de aquel barco sin conocer las artes de navegar y también llevé a buen término la caravana de traficantes sin conocer la ruta del desierto, de igual manera aquella mujer rubia fijó los ojos en mí entre la multitud que llenaba el mercado y me llevó a un palacio donde vivía un príncipe que partía ladrillos con un golpe de kárate, aunque estaba igualmente sometido a aquel tirano». Luego Adolfo Suárez calló. Era una historia repetida, que todos daban por sabida e imaginada. El sol ya había doblado la copa de los pinos del jardín de La Florida.

El rey Juan Carlos aprovechó el silencio en que había caído Adolfo Suárez para levantarse de la poltrona del jardín e iniciar la despedida con todos los saludos formales. «Ha sido una tarde muy agradable». «Gracias por este honor que ha concedido a nuestra familia, señor. Adolfo parece que no se entera, pero percibe la amistad y el cariño de Su Majestad». Mientras el cuerpo de seguridad se preparaba para ponerse en marcha, el monarca le dio un abrazo a Suárez, quien volvió a repetir lo que le había dicho antes de penetrar en el bosque lácteo: «No te conozco, no sé quién eres, pero creo que te quiero mucho». El rey celebró la frase con una carcajada muy afectuosa y le apretó el brazo a modo de una cálida caricia. A continuación sonaron las voces gangosas de los guardaespaldas reales en las

radios de los coches. El monarca de España y su séquito abandonaron la mansión de La Florida y se diluyeron en el rumor del tráfico que fluía por la autopista de La Coruña.

Desde el sillón de la terraza Suárez contempló la espalda de aquel personaje desconocido que se alejaba cojeando un poco y se introducía en un bosque iluminado por una luz cenital, color calabaza, cernida sobre la copa de los pinos y las ramas de los abetos. Recordó que en ese bosque habían sucedido muchas cosas: había presenciado el derrumbe de un restaurante con quinientos comensales que celebraban una fiesta; en un cruce de caminos, en medio de una maraña de helechos, había conocido a un príncipe con el que jugaba al mus de pareja con un gitano; había asistido a un golpe de Estado, había encontrado el rabo de un demonio, había visto navegar muerta a una mujer rubia a flor de la corriente de un río. «¿Qué habrá sido de aquel príncipe? Nada bueno le espera si se pierde como yo en ese bosque. Correrá mucho peligro —pensó—. ¿En qué ribera llena de flores habrá varado el cuerpo de aquella mujer rubia?».

En aquel bosque en el que se había perdido había una feria popular repleta de tiovivos, barracones de tiro al patito, hedor de almendras garrapiñadas, puestos de turroneras, tómbolas con altavoces donde rifaban muñecas y botellas de sidra. Los sacamuelas regalaban peines, otros buhoneros contaban crímenes y hazañas y un ciego a tientas con un puntero explicaba una historia dibujada en múltiples cuadrículas de un gran cartelón colgado de una pared.

«Señoras y caballeros, esto es lo que sucedió en un país llamado España o algo así, en un lugar de sol y moscas. Les voy a contar la historia de un joven aventurero que conmovió los cimientos de la patria. Yo soy ciego, como ustedes pueden ver, pero miren, miren las imágenes que señala la punta de mi bastón. En este primer cuadro hay una guerra entre hermanos; en el siguiente se ven niños muertos de hambre; aquí está la madre de nuestro héroe en una mecedora rezando el rosario; aquí su padre huyendo de la justicia; aquí el conocido tirano que mandaba fusilar mientras desayunaba churros con chocolate; aquí unas beatas arrodilladas ante un cura en un Miércoles de Ceniza; aquí una criada y un soldado follando en el

portal de la casa del señorito; aquí un coche utilitario de donde salen un matrimonio, siete hijos y una abuela; aquí el tirano pescando sardinas con un destructor de la armada; aquí el príncipe de maniobras militares en un cuartel con un bocadillo de chorizo en la mano; aquí la gente tomando gambas con gabardina en el bar de la plaza al salir de misa un domingo; aquí nuestro héroe enarbolando una bandera de Acción Católica; aquí el príncipe que es nombrado sucesor del tirano e invitado por él a matar marranos; aquí cuando nuestro héroe se encuentra con la mujer rubia; aquí las mazmorras de la cárcel llenas de rojos; aquí los estudiantes de la universidad arrojando tazas de retrete sobre los caballos de la policía armada; aquí el tirano a punto de estirar la pata; aquí su entierro en el panteón del Valle de los Caídos; aquí el príncipe que se convierte en rey; aquí la mujer rubia que juega al bridge con el rey y nuestro héroe con las cartas marcadas; aquí nuestro héroe que hace juego de manos en el Congreso de los Diputados; aquí un guardia civil con bigote que trata de poner a la patria bajo su tricornio; aquí nuestro héroe que se rebela; aquí sus amigos le apuñalan por la espalda; aquí nuestro héroe se pierde en el bosque.

»Señoras y caballeros, esto es lo que le sucedió a nuestro héroe en el bosque. Caminando con la memoria perdida se encontró con un pelotón de fusilamiento y sin otra orden que la que daba el destino fue pasado por las armas, pero de ellas salió indemne y siguió caminando. Un día divisó una claridad. Esa claridad era la de una fogata. La rodeaban guerreros de tez amarilla y ojos oblicuos. No lo reconocieron, pero le dieron acogida. Como esencialmente estaba dispuesto a todo, participó en batallas en una geografía del todo ignorada por él. Era un político: no le importaban las causas y estaba listo a morir. Pasaron los años, él se había olvidado de todo y llegó un día en que se pagó a la tropa y entre las monedas había una que lo inquietó. La retuvo en la palma de la mano y dijo: "Eres un hombre viejo; ésta es la medalla que hice acuñar para la victoria de la libertad cuando yo era Adolfo Suárez". El héroe recobró en ese momento su pasado y volvió a ser un mercenario tártaro o chino o lo que fuere».

Nota a los lectores

Las novelas crean realidades en sí mismas, con su propia dinámica, y no hay mayor deleite para un lector que el de creerse los episodios narrados en un libro. En esta historia he creado un juego literario entre la realidad y la ficción cuyas reglas, no me cabe duda, serán comprendidas y aceptadas por cualquier lector agudo.

Desfile de ciervos

Los terrores del segundo milenio

Los terrores del segundo milenio se habían apoderado de la cultura cuando Dorian Gray comenzó a lacarse las uñas en la oscuridad de un salón del Palacio de Oriente junto a un lienzo en blanco tapado con varias sábanas.

Un día de julio del año 1994, la aurora iluminó el cadáver de un hombre gordo colgado de lo más alto de una grúa de la construcción a orillas del Mediterráneo. El cuerpo estaba partido en dos por la luz de un amanecer color de rosa, medio cuerpo lleno de sol y medio lleno de sombra, según lo balanceaba una brisa de gregal que anunciaba lluvia de verano. Antes de que llegara el juez a bajar el fiambre de aquel patíbulo industrial hubo noticias de que no muy lejos de allí, en la misma línea del mar, otro muerto se mecía igualmente de otra grúa de la misma empresa constructora. Alrededor de las diez de la mañana fue descubierto un ahorcado más y a éste ya le daba el sol de lleno en la cara y, aunque estaba a unos siete metros de altura, uno de los curiosos creyó haberlo visto la noche anterior tomando un gin tonic en la barra de El Venado, un prostíbulo de lujo situado entre naranjos a pocos kilómetros del lugar donde fue colgado del cuello. En total eran tres, al parecer todos rematados previamente con un tiro en la nuca antes de darles la soga y exponerlos en lo alto de idéntica forma como un exorcismo, lo que los mafiosos llaman la fiesta de la corbata. La clave de esta serie de crímenes sincronizados ha tardado veinte años en revelarse. Ha sido este otoño de 2014 cuando ha salido a la luz el misterio de aquel triple asesinato.

Ese mismo día de autos, el 9 de julio de 1994 por la tarde, el rey don Juan Carlos, la reina doña Sofía, la infanta Elena y el príncipe Felipe llegaron al estudio de un laureado pintor de fama internacional, situado en una colonia de chalés al norte de Madrid. La dirección del Patrimonio del Estado le había encargado un retrato de la familia real y el artista había llamado a un fotógrafo de su confianza para una sesión de fotos sin informarle previamente de qué encargo se trataba. También había citado a su amigo Javier de Sosa, un famoso realizador y presentador de televisión, quien antes de bajar del taxi se sorprendió al ver dos manzanas de la colonia

tomadas por la policía y un helicóptero realizando tirabuzones a baja altura alrededor de la casa del pintor.

En esos días se estaba celebrando la Copa Mundial de Fútbol en Estados Unidos y a media tarde, en todos los bares de Madrid y por las ventanas y balcones abiertos a las calles desiertas, se oía la retransmisión del partido entre España e Italia, que se jugaba en cuartos de final. En el aire tórrido sonaban los nombres de Javier Clemente, Zubizarreta, Hierro, Begiristain, los héroes del momento. Dino Baggio había marcado el primer gol para los italianos. En el segundo tiempo consiguió empatar Caminero, y en el último momento Julio Salinas se había quedado solo ante la portería del guardameta Gianluca Pagliuca, pero falló estrepitosamente. Pudo haber sido la victoria que hubiera cambiado el destino de la selección española. A falta de tres minutos para el final reglamentario Roberto Baggio marcó el gol decisivo, y en el tiempo de descuento fue cuando se produjo el percance. El árbitro húngaro Sándor Puhl no señaló la clamorosa falta de un codazo alevoso de un jugador italiano a uno de los nuestros en plena cara.

Frente al estudio del pintor hubo portazos de coches oficiales, guardaespaldas con pinganillos gangosos en las orejas, el rock duro del helicóptero sobre los aleros y toda la parafernalia de seguridad que se requiere en estos casos. Hay que imaginarse el hecho tal como pudo suceder. El pintor laureado recibió a la familia real bajo el dintel de la casa y con educada timidez realizó la consabida reverencia. A modo de saludo, Juan Carlos exclamó:

—Joder, el cabrón de Tassotti le ha roto la nariz a Luis Enrique. ¿No te has enterado? Nos han robado el partido.

Fue lo primero que dijo, y con este comentario de fútbol expresado con desparpajo por el monarca se relajaron las formalidades y hubo risas banales. La imagen de la nariz sangrante de Luis Enrique quedó como el símbolo de la derrota moral de España.

Para proteger la timidez del pintor, Javier de Sosa, con su cinismo peculiar, llegado el caso, se encargaría de dar conversación para romper los inevitables silencios embarazosos. Apenas lo tuvo delante, el rey le dijo:

—A ti te tengo yo muy visto.

El presentador, no sin descaro, le contestó:

—Y yo a usted también, en las monedas y los billetes de banco. Pero menos de lo que quisiera.

La mujer del artista había preparado té y café con algo de bollería, puede incluso que hubiera comprado una tarta en la pastelería Mallorca. El pintor preguntó por la infanta Cristina, ausente en aquella visita.

—Está en Boston con un amigo deportista, en el palco del estadio, presidiendo el partido contra Italia —le dijo el rey—. Menudo disgusto se habrá llevado, la pobre. Ese Tassotti es un cabrón.

La reina llevaba dos vestidos en un perchero y preguntó cuál de ellos le parecía al pintor el más adecuado para vestir al maniquí.

—Cualquiera de los dos, señora, está bien; tal vez este de flores parece más alegre —contestó.

La familia real se dispuso pacientemente a ser retratada desde todos los ángulos, en primeros planos y de cuerpo entero, juntos y por separado. El fotógrafo utilizó varios carretes, y mientras el rey hacía las chirigotas de costumbre, la reina, con educada curiosidad en medio del desorden natural del taller, se interesó por unos membrillos podridos que habían quedado olvidados en un cuenco de loza.

—Quise pintar un bodegón, señora, pero lo he ido dejando, dejando.

—¿Dejó que se pudrieran los membrillos? —exclamó la reina.

El pintor pudo haberle contestado que cualquier fruta podrida tiene más matices de luz, más alma, y así sucede también con las personas aunque sean reyes, pero era ya una leyenda que este pintor estaba envuelto siempre en un perfeccionismo neurótico que le impedía terminar los cuadros, y que esa impotencia había entrado a formar parte de su estética. Javier había acudido a la cita pensando que sería interesante realizar para la televisión un seguimiento de su trabajo, aunque ya suponía que iría para largo. Quedaron en llamarse.

Algún tiempo después, el pintor adquirió un lienzo con bastidor cuya medida de 3 × 3,39 metros daba prueba de la importancia del

empeño. La tela quedó instalada en un salón del Palacio de Oriente, llamado de la Estufa Grande o de las Camelias, adonde el pintor acudiría de vez en cuando a trabajar los primeros bocetos con la desgana que producen siempre los encargos aceptados por prestigio, por obligación o simple compromiso. Desde el primer momento, una vez más, el artista se encontró con la propia neurosis y comenzó a dudar ante la tela en blanco. Desde el ventanal abierto al Campo del Moro, la luz imprimía un matiz cambiante e inaprensible en las fotografías de aquellos rostros. El fluido del tiempo, que se deslizaba de forma diabólica sobre aquellas figuras, le impedía tomar una decisión. Por otra parte, nadie de la familia real, juntos o por separado, se acercó nunca a posar. Un día el rey Juan Carlos se presentó en el Palacio de Oriente, tal vez por cumplir un simple protocolo. Se limitó a charlar unos minutos con el artista ante el lienzo cubierto con unas sábanas, como un fantasma, y ni siquiera le insinuó que lo destapara movido por la curiosidad de saber qué había debajo. Antes de que el pintor tratara de enseñarle los primeros apuntes y bocetos, el rey dio media vuelta y se perdió por los salones de palacio sin mostrar el menor interés por su propio retrato.

El trabajo quedó paralizado durante años, fue retomado a veces, dejado de lado después. Debajo de las sábanas había cinco figuras de pie fotografiadas a tamaño natural. A la izquierda, según la mirada del espectador, aparecía la infanta Elena, con un vestido claro, falda hasta las rodillas, una torera con manga corta y los brazos distendidos a lo largo del cuerpo; a su lado, el rey Juan Carlos lucía un traje azul oscuro, camisa azul claro y corbata entonada; a su izquierda, la reina Sofía, con vestido de flores, tenía las manos plegadas sobre el regazo; el príncipe Felipe, también con un terno oscuro, era la figura sobresaliente del cuadro, y, en un caballete aparte, la infanta Cristina exhibía una falda hasta los tobillos y una chaqueta de manga corta en tonos pastel. Una sensación de serenidad estática, más burguesa que aristocrática, se desprendía de las fotografías que iban a dar soporte a los primeros bocetos. Pero antes de que el artista hubiera dado la primera

pincelada, el lienzo en blanco había comenzado por sí mismo a llenarse de sombras, como si la urdimbre fermentara.

Hacia el año 1994 habían comenzado a acrecentarse los terrores del segundo milenio. Según algunos astrólogos siniestros, desde el espacio sideral se estaba acercando a la Tierra un meteorito de diez kilómetros de largo por siete de ancho que iba a hacer impacto inevitablemente en España en la última Nochevieja del siglo XX mientras sus habitantes estuvieran brindando con una copa de champán en la mano o bailando la conga bajo una nube de confeti y serpentinas. Como presagio de este rigodón apocalíptico cruzaban el cielo todavía bandadas de tordos radiactivos que traían la peste nuclear desde la catástrofe de Chernóbil, y se decía que en el Central Park de Nueva York habían aparecido las primeras hormigas gigantes con un Kalashnikov en bandolera. Los biólogos de Harvard habían dado la voz de alerta. Tal vez estaba cerca la rebelión de los mariscos, de forma que en los restaurantes de lujo las langostas, centollos y cigalas hervidas se lanzarían al cuello de los comensales desde las bandejas. Por todas partes surgían profetas tenebrosos que auguraban el próximo fin del mundo y en este terrible designio coincidían con los informáticos del Séptimo Día, quienes presagiaban el colapso digital en todos los ordenadores al cambiar al dígito 2000, que ningún programador había previsto. Toda la ingeniería financiera, los registros de la propiedad, los números de Hacienda, los ficheros de antecedentes penales y el control de seguridad del Estado se iban a venir abajo. Pero este detalle ya no importaba nada, puesto que este mundo se iba a partir en pedazos como una calabaza.

Los libros de astrología, magia, ciencias ocultas y parapsicología habían ocupado por derecho propio un espacio cada vez más amplio en la mesa de novedades de las librerías. Los tratados de marxismo se habían ido por el sumidero de la historia desde la caída del Muro de Berlín, cuyo hormigón pintarrajeado se vendía en pequeñas raciones como turrón de coco y guirlache. No había progresista que no tuviera una pequeña porción del muro en un estante de la

biblioteca junto a la *Estética* de Lukács que ya nadie leía. Esa parte de las mesas de novedades, que hasta entonces era visitada por mujeres de mediana edad de rostro verdoso, a un punto de la crisis nerviosa, abandonadas por un marido sexagenario que las había cambiado por una veinteañera, comenzaba a recibir como nuevos clientes precisamente a estos ejecutivos sexagenarios dispépticos, a quienes esa veinteañera había cambiado a su vez por un joven mulato jamaicano. Eran tipos desesperados que buscaban libros de autoayuda contra la depresión y dietas de semillas para la felicidad herbolaria. Aunque el mundo fuera a partirse en pedazos, era imposible que Javier de Sosa, el presentador de televisión más popular del momento, rodeado siempre de actrices y gente famosa, que saludaba a los amigos con una ostra en la mano sobre el plato de huevos estrellados en Casa Lucio, imaginara que un día el terror del milenio le caería directamente encima, se tragaría el sarcasmo que usaba en la tertulia del café literario y le obligaría a andar rebuscando también por las mesas de novedades el libro de cualquier gurú que le diera un sentido a su vida.

La tarde del 9 de julio de 1994, en el parque del Retiro de Madrid, a la sombra del monumento al Ángel Caído, el único que existe en el mundo dedicado al diablo, una pareja de parapléjicos en sillas de ruedas tocaba la guitarra acompañando unos salmos en forma de balada, y en medio de los dos había un ser que parecía el pastor espiritual de un rebaño con una biblia en la mano, los brazos extremadamente abiertos y la quijada aproada hacia lo alto como si fuera a despegar. Este ser presidía un corro de cincuenta devotos de una secta, todos con los brazos en cruz, compuesto por ancianas en chándal, jóvenes con cara de lechuga y señores muy maduros con gafitas sin montura y babilla dulce en los labios. También se había sumado al grupo de fieles un lobo de mar, asiduo del parque, que parecía esperar la muerte dando migas a los pájaros al tiempo que contaba historias de barcos y travesías. Estos tipos estaban rezando a Dios como si les fuera la vida en ello bajo las ramas frondosas de los castaños de Indias, y desde lo alto del pedestal Lucifer parecía precipitarse en el vacío.

—Mirad al diablo. ¡Cuando caiga sobre nosotros todo habrá acabado! —gritaba desaforado el predicador.

—Parece que se acaba de resbalar con una piel de plátano —comentó un neófito haciéndose el gracioso.

—Oiga, ni una broma. En esto, ni una broma, ¿entendido? —le amenazó con fiera mirada el pastor.

Después de este pequeño altercado de mal agüero, las guitarras de los parapléjicos siguieron tocando hasta rasgar un acorde final. Entonces se produjo el silencio, el pastor del rebaño volvió a tomar la palabra y, con una voz potente que le hacía bailar la nuez en el cuello, anunció grandes y próximos cataclismos, lluvias de azufre, pestes bubónicas de vómito negro, e indicó a sus fieles y demás curiosos la forma de ponerse a salvo. Otro neófito le interrogó con mucha humildad:

—¿Es cierto, maestro, que el fin del mundo está tan cerca?

—No lo dude, hermano —respondió el pastor de aquel rebaño—. El gran fin de fiesta está anunciado para antes de que llegue el fin del segundo milenio. Se llevará a cabo mediante una plaga de langostas de hierro. Viene escrito en el Apocalipsis. Aquí, en este libro sagrado, hace ya dos mil años que está descrita con pelos y señales la bomba de neutrones.

El caballero iluminado abrió la biblia, buscó con la uña sucia el párrafo escogido y leyó textualmente:

—«El quinto ángel tocó la trompeta y vi una estrella del cielo caída en la tierra. Y se le dio la llave del pozo del abismo. Abrió el pozo del abismo y subió un humo semejante al de un horno inmenso y con el humo de este pozo quedaron oscurecidos el sol y el aire. Y del pozo salieron langostas de hierro sobre la tierra, a las que se les mandó que no hiciesen daño a la hierba, ni a cosa verde, ni a ningún árbol, sino sólo a los hombres que no lleven la señal en la frente». ¿Lo ve usted, hermano? Este párrafo es la descripción exacta de la bomba de neutrones. Nos matará a todos, pero dejará intactas a las rosas y a los geranios.

—¡Oh, qué hermoso! —exclamó una anciana con la dulce memoria perdida—. ¡Dios salvará a las rosas y a los geranios!

—¿Y qué señal hay que llevar en la frente para librarse del castigo? —preguntó un tercer neófito.

—Una cruz con barro del Jordán —respondió el pastor—. Lo traigo en esta marmita. —Y, dejando la biblia sobre los muslos del paralítico de su izquierda, gritó con tono de suprema autoridad—: ¡Los que quieran salvarse de la atómica, que se vayan acercando! En fila india, por favor. Los que quieran huir hacia Ganímedes, previo pago de cinco mil pesetas para gastos del viaje, que hablen luego conmigo.

Mientras el grupo cantaba cosas terribles del profeta Daniel, el pastor abrió una marmita, atada con una lezna de zapatero, y lo que había en su interior era realmente barro, sólo barro común. Delante del predicador se estableció una cola de devotos y, de uno en uno, su clientela fue humillando el testuz y se dejó signar la frente con un churrete oscuro que el tipo acompañaba con una palabra indescifrable.

El lobo de mar, que solía dar migas a los pájaros en la explanada junto al lago, cuando terminó la ceremonia tomó la palabra directa al predicador:

—Yo he sido marinero. He doblado el cabo de Hornos, el más peligroso del mundo, y este aro que llevo en la oreja da fe de ello. Aquel día había mar confusa. Las olas eran de veinte metros, y entonces le dije al capitán: «Mi capitán, hay que arriar todo el trapo, poner el barco a palo seco, cerrar las escotillas y atravesar este infierno metidos en el cascarón». Fue terrible. Tiene usted que creerme. Las olas se tragaban el barco entero, nos daban cinco vueltas en redondo dentro del abismo y se tardaba un cuarto de hora en salir a la superficie. Y así un día entero. La fuerza de la marea es la que te ayuda a doblar el cabo. Tú sólo tienes que atarte bien en el camarote. Ésa es la única práctica de salvación, que sirve también para la vida. Y ahora pregunto yo: ¿doblar el segundo milenio será tan peligroso como doblar el cabo de Hornos?

—Mucho más —exclamó el predicador.

El lobo de mar se quedó dudando.

—No lo creo —dijo por lo bajo.

Junto al lago del Retiro, las echadoras de cartas astrales y de tarot, generalmente argentinas, vendían el futuro por cincuenta pesetas sin necesidad de viajar a Ganímedes.

En medio de augurios tan aciagos reinaba felizmente el monarca Juan Carlos I, y aunque la vida pasaba sobre su figura dejándole minuciosas heridas, en ese tiempo su prestigio se hallaba a salvo todavía de la basura que había comenzado a emerger de las cloacas del Estado. La corrupción y la codicia venían incubando el huevo de la serpiente, pero el rey aún gozaba de la renta de haber superado el desafío de un golpe militar ya lejano y navegaba a sus anchas por aguas de Mallorca, mataba osos drogados, elefantes, venados, perdices, tenía amantes, tal vez fabricaba hijos naturales por doquier, realizaba viajes secretos y hacía negocios sucios, todo lo cual le era, no obstante, perdonado o silenciado. Su simpatía personal significaba un valor de cambio a la hora de mediar entre las pasiones políticas, aunar voluntades y cerrar tratos con los jeques de Arabia, y parecía que era el único capaz de abrirles el grifo de oro que tenían entre las piernas. «Hace tiempo que no me lleváis a Kuwait», suplicaba el rey al ministro de Asuntos Exteriores pensando sacar tajada. De hecho, navegaba las aguas del Mediterráneo en un yate regalado por uno de aquellos jeques sin que este presente obsceno dañara en absoluto el orgullo español, puesto que su vida privada permanecía inmune a la maledicencia y la máquina de picar carne de la opinión pública no había entrado en acción todavía para convertir su figura en pasta para albóndigas.

Puesto que cada rostro absorbe el tiempo, que en su huida va dejando en la piel la erosión de todos los sueños, en un salón del Palacio de Oriente los espectros de los reyes, del príncipe y de las infantas permanecieron en el cuadro inacabado tal como eran entonces, en la España de 1994. Las primeras pinceladas, los primeros bocetos con sus arrepentimientos se hallaban bajo las sábanas blancas que cubrían el lienzo. Tal vez la expresión de los rostros abocetados aún transmitía confianza en el futuro, cierta fe en la consistencia del fundamento irracional de la dinastía. Sin duda, el

tiempo fugitivo habría depositado sobre el estado de gracia la degradación que todo lo contamina. Era un misterio lo que podía aparecer en este retrato fantasma cuando se levantaran las sábanas. Como en el mito de Dorian Gray, en la oscuridad de aquel salón del Palacio Real las figuras pudieron haber tomado vida propia incorporando a su alrededor la atmósfera cargada que había atravesado España durante dos décadas sin necesidad de que el pintor interviniera.

Cleopatra se daba tinte en el pelo

Si Cleopatra se daba tinte en el pelo sobre una palangana y del ojo de Jehová caía una gotera en forma de lágrima en la Capilla Sixtina, cualquier augurio que lanzaran los profetas cabía en un tomate maduro como la sangre.

Hacia el final del segundo milenio el Apocalipsis llegaba estimulado por la codicia de los tiburones inmobiliarios que estaban llenando de grúas los cuatro horizontes. Por todos los litorales del mapa, por todas las vaguadas que rodeaban las grandes ciudades se oían chirriar las poleas y los albañiles, que empezaban a ser rumanos, habían aprendido a cantar por bulerías en los andamios en su propio idioma. Ningún político ni economista vaticinó que aquellas grúas, de las que pendían también los huevos de oro de los promotores, pronto se convertirían en cruces del calvario o en árboles de ahorcados. En tres de ellas habían aparecido tres cucañas, y nadie se escandalizaba por estos crímenes porque ya formaban parte del paisaje. Pero los asesinos en esta época eran todavía extremadamente simpáticos y solían invitar a gambas a los clientes que coincidían con ellos en la barra de los bares. «A este señor no le cobre». Ésta era la consigna antes de pegarle un tiro en la nuca y colgarlo después de una grúa para que se oreara.

Algo de tarot había en la ascensión fulgurante de un joven financiero a quien la Universidad Complutense acababa de conceder el doctorado honoris causa a cambio de mil millones de pesetas ofrecidos al rector. En el acto académico, presidido por los reyes de España, se postraron ante el encanto de este joven todas las fuerzas económicas y culturales y medios de comunicación del país, como en una coronación. Este joven brillante, ambicioso y adorado por todos los pijos del Dow Jones estaba obsesionado por el enigma de los cátaros, cuya misteriosa energía afloraba en aguas de Mallorca, donde él tenía el velero atracado. No obstante, pese al éxito y los aplausos, él se consideraba un gallo financiero en corral ajeno y en esto era clarividente, pero pasó que este héroe confundió a las personas físicas con las instituciones que representaban. Puede que un rey fuera frívolo, pero la jefatura del Estado era un instrumento político muy serio y peligroso; puede que un presidente del Gobierno

llegara a ser tonto de remate, pero el Poder Ejecutivo podía machacarte con el Boletín Oficial; sin duda el Congreso estaba lleno de diputados golfos y ladrones, pero las leyes que fabricaban podían convertirse en un dogal con que desnucarte. Era aquel tiempo en que en las fiestas de cumpleaños, en las bodas, bautizos, bailes y romerías, en colmados, bares y tabernas, se oía cantar: *Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, eeeh.* Y el papa Wojtyla aún no había comenzado a agonizar en público como parte de la liturgia. Ese joven banquero recién llegado al corral de las finanzas bailaba flamenco en los tablaos porque se sentía negro y estaba dispuesto a plantar cara al Leviatán.

Cerca ya del tercer milenio, en los bancos se cometían los atracos al revés. Ningún yonqui desesperado entraba en una sucursal con una recortada y el rostro encapuchado para llevarse la caja; eran los infames directores de sucursales bancarias los que salían a la acera y, a punta de pistola, secuestraban a cualquier peatón de buen aspecto, le obligaban manos en alto a meterse en el establecimiento y allí, con ayuda de los empleados, lo empujaban hasta el despacho y le obligaban a firmar un crédito facial y en algunos casos, desde el mostrador, un apoderado arrojaba sobre su cabeza un saco de billetes sin otra garantía que la molestia de cargarlo. Los banqueros ofrecían a sus mejores clientes a punta de pistola miles de millones y luego les suplicaban allí mismo, en el despacho, que se dejaran masturbar, a modo de propuesta:

—Te compras tres pisos en Marina d'Or, alquilas uno, vendes otro y esto te sale gratis, además te regalo un monovolumen de dieciséis válvulas y una novia búlgara de dieciocho años para que te pasees con ella a la puesta de sol cogidos de la mano con una camisa llena de palmeras. Firma aquí.

Javier había realizado dos documentales con gran éxito sobre la corrupción inmobiliaria del Mediterráneo. Había recorrido la costa desde Oropesa a Benidorm con su equipo, cámara al hombro, y el cuadro surrealista que emergió de las imágenes era otra manera de interpretar el Apocalipsis en forma de cemento.

En Marina d'Or había una avenida principal iluminada con arcos de bombillas de colores como en una Feria de Abril de Sevilla que

durara todo el año; en el jardín público se alternaban esculturas romanas de falso mármol con otras formas abstractas de metacrilato, farolas barrocas con otras de diseño y bancos de azulejos con formas caprichosas de animales imposibles, puentes y charcas con falsos papiros y flores de loto de plástico, todo un emplasto amalgamado por el horror al vacío. En una carpa, bajo un espectáculo de agua, luz y sonido, se mostraban las maquetas de lo que iba a ser este inmenso alarde del mundo-ilusión para atraer a los incautos cebados con el dinero barato. En aquel erial se levantaría una Venecia de cartón piedra con canales llenos de góndolas, los Campos Elíseos de París con una Torre Eiffel de cemento a tamaño natural pintada de color hierro colado, un simulacro de cabañas del Caribe con estanques para remar entre caimanes de gomaespuma, unos Alpes repletos de nieve sintética con pistas de esquí, y también las cataratas del Niágara sin una sola gota de agua. La línea del mar ya estaba tapada por varias murallas de apartamentos desolados puestos a disposición de una clase media cuyo buen gusto había sido ofendido y degradado.

En el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas de Marina d'Or, sostenido por unas enormes columnas con taraceas de falso estuco y de acero dorado, la mirada ascendía hasta una alta cúpula donde se había pintado una réplica de los frescos de la Capilla Sixtina. En uno de los paneles aparecía el mismísimo Jehová en el momento de unir su dedo creador con el de Adán. Se trataba de una pintura simbólica, porque ese dedo no pertenecía a Jehová, sino a un cacique del Partido Popular que había engendrado a un tiburón inmobiliario, antiguo vendedor de colchones, con carta blanca para violar la belleza de este paraje, uno más entre los depredadores con tres filas de dientes que seguían tapando con un muro de ladrillos lo poco que quedaba del litoral. Del ojo izquierdo de Jehová se desprendía una gotera en forma de lágrima que, después de atravesar todo el espacio del vestíbulo, caía en un balde de plástico colocado frente a la recepción y producía un sonido metálico, como el de un reloj que contaba los segundos antes de que estallara una carga bajo los huevos de oro de los especuladores. ¿Por qué Jehová no llevaba gafas negras como aquel capo mafioso de provincias?

En los altos de Benidorm, sobre un terreno de pinos y monte bajo que tres años antes fuera incendiado por una mano criminal bien retribuida, se había levantado el parque de Terra Mítica. Al acercarse el tercer milenio ese emporio de cartón piedra se hallaba en suspensión de pagos, y un día los figurantes de las atracciones decidieron ir a la huelga. Todos los toboganes, montañas rusas, templos, pirámides y coliseos estaban paralizados. Cleopatra, a pleno sol, se daba tinte en el pelo boca abajo sobre una palangana y a su lado cuatro centuriones con faldillas de latón, coraza y penacho rojo jugaban al tute, a sus pies las lanzas cubiertas de polvo.

A media mañana, por la carretera que sube a estas lomas abrasadas, se vio llegar un autobús de turistas de Benidorm y desde la muralla un vigía esquirol anunció la visita haciendo sonar un silbato.

—¡Todos los figurantes a sus puestos! —gritó a través de un megáfono, pero nadie obedeció. Cleopatra siguió dándose tinte, los centuriones continuaron con la partida de tute arrastrado.

El grupo de turistas se desparramó por aquel espacio y comenzó a pasearse tranquilamente por las calles de la antigua Roma, de Grecia y de Egipto. A la sombra de unos pinos se estaba celebrando una asamblea para dar noticias de la huelga. Un tribuno de la plebe, con clámide y las pantorrillas liadas, ante un público de odaliscas, pretorianos, griegos ensabanados y nativos iberos en taparrabos, gritaba:

—¿Conocéis a ese hijo de puta que se ha llevado de Terra Mítica la pasta gansa?

—¡¡Síííí!! —aullaba la plebe al unísono.

—¿Por qué no da la cara ese ladrón?

—¡A la cárcel, a la cárcel!

Ante las soflamas de este líder de masas, unos elevaban imprecaciones al cielo, otros enarbolaban las picas, otros se limitaban a devorar los bocadillos de chorizo que repartía una chica que se hacía llamar la reina de Saba. El parque de Terra Mítica estaba en ese punto en que, si los esclavos se rebelaban, pronto comenzarían a crecer cardos hasta la rodilla en el interior de los

templos, la yedra se enredaría en los hierros oxidados de la montaña rusa y en una charca flotarían los cocodrilos panza arriba bajo un sol inmisericorde.

Los gritos del tribuno contra los ladrones de Terra Mítica se los llevaba la brisa hacia Benidorm. Un turista le preguntó a uno de los figurantes:

—¿Y usted qué es?

—Ayer mismo yo era el faraón Ramsés —le contestó el hombre—, y hoy en día soy un faraón en paro.

Una momia que al parecer trabajaba en la Pirámide del Terror le preguntó a un turista alemán:

—Eh, míster, ¿sería tan amable de darme fuego?

El cuerpo de la momia iba forrado de látex simulando vendas podridas, pero llevaba la máscara bajo el brazo y por el cariz de su rostro se podía colegir que se trataba de un huertano acostumbrado a escardar cebollino. La momia comenzó a fumarse un puro canturreando por lo bajo unas peteneras, sin importarle nada de lo que le iba a suceder a este planeta al llegar el tercer milenio.

El tiempo caminaba desbocado hacia el año 2000 en medio de un bosque de grúas, canciones de andamio, tiro al plato en los bancos y visitas del Papa a España promovidas por arroz La Fallera. En su escalada hacia el esplendor, este país acababa de incorporar la fiesta de la Tomatina a su almanaque de esperpentos. Lo que había comenzado siendo una simple gamberrada de una tediosa tarde de domingo, años sesenta, en que unos tipos de Buñol para entretenerse le tiraron desde el bar un tomate al tonto del pueblo, se había convertido en una nueva marca de la hispanidad. La fiesta convocaba ahora a miles de adictos, un número creciente cada año de combatientes expansivos que llegaban de todas partes, incluso desde Japón y Australia. Se trataba de arrojarse varias toneladas de tomates unos a otros a la cara y repetir la gamberrada como una hazaña hasta ponerse ciegos en una batalla multitudinaria, a medias salvaje e infantil. Algo había de misterioso e inconsciente en aquella fiesta: tal vez era sólo el color rojo, excitante, irracional, convulsivo, como de hemorragia colectiva. Este desmadre hubiera sido impensable con una hortaliza verde o amarilla. Era la sangre

derramada desde el inicio de la historia, ahora convertida en tomate, la raíz de esta orgía. Esta alegría absurda pertenecía al pueblo llano, se había entregado a la degustación plebeya.

Estos reportajes de televisión habían obtenido un galardón internacional en Cannes, y Javier esperaba también ganar el Premio Ondas de ese año.

Aquel crimen entre los limoneros

Aquel crimen entre los limoneros, bajo la pólvora alegre del Mediterráneo, fue todo un sacramento de sangre y azahar, uno de los ritos con que se celebró la fiesta del ladrillo.

Sucedió en 1995 en el litoral mediterráneo, en medio de las fiestas de agosto, mientras crepitaba la carne de pollo y conejo en miles de paellas y los clavarios encorbatados, brillantes de sudor, llevaban en procesión de acá para allá peanas y pendones con la imagen de San Roque Peregrino, patrón muy venerado por aquellos parajes del crimen. Para la mayoría de la gente la felicidad consistía en dormitar bajo la parra con la tripa al aire llena de arroz, pero éste no era el caso de Anselmo Catarí, un antiguo tratante de ganado caballar convertido en corredor de fincas, quien en su motovespa y con un casco sobre el bisoñé color tabaco se adentraba todos los días por los caminos y pistas forestales más intrincados de la comarca de la Marina como ojeador de parcelas, solares e incluso barrancos en venta, un trabajo que también le llevaba a husmear notarías, registros de la propiedad y juzgados de primera instancia.

Anselmo Catarí solía tener buena información y no demasiados escrúpulos, sólo los necesarios, según los usos y costumbres de la tierra. Su fama de tiburón acreditado en la compraventa de terrenos se había extendido por toda la comarca. Era un especialista en embaucar a payeses desprevenidos, a señoritos despreocupados por sus haciendas; nunca se equivocaba a la hora de apretarle las clavijas al deudor agobiado, un arte inmisericorde que combinaba con su habilidad para cerrar el trato en la barra de cualquier puticlub de carretera o en el coche aparcado en un camino entre naranjos.

—Venga, esto lo celebramos con unas langostas y después le pegas un polvo a una rusa en El Venado. En plan lujo. Pago yo.

A su olfato de perdiguero para detectar baldíos le añadía una simpatía natural que le servía para despertar la codicia de algunos concejales de urbanismo, quienes sólo se contentaban con un par de paellas, una puta cara como regalo de sobremesa y algún puñado de billetes sudados a cambio del soplo verdadero o falso de unos posibles terrenos que iban a ser recalificados. También se servía de

algunos directores de banco que le advertían de cualquier desgraciado que no podía pagar la hipoteca e iba a ser subastado o desahuciado, y entonces Catarí se cernía sobre él como un ave carroñera, y no solía fallar. Cuando una de estas brevas ya estaba madura se la ofrecía a un promotor, compadre y amigo, un tal Norberto Solanar, dueño de Inmobiliaria Solanar S. L., para el que trabajaba a comisión en exclusiva, sólo el diez por ciento del precio real convenido, que nunca era el que constaba en la escritura del notario.

Todo el litoral era una plantación de grúas cuyas poleas elevaban la codicia hasta el cielo, y por todas partes se oía a las hormigoneras vomitar cemento armado en el fondo de las zanjas; en muchos bares de la Marina se veía a paisanos que acotaban con un lápiz rojo un plano desplegado en la mesa entre raciones de jamón y gambas rojas y cañas de cerveza. A su lado, un alemán o un ruso o un holandés sonrientes atendían a sus explicaciones:

—Aquí se pueden construir quinientos adosados, se trata de un negocio redondo —se les oía repetir como un mantra.

En las notarías había colas que llegaban desde la primera planta hasta la calle y en ella, pocos días después, se podía ver a esos clientes cazados al vuelo acompañados del correspondiente especulador, dispuesto cada uno a engañar al otro.

Las cosas le iban bien al ínclito Catarí en medio de aquella fiesta del hormigón en el ardiente verano de 1995. Según la psicología mediterránea, cada ricachón tiene un botón secreto en el cuerpo. Lo aprietas y empiezan a caerle billetes al suelo por las perneras. Todo el mundo parecía feliz mientras Los del Río obligaban a cantar *Macarena* incluso al mismo Bill Clinton antes y después de la mamada en el Despacho Oval. El ojeador Catarí, coronado con el bisoñé, había recorrido infinitos caminos en la motovespa a cuenta de otro y un día soñó que era el momento de independizarse. Con las ganancias prometidas, acumuladas y todavía no cobradas se había embarcado en una aventura. Había pedido un crédito para dar la paga y señal de un huerto de limoneros de tres hectáreas al pie de un monte, con vistas al mar, que el día de mañana podía transformarse en una urbanización de lujo con la que pensaba dejar

de ser un simple corredor por cuenta ajena para convertirse en promotor y fundar un imperio inmobiliario propio sin ayuda de nadie.

Todo comenzó a torcerse el día en que el dueño de Inmobiliaria Solanar, a causa de la propia voracidad, ya que mordía más de lo que podía masticar, empezó a retrasarle el pago de la comisión. Primero con buenas palabras, luego con evasivas, después con promesas formales incumplidas, finalmente con talones que no conseguía cobrar sino después de diez viajes al banco, las deudas se fueron acumulando y Anselmo Catarí pronto se encontró con que le apretaban el cuello con un doble dogal. Por un lado, el propietario del huerto de limoneros le exigía el cumplimiento del contrato en la fecha señalada, con la amenaza de rescindirlo y quedarse el dinero adelantado si no lo firmaba ante notario, de modo que el sueño de grandeza se podía desvanecer si Norberto Solanar, amigo y compadre, se declaraba insolvente por quiebra fraudulenta, como se rumoreaba por los bares. Por otro lado, a él le adeudaba la cantidad exacta de cincuenta y tres millones setecientas treinta y cinco mil pesetas. Algunos crímenes se forjan de repente con un odio que te nubla la cabeza y se resuelven con un tiro o un navajazo y ya está; en cambio, otros delitos de sangre son producto de la imaginación durante muchas horas de insomnio, elaborados con toda clase de coartadas. Este último era el caso de Anselmo Catarí.

En aquel pueblo mediterráneo de la Marina se celebraba la fiesta de moros y cristianos, a medias con la de San Roque y la Virgen de Agosto. El estruendo de las bandas de música atronaba las calles, el olor a pólvora se fundía con el de los calamares y mejillones al vapor. Anselmo Catarí, vestido de moro con una chilaba blanca y turbante carmesí alrededor del bisoñé, participaba en todas las comilonas con los componentes de su *filà* en el casal, pero su mente no cesaba de dar vueltas a un proyecto cenagoso que le iba a liberar del agobio económico. Tenía que cobrar la deuda a como diera lugar, era lo justo más allá de la codicia que reinaba en el ambiente; no estaba dispuesto a trabajar de balde y que encima se le rieran en la cara como había empezado a suceder. Su deudor pertenecía al bando de los cristianos, quienes desfilaban aparte, pero a ambos los unía la marcha de *Paquito el Chocolatero,* que sonaba en todas partes a

cualquier hora del día. El fin de fiesta consistía en el asalto al castillo, armados con arcabuces que se disparaban al aire contra el cielo azul. Según lo convenido por la costumbre los moros siempre eran derrotados, pero en este caso no iba a ser así. El arcabuz podía ser sustituido por una escopeta de perdigones, la misma que Catarí usaba para cazar conejos. Esta vez un cristiano iba a perder.

Después de varias noches de insomnio comenzó la cuenta atrás. Catarí exigió su dinero por última vez.

—¿Me vas a pagar lo que me debes o no me vas a pagar? —le suplicó casi con lágrimas al patrón.

—Oye lo que te digo. Si no te pago no es para joderte a ti, sino porque me conviene a mí. Estoy en plena ruina, amigo. El hijo de puta del alcalde del partido independiente de ese jodido pueblo de la sierra me ha paralizado la urbanización. Me pide un pastón para llevar el proyecto adelante —le contestó Norberto desde el asiento del Ferrari descapotable, vestido de cristiano con una cruz sobre la coraza en el pecho y un puro Montecristo en la boca que no le impedía sonreír con un soportable cinismo.

Catarí le explicó sus apuros para pagar el huerto de limoneros que tenía apalabrado con un dinero prestado por el banco.

—¿Has comprado un huerto de limoneros, tú, miserable? ¿Dónde? —preguntó Norberto. La codicia volvió a tomar parte entre los dos—. Un día me lo enseñas y si me interesa te doy un pase y de momento te remedias, ¿qué te parece?

Comían, bebían, desfilaban bajo los pasacalles, volvían a comer, a beber, a pasar media tarde en los puticlubs de la carretera general. Bajo el estruendo de la pólvora y la música, Anselmo Catarí hizo esfuerzos sobrehumanos para que no se le notara el odio en los ojos. Incluso se cuidaba de no irse de la lengua si bebía demasiado. Cuando las fiestas estaban en lo más alto, Anselmo le propuso a su compadre ir al trinquete de pelota donde el viernes jugaba el famoso pelotari Genovés. No importaba si uno iba vestido con chilaba de moro y el otro con coraza de cristiano. Luego lo llevaría al huerto de limoneros a recoger cuantos limones quisiera para hacerse muchos refrescos y gin tonics, e incluso podría colocar una raja de limón en los urinarios de cada apartamento que construía su empresa.

Soplaban esa tarde rachas de terral con bocanadas de fuego, un viento podrido de agosto que en aquella comarca de la Marina perturbaba la mente. El día anterior a la cita, Anselmo Catarí compró un saco de plástico en una tienda de chinos con las medidas convenientes para su propósito; luego se acercó al huerto y lo dejó junto a la escopeta cargada con dos cartuchos del ocho, ambos recados cubiertos de hierbajos al pie de un limonero cargado de fruta ya dorada. En el trinquete de pelota, Anselmo Catarí apostó diez mil pesetas por los pelotaris con faja roja y el promotor lo hizo con la misma cantidad en favor de los de azul. La partida fue emocionante y ellos dos llamaron la atención no sólo por el atuendo, sino por las palabras calientes ajenas a los lances del juego que se infligían por lo bajo. En medio de la partida, Anselmo Catarí le exigía, le suplicaba por última vez que le pagara lo que le debía.

—Necesito ese dinero. Yo también quiero ser como tú, uno de los grandes. Tengo derecho.

—Calma, calma, Catarí. Ya llegará tu hora.

La pelota de vaqueta, dura como una piedra, a trescientos por hora pasaba a ras de sus cabezas y a punto estuvo de llevarse al cielo el bisoñé color tabaco del ínclito Catarí. Más le hubiese valido si con el bisoñé le hubieran volado también los malos pensamientos de su mente envenenada. Una vez más, el pelotari Genovés demostró que era un superhombre de fuerza y agilidad, un ser invencible. Al final de la partida, al ver que Catarí había ganado diez mil pesetas con la apuesta, Norberto le dijo que con diez mil pesetas ya tenía bastante para comer una semana. Como respuesta a este desaire, Catarí se decidió finalmente a llevar adelante su propósito.

—¿No quieres ver mi huerto de limoneros? —le dijo—. Si te gusta, me das un pase que me deje satisfecho y tan amigos. Anda, vamos, quiero que le eches un vistazo. Nunca encontrarás una breva como ésa.

A la salida del trinquete Anselmo Catarí se ofreció a llevarlo en su propio coche, puesto que un Ferrari no era el más apropiado para un camino tan accidentado. El promotor no vio nada extraño en el silencio hermético de su acreedor durante la media hora de viaje, ni en su mirada fija en el parabrisas, ni en su respiración cada vez más

agitada. El coche atravesó un puente de madera sobre un cañaveral que olía fuertemente a aguas encharcadas.

—Ya hemos llegado —exclamó Anselmo Catarí con una voz muy grave.

—¿Por qué hablas tan raro? ¿Te sientes mal? —le preguntó Norberto.

—Nada, no es nada —contestó el otro.

Se apearon los dos. Recorrieron pausadamente las hileras de árboles cuajados de fruta. El promotor iba con la boca cerrada. Al fondo del paisaje se veía toda la línea azul del golfo de Valencia. Después de una detenida inspección realizada en silencio, el promotor dijo:

—Este huerto va a ser mío. ¿Cuánto pides?

—Nada.

—Di una cantidad.

—Algún día seré también un gran promotor y tendré un Ferrari como tú. Es lo que quiero.

—Te falta categoría para eso —exclamó Norberto.

A continuación le ofreció una cantidad irrisoria que a Anselmo Catarí le rompió todas las barreras de la moral, todo el miedo. Era lo que le faltaba por oír. Suavemente llevó al promotor hacia el lugar exacto donde había escondido la escopeta, la liberó de los hierbajos que la cubrían, se la puso debajo de la chilaba y llegó un momento en que le dijo al compadre que mirara el horizonte porque en el filo del mar se adivinaban las crestas de unos montes.

—¿Distingues aquellas sombras? —preguntó—. Son las de Ibiza.

Norberto, de pie vestido de cristiano con coraza y una cruz en el pecho, afiló los ojos.

—No las distingo bien… Ah, sí. Ahora sí.

Mientras la víctima estaba de espaldas tratando de ver Ibiza en el horizonte, Anselmo sacó la escopeta de debajo de la chilaba y dijo marcando las sílabas de cada palabra:

—Aquellas sombras son Ibiza, de verdad. Míralas bien porque no las vas a ver más.

En ese momento Anselmo le disparó un escopetazo en la nuca y el promotor cayó muerto en redondo. El asesino quiso comprobarlo a

conciencia. Quedó satisfecho cuando vio que un ojo de su amigo miraba hacia lo alto del limonero y otro hacia la verdolaga que brotaba del terrón más pegado a la nariz. Aun así le disparó en lo alto del cráneo el segundo cartucho de remedio. Muerto y bien muerto, sí, señor, hasta la resurrección de la carne, como rezan los curas en el sepelio, pensó mientras le extraía de un bolsillo las llaves del descapotable.

La noche se estaba echando encima y Anselmo aprovechó la luz pegajosa del crepúsculo rayada por los primeros murciélagos para hacer lo que había ensayado muchas veces en la mente. Con un esfuerzo sobrehumano potenciado por el propio terror, tuvo que quitarle al muerto la coraza de cristiano con la cruz en el pecho para que cupiera en el saco. Lo ató con doble nudo por encima de la cabeza y trabajosamente lo arrastró medio centenar de metros hacia una charca cubierta por un intrincado cañaveral. A esa hora sólo pasaban algunas palomas torcaces por el cielo en busca de refugio y alguna gaviota extraviada. Anselmo Catarí esperó a la oscuridad para completar su trabajo. Cuando estuvo muy seguro de que ya no podía ser visto por nadie, salvo por las ranas que croaban, llevó el cadáver hasta el puente y por encima de la barandilla de madera lo arrojó al humedal y oyó perfectamente el sonido del paquete al dar en el agua. Mientras comprobaba cómo la charca lo engullía, notó una brisa desconocida en el cráneo, pero no hizo mucho caso. Guardó la escopeta en el maletero y ya muy entrada la noche llegó a casa. La mujer, desde la cama, lanzó un grito de risa y espanto al verlo entrar en la habitación, vestido aún de moro con chilaba y sin el turbante.

—Pero, Anselmo, ¿y el peluquín? Algo gordo te ha debido de suceder. Nunca, por más borracho que estuvieras, te he visto la calva desde hace diez años o más.

Anselmo no se había dado cuenta hasta ese momento de que había perdido el turbante y el bisoñé. No recordaba dónde podía haber sido. Pudieron haber caído en el agua junto con el cadáver, o tal vez quedaron enganchados en la rama de un limonero mientras arrastraba el saco con el fiambre. La mujer le estuvo interrogando durante una hora y ante las respuestas inconexas lo dio por perdido,

pero no pudo pegar ojo al ver que su marido se revolvía y rezongaba en la cama como alguien poseído por un demonio extraño que en este caso no era la bebida.

—Qué te pasa.

—Nada.

—Qué te pasa.

—Nada.

Y así toda la noche hasta la madrugada.

Al día siguiente, el bando de los cristianos se sorprendió al ver que Norberto no había participado en el desfile ni se había presentado en el casal a la hora de la comida de hermandad. La primera alarma saltó cuando su mujer preguntó por su paradero a los amigos, ya que esa noche no había vuelto a casa.

—Alguna puta. Tiene que ser eso. Estamos en fiestas. Es lo que pasa —le dijo un compadre medio borracho.

La mujer sabía que en las fiestas de moros y cristianos algunos maridos desaparecían de casa durante una semana, pero ella temía que el suyo hubiera caído en brazos de cualquier rumana, rusa o nigeriana y que volviera desplumado. La noche siguiente Norberto tampoco regresó al hogar, y en los puticlubs del entorno nadie dio cuenta de haberlo visto cuando el hijo mayor se tomó el trabajo de buscarlo. Ni los hospitales ni la policía sabían nada de su paradero. Su despacho estaba cerrado esa semana por vacaciones.

Las fiestas habían terminado. El castillo había sido asaltado con gran estruendo de arcabuces, los moros habían sido derrotados por los cristianos una vez más, pero en medio de la refriega no se hablaba de otra cosa. Se decía que Norberto Solanar se había fugado con una brasileña cargado de billetes antes de declararse en quiebra. De hecho, su coche descapotable había aparecido en el aparcamiento del aeropuerto de Alicante, adonde lo había llevado el asesino. Otros juraban haberlo visto tomando el avión en Valencia en compañía de una mulata. Pero la angustia también se apoderó de Anselmo Catarí, más allá de la conciencia del crimen, porque al terminar las fiestas tendría que quitarse el turbante nuevo y la calva al aire sin el bisoñé iba a ser objeto de chanzas en los bares donde antes había reinado como tiburón muy respetado. Después del

crimen había desandado el camino hasta el huerto de limoneros. Uno a uno había escrutado cada árbol y en una rama apareció colgado el turbante como un nido de mirlos, pero no el bisoñé. Al asomarse al puente sobre el humedal por donde había arrojado el saco con el cadáver, vio que el bisoñé había quedado flotando en las aguas putrefactas. Con una de las cañas trató inútilmente de pescarlo. Lanzó varias pedradas para hundirlo, y el bisoñé se negó a irse al fondo de la charca con el muerto. A la mierda, dijo para sí. Tampoco pudo comprar un peluquín color tabaco, como el de siempre, ni de cualquier otro color porque las peluquerías estaban cerradas todo el fin de semana. El hecho de que al terminar las fiestas Anselmo Catarí se quitara el turbante y apareciera públicamente con una calva blanca y reluciente en pleno verano fue recibido como un acto de heroísmo y todos le felicitaban por ese valor, y él tuvo que corresponder invitando a amigos y conocidos al pie de las barras.

—A éstos no les cobre —repetía una y otra vez el asesino.

La llamada se produjo al cuarto día, a medianoche. Sonó el teléfono en la casa de Norberto Solanar, descolgó el auricular el hijo mayor y una voz con acento italiano, distorsionada con una media de señora, dijo marcando de forma dramática cada palabra:

—Norberto ha sido secuestrato, ¿capito? La banda de Mario Spinato. Sono calabrese. Molto cuidado. —Y dicho esto colgó.

Por fin la familia había salido de dudas. En la primera llamada el secuestrador no había pedido rescate ni había amenazado con matar a la víctima si llamaban a la policía, como se suele hacer en estos casos. Parecía tratarse sólo de un primer contacto para que la mujer se mantuviera a la espera de una segunda llamada. Cuando ésta se produjo, la policía ya estaba avisada y el teléfono había sido pinchado.

Anselmo Catarí volvió a llamar a la familia del socio al día siguiente, a la misma hora de la noche, desde una cabina pública y también trató de distorsionar su voz, aunque un fuerte acento valenciano emergía debajo de algunas palabras en italiano, las más corrientes, las que entiende todo el mundo. Al otro lado del teléfono estaba a la escucha la policía. Anselmo Catarí dijo que la banda de

Mario Spinato, de la Mafia calabresa, tenía secuestrado al promotor y pedía un rescate, concretamente cincuenta y tres millones setecientas treinta y cinco mil pesetas. Era la cantidad exacta que el promotor le debía. La banda se había enterado de que ese dinero lo guardaba Norberto en la caja fuerte del despacho de la inmobiliaria. Había que depositarlo en una bolsa de El Corte Inglés, bien cerrada con cinta aislante, a las siete de la tarde del día siguiente junto a un contenedor de basura situado en la entrada de la urbanización Los Naranjos, a tres kilómetros del pueblo.

—Nada de policía, ¿capito? La banda es molto violenta, molto pericolosa —dijo antes de colgar. Sonaba todo a broma.

La policía supo enseguida que aquel tipo era un aficionado y recomendó a la familia que atendiera exactamente a lo que pedía. De todas formas, había algo raro en todo aquello, porque al abrir la caja fuerte del despacho se comprobó que efectivamente allí había una bolsa de El Corte Inglés con el dinero requerido, que cuadraba hasta la última peseta. El hijo de Norberto Solanar fue el encargado de cumplir la orden del secuestrador. A las siete en punto de la tarde la bolsa estaba discretamente colocada en el lugar convenido, junto a los tres contenedores de caucho rebosantes de basura.

Ciervos de catorce puntas

Ciervos de catorce puntas abrevaban en un bar de copas y chicas de piernas largas dejaban colgadas sus bragas en las astas.

En marzo de 1996 la infanta Elena ya se había casado con un segundón de rostro ecuestre, recién salido de un baúl repujado con terciopelo raído, que dormitaba en un caserón solariego de la ciudad de Soria. Antiguamente, en las bodas reales como esta de la infanta Elena, según se ve en las revistas sepia de la época, el carruaje con la pareja de novios atravesaba un público de jornaleros anarquistas, cesantes galdosianos, gitanas con niños desnudos en brazos, barrenderos con alpargatas y blusa a rayas que contemplaban el espectáculo con una mirada desvalida desde las aceras. Puede que entre los invitados hubiera algunos toreros de naipe, ganaderos y mayorales con zahones, y algún repolludo académico experto en heráldica. En la boda de la infanta Elena, el 18 de marzo de 1995, este público había sido sustituido por un estofado de gente sevillana de clase media dispuesta a aplaudir todo lo que pasara gratis por delante. Bajo la alegre primavera, ante sus ojos desfilaban financieros saltimbanquis, flamencos, golfas marbelleras, aristócratas de medio pelo, pavos engominados con caracolillos en el cogote lorailo lailo, rehalas de las mejores casas, alguna oveja negra, con pamela o chaqué negro zaino, que debía la fama a un escándalo penal, y el príncipe de Gales, displicente con un chaqué gris como corresponde a una ceremonia por la mañana, el único que se sabía el protocolo. Con gran sonido de órgano y campanas, este lujoso ganado fue recibido con los brazos abiertos en la catedral de Sevilla por el cardenal Amigo, quien realizó una gran faena religiosa rematada con una salve rociera, la misma que cantan los monteros con la tripa llena de migas con chorizo antes de ir a los puestos a llenar de plomo la barriga de los venados. Pero ningún aristócrata se parecía a su caballo como es de obligación salvo el novio, Jaime de Marichalar. En este aspecto, los contrayentes llevaban mucha ventaja. La infanta Elena tenía un rostro de aristas duras moldeadas en el picadero y Jaime lucía un perfil equino, de facciones largas,

aunque sin riendas ni bocado, con la distinción natural de un hidalgón de provincias al que una tía adinerada había cedido parte de su fortuna para que no hiciera el ridículo en la Casa Real como en la de Alba lo había hecho Jesús Aguirre, el Magnífico, a quien la duquesa tenía que dar tres mil pesetas al mes para tabaco. Con el tiempo, este segundón amigo de moteros de Harley-Davidson, tatuados ángeles del infierno, aportó algo fundamental a la historia de España. Impuso una moda de pantalones apretados a sus importantes muslos, con colores de cortina, que dejaban ver los tobillos, chaqueta de terciopelo ceñida por los riñones hasta media nalga y una manta de cachemir convertida en bufanda alrededor del cuello. Así equipado se deslizaba en un patinete eléctrico por la acera de la calle Serrano de Madrid mientras sus dos guardaespaldas con el pinganillo en la oreja corrían detrás con la lengua fuera. De pronto Marichalar frenaba en seco y se metía en una tienda de lujo, la más cara, compraba ropa a capricho, salía cargado de bolsas que entregaba a sus guardaespaldas y continuaba la marcha en el patinete hasta que, excitado por otro escaparate, metía el freno.

El príncipe Felipe tenía veintiséis años cuando el retrato de la familia real recibió las primeras pinceladas. Según Schopenhauer, el hombre no viene del mono sino que va hacia el mono de forma inexorable. Venga o vaya, en ese trayecto que recorren todos los mortales el príncipe Felipe arrastraba estos dieciséis apellidos: Borbón, Schleswig-Holstein, Sonderburg-Glücksburg, Borbón-Dos Sicilias, Battenberg, Hannover, Orleans, Romanoff, Anjou, Hesse-Kassel, Nápoles, y los títulos de príncipe de Asturias, príncipe de Gerona, conde de Cervera y señor de Balaguer, duque de Montblanc y príncipe de Viana. En esa época, los espermatozoides de este joven se estaban cruzando con los óvulos de algunas niñas de Serrano de hablar gangoso que bebían a su alrededor en un bar de copas, reclamando de él una mirada comprometida, puesto que follar con el príncipe era una cima que algunas chicas trataban de escalar. Todas sus amigas eran flacas, de piernas largas y boca inflamada por la silicona; algunas estaban a un punto de la anorexia para cumplir el gran destino de que su cuerpo les cupiera en un

vestido de Sybilla. Así eran todas excepto una que tenía las curvas muy vertiginosas.

—Viene alguna vez por aquí con una rubia muy guapa, una chavala que es una bomba, no sé yo si va a poder con ella —decía un camarero de lengua larga a los periodistas que les seguían el rastro a sus novias.

Todos coincidían en que el príncipe era un tipo normal, lo decían sus compañeros regatistas, los profesores que le daban siempre el sobresaliente de rigor, los compañeros de las academias militares, los guardiamarinas del buque escuela *Juan Sebastián de Elcano,* los vástagos de los empresarios del Ibex 35 y su amigo preferido, un tal Don Algodón. Muy normal. Era el mejor elogio que se puede hacer de un príncipe moderno. En aquel bar de pijos husmeaban algunos sabuesos del corazón para descubrirlo acompañado de una modelo, de una azafata, de una misteriosa chica sin nombre. ¿De qué hablaba esa gente al pie de la barra, ellos con un vidrio en la mano y ellas pegándose melenazos para reclamar la atención de aquel venado, el único que exhibía las catorce puntas según el canon de medalla de oro? Hablaban de marcas de coches, de modistos, de gimnasios, de dietas, de pastillas y de matar osos en Ucrania. Algunos de estos jóvenes habían realizado un máster en empresariales; en cambio, otros no habían hecho un esfuerzo en esta vida salvo el de hacer rodar con el dedo en la puerta de la discoteca un pomo de llaves del monovolumen o de la moto Yamaha, para encelar a las chicas que hablaban con una pelota de pimpón en la boca.

Mientras el príncipe bebía en el bar de moda en compañía de esta camada de ciervos capaces de llevar vaqueros planchados y zapatos de tafilete con dos borlitas, una pareja corriente formada por un periodista en el paro llamado Jesús Ortiz y una enfermera sindicalista liberada, Paloma Rocasolano, dejaron Oviedo atrás y se fueron a vivir a Rivas Vaciamadrid, un pueblo obrero al sureste de la capital de España. La pareja traía consigo tres hijas adolescentes, la mayor de quince años llamada Letizia, otra Telma, otra Érika, las tres muy guapas. En un paraje no muy alejado de este pueblo del

extrarradio se levantaba entonces el basurero general de Madrid. De madrugada pasaban las caravanas de camiones por la carretera de salida hacia Valencia en dirección a ese vertedero formado por varias colinas de detritus que emanaban un hedor dulzón bajo un humo color de rosa. En aquel tiempo los residuos aún no estaban clasificados. Los camiones de la basura llevaban un aluvión de restos de comida, envases, muñecas rotas, gatos muertos, cristales, frutas podridas, escayolas de piernas enyesadas, material sanitario rehusado por los hospitales, gasas y algodones empapados de sangre, infinitos cuellos de pollo, latas, trapos sucios, toda clase de papeles viejos, los primeros desechos informáticos y otras excreciones del alma humana. En todos los grandes vertederos corren leyendas que expanden de viva voz los vagabundos que andan a la rebusca escalando esas colinas. Bajo ellas alienta un sueño de esmeraldas, diamantes, collares y diademas perdidos e incluso de algún cuadro abandonado de mucho valor, después de que un mendigo descubriera un Goya envuelto en harapos.

Sobre el cúmulo de basura más alto de este vertedero general de Madrid se presentó un día en sociedad una pareja de primos financieros, los famosos Albertos, el Cortina y el Alcocer, con sus gabardinas blancas impolutas, que inauguraron aquel momento histórico en que el dinero y la mierda formaban una misma sustancia con la política. Los dos pájaros estaban casados con las hermanas Koplowitz, la rubia y mística Alicia, la pragmática y morena Esther, ambas multimillonarias, descendientes de un judío alemán huido del terror nazi, de quien heredaron el negocio de basuras de la capital del reino bajo el patrocinio protector del señor Areces, el amo de El Corte Inglés. Sus maridos eran amigos del rey Juan Carlos, una amistad sellada con muchas horas de monterías y de matar marranos, un compadreo cinegético que algunos años después los libraría de ir a la cárcel por una supuesta estafa.

El periodista Chus Ortiz, hijo de una locutora de radio y de un representante de la Olivetti, se había quedado en el paro. Su mujer pidió el traslado de enfermera y la familia se instaló en Rivas Vaciamadrid, en un humilde chalé adosado con un pequeño jardín en la calle Río Guadarrama, 23, adquirido gracias al abuelo Paco

Rocasolano, vecino de Moratalaz, taxista, descendiente de chatarreros de cierto nivel con tierras por el entorno, que les había prestado cinco millones para la entrada de la vivienda, y a partir de entonces él y la abuela Kety serían el sostén moral de aquella familia de desplazados. El pueblo de Rivas Vaciamadrid era el caldo natural de Izquierda Unida y de Comisiones Obreras, y su gente se veía siempre detrás de todas las pancartas. Con una vida apretada en ese ambiente creció la adolescente Letizia, entre la lucha reivindicativa de la madre en el hospital de Vallecas y un padre que se buscaba la vida en un periodismo a salto de mata. Recién trasplantada a Madrid, Letizia había trasladado el expediente al instituto Ramiro de Maeztu para seguir los cursos de segunda enseñanza y cada mañana, al amanecer, cargada de libros y cuadernos, cogía los autobuses que la llevaban por la carretera de Valencia hasta la calle Serrano y en el camino se cruzaba en sentido contrario con los camiones cargados de basura que procedían de la ciudad, y puede que el subconsciente de aquella estudiante hubiera elevado todos sus sueños para librarse de este detritus, dispuesta su voluntad a encontrar la esmeralda perdida en el instituto, no en el muladar. Era muy perfeccionista, nunca se perdonaba nada. A este empeño unos lo llaman ambición, otros lo llaman simplemente disciplina.

Letizia era todavía adolescente cuando se enamoró de su profesor de lengua y literatura. Hay que imaginarla en la primera fila del aula mirando fijamente al profesor Alonso Guerrero, de treinta años, escritor minoritario, culto, discreto, marxista de salón, quien desde lo alto de la tarima tampoco podría desviar los ojos de aquella alumna tan disciplinada, tan atractiva, que le atendía con una inquietante media sonrisa, con una doble intención en la mirada.

Puede que una mañana al finalizar la clase Letizia se acercara a la tarima a consultar alguna duda con el profesor. Si este hecho anodino se produjo, no cabe duda de que hacía ya tiempo que ambos se habían devorado con los ojos. Probablemente hubo un primer café en cualquier bar de la esquina. La chica se sentía refugiada en aquel joven literato casi quince años mayor que ella, tan tímido, serio, culto y sólido. Al principio hablarían de libros, de

aficiones comunes, de películas preferidas, de proyectos literarios, hasta que sobrevino la primera caricia, la yema del dedo sobre el dorso de la mano extendida en la mesa del bar entre dos cañas de cerveza, luego un paseo por cualquier parque, el primer beso en la última esquina bajo una farola, en la oscuridad del portal. Lo de siempre. Él era un escritor sin lectores. Con una ambición más marcada, ella quería ser periodista. A la salida de clase se buscaban en medio del barullo y griterío del patio. Cada día se necesitaban más. Puede que después de morrearse largamente en el coche el profesor la llevara a casa al atardecer. Hasta mañana, cariño. Hasta mañana, mi vida. Las hormonas de la pareja funcionaban con absoluta normalidad. Una historia mil veces repetida.

En 1987, cuando los padres de Letizia se instalaron en Rivas Vaciamadrid, las tribus urbanas ya habían conquistado los sótanos de la ciudad, la carne de los jóvenes estaba traspasada por toda clase de imperdibles, la movida había dejado un rastro de nuevos mitos, de nuevos ritos en la forma de viajar, de emparejarse en los petates, de juntarse a beber en los bares y tabernas de Malasaña y Lavapiés. Almodóvar era el rey león de la sabana de asfalto. Se habían esfumado del paisaje urbano los uniformes militares y las sotanas, los trenes llegaban puntuales a estaciones con vestíbulos llenos de mochilas multicolores y los retretes públicos empezaban a estar limpios. Después de cinco años en el Gobierno, las patillas de Felipe González habían ido ascendiendo desde la mandíbula al lóbulo de la oreja y la pana fue definitivamente arrumbada, según el consejo y la condición inexorable que le dio Willy Brandt para gobernar. Asentado en el poder con la segunda mayoría absoluta, en vista de que el socialismo no le iba a tocar un pelo a ningún banquero, a ningún obispo, a ningún empresario salvo al loco carioco de Rumasa expropiado por Boyer, los que habían refugiado el dinero bajo las montañas nevadas de Suiza perdieron el miedo a los rojos, comenzaron a relajarse, regresaron a casa con las sacas y a partir de ese momento comenzó la cultura del pelotazo. Ya era estético enriquecerse.

Después de los almuerzos de trabajo en restaurantes de lujo, los tiburones vestidos de negro Armani abordaban sus BMW, sus Audis, sus Volvos y volvían a los despachos a seguir afanando pasta. Fue aquel verano en que el profesor de lengua Alonso Guerrero y la alumna Letizia Ortiz se cogieron de la mano cuando oficialmente, en Marbella, bajo los auspicios de Gunilla von Bismarck y de una panda de chorizos engominados, en medio de la fiesta del dinero, Miguel Boyer en bañador e Isabel Preysler en pareo aparecieron también cogidos de la mano en una portada de *Hola* con algún putón desconocido detrás. Los socialistas finos vestían camisas de seda iridiscente en la noche marbellí y pronto aprendieron a cruzar sus vidrios, chinchín, con unos golfos en Puente Romano, con la aristocracia de Tío Pepe, e incluso compartían las muñecas del mejor plástico alemán en las popas de Puerto Banús. El torrefacto Julio Iglesias les balaba como una cabrita la canción *Bamboleo,* con una mano extendida sobre el hígado, dando lametones al micrófono ladeado en la mejilla bajo el aroma de galán de noche.

Cuando el príncipe cumplió veintiséis años y entró a formar parte del retrato fantasma, España estaba bajo la ola del terror. Aún permanecía en el aire el estremecimiento por el atentado de ETA en un Hipercor de Barcelona, que causó veintiún muertos y decenas de heridos, pero en los bailes de chiringuito a lo largo de la costa, bajo las estrellas, inmensos alemanes abrasados por el sol movían las alitas como gorriones cuando aún sonaba la canción *El baile de los pajaritos,* de María Jesús y su acordeón; de vez en cuando la brisa también traía y se llevaba el pasodoble de Manolo Escobar *Que viva España,* cantado a coro cuando ya estaban todos borrachos. Entre el desencanto político y el pelotazo, España había cambiado de piel bajo la euforia de la modernidad.

El joven príncipe a sus años debía de tener ya el carácter formado. No se parecía a su padre. No era ni tan castizo, ni tan frívolo, ni tan simpático. No contaba chistes ni se desparramaba públicamente en carcajadas. Entre el desparpajo de Juan Carlos, que tan bien se trababa con el caldo gordo ibérico, y el hieratismo, la altivez y la profesionalidad teutónica de la reina Sofía, el príncipe se había cobijado bajo la rama materna del árbol. A simple vista tenía traza

de un príncipe europeo. Aunque recriado en una endogamia de amigos pijos, al menos había concedido el honor a la mayoría de los españoles de no verle rodeado de toreros y riendo las gracias de flamencos, mozos de espada y picadores. Tampoco se le conocía una afición desmedida a llenar de plomo la barriga de los ciervos. Exhibía el talento discreto, tímido o reservado de quien sabe el riesgo que corre si comete un error. Siendo cierto que los Borbones no aprenden nada pero tampoco olvidan nada, el príncipe Felipe daba la sensación de haber aprendido algo esencial: que hoy en España el rey legitima su figura cada día con sus actos, el principal de ellos elegir la pareja adecuada para reproducirse, de forma que al azar ovárico-seminal de la dinastía no fuera a añadir más aventura una locura de amor.

Probablemente a esa edad se hallaba a su disposición el catálogo de todas las princesas e infantas casaderas de las casas reales europeas. Una chanchita austriaca patinaba por el paseo de Recoletos a la espera de ser llamada a palacio por algún insigne mamporrero real. Desde el ventanal del café Gijón, Javier de Sosa, un habitual de la tertulia de cómicos y periodistas, que trabajaba en televisión, señaló con el dedo hacia la calle.

—Mirad, esa chica gordita que patina. Mañana puede ser la reina de España —exclamó.

A los veintisiete años, con su hermana Elena recién casada con un segundón acaballado, el príncipe Felipe comenzó a sentir la presión de políticos, familias de la aristocracia y otros interesados para que eligiera una novia formal. Era esencial que la cadena de príncipes no se interrumpiera. Reproducirse es el primer destino de cualquier dinastía. Hasta hace poco, los reyes recién casados tenían que mostrar desde el balcón tras la noche de bodas un pañuelo ensangrentado para demostrar al pueblo que la reina había sido desflorada con toda normalidad. El pueblo aplaudía. A mucha gente le hubiera gustado que ese acto se retransmitiera hoy por televisión, en un programa de Telecinco. Alcanzaría la máxima cuota de audiencia. Pero el príncipe tenía sus propias ideas en este sentido. Estaba enamorado de aquella chica mona de la sociedad pija madrileña, Isabel Sartorius. De momento era la novia secreta oficial,

pero fue la primera en ser rechazada por la familia real a causa de la turbulenta vida de su madre, metida en la droga según las malas lenguas. Pese a ese rechazo se buscaban y se veían, viajaban juntos y se amaron hasta que la presión fue insostenible. Después llegó Eva Sannum, una modelo famosa que tampoco obtuvo el real agrado porque su imagen anunciando unas bragas ocupaba todas las revistas. Los sabuesos del corazón empezaron a dictaminar. El príncipe debía aparearse con una hembra dentro de la granja dorada de las casas reales europeas, en cuyas bodas y actos oficiales era presentado como un macho apto para la reproducción. En cambio, otros decían: el príncipe se casará enamorado.

Hacia el verano de 1997 se producían dos milagros en Marbella, uno en tierra y otro en el aire: mirabas arriba y veías volar a un cachalote; mirabas abajo y otro mamífero muy gordo, rodeado de gorilas, se paseaba en un cochazo por la calle. El cachalote de arriba era Camilo José Cela en parapente; el de abajo era Jesús Gil y Gil, coronado con fajos de billetes. Cuando el premio Nobel aterrizaba se hacía llamar marqués de Iria Flavia y vestía blazer azul cruzado con botonadura de plata y corbata amarilla con pasador. Por su parte, Gil y Gil, para dar glamour a toda la caspa marbellera, aparecía en televisión flotando dentro de una bañera rodeado de unas cerdas siliconadas. Todo el mundo cantaba *Macarena* o *Ese toro enamorado de la luna*. Los socialistas habían perdido las elecciones el año anterior por trescientos mil votos. No fue una derrota tan dulce como pensaban. Aznar metió en un mismo saco a franquistas, centristas, falangistas, liberales, democristianos, a la extrema derecha junto con izquierdistas resabiados, y encima había desarrollado el gen del mando entre el desplante y la chulería sin complejos.

El profesor maduro y la alumna adolescente habían asentado una relación de pareja. Cada uno por su lado hacía su vida, ella se había matriculado para estudiar Periodismo en la Complutense, él seguía dando clases en el instituto Ramiro de Maeztu, se veían, se dejaban de ver, se peleaban, se reconciliaban, el tiempo iba pasando por encima de su primera pasión, pero no podían prescindir el uno del otro. Letizia veía en aquel hombre tan responsable un asa donde

agarrar su propia inseguridad, ella era inquieta y ambiciosa, tenía grandes proyectos, el día de mañana sería una gran reportera, en cambio él se limitaba a escribir relatos que nadie leía. Ella le echaba en cara su abulia, su falta de audacia para romper su propia barrera. Un día Letizia le dijo:

—Me voy a México, me acaban de dar una beca. Te escribiré desde Guadalajara.

Desde los andamios

Desde los andamios se avistaba al fondo el siglo XXI, un panorama lleno de prostíbulos, bodas aristocráticas y crímenes significativos, reinas plebeyas y bombardeos de cemento armado.

Orientales cariñosas. Japonesas jovencitas. Travesti viciosa. Espectacular masajista erótico gay. Multiorgásmica. Griego profundo, francés natural. Rusas, españolas, latinas. Besitos húmedos. Madurita. Experta. Todoterreno. Completísimo. Estos anuncios de sexo, que podían leerse en los periódicos progresistas y conservadores, en revistas cutres y elitistas, indicaban que el mercado de la carne femenina había conquistado ya las últimas cotas del espacio público, desde los altos despachos de la política hasta las más íntimas sacristías. Había carne para todos los gustos. Al llegar a algún poblachón perdido en el páramo, al lado de la carretera unas luces rojas torcían el destino de los automovilistas y camioneros hacia un puticlub de aspecto ratonero con olor a zotal y pachulí en cuya barra y habitaciones contiguas eran atendidos de urgencia por unas esclavas de varias razas y colores. En los polígonos industriales de las grandes ciudades se levantaban supermercados del sexo, que eran terminales de la trata de blancas, donde se producía un remolino de prostitutas de todos los países, al servicio de orgías, despedidas de soltero, celebraciones de negocios, con toda clase de fantasías eróticas para jóvenes y viejos, casados y célibes. Al doblar el segundo milenio había medio millón de prostitutas repartidas a lo ancho de la geografía española por arcenes de carreteras secundarias, parques y jardines, caminos vecinales, callejones y avenidas, pisos, playas, discotecas y barrios chinos propiamente dichos.

Javier de Sosa estaba realizando un reportaje para el espacio *Crónica Semanal,* de Televisión Española, sobre la Ruta del Bakalao. Por la costa de Valencia, desde El Saler hasta Cullera, salían en la oscuridad de la noche haces de rayos láser del fondo de la huerta y de los arrozales marcando el camino de las discotecas a las sucesivas bandadas de coches tuneados, de motos con el escape trucado cabalgadas por tipos duros de extrarradio, macarras y

búfalos insomnes. Uno de ellos, al llegar a cierto bailongo y verlo atiborrado de chicas sueltas, exclamó: «Aquí hay mucho bacalao». Fue el bautismo brutalmente machista del sexo femenino. Con ello se inauguró una clase de música y una forma agónica de bailar, de beber, de vivir, de no dormir y de morir aplastado contra un chopo al amanecer del cuarto día. En Valencia se había inaugurado la Ruta del Bakalao, poblada por ángeles del infierno que llegaban de todas partes del país. Se trataba de bailar y de no dormir nunca sino a bordo de las motos macarras hasta que reventaran los caballos.

Javier había realizado entrevistas cara a cara con actrices famosas y otros grandes personajes de actualidad en exclusiva, con gran éxito. Pero este encargo, ciertamente de segunda clase, que debía completar con otro reportaje sobre las putas de carretera de esa zona, supuso para Javier el primer aviso de su declive. En esta Ruta del Bakalao había tenido lugar un escándalo entre un político de la autonomía conocido por sus trapacerías y su socio en un negocio de zapatos, amigo de la infancia. El problema no era que este tipo fabricara zapatos de señora cuyo tacón rellenaba de cocaína para exportarla a Holanda, sino que este político y su compadre se habían enamorado de la misma prostituta, una rumana bellísima de dieciocho años que ofrecía sus servicios en una cuneta en medio de las hortalizas. Entre ellos hubo una tormenta de celos que acabó en una reyerta a brazo partido en medio de un campo de coles y berenjenas. El asunto acabó en la comisaría, donde comenzaron a salir ratas de esa disputa: cohechos, tráfico de influencias, información privilegiada, dinero negro y cuentas en paraísos fiscales.

Javier, en compañía de un cámara y su ayudante, andaba por aquellas carreteras secundarias entrevistando a las putas —rusas, senegalesas y rumanas— que cada cien metros adornaban los arcenes. Algunas habían sido testigos de la reyerta. En estas andanzas, el equipo de televisión se había encontrado con un luminoso de color violeta que hacía parpadear el nombre del prostíbulo El Venado por encima de los naranjos. Un cartel con la imagen de un antílope indicaba un desvío que conducía por un camino privado hacia el parking del establecimiento, dispuesto en dos sótanos con capacidad para un centenar de automóviles. El

Venado era un prostíbulo de lujo; se trataba de un negocio a lo grande. Desde la planta superior del aparcamiento se accedía directamente al prostíbulo, aunque en primer lugar el cliente tenía a su disposición unos lujosos lavabos con cerámica de Porcelanosa que se abrían a la penumbra caliente de un gran salón. En aquel espacio había dos barras, una larga y ondulada, otra pequeña y más reservada, que eran atendidas detrás del mostrador por las señoritas de la casa fuera de servicio. Las prostitutas estaban distribuidas en los taburetes y sillas alrededor de veladores y en íntimos divanes a media luz donde los clientes compartían una consumición y cerraban el trato.

Javier preguntó por el dueño del prostíbulo. Se presentó don Joaquín, un hombre enteco de sesenta años, delicado de salud, al que acababan de operar del estómago en la clínica del Opus de Navarra. Llevaba foulard, jersey de pico, pantalones de pana lisa color barquillo y mocasines italianos; le temblaba la mano cuando se llevaba a los labios el Chesterfield sin filtro y, aunque parecía muy endeble, a un punto del enfisema pulmonar, su mirada de ojos claros era de acero. Apenas sin voz, con exquisita educación, invitó a Javier, al cámara y a su ayudante a una copa, y junto a la barra comenzaron a hablar. No parecía darle importancia al negocio de las putas. Dijo que donde él ganaba dinero de veras era en un canal de televisión comarcal de su propiedad. El prostíbulo lo tenía como un entretenimiento, para divertirse un poco.

—A mis chicas sólo les exijo tres cosas —decía—. Que no masquen chicle, que no arrastren los pies al caminar y que sentadas mantengan la espalda recta, con los riñones hacia dentro.

El amo de El Venado conocía a Javier por las entrevistas en televisión y parecía complacido por la visita. Lo trató como a un colega, pero le rogó que no hiciera uso de la cámara.

—Tranquilo. Hemos venido a realizar un reportaje sobre esa pelea del político con el socio de los zapatos —dijo Javier.

—Parece mentira que sucedan esas cosas. Enamorarse de la misma puta gente tan fina y estar a punto de matarse por eso es lo que me faltaba por oír. Una pelea a muerte en medio de un campo

de coles, como los antiguos labradores con la azada… Qué mierda de país. Ya no hay decencia —comentó don Joaquín.

En cambio, la esmerada higiene de su local saltaba a la vista y, aunque la policía se lo había cerrado ya un par de veces, don Joaquín insistía en que su negocio era legal y extremadamente riguroso en cuestiones de drogas y de edad de las chicas. Su trato con ellas parecía amable e incluso paternal.

—El día de mi cumpleaños, el 24 de junio, que coincide con la fiesta de San Juan, doy asueto a todo el personal, mando hacer una paella colectiva y permito que las chicas se bañen todas juntas en la piscina de la terraza. Desde arriba hay una vista extraordinaria entre naranjos hasta el mar. No se puede pedir más. No saben ustedes cómo se divierten, tendrían que verlas, qué gritos, qué risas, echándose agua unas a otras, chapoteando felices bajo el sol. Pero aquí, oigan, no se permite la más mínima papelina y todos los pasaportes están en regla. No encontrarán a una menor. En este negocio el género es muy importante. A partir de los veinticinco años considero que la carne de una mujer ya es madera quemada. Hay mucha competencia desleal, no crean. Dos o tres chicas alquilan un piso en la ciudad, ponen un anuncio en el periódico con un número de teléfono: «Bellezas 18 añitos, morenitas, culito respingón, juguetonas». Y ya está. Sin garantías ni nadie que las defienda. Francamente, no hay derecho.

Este prostíbulo funcionaba desde las tres de la tarde hasta las tres de la madrugada. Un autobús traía de Valencia a las chicas, y al terminar el trabajo el mismo autobús de la empresa las devolvía a la ciudad. Don Joaquín estaba en lucha con la administración para convertir el prostíbulo, dado de alta como local de copas y alterne, en un hotel de cuatro estrellas, de forma que las pupilas pudieran dormir tranquilamente allí sin necesidad de aquel absurdo trasiego de andar, las pobres, de acá para allá. A simple vista parecía educado e inofensivo, pero en el fondo era un tipo con mucho peligro. Acababa de solucionar a su manera, de forma expeditiva, un asunto muy desagradable. Había invertido todas las ganancias de la prostitución, la mayor parte en negro, en una inmobiliaria que finalmente había quebrado. Don Joaquín, en plan suave, llamó a la

empresa y exigió todo su dinero. Desde la oficina se le hizo saber que la sociedad de acreedores, después del juicio correspondiente, sólo tenía derecho a recibir a prorrateo la cantidad que constaba expresamente en la escritura notarial. Don Joaquín exigía hasta la última peseta.

—Resolví el problema con sólo dos llamadas. Esta que hice a la inmobiliaria y otra a un señor determinado, de mi entera confianza. A los tres días llegó a mi despacho un ejecutivo de la empresa con una bolsa de El Corte Inglés que contenía todo el dinero invertido en blanco, negro y colorado. ¿Qué pasó? Que uno tiene amigos con poder de convicción, usted ya me entiende —guiñó un ojo maliciosamente don Joaquín.

A continuación les presentó a una tal Mabel, una chica de unos treinta y cinco años, entrada en carnes, liberada ya del oficio, que gobernaba todo el establecimiento de forma autoritaria. Esta domadora conocía las artes de cada una de las chicas y allí, en la sala de contratación, le iba explicando a Javier las características de cada una por si le servía la información.

—Esta rusa es muy cañera —decía—. Esa otra es muy puta, pero que muy puta; esa negrita es muy dulce, se lo monta de llorona, y esa colombiana…, yo no sé qué les hará ésa, pero los señores salen siempre encantados, no para nunca de follar, es una máquina.

No había una sola que escapara a su análisis. Antes de que Mabel les mostrara todas las dependencias, Javier entabló conversación con algunas chicas. Quería saber qué clase de perversiones y cosas raras les pedían los clientes. Hay quien aprende psicología en la universidad, pero otros prefieren los laberintos del alma que se desarrollan en los burdeles.

—Aquí viene un viejo muy caballeroso —le dijo una brasileña— que siempre me pide lo mismo. Llegamos a la habitación, se desnuda, se tumba en la cama y sólo quiere que con mi lápiz de labios le pinte la cara, los brazos, el pecho, los genitales y los muslos hasta los pies y, cuando ya está todo pintarrajeado, se levanta, se ducha, se viste, me felicita por el trabajo, me da una propina y se va. Ni siquiera desea verme desnuda.

Entre todas las excentricidades que exhibían los clientes de El Venado, Javier tomó nota de un tal Poldo, natural de un pueblo de la huerta, que siempre que el equipo de fútbol del Valencia jugaba en casa le decía a su señora que iba al Mestalla, pero en realidad acudía al prostíbulo, se encerraba en una habitación con una de las chicas y pedía ver el partido por televisión, los dos desnudos en la cama. Era muy riguroso en el servicio contratado. Cada gol que marcaba el Valencia había que celebrarlo con una mamada. Si el partido terminaba con empate a cero, se levantaba resignado maldiciendo su mala suerte, sin más. Este Poldo huertano tenía cierta fama en el prostíbulo porque, aparte de hincha del Valencia, como buen patriota, también celebraba con una felación cualquier gol que marcaba la selección española.

La gobernanta Mabel les enseñó a Javier y a sus ayudantes todas las dependencias del establecimiento. Antes de acceder a la primera y a la segunda planta, al pie de la escalera, había una garita con una ventanilla donde el cliente tenía que abonar el servicio según el tiempo contratado y las prestaciones de cada habitación. Las había con jacuzzi, baños de mármol y grifería dorada, con una cama, con dos camas para intercambios de pareja, con cinco o más camas para orgías y despedidas de soltero; todas tenían vídeos porno e instrumental de sadomaso, látigos, correajes, aparte de lubricantes y vibradores. La habitación que solía ocupar el huertano era la única con televisión de varios canales. A él sólo le interesaba el sexo si marcaba el Valencia o el equipo nacional.

Mabel les pidió que prestaran atención cuando pasaron por delante de una japonesa muy especial. Les dijo que esa chica servía de prueba para los señores muy mayores con alguna disfunción sexual que anunciara cualquier problema serio de próstata. Al parecer, sus manos de ángel tenían un secreto milenario contra la impotencia. Si un hombre no podía, ella le realizaba una exploración que lo llevaba hasta el límite del placer. Cuando el cliente no respondía a su sabiduría oriental, la japonesa le recomendaba que acudiera al médico. Javier se mostró muy interesado, y puso una cara tan extraña que Mabel, con mucho olfato para este asunto, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema? ¿Te gustaría probar?

—Bueno, no sé —dijo Javier.

—Si quieres salir de dudas, enciérrate con ella. Estoy segura de que don Joaquín te hará ese regalo.

—Vale. Lo voy a hacer. Llámala. Voy a salir de dudas de una puta vez.

—¡Mizuki! Atiende a este amigo y llévalo a la luna —le dijo Mabel a la japonesa.

Después de pasar media hora encerrado con ese ángel, al terminar la prueba, Javier abandonó algo consternado la habitación y pidió un gin tonic en la barra. Permaneció todo el tiempo callado, sin querer hacer ningún comentario, pero con sólo mirarle a los ojos se veía que la nota del examen no había llegado al aprobado. Fue aquella japonesa dulce, transparente y sabia la que le recomendó que fuera a un urólogo pero Javier lo dejó correr confiado en su buena suerte. Era un hipocondríaco incapacitado para enfrentarse al destino.

Los clientes casados solían acudir al prostíbulo a media tarde para estar a las nueve en casa. A esa hora, el parking estaba casi al completo. De pronto, en una habitación de la primera planta se produjo un grito desaforado. La negrita Evangelina, desnuda, corría llorando por el pasillo hacia el despacho de Mabel. Se armó cierto alboroto, pero la gobernanta se hizo enseguida con la situación. Al principio pensó que se trataba, como siempre, de algún borracho, de un maltratador, de un sádico que se había pasado de la raya. Aquella negrita que se lo montaba de llorona en el orgasmo fingido esta vez sollozaba con toda la razón. Mientras estaba atendiendo a un caballero, al parecer muy distinguido, de repente los gemidos de placer de este cliente se convirtieron en un espasmo, el hombre comenzó a echar espumarajos por la boca y, después de una convulsión, dejó de respirar y quedó inmóvil con los ojos abiertos. Mabel llamó a don Joaquín y allí en la habitación, después de tomarle el pulso y de poner una oreja a la altura del corazón, convinieron en que el caballero había muerto. El problema sobrevino cuando le registraron la ropa y no encontraron ninguna documentación. Sólo llevaba encima unas llaves. No podían llamar a

la policía, porque el negocio estaba dado de alta oficialmente como bar de copas. Don Joaquín ya había tenido que ir a declarar al juzgado un par de años atrás, cuando un sujeto que apareció ahorcado en una grúa de la construcción había sido visto por un testigo el día anterior en El Venado. No quería más líos con los de la brigada. Mabel dio con la solución.

—Vamos a esperar hasta que sean las tres de la madrugada. El coche que quede en el aparcamiento será el de este pobre señor. Entonces sabremos de quién se trata. Lleva el anillo de casado. Le advierto que incluso muerto y desnudo no tiene mala pinta. A lo mejor es un pez gordo.

Todo el amor del universo

Todo el amor del universo se contiene en un bolero, toda la belleza se refleja en un vitral emplomado, toda la barbarie se incluye en una lección de economía de la Escuela de Chicago.

En medio de una barbarie alegre y hortera, el paradigma de la felicidad exquisita había sido la boda de la infanta Cristina con Iñaki Urdangarin. Con este enlace parecía haberse bordado una jugada política y sentimental, una carambola maestra a tres bandas. La novia había establecido la residencia en Barcelona. Trabajaba en la Fundación la Caixa. Había asumido la cultura catalana. Tenía un aire de libertad emancipada lejos de la Zarzuela. Parecía perfumada de balances y mecenazgos. El novio era un vástago de nacionalistas vascos del PNV, gente sólida; el padre, Juan María Urdangarin, un expresidente de la Caja de Ahorros de Vitoria; la madre, Claire Liebaert Courtain, una aristócrata belga. El novio era alto, rubiales, simpático, deportista de élite, un medalla olímpica de balonmano. La infanta le había echado el ojo desde la grada durante los Juegos de Atlanta. Lo de siempre: «¿Quién es ese chico tan guapo? Quiero conocerlo». En estos casos siempre hay mamporrero a mano.

Frente al decadente Marichalar, un fin de raza de un abolengo rancio venido a menos, el bizarro Urdangarin representaba la energía y la sangre nueva que toda monarquía necesita, el injerto ideal. Encima era vasco. Tal vez el problema de la independencia de Cataluña y de Euskadi lo iba a solucionar este amor a primera vista. Al verse elegido por una infanta real, el bizarro abandonó a la novia de clase media que tenía y se fue hacia arriba llevado por el humo de la ambición. La boda se celebró en la catedral de Santa Eulalia de Barcelona el 4 de octubre de 1997. El suceso convocó a políticos nacionalistas y centralistas, Gobierno y oposición, empresarios del Ibex 35, intelectuales, artistas, los aristócratas ganapanes de costumbre, pocos flamencos y castizos, pero algunos de los mejores ejemplares de la pecera de colores de la alta sociedad. Por encargo particular del rey, su amiga Pilar Miró realizó la ceremonia para Televisión Española con todo lujo de medios. Las cámaras se hartaron de vitrales, retablos, guirnaldas, alfombras, pamelas,

chaqués, pajes, flores, cresterías góticas, enjambres de luces, clérigos morados en el altar y otros merengues de la gran pastelería. Fue realmente una obra maestra de esta cineasta, su propia coronación. Después de unos años de agravios y ensañamiento que tuvo que soportar por cuestiones políticas, zaherida como ladrona por unas simples bragas, este éxito profesional, paradójicamente, fue la puntilla que la mató. Pocos días después de esta boda, el corazón de Pilar Miró, largamente castigado, dejó de latir.

En las fotos de la familia real Iñaki Urdangarin era a simple vista el elemento más sano, tan alto como el príncipe, y parecía que su único oficio consistía en dar lustre con su aire deportivo a aquel clan borbónico decadente. Regalo de boda, el ducado de Palma. Al final del siglo XX, en las calles de Madrid y Barcelona comenzaban a verse grupos de jóvenes vestidos de oscuro, con un maletín o mochila de diseño en la espalda, ambos a juego, que se dirigían a escuelas de economía del Opus o de los jesuitas donde tal vez les enseñaban a trenzar robos alambicados mediante la ingeniería financiera según la Escuela de Chicago. A media mañana, estos venados de Armani salían al bar de la esquina y pedían un café con leche y una ración de porras. Ésa era exactamente la nueva marca, neoliberales que toman porras aceitosas, que iba a apoderarse de nuestro milenio, pero Iñaki Urdangarin todavía no sabía nada de eso. En lugar de meter goles con la mano, que era lo suyo, un día tuvo la desgracia de matricularse en la ESADE y allí su profesor le dio a morder la manzana del paraíso de las ciencias empresariales. Sencillamente, le enseñó a robar a dos manos.

—Hasta ahora metías un gol con una mano, ahora te meterás algunos millones en el bolsillo con la otra. Vamos a medias —le dijo el profesor.

—¿Cuál es mi trabajo? —preguntó Iñaki.

—Sólo tu nombre.

—¿Así de fácil?

—Bueno, tan fácil como encontrar a un político corrupto que se preste al juego.

—Vale.

En esos años, aquella chica llamada Letizia Ortiz Rocasolano andaba perdida por la Guadalajara de México apurando su beca de Periodismo. Se había fogueado en las noches calientes de Jalisco con mucho mariachi, había hecho reportajes y entrevistas para el semanario *Tentaciones,* había conocido a artistas, tal vez se había enrollado con alguno, nada que no fuera normal en una chica joven, libre y atractiva; puede que hubiera posado desnuda para un cuadro, y que su imagen sirviera de carátula a un disco de Maná, qué pasa, no pasa nada, miles de mujeres lo han hecho, la ebriedad de la juventud lo puede todo. Adiós a todo eso. De regreso en Madrid la chica trató de independizarse, no estaba dispuesta a vivir de nuevo bajo las órdenes de un padre en la rutina familiar de aquella casa de Rivas Vaciamadrid por donde pasaba un horizonte de camiones de basura. Se sabía atractiva y en la cultura de la imagen, que era el pasto cotidiano, se cotizaban los rostros. Ella hizo valer el suyo junto con su ambición en un trabajo de batalla en el canal financiero Bloomberg TV después de superar varias pruebas. El reencuentro con Alonso Guerrero, su novio abandonado, debió de ser explosivo. El rescoldo de la antigua hoguera se reavivó con una sorprendente llamarada y pudo suceder en el rincón de cualquier pub lo que era lógico que sucediera. Sonaría una canción romántica, tal vez *My way* o *Strangers in the night,* de Sinatra, el *Ne me quitte pas* de Jacques Brel o el bolero meloso *La distancia,* de Roberto Carlos, *Cuántas veces yo pensé volver y decirte que de mi amor nada cambió,* y de repente Letizia y Alonso, después de despegarse los labios, se dijeron: «¡Vale, nos casamos!». Iñaki y la infanta Cristina lo habían celebrado en la catedral de Barcelona a manos de un cardenal; Letizia y Alonso lo hicieron civilmente un año después, en el caliginoso verano extremeño de 1998, en Almendralejo, el pueblo del novio, a manos del alcalde amigo. Durante el refrigerio que siguió al acto en el Ayuntamiento Letizia supo que sus padres, Chus y Paloma, habían decidido separarse. Un golpe moral. En el mismo juzgado de Arganda donde sus padres tramitaron el divorcio, Letizia y Alonso lo hicieron en octubre de 1999. Su matrimonio había durado sólo un año. Realmente, la canción de Sinatra ya no sonaba

igual sentados los dos en un tresillo de escay, en un piso de casados, después de un día de trabajo. Vendieron el apartamento. Se repartieron el dinero. Letizia compró un cuchitril en Vicálvaro, y a partir de ese momento inició la escalada. Francisco Basterra, director de informativos de CNN+, la había escogido entre un centenar de candidatos para que presentara el telediario de la mañana. Su rostro fresco era como ese zumo de naranja que el espectador se tomaba en el desayuno. Comenzó a pelear por el dinero, muy poco, treinta y dos mil euros brutos anuales, a levantarse a las tres de la madrugada, a tratar de que nadie la pisara y a abrirse paso como una buena profesional y no por su cara bonita.

Un crimen de sobremesa

Un crimen de sobremesa bajo los sonidos de una catedral castellana manchó de sangre las servilletas de hilo, los cubiertos de plata y la vajilla de La Cartuja de Sevilla.

En el año 2000 no se habían colapsado los ordenadores con el cambio de dígito, ningún asteroide había chocado contra el planeta, el fin de siglo había desarrollado una espiral de negocios sucios y limpios, los esclavos llegaban al litoral del sur en pateras, se producían naufragios y crímenes de mafias en la Costa del Sol, pero también había hechos de sangre de una exquisita elaboración burguesa, como este que sucedió en una capital castellana, en tierras de trigo candeal y canónigos de gran sotabarba.

El conserje de aquella finca lo conocía de sobra, pese a que don Salvador se bajaba el ala del sombrero hasta las cejas, se ponía gafas de sol, se subía el cuello de la chaqueta o de la gabardina hasta las orejas y cruzaba el vestíbulo mirando al suelo. El conserje sabía que siempre eran las cuatro y media de la tarde del domingo cuando aquel caballero embozado llegaba, se metía en el ascensor y pulsaba el botón de la cuarta planta. Solía bajar un par de horas después. Volvía a cruzar el vestíbulo igualmente enmascarado y se perdía sobre el empedrado de la callejuela. En el cuarto izquierda vivía una joven rusa bastante extraña, discreta, muy bella, que era algo más que una prostituta. En cierta ocasión, el misterioso caballero llegó puntualmente a la cita y tuvo un ligero percance. El ascensor quedó detenido entre dos pisos. El hombre no tuvo más remedio que pulsar el timbre de alarma. Estaba muy nervioso. El conserje gritó por el hueco del ascensor:

—¡Tranquilo, don Salvador, tranquilo! En cinco minutos le arreglo la avería.

¿Don Salvador? ¿Me ha llamado don Salvador? Me conoce. Estoy perdido, pensó este prohombre.

Por supuesto, en aquella capital provinciana de doscientos mil habitantes todo el mundo se conocía, y más siendo como era don Salvador un caballero con mucho apellido. Fue por eso por lo que la policía interrogó al conserje cuando poco después sucedió aquel

crimen de sangre que también tuvo lugar en domingo, a la misma hora de la visita acostumbrada. Don Salvador era una personalidad muy conocida en medios eclesiásticos como patrono de una asociación de la familia cristiana y miembro de la Adoración Nocturna. Varios sillones de consejos de administración en Madrid soportaban muy bien sus posaderas, y además presidía un colegio profesional y su apellido con sonoridad de varias generaciones llenaba muchos titulares del periódico local. En aquella capital de provincias, don Salvador F. L. de C. era un referente de la buena sociedad debido a su honradez, prestigio y buen criterio. El ordinario del lugar, o sea, el señor arzobispo, se preciaba de su amistad y lo sentaba algunas veces a su mesa.

Ese infausto domingo, don Salvador había ido a misa de doce en compañía de su señora, tres hijos y una nuera a la catedral donde la perfumada burguesía provinciana se reconocía, se saludaba con media reverencia antes y después de la eucaristía y luego iba a una pastelería muy acreditada a comprar tocino de cielo, pastelillos de nata, tartas y todos esos dulces que tan bien casan con la buena conciencia de haber cumplido con el precepto, incluida la sagrada comunión. De vuelta en el hogar ya estaba la mesa puesta con mantel de hilo para el almuerzo familiar, mujer, hijos, nueras, cuñados y algún sobrino, un rito tan sagrado o más que la misa. En el comedor había aparadores y vitrinas donde brillaban enseres heredados, bandejas de plata vieja, candelabros y figuritas de marfil, y una Santa Cena en una pared entre dos óleos del siglo XIX que representaban cacerías de venados.

—Bendice, Señor, los alimentos que vamos a tomar, que tu misericordia nos ha regalado —musitaba don Salvador sentado a la cabecera de la mesa mientras se colgaba de la nuez una servilleta de batista con sus iniciales.

—Amén —respondían todos con la mirada baja.

—Que aproveche.

—Gracias.

—Veamos cómo está esa sopa, Emerenciana.

La criada Emerenciana, con cofia y puños almidonados, servía a cada comensal la sopa de menudillos previa al cocido clásico. Todo estaba en regla. Don Salvador no se podía quejar. Iba ya camino de los setenta años y la vida le había dado más de lo que hubiera podido imaginar, una mujer que lo adoraba y unos hijos colocados, con oposiciones ganadas y segundas residencias de verano, unos en Comillas, otros en La Toja. Dios en las alturas y las escrituras en el registro de la propiedad. Lo de siempre.

Pasó lo que tenía que pasar. Ya lo dijo Pascal: «Todo lo malo que me ha sucedido en esta vida ha sido por haber salido de casa». Ese domingo don Salvador, después de tomar de postre el tocino de cielo, hizo lo de costumbre, lo que toda la familia daba por supuesto. Cogía el gabán si hacía frío o la gabardina si llovía, y en cualquier caso la chaqueta y el sombrero de ala ancha, y se despedía de los suyos.

—Voy a ver qué cuentan los amigos.

—Pásalo bien, cariño —le daba un beso la mujer.

—No hables de política, papá. Ya sabes cómo son los rojos de tu tertulia.

—Anda, dale un beso al abuelito, que se va de parranda —le decía una nuera al bebé que llevaba en brazos.

Realmente a esa hora don Salvador tenía una tertulia en el Casino Antiguo de Labradores, pero hacía tiempo que solía acudir a última hora de la tarde. Los domingos, a las cuatro y media, tenía una cita clandestina en la cuarta planta de un edificio situado en una calle recoleta, muy cerca de la catedral metropolitana. Esta vez se encontró con el portal cerrado. Pulsó el número correspondiente en el portero automático y una voz femenina preguntó quién era, y al reconocer la voz sonó el cierre de la puerta. El conserje no estaba. Don Salvador cruzó el vestíbulo sin necesidad de levantarse las solapas de la chaqueta ni de bajar hasta las cejas el ala del sombrero. Sus pasos resonaron en el pavimento de mármol.

Lo que sucedió a continuación pertenece aún al secreto del sumario. Llegó el fin del siglo XX, con el terror del nuevo milenio, y el sumario no se había cerrado. Y sin cerrar permanece todavía,

después de tantos años. Es evidente que el crimen sucedió a partir de las cuatro y media, puesto que a esa hora la bella Ludmila había abierto a don Salvador la puerta de la calle. Dos horas después, en el Casino de Labradores se recibió una llamada de teléfono y uno de los contertulios, que era un famoso abogado, fue requerido por uno de los camareros para que se pusiera urgentemente al aparato. Al otro lado sonó la voz jadeante y angustiosa de don Salvador, pidiéndole que le sacara de un gravísimo trance. Le rogaba que acudiera en su ayuda a una determinada dirección. El abogado encontró el portal abierto y también estaba entornada la puerta del piso, cuarto izquierda, pero no esperaba presenciar aquel cuadro truculento. Tumbada en el suelo del salón se hallaba una joven semidesnuda, degollada en medio de un charco de sangre. Todo alrededor del cadáver parecía demostrar que se había producido una pelea muy violenta: lámparas rotas, sillas y mesas patas arriba y un gato subido en un armario con los ojos espantados. Don Salvador gimoteaba abatido de rodillas ante el cadáver. Había sangre en los muebles, en las paredes y también en las manos con las que se ocultaba el rostro aquel desdichado, preso de una crisis de ansiedad. El abogado trató de calmarle.

—Tranquilízate, Salvador, tranquilízate. Por Dios, cuéntame qué ha pasado —exclamó el abogado.

—No lo sé. No me acuerdo de nada.

—¿Estaba ya degollada cuando llegaste?

—No lo sé.

—Cálmate. No pasa nada, sólo ha sido una desgracia, un accidente, todo tiene solución en esta vida. Dime la verdad. ¿La has matado?

—Ahí en la mesa hay una agenda —lloriqueó el hombre sin lograr aclarar nada.

Ludmila era una rusa de treinta años, de extraordinaria belleza, con la que don Salvador mantenía una relación sentimental desde hacía un par de años. Solía visitarla una vez a la semana, los domingos por la tarde, a la hora del café. Había perdido la cabeza por ella. Los problemas comenzaron por un asunto de celos. No soportaba que en aquel piso, cuyo alquiler él pagaba puntual y

discretamente, su amante recibiera a otra gente, fueran familiares, amigos o paisanos. Pensaba que le pertenecía en exclusiva, pero se había enterado de que en realidad Ludmila era una especie de madama que controlaba una red de prostitución dirigida a una clientela de muy alto nivel a la que proporcionaba putas muy escogidas.

La agenda de tapas negras también estaba manchada de sangre. El abogado la abrió con un papel entre los dedos para no dejar huellas y vio que contenía un listado de nombres y apellidos, unos explícitos, otros cifrados con iniciales, seguidos de números de teléfono. Una mirada somera le bastó para descubrir que aquella agenda era una auténtica bomba. Allí había una relación de personas muy conocidas y respetables de la sociedad burguesa, incluyendo autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

—Esta agenda puede salvarte en caso de que un juez trate de abrir un sumario en tu contra —dijo el abogado.

—No me explico lo que ha pasado. No me acuerdo de nada —gimoteaba don Salvador.

—Por Dios, Salvador, dime si la has matado.

—No lo sé.

La policía interrogó al conserje. Don Salvador fue llamado a declarar. Todo estaba en su contra, puesto que el único testigo era el gato que había presenciado el crimen subido en el armario de luna. Por lo demás, las campanas de la catedral siguieron sonando.

La amanita muscaria

La amanita muscaria es la seta alucinógena que alimentó a los enanitos del bosque con toda clase de sueños de grandeza. Sucedió durante la tercera ascensión al monte Canigó.

La amanita muscaria tiene la cutícula escarlata pespunteada de motas blancas. No es una seta mortalmente venenosa salvo que se la ingiera en gran cantidad, pero produce efectos tóxicos alucinógenos con visiones esotéricas que a veces son de carácter religioso. En la comunidad de los esenios instalada en el mar Muerto, anterior al cristianismo y fundamento de su doctrina evangélica, los neófitos tomaban esta seta antes del rito sagrado del bautismo en el Jordán. Por lo visto, Juan el Bautista, precursor de Cristo, era uno de sus adeptos. Muchos chamanes se han servido de ella para ejercer ensalmos, y algunos sufíes la probaban para abrir en el cerebro la puerta de la sabiduría. En algunas sectas de Escandinavia la daban a comer a los renos y luego bebían su orina, que ya había purificado a través del hígado sus efectos tóxicos. Esta seta está asimilada también a los poderes de los gnomos y a los misteriosos hombres pequeñitos del bosque. Papá Noel se ponía ciego con ella, y de su alucinación salían todos los regalos. Cada otoño, la amanita muscaria saca su sombrerito rojo pespunteado de motas blancas entre el humus fermentado de los robles del Canigó, el monte sagrado de los catalanes, y allí Jordi Pujol se encontró con ella un día. *Muntanyes del Canigó, fresques són i regalades,* cantaba este líder político durante la tercera escalada a la cima en compañía de su mujer y de sus siete hijos. Ese día recibió la revelación definitiva, pero esta historia había comenzado mucho antes.

Jordi Pujol era un joven con cantimplora, puñal de montaña en el cincho y chirucas de excursionista, poseído por una espiritualidad de acampada. Probablemente encontró a Dios buscando setas y tocando la armónica Hohner enriscado en lo alto de una breña. A muy temprana edad, durante su primera ascensión al monte Canigó, había oído contar al guía, el cura Llumà, que allí en la cima se hallaba el numen de la patria catalana. En los solsticios de verano, de todas partes de Cataluña acudían peregrinos a prender en lo más

alto una gran hoguera y, después de invocar al espíritu de los antepasados, bajaban el fuego repartido en antorchas y con ellas encendían en cada pueblo la fiesta de la noche de San Juan. El numen del Canigó había inspirado al poeta Verdaguer un poema épico habitado de hadas y guerreros.

Lleno de amor a la naturaleza, un día Jordi Pujol ascendió al monte vestido con camisa caqui, botas de explorador, pañuelo anudado sobre el esternón y sombrero de policía canadiense, se sentó en un sillar medieval del monasterio de San Martín, se enjugó el sudor con su pañuelo de boy scout y miró el espejo del valle mientras otros compañeros gritaban contra un acantilado que les devolvía tres ecos. El joven Pujol, en la soledad de la altura cuyo silencio más profundo se confundía con la brisa perfumada de espliego que le vibraba en el filo de las orejas, pudo tener una primera llamada. «Ésta es la tierra que forma parte de tu alma —sintió una voz en el interior de la nuca—. Cataluña no ha muerto, sólo está dormida. Alguien tendrá que despertarla y reconstruirla».

Le ardía en el pecho la devoción a la Virgen María y en aquella época su interés por la contabilidad no iba más allá de la enumeración de los pasos de la sardana, que bailaba los domingos frente a la catedral de Barcelona como un acto de afirmación nacionalista al son de la cobla. Al principio de los años cincuenta aún se llevaba mucho la gracia santificante como la gabardina que más abrigaba y Jordi Pujol pensaba que Cataluña tenía que ser salvada con ayuda de Dios y de la Virgen de Montserrat, de forma que este joven rezaba, estudiaba, iba y venía por círculos espirituales y congregaciones marianas, entonaba el *Virolai* con ardor de barricada y en la facultad de Medicina, donde se matriculó después, tomaba los apuntes en catalán como una prueba de rebeldía.

Jordi Pujol era un activista. Cogía un cubo con alquitrán y en una tapia nocturna escribía la consigna en letras mayúsculas. Sólo los obreros y menestrales que madrugaban mucho podían leer la pintada: FER POBLE. FER CATALUNYA. A la hora en que se levantaban los señores respetables la policía ya la había borrado. Jordi Pujol era un héroe de aquella primera alcantarilla político-mariana. El grupo

apostólico del obispo Torras i Bages había fundado en 1954 el movimiento CC, Cristo y Cataluña, que era como quererlo todo de una tacada, el cielo y la tierra, el Canigó y el Montseny, la lengua, la patria, una torre en S'Agaró, una fábrica textil en Sabadell, Dios y el *bolet ou de reig,* el Palau de la Música y un palco en el Liceo. Con este bagaje llegó Pujol a la huelga de tranvías de 1954 y a la quema en público de ejemplares de *La Vanguardia Española* contra su director, el loco Luis de Galinsoga, quien un día había gritado en una iglesia que los catalanes eran una mierda después del sermón del cura, que había predicado en catalán.

En la vida de Jordi Pujol hubo otra revelación durante una segunda ascensión al Canigó hacia 1964. Por ese tiempo, el héroe catequístico llegó a la conclusión de que a Cataluña no la salvaba la caridad cristiana. Dios es siempre generoso, pero lo es mucho más cuando reparte dividendos. Si Cataluña estaba dormida era por falta de liquidez. De repente a Jordi Pujol se le apareció otra clase de divinidad en forma de un Gran Doblón que esparcía rayos de oro y ante aquel signo se postró de rodillas, como hizo la burra del profeta Balaam. Para redimir a Cataluña era obligado hacerse con mucho dinero previamente, no se podía soñar la política sin ser rico. En aquel tiempo el redentor de Cataluña trabajaba en una empresa de productos farmacéuticos y su padre, el señor Florenci, había mejorado su situación económica con unas jugadas de Bolsa y contrabando de divisas. En nombre de Dios y de Cataluña, con ayuda de otros místicos de las finanzas, compraron la Banca Dorca, con sede en Olot, que luego se convertiría en la Banca Catalana. Todo había comenzado a encajar antológicamente: el amor al país y al dinero, la burguesía, la salve montserratina, la cuenta corriente, los cupones, el alpinismo, el crédito, las setas, el nacionalismo. Pero Jordi Pujol era un financiero muy raro. Presidía consejos de administración y repartía panfletos, firmaba empréstitos y echaba octavillas.

Unos años antes, un día de 1960, se había puesto a cantar a grito pelado el himno prohibido *El cant de la Senyera,* un poema de Joan Maragall con música de Lluís Millet, en el gallinero del Palau de la Música delante de cuatro ministros franquistas mientras el Caudillo

dormía en Pedralbes. He aquí las consecuencias: dos años y medio de prisión para el cantante y cien millones de beneficios en el primer ejercicio bancario; el mártir orina sangre después de los interrogatorios, doscientos millones de ganancias; el héroe sale de la cárcel, trescientos millones de superávit; Jordi Pujol vuelve como adalid a la alcantarilla política, el abad le bendice y ya tiene cuatrocientos millones en el haber, aparte de la fe, la patria y el descuento de letras.

Había que ponerse a trabajar para hacer país. Había que levantar una Normal Catalana, una Universidad Catalana, una Enciclopedia Catalana, una prensa y editorial de libros en catalán, y ese afán patriótico comenzó a funcionar a partir del dinero que manaba de las ubres generosas de la banca propia. Las empresas se compran y se venden; en cambio, el banco permanece y da poder. El Dios del Canigó le sonreía desde la nevada cima, satisfecho de verlo agitar el sonajero de la cultura. Aquel sueño burgués era una lámina de hojaldre, un dulce estomacal suave y digestivo. Pero el mundo estaba lleno de rojos. Unos obreros, probablemente de Extremadura, que confeccionaban con sus manos la Enciclopedia Catalana le habían hecho un plante y los tuvo que despedir. Ahora un anciano enorme llamado Josep Tarradellas, que se había pasado cuarenta años de exilio en el pueblo francés de Saint-Martin-le-Beau, al calor de una chimenea con una manta en las rodillas esperando su hora, se levantaba en el horizonte dispuesto a disputarle la gran sardina de la patria. ¿Qué era Cataluña? Había llegado a la conclusión de que la patria se componía de un grupo de amigos alpinistas, burgueses con cuenta corriente en Banca Catalana, devotos del *tortell,* afables y montserratinos, casi suecos en economía, amantes de la lengua y de las setas, demócratas de la derecha biempensante, que saludaban con mucha cortesía quitándose el sombrero en el ascensor, imbuidos hasta lo blando del hueso de las tradiciones de la tierra, pañería fina, románico del Pirineo, vestíbulos del paseo de Gracia con lebreles y espejos modernistas.

En una misma línea, a veces paralela, a veces divergente, crecía a su lado la figura de Pasqual Maragall, un joven de apellido preclaro,

en medio de la ebullición política. Tenía un diseño distinto. Cualquier joven progresista e ilustrado del momento podía optar, bien por vestir abrigo con capucha y trabillas de húsar, ponerse una bufanda roja hasta el calcañar y soltar intelectualidades en el tabernáculo de Bocaccio, o bien por colaborar en la revista *El Ciervo;* jugar al cambio de parejas sobre un almohadón en el suelo de barro de un apartamento de Cadaqués diseñado por Bofill, o bien asistir a las conferencias sobre marxismo cristiano que ya impartía Alfonso Comín; dormir la primera mona de un whisky de importación con la cabeza apoyada en el hombro de Carlos Barral, o simplemente asistir a clase y volcar alguna vez un cubo de basura en señal de protesta. Aunque por fuera Pasqual Maragall tenía el envase de un progre de molde, este hombre en su época no perteneció a la izquierda divina. Su pequeño mundo era otro.

Entre los antiguos alumnos del colegio Virtèlia se había generado un grupo de intelectuales que leían a François Mauriac, a Péguy, a Bergson, a Romano Guardini y a Maritain y ejercían un apostolado progresista bajo la bendición del abad Escarré, que escondía los primeros panfletos contra el franquismo dentro de los incunables de la biblioteca de Montserrat.

Pasqual Maragall había nacido en una torre con jardín romántico del barrio de Sant Gervasi, y sus primeros recuerdos de infancia estaban varados en aquella arboleda derruida, en unos salones destartalados donde planeaba la memoria del abuelo poeta. Su familia era realmente un revuelto de múltiples Maragalls, muy difícil de distinguir. Por la puerta de aquella casa en su niñez entraban y salían tíos, primos, amigos de los padres, novias de los hermanos, compañeros de las hijas, sobrinos en pañales, jóvenes en traje de boda, viejos conocidos, siluetas de antaño, nuevos allegados y otra gente que estaba allí en tránsito. Por los pasillos, en los rincones de las salas, en el hueco de la chimenea se multiplicaban los vástagos cada día. Entre aquel gentío de Maragalls uno tenía que hacer algo muy gordo para sacar cabeza sin necesidad de que le reconocieran sólo por el hierro marcado en la paletilla. El niño Pasqual fue inscrito en el colegio Virtèlia, una institución católica, seglar y catalanista,

donde comenzó a jugar a las canicas con Miquel Roca, Ricardo Bofill y Xavier Rubert de Ventós, camaradas de adolescencia.

Luego, de mayor, siguió rodeado de amigos que eran hijos de amigos de sus padres, y con ellos, según parece, pasaba las tardes discutiendo problemas trascendentales en una habitación con dos literas en la casa familiar bajo la niebla de los cigarrillos iluminada por el flexo. Ellos se casaban con ellas, con las hermanas del otro, y en medio del cotarro la barba de Lanza del Vasto, con su espiritualidad marxista y macrobiótica, imponía la paz. Así estaban las cosas cuando en la universidad había bofetadas todos los días y uno no era nadie si no tenía una multicopista debajo del colchón, ni iba por el claustro de la facultad con el pecho acorazado con unos panfletos antibala.

La tercera y definitiva ascensión de Jordi Pujol al Canigó, en la que le sería revelado el destino, se produjo en el otoño anterior a que alcanzara la presidencia de la Generalitat, después de una lluvia de noviembre. Iba en compañía de su mujer Marta Ferrusola y de sus siete hijos, Jordi, Marta, Josep, Pere, Oriol, Mireia y Oleguer. Entre el humus fermentado de los robles había setas de todas clases, la reina amanita cesárea, la venenosa amanita faloides, el beneficioso boletus edulis. Tal vez habían decidido coger algunas de regreso, cuando fueran de bajada. Jordi Pujol quería mostrar a sus hijos la visión de todas las tierras catalanas que podía contemplarse desde una de las laderas del Pirineo.

Poco antes de llegar a la abadía benedictina de San Miguel de Cuixá, al pie del Canigó, les salió al paso un ermitaño o hermano lego con hábitos raídos que llevaba una canastilla llena de setas colgada del hombro. Aquel monje había reconocido a Pujol, se le acercó con una sonrisa y loó el trabajo que había hecho por su patria como líder político. Con aire de agorero le dio a entender la gran empresa patriótica que el destino le había reservado y le habló de la suerte que había tenido de encontrarle, porque le iba a regalar una seta especial, destinada a los fundadores de una religión, a los salvadores de un pueblo, a próceres de un tamaño universal. La había arrancado con sus manos en la huerta del monasterio y,

puesta a secar al sol, la tenía preparada para el sortilegio. Jordi Pujol oía atentamente las explicaciones del hermano lego, quien desvarió la mirada simulando imágenes alucinógenas y con los brazos extendidos hizo aspavientos hacia el cielo.

—¿De qué clase de virtudes me hablas, hermano? —le preguntó Pujol.

—Si pruebas esta amanita muscaria podrás volar, no te digo más —exclamó el lego.

Jordi Pujol estaba decidido a abrir de par en par las puertas de la percepción. Consultó su propósito con su mujer y con su hijo primogénito. Ninguno de ellos sabía cuáles iban a ser realmente las consecuencias. Sólo era cuestión de arriesgarse. Si aquella seta era alucinógena, si la había tomado el precursor Juan el Bautista, si todos los chamanes afincaban en ella su poder sobre las almas, si la orina de los renos hacía de filtro para su tóxico y nadie sabía cuántos prodigios sucedían en el cerebro de esos venados, ¿adónde le llevaría a él una visión con sus alas doradas? ¿Hacia la propia inmortalidad? ¿Le haría volar sobre toda la extensión de los Países Catalanes, desde el Rosellón hasta el río Segura y sobre el mar Balear hasta Cerdeña? ¿O tal vez le introduciría en el corazón del bosque donde dormía Blancanieves después de morder la manzana? ¿No era Cataluña una Blancanieves dormida, envenenada por la madrastra España? Puede que él fuera el príncipe llamado a despertarla. Tenía siete hijos. ¿Acaso no podrían ser ellos los siete enanitos del bosque? ¿Qué clase de prodigios podrían suceder?

Tomar una amanita muscaria en sentido religioso exigía una ceremonia reglada y un lugar apropiado. Según el hermano lego había que ingerirla después de desmenuzar la cutícula en pequeños granos, disolverlos en la boca y tragarlos con un sorbo de té muy azucarado o con una cucharada de leche condensada. Jordi Pujol decidió someterse a la prueba en la propia abadía, bajo el pórtico del claustro, si el lego benedictino, jardinero de la huerta, se avenía a prepararle el brebaje necesario. Por el claustro se paseaba un gato con extremada elegancia, acostumbrado como estaba a moverse al son del gregoriano que oía cantar a los monjes. En ese momento, el sonido ondulado de un salmo en latín de Ezequiel llegaba desde la

capilla. «Llevome el Señor en una visión divina hacia la tierra de Israel y púsome sobre un monte muy elevado desde el cual se divisaba una gran ciudad hacia el mediodía», cantaba el coro, y cuando le fue traducida Jordi Pujol tomó esta letra como un buen augurio. Su mujer, Marta Ferrusola, dio su opinión, que una vez más fue inapelable.

—Si esa seta tiene tanto poder, la tomaremos toda la familia, aunque sea peligrosa.

—Así sea —exclamó el hermano lego.

La familia Pujol pudo pasar al refectorio por un privilegio especial del abad, favor que también alcanzaba al gato. Hasta allí llegaba el son del gregoriano desde la capilla, una exquisitez sólo al alcance de almas muy laminadas. El hermano lego acercó primero una tetera humeante y, en bandeja aparte, tres amanitas muscarias secadas al sol del Canigó y desmenuzadas en pequeñas porciones. Sentados a una mesa de roble en el refectorio, padres e hijos contemplaron en silencio algunos ademanes preparatorios, casi litúrgicos, que no entendían. Indeciso y un poco mosqueado, preguntó Pujol al hermano:

—¿Por qué, hermano, no le ofrece primero una ración al gato, a ver qué pasa?

Así lo hizo, pero el gato rehusó dando señal de alguna repugnancia. Ante el gesto de alarma que hizo Pujol, el hermano lego afirmó:

—Tranquilo, tranquilo, don Jordi, que usted no es un gato.

Como en una comunión sagrada, toda la familia, los padres y los siete hijos, todos comulgaron la seta de los esenios, de los chamanes, de los sufíes, de los gnomos del bosque. Se pasaron con la lengua cada ración por los entresijos de la boca y se la tragaron con un sorbo de té muy azucarado. Después les fue servida una sopa de menudillos, la misma colación severa que tomaban los monjes benedictinos. Ya no había vuelta atrás.

La primera reacción de la seta se produjo media hora después de haberla ingerido. De pronto, ante los ojos de Jordi Pujol y del resto de su familia, todo alrededor comenzó a distorsionarse y a tomar más de cinco veces su tamaño natural. El gato había adquirido la

altura de un guepardo y era de color verde transparente con movimientos muy elegantes; las mesas del refectorio parecían catafalcos y sobre el mantel los cuchillos eran relucientes espadas; los animales mitológicos que formaban los capiteles de las columnas del claustro tenían un carácter diabólico gigantesco, trasgos, hidras de Lerna, serpientes, águilas, gorgonas. Tal vez esta sensación era consecuencia de una desproporción, porque Jordi Pujol se veía a sí mismo como un enanito y de igual forma veía a su mujer y a sus siete hijos. La acción alucinante de la seta era precisamente ésa: todo lo que miraba estaba dentro de su cerebro, pero fuera todo le parecería inmenso porque él se veía enano, aunque el ánimo que embargaba su pecho era de gigante. Los efectos de la amanita muscaria nunca desaparecen del todo. En circunstancias de excitación, de peligro, de ansiedad o de ambición vuelven a tomar forma a lo largo de la vida. Bajando del Canigó aquel día, Jordi Pujol se sintió como el guía de los enanitos del bosque y percibió que Cataluña estaba envenenada, pálida y dormida en una cabaña.

El tiempo dejó pasar el otoño y también el invierno. En España, cada tres días había un asesinato. La ETA abatía a guardias civiles, a políticos, a tenientes generales y por todas partes se expandía el rumor de un golpe militar. Estas imágenes se repetían en todos los telediarios y en las primeras páginas de los periódicos: cristales de coche astillados y un muerto en el asiento del coche boca arriba con los ojos abiertos, charcos de sangre en la calle y unos pies con zapatos asomados por debajo de una manta, una silueta humana dibujada con tiza en el asfalto, curiosos que eran alejados por la policía. Pero en la primavera de 1980 Jordi Pujol fue elegido presidente de la Generalitat, en el momento en que la Banca Catalana ya había quebrado dejando un agujero de trescientos mil millones de pesetas. El escándalo había puesto de manifiesto una rapiña singular. Los fiscales José María Mena y Jiménez Villarejo habían abierto un sumario contra el consejo de administración por estafa, desfalco y apropiación indebida. Durante el desarrollo del proceso, uno de los fiscales del caso se puso en contacto con un señor de Extremadura que figuraba como cliente moroso de la

entidad. Al parecer, tenía un impago de trescientos millones. Resulta que este señor era un pastor de cabras que ni siquiera sabía dónde estaba Barcelona. Otra llamada de teléfono a un cliente deudor de Valladolid descubrió que ese señor había muerto antes de que se hubiera fundado el banco. Era una forma brutal de acopiar dinero a mansalva para la causa: se concedían créditos millonarios a gente que ya estaba en el otro mundo, a nombres anónimos extraídos al azar del listín telefónico, pertenecientes a lugares apartados de España. En ninguno de los casos este hipotético cliente se enteraba de la fecha de vencimiento de su deuda y esos millones pasaban al pasivo en el apartado de fallidos, pero en realidad volaban como bandadas de aves negras a los bancos de Suiza a nombre de los patriotas que estaban haciendo Cataluña. ¿Pudo la amanita muscaria intervenir en el hecho de que parte de aquellas bandadas de dinero negro cayeran en una cuenta secreta a nombre de Jordi Pujol en un banco suizo y allí hicieran nido? En ese momento, la ETA estaba a punto de poner al Estado español a las patas de los caballos. Los rumores de un levantamiento militar invadían sobremesas, tertulias de casino, mercados, colas del autobús, despachos y sacristías. Tal vez un efecto retardado de la seta alucinógena le hizo ver a Jordi Pujol la necesidad de poner mucho dinero a buen recaudo para afrontar el inminente exilio. ¿Cuánto dinero? Miles, miles de millones serían necesarios, cuantos más mejor, todos los que cupieran en aquel enorme saco formado entre el patriotismo y la codicia.

La tarde del 23 de febrero de 1981, no había pasado un año todavía de la toma de posesión de Jordi Pujol como presidente de la Generalitat, parte del Ejército provocó un golpe de Estado. La amanita muscaria demostró en ese momento aciago que sus efectos permanecían activos. ¿Un golpe de Estado? Las noticias eran confusas. Por lo que pudiera pasar, en el despacho de la Generalitat Jordi Pujol comenzó a recoger los documentos más personales dispuesto a huir por la frontera de Portbou. La amanita muscaria le obligó de nuevo a verse como un enanito perdido en medio de un bosque, rodeado de militares de un tamaño descomunal y un despliegue de carros de combate con sus enormes orugas triturando la Diagonal de Barcelona en dirección a la plaza de Sant Jaume. La

noticia era que un guardia civil con bigote y tricornio, seguido por una banda borracha, había entrado pistola en mano en el Congreso de los Diputados y había secuestrado al Gobierno y a todos los políticos al grito de «¡¡todos al suelo!!». Ya no había más noticias. Todo a su alrededor tenía una medida dramática natural. La BBC no decía nada. Tampoco la radio francesa. La televisión española sólo daba música militar. Cuando la noche ya se había echado encima con todos los malos augurios en el aire Jordi Pujol, lleno de angustia, llamó a la Zarzuela. «Tranquil, Jordi, tranquil», le calmó el monarca. Entonces recordó que esas mismas palabras las había pronunciado el hermano lego benedictino en el Canigó antes de darle a probar la amanita muscaria. Al rey sólo le había faltado añadir que un presidente de la Generalitat no era un gato escaldado, pero entonces pensó en la gran inspiración que le había provocado la seta al obligarle a arramblar con aquel saco de millones de pesetas de la quiebra de Banca Catalana y ponerlo a salvo. Lo que sin duda Jordi Pujol ignoraba era que esa cuenta secreta en Suiza la llevaría clavada como un arpón durante las tres legislaturas con mayoría absoluta en que la mala conciencia le obligaría a pactar con el Estado y frenaría todo afán o veleidad por la independencia. Si un día se producía una deslealtad por su parte, el Estado podría tirar del sedal y Jordi Pujol sería chantajeado, desenmascarado y finalmente hundido. Tal vez. Tal vez. Pero ante el ataque de los fiscales y del Gobierno socialista Jordi Pujol se envolvió con la bandera catalana y gritó: «¡¡Disparad!!». Cesó el ataque y durante treinta años este padre de la patria catalana siguió subiendo al Canigó con su mujer y los siete enanitos a bailar con Blancanieves, que acababa de despertar de un largo sueño envenenado. Esta escena también se había incorporado al lienzo en blanco cubierto con sábanas en el Palacio de Oriente.

Frente al Palau de la Generalitat, en la plaza de Sant Jaume, está el Ayuntamiento de Barcelona, que ocupaba como alcalde Pasqual Maragall desde 1982, poco después de que Pujol llegara a la presidencia. Ambos políticos habían recorrido un camino desigual hasta llegar cada uno a su puesto. Había una diferencia de raíz. ¿Qué significaba en Cataluña ser un Maragall o ser un Pujol? Uno

arrastraba todas las trapacerías financieras de su padre, el señor Florenci. El presidente era pragmático y pegado a la realidad más ratonera. El alcalde venía de una familia de patricios bajo la orla del primer poeta nacional.

Rostros de mujer

Rostros de mujer formaban un río de plata interior en una noche de pesadilla cuando la muerte, a la vuelta del milenio, escribió en su guadaña una historia de amor.

El pintor había llamado a su amigo Javier para que echara un vistazo al retrato de la familia real. Hacía unos años que no trabajaba en el lienzo y seguía lleno de dudas. Tal vez necesitaba una opinión favorable, algún empuje para seguir adelante. No lograba superar la neurosis de ver que las figuras se transformaban cada día en la realidad, en los telediarios, periódicos y revistas, y él no podía trasladarlas al lienzo para convertir la realidad en realismo. Javier acudió a la cita en el Palacio de Oriente. El pintor descubrió el cuadro. Las cinco figuras habían cambiado de posición desde la última vez. Allí estaban el rey Juan Carlos, la reina Sofía, el príncipe y las infantas a tamaño natural. Javier las estuvo observando en silencio y de pronto, de forma imprevista, rompió a llorar. El pintor se sorprendió al ver sus lágrimas, pero no hizo ningún comentario. Vale que Stendhal sintiera vahídos ante una obra de arte, pero él no era un artista tan excelso como para que su amigo se conmoviera hasta ese punto, pensó.

—¿Qué opinas? —preguntó el pintor.

—Nada.

—Estás llorando.

—Perdona. No sé qué me pasa —contestó Javier secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Tan terrible es lo que ves en el fondo del cuadro?

En realidad, Javier lloraba porque unos días antes había recibido un golpe muy duro. Fue el primer cambio que experimentó su cuerpo desde aquella tarde fatídica en que recibió el diagnóstico. Lloraba por todo. A veces tampoco lograba contener las lágrimas cuando oía música en su estudio, el saxo de John Coltrane, el concierto de clarinete de Mozart o la voz doliente de Bessie Smith. ¿Cómo podía la belleza causarle tantos estragos? Deben de ser las jodidas pastillas, pensaba Javier. También le provocaba mucho dolor contemplar las fotos que adornaban los anaqueles de la biblioteca,

en las que se veía joven y deportivo, sonriendo con una dentadura perfecta, rodeado de los compañeros de su programa de televisión cuando ganaron el Premio Ondas o con la copa del campeonato de golf en el Club de Campo. Allí estaba también la foto reciente que Neus le había mandado desde un templo de Camboya. Su sonrisa le llenaba de una amargura insoportable. Javier sería en adelante uno más entre esa clase de lectores que al entrar en cualquier librería va directo a la mesa de novedades en busca de libros de autoayuda puesto que el terror del cambio de milenio le había caído directamente encima.

Su apartamento daba al patio de un colegio y a un jardín de infancia al otro lado de la calle, de donde le llegaba una algarabía de gritos llenos de vigor entreverados con el sonido de las bandadas de furiosos estorninos que buscaban cobijo en los chopos al final de las tardes de otoño. Al salir de casa por la mañana se cruzaba con los chavales que llegaban al colegio cargados con mochilas. Las madres traían de la mano a sus niños a la guardería muy abrigados. Algunas de aquellas criaturas también lloraban, y otras emitían por encima de las bufandas una pequeña niebla con lo más delicado del alma cuando preguntaban una y otra vez «¿por qué?» a cualquier explicación que las madres les daban sobre las cosas más sencillas de la vida. Después oía los gritos de los chavales en la cancha de baloncesto, y la brutalidad de sus hormonas lo llenaba de melancolía. Estos niños habían sido engendrados en los últimos años del felipismo, cuando la corrupción y la burbuja económica habían comenzado a copular juntas y nada hacía presagiar que de ese empate saldría un monstruo algún día. Eran criaturas felices cuyos padres le habían regalado la mayoría absoluta a José María Aznar en su segunda legislatura en el Gobierno.

Unos amigos de Javier tenían un niño pacífico y sonrosado que solía jugar sentado en la alfombra de casa, frente al televisor. Cuando el presidente Aznar aparecía en cualquier telediario con voz desgañitada o con su tonillo displicente mientras apuntaba al espectador con el dedo, la criatura se creía directamente amenazada y, de repente, como con un reflejo condicionado, lanzaba el juguete que tenía en las manos contra la pantalla. Los padres lo llevaron al

psicólogo, pero éste no logró darles una explicación lógica acerca de ese arrebato incontrolado. El psicólogo trató de tranquilizarlos diciendo que hay personas, como el presidente Aznar, que poseen la rara virtud de sacar lo peor que cada uno lleva dentro. Son como esos terribles espejos de probador que te hacen sentir un miserable al reflejarte en ellos mientras te pruebas unos pantalones, o como esos perros que al llegar de visita a una casa no cesan de olisquearte los genitales.

Con esta técnica política, en 1996 el presidente Aznar se había construido un pedestal de estadista. Su españolismo chulesco hizo que empezaran a brotar como hongos los independentistas en Cataluña y en el País Vasco; abrazaba tan fuerte a España contra su corazón falangista que estaba ya a punto de romperla en pedazos. De derechas, sí señor, sin complejos, qué pasa, tal era la consigna, y sus ministros también sacaron los espolones de gallos de pelea para emular a su jefe, con lo cual la política se convirtió en un oficio asilvestrado en el que mandar sólo significaba mandar y nada más que mandar, con el único objetivo de derrotar al enemigo para curarse así de las frustraciones personales. Esta forma de gobernar se fue acentuando hasta unirse como un dato más al terror del milenio. Puede que este terror sólo fuera estético o literario, pero no para Javier.

Unos años atrás, con la llegada del Partido Popular al Gobierno, Javier había quedado fuera de juego en Televisión Española. El programa que le había hecho famoso, unas conversaciones con las actrices más seductoras del momento, cuyos rostros se habían convertido en los iconos femeninos del final de siglo, fue suspendido. Estuvo a punto de ser elegido para encargarse de la realización de la boda de la infanta Cristina con Iñaki Urdangarin, pero finalmente fue desbancado por Pilar Miró, amiga personal del rey. Habría sido su gran oportunidad para demostrar su talento, tener como ella diez cámaras a su disposición repartidas por todos los ángulos de la catedral de Barcelona. A la mierda. Tenía varios proyectos entre manos que había propuesto al director de programas, realizar un documental sobre el cambio de la sociedad española, nada en concreto, tal vez seguir la trayectoria del retrato de la familia real

que le habían encargado a un pintor famoso, amigo suyo, en cuyo estudio conoció al monarca. Obsesionado por recuperar el éxito, que se le había escapado de las manos, estaba dispuesto a todo con tal de no perder su poder de seducción. Durante mucho tiempo, Javier había triunfado en la tertulia del café y en sobremesas con su cinismo cáustico y divertido. En la calle, en los bares, en las fiestas mucha gente recordaba su cara e incluso algunas chicas aún le pedían autógrafos, pero con el cambio de Gobierno todo se había ido al infierno.

Mientras estuviera en este mundo, Javier nunca olvidaría aquel día que comenzó a marcar la cuenta atrás. Fue precisamente un 20 de noviembre de 2000, cuando a las seis de la tarde llegó a la clínica con los resultados de los análisis y se sentó en la antesala del urólogo, donde algunos pacientes comentaban un altercado con los jóvenes falangistas que habían montado unos tenderetes en la calle para vender insignias, pegatinas, panfletos, banderas, libros y escudos nazis en el aniversario de la muerte de Franco. Llegado el momento, se abrió la puerta de la consulta y una enfermera pronunció su nombre en voz alta:

—¿Javier de Sosa Pérez-Navarro?

Se levantó como un autómata ante la mirada curiosa de los pacientes de la sala de espera que lo habían reconocido y la enfermera lo recibió con una sonrisa que expresaba, tal vez, cierta simpatía añadida al verse delante de un famoso. Siempre había tenido suerte. A pesar de sus reveses profesionales, aún se sentía invulnerable. Esta vez su buena estrella tampoco le iba a fallar, pensó al sentarse en el cómodo sillón de cuero frente al doctor.

Mientras rasgaba el sobre con un abrecartas de marfil, el doctor quiso saber quién le había recomendado acudir a su consulta privada. Javier iba a decirle con cierto sarcasmo que en realidad la primera que le había dado la idea años atrás había sido aquella prostituta japonesa llamada Mizuki, pero sin esperar la respuesta el doctor torció el gesto apenas echó una somera mirada sobre los análisis.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó.

—Cincuenta y tres —respondió Javier, ya un poco azorado.

—Mal asunto. No tiene buena pinta. Estos análisis se los debió haber hecho usted hace tres años.

Y así empezó el calvario. Tuvo que bajarse los pantalones y adoptar una postura humillante que facilitara el tacto rectal, un experimento que hasta entonces había sido una fuente de chanzas entre los amigos. Esa exploración llena de aparente amor e indudable maestría era la misma que le hizo la prostituta japonesa en El Venado. No era tan doloroso como suponía. Fue mucho más aciago el diagnóstico que emitió el doctor sin ningún matiz evasivo:

—Lo que me temía —dijo mientras se liberaba del guante de látex —. Ha desarrollado un tumor.

—¿Es malo? —preguntó Javier con la voz ya quebrada.

—Dada mi experiencia, no tengo la menor duda. Se trata de un carcinoma prostático bastante desarrollado, pero en medicina nada es seguro al cien por cien. Puede pedir una segunda opinión.

Al oír un veredicto semejante, algunos pacientes se desmayan o murmuran una plegaria. Javier se quedó aturdido, con los ojos cerrados, como en el interior de una campana neumática, y en la oscuridad comenzó a fluctuar de forma acuática el rostro de Neus distorsionado por una emoción agónica. Con ella ya no será posible, fue lo primero que pensó.

Lo mismo que aquellas criaturas que de camino a la guardería preguntaban a sus madres una y otra vez «¿por qué?», excitadas ante el misterio de sentirse frente a hechos que no entendían, Javier también interrogaba al destino con una pregunta siempre estúpida, que se repite infinitamente en este mismo caso: ¿por qué ha tenido que sucederme esto precisamente a mí?, pero él ya creía saberlo todo de la vida y la respuesta que esperaba sólo podían dársela los muertos. Desde aquel encuentro con la prostituta japonesa, Javier se había engañado diciéndose que era imposible que le hubiera tocado a él.

Al salir de la clínica con la receta de las pastillas y el formulario del protocolo que debía seguir en los siguientes días, anduvo un tiempo por la acera con la sensación de que caminaba flotando. En la calle estaban las camadas falangistas, que expandían consignas con un

megáfono. Uno de aquellos bigardos, que lo había reconocido, con un aire displicente, para provocarle, le ofreció una pegatina de Franco. Pero hubo a continuación un percance tal vez más cruel, porque antes de llegar a la parada de taxis se le acercó una niña agitando una hucha y le pidió un donativo para la lucha contra el cáncer. Parecía una burla irónica que el destino le hubiera preparado para humillarle aún más. Javier recibió a aquella niña como a una mensajera extraña que venía a indicarle que a partir de ese día se hallaba ya en la otra parte. Hasta entonces había colaborado contra el cáncer desde el lado bueno. Eran siempre otros los contaminados por esa enfermedad. Ahora no pudo evitar zaherirse a sí mismo con una duda sarcástica. ¿Acaso no estaré exonerado de la obligación de contribuir por ser uno de los afectados? Introdujo una moneda de cien pesetas en la hucha y recibió a cambio una sonrisa angelical. Ese dinero ya no servirá para curarme, pensó. Tal vez les aproveche a otros cuando yo esté ya en el cosmos. De pronto, el decorado del mundo había cambiado. Ahora, todo el horizonte de su vida estaba cubierto sombríamente por una sola palabra. Metástasis.

De vuelta a casa, con la mirada absorta en la ventanilla del taxi, percibía el bullicio de la ciudad, que comenzó a parecerle ajena. Este tejido cotidiano de la vida lo veía como un trajín extraño que ya no le pertenecía. Javier sólo oía una voz interior implacable: la muerte te ha señalado con el dedo; ya no tienes escapatoria, amigo; estás descatalogado; se acabaron los placeres, la partida de póquer con los amigos, los viajes, las fiestas, y tampoco vas a lograr que Neus te mire si no es con compasión.

Desde que se separó de Paloma, su mujer, de eso hacía ya ocho años, Javier vivía en su apartamento solo, con la compañía de una asistenta polaca que trabajaba por horas. Herido en lo más profundo, Javier llegó a casa ya con la noche cerrada y se metió en la cama sin encender una sola luz. Apenas pudo dormir, o al menos no hubiera podido jurar que realmente había conciliado el sueño puesto que sintió toda la noche la mandíbula agarrotada por la amargura. No obstante, en la duermevela no tuvo ninguna pesadilla, más bien al contrario: este sentenciado a muerte en la oscuridad fue premiado con una memoria evanescente de un pasado placentero

lleno de glamour. Cuando recobraba la conciencia sentía una punzada de angustia en el estómago, pero luego volvía a sumergirse en una somnolencia asaltada de nuevo por imágenes de la gloria pasada.

Estaba sentado en el plató de televisión, maquillado bajo los focos, y el rostro líquido de una belleza griega o castellana tomó forma y comenzó a fluir en su inconsciente, acompañado de una voz oscura, de una risa descarada. La Dictadura se hallaba ya en estado de derribo. En medio de los escombros del franquismo, bajo la luz roja de un cuarto oscuro, se había revelado el rostro de Charo López. La naturaleza le había regalado una rara belleza, como de perfil acuñado en un dracma. Charo López inauguraba la nueva estética de las hembras más deseadas en sueños cuando estaba llegando la libertad. Hasta entonces, el sexo matrimonial de la burguesía española se celebraba en una alcoba conjuntada con retratos ovalados de los abuelos, hondos cajones de la cómoda con mantillas traspasadas por una aguja de plata, corpiños de ballenas, sábanas en alcanfor, armarios severos de luna, camas de hierro cuyos muelles gemían mucho más que las legítimas esposas sobre colchones de lana, amparadas por un crucifijo que vigilaba desde la pared del cabezal cualquier exceso de placer. Chicas como Charo podían establecer una pasión clandestina, paralela, pero nunca eran imaginables en el papel de entretenidas a las que un ricachón o alto funcionario les pusiera una mercería. Podías sorprenderlas morreándose en los pubs, en el coche, en los soportales, en los jardines oscuros; fueron las primeras que rompieron la orden de estar a las diez en casa, eran libres, podían ser amantes pero ya nadie las llamaría queridas, con el tufo agrio del machismo. Charo López era el símbolo de la luz al final del túnel.

En el sueño de Javier se superpuso el rostro acuático de Ángela Molina en un légamo de algas. Una generación de españoles había asociado a esta actriz con la vida naturista de Ibiza. Esa isla se había convertido en paradigma de la libertad en los primeros años de la Transición. Realmente Ibiza había sido descubierta en los años cincuenta por los bohemios locos, que la asaltaron para vivir una inspiración que se inventaba cada día. Vida barata, payeses, silencio,

cigarras, paredes de cal, lagartijas autóctonas. Artistas, escritores, golfos de oro con foulard establecieron su estética sobre una esfumada polonesa de Chopin, los pantalones masculinos de la señora George Sand y la luz áspera de la sequía que iluminaba la filosofía de Walter Benjamin. Posteriormente fue exaltada por el hippismo auténtico y luego vulnerada por impostores de receta, por la especulación, la moda y el turismo masivo, de chancleta y mochila. Cada día los barcos descargaban jóvenes guerreros que iban a librar batallas de sexo. Todos se sentían vencedores. Frente a esta Ibiza falsificada, la de Ángela Molina parecía que aún era la de verdad. Parir hijos dentro del agua, coronarse con la sombra de una higuera, permanecer desnuda de noche señalando las constelaciones, vivir la vida beata al margen de la ansiedad de estar siempre en primer plano, ser sincera y distinta. En los años setenta comenzó a establecerse el nudismo en nuestro país como una actitud higiénica y natural. También fue una conquista de la libertad de los cuerpos, que iba pareja a la libertad política y acompañada por la cocina vegetariana, la teoría de las semillas, pulseras energéticas, infusiones de percepción, recetas de la abuela, ascensión a la salud mediante el kéfir y el yoga. El rostro de Ángela Molina era el símbolo de *Ese oscuro objeto del deseo,* que rodó con ella Luis Buñuel en 1977, cuando este país estaba rompiendo aguas en un parto difícil.

Javier, en sueños, tendió la mano conmovido hacia un sexo femenino misterioso, profundo, turbulento, y de pronto creyó haber despertado en medio de la muerte, pero en realidad había perdido la noción del tiempo y del espacio en medio de una duermevela en la que comenzó a sonar una música confusa de Víctor Manuel, de Serrat, de Miguel Ríos, de Sabina, de Aute, de Antonio Vega, y sobre ellos la figura de Ana Belén se paseaba cantando *La puerta de Alcalá* hasta que su voz se impuso a la de todos los demás. Cuando la política se abría a la libertad y una generación de artistas jóvenes creía que las cosas podían cambiar cantando, Ana Belén, sin perder su poder de seducción, estaba siempre donde había que estar, donde se esperaba que estuviera: en la huelga de actores, en los mítines contra la OTAN, al pie de todos los manifiestos, detrás de

todas las pancartas. Ella es de los nuestros, se decían los políticos progresistas. Sin perder el swing, la elegancia que se ondulaba sobre su eje corporal, sin gritar ni descomponer la figura, se había apuntado al Partido Comunista, que era el puerto natural donde recalaban contra Franco todos los inconformistas, rebeldes, visionarios y compañeros de viaje. Ana Belén estaba de moda. ¿Cómo una chica tan guapa, tan sexy, llena de éxito, podía ser roja? Contra este icono comenzaron a urdir represalias los reaccionarios, quienes llegaron a ponerle una bomba en su chalé de Torrelodones acusándola de haber quemado una bandera española durante la representación de una obra de teatro en México. Ana Belén también entró después en el paquete de los que sufrieron el desencanto de los sueños juveniles. Pero ella seguía siendo atractiva y conservaba todavía la energía del barrio de Embajadores, el latido de la gente sencilla de la calle. La travesía de Ana Belén iba a doblar el cabo del milenio y su rostro, aun en esos días, era todavía el icono de una vieja lucha que más allá del desencanto conservaba el aura de resistente, ese eje interior que por la planta de los pies la afinca siempre en la tierra.

Javier se despertó esa mañana y, al ver que el sol estaba en la ventana y que los pájaros cantaban como todos los días, tuvo la sensación de que era una ofensa personal que el universo le infería. Así era su narciso vulnerado.

Unos días después Javier volvió a la consulta y el urólogo tenía sobre la mesa los resultados de la biopsia, las ecografías y los análisis de sangre, de orina, de testosterona y del PSA. El doctor trató de animarle:

—Vamos a cruzarnos con ese dragón. Esperemos que no haya mordido el hueso todavía.

—San Jorge y el dragón, menuda jodida leyenda —murmuró Javier.

A continuación el doctor, con un tono profesional y amigable, le anunció las primeras medidas que había que tomar de modo ineludible. El narciso que Javier había alimentado desde su juventud quedó destrozado cuando el doctor le dijo con toda naturalidad, a

bocajarro, que tenía que anularle la libido mediante una simple y sencilla castración.

—Tranquilo, no te vamos a cortar los testículos —añadió el doctor tuteándole por primera vez y riendo, como si fuera algo divertido—. Se trata de una castración química mediante pastillas y una inyección en el vientre.

—¿Lo mismo que se hace con los violadores reincidentes en la cárcel?

—Eso es. Sólo que en tu caso no es una condena. No has violado a nadie, sólo a ti mismo. Después te vamos a banderillear la próstata con partículas radiactivas, que se posan sobre las células cancerosas para destruirlas sin dañar el tejido sano, y a esperar con un poco de suerte que el dragón no vuelva a atacar.

Era una forma un poco frívola de decirle que lo iban a radiar con el último tratamiento de moda que evitaba la cirugía. En realidad, Javier no atendía a ninguna explicación científica. De hecho, comenzó a despreciar su cuerpo, un sentimiento unido a una amargura melancólica que jamás había experimentado. La enfermedad había destruido su autoestima. La consideraba una humillación. Estaba condenado a llorar ante la belleza. La música. La pintura. El esplendor de los días lejanos de la juventud. Tampoco le importaba ya la política. Los socialistas, el Partido Popular, a la mierda.

Camuflado bajo las alas de un sombrero, con gafas de espejo y las solapas de la gabardina levantadas hasta las orejas, entró como un furtivo en el instituto oncológico donde debían prepararle para la radiación. Puesto que aún era una cara conocida, temía que lo descubrieran en un lugar semejante, lo que supondría declarar públicamente su enfermedad y quedar a merced de los rumores. Sobre todo odiaba la posibilidad de que se enteraran los compañeros de profesión, su exmujer, las antiguas amantes, cualquier amigo o enemigo resentido, que sin duda se iban a alegrar al saber su desgracia.

Llegó un momento en que Javier tuvo que formular la pregunta que cualquier condenado a la pena capital le hace al alguacil de la cárcel en el corredor de la muerte. En este caso, él se había

demorado en realizarla por miedo a la respuesta. La hizo en la tercera visita, casi sin voz.

—Doctor, dime la verdad, ¿cuánta vida me queda?

—Meses o años, depende —contestó el doctor directamente, sin evasivas.

—¿De qué coño depende?

—Depende del dragón.

A cierta edad esa afirmación hipotética sirve para cualquiera de los mortales, pero Javier sabía que para él la muerte había dejado de ser un concepto abstracto. Esa visita de la Dama Blanca ya la habían recibido sus padres, algunos amigos de sus padres, un par de tíos carnales, algunos compañeros de colegio y otros allegados en cuyo funeral, después de dar el pésame con el rostro severo, uno se va a tomar una copa y se olvida. La muerte había dejado de ser un acto social. Desde aquella tarde de noviembre de 2000 había tomado un perfil concreto que coincidía de forma milimétrica con su propia calavera. Había comenzado la cuenta atrás. Todos los días, ante el espejo del cuarto de baño, se escrutaba el rostro para comprobar por dónde empezaría a asomar la Dama, por el color albaricoque maduro de la piel, por las cuencas de los ojos un poco hundidas, por la dentadura marcada ya fuera de la boca, por el sabor febril de los labios. Un mínimo dolor en cualquier parte del cuerpo le ponía en estado de alerta. Ya está aquí. Siento cómo me muerde el jodido dragón, se decía. Un día se le escapó esta frase durante una partida de póquer. Los compañeros de juego creyeron que se refería a una mano de naipes adversos, a su mala racha.

El tiempo había dejado de ser un concepto filosófico para convertirse en un conjunto de horas, días, noches, amaneceres y puestas de sol, veranos, primaveras, otoños, inviernos, divididos en mínimos fragmentos unidos al latido de la sangre. Esa enfermedad era la sentencia capital que el alguacil del infierno le susurraba todos los días al oído. Se acabaron las bromas. Javier comenzó a referir a la muerte todo cuanto le rodeaba, el cielo azul, las nubes, la lluvia, los árboles, su mesa de trabajo, los cuadros, la comida, el sueño, la cama, la oscuridad, el sol en la ventana cada mañana, toda la casa,

las mujeres que veía en la calle, los gin tonics que le quedaban por tomar, la eterna canción de *Amapola* que tocaba el pianista en los hoteles por los que había pasado a lo largo de la vida. Se agarraba al recuerdo de las mujeres que había admirado, cuyos rostros acudían a liberarle de la muerte cuando las soñaba.

En el plató de televisión entró bajo los aplausos Pedro Almodóvar en compañía de Carmen Maura. Javier los recibió de pie, sonriente bajo los focos. Cuando los huesos de Franco bajaron a la tumba, Carmen Maura era todavía una galerista de arte y Pedro Almodóvar era un administrativo de la compañía Telefónica que jugaba con una cámara de Super-8 y que, en vez de inmortalizar las bodas y bautizos de sus familiares en Calzada de Calatrava, niños saludando desde el columpio o las idas y venidas de un perro trayendo la pelota al amo, trataba de recomponer en el celuloide el rompecabezas de aquellas tribus urbanas, criaturas descoyuntadas de la modernidad, que poblaban las noches de Madrid poseídas por el dios Calimocho. Un día, aquella muchacha modosa desapareció del mundo del arte y de forma inesperada emergió en medio de una pandilla enloquecida, que tenía su reino en Rock-Ola y en la discoteca Sol de la calle Jardines. En 1980 Almodóvar rodó su primera película, *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón,* con Carmen Maura de protagonista. Desde entonces ya no pudo librarse de estar por siempre atada a Pedro Almodóvar, el amo de llaves de aquella estética alegre y disparatada de los años ochenta. Les ligaba un nudo maldito. Era la mezcla perfecta: una aristócrata desclasada y un ácrata dinamitero. Los huesos del dictador produjeron un fuego fatuo y de él se prendió la mecha que produjo la detonación libertaria. Una nube de libélulas con pendientes de plumas de pato en las orejas y la cresta verde en el cráneo rapado llenó la noche. La década prodigiosa fue inaugurada por un abad disfrazado de político socialista llamado Tierno Galván. Si Dios no existe, todo está permitido, dijo Dostoievski; si Franco ha muerto, ahora mismo me pongo a bailar en Rock-Ola con una bata guateada y unos rulos para lamerme los traumas, dijo Almodóvar. Sólo le faltaba encontrar una musa que diera sentido a todo aquel disparate y estuviera como él dispuesta a ponerse el mundo por montera. La encontró en el dulce

rostro de Carmen Maura, lleno de ingenuos mohínes, y en el papel de Pepi ella desarrolló su talento todavía en agraz ante las cámaras de Almodóvar, que tampoco sabía entonces dónde colocarlas. Carmen Maura era un detonante en medio de aquel mundo de drogas, sexo, tamaños de pene y amas de casa histéricas, materia primigenia en la creación de Almodóvar. Mientras los fachas iban con cadenas y bates de béisbol imponiendo su verdad por las calles de Madrid y el golpe de Tejero aún estaba caliente, en 1983 Carmen Maura apareció en la película *Entre tinieblas* en el papel de sor Perdida, del convento de Redentoras Humilladas, junto a sor Estiércol y sor Rata de Callejón, entregadas a redimir chicas descarriadas. Eran monjas de clausura que después de orinar de pie sobre las coles de la huerta del convento se metían un pico pensando en el centurión que traspasó con una lanza el costado del Nazareno. La cuestión era echar a la basura todo el surrealismo católico de Buñuel para sustituirlo por una burla desvergonzada de la Iglesia; recrear un mundo de sofás de plástico donde unas mujeres en zapatillas con una borla de lana rosa en el empeine soñaban con ser cajeras de supermercado; secuencias con colores agrios, un kitsch descalabrado de fotos de los abuelos encima del televisor. Aunque había otras chicas del montón, Carmen Maura era el rostro que navegaba en aquella palangana del inconsciente colectivo, nena, tú vales mucho, de aquel famoso programa de televisión donde ella, cándida e ingenua, decía cosas cínicas llenas de dinamita. Carmen Maura se abrió camino hacia las esferas entre travestis, suicidas, terroristas, abuelas montadas en parapente y la serpiente del paraíso que ofrecía manzanas rayadas en los lavabos del Cock. Dulces noches de los años ochenta. Javier soñó con aquel programa de televisión en que los mohínes de la Maura, en el papel de ingenua quedona, supusieron un éxito fulminante. Era un mundo que se había ido por el sumidero. Sabina y Krahe ya no cantaban en La Mandrágora. Habían comenzado a volar.

Después, en las tardes del café Gijón, un grupo de náufragos, no más de cinco, en torno a un velador habían elegido a Emma Suárez como la mujer de sus sueños. Sólo era un pacto secreto. En esa tabla redonda donde había cómicos, periodistas y algún magistrado

siempre se aludía a esta actriz como si fuera la vestal de una secta. Había un comentario que funcionaba a modo de divisa: Emma Suárez era esa actriz que siempre lo hacía bien. Nadie se permitía discutir este principio. Cuando se hablaba de alguna película o de una obra de teatro donde ella trabajaba junto con otras figuras estelares, los cinco enamorados querían ser el primero en decir: «Emma es la que está mejor». Su nombre fluctuaba siempre en los carteles sin alcanzar una cima, pero ese segundo primer plano la hacía más atractiva, más deseable. Era una actriz sólo para degustadores, y de hecho los miembros de la asociación preferían que se mantuviera siempre así: discreta, con un morbo envasado, con ese mensaje en la mirada como queriendo decir: sólo necesito un buen director que me rompa por dentro. La sensación que daba Emma Suárez era la de una actriz que había incorporado el arte a su experiencia de la vida. Su manera de actuar tenía algo de artesanía después de fabricarse pieza a pieza el alma todos los días. Era muy fácil imaginar a Emma Suárez como esa mujer fuerte, dura de pelar, de una película de vaqueros. Tenía el moño rubio un poco desgreñado mientras sacaba agua de un pozo, se quitaba el sudor de la frente con el dorso de la mano, su marido con tirantes y calzones de felpa arreglaba el tejado de la casa a martillazos, de pronto llegaban los cuatreros, Emma podía sacar el rifle y disparar desde una ventana hasta ahuyentarlos; por la tarde el vaquero desnudo se introducía en una cuba humeante y ella lo lavaba, también le había dado tiempo a preparar una tarta de calabaza; al anochecer el vaquero leía salmos de Isaías en el libro sagrado balanceándose en una mecedora. De pronto Emma aparecía en camisón transparente en el vano de la alcoba y se soltaba el pelo, que le caía sobre los hombros. El vaquero cerraba la biblia e iba hacia ella. Javier era ese vaquero en sueños. En el momento de abrazarla, Emma le decía al oído: «Nada me gusta más que volverme loca».

Cuando soñaba con estas mujeres que le habían hecho famoso, Javier se despertaba con lágrimas en los ojos. Entre todo lo que la muerte le iba a arrebatar no estaba la memoria evanescente de aquellos rostros que habían atravesado el milenio como un río de

plata. Sus fotos dedicadas estaban en los estantes del estudio. Pero entre esas fotos había una que nada tenía que ver con el pasado. No era la de una artista, ni siquiera la de una chica conocida. Realmente, Javier ya asociaba la vida entera a la muerte; en cambio, no dejaba de asaltarle una sensación extraña cuando pensaba en aquella chica de veintitrés años que se llamaba Neus. Era la única criatura cuyo recuerdo ahuyentaba la muerte de su pensamiento, que remitía a la escasa vida que le quedaba.

Javier le formuló otra pregunta aciaga al doctor. Quería saber qué clase de sexualidad podría establecer en adelante mientras estuviera vivo. El doctor le respondió con una sonrisa.

—De momento deberás olvidarte de ese asunto. Mejor dicho, las pastillas que te estás tomando reducirán a cero tu libido y harán que no tengas que volver la cara ante la mujer más bella que se cruce en tu camino. Ni siquiera te molestarás en mirarla. Pero el sexo es un concepto muy amplio, amigo mío, no sólo es un trabajo genital. Todo en la vida es sexo, si uno se lo propone. Busca la forma de distraerte poniendo en orden tu biblioteca o realizando cualquier viaje. No le cuentes nunca a nadie tu enfermedad. Trata de entretenerte en algo. Aún trabajas en televisión, ¿no es cierto?

Le seguía dando vueltas a la idea sobre el retrato de la familia real. Tal vez podría hacer un seguimiento de aquel trabajo. Sabía algo de eso. De joven, Javier había querido ser pintor. No estaría mal ir desvelando ese proceso y de forma paralela realizar una serie de entrevistas a escritores e intelectuales y a gente de la calle sobre la monarquía, ahora que parecía que se había abierto la veda contra Juan Carlos. Sus líos, sus novias, sus negocios, todo eso. Ver cómo la degradación política se reflejaba en el rostro de los personajes. El director de programas me mandará a tomar por saco, seguro, eso si antes no me voy al otro mundo, pensó. Así fue. Como era de esperar, en Televisión Española le negaron cualquier proyecto en torno a la familia real, pero el sortilegio seguía funcionando. En el lienzo cubierto con unas sábanas en el Palacio de Oriente se habían incorporado unas figuras femeninas, las actrices que Javier había soñado en aquella noche de angustiosa duermevela. Sólo eran

sombras, sólo eran veladuras, rostros famosos, y entre ellos había una mujer desconocida que tenía forma de corza.

Javier comenzó a plantearse la idea de un viaje como una huida. Por ejemplo, un viaje a Oriente para disolverse en cualquier monasterio budista. Durante los insomnios tormentosos que siguieron al periodo de radiación, incorporó a Neus como compañera en esa huida y estableció con ella un juego mental. Neus ignoraba que Javier la había introducido en el itinerario espiritual y cada vez se enredaba más en su empeño de conquistarla, de poder acariciarla un día, sólo eso, recorrer su cuerpo con la yema de los dedos, pero desde que Javier supo que estaba condenado a muerte había dejado de llamarla, de eso hacía ya un par de meses, y éste era el momento en que aún no se decidía a hacerlo. Nunca a lo largo de su vida se había encontrado con esa reserva a la hora de acceder a una mujer. A su edad, de pronto se había convertido en aquel adolescente tímido que no se atrevía a abordar a la niña de sus sueños que había conocido en unas vacaciones en la playa.

Neus era una chica espigada, con ojos negros de corza muy separados y el cuello largo, con una sonrisa que le formaba hoyuelo en la mejilla derecha. Tenía una curiosidad distante, tal vez muy estudiada, que la hacía aún más atractiva. Los separaba una diferencia de treinta años, y hasta el momento había respondido a las insinuaciones de Javier siempre con leves carcajadas seguidas de exclamaciones que dejaban traslucir una controlada ingenuidad muy femenina. Pese a su aparente frialdad, que sin duda derivaba del temor a enredarse con un hombre mayor del que no estaba enamorada, a Javier se le antojaba que, una vez soltadas las bridas, podría resultar una historia apasionada en la última curva de su vida.

Un domingo del último verano, antes de que se le manifestara la enfermedad, logró que le acompañara a dar una vuelta por el campo. Dejaron el coche bajo unos pinos y se tumbaron en la hierba. Ella mordía unas briznas mientras Javier, boca arriba, tenía los ojos abiertos sin pensar en nada. En un momento dado Neus se sentó para arreglarse el pelo, que se le había enredado. El sol de la tarde le había encendido las mejillas. Javier logró arrancarle un beso casi furtivo. Volvieron a la ciudad y se sentaron en una terraza ante

un refresco, los dos en silencio, viendo pasar a las parejas que volvían del campo como ellos pero más felices, más agotadas después de haberse entregado los cuerpos. Javier le acarició levemente el dorso de la mano mientras ella le decía que la noche anterior había estado bebiendo y se había acostado muy tarde. Javier descubrió en un lado del cuello de Neus unos leves arañazos y una rozadura rojiza que le bajaba hacia el escote y se perdía bajo la camisa abierta. Era, tal vez, la señal reciente que había dejado la pasión de algún desconocido, mordisqueando, rozando con el mentón de barba hirsuta en busca del pezón de los senos firmes, tersos de su amada tan esquiva. Esa imagen lo atormentaba, sentía unos celos insufribles, pero lo consideraba lógico, puesto que ella era una chica muy joven y él se sentía ya mayor y sin fuerzas para desafiar a su rival. En estos lances de amor, la juventud es una lanza decisiva. Puedo jugar mis cartas, pensó. Le voy a proponer que se venga conmigo de viaje, no hay mujer que se niegue a ir a una isla lejana o al desierto, sobre todo si se trata de un viaje imaginario, siempre pospuesto y siempre prometido, con todos los elementos de una aventura romántica. No tengo otras armas, salvo el alcohol y la imaginación. Esa noche, Javier sació su cuerpo pensando en Neus. Todavía no había recibido el diagnóstico.

Ahora, condenado a muerte, Javier trataba de curarse la melancolía con el álbum de fotografías donde permanecían los recuerdos de viajes con otras mujeres. Felices tiempos de la memoria. El Cairo, la reserva del Serengueti, Sicilia, Nueva York, Cartagena de Indias. Cada uno de aquellos viajes fue una ruta interior que había recorrido a través del paisaje de algunas mujeres; sus cuerpos ahora eran ríos, montañas, mares y calles, playas, islas, desiertos, aeropuertos, trenes, hoteles de ciudades lejanas, y de aquellos cuerpos extraía las voces, las risas y los gemidos interpuestos que emitieron en los días felices del pasado. No sabía distinguirlos del alma de las mujeres que había amado, del descubrimiento de la vida que ellas le habían proporcionado, instantes de armonía, de belleza, de riesgo y también de dolor. Daisy. Paula.

Hay momentos en que uno debe entregarse al destino y dar un salto al vacío. Neus parecía invitarle con una sonrisa desde un estante de la biblioteca en aquella foto de Camboya. Después de unos meses de silencio, con la desesperación agónica del sentenciado, Javier decidió marcar el número de teléfono de la chica, pero colgó acongojado cuando oyó la primera señal. Respiró profundamente para serenarse antes de repetir la llamada. Puso en el equipo de música *La muerte y la doncella* para envolver su decisión con la sinuosa melancolía de Schubert. Esta vez saltó el contestador. «Hola, en este momento no estoy en casa. Deja tu mensaje». Javier, con voz profunda y las palabras muy separadas, dijo:

—Te quiero. Te necesito para poder respirar. Vámonos juntos a un lugar lejano donde todos los monos sean reyes. Conozco ese lugar. Está a la vuelta de la esquina.

Y colgó con la esperanza de que esa confesión que acababa de sembrar como una semilla en el corazón de la chica de sus sueños germinara. Schubert siguió sonando hasta el final sin que Neus le devolviera la llamada. Pero esta historia de amor también estaba ya grabada en el cuadro del Palacio de Oriente, bajo las sábanas, y a ella se debían las lágrimas de Javier al contemplarlo.

No hay inmortalidad más profunda

No hay inmortalidad más profunda que estar vivo y mirar a través del humo de marihuana el rostro roído de la Esfinge y no formularle ninguna pregunta.

Herido como estaba de muerte, Javier recordó aquel viaje a Egipto con Daisy, hacía ya casi veinte años. Entonces en El Cairo sólo sucedía lo que entraba por los sentidos: el caos del tráfico, la gente hacinada en las aceras, el calor pegajoso, las plegarias del muecín desde los minaretes. La ciudad todavía exhalaba un perfume bíblico, compuesto de especias, de excrementos humanos y de animales domésticos; el sésamo, la canela, el almizcle y las humeantes boñigas de oro, que parecían tributos al dios sol, a cargo de cientos de pollinos. No se percibía aún ese hedor ácido de detritus industrial mezclado con el de la gasolina con mucho plomo que invadiría el espacio después. Tampoco se notaba en la calle ni en las mezquitas ningún radicalismo religioso fuera de la práctica ritual del islam. Nadie hablaba de la Yihad. En general todo eran zalamerías y ninguna mirada de odio.

Se habían hospedado en el fastuoso Mena House, en Guiza, un antiguo pabellón de caza construido por el rey Ismail y convertido en hotel en 1869. De noche se veían las tres pirámides iluminadas desde su discoteca, donde reyes africanos con colleras de oro macizo, magnates del petróleo y jeques del desierto con chilabas de seda blanca y turbantes negros hablaban de negocios o simplemente bostezaban repantigados en los divanes mientras unas bailarinas sudanesas ejecutaban una danza muy ondulante al son de tambores.

Javier era entonces un progre de receta que basculaba entre el marxismo-leninismo y la marihuana y que a su debido tiempo se había medido en la lucha estudiantil contra la dictadura franquista. Quería ser director de cine, de John Huston para arriba, pero se había quedado en la puerta de la escuela de cinematografía y de momento realizaba documentales para Televisión Española. Había conocido en Madrid a aquella estudiante de arte, una norteamericana de Filadelfia, durante el rodaje de un corto sobre la

pintura negra de Goya, cuando cerca del Museo del Prado ella lo abordó de la forma más convencional en plena calle para pedirle por favor que le señalara una dirección en la guía de la ciudad. A continuación sucedió el diálogo de manual entre el halcón y la paloma extraviada: está muy cerca, puedo acompañarte, voy de camino, oh, encantada, cómo te llamas, me llamo Daisy, ¿y tú?, me llamo Javier.

La dejó en la puerta del Círculo de Bellas Artes. Quedaron en llamarse. Hubo unos vinos en un colmado de la Plaza Mayor, unas excursiones a Toledo, a Segovia, a El Escorial. Iban al cine, bebían juntos en los bares de Malasaña y Lavapiés, buscaban callejones oscuros para compartir unos porros y besarse en el coche, hasta que finalmente Javier incorporó a Daisy de ayudante sin sueldo en su trabajo. Un día entraron ciegos de marihuana en el Museo del Prado, recorrieron las salas de El Greco y Velázquez flotando, y esa experiencia terminó por unir sus almas frente a *El jardín de las delicias,* el cuadro de El Bosco. Allí decidieron hacer un viaje para perderse. Uno no debe ir nunca a un lugar donde la magnitud de su historia y la belleza de sus ruinas estén muy por encima del amor, pero aquella mañana, bajo los efectos del cannabis, esta pareja de enamorados decidió viajar a Egipto para explorarse mutuamente, según decían, entre las piedras milenarias, que estaban llenas de energía cósmica, porque Daisy ya venía de Filadelfia enredada en el asunto de la reencarnación.

Mientras desde el patio del colegio le llegaba la algarabía de un partido de baloncesto, aquella tarde melancólica de otoño Javier repasaba en el álbum las fotos de ese viaje. Eran los únicos occidentales esa noche en la discoteca del hotel Mena House. Javier se veía con vaqueros y una camisa psicodélica; Daisy vestía de hippy de boutique, con telas de moaré que se le pegaban a las curvas, y se adornaba con celindas el pelo color maíz híbrido que le caía sobre los hombros desnudos llenos de pecas rosadas. Era muy guapa. Demasiado guapa, tal vez. Ya el primer día en El Cairo, Javier tuvo que soportar que a dondequiera que fuera con Daisy, a cualquier restaurante, tienda, museo, mezquita y sobre todo en la calle, los hombres la desnudaran con los ojos y la sorbieran con una mirada

libidinosa. Por eso no le molestó que una noche en la discoteca del hotel se acercara a su mesa un negro muy atractivo, un nubio con andares de gato, y le ofreciera una tarjeta directamente a ella, sin perder un segundo en saludar ni mirar siquiera a su acompañante.

—¿Es el gigoló del hotel que te ofrece sus servicios? —bromeó Javier.

—Aquí pone «Nabid… Energy & soul», o algo así —leyó Daisy con dificultad en la penumbra del local.

—Lo de siempre. Un hechicero para turistas —comentó Javier.

Era el primer viaje que Daisy, a sus veintitrés años, realizaba a un país exótico, y estaba muy excitada por las sensaciones nunca antes percibidas, el aroma violento a especias, la música árabe que emergía de todas las tiendas y callejones como una culebrilla, los altavoces que derramaban invocaciones a Alá desde los minaretes sobre la algarabía de los buhoneros macerados por el sol en aquel basurero humano. Bajo una polvareda dorada que venía del desierto había un fragor de coches, motos, bicicletas, autobuses atravesados, y en medio de un atasco infernal se abría paso una bañera con ruedas tirada por un asno que transportaba una vaca desollada, y sobre su carne viva que resplandecía al sol se cernía una nube de moscas. El pastoso sabor de los vericuetos del barrio de Jan el-Jalili, el bazar lleno de miradas lujuriosas maduraban su cuerpo durante el día, y al llegar la noche Javier se encontraba el alma de Daisy abierta por todos los poros para cualquier placer de los sentidos. Se amaban con las tres pirámides iluminadas en la ventana de la habitación.

—No necesito para nada a ese gigoló tan guapo. Nadie me ha llevado tan lejos como tú. ¿Qué clase de animal fuiste en otra vida? —le preguntó Daisy.

—No empieces otra vez con tus cosas del más allá. Ya te lo he contado. En otra reencarnación fui eso que tú sabes —le dijo Javier.

Aquella noche, cuando desde la cama aún oían el dum-dum de los tambores de la danza sudanesa, creyeron imaginar, y así se lo juraron desnudos y abrazados, que permanecerían juntos toda la vida. En una tienda de Jan el-Jalili muy acreditada Daisy había adquirido un collar de ámbar antiguo a modo de amuleto y una

libreta de papel de arroz llena de jeroglíficos en la que pensaba escribir un mensaje.

—Mañana entraré en la pirámide de Keops hasta el sarcófago del faraón y dejaré para ti un deseo escrito en este papel —dijo Daisy.

—Cuidado con lo que escribes, no sea que se cumpla —exclamó Javier—. Todo lo que se halla en la bisectriz de una pirámide es eterno, nunca se corrompe, ya sabes.

—Lo supe antes de nacer.

—Venga, no empieces.

Daisy cumplió su propósito. Lejos de arredrarse ante la claustrofobia, siguió a gatas por aquel túnel maloliente de la pirámide de Keops detrás del trasero inmenso de una turista que no cesaba de jadear. Finalmente llegó hasta la cámara real, un recinto de unos diez metros de ancho por cinco de largo iluminado por una bombilla de pocos vatios. Un ventilador hacía más o menos respirable el aire fétido. Allí estaba el sarcófago vacío del faraón. Daisy permaneció un tiempo meditando en algo inasequible, y en un momento en que se quedó sola sacó del bolsillo la pequeña libreta, arrancó una hoja decorada con jeroglíficos y escribió un pensamiento, un deseo, un mensaje para Javier, algo que le salió de las entrañas. Buscó una grieta. Sólo había un resquicio diminuto en la roca. El papel quedó allí incrustado.

Al amanecer, en la misma ventana de la habitación del Mena House, el sol iluminaba sólo para ellos las tres pirámides. Al salir del sueño, las manos de Javier buscaban el cuerpo de Daisy bajo el pijama de seda carmesí y ambos se adentraban primero en un sexo suave, casi somnoliento, después excitante, de una intensidad creciente, hasta que Javier conseguía arrancar de Daisy unos gritos de placer mezclados con confusas palabras, guturales, oscuras, extrañas. Era la primera vez que en sus brazos una chica emitía gemidos de amor en un inglés lleno de invocaciones desconocidas, mientras su orgasmo se ondulaba en sucesivas descargas y parecía no tener fin. Culminado el placer, en el que ambos salían victoriosos, como premio Javier liaba un cigarro con hachís y se demoraba contando una a una las pecas que Daisy tenía en los pómulos y en

los hombros mientras ritualmente compartían las caladas y contemplaban el humo con ojos turbios.

Al mediodía, las tumbonas de la piscina del hotel estaban ocupadas por una clase de clientes que aun en traje de baño, sin más adornos, tampoco podían ocultar que eran gente adinerada. Los camareros, vestidos a la manera oriental, desde la borlita basculante del fez hasta las labradas babuchas, cruzaban con bandejas repletas de zumos de colores variados. Sonaba esa clase de musiquilla árabe que invita a las serpientes a sacar la cabeza del cesto de sus encantadores. En una de las tumbonas estaba sentada una mujer madura con los brazos extendidos, las palmas de las manos abiertas hacia el cielo, y sentado frente a ella el joven nubio ejecutaba una extraña ceremonia. Había posado las propias manos sobre las de la mujer y ambos permanecían en silencio con los ojos cerrados. Parecían estar profundamente conectados fuera del tiempo. Daisy sintió curiosidad por aquel rito esotérico y le preguntó su significado a una anciana que ocupaba la tumbona contigua.

—Ese joven le está transmitiendo energía. Es un chamán al servicio del hotel. A mí me atendió ayer. Es interesante —le dijo aquella señora que se parecía a Agatha Christie, puesto que todas las ancianas inglesas se parecen a Agatha Christie cerca del Nilo.

Daisy recordó que había guardado la tarjeta del joven nubio en el bolso. La leyó ahora a pleno sol. En efecto, Nabid al-Saab se ofrecía para posar las manos. Según le contó la anciana inglesa, el joven nubio era un agente transmisor dotado de un poder magnético.

—Desde el fondo de la tierra sale un fluido que atraviesa su cuerpo, ¿me entiende?, y a través de los brazos lo traspasa al alma del receptor. Es muy misterioso. Sólo cobra veinte dólares, y puede usted tener revelaciones.

Daisy quiso probar. El nubio y ella se sentaron frente a frente y Javier les hizo una foto mientras estaban conectados con los ojos cerrados. Llegó un momento en que ella sintió que tenía el cuerpo astral fuera de la piel, según dijo después, y comenzó a respirar profundamente como sumida en un largo sueño. Era mediodía, con un sol muy elegante en la bisectriz de la mente, y de pronto sonaron a la vez los setecientos minaretes de El Cairo llamando a la oración.

Finalmente Daisy se desconectó del joven nubio con un suspiro de felicidad.

—*Okey?* —preguntó él.

—*Yes. It's all right.*

Ya tenía el alma cargada. A continuación pidió un zumo de mango y se fue al lavabo. De regreso en la tumbona, Daisy dijo que en la barra del bar algunos hablaban de una tragedia que había sucedido en España. Javier se levantó a preguntar. En ese momento, la CNN emitía imágenes de Tejero entrando pistola en mano en el Congreso de los Diputados. En España los militares habían dado un golpe de Estado. Durante dos días seguidos todos los noticieros repitieron esa misma escena, un guardia civil con bigote y tricornio en lo alto de la tribuna, la descarga de las metralletas que disparaban los de su banda y el grito de «¡todos al suelo!», la zancadilla de ese guardia civil al vicepresidente Gutiérrez Mellado, la imagen de un rey leyendo un comunicado, los guardias saliendo por la ventana. Durante los tres días en que Daisy y Javier permanecieron en el hotel no dejaron de contemplar esa escena, una y otra vez, desnudos y ciegos en la habitación, y no paraban de reírse con la risa tonta que produce la marihuana. Con ojos turbios veían en pantalla al rey Juan Carlos vestido con uniforme de capitán general y Daisy, sin poder controlar las blandas carcajadas del cannabis, preguntaba en inglés:

—*What's that? Who is he?*

—Nada, nadie, creo que era el rey de España —se reía Javier creyendo que el golpe había triunfado y el discurso del rey era la renuncia al trono antes de largarse del país como su abuelo.

Hacía ya casi veinte años de aquello. Ahora Javier repasaba el álbum de fotos en su estudio mientras sonaba el concierto de clarinete de Mozart mezclado con la algarabía de la calle. Los chavales salían en manadas del colegio. Las madres recogían a sus criaturas del jardín de infancia y éstas comenzaban de nuevo con sus preguntas a toda explicación, «¿por qué?». Daisy había desaparecido de su vida hacía mucho tiempo. Algunas veces recibía alguna carta o tarjetas con sellos de barcos en las que le contaba cosas de su vida, se había casado con un ingeniero hindú de Bombay, tenía tres hijos, había muerto su madre, pero en aquella

foto amarillenta se la veía conectada al joven nubio con las palmas extendidas, ambos con los ojos cerrados. La foto tenía una pequeña leyenda irónica detrás. *Daisy repostando energía cósmica. 24 de febrero de 1981,* una fecha muy significativa. En otras fotos aparecía Daisy encima de un camello con la pirámide de Keops al fondo, en el Callejón de los Milagros fumando un narguile, en la iglesia de los coptos, en la entrada del Museo Egipcio de El Cairo. En su última carta le decía: «No olvides que en la cámara real de la pirámide de Keops dejé un mensaje para ti. Si algún día regresas a Guiza y penetras hasta el sarcófago del faraón, en una pequeña grieta apenas visible que hay enfrente, junto al ventilador y el cable de la luz, encontrarás incrustada una bola diminuta de papel del tamaño de una uña donde dejé escrito un deseo».

Mientras contemplaba la foto de Daisy subida a un camello al pie de la pirámide de Keops, Javier se prometió que un día regresaría a El Cairo, reptaría hasta la cámara real, buscaría en aquella grieta el papel de arroz con jeroglíficos y leería el mensaje de Daisy. Unos días después sonó el teléfono. Por fin Neus rompía su silencio. La chica le llamaba ofreciéndose a tomar ese gin tonic siempre aplazado. Y de ese gin tonic de noche en el bar Del Diego salió la promesa de un viaje.

El corazón de la mujer

El corazón de la mujer es una cripta donde los salteadores de tumbas se han llevado todo el tesoro de los reyes.

La huida con Neus a El Cairo se realizó al final de un verano, cuando Javier, después de cuarenta sesiones de radioterapia, ya sabía que no le quedaba mucho tiempo por delante. Neus había decidido acompañarlo después de haberle hecho jurar que viajarían como amigos, que dormirían en habitaciones separadas y que ella podría tener absoluta libertad para perderse por su cuenta si lo deseaba. Ella trabajaba en una galería de arte y aquel viaje podía ser muy instructivo: esculturas, templos, vasijas, tanagras, todo eso. Allí había empezado el negocio hacía cuatro mil años. No estaba enamorada. Por su parte, Javier le había ocultado la verdad. No quería pasar ante aquella corza huidiza por un hombre enfermo y derrotado; de hecho, sólo como un desafío contra la fatalidad se había comprado un Porsche Spyder a pagar en dos años sin estar seguro de si la vida le daría tiempo a satisfacer el último plazo.

Se hospedaron en el Sheraton, que forma proa en la isla del Nilo en medio de la ciudad, con una vista que alcanzaba hasta el desierto. Al llegar a la recepción se encontraron con que el hotel estaba fuertemente custodiado por una dotación de soldados con metralleta y chaleco antibalas. Después de veinte años, El Cairo había cambiado. La sensualidad del olor a sésamo, almizcle y estiércol medieval que Javier guardaba en la memoria había sido sustituida por un detritus ácido unido a un clima de violencia que flotaba en el aire a merced de quien quisiera respirarlo. Tampoco Javier era el mismo. Estaba seguro de que éste iba a ser su último viaje a ninguna parte. Había elegido El Cairo de forma inconsciente, tal vez porque en Egipto la inmortalidad está garantizada para el que crea en ella, o tal vez porque recordaba que Daisy, con la que había sido tan feliz en ese laberinto en plena juventud, había dejado para él un mensaje en el corazón secreto de la pirámide de Keops. Podría tratarse de un augurio favorable o de una simple broma.

En el hotel contrataron los servicios de un guía. Se presentó un joven barbudo y rapado, de nombre Hafid. Aunque parecía muy educado y vestía a la europea, no tardó en manifestarse como un devoto islamista y no hacía ningún esfuerzo por ocultar el desprecio que sentía por los turistas, pese a que vivía de ellos. Durante la excursión repitió varias veces que los extranjeros no hacían sino corromper lo más sagrado de las enseñanzas religiosas del Profeta. Después del primer saludo formal, sin atreverse a mirarla directamente a los ojos, le dijo a Neus:

—Si te cubrieras la cabeza con el hiyab islámico no tendrías necesidad de ir a la peluquería.

Durante un par de jornadas Hafid los paseó por ruinas, por sarcófagos, por el cementerio de El Cairo, donde vivían un millón de personas aposentadas en tumbas, algunas de las cuales estaban adornadas con sillones Luis XV, un televisor de cuarenta pulgadas y una cabra atada a una de sus patas. Visitaron mezquitas y ciudadelas, iglesias coptas, callejones, zocos y bazares. Les mostró bajorrelieves de sacerdotes y guerreros de perfil, dioses con cabeza de chacal, de cobra negra, de cocodrilo y del omnipotente buey Apis. Sin creer en nada que no fuera en Alá, con un desprecio acompañado de una sonrisa displicente, el guía cumplía muy bien con su trabajo y respondía a sus preguntas sobre toda clase de enigmas y reencarnaciones. Hubo un momento en que Javier había olvidado su nombre.

—Perdona, ¿cómo te llamas? ¿Hafid?

—No importa mi nombre, señor. Somos muchos, todos iguales. Todos nos llamamos Hermanos Musulmanes —contestó el joven fanático.

Realizaron una excursión a Menfis y allí pudieron contemplar una escultura yacente de Ramsés de ochenta toneladas en cuyo sobaco habían hecho nido unas golondrinas; después se dejaron abrasar el cráneo al pie de la pirámide escalonada de Saqqara, en pleno desierto, donde el guía les señaló un búho de ojos deslumbrados que los observaba desde lo alto de la mastaba.

—Ese búho es el símbolo de la inmortalidad, según se lee en el *Libro de los muertos* —dijo Javier.

—No lo creo. Nada de eso dice el Profeta —replicó Hafid.

—No empecéis a discutir ahora de esas cosas. ¿No hay por aquí un tenderete donde vendan una Coca-Cola? —preguntó Neus—. Creo que el dios sol me va a matar.

A su debida hora, Hafid paraba el coche sin pedirles permiso, sacaba una alfombrilla y de rodillas en la cuneta, cara a La Meca, realizaba las oraciones preceptivas; lo hacía incluso a los pies de la mesa, mientras ellos almorzaban o tomaban un refresco. El joven barbudo los llevó hasta la Esfinge en Guiza. La explanada estaba llena de autobuses de turistas, cada uno protegido por una dotación de soldados con metralletas. La paranoia de los extranjeros en El Cairo era evidente, pues en todas partes se hablaba de atentados.

—Tiene el rostro roído —murmuró Neus, absorta ante aquel ser mitológico.

—Lo ha roído el tiempo —dijo Javier.

—No es el tiempo. Son las infinitas preguntas sin respuesta formuladas por los viajeros las que han destruido su rostro. En cambio, si vosotros esperáis una respuesta en este país sólo el islam os la puede dar. El tiempo de nuestra liberación está cerca —contestó el guía, que no dejaba pasar la ocasión de hacer proselitismo.

Javier no sentía ningún tipo de fetichismo por las piedras esotéricas ni experimentaba placer entre las ruinas; no creía en la magia de amuletos, escarabajos y jeroglíficos ni esperaba nada de su próxima reencarnación. Una pequeña pasión era más importante que todos los monumentos de la Tierra, incluyendo los templos más sagrados. No era necesario molestar a la Esfinge con preguntas que no tenían respuesta. Bastaba con mirar a cualquier árabe fumando un narguile en el interior de un bar cochambroso para vislumbrar que en el iris de sus ojos guardaba una respuesta milenaria para cualquier enigma. Una pequeña pasión, un momento de belleza justificaban toda una vida. Tal vez un pequeño roce de la piel dorada de Neus salvaría aquel viaje.

—Quiero hacerle una pregunta a la Esfinge.

Neus permaneció unos minutos apartada de pie con los ojos cerrados. Sonaron en ese momento los cantos desde varios

minaretes llamando a la plegaria, voces que, unas muy próximas, otras lejanas, se entrecruzaban en el aire tórrido del mediodía en varias direcciones. Esta vez, veinte años después de aquel viaje tan sensual con Daisy, las salmodias de los muecines le sonaban a amenaza, como a una extraña llamada a la lucha. El guía se arrodilló sobre una esterilla y puso el cráneo en el suelo en dirección a La Meca. Javier pensó que la pregunta que Neus le estaba haciendo a la Esfinge también era una forma de oración. Cosas del destino o algo así, sueños de felicidad, lo de siempre, el amor, la salud. Tal vez algún proyecto en que él podría tomar parte. Dos días llevaban juntos y la chica no había dado señal alguna de su intención de entregarse. Se habían acariciado la mano en la mesa junto a unos pastelillos árabes y un té con hierbabuena, eso había sido todo. Javier también cerró los ojos ante la Esfinge y sólo pensó en su próstata abrasada por el rabo del diablo. Ahí estaba su destino.

—Me gustaría saber qué le has preguntado a la Esfinge —murmuró Javier.

—Algo que quiero saber de ti —contestó Neus.

—¿Te ha dado alguna respuesta?

—Algún día. No soy tan fría como crees. —Neus se limitó a afirmar con la cabeza, sonriendo.

El guía los llevó a la pirámide de Keops y les explicó cómo debían reptar por el estrecho túnel si querían cometer la estupidez de llegar hasta la cámara real donde estaba el sarcófago del faraón. Dentro del oscuro pasadizo había que avanzar durante un cuarto de hora casi a gatas. No podrían darse la vuelta porque lo impedirían los turistas que venían detrás. Javier tenía mucho interés en comprobar si después de tanto tiempo el pequeño papel con jeroglíficos que le había dejado Daisy permanecía en aquella grieta, pero su claustrofobia le impedía descubrirlo por sí mismo y se vio obligado a explicarle a Neus la historia del mensaje que veinte años atrás había dejado una amiga, una americana de Filadelfia que se llamaba Daisy. Neus se propuso ayudarle en el empeño, después de que Javier se lo rogara reiteradamente.

—Sé perfectamente dónde está ese mensaje. Me lo has repetido ya mil veces. Es una pequeña bola de papel incrustada en la única

grieta de la cámara, junto al ventilador y el cable de la luz. ¿Vale?

—Eso es.

—No te preocupes. Si está, lo encontraré.

Neus esperó pacientemente su turno entre varios soldados armados que flanqueaban la cola de turistas. Javier la despidió con una sonrisa de gratitud cuando ella se metió en el túnel de la pirámide.

—¿Te apetece una Coca-Cola? —preguntó Javier al guía ante el árabe que se había acercado con un cubo lleno de refrescos.

—Sería lo último que bebería en mi vida —exclamó Hafid.

—Perdona.

—No beberé nunca esa pócima del enemigo —dijo Hafid—. Millones de latas de Coca-Cola, millones de sándwiches y de yogures congelados, millones de tubos de pasta de dientes están ya preparados en Kuwait para el ejército norteamericano. Todo está listo para una próxima invasión de Irak.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Al cabo de media hora Neus salió de la pirámide llorando, muy congestionada. Javier se acercó a ella alarmado, sin saber qué decir, pero las lágrimas no se debían a ningún secreto que la hubiera conmovido sino a la angustia que había soportado dentro del túnel. Le preguntó si había encontrado el mensaje. Neus le dio una respuesta evasiva que acompañó con una sonrisa irónica, como dando a entender que ese secreto se lo guardaba para ella sola, y pareció que en adelante lo podría utilizar como una forma de dominio, pero a partir de ese momento la actitud de Neus comenzó a cambiar.

—He encontrado el mensaje. Está escrito en inglés —le dijo Neus.

—¿Lo has leído? ¿Qué ponía? —preguntó Javier.

—Apenas había luz. No he entendido nada. Lo he vuelto a dejar donde estaba por si algún día viene otra mujer a buscarlo.

Cuando Javier trataba de ponerse seductor y le decía que la necesitaba para respirar, que la amaba profundamente con un amor romántico y esas cosas, ella le sostenía la mirada y ya no trataba de desviar la conversación. Incluso a veces tomaba la iniciativa a la

hora de acariciarle la mano y no rehuía los roces involuntarios de los cuerpos de forma tan clara como antes. En realidad, Neus sabía muy bien lo que Daisy había escrito en aquel papel:

For Javier:
My love, look for me in all the women that will love you. I will be waiting for you through all of them. This way, my love will be eternal.

La agencia de viajes les había preparado un descenso en barco por el Nilo. Llegaron a Asuán en un apestoso autobús después de un viaje infernal en el que cada cincuenta kilómetros las gallinas, las jaulas con conejos, los bultos y las maletas de cartón sustituían a los pasajeros que se apeaban o subían en las paradas de cada pueblo. En Asuán estaba la isla Elefantina, el templo de File, las riberas del Nilo pobladas de nubios que tocaban el pandero y cantaban salmodias muy antiguas mientras los llevaban en una esbelta faluca de vela latina en busca de ruinas llenas de jeroglíficos por donde discurren almas en pena de faraones detrás de un cuerpo moderno en que posarse. El descenso por el río lo realizaron en un barco dedicado al dios Horus. Sólo tenía diez camarotes, y Neus no tuvo otra alternativa que compartir con Javier el único que quedaba libre. Antes de acomodarse, una de las pasajeras, una dulce ancianita venezolana llena de oro por todas partes y con el pelo azul, le preguntó a Neus si Javier era su papá. No era la primera vez que sucedía durante el viaje. La diferencia de treinta años que se llevaba la pareja daba pie a este malentendido, y más siendo Javier un hombre enfermo y ella una corza inquieta que no paraba de mirar a los jóvenes árabes atractivos, siempre despegada de su acompañante.

El pequeño camarote tenía dos camas juntas. Realmente, la primera noche hubo entre ellos una tensión muy fuerte. Javier no se reconocía. El viejo desparpajo y cinismo autosuficiente que había usado con las mujeres ahora se había convertido en una humillante timidez, producto de la impotencia y de la pérdida de la autoestima. Pese a todo, en la primera noche la ceremonia de ir al baño,

desnudarse, ponerse el pijama y meterse en la cama fue acompañada de un silencio embarazoso, no exento de emoción. Alguna mirada de soslayo le reveló el cuerpo desnudo de Neus durante unos segundos antes de apagar la luz y darse las buenas noches como dos educados desconocidos.

El barco navegaba río abajo en la oscuridad. Amanecía en el ojo de buey. Durante la mañana la travesía continuaba y desde cubierta contemplaban en ambas riberas imágenes reiteradas durante cuarenta siglos de historia, el mismo camello dando vueltas a la noria milenaria, el *felah* arando con un cebú, el pollino cabalgado por un joven nubio, el niño llevando del cuello un pato vivo como se veía en las pinturas estucadas de los templos. Detrás de cada huerta fértil adornada con palmeras fulgían las dunas abrasadas del desierto rojo. La corriente arrastraba a un camello muerto e inflado de cuatro días entre tumbas y templos que se erigían en las dos orillas. A media tarde, el barco atracaba en el muelle de cualquier pueblo y hasta la borda se encaramaba un enjambre de vendedores de recuerdos, niños, mujeres, viejos que ofrecían escarabajos de alabastro, esfinges, faraones, cartuchos, toda clase de amuletos, sortilegios y dioses, además de frutas exóticas y dulces pegajosos llenos de moscas.

Era lógico que los antiguos egipcios pensaran que el sol era un dios. En el horizonte nítido del desierto, el sol se levantaba cada mañana con un poderío implacable y aplastaba todas las cosas con una luz terrorífica en su viaje triunfal por el cielo bruñido, mientras los muertos atravesaban la oscuridad en la barca de Caronte a lo largo del río que discurre por el fondo de la tierra. Había que visitar el Valle de los Reyes, situado en pleno desierto, a primeras horas del día, antes de que a media mañana la arena se transformara en una llamarada de fuego. En la cubierta del barco, bajo una sombrilla, se estaba bien, tomando el té, cuando la tarde ya se maceraba por la parte contraria del desierto y la dulzura que se adhería al aire disponía el alma a cualquier deseo inaprensible.

Fue en la segunda noche. Después de apagar la luz del camarote y desearse buenas noches, Neus extendió el brazo hacia la otra cama, buscó la mano de Javier y la acarició en silencio. Entonces

Javier, en la oscuridad, boca arriba, apretando con la suya la mano de Neus, sin soltarla, le dijo:

—¿Te cuento una historia?

—Sí, por favor. Cuéntame una historia —murmuró Neus.

—En El Cairo vivía un hombre en una casa humilde en cuyo jardín había un pozo con brocal de granito, un reloj de sol, una higuera y un sicomoro. Este hombre tenía un sueño recurrente: una voz imperiosa le impelía a viajar a Ispahán, una ciudad de Persia, donde alguien le revelaría el lugar en el que se escondía un gran tesoro. El hombre se puso en camino y afrontó un largo y peligroso viaje hasta Ispahán. Llegó agotado y se tendió a descansar en el patio de una mezquita entre unos individuos que resultaron ser unos forajidos. Hubo una redada de la guardia real y todos fueron llevados ante el cadí, quien mandó arrestarlos y tomarles declaración. Llegado su turno, el cadí le preguntó al viajero egipcio qué le había llevado a Ispahán. El viajero le contó el sueño recurrente que había tenido y, al oírlo, el cadí comenzó a reírse a carcajadas. Y le dijo: «Hombre infeliz, crédulo y desatinado, también yo he soñado muchas veces con una casa humilde en El Cairo que tiene un pozo con brocal de granito, un reloj de sol, una higuera y un sicomoro en el jardín. He soñado muchas veces que debajo de ese sicomoro hay un gran tesoro, y nunca he dado crédito a esa quimera. Que no te vuelva a ver por Ispahán. Toma una moneda y desanda el camino». El viajero volvió a El Cairo. Había reconocido en el sueño del cadí su propio jardín. Cavó bajo el sicomoro y encontró un cofre lleno de monedas de oro y collares de perlas, junto con un papiro donde se narraba el viaje a Ispahán que había realizado por los sueños un viajero afortunado.

—¿Qué has querido decirme con esa historia tan sabida? —preguntó Neus en la oscuridad.

—Nada. Sólo era una excusa para hablar.

—¿Sólo eso?

—Bueno, tal vez he imaginado que después de este viaje regresaré a casa y te encontraré como un tesoro en mi jardín.

—Podría suceder —dijo Neus.

—Ahora cuéntame algo de tu vida mientras vamos navegando de noche por el Nilo, para que yo no crea que ésta es la barca de Caronte que me lleva al país de los muertos.

Neus comenzó a contarle la historia de Julián. Su voz quemada, entrecortada por intervalos de silencio, sonaba a un secreto de confesión amparado por la oscuridad del camarote. Era la primera vez que se atrevía a abrir aquella puerta cerrada del subconsciente, donde el trauma había permanecido tapado.

—Mis padres eran muy religiosos. Tenían tierras de cereal en un pequeño pueblo de Castilla. Allí fue destinado Julián, un cura joven, cuando yo tenía catorce años. Todos los domingos, después de la misa mayor, Julián almorzaba en nuestra casa y era costumbre que yo le sirviera en la mesa la sopa o lo que fuera, siempre la mejor tajada para él. A esa edad yo estaba ya muy desarrollada y lo llevaba como una desgracia, porque sentía que los hombres me seguían con los ojos desde la terraza de los bares hasta que doblaba la esquina. Julián era un cura simpático y deportista, jugaba al frontón con la sotana arremangada, llevaba de excursión a los chicos de Acción Católica y se mezclaba con los hombres en el bar y hacía con ellos pareja en el tute. En el púlpito echaba unos sermones de lujo porque tenía mucha labia, un pico de oro, y movía muy bien los brazos. Después de un año en que el cura había sido admitido como uno más en mi familia, llegaron las fiestas de la patrona en agosto y me fui a confesar. Me arrodillé ante la celosía del confesonario y comencé a soltar unos pecados de nada, esas turbulencias que sentía en la inocencia de la pubertad a las que aún no sabía dar nombre. Me gustaba un chico del pueblo, no podía apartar los ojos cuando, sentada en la talanquera, lo veía doblar a la vaquilla en medio de la plaza durante la capea. ¿Sería pecado ese cosquilleo que me bailaba en el estómago cuando lo veía? El aliento con olor a tabaco de Julián me daba en la cara, veía la sombra de su cabeza con la estola morada colgada del cuello en el interior del confesonario, y en el punto en que me disponía a manifestarle aquella duda de pronto el cura me dijo: «Neus, tengo que confesarte un secreto. Estoy enamorado de ti, no puedo dormir pensando en este amor que te tengo, todas las noches cometo un pecado mortal

imaginando tu cuerpo, tu boca, tu cuello, tus pechos, perdóname, me he vuelto loco, te amo, te deseo, éste es un secreto de confesión, cometerás un gravísimo pecado si se lo dices a alguien, pero no puedo más, dime que también tú sientes algo por mí, contéstame por favor, por favor, por favor. Si me quieres, si sientes un poco de amor por mí, pasa luego a la sacristía, por favor, por favor». Me lo repetía con voz angustiada desde la oscuridad del confesonario. No supe qué decir. Me levanté de repente. «Por favor, por favor», esa exclamación sonaba aún en mi cerebro mientras atravesaba la iglesia llorando, estaba confusa, hasta las orejas me ardían de rubor, salí a la plaza y los latidos de mi corazón eran tan fuertes que apenas me dejaban respirar. Esa noche no pude dormir. Fíjate, lloraba de rabia y al mismo tiempo me sentía culpable y halagada. Al día siguiente era la fiesta de la patrona, y durante la misa solemne vi a Julián en el altar revestido con los ornamentos rojos bordados en plata. No fui a comulgar porque me sentía responsable de haber despertado las pasiones oscuras de aquel ministro de Dios. Ese mismo día Julián estaba como siempre invitado al almuerzo en casa de mis padres y tuve que servirle el plato de sopa. Me temblaba la cuchara en la mano, hasta el punto de que alguien me preguntó: «¿Qué te pasa hoy, niña? Pareces pasmada». Mientras sorbía el caldo, el cura se permitió una broma: «Dejadla, pobrecilla, a lo mejor es que está enamorada». Desde entonces, siempre he tenido con el sexo una neurosis que no he podido superar del todo.

—¿Fuiste a la sacristía?

—Javier, por favor, no me preguntes eso.

—Buenas noches. Hasta mañana —se dijeron ambos sin soltarse las manos.

Habían decidido pasar tres días en Lúxor, pero hubo un incidente que alteró sus planes. En la puerta del hotel donde pensaban hospedarse, el día anterior unos terroristas se habían precipitado con metralletas sobre un grupo de turistas norteamericanos en el momento en que se disponían a abordar un pequeño autobús para visitar la tumba de Tutankamón. La ráfaga de plomo, acompañada por un grito ritual en árabe, tal vez «Alá es grande», abatió

mortalmente a un matrimonio de mediana edad y dejó malheridos a varios pasajeros. Todavía se podían ver rastros de sangre en la acera y un balazo en el cristal de una ventana. Aunque de momento nadie había reivindicado el atentado, todo el mundo lo atribuía a una secta de fanáticos. Las noticias de la CNN repetían una y otra vez la acción de unos terroristas islámicos que habían asaltado una embajada norteamericana en Oriente Próximo. El hecho de que fueran siempre escoltados por un pelotón de soldados, lejos de darles seguridad, les provocaba más paranoia. Algo estaba a punto de suceder, algo se estaba ocultando.

Hacia las cuatro de la tarde del 11 de septiembre, Neus y Javier estaban en el templo de Karnak paseando entre aquellas enormes pilastras cuando oyeron un griterío de fiesta que llegaba del poblado. Los alaridos daban a entender que algo muy grave o muy feliz acababa de suceder. Antes de ver las primeras imágenes que daba en directo la televisión tuvieron que atravesar un gentío que bailaba, saltaba, se abrazaba, se besaba, lleno de alegría. Sobre esta multitud de cabezas se veían en la pantalla las Torres Gemelas ardiendo, el impacto de los aviones, el humo coronando la ciudad de Nueva York. Muchos daban a entender que aquella hazaña la habían perpetrado unos pilotos egipcios, unos héroes muy preparados. Las mujeres árabes hacían ulular la lengua en señal de lucha, regocijo o invocación a Alá. Javier recordó el augurio que el guía Hafid le había vaticinado a la sombra de la pirámide de Keops mientras Neus entraba hasta su corazón en busca de un mensaje. La guerra estaba preparada. En Kuwait esperaban los yogures y los sándwiches congelados para un ejército de doscientos veinticinco mil soldados. Era evidente que la verdadera historia del siglo XXI acababa de empezar, pero Javier sólo quería sobrevivir a través del mensaje que Daisy le había dejado y que Neus se negaba a revelar.

La sangre derramada

La sangre derramada formaba una alfombra roja por donde desfilaban sucesivos ciervos con chaqué y gacelas con pamela mientras un cardenal arrastraba la púrpura a lo largo de la cloaca máxima.

La caída de las Torres Gemelas inauguró oficialmente el tercer milenio de la cristiandad, con el consiguiente rabo maldito, que se llamó el Eje del Mal, pretexto para toda clase de sevicias. A partir del año 2001 todas las brújulas dejaron de señalar un norte, y esta locura magnética engendró un nuevo principio básico: cualquier suceso que uno imaginara, según los profetas, podía suceder por el simple hecho de haberlo deseado. Las visiones escatológicas alimentaban el corazón de los novelistas y cineastas; Norteamérica, que había reducido la vida a espectáculo, supo hasta qué punto eran ridículas sus películas de hecatombes y postrimerías; Hollywood había sido humillado por la realidad. En el futuro, las Torres Gemelas envueltas en llamas ante el mundo ya no podrán separarse nunca de la cultura.

Fue el año en que el fanatismo se unió a la alta tecnología y la miseria generó el éxtasis del martirio; de esta fusión nació un arma casera absolutamente invencible: el terrorista suicida, el místico forrado con un cinturón de dinamita, que podía hacerse reventar las vísceras a su antojo y producir una carnicería en un mercado, en una mezquita, en un autobús, en una iglesia, en un aeropuerto, en una sinagoga, en Wall Street, en la Ópera de París, en la Misa del Gallo en el Vaticano, en las gradas de un estadio y, sobre todo, en el interior de la conciencia de cualquier ciudadano del planeta.

El año 2003 cabalgaba en plena euforia sobre la codicia y las cuentas de resultados estaban a punto de romper el saco, la corrupción ya había atascado los desagües de las alcantarillas y, en medio de esta lluvia monetaria, la fatalidad de una guerra de rapiña se levantaba en el horizonte. El 15 de marzo de ese año de gloria se habían reunido en las Azores tres políticos caimanes, un beodo, un chufla y un pequeño inane henchido de vanidad, que respondían a los nombres de George W. Bush, Tony Blair y José María Aznar, agasajados por el mamporrero Durão Barroso, que había puesto la

cama sin enterarse de nada. El beodo quería robarle el petróleo a Irak e impedir que Sadam Husein desarrollara un arma capaz de alcanzar Jerusalén, el chufla se prestó a servirle de coartada moral y el inane agradecido lo daba todo por bueno porque el beodo, dueño y señor del imperio, le había puesto la mano amigable en el hombro, aunque en realidad era la zarpa de un tigre. Este milhombres de Aznar ya había hecho una de las suyas el 21 de mayo de 2002, en Calgary, Canadá. Así lo contaba él a sus amigos:

—El otro día, durante la cumbre del G-8, estaba con el presidente Bush cuando éste puso los pies encima de la mesa y me preguntó: «¿Sigues haciendo deporte?». Le dije que sí y él comentó: «Hago seis kilómetros en seis minutos y veinticuatro segundos». Yo puse los pies encima de la mesa y le respondí: «Yo hago diez kilómetros en cinco minutos y veinte segundos. Es la primera vez que superamos a Estados Unidos en algo».

La imagen relajada de Aznar fumándose un puro con los pies encima de la mesa en la cumbre del G-8 en Canadá, como representante de turno de la Unión Europea, al lado del presidente Chirac, del canciller alemán Schröder y del primer ministro de Japón, porfiando con Bush sin entender el inglés sobre quién corría más, fue una trampa en la que cayó la vanidad de este político inane que le obligaría a obedecer y a repetir como el muñeco de un ventrílocuo ante el mundo lo que le mandaba decir su amo soplándole en la nuca, que Sadam Husein tenía armas de destrucción masiva, una mentira de la que apenas si se ha apeado y que sirvió de pretexto para una guerra injusta, inmoral y absolutamente pendenciera. De hecho, mentir no importaba nada. Hacía mucho tiempo que en Kuwait esperaban al ejército norteamericano toneladas de pasta de dientes que había que usar antes de que caducara, como anunciaron los profetas.

En las calles de Occidente se multiplicaban las manifestaciones contra la guerra; las pancartas eran llevadas por artistas, escritores, poetas, actores y ese tipo de gente que todavía cree que vale la pena soñar. En la XVII entrega de los Premios Goya del cine, el grupo Animalario, con Willy Toledo y Alberto San Juan a la cabeza, acompañados por El Gran Wyoming, Javier Bardem, Rosa Maria

Sardà y otros dinamiteros, hizo saltar por los aires aquella fiesta arrojándola como una tarta de payaso cabreado a la cara del Partido Popular, que había aplaudido la invasión de Irak. El actor Luis Tosar gritó:

—Si Aznar quiere petróleo, que no vaya a Irak, que vaya a las playas de Galicia a recoger el que ha dejado la catástrofe del *Prestige.*

A partir de ese día, los artistas de izquierdas serían llamados titiriteros. Dinamita y talento, ésta era la fórmula con que se preparaban las tartas de la cultura. Chismes y cantares de ciego en las ferias, la política narrada en pliegos de cordel.

Mientras las Torres Gemelas ardían, el retrato de la familia real permanecía cubierto con sábanas en la sala del Palacio de Oriente llamada de la Estufa Grande o de las Camelias, cuya luz cernida sobre la tela desde el ventanal se había constituido en un tormento para el pintor, quien hacía ya siete años que había abandonado el trabajo por desgana, neurosis o abatimiento creado al contemplar cómo lejos del cuadro, en la vida real, el tiempo iba transformando el rostro de sus modelos, les añadía erosiones en la piel, les maduraba la mirada con veladuras sutiles, y él no podía hacer nada por atrapar la luz en su huida. Incluso al yerno encaballado de Marichalar, corcel de sí mismo, le había dado un ictus que lo tenía de medio lado. Sucedió un sábado de diciembre. Esa tarde, la reina Sofía fue a visitar al enfermo, acompañada de una amiga, al hospital Gregorio Marañón. Al cruzarse en el vestíbulo, alguien oyó que la reina decía:

—Si no se metiera lo que se mete…

Nada de eso se podía pintar, pero era la miseria de cada día la que daba profundidad a la materia, como aquellos membrillos que se habían podrido en el cuenco de porcelana en el estudio del pintor ante la sorpresa de la propia reina.

En medio de esta cultura de miel y dinamita, el rey Juan Carlos I había comenzado a ofrecerse en bandeja de plata a todos los rumores malignos; en la mesa de los directores de todos los periódicos había fotos comprometidas de sus hazañas amorosas;

nadie era nadie en una tertulia política o literaria si no aportaba la noticia de un nuevo escándalo del monarca. Todos los periodistas bien informados tenían un telediario alternativo, prohibido, narrado en las barras de los bares. Siempre se hablaba de un vídeo que alguien había tomado de la coyunda real con una famosa artista, una bomba que nunca acababa de estallar. Estas leyendas cantadas por ciegos en las ferias de ganado también entraron a formar parte del retrato de familia.

Oigan, señoras y señores, la historia de un caso muy sonado. Había una vez un rey de un país lejano que tenía una amante de piernas largas. Un día de verano el rey y la reina navegaban en el yate real por aguas azules de extremada dulzura. Según el protocolo de la singladura, después de la navegada feliz, el rey bajaría a almorzar con sus amigos regatistas y compinches mamporreros en el Club Social y la reina se quedaría a bordo con sus hijas, yernos y nietos para terminar de dorarse en cubierta bajo el sol mediterráneo. En una de las habitaciones privadas del Club Social esperaba al rey la amante de piernas largas dispuesta y muy perfumada. ¿Qué pasó, pues, para que esta historia esté escrita y dibujada en un cartelón de feria o la canten de memoria los ciegos en pliegos de cordel? Estaba el rey durmiendo la siesta del fauno con su amante cuando los edecanes guardaespaldas dieron la voz de alarma. Tal vez mosqueada por el olor a cuerno quemado, la reina había optado por dejar el yate y bajar a tierra para tomar el té con su regio marido. De hecho, ya estaba de camino por el pantalán con toda su corte familiar. Sonaron las alarmas. El edecán de guardia llamó a la puerta de la habitación donde se producía el adulterio.

—¡Que viene la reina, majestad!

—¡¡¡Cielooos!!! —se oyó gritar dentro, entre las sábanas.

—Su señora está al llegar. Póngase a salvo.

El rey saltó como un resorte de la cama, dejó allí a la chica de piernas largas medio abierta, se tiró desnudo por una ventana del patio de luces que daba al cuarto de los calentadores y, por un pasillo del sótano lleno de cajas de Coca-Cola, fregonas, cubos de detergente, bolsas negras de basura y otros cachivaches, el rey desnudo se fue invistiendo de los calzoncillos, las bermudas, la

camiseta con el escudo real en la tetilla, las zapatillas náuticas, y por la puerta de cocinas, después de saludar uno a uno a los pinches y criados, entró muy flamante en el salón del Club Social donde le esperaba la reina con una sonrisa, dispuesta a aceptar su destino, la taza de té en lo alto de la mano y el dedo meñique rizado.

—¿Un poco de té, cariño? —le dijo.

—Prefiero un lingotazo —respondió su majestad.

En medio de este sabor a postrimerías todo el mundo parecía servirse de la democracia excepto el príncipe Felipe, quien debía cruzarse para producir más príncipes, según era su obligación, y no encontraba pareja adecuada en la granja de reproducción de las familias reales. No estaba dispuesto a casarse con una chanchita rubia, aunque la hubieran preparado desde niña para llevar la cornamenta con dignidad por encima de la diadema. En medio del pijerío del bar de copas exclusivo había probado a muchos retoños femeninos del Ibex 35. No le gustaba ninguna de esas niñas gangosas siliconadas; había intentado empatarse con alguna modelo extranjera de óvulos escandinavos, pero a unas y a otras se las iba comiendo como en una partida de damas la razón de Estado o la propia Zarzuela. Después de descifrar el hígado de varias ocas, los augures coincidían en que el príncipe se casaría enamorado.

No sólo las grandes hecatombes desencadenan las fuerzas del destino. De hecho, las desatan mucho más los pequeños sucesos de cada día. Mientras el egipcio Mohamed el-Amir Atta y diecinueve terroristas más habían abatido los dos iconos del capitalismo mundial y herido el orgullo del imperio norteamericano, y todo estaba preparado para otra guerra de invasión en Irak, la joven periodista Letizia Ortiz Rocasolano había sido fichada por Televisión Española para presentar *Informe Semanal.* Nada que importara a nadie excepto a ella misma, pero el ala de mariposa que provoca cataclismos o tuerce la vida de las personas había comenzado a rasgar el aire del Palacio de la Zarzuela. En ese tiempo, ya divorciada del profesor, mantenía una relación sentimental con un periodista de CNN+, y lo demás consistía en lo que cabe esperar de una chica moderna, atractiva, ambiciosa, inteligente, perfeccionista,

controlada, celosa, agnóstica, republicana, de izquierdas, exigente, que iba a lo suyo y trataba de ser libre. Sabía que en su profesión nadie te regala nada si no le plantas cara y eres una buena profesional. Copas en Malasaña, celos de pareja, peleas y reencuentros amorosos, viajes de fin de semana, tal vez ligues esporádicos, yogas y pilates, conciertos de rock, neuras por la primera arruga imaginaria, mirarte de perfil en el espejo y en los escaparates y no estar contenta con tu cuerpo pese a que todo el mundo te dice que estás muy buena. Lo normal en cualquier chica de treinta años que vive en el torbellino del periodismo, en la seducción de la cultura de la imagen, siempre al borde del acantilado, que es el fracaso o que venga detrás otra más joven, más guapa, más preparada, y te pase por encima por menos dinero y más jeta. Cuidado, que llevo navaja, era la consigna tácita.

Sucedió que esa bella cara, esa voz cortante y bien templada, en septiembre de 2003 pasó a presentar el telediario de la noche en la primera cadena de Televisión Española, y su rostro era el que desde la pantalla realizaba un fundido en negro o en rosa con todos los presagios de guerra, huelgas, manifestaciones, escarnios del Parlamento, crímenes y miseria de la vida cotidiana. Letizia, sin saberlo, le estaba guiñando el ojo desde la pantalla a un telespectador muy especial que todas las noches esperaba su cita a las nueve en punto desde el gabinete privado de palacio y pedía encarecidamente no ser molestado. Puede que la reina Sofía le dijera al rey Juan Carlos:

—Algo raro le pasa a Felipe.

—¿Algo malo?

—No sé, no sé, Juanito. Cuando se acercan las nueve de la noche, no para de mirar el reloj.

—¿Y qué tiene de malo que uno mire el reloj?

—Es por el telediario.

—Al príncipe le interesan las noticias, naturalmente. Es lo normal.

—No, Juanito, no. Al príncipe no le interesa lo que pasa en el mundo. Sólo le interesa el telediario.

—Bueno, ¿y qué?

—No oye. Sólo mira.

—No entiendo nada. Se ve que ya…

Según el rumor oficial, Letizia y el príncipe Felipe se habían conocido en octubre de 2002 durante una cena en casa de Pedro Erquicia, director del programa *Documentos TV*. Puede que ese encuentro fuera casual o que estuviera preparado a instancias del príncipe, que se había enganchado a ese busto, a ese rostro femenino de *Informe Semanal.* ¿Cómo sería esa chica de cuerpo entero con una copa en la mano? ¿Cómo sonaría su voz si, en vez de leer en la pantalla partes de guerra, estúpidas noticias políticas y catástrofes, te dijera suave y dulcemente al oído palabras de amor? Si cuando presentaba el matinal de CNN+ su rostro era como un zumo de naranja, ahora en el telediario de la noche era como un licor en vaso largo. Algo muy fuerte debió de suceder entre los dos. Podía ser un ligue más, otro polvo esporádico, que en este caso puede dar currículum a una chica que se mueve en sociedad. Me he follado al príncipe, oyes. *Devórame otra vez,* cantaba Azúcar Moreno. Evidentemente no fue así, puesto que a partir de aquella noche el príncipe Felipe y Letizia Ortiz ya no se separaron. Al principio ese amor secreto pudo ser preservado de rumores gracias a la complicidad de algunos amigos, pero que cierta periodista de Televisión Española se había liado con un venado de catorce puntas, un auténtico medalla de oro, comenzó a convertirse en habladuría entre las compañeras de trabajo. Se hacían apuestas. ¿Quién era él? Viajaban por separado al extranjero los fines de semana, se veían en lugares acorazados fuera del alcance de los sabuesos de las revistas del corazón. Cuando Letizia Ortiz comenzó a presentar el telediario de la noche de Televisión Española, el amor del príncipe por esta periodista llegó al conocimiento de la familia real y el CNI comenzó a hurgar en su pasado. El príncipe se había enamorado de una plebeya divorciada, de una periodista frívola que había posado desnuda para un pintor en México cuyo cuadro estaba en la carátula de un CD de Maná. Una vez más, en esta partida de damas el rey Juan Carlos y doña Sofía estaban dispuestos a comerse a esta nueva pieza, pero en esta ocasión se encontraron con que el príncipe, ebrio de amor, les había planteado un ultimátum: Letizia o ninguna, me caso con ella o renuncio al trono y me largo. La tensión del órdago,

según los rumores, había llegado al grado máximo cuando Felipe, el heredero de la corona, no se presentó en la tribuna durante el desfile militar en el paseo de la Castellana en homenaje a las Fuerzas Armadas. ¿Dónde estaba el príncipe enamorado? Los rumores de esta pugna real eran cada vez más abiertos, frívolos y desalmados, a cara de perro, unidos a maledicencias que alegraban el lodazal de las tertulias, pero en medio de la burbuja económica, la corrupción política y la hecatombe bélica que se avecinaba, el profeta Isaías, en compañía de Dorian Gray, en la sala de la Estufa Grande del Palacio de Oriente, se lacaba las uñas.

En el club Calle 54 de Madrid, en el paseo de La Habana, consagrado al jazz latino, tal vez tocaba el piano Bebo Valdés. El local estaba de moda, promovido por el cineasta Fernando Trueba y la periodista Concha García Campoy, pareja del productor Andrés Vicente Gómez. Era el último glamour, el sitio donde había que estar. Aquella noche, Letizia Ortiz ocupaba una mesa con unas compañeras de televisión. Habían pedido pizzas y cervezas a la espera de que Bebo comenzara a atacar una pieza de Lecuona, y en el momento en que ninguna de sus amigas lo esperaba Letizia dijo:

—He quedado aquí con mi chico. Por fin lo vais a conocer.

—Vamos, Leti, dinos quién es. ¿Un banquero? ¿Un alto diplomático de Naciones Unidas? ¿Un actor famoso de Hollywood? ¿Un príncipe azul?

—No exactamente azul —exclamó Letizia—, sino el que entra en este momento por la puerta.

El príncipe Felipe, vestido de sport, se presentó en la mesa con una sonrisa de complicidad. Buenas noches, dijo, dio la mano a cada una de las chicas, besó a su novia y se sentó a su lado, pidió una pizza y una caña, o tal vez un gin tonic, vete a saber. Bebo comenzó a tocar un danzón cubano o un bolero, pero lo único cierto es que durante toda la velada las miradas de todo el local confluyeron en aquella pareja. Él era alto y alteza, ella era bella y plebeya. El vaso acababa de derramarse. A partir de aquella noche comenzó a ladrar la jauría, y la figura de Letizia fue ofrecida en sacrificio a la sociedad para ser despedazada a gusto de morbosos, porteras, analistas políticos, cajeras de supermercado, diplomáticos y embajadores,

charcuteros, líderes de opinión, periodistas de charca, monárquicos y republicanos, gente que espera el autobús o está en la cola del paro.

Si esta guapa plebeya, con una abuela locutora de radio, un padre periodista, un abuelo taxista, una madre enfermera liberada sindicalista, se empataba con un Borbón, sería la primera vez que esta dinastía recibiría sangre nueva por parte de una hembra de clase media, extraída del pueblo llano, que se batía en la lucha por la vida. Hasta entonces había sucedido lo contrario en la historia de España. Algunas reinas borbónicas habían sido inoculadas sementalmente por machos ibéricos del llano que lograron salvar así un árbol genealógico a punto de agostarse. Manuel Godoy, penetrador extremeño, amante de María Luisa de Parma, la mujer de Carlos IV, dio un nuevo injerto racial a la monarquía; Enrique Puigmoltó, un militar valenciano de Onteniente, amante de Isabel II, pasa por ser el progenitor de Alfonso XII. El revuelto de óvulos y espermatozoides adquiría ahora un nuevo azar. El 1 de noviembre de 2003 se anunció el compromiso. Cinco días después hubo la petición de mano. El 22 de mayo de 2004 se celebró la boda del príncipe Felipe de Borbón y Letizia Ortiz. Este amor secreto fue revelado para degustación del público, y antes de que los novios terminaran agachando la cabeza ante el arzobispo de Madrid Rouco Varela en la catedral de la Almudena, habían sucedido algunas cosas.

El 20 de marzo de 2003, el olor a dinamita que había en el aire se había sintetizado en la invasión de Irak, con una parafernalia bélica de doscientos veinticinco mil soldados, ochocientos tanques, seiscientos vehículos de combate, cientos de helicópteros artillados y bombarderos y una interminable lluvia de misiles Tomahawk. A sangre y fuego entraron las tropas en el lugar donde se supone que estaba, según la Biblia, el paraíso terrenal para convertirlo en tierra fulminada. En mayo descendió Bush de un helicóptero vestido como un muñeco Madelman con el casco en el sobaco sobre la cubierta de un portaviones.

—Misión cumplida —exclamó.

Proclamada así la victoria o venganza sobre Sadam Husein, a partir de ese momento comenzaron los atentados con coches

bomba, uno al día, con decenas, centenares de muertos en la calle, en las mezquitas, en las comisarías y en los mercados. La imagen de unos jaulones llenos de prisioneros vestidos de color naranja en Guantánamo, la de unos soldados norteamericanos llevando a un iraquí desnudo como a un perro del collar en los sótanos de la prisión de Abu Ghraib, la de un caballero cadete educado en West Point meándole a un prisionero inocente en la cara, la de los profesores de Harvard aplaudiendo la tortura, comenzaron a convertirse en postales del siglo XXI. En el inicio del tercer milenio, nada era igual al día anterior.

Mientras la familia real deglutía el amor del heredero por una chica del pueblo, José María Aznar, que había renunciado a presentarse para un tercer mandato como candidato a los comicios en marcha, había cedido los trastos mediante un dedazo al político que suponía más holgazán y manipulable. El milhombres había demostrado ser un líder y tenía un plan: Mariano Rajoy ganaría las elecciones, él se retiraría cuatro años a sus negocios y abdominales, movería los hilos en la sombra y volvería después al Gobierno si le daba la gana. Pero el 11 de marzo de 2004, tres días antes de que se abrieran las urnas, se produjo la matanza de la estación de Atocha. En cuatro trenes de cercanías de Madrid se produjeron diez explosiones casi simultáneas que causaron 192 muertos y 1.858 heridos. A Aznar le falló el olfato básico en política. Creyera o no que el atentado se debía a ETA o a una venganza de los yihadistas, tenía que saber que en caso de una tragedia nacional los ciudadanos se unen al Gobierno en el poder, sea el que sea, como en medio de una tempestad los pasajeros obedecen al capitán del barco, aunque sea un idiota, como el que se agarra al palo mayor. Aznar optó por mentir. A media mañana ya se sospechaba que no había sido ETA la causante de semejante carnicería. Quedó demostrado que en medio de esa crisis Aznar no sabía pilotar el avión. Sólo por haber mentido a los ciudadanos, no más que por eso, el Partido Popular perdió las elecciones y el Gobierno le cayó encima al socialista José Luis Rodríguez Zapatero.

Con Madrid todavía ensangrentado y conmovido por la tragedia, a la boda del príncipe Felipe y Letizia asistieron mil doscientos invitados y veinticuatro casas reales, reinantes o no. Por la alfombra roja, bajo la lluvia furiosa de mayo, pasaron todos los venados. Carolina de Mónaco iba desparejada porque el Hannover de su marido se había quedado borracho en la cama y habría sido capaz de mear en alguno de los enormes centros de flores si hubiera asistido a la ceremonia. En realidad, al que mejor le sentaba el chaqué era al abuelo paterno de la novia.

—Yo, Felipe, te recibo a ti, Letizia, como esposa, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

—Yo, Letizia, te recibo a ti, Felipe, como esposo, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

Después de la ceremonia los novios recorrieron en Rolls-Royce las calles de Madrid, la plaza de España, la Gran Vía, el paseo del Prado hasta la basílica de Nuestra Señora de Atocha, donde, según la tradición, la princesa Letizia debería ofrecer a la Virgen el ramo de novia. El cardenal arzobispo Rouco Varela, revestido de gran pontifical, acababa de despedir con su bendición a la pareja de recién casados al pie del altar en la catedral de la Almudena. ¿Cómo es posible que estuviera ya en la basílica de Atocha, vestido con otros ornamentos sagrados, esperando a los novios? ¿Fue llevado hasta allí en brazos de unos ángeles o corrió con la lengua fuera arrastrando la púrpura por la cloaca máxima de la alcantarilla? Es el último misterio, todavía no desvelado, que también quedó pegado al retrato de la familia real.

Morir en una pira

Morir en una pira levantada con madera de sándalo y que los monos salten sobre tu cadáver, y soñar después de muerto con mujeres evanescentes del pasado es una cima espiritual que sólo se alcanza si la mereces.

Una noche aciaga de primavera, en uno de los momentos más bajos de su incipiente carrera política, se presentó el candidato José Luis Rodríguez Zapatero en el chalé de Aravaca donde había sido invitado a una cena informal por gente de la cultura y del espectáculo. Fue la noche de aquel día, el 10 de junio de 2003, en que Zapatero recibió dos certeras puñaladas por la espalda a cargo de un par de tránsfugas socialistas de la Asamblea de Madrid, el famoso «tamayazo», que ofreció el Gobierno de la Comunidad en el último minuto a Esperanza Aguirre, a cambio de una coima de un par de millones de euros a los traidores, según se decía. Lejos de anular la reunión, en aquel jardín de césped jugoso y muy mentolado donde los comensales se preparaban para velar a un cadáver político, se presentó Zapatero a la hora convenida muy relajado y sonriente, como si no hubiera pasado nada. Después de recibir toda clase de condolencias, acompañadas de protestas y exabruptos, soportó impasible las sugerencias más dispares durante la cena por parte de unos artistas que se creían expertos en comunicación de masas. Él miraba a unos y a otros en silencio con una expresión ambigua, bajando a veces el tenedor hacia el plato combinado. Era evidente que Zapatero valoraba mucho el criterio político de aquellos contertulios, que eran sus aliados naturales, pero dejó muy claro que no estaba dispuesto a seguir ninguno de sus consejos. En aquella noche triste devoró el rosbif con apetito, y después de dar cuenta de unos pasteles dijo escuetamente:

—Voy a ganar las próximas elecciones.

Nadie se lo creyó, salvo tal vez un perro de lanas que andaba entre las patas de la mesa.

En el comedor privado del club Calle 54 hubo poco después una reunión similar con otros artistas, intelectuales, escritores, cineastas y realizadores de televisión. Aunque Javier de Sosa ya no podía disimular su enfermedad —habían comenzado a dolerle mucho los

huesos—, no quiso perderse aquel encuentro y se hizo acompañar de su amiga Neus, que para entonces ya dirigía una galería de arte. Las elecciones generales de marzo de 2004 estaban a la vista. Como si Zapatero, candidato socialista, fuera un modelo para armar, cada uno de los reunidos iba encajando las piezas del muñeco ideal según el prospecto de mano. Uno le recomendaba que se depilara el ángulo de las cejas puntiagudas, porque se le disparaban hacia arriba con aire luciferino; otro, que abriera los codos y liberara los brazos en los mítines y no los llevara de un lado a otro como si estuviera trasladando cajas de zapatos; otro, que al hablar en público no golpeara las esdrújulas al modo anglosajón y respirara en la coma alta; otro, que abandonara la cortesía parlamentaria y buscara el hígado de Aznar y de Rajoy.

—Caminas de tal forma, querido José Luis, que incluso de espaldas pareces un hombre tímido. Llevas los brazos pegados a lo largo del cuerpo y las manos semicerradas, formando un puño blando. Separa los brazos y aprieta las manos, coño —le aconsejaba un cantante.

—Tienes los ojos azules, que siempre suelen ser fríos, pero no consigues darles una mirada helada de desdén o de ira. Cuando te cabreas parece que juegas a estar enfadado —le decía un director de cine.

—Al sonreír se te van las comisuras de los labios hasta la mitad de las mejillas, pero allí tienes esos hoyuelos que gustan mucho a las mujeres —le coqueteaba una actriz muy maternal.

—Saca los espolones de vez en cuando, pero no como Aznar, que los tiene atornillados en las sienes. Y sobre todo olvídate de Felipe González —le dijo Javier de Sosa, y fue ésa la única aportación que hizo este realizador de televisión, ya herido de muerte, al porvenir de la patria.

La tragedia del atentado de Atocha del 11 de marzo convulsionó los dados y, contra todo pronóstico, Zapatero ganó las elecciones como al que le caen encima varias toneladas de votos cabreados a causa de la mentira del Gobierno sobre la masacre. Parecía que iba a ser un tipo duro. Tres días después de instalarse en la Moncloa, incluso siendo domingo, ordenó que volvieran a casa las tropas

españolas desplazadas a Irak. «Pero ¿qué haces, muchacho?», le decían los señores de la guerra. Comenzó a meterse en charcos tras fiar su suerte a la del jugador de ruleta o de póquer que siempre gana la primera vez. Luego incluso nombraría a una mujer ministra de Defensa y se la vería embarazada pasando revista a las tropas de la Legión, una imagen que dio la vuelta al mundo. Cosas raras, imprevistas, de novicio iluminado por la democracia. Podía ir un punto más allá. Sería maravilloso que en el próximo desfile militar la ministra de Defensa permaneciera sentada en la tribuna dándole de mamar a su niño mientras los carros de combate y la cabra de la Legión pasan por delante.

Habían corrido unos años de todo aquello. Javier pudo haber movido alguna pieza para recuperar su trabajo en televisión, puesto que estaban los suyos en el Gobierno. Pudo haber insistido en el proyecto sobre el retrato de la familia real que parecía dormir bajo una sábana desde hacía más de diez años, pero ya le quedaban pocas fuerzas y apenas salía de casa. Pasaba los días oyendo música y mirando por la ventana la algarabía del colegio de enfrente. Un día Neus decidió liberarse de su propio secreto y le confesó que, en efecto, había encontrado la pequeña bola de papel de arroz incorrupto en una grieta de la cámara real de la pirámide de Keops, había leído el mensaje de Daisy escrito en inglés y lo guardaba en la memoria del corazón. Neus se lo repetía muchas veces en voz baja al oído, en los momentos en que Javier sufría los ataques de melancolía más rudos, y él daba vueltas a aquellas frases enigmáticas que Daisy había dejado escritas sin alcanzar a descifrar su significado. Por otra parte, no tenía otra cosa que hacer que acudir a las citas con el oncólogo. Al final se habían hecho amigos.

—Doctor, mi apartamento está en una séptima planta. Por tanto, la escalera tiene siete rellanos. Dime en cuál de ellos se encuentra mi muerte en este momento.

—Lo único que vamos a procurar es que no suba por el ascensor —le contestó el doctor.

—Supón que se empeña en subir a pie contando los peldaños para mortificarme —insistió Javier.

—La única forma de que la muerte detenga los pasos es que no la llames más de la cuenta. No dimitas. No pienses en política, que te deprime, ni veas los telediarios. Olvida el trabajo que hiciste en televisión. Piensa en cosas agradables, en las mujeres que has amado; que Neus te lleve a ver exposiciones de arte, realiza viajes aunque sea en sueños, relee los libros que más te han gustado, en todo caso siempre queda Mozart y un whisky doble. Cuando llegue la muerte, tú ya no estarás en el apartamento. No te habrá desahuciado. Habrás sido tú el que le haya dado esquinazo.

Oía los gritos y balonazos de los chavales en el patio del colegio. La vida brotaba como un manantial de la eterna juventud bajo su ventana mientras él cada día veía la silueta de la muerte más cerca. No le interesaba la política. Los diputados de uno y otro bando se inferían insultos a cara de perro en el Congreso, el Partido Popular creía que había habido una conspiración socialista en el atentado de Atocha para arrebatarle el gobierno y no cesaba de ensuciar la vida pública con esa monserga. A Javier ya le traía sin cuidado el futuro de este jodido país, pero imaginaba la vida tan dura que les esperaba a aquellos niños de la guardería que eran llevados y recogidos por unas madres muy dispuestas a contestar preguntas reiterativas, a aquellos adolescentes que se derramaban por la calle a las cinco de la tarde, ellos dándose puñetazos como antílopes en celo ante unas gacelas, que ensayaban el primer cigarrillo en la esquina.

El pintor que estaba realizando el retrato de la familia real le había llamado para que echara un vistazo a la obra que tenía abandonada ya varios años. Bueno, tal vez iría un día al Palacio de Oriente en compañía de Neus, que era experta en arte. Javier vivía alimentado de su propia memoria, de cartas y tarjetas postales, del álbum de fotos casi amarillas, de mujeres soñadas, de viajes imposibles. Neus le había regalado unas muletas.

Según el mensaje que Daisy había dejado para él en la pirámide, uno de estos sueños pudo haber sido Penélope Cruz, aquella adolescente de cuerpo pequeño muy bien fabricado, de boca grande y ojos como de un bello animal, uno de esos que se ven en algún reportaje sobre la sabana en *National Geographic* y se guardan en el

inconsciente. En un tiempo en que este país parecía haber descubierto la ruta socialista hacia la felicidad, el todo a cien, las chavalas como Penélope Cruz habían sido para el realizador Javier de Sosa un motivo de inspiración. La Penélope de la *Odisea* se conformó con hacer una calceta interminable a la espera de que las olas trajeran a su héroe a casa. Penélope Cruz supo desde el primer momento que a Ulises hay que salir a encontrarlo en medio de la tormenta. Así la conoció Javier de Sosa, en los estudios de televisión. Al final de los años ochenta, en las ciudades de España ya se veía a jovencitas como ella cargadas con estuches de cualquier instrumento musical en la espalda camino del conservatorio. Ahora Javier recordaba a su amiga Penélope con el ceño obcecado, dispuesta a machacarse lo que hiciera falta con tal de conseguir su propósito, consciente de que nadie le iba a regalar nada. Había estudiado ballet clásico, baile español y jazz mientras se presentaba a todos los castings posibles de películas y anuncios publicitarios. Bigas Luna la descubrió para el cine en *Jamón, jamón.* Fernando Trueba le dio el papel de adolescente ingenua en la película *Belle Époque,* una comedia republicana aromática de sexo libre con lavanda. Después volvió a convertirla en un icono nacional con *La niña de tus ojos,* pero en la imaginación sentimental de los españoles Penélope era ese raro ejemplar de gacela que había saltado la alambrada, había escapado del coto y pasó a ser una gran pieza a cobrar por otros cazadores internacionales con mira telescópica desde Hollywood. Alcanzado ya el tercer milenio, la fiesta económica desbaratada y los terrores escatológicos en nuestro país se vieron compensados por el triunfo de unos deportistas que obligaban a izar la bandera española en todos los cajones, más allá del imperio de Manolo el del Bombo. Penélope era la hembra hispánica que se sumó por derecho propio a la fascinación de Rafa Nadal, de Pau Gasol, de Fernando Alonso, de Jorge Lorenzo, de Dani Pedrosa. Ésa era la sensación que daba Penélope Cruz. Su extremada sensualidad estaba sometida a un ejercicio inmisericorde de voluntad. Paneles publicitarios de veinte metros en Times Square de Nueva York, portadas en *Vanity Fair,* todos los dones que el mundo del espectáculo internacional pueda ofrecer estaban a su

alcance. Penélope Cruz, en la imaginación de los españoles metidos de lleno en el lodazal de la corrupción y de la crisis, era esa chica inalcanzable que uno podía encontrar en cualquier supermercado; esa mezcla de proximidad y lejanía seguía siendo su marca, por un lado extremadamente erótica, capaz del sexo más tórrido, y por otro recatada, vegetariana y natural. Javier la paseaba una y otra vez por su memoria y se detenía en aquel momento feliz en que tuvo a esta gacela bajo las cámaras de televisión. Ahora usaba su imaginación para pedirle a Penélope que se plantara en el primer rellano de la escalera y no dejara pasar a la muerte.

Mediante un impulso de belleza, pensó que en lugar de la muerte subía Ariadna Gil, tan dulce y misteriosa con su perfil de Nefertiti. Todo lo que deseaba era tomar una última copa con ella. Hablar de cuando la conoció en aquel papel de *Belle Époque* disfrazada de miliciano con el misterioso bigotillo un día de carnaval. Sin duda, la visita de esta bellísima amiga serviría para que la muerte no se atreviera a cruzarse con ella. Javier también se servía de Maribel Verdú para ahuyentar los malos presagios. El sonido de su risa le reconfortaba. La carrera de esta actriz había sido el denodado esfuerzo para hacer que el espectador olvidara su cuerpo explosivo y demostrar que era capaz de expresar hasta el fondo los sentimientos más sutiles y las pasiones más enrevesadas cuando la moldeaba un director de talento. Desde el primer momento, Javier supo que Maribel Verdú era una gran actriz sólo a merced de quien supiera explorarla. En el momento en que el cuerpo y el alma de esta actriz se encontraron, este país pasaba por un tiempo pletórico de lujo en el que nadie era nadie si no era rico, ladrón y fatuo. La corrupción política ya estaba aflorando y todo parecía oler a podrido, pero la belleza de Maribel Verdú semejaba un regalo que hacía olvidar otras miserias. Javier también había pasado por la tentación de detenerse sólo en su cuerpo adolescente, que en los paneles laterales de cada parada de autobús ofrecía a los pasajeros cargados de problemas una lencería sugerente, mínimas bragas caladas, un sostén rebosante y un mohín oferente entre ingenuo y malvado en los labios. Era entonces Maribel una modelo publicitaria explosiva de trece años, un auténtico pastel de carne. A muchos hombres no les

importaba en absoluto que el autobús se retrasara. Cuando los pasajeros subían al vehículo, Maribel Verdú los seguía con la mirada intensa, incluso a través de la ventanilla, hasta doblar la esquina. Cada pasajero creía que aquella mirada oscura era exclusiva para él, y parecía algo más que una invitación a comprar esas prendas íntimas. Era una tentación a romper con la vida anodina y a huir con aquella chica del cartel lejos, muy lejos, a cualquier paraíso perdido. Había algo de ingenuidad pura que limpiaba el aire contaminado de la ciudad. Mientras Maribel estuviera cerca, la muerte no osaría subir al segundo rellano. ¿Qué otra fuerza más poderosa podía oponer a la muerte que la belleza de Maribel, de Emma, de Ariadna, de Leonor, de Penélope, de todas las mujeres soñadas en cada tramo de la escalera?

Neus solía pasar algunas tardes con Javier en su apartamento. Escuchaban jazz, Bessie Smith, Miles Davis, Chet Baker, tomaban una copa, ella le ponía los parches de morfina cuando el dolor se le hacía insoportable y le daba masajes, pero el opiáceo más potente era que Neus le contara historias de un viaje a Oriente que iban a realizar juntos. En un estante de la biblioteca, Neus sonreía desde la fotografía tomada en el patio de un templo de Camboya, o tal vez era el del dios Shiva de Katmandú.

—¿Por qué un viaje a Oriente siempre me genera pensamientos esenciales? —se preguntaba Javier—. La muerte. ¿Cómo, cuándo vendrá? ¿Será cruel, benigna, rápida, lenta, humillante? ¿Me exigirá un heroísmo extraordinario? ¿Me dará vergüenza morirme si hago una mala representación?

—No vendrá. No la dejaré pasar por esa puerta. Ya sabes lo que te ha dicho el médico. Recuerda el mensaje de Daisy.

Neus le contaba la increíble dulzura que experimentó en las escalinatas del río sagrado Bagmati, afluente del Ganges, donde en pequeñas plataformas ardían cinco piras de madera de sándalo en las que se consumían unos cadáveres adornados con caléndulas, monedas y alimentos. El luto de los deudos era blanco. Parecía una fiesta. El hijo mayor del difunto daba tres vueltas en torno a la pira y prendía el fuego con la boca después de poner manteca para animarlo. Todo el cielo olía a carne. Los monos saltaban alrededor.

Un sacerdote nepalí leía oraciones en sánscrito. Los niños desnudos se lanzaban al río y buceaban bajo las aguas cenagosas de cenizas para sacar las monedas de otros cadáveres. Algunas familias ricas solían salvar la rabadilla del muerto, el hueso sacro, y lo guardaban en una urna de plata. Lejos de ser un espectáculo siniestro, había en el aire una espiritualidad que doraba profundamente el fin de todas las cosas.

—Muy bien, Neus, un día iremos a Katmandú y nos amaremos entre el gentío de mujeres embadurnadas, santones, leprosos y mendigos, viviremos a la sombra de pagodas primitivas donde todavía permanece extasiado el humo de la marihuana que fumaron los hippies en la plaza junto al palacio de la diosa niña y los templos de Visnú y Shiva.

—Así es —dijo Neus—. Y después viajaremos a Bután, el país de la felicidad, y desde los campos de arroz del valle de Paro veremos el Everest y el Annapurna, dos diamantes de nieve que traspasan las nubes. En las cunetas de Bután crece la marihuana como una hierba silvestre y las vacas después de rumiarla empiezan a volar. ¿Sabes? La vez que estuve allí perdí el candado de la maleta.

—¿Y qué?

—Fue un problema, porque en Bután no conocen los candados. Todo está abierto. Un día de primavera se celebra una fiesta muy singular. Los chicos en edad de casarse se reúnen en la plaza de Paro una noche y, después de un grito de deseo unánime, comienzan a correr en todas las direcciones y entran en las casas donde hay chicas adolescentes, se acuestan con ellas y las desfloran. En el dintel de cada hogar hay un falo dibujado entre cascabeles.

Después Neus llevaría a Javier al monasterio de Taktshang, el Nido del Tigre, situado al filo de un acantilado a más de tres mil metros de altura, pero antes de ascender a esa cima los dos ya habrían aprendido lo que hay que saber. El pasado ya se fue. El futuro no ha llegado. Sólo existe el presente, y en este instante eres inmortal. En Calcuta navegarían por el Ganges cuando el atardecer convierte sus aguas en oro sucio. Nunca verían la miseria de la gente hacinada en las aceras como espectáculo. Una navegación por el Ganges siempre

es una travesía interior de todo lo que uno ha aprendido acerca de la espiritualidad de la renuncia. Un día se sentarían en las raíces de los árboles milenarios que abrazan las piedras del monasterio de Angkor, en Camboya, y luego viajarían a Krabi, en Tailandia, donde la felicidad no limita con la juventud sino con la imaginación. ¿Recuerdas las novelas de Salgari que leías de adolescente? Enfrente está Sumatra, los mares del Sur, que sin duda navegaste con el dedo en los mapas, las playas de arena finísima, los nombres esfumados, literarios, el golfo de Bengala, el reino de Siam, islas misteriosas, montañas azules al fondo.

Ahora que se encontraba herido de muerte, su memoria vagaba por los sucesivos cuerpos de las mujeres que había habitado. Eran encrucijadas de su vida que Javier se empeñaba en recorrer de nuevo. Uno de esos caminos lo llevaba a la discoteca de Medellín en los años de plomo donde Paula bailaba bajo las descargas de la lambada. El vapor del alcohol se condensaba en el sudor de los clientes que bebían hacinados en la barra y las siluetas de las chicas emergían de la humareda color fresa que bajaba desde los focos a la pista de baile. Era la más bella, la que mejor movía las caderas. Curiosamente Javier no conservaba ninguna foto de ella, pero después de tantos años cada centímetro de la piel de Paula se le revelaba con absoluta nitidez; la peca junto a la areola del seno izquierdo, otra en la espalda a la altura de los riñones, otra en uno de sus muslos, muy cerca de la ingle, la pequeña cicatriz en una rodilla. Era muy blanca aunque los rasgos de su rostro eran de una mujer negra o mulata, lo que le daba un misterioso y exótico atractivo.

—Mi abuelo materno era un negro de Tumaco, del departamento de Nariño, en la costa del Pacífico —le reveló ella—. Soy una paisa blanca con el alma de negra.

Su acento de Antioquia, tan suave en su deje melodioso, también se modulaba en una tonalidad oscura, y tenía las pupilas grandes casi sesgadas por los párpados. Habían llegado juntos, sin conocerse, envueltos los dos en el mismo grupo de amigos, a una discoteca de la carrera 70, donde en Medellín se vive la noche. Nadie

los había presentado. Ella bailaba sola frenéticamente y desde la barra Javier la miraba y ella lo sabía; en realidad ya parecía bailar sólo para él, para gustarle, y en medio de las ráfagas del ritmo sincopado de la bachata, del vallenato, de la champeta, de la salsa, Paula le devolvía los ojos y le sostenía la mirada. Javier le hizo así con el dedo, anda, ven, acércate. Ella acudió a su reclamo y Javier, marcando bien las palabras, le dijo:

—Eres el animal más bello que hay en la pista y tal vez a cien kilómetros a la redonda.

Ella sonrió, le dio las gracias y siguió bailando, pero un minuto después volvió a la barra, tomó de la mano a Javier y lo arrastró hacia la pista. Se sentía muy patoso en medio de aquel torbellino de cuerpos espléndidos que llevaban la música salvaje muy dentro, pero Javier jugó su carta, como quien envida a la desesperada su último resto en una partida.

—Estoy en el hotel Richmond, habitación 322 —le dijo—. Te esperaré despierto hasta las tres de la madrugada.

—…

—Qué.

Luego volvió a la barra, pidió otro ron y ella siguió en la pista bailando sola. El estruendo de la discoteca no pudo tapar el sonido de una violenta explosión que se produjo no muy lejos en la calle.

—Otro coche bomba —murmuró alguien—. Ya van tres en esta semana.

En aquellos años de plomo, Medellín daba la sensación de que la vida y la muerte eran la misma cosa, las dos sustancias latiendo con la misma fuerza, el placer del sexo, la sangre en la calle, las miradas, la piel, los revólveres de los sicarios. Javier estuvo una semana en la ciudad, y en ese tiempo se produjeron setenta asesinatos mal contados.

El grupo de amigos se disolvió en medio de la noche al salir de la discoteca después de pararse a contemplar los destrozos que la bomba había causado en una pizzería, propiedad de uno de los narcos; algo evidente, según algunos, porque el establecimiento estaba decorado con cuadros de caballos, la marca de Ochoa. Javier llegó al hotel, dejó la habitación a oscuras y se tumbó vestido en la

cama con las manos en la nuca, sin quitarse los zapatos. Antes de que fueran las tres sonó el teléfono en la mesilla de noche. Desde recepción le avisaron:

—Señor, aquí hay una señorita que pregunta por usted.

—Dígale que suba —contestó Javier.

Un minuto después se oyeron unos nudillos golpeando en la puerta de la habitación. Javier se levantó a abrir, dejó pasar a Paula y de pie en la oscuridad, sin palabras, comenzaron a besarse despacio, como quien se bebe un licor muy dulce a sorbos suaves, cada vez más prolongados, primero el cuello, los labios carnosos, la lengua, finalmente la devastadora exploración de los cuerpos, aún de pie, por todas las costuras que dieran paso hacia lo más deseado, hasta el derrumbe sobre la cama buscando la maraña femenina, sin haber pronunciado una sola palabra, salvo los chasquidos de la carne acompañados con leves gruñidos. Al día siguiente, entre las sábanas revueltas, las almohadas atravesadas y el suelo lleno de lencerías y zapatos perdidos, con la ventana rayada de luz por la persiana, ella le dijo:

—Has sido muy audaz. No me conoces de nada. Podría haber sido la amante de un narco. En ese caso, mi parcero te habría mandado un sicario que no habría parado hasta matarte. Imagínate que yo misma te hubiera echado burundanga en la copa anoche en la discoteca, o aquí mismo antes de follar. Ahora estarías a mi merced, sin voluntad, y podría hacer contigo lo que quisiera hasta dejarte sin un centavo.

— Ya estoy sin voluntad. No necesito que me des nada —dijo Javier.

Durante los días en que Javier estuvo en Medellín hubo varias muertes por las esquinas, y las motocicletas cargadas con una pareja de adolescentes cruzaban los semáforos en rojo huyendo de la propia balacera. Paula guio de la mano a Javier en medio de aquel laberinto. Colgado del hombro el bolsón de lona con el equipo de televisión, la cámara de vídeo, la de Super-8 y su antigua Leica, Javier se dejó acompañar en un pequeño autobús hasta Sabaneta, un municipio no muy apartado de la ciudad donde se levanta la llamada iglesia de los sicarios, en cuya nave lateral está el altar de la

Virgen Milagrosa. No cabían más centros de flores esa tarde a los pies del retablo, algunos de ellos enviados por la agencia Interflora desde Miami, Madrid, Ámsterdam, según se podía leer en las tarjetas. Eran flores de agradecimiento por los favores prestados y las plegarias atendidas. A esa Virgen imploran protección los sicarios de Medellín antes de realizar el trabajo de abatir a tiros a un prójimo, y ante ella se imponen religiosamente tres escapularios con su imagen milagrosa, uno sobre el corazón para que les infunda valor, otro en la muñeca para tener puntería con la pistola y otro en el tobillo para ser rápidos en la huida.

Paula le llevó después a una pequeña loma de una comuna de Medellín donde en la cima de un terraplén, a cielo abierto, estaba plantada la pequeña imagen de la Virgen del Kilo. En el talud llameaban muchas lágrimas encendidas en vasos de aceite. Paula le explicó que las mulas —generalmente jóvenes desesperados, chicos o chicas, que transportan la droga a otros países, a veces oculta en su estómago o en la vagina—, si logran salvar las aduanas de Norteamérica o de Europa, llaman a sus madres por teléfono desde el lugar donde ya se encuentran a salvo y les gritan de forma triunfal: «Mamá, estate tranquila, ya he coronado el kilo». El precio que paga la Mafia por ese viaje permite a la familia vivir un par de años o más, y por eso la madre enciende una vela a esta Virgen del Kilo para darle las gracias. En aquel momento Javier contó medio centenar de velas encendidas, equivalente más o menos a cincuenta kilos de cocaína. Algunas mujeres con un recién nacido en brazos estaban allí rezando.

Paula le contaba casos de violencia antes o después de follar y mientras fumaban un cigarrillo en la cama.

—Ayer mataron a un vecino en la puerta de mi casa. Vi huir al sicario en la motocicleta y yo misma pisé sin darme cuenta la sangre en la vereda. Luego un grupo de niños se acercó gritando: «¡Vamos a ver el muñeco!». Aquí en Medellín los niños llaman muñeco al cadáver que el sicario deja en plena calle antes de que llegue la policía. A veces pasa horas a pleno sol. Era un buen hombre, un tipógrafo. Tal vez ocultaba una doble vida, vete a saber. O lo mataron por nada, por llevar una camisa de determinado color. A

veces, antes de contratar como sicario a un chaval de quince años que no ha matado a nadie todavía, se le somete a prueba para conocer su valor. «¿Eres capaz de matar?». «Sí, señor». «Tendrás que demostrármelo». «Pues, no más, dígame un color». «El verde». «La primera persona que pase con una prenda de ese color la mandaré a cargar tierra con el pecho de un solo balazo, señor». Tal vez a ese vecino, don Toribio, lo mataran a prueba por llevar una camisa verde. El sicario cobra la mitad del precio a cuenta antes de ejecutar el trabajo, el resto después, con el revólver todavía caliente.

Paula, desnuda, se purificaba de esta violencia sucia con un orgasmo limpio, con sucesivas descargas llenas de palabras amorosas.

Paula y Javier se fueron a pasar un fin de semana a Cartagena de Indias invitados por sus amigos, y todos daban por sabido que desde la noche en que se conocieron en la discoteca sus carnes se habían empatado. Se hospedaron en una antigua casona colonial con claustro alrededor de un patio lleno de palmeras y plantas tropicales, cuya propietaria, una señora millonaria muy bohemia, era pariente de uno de aquellos amigos. Durmieron en una cama de hierro crujiente entre sábanas que olían a lavanda, en una habitación elegantemente destartalada cuyo frescor natural se debía a sus gruesas paredes encaladas y al ventilador que esparcía el aire sobre sus cuerpos. El tiempo que a la dueña le dejaban libre sus gatos lo dedicaba a hacerles zumos espesos muy azucarados y refrescos de lima con semillas exóticas, muy propicias, según ella, para el amor.

En una canoa visitaron las islas del Rosario. En cada playa desierta se levantaba la fastuosa residencia de un narcotraficante. Paula conocía los nombres de cada uno de ellos. Algunos eran del cartel de Medellín. Escobar, Ochoa, Gaviria, Lehder. Aun sabiendo que aquel paraíso privado se debía a mucha sangre derramada, Javier experimentaba un placer inaudito al bañarse desnudo y abrazar a su amante en el agua bajo el aire tropical y el grito desgarrado de los papagayos y tucanes que poblaban los árboles. Cartagena de Indias tenía unas puestas de sol gloriosas que ellos solían contemplar desde lo alto de las murallas, sobre la doble boca del fuerte que

daba un abrigo imbatible a la ciudad colonial. Al atardecer, Javier y Paula, olvidando a sus amigos, paseaban por los bastiones y en cada aspillera, como refugiada en un nido de sillares, había una pareja de enamorados protegida por un cañón del siglo XVII que apuntaba al horizonte color papaya. Al final de la tarde, los murciélagos que dormían durante el día en los túneles secretos que habían labrado los soldados españoles de la conquista en el doble fuerte de la bahía salían a cazar mosquitos en la melaza del sol poniente. La muralla de Cartagena de Indias tenía varios kilómetros de perímetro, con una aspillera o tronera cada cien metros.

—Imagínate la cantidad de niños que habrán sido concebidos en este lugar, ante la belleza de un crepúsculo tan sugestivo, amparados por un cañón, protegidos por esta fortaleza —decía Paula.

Invitado a un festival de cine en Medellín, Javier tenía el encargo de preparar un reportaje para televisión sobre la violencia que aquellos años asolaba aquel país, los sicarios, la guerrilla de las FARC, los paramilitares, los campesinos desplazados, el narcotráfico, pero también los bailes, el paisaje, el mito de El Dorado, todo lo que las cámaras de vídeo y Super-8 pudieran deglutir. Para facilitarle el trabajo, Paula se avino a presentarle a un exguerrillero que había abandonado el monte y se dedicaba ahora al apostolado evangélico. Vivía en Barranquilla.

Desde Cartagena, la carretera discurría por la costa entre manglares plagados de caimanes. Iban seis en un todoterreno descapotable de gran cilindrada. Los amigos de Paula eran chicos felices de la buena sociedad colombiana con un primer apellido vasco y otro inglés, ricos, simpáticos y de buen corazón, y se pasaban todo el tiempo jugueteando con los primeros teléfonos celulares, marca Motorola. Durante el camino Javier recordó que, cuando era niño, un tío suyo muy tarambana cantaba la cumbia: *Se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla.* Su tío, riendo, le decía que el caimán era Franco y que esa canción estaba prohibida, pero él la cantaba porque no tenía miedo de nada ni de nadie, aunque fuera el mismo Franco. Desde entonces, el nombre de

Barranquilla se había convertido en la mente de Javier en un hito de la libertad. Alguien comentó que la selva, en el último tramo y la desembocadura del río Magdalena, por donde ahora pasaban, estaba infestada de guerrilleros de las FARC que sin duda harían un buen negocio si lograran secuestrarlos. En ese caso podrían pedir un buen rescate, puesto que todos eran señoritos, una idea que acompañaban con frívolas carcajadas.

Era un domingo y al llegar a Barranquilla, sin darse cuenta, se encontraron atrapados en el laberinto de una feria, en medio de un ruido infernal de música de vallenato, sirenas de noria, tiovivos, barracones de tiro al plato, puestos de zumos tropicales, con el olor pestilente de las freidoras unido al dulzón del azúcar quemado. Fue la vez que más temió Javier por su vida. De pronto, el todoterreno quedó rodeado por una barra de jóvenes briagos y semidesnudos que exudaban alcohol por todos los poros. La expedición de aquellos alegres muchachos se había metido en la boca del lobo sin necesidad de caer románticamente en manos de los guerrilleros. La multitud se apretó en torno al vehículo cargado de señoritos con relojes y cadenas de oro, celulares, camisas de seda y elegantes pantalones de dril blanco, expuestos y desprotegidos, a merced de la ira confusa de una supuesta jauría humana en medio de una fiesta muy cargada de miseria. En Colombia, la exhibición de riqueza en un lugar no apropiado se define con la expresión «dar papaya», motivo suficiente para que a uno lo atraquen o lo maten sin más y nadie se sorprenda. En efecto, Javier y sus amigos estaban dando papaya, demasiada papaya. Primero fueron los insultos, y enseguida comenzó un asomo de agresión que pudo llegar al linchamiento popular si Paula no hubiera demostrado que era una mujer brava. En un rapto de inspiración, le arrebató la cámara de vídeo a Javier, se puso en pie sobre el capó del vehículo y comenzó a grabar aquella algarada violenta al grito de:

—¡Somos de Televisión Española, vais a tener la suerte de salir en pantalla, gritad contra el Gobierno, viva el ELN, las FARC, los paramilitares o quien os dé la gana! ¡Viva la libertad, muera la tiranía!

El hecho de que el foco de la cámara de televisión iluminara los rostros de aquella gente funcionó como un sortilegio. Su cólera se convirtió en un puro alborozo sin sentido, unos gritaban sandeces, otros hacían muecas de payaso, sacaban la lengua, cantaban, fingían lágrimas… De pronto la cámara los había convertido en niños, mientras los más bragados, por propia iniciativa, se esforzaban en que el todoterreno cargado de señoritos se abriera paso entre el gentío sin dificultad alguna, hasta que quedaron a salvo. Esta toma fue el éxito más evidente de todo el reportaje de aquel viaje a Colombia. Era la demostración de que la cámara te puede convertir en un idiota. Una prueba universal.

El jardín de las delicias

El jardín de las delicias *es el cuadro que cualquier espectador lleva en el cerebro, mujeres desnudas, pecados soterrados, reyes adúlteros, semen derramado como una lluvia bajo la amenaza del Juicio Final.*

Un Porsche Spyder no es el coche más apropiado para ser conducido con una metástasis de huesos. No obstante, Javier decidió ir al Palacio Real montado en aquella máquina que aún le conectaba con la vida a través de un brioso tubo de escape. Neus tenía una gracia especial para hacerle olvidar sus quebrantos, y como la cosa más natural le recogía las muletas, le abría la puerta y le ayudaba a acomodarse ante el panel de mando. Una vez sentado al volante, Javier ya no tenía ningún problema. Todo se reducía a apretar la suela del zapato y el Porsche salía zumbando hacia los huevos estrellados de Casa Lucio, el último placer que se permitía, pero esta vez se fue directo a palacio, donde le esperaba el pintor ante el retrato de la familia real. Neus lo llevó suavemente del brazo a través de escalinatas y salones de mármol y tapices. Javier se apoyaba en las muletas, lo mismo que el monarca Juan Carlos, quien por esos días también se servía de ellas después de una de sus múltiples operaciones de huesos. Pensaba que unas muletas siempre son elegantes si se saben llevar como lo hacía Lord Byron.

En el salón de la Estufa Grande o de las Camelias, junto al cuadro tapado con unas sábanas, había una escalera de mano y un pequeño catafalco. El pintor esperaba sentado en una silla humilde, con la barbilla pellizcada por la duda. Después de un saludo sin palabras, Javier presentó a Neus como galerista de arte, amiga y enfermera. El pintor movió la cabeza, levantó las cejas, sonrió, le dio un beso y no dijo nada. Quince años o más hacía que el cuadro permanecía casi intacto. Al quitar las sábanas, en el lienzo aparecieron las cinco fotos de tamaño natural que en el verano de 1994 un fotógrafo había hecho del rey, la reina, el príncipe y las infantas Elena y Cristina. Sobre esas imágenes, el pintor apenas había realizado algunos leves toques de pincel que desdibujaban los perfiles con una ligera vibración. Los recién llegados permanecieron un tiempo en silencio. Neus adoptó una actitud de experta, algo

sobreactuada. Como es de rigor, se acercaba al lienzo, escrutaba una de las figuras, se distanciaba para tomar perspectiva y se quedaba un rato pensativa.

—Qué —dijo el pintor.

—¿Te interesa mi opinión? Parece una familia de clase media, tal vez los dueños de varias gasolineras o de una importante serrería de un pueblo castellano, que salen de misa de doce un domingo muy mudados y se van a tomar el aperitivo, unas gambas al ajillo en Casa Manolo. Estos personajes no tienen majestad —se expresó Neus con ironía.

—Eres una dinamitera —exclamó Javier.

—Así es la vida si la quieres pintar de verdad. Yo no tengo la culpa de nada —murmuró el artista, muy acongojado ante semejante descarga.

—A esta gente parece que no le ha pasado nada todavía. No se les nota ningún vicio. Goya, en cambio, en el retrato de la familia de Carlos IV, a todos los personajes salvo a los pequeños infantes les sacó a la cara toda la bajeza y miseria que tenían en el alma —añadió Neus.

—Un poco de caridad, por favor —exclamó Javier.

En este retrato de la familia real, demorado tanto tiempo, se había dado la vuelta al mito de Dorian Gray. En la novela de Oscar Wilde, el protagonista vendía su alma a no se sabe qué diablo a cambio de permanecer siempre joven. En el pacto se establecía que Dorian Gray podría llevar una vida disoluta y mundana. Las secuelas de los actos sórdidos que pudiera cometer y la destrucción natural que comporta el paso del tiempo serían asumidas por su propio retrato, mientras que el personaje real se conservaría siempre en los salones como un joven seductor. El pacto se cumplía. Después de muchos años, cuando finalmente su retrato se revelaba, en el lienzo aparecía la figura de un viejo decrépito y corrompido. Aquí sucedía lo contrario. Envueltos en la catástrofe social, este monarca y su familia estaban envejeciendo en público ante la historia, habían soportado la decadencia y el descrédito, pero en el cuadro aparecían intactos con sus figuras casi juveniles, tal como eran en aquel tiempo feliz,

antes de que los sueños de la sociedad que los rodeaba hubieran sido derrotados.

—Este retrato no plantea un problema estético, sino moral —dijo Javier.

—¿Qué lección tratas de darme? —preguntó el artista.

—No se trata de la imposibilidad física de detener en un punto el inaprensible fluido de la luz.

—¿Entonces?

—Después de tantos años, no existe ningún rostro humano que al final no sea culpable de su propia degradación ni que esté libre de la miseria que lo rodea. Estos personajes no parecen haber asumido la corrupción política, ni la codicia de los banqueros, ni nada que se corresponda con la vida real: los crímenes, las mafias, los curas pederastas, la grasienta cultura todavía franquista, la atmósfera turbia del país, pese a que esta familia preside todo eso. Bueno, el príncipe se ve como un joven muy planchado con un rostro que no ha madurado todavía, pero en realidad ya se ha casado con una joven periodista zarandeada por envidias y maledicencias. La infanta Elena se ha divorciado de ese motero tatuado que arrastra un par de ictus y al que ha habido que echar de casa. La infanta Cristina se casó con un deportista de quien se rumorea que está metido en líos. La sonrisa triste de la reina Sofía puede que sea la única que expresa la carga que lleva encima, la de sostener una dinastía que se viene abajo.

—¿Y qué culpa tengo yo si esos modelos no se han dignado venir a posar ni una sola vez? —exclamó el pintor.

En pintura existe un principio fundamental: es siempre el espectador el que termina de pintar el cuadro. En este caso, al ejecutar su retrato paralelo, cualquiera podría añadir sus propias caídas, sueños, miserias y frustraciones. La luz fugitiva del tiempo y la memoria estaría siempre sometida en este lienzo a una dura prueba. Tal vez los republicanos se preguntarían dónde estaba en este cuadro el carro de heno que condujo a los reyes de Francia al patíbulo y a todas las figuras de la sociedad cargadas de vicios al infierno.

En el retrato de la familia real no aparecía el Carro de Heno, de El Bosco, pero en el envés del lienzo se había impregnado la vida propiamente dicha en forma de un aceite invisible. Podía suceder que algún día este aceite exudara una suciedad natural y a través de la urdimbre del lienzo se apoderara de la cara exterior como un relato de la historia de España con pormenores de crímenes, escenas de saltimbanquis y latrocinios.

Fuera del cuadro de la familia real sucedían estas cosas y algunas mucho peores. Al monarca Juan Carlos le había salido un hijo ilegítimo catalán que reclamaba su paternidad y exigía una prueba de ADN. El señor Albert Solà Jiménez, que regentaba un bar de tapas en La Bisbal d'Empordà, había nacido en 1956, hijo de Anna María Bach, hija a su vez de banqueros, que lo había dado en adopción. Al parecer, la chica tuvo una aventura pasajera con el cadete Juan Carlos de Borbón, de la Academia General Militar de Zaragoza, durante la excursión del caballero a tierras de Cataluña. Según la Constitución, el heredero de la corona debería ser el primogénito del rey. Como a partir de la reforma del Código de Familia ya no existían hijos bastardos, ilegítimos ni naturales, el derecho de sucesión dinástica le pertenecía constitucionalmente a este dueño de un bar de tapas, si bien el señor Albert no quería reinar en España, puesto que era republicano e independentista, lo daba todo por bueno con tal de ser reconocido, aparte de sacar una paga de aquel polvo inusitado. Por otro lado, también le había aparecido una hija belga, Ingrid Sartiau, que ahora vivía en Gante. Su madre, Liliane, la concibió de Juan Carlos durante un encuentro en una feria de Luxemburgo en 1966, según contaba. Los dos hermanos se habían hecho la prueba del ADN, cuyo resultado no daba lugar a dudas acerca de su origen: debían el honor de estar en este jodido mundo a un mismo semen.

Llevaba algunos años de matrimonio y la princesa Letizia no había superado todavía la prueba biológica de aprender a respirar por las branquias bajo el agua. Durante sus apariciones en público, en los actos oficiales, en las recepciones, fiestas y besamanos se la veía pendiente de sí misma, de su falda, de su bolso, de sus manos, de

su sonrisa, de su mirada, sin haberse desprendido de su moral de chica de clase media, disciplinada y autoexigente, que se asfixiaba dentro de la pecera donde nadan los peces de colores de la aristocracia. En ese espacio subacuático se la veía ahogarse entre centollos coronados, langostas con chaqué, nécoras cubiertas de diademas, pequeñas gambas y carpas de oro, todas flotando con naturalidad como en su propia placenta. La realeza no es más que el privilegio de no ser normal, lo mismo que a la gente marginal se le permiten ciertas libertades antes de meterla en prisión. La moral es una pesada cruz que lleva la gente media, atada a las formas sociales de la honradez y el prestigio del tendero.

—No te ahogues, princesa. Relájate, ya no eres como las demás, todo es cuestión de aprender a bucear y a aguantar lo máximo que puedas bajo el agua —le decían sus mentores.

En el aire

En el aire estaban todos los crímenes, todas las pasiones, blasfemias, oraciones y navajas; al respirarlo su oxígeno pasó a los pulmones, y de allí comenzó a formar sustancia con la sangre que un día volvería a ser derramada.

El crimen de don Salvador, sospechoso de haber degollado a la madama rusa Ludmila, se había atascado en el juzgado bajo una montaña de sumarios y después de quince años nadie osaba sacarlo de la vía muerta. El insigne prócer don Salvador ni siquiera había sido imputado pese a no tener ninguna coartada. Había pasado dos horas solo ante el cadáver, había dejado huellas por todas partes con las manos manchadas de sangre, incluso en el mango del cuchillo de cocina, pero había jurado ante el juez que la prostituta ya se hallaba degollada cuando él llegó al apartamento. Todos los indicios de culpabilidad estaban en su contra; el abogado, los amigos y contertulios sabían hasta qué punto los celos y la obsesión posesiva de don Salvador por aquella mujer rayaban en la locura. Mía o de nadie, esta disyuntiva es una categoría del alma de ciertos machos, como la de este preboste. El juez no tuvo más remedio que creer en su testimonio, no por el prestigio social de una personalidad tan señalada, sino por aquella agenda en la que Ludmila había anotado las iniciales, contraseñas y el móvil de sus clientes, que se había convertido en una bomba de racimo de efectos imprevisibles. La policía judicial comenzó a marcar un día aquellos números de teléfono. En la primera llamada, al otro lado del aparato se oyó una voz suavona, clerical. «Secretaría del obispado, dígame», contestó alguien. La policía colgó sin más. La secretaría del obispado podía tener varias ramificaciones, pero evidentemente no se trataba de una centralita, sino de un teléfono móvil privado. ¿Sería un canónigo, el propio obispo, su secretario, un familiar el que había contestado? Era el primer misterio. Alguien del alto clero había usado los servicios de aquella prostituta. Esa línea de investigación quedó cegada. En las sucesivas llamadas siguieron apareciendo un diputado, un notario, varios financieros y otros clientes menos señalados, pero el golpe definitivo fue cuando al marcar uno de los números de teléfono la policía judicial reconoció la voz de un

magistrado, no la del que llevaba el caso, sino la de uno de sus colegas, que estaba en el despacho de al lado. La familia de don Salvador le perdonó, y también hicieron la vista gorda los socios del despacho y los cofrades de la Adoración Nocturna, pero esa agenda ensangrentada formaba parte del aire que todos respiraban.

En la barra de un bar de carretera donde se repartía perica y mandanga, a las tres de la tarde, Anselmo Catarí contactó con un tal Rupert el Rata, un vivalavirgen tatuado hasta las orejas que vivía a salto de mata, y le dijo si quería ganarse medio millón de pesetas en un cuarto de hora. Lo de siempre. ¿A quién hay que matar? Nada de eso. Había que ir a las siete en punto de la tarde a recoger una bolsa de El Corte Inglés. El Rata pensó enseguida que se trataba de un alijo de droga y pidió algunas explicaciones, no muchas. Llegaron a un acuerdo. Catarí le esperaría en la terraza de El Pulpo, el bar del puerto. Se dieron la mano. No me falles. Nada. Tranquilo. Yo soy un tío legal. No soy un pringao. Se despidieron. Pero el tipo allí mismo en el bar abordó a un chaval, un yonqui muy conocido que había llegado en el vespino en busca de mandanga.

—Oye, colega, tengo para ti un negocio rápido. ¿Te quieres ganar cien talegos? Vete en el vespino hasta la entrada de la urbanización Los Naranjos y me traes una bolsa de El Corte Inglés que está en el suelo, al lado de los contenedores de basura.

—¿Es perica? —preguntó el yonqui.

—No preguntes, capullo. Te voy a dar para cien dosis, ¿te parece poco?

—Adelántame un talego para la gasolina —exigió el yonqui.

—Joder. Toma cien pelas, con esto llegas y vuelves —dijo el otro.

Esta conversación entre el yonqui gangoso y el chulo de putas se produjo a media voz al pie de la barra de aquel bar de mala muerte, mientras sonaba la máquina tragaperras buscando unir los tres limones, que era el premio máximo. La contrata a la baja se realizó según lo previsto. Catarí esperaba en la terraza de El Pulpo fumándose un puro, viendo entrar y salir los barcos que iban a Ibiza. Lejos de estar nervioso, para no abandonar la costumbre invitó a cerveza a los de la mesa de al lado, a quienes no conocía, y a

cualquier paisano que se acercaba a felicitarle por haber desechado el peluquín y haber estrenado la calva. En el bar de carretera, el Rata esperaba a su vez a que el yonqui cumpliera el encargo.

Y así fue. A la hora prevista el yonqui montó en el vespino y se dirigió al lugar señalado, adonde llegó sin más problemas. Se apeó del cacharro y ni siquiera oteó el panorama alrededor. La bolsa estaba muy a la vista y fue directamente a ella. No había alargado el brazo todavía cuando tres policías saltaron desde la trasera de los contenedores y trincaron al pobre diablo, esposaron sus huesos con las muñecas en la espalda y lo llevaron a un coche camuflado que estaba aparcado cerca con otro policía al volante. El pobre diablo confesó enseguida. Durante el camino de vuelta, los policías le dieron órdenes precisas de lo que debía hacer.

—Llegamos al bar. Coges la bolsa y se la entregas a ese tipo que dices que te ha contratado, ¿vale, chaval? Como si no pasara nada. Se la entregas y le exiges los cien talegos. ¿Cómo dices que se llama?

—Rupert el Rata.

Fue un acto rutinario en el que los policías apenas tomaron precauciones al ver que aquella chapuza era cosa de mangantes de tercera. El Rata estaba jugando a la máquina tragaperras y acababa de unir los tres limones cuando vio entrar al yonqui con la bolsa de El Corte Inglés sonriendo hasta las muelas cariadas.

—Trae eso para acá, chaval, eres un fenómeno —dijo.

Uno de los policías se colocó al lado de la pareja y dejó que hablaran. Enseguida trincaron a los dos y la operación se cerró cuando los llevaron esposados hasta el bar El Pulpo, donde Catarí se explayaba en la terraza ante una cerveza. La policía dejó que el Rata se acercara a Catarí con la bolsa, y en el momento de entregársela Catarí le exigió que la pusiera encima de la mesa.

—Quiero saber si la pasta está dentro. —Abrió la bolsa ante los vecinos de terraza sin complejo alguno y al ver que los billetes eran verdaderos se alegró y dijo—: Toma, si quieres una ración de jamón, estás invitado.

Pero apenas pronunció estas palabras se vio con las muñecas esposadas. Cuatro policías se habían abatido sobre él para llevarlo

preso delante de todo el mundo, la mayoría amigos y conocidos. Alguien soltó una chanza:

—A Catarí lo detienen por haber salido de casa sin el bisoñé.

Era una broma, pero este postizo fue una de las piezas de convicción del crimen, a partir de la cual la policía comenzó a tirar del hilo, tarea nada fácil porque desde el primer momento Catarí negó haber secuestrado a nadie.

En la comisaría se produjo el primer interrogatorio. Catarí sacó un papel del bolsillo trasero del pantalón en que constaba un reconocimiento de deuda por parte de Norberto Solanar cuya cantidad, escrita a mano con bolígrafo rojo por el propio deudor supuestamente secuestrado, coincidía hasta el último céntimo con el dinero que había en la bolsa de El Corte Inglés. Cincuenta y tres millones setecientas treinta y cinco mil pesetas.

—Cuenten la pasta —exclamó el detenido.

—¿Y eso qué demuestra? —le preguntó la policía.

—Eso demuestra —contestó Catarí— que lo mío es mío. Yo sabía que ese dinero lo guardaba en el despacho, pero Norberto se ha largado al Brasil con su querida. Ha puesto tierra por medio. He simulado un secuestro para cobrar lo mío, era la única forma, después de cinco años de trabajo. ¿Es eso malo, señor comisario?

—¿Y el bisoñé?

—Eso es otro cantar. Es que por fin he decidido lucir la calva —contestó Catarí.

Este asesino pudo haberse salvado de la cárcel si no hubiera perdido la peluca. En principio la policía estaba dispuesta a tragarse que Norberto Solanar se había fugado al Brasil con una mulata, pero la línea de investigación que marcó el bisoñé extraviado fue su perdición. Era imposible que un tipo que durante tantos años había llevado la calva cubierta por una vergüenza neurótica insuperable no supiera qué había pasado con ese postizo al que se agarraba como un náufrago a la tabla de salvación.

Catarí fue sometido a una prueba humillante. El poco pelo que le quedaba en la cabeza le fue dado a oler a un pastor alemán educado para estos casos. En una prueba de reconocimiento, el perro fue paseado por los lugares que Catarí solía frecuentar hasta

que el olfato privilegiado del animal condujo a los policías al huerto de limoneros y allí comenzó a seguir un rastro que terminó en el puente de madera. En la charca, entre los cañaverales, flotaban muchas miserias, botes de Coca-Cola, envases de crocantis y helados, restos de comida de los excursionistas y otras porquerías. Era muy difícil encontrar lo que buscaban, pero el pastor alemán no cesaba de ladrar muy excitado, hasta el punto de que las ranas dejaron de croar. La superficie del humedal fue sometida a una inspección ocular palmo a palmo.

—¿No es aquello un bisoñé? —preguntó un policía.

—Parece un nido —dijo otro.

—Vamos a pescarlo.

De repente, Catarí se vino abajo.

—No es necesario que pesquen nada. El hijoputa de Norberto no quería pagarme. Como no entraba en razón, tuve que darle un poco de plomo. Eso es todo —confesó Catarí al ver que la policía se había hecho con el lugar y la prueba del crimen.

Poco después llegaron unos buceadores de la brigada y en media hora dieron en el fondo del agua con el saco de plástico chino, dentro del cual dormía el sueño de los especuladores el cadáver del promotor inmobiliario. Catarí pasaría diez años en la cárcel. En este momento de la historia ya estaba en la calle y no podía invitar a gambas como antes, no por nada, sino por la crisis del ladrillo que tenía paralizada la construcción. Lo primero que preguntó Catarí al salir en libertad fue que adónde coño habían ido a parar los centenares de grúas que cubrían el litoral mediterráneo, pues ahora todo el horizonte estaba limpio y exento. Alguien en el bar del puerto, ante una miserable ración de cortezas de cerdo, le dijo que las grúas se habían vendido a precio de chatarra y ahora estaban en Rumanía, Bulgaria y Lituania trabajando en otra especulación.

También se había sabido quién era el misterioso cliente que entregó el alma en el prostíbulo El Venado mientras la negrita llorona Evangelina le hacía una mamada. Cerca de las tres de la madrugada, el establecimiento se fue quedando vacío. Las chicas se despojaron de sus arreos eróticos de faena, sedas, ligueros,

sostenes de encaje, bragas rojas y zapatos de tacón de aguja, se pusieron los vaqueros y las chupas, se calzaron las botas y volvieron a la vida real. Mabel acompañó al dueño del prostíbulo hasta la segunda planta del aparcamiento y allí quedaba un BMW solitario. Abrieron la guantera y sacaron la documentación. Había una cartera con un carné de identidad. Leyeron el nombre y la dirección, pero hubo que rebuscar en otros papeles hasta encontrar un número de teléfono.

—Llama tú —le dijo don Joaquín a Mabel.

—¿Yo? ¿No será mejor una voz de hombre para anunciar la desgracia de un señor casado que ha muerto en una casa de putas? —dijo la gobernanta.

—Llama. No lo pienses más —mandó el amo quitándose el Chesterfield de la boca.

Mabel marcó el número de teléfono que constaba en una factura de un pedido de embutidos y jamones ibéricos. Ante la voz entrecortada que sonó al otro lado del aparato, la gobernanta del prostíbulo preguntó si estaba en casa el hijo de don Toribio Gómez.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó la voz angustiada de un joven.

—Lo siento. Su padre ha muerto. Ha sido de repente. Venga a por él a El Venado.

—¿Y eso qué es?

—Lo verá cuando llegue. Pero le diré que es el mejor sitio para ir al cielo. No ha sufrido nada.

El hijo del jamonero Toribio llegó al prostíbulo a las cuatro de la madrugada. El joven vio a su padre desnudo con cara de felicidad, y puede que ante su cadáver meditara en las ventajas de la vida perdularia y entendiera ahora el sentido de aquellos viajes a los pueblos de la sierra a comprar embutidos ibéricos que siempre terminaban en este antro de placer. Hubo que esperar al juez hasta las nueve de la mañana. Lo cubrieron con una sábana y lo dejaron solo como si fuera una instalación. Mientras tanto, el joven llamó a su madre para notificarle la desgracia. Don Joaquín insinuó que dijera que a su padre le había dado un infarto en el Ateneo Mercantil. Fue lo primero que les vino a la mente. ¿Toribio en el

Ateneo Mercantil? La mujer estuvo a punto de volverse loca, pero durante el funeral no dejó de manifestar un punto de orgullo por esa vida secreta que llevaba su marido a los setenta y cinco años. No sabía que era socio de un establecimiento tan acreditado. Al entierro acudieron centenares de personas, puesto que durante años había sido el alcalde franquista del pueblo más importante de la comarca, el más votado en democracia que se recordaba.

Si bien la crisis económica ya galopaba en varias direcciones, eso no fue obstáculo para que Poldo, el huertano, una tarde de junio de 2008, recién llegado al prostíbulo El Venado, eligiera a una chica a su gusto y alquilara la habitación para ver desnudo en la cama el partido final de la Eurocopa de fútbol, que disputaba el equipo nacional contra la selección alemana. En este antro del placer se había corrido la voz de los caprichos de este cliente. La chica sabía cuál sería su obligación, de modo que el huertano mandó que se tumbara desnuda a su lado con la boca cerrada, que en todo caso debía abrir en el momento oportuno, si había suerte. El partido se jugaba en el campo Ernst Happel de Viena. En el palco estaban los reyes de España, el príncipe Felipe, la infanta Elena y el presidente Zapatero. Fue en el minuto treinta y tres cuando Xavi Hernández dio el pase a Fernando Torres y éste, de vaselina, batió al portero Jens Lehmann. Mientras toda España gritaba en las casas, en los bares y en las plazas, el huertano le dijo a la chica:

—Venga, a trabajar.

Y celebró el gol con la mamada de rigor. Esperaba repetir la jugada un par de veces más, pero no hubo suerte, puesto que el partido terminó sólo uno a cero. Un doble placer pagado a precio de oro. Dos años después, el huertano tendría más gloria todavía en el prostíbulo El Venado. El gol de Iniesta en la final de la Copa Mundial de Johannesburgo, que tuvo lugar durante la prórroga, le volvió a producir al huertano un orgasmo prodigioso a cargo de una senegalesa. Con razón a Vicente del Bosque el rey lo había hecho marqués. Pero eso no fue nada comparado con el placer que obtuvo este patriota español en la final de la Eurocopa en el Estadio Olímpico de Kiev el 1 de julio de 2012, cuando la selección nacional

venció a Italia por cuatro a cero con goles de David Silva, Jordi Alba, Fernando Torres y Juan Mata. Cuatro goles, cuatro éxtasis a precio de saldo. En cambio, en el Campeonato del Mundo de Brasil, en junio de 2014, la humillante derrota contra Holanda por cinco goles a uno y el dos a cero de Chile supusieron el sabor de la ceniza en la boca. España fue eliminada y Poldo regresó al hogar con el rabo entre las piernas. El patriotismo español sufrió el mismo castigo que veinte años antes, cuando Tassotti le rompió la nariz a Luis Enrique. El huertano no volvió a aparecer por el prostíbulo.

Las columnas del templo

Las columnas del templo comenzaron a temblar y los primeros en caer fueron los ángeles, las serpientes de los capiteles cobraron vida y reptaron para esconderse en la caja fuerte de los bancos.

Dentro de un optimismo biológico, Zapatero creía en la democracia; tal vez había sido en su inocencia el único presidente que creía en ella de verdad. Puede que ignorara que la política es una mafia cuyas reglas peculiares no se aprenden si no se tiene un hígado de hierro. Había inventado un sueño dorado, la Alianza de Civilizaciones, de la que todo el mundo se reía, cuando de hecho en el futuro será la única solución para que este planeta no arda por los cuatro costados. Un día del año 2009 Zapatero llevó a Nueva York a su mujer y a sus dos hijas a la apertura de la Asamblea de las Naciones Unidas, y después siguieron viaje a la reunión del G-20 en Pittsburgh. En una ocasión como ésta, años atrás en Canadá, José María Aznar se había fumado un puro con los pies sobre la mesa junto a George W. Bush, muy satisfechos de haberse conocido. Zapatero había metido a sus hijas de turistas en este viaje oficial, pero lo terrible no era que hubiera usado un privilegio indebido a cuenta del erario público, sino que sus niñas, montándoselo de tétricas, se hicieran aquella foto espeluznante vestidas de góticas con el presidente de Estados Unidos.

Un año después Zapatero, como líder de turno de la Unión Europea, fue invitado al Desayuno de Oración con que se inicia el curso político en Washington. Ante una reunión de tres mil quinientas personalidades influyentes de la vida norteamericana promovida por una empresa financiera que en ese momento estaba bajo sospecha de hundir el mercado mundial, Zapatero leyó un pasaje del Deuteronomio: «No explotarás al jornalero pobre y necesitado, ya sea de tus hermanos o de los extranjeros». A continuación rezó por los inmigrantes que vienen a nosotros, por los que pasan miseria y no podemos acoger. Ensalzó la libertad cívica y religiosa de Norteamérica, lanzó una invectiva contra el fanatismo y se deshizo en alabanzas hacia un país ante cuya bandera un día se había quedado sentado durante el desfile militar.

A esas alturas del tiempo ya se habían producido el desplome de Wall Street, la quiebra de Lehman Brothers y la gran estafa piramidal de Bernard Madoff, y los crujidos del sistema que se venía abajo retumbaban en todas las bóvedas de los bancos aunque no en los oídos de Zapatero, que se negaba a admitir la hecatombe. Pero este presidente democrático, lleno de buena voluntad, que llegó al Gobierno indirectamente a causa de la tragedia de Atocha, perdió el poder por otro golpe de Estado que esta vez tomó la forma de crisis económica. De hecho, todo se redujo a dos llamadas de teléfono perentorias, inapelables, una de Barack Obama y otra de Angela Merkel. El 12 de mayo de 2010, Zapatero fue al Congreso de los Diputados y demostró a las claras que el sistema le había retorcido el pescuezo. Contra su ideología, sentimientos, expectativas y sueños de socialdemócrata, este político hizo patente que había fracasado, que no se había enterado de nada. Había que cambiar. «Cueste lo que cueste, cueste lo que me cueste», proclamó.

Aquella noche del 14 de marzo de 2004, los socialistas que acudieron a la sede de Ferraz a vitorearle por el triunfo le gritaron: «¡No nos falles!». Este fatídico 12 de mayo, seis años después, desde la tribuna del Congreso, pudo decir: «Hasta aquí llegaron las aguas. La socialdemocracia se ha jodido. Viva Chicago. Muera Sansón con todos los filisteos». Pese a todo, durante su gobierno ETA fue obligada a abandonar definitivamente las armas y, pudiendo hacerlo, Zapatero tuvo el buen gusto político de no atribuirse este éxito personalmente, puesto que se debía al sacrificio y afán de todos los partidos. Ahora, en la calle, comenzaron a caer chuzos de punta, una lluvia inmisericorde de austeridad que desembocaba en la pobreza, y los atracos de los bancos se producían al revés y ahora exigían que los clientes devolvieran urgentemente los paraguas que les habían prestado cuando lucía el sol. Los directores de sucursal salían a la acera y encañonaban a los peatones a ojo, puesto que todos eran deudores y habían vivido por encima de sus posibilidades, los metían en la oficina bancaria y les hacían vomitar los créditos a punta de pistola.

Cuando el Partido Socialista fue derrotado en las elecciones generales de 2011 y Mariano Rajoy, al frente del nuevo Gobierno del

Partido Popular, comenzó a flotar como la boya de un palangre en medio del temporal batiéndose contra todas las promesas incumplidas, Javier de Sosa tuvo la última recaída. Pasó unos días en el hospital, recibió radio y quimioterapia sin resultado alguno y volvió a casa al cuidado de Neus, que ya no se separó de su lado. No le quedaba otro placer que la música de jazz, Mozart, Schubert, la algarabía de los niños en el patio del colegio de enfrente, que se confundía con el griterío de los pájaros al atardecer en las acacias. Había intentado detener a la muerte poniendo en los rellanos a aquellas mujeres sugestivas que él había admirado, adorado, entrevistado, y que le habían inspirado en el trabajo a lo largo de su vida. Como un fluido muy dulce, formando un río, pasaban los rostros subacuáticos de Charo, Ángela, Carmen, Ana, Emma, Penélope, Ariadna, Maribel, Adriana. También los cuerpos de Daisy, de Paula, de otras ya sin nombre que había poseído. Pensaba en Paloma, su exmujer, en su sonrisa llena de dolor cuando fue a verlo al hospital. ¿Cómo se llamaba aquella niña de quince años que había sido su primer amor en la playa de aquellos veranos de excursiones en bicicleta? Su caída era la expresión de la decadencia y de la agonía que sucedía también fuera, en la calle, en la economía, en la política, un símbolo personal de toda la basura que le rodeaba. La fiesta había terminado.

Neus le ofrecía a veces el cuerpo. Casi a oscuras, envuelto en el aroma del almizcle quemado que ella había traído del templo de Angkor, el bellísimo desnudo de Neus tumbada a su lado en la cama era el último don que a Javier le regaló la vida. Sólo podía acariciarlo. Bajo la somnolencia placentera que le proporcionaba la morfina, pasaba las yemas de los dedos por toda su piel. Bessie Smith o Benny Goodman sonaban entre leves gemidos de placer. En voz muy baja, con palabras llenas de aliento, ella le decía al oído:

—¿Recuerdas el mensaje que te dejó Daisy en la pirámide? En aquel papel de arroz decorado con jeroglíficos ella había escrito en inglés: «Para Javier. Amor mío, búscame en todas las mujeres que te amen. En todas ellas te estaré yo esperando. Así nuestro amor será inmortal».

—Sí, claro —murmuró Javier.

—No hagas ningún esfuerzo. Déjate llevar. Acaríciame como la primera vez que lo soñaste aquella tarde de verano. ¿Te acuerdas? Tú estabas muy pensativo, sin hablar, tumbado boca arriba bajo los pinos, y a tu lado yo mordía una brizna. Después me senté para arreglarme el pelo, me incliné y te di un beso. Aquella tarde te deseé, pero estaba muy asustada. ¿Por qué no me tomaste? Ya estabas enfermo y te sentías derrotado, ¿no es cierto?

—Sí.

—Vamos, te voy a ayudar.

Javier se incorporó levemente sobre el cuerpo desnudo de Neus. Pensó que no tenía futuro ni pasado. Toda la gloria de su vida había sido muy fugaz, pero ahora aquella penumbra de su habitación iba a durar eternamente. Quería olvidarlo todo menos el cuerpo de Neus, la última imagen que se llevaría al cosmos. Mientras la acariciaba, con palabras estranguladas por la emoción y las lágrimas, le decía cadenciosamente unos versos que recordaba tal vez de Aldous Huxley:

—«Déjame olvidar todo menos tu perfume, todas las noches menos ésta, la pena, el infructuoso llanto, el pesar. Sólo túmbate tranquila, este suave y dulce embeleso florecerá al borde del sueño y se esparcirá hasta que no haya más que tú y yo abrazados en un silencio intemporal. Pero como el que, condenado a morir, por la mañana estará muerto, yo sé, aunque la noche parezca eterna, que el sol del mañana pronto se iluminará».

—Gracias —murmuró Neus.

—¿Sabes? Tus senos son de color violeta.

Al final Javier sólo tenía fuerzas para acercarse a la ventana apoyado en las muletas o en el brazo de Neus, que se había convertido en una amorosa enfermera. Con la frente en el cristal y los ojos llenos de lágrimas, ahora veía el patio del colegio desierto, lleno de silencio. Era ya verano. Los críos de la guardería y los chavales del colegio se habían ido de vacaciones. Cuando regresaran en otoño, él ya no estaría allí. Pensó que los adolescentes encontrarían el primer amor ese verano, darían el primer beso, recibirían las primeras caricias, sentirían el aroma de tierra mojada después del aguacero, el de la hierba recién segada.

Javier murió un día tórrido de agosto, en un Madrid deshabitado, sin dolor. Puede que lo último que recordara, según contó Neus después en una entrevista en la radio, fuera el sonido de los balonazos en la cancha de baloncesto, el griterío de los niños y de los pájaros.

La única verdad

La única verdad está en la niebla que deja ver la silueta de un elefante con la trompa aplastada contra un árbol de la reserva. La única verdad está en la cólera que extiende en el aire el futuro acribillado por sucesivos rifles de repetición. La única verdad está en la pecera donde navegan langostas con collares de perlas.

Cada otoño llegaban al colegio otros niños, otros chavales con nuevas mochilas, con libros y cuadernos de colores sin estrenar. Al pie de la ventana deshabitada siguió brotando un manantial de hormonas con nuevos llantos, gritos, risas y balonazos, pero las criaturas que en los últimos años se habían cruzado con Javier en la calle camino de la guardería habían crecido y ya no preguntaban nada a sus madres porque creían saber todas las respuestas. Los adolescentes que producían una alegre algarabía en la cancha de baloncesto dejaron de tener granos en la cara y se habían hecho lo bastante mayores como para entrar en conflicto con el mundo de alrededor. Algunos fueron deportistas, actores y actrices, seres alegres y disciplinados, amantes de la naturaleza, e iniciaron otra forma de vivir y de comunicarse. Unos estudiaban en la universidad o se habían matriculado en un máster en el extranjero; con suerte otros habían comenzado a trabajar más o menos explotados como esclavos en distintos oficios, pero la mayoría de aquellos chavales que jugaban en el patio de todos los colegios se habían quedado sin horizonte, con las manos en los bolsillos, y en el aire viciado de la calle fueron dejando una cólera difusa que aún no tenía nombre.

Fue un 15 de mayo de 2011, en una acampada en la Puerta del Sol en Madrid, cuando esta cólera se convirtió en el huevo de la serpiente. La desesperación que producía la crisis económica, a la que nadie veía salida, había liberado en la atmósfera una electricidad estática. Sería suficiente cualquier chispazo, un triunfo o una derrota deportiva, una carga desmedida de la policía o el tedio mortal de una tarde de domingo en el polígono, para que se desencadenara una tormenta ciudadana. Puesto que ya nadie pretendía cambiar el mundo con las armas, a la cólera popular le bastaba con arrojar piedras contra los escaparates, excitarse con el estallido de los vidrios, saquear los comercios y lanzar después en su interior un cóctel molotov para que el fuego iluminara el futuro de una sola

noche y ardieran juntos el lujo y sus excrementos. El horizonte de los escaparates contenía todos los sueños: coches, motocicletas, prendas deportivas, ropa sexy, electrodomésticos, manjares, licores, móviles, videoconsolas, televisores y productos de belleza. A los pobres les cabía el único privilegio de pegar la nariz a los cristales iluminados y soñar que si poseyeran esas chupas de cuero y esas motos infernales enamorarían a las chicas más adorables, y también las chicas guerreras imaginaban que serían tan irresistibles como las estrellas de Hollywood si pudieran arrebatarles esos vestidos a los maniquíes de plástico. Pero los pobres volvían a casa de noche siempre derrotados, después de oír por todas partes su condena inapelable: si no puedes comprar, no existes. En las esquinas de la ciudad se hallaban los contenedores de basura rebosantes de envases. Esos desechos de la fiesta eran todo lo que la buena sociedad les tenía reservado.

¿A qué asa podían agarrarse los jóvenes airados para salvarse? En cualquier punto donde fijaran la mirada no hallaban sino corrupción bajo su especie política, económica, judicial y religiosa. La familia real estaba de mierda hasta el cuello; un presidente del Tribunal Supremo meapilas tuvo que dimitir a regañadientes porque en días de labor se iba a tomar el sol a Marbella con dinero del erario público, rodeado de una cohorte de guardaespaldas; los banqueros se premiaban con una masa ingente de millones después de robarles sus ahorros a unos pobres pensionistas mediante engaño; los obispos habían sustituido la mitra por gorras de béisbol para capitanear las manifestaciones contra el aborto y la enseñanza laica. Por todas partes saltaban escándalos de curas pederastas. El caso paradigmático fue el de Marcial Maciel Degollado, fundador de la Legión de Cristo Rey, una congregación religiosa fundada en la Ciudad de México y destinada al apostolado a través de las instituciones educativas de las clases altas. En febrero de 2009 se descubrió que este sacerdote mexicano, con gran arraigo en España, era un corruptor de menores. Tenía hijos con varias mujeres devotas de su secta y había violado a algunos de sus propios hijos y a gran número de monaguillos y seminaristas. Este escarnio era un secreto a voces y los suyos callaban, pese a lo cual el papa Wojtyla le había

perdonado. La Iglesia consideraba que la pederastia de los curas era un grave pecado, pero no un delito, de modo que en lugar de poner a los culpables en manos de la policía, los recibía en confesión, los absolvía y, si el escándalo había trascendido, los cambiaba de colegio o de parroquia, donde el pecador encontraría para su delito un nuevo campo abonado. Está bien, quedaban los ciudadanos anónimos que cumplían con su deber. En Sodoma y Gomorra, Jehová estuvo dispuesto a detener la lluvia de azufre si había un solo hombre bueno.

—Buscad a un buen panadero —clamaban los profetas—. A partir de un panadero honrado podréis levantar de nuevo un país.

¿Había que volver la mirada hacia los jóvenes del 15-M, acampados en la Puerta del Sol?

Siglo y medio después de aquel fantasma que recorrió Europa, desbancado finalmente el comunismo, hoy se paseaba otro fantasma por el mundo, tal vez más peligroso, llamado cabreo, un estado anímico de las clases subalternas imbuidas por el espíritu de Espartaco. Se trataba en el fondo de una nueva rebelión de los esclavos, que podían ser cristianos o islamistas. Esta cólera de las masas era realmente un fantasma incontrolable; se hallaba suspendida en la atmósfera, se colaba como una pérfida hidra babosa por todas las rendijas del poder y desde el teclado de todos los ordenadores movía los dedos crispados para ocupar por completo el espacio digital. El fanatismo y el Kalashnikov se habían abrazado como novios de la muerte. La fuerza de la cólera colectiva consistía precisamente en que carecía de organización y de cabeza visible, de modo que su carga estática podía estallar de forma inesperada en cualquier parte, en cualquier momento, sin que nadie la dirigiera. La insumisión se había convertido a la vez en una conciencia y en una terapia social, hasta el punto de que el motín o el atentado terrorista ya eran una manera espiritual de estar en este mundo. Las termitas del 15-M amenazaban con devorar las vigas maestras del sistema. Cualquier día podía uno levantarse de la cama y encontrarse con que todo se venía abajo. Nadie sabía todavía si era un nuevo parto de la historia, una esperanza o un renacimiento. O simplemente una

renovación de las formas, otra llamarada que se iba a consumir con la propia energía.

Algunas gloriosas figuras que protagonizaron la Transición habían vuelto a la escena política en forma de espectros de niebla. A aquel Pasqual Maragall, un joven político lleno de glamour con un toque excéntrico, que fue alcalde de Barcelona durante quince años y había conseguido los Juegos Olímpicos de 1992 y abierto la ciudad al mar, que había sido el primer presidente socialista de la Generalitat y había impuesto la moda del catalanismo como una moderna forma de ser, ahora se le veía flotar como un fantasma por encima de las instituciones, perdido en el bosque de su cerebro, hasta que un 20 de octubre de 2007 tomó tierra y se manifestó a los ciudadanos con una dolorosa confesión:

—Lo cierto es que hace unos meses me diagnosticaron un principio de la enfermedad de Alzheimer. Pese a todo me siento un privilegiado, ya que no podré perder la memoria porque la gente seguirá reconociéndome en la calle. Hicimos los Juegos Olímpicos, hicimos aprobar y refrendar el Estatut, y ahora iremos a por el Alzheimer.

La niebla en la que Pasqual Maragall acababa de entrar se cernía también sobre toda Cataluña y tal vez le impedía vislumbrar lo que había sucedido. En efecto, el Estatut se había aprobado en el Parlament, lo había refrendado el pueblo catalán, pero el Partido Popular había interpuesto un recurso en el Tribunal Constitucional, había hecho campaña en contra por toda España montando mesas petitorias, como si se tratara de la lucha contra el cáncer a medias con el día de la banderita, y el agravio se había convertido en un caso de divorcio a cara de perro.

Hay parejas que se divorcian porque han encontrado un nuevo amor. En cambio, otras quieren separarse a toda costa porque no aguantan más a la persona que tienen al lado en la cama y tratan de huir a como dé lugar como única forma de liberarse. Era el caso de este divorcio a la catalana. Al parecer Cataluña lo daba todo por bueno con tal de dejar España atrás, de perderla de vista, sólo movida por el rebote del agravio, que iba del odio al desprecio. La

plegaria que hizo la derecha española al Constitucional para que se cepillara el Estatut de Cataluña, votado por el Parlament y el pueblo catalán, fue atendida por un solo voto de diferencia, el de un magistrado que luego apareció en un burladero de la Maestranza de Sevilla fumándose un puro. Ahora el ciudadano medio contemplaba con inquietud los testarazos que se daban los dos carneros nacionalistas, el español y el catalán, pugnando por demostrar cuál de los dos era más lerdo y más obtuso. Sólo quedaba llorar.

Independencia era la palabra de moda. Se trataba de una palabra muy cálida que encendía el corazón de muchos catalanes. Cuando la multitud grita con fervor «independencia», ya es muy difícil detenerse. Ese grito no tiene propietarios. Nadie podría bajarlo del aire o recogerlo del suelo para devolvérselo a los libros o al casillero del archivo. Sucede lo mismo con la pasión amorosa. Si la mujer a la que se ha declarado abiertamente el deseo de poseerla le mira a uno a los ojos y comienza a desabrocharle con morbosa lentitud la camisa en silencio, ¿qué amante enamorado será capaz de pedirle que se detenga? El deseo de independencia de un pueblo es un erotismo político muy difícil de controlar cuando se ha puesto en marcha. Ningún patriota encendido analiza con frialdad los peligros, las ventajas e inconvenientes de este destino. Hacer números y cuentas en una libreta de mercader baja la libido, cualquier análisis serio mata los sentimientos. Ante una maravillosa puesta de sol en una tarde de domingo, ningún amante trataría de detener la desbocada pasión de su pareja recordándole si conseguirían el permiso de los padres para casarse, cuál de las dos familias pagaría el banquete de boda, a qué banco pedirían la hipoteca del piso, a qué colegio llevarían a los niños. Nada, se funden los sentidos sin pensar qué será de ellos mañana. Cataluña se hallaba ahora en esta fase de erotismo político. Su deriva hacia la independencia era muy excitante.

En medio de este torbellino de pasiones, muchos años después de aquella famosa ascensión al Canigó, el efecto retardado de la amanita muscaria obligó a Jordi Pujol, padre de la patria catalana, a realizar ante el público español una escena pornográfica sumamente tórrida. Se sabía que sus hijos, los siete enanitos del bosque,

andaban enfrascados en negocios sucios, pero el prócer parecía estar a salvo, cubierto de honores y medallas, encaramado en un pedestal moldeado en bronce. Sin duda, no ignoraba que desde la quiebra de Banca Catalana y la querella de los fiscales, abortada por razones de Estado, llevaba clavado el arpón y durante treinta años había logrado navegar por la superficie de las aguas y por el légamo de la política en libertad bajo el compromiso o chantaje de colaborar en el sostenimiento de la estructura del Estado, pero alguien le tiraba del sedal de vez en cuando para recordarle que llevaba el hierro clavado. En un golpe de premonición asombrosa, Marta Ferrusola le dijo a su marido:

—Cualquier día todos tus hijos irán a parar a la cárcel.

El efecto de la amanita muscaria le hizo perder la cabeza. En medio del torbellino erótico, Pujol se declaró independentista a las claras, aquí y ahora, sin ambages. De pronto la sacudida del sedal se hizo irresistible, insoportable, apremiante, y el viernes 25 de julio de 2014 Jordi Pujol no tuvo otra opción que convocar a los medios y contar una historia para poner en claro el origen de su fortuna enmascarada en Suiza o en Andorra. Amarrado a unos folios, con las gafas en la punta de la nariz, comenzó a leer:

—Mi padre, Florenci Pujol i Brugat, dispuso como última voluntad que un dinero ubicado en el extranjero, rendimiento de una actividad económica y que no se encontraba regularizado en el momento de su muerte en septiembre de 1980, fuese destinado a mis siete hijos y a mi esposa, pues él consideraba errónea y de incierto futuro mi opción por la política en lugar de seguir en el mundo de la actividad económica. Y más todavía porque, habiendo vivido de cerca la época difícil de los años treinta y cuarenta, tenía miedo de lo que podía pasar, y más de lo que le podía pasar a un político muy comprometido. La súbita muerte de mi padre tuvo lugar a escasamente cinco meses de mi toma de posesión como president de la Generalitat.

»Lamentablemente no se encontró nunca el momento adecuado para regularizar esta herencia, como sí han podido hacerlo el resto de personas que se encontraban en situación similar en tres

ocasiones excepcionales a lo largo de los más de treinta años de vigencia del actual sistema tributario.

»De los hechos descritos y de todas sus consecuencias soy el único responsable, y quiero manifestarlo de forma pública, con mi compromiso absoluto de comparecer ante las autoridades tributarias, o, si procede, ante instancias judiciales, para acreditar estos hechos y de esta manera acabar con las insinuaciones y los comentarios.

»Expongo todo esto con mucho dolor, por lo que significa para mi familia y para mí mismo, pero sobre todo por lo que puede significar para tanta gente de buena voluntad que pueda sentirse defraudada en su confianza, a la que pido perdón. Y también les pido que sepan separar los fallos de una persona, por muy significativa que haya sido, y que esta declaración sea reparadora en lo que sea posible del daño y sirva de expiación para mí mismo. Barcelona, 25 de julio de 2014.

Esta confesión de Pujol con el propósito de liberarse del arpón hizo que se enredara más con el sedal, y las hazañas de sus siete enanitos haciendo de las suyas en el bosque de las finanzas añadieron aún más veneno a la manzana que había mordido Blancanieves. Poco después se descubrió que ese testamento era una mera falacia. Pero como a esas alturas en los juzgados había centenares de políticos imputados, algunos empresarios en la cárcel y otros bajo sospecha, Jordi Pujol trató de enmascararse bajo la basura general. «El patriotismo es el último refugio de los canallas», dijo Samuel Johnson. Si alguien pensó que este refugio sería el adecuado para este padre de la patria, estaba equivocado. No fue así. En una declaración en el Parlamento de Cataluña ante todos los diputados, después de unas humillantes excusas, Pujol se fue creciendo, comenzó a cabrearse y entre gruñidos y toses lanzó una amenaza:

—Si se cortan las ramas de este árbol, se vendrán muchos nidos abajo.

Habló como un padrino. Quien tenga oídos, que oiga, pensó. Sin duda podía poner una cabeza de caballo cercenada debajo de muchas sábanas.

Por otra parte, aquel joven y brillante banquero que se creía negro había sido el primero en inaugurar el camino de la cárcel por haber desafiado al Leviatán. Todos los imputados de corrupción que amenazaron con tirar de la manta quedaron con los pies desnudos a la intemperie. El Leviatán es un dragón al que únicamente se puede derribar a cañonazos. Si te acercas a él armado sólo con la dialéctica, te echa el aliento sulfuroso a la cara y te enloquece después de haberte cegado. Las prisiones ya tenían las puertas abiertas para recibir a los nuevos facinerosos de oro, y en los obradores los mejores chefs de cocina estaban ya imaginando recetas para un catering carcelario.

Pero en esto, en medio de la crisis galopante que convocaba a la clase media en torno a los cubos de basura, viene el monarca Juan Carlos, a quien todo el mundo creía en su despacho cumpliendo con su deber, y sale con que se ha roto la cadera matando elefantes en Botsuana acompañado de su amiga Corinna, una supuesta amante que tenía recogida en los aledaños de la Zarzuela y a la que, según algunas comadres, Iñaki Urdangarin también consolaba. Al monarca lo trajeron a España vencido y desarmado en un avión medicalizado del Ejército, y de pronto los ciudadanos se sintieron rebajados a vasallos y entre los vasallos el cabreo se convirtió en choteo y el choteo en desprecio. El rey se vio obligado a mostrar su triste figura con muletas por un pasillo del hospital y, con cara de perro pachón compungido, decir a toda la nación:

—Lo siento mucho. Me he equivocado. No volverá a ocurrir.

¿Un rey pidiendo perdón como un pequeño tendero burgués cogido por la fiscalía de tasas? Eso no lo debe hacer un verdadero monarca. No obstante, el pueblo llano se conmovió ante esta prueba de humildad, pero Juan Carlos sabía que desde ese momento había dejado de ser rey y el mecanismo para apearlo del trono se había puesto en marcha. En la última Pascua Militar ya no le quedaba resuello para leer el discurso oficial. El príncipe lo miraba entre la altivez y la misericordia filial, con un gesto que quería decir: «¡Por qué no lo dejas ya, papá!».

Juan Carlos I abdicó de su reinado el 19 de junio de 2014, veinte años después de que el famoso pintor iniciara el retrato de la familia

real. Ese mismo día, el príncipe de Asturias fue proclamado rey con el nombre de Felipe VI ante las Cortes Generales. Era la primera vez en la historia de España en que un rey era coronado sin la presencia de un obispo o representante alguno de la Iglesia católica. Con esta ceremonia laica Letizia Ortiz, una chica del pueblo, se convirtió en reina y a partir de ese momento Juan Carlos pasó a la vida privada. Sofía de Grecia andaba desaparecida, la infanta Cristina iba a sentarse en el banquillo de los acusados, la infanta Elena no pintaba nada salvo para sus caballos. La reina Letizia, que había aprendido a respirar por las branquias, aunque se estaba quedando en los huesos, parecía dispuesta a imponer su carácter y afrontar el destino de dar sentido a ese azar ovárico-seminal para convertirlo en una institución del Estado práctica y utilitaria.

Durante el paseo sonámbulo

Durante el paseo sonámbulo por palacio, una pareja de ciervos, que se deslizaba entre los mármoles, se detuvo ante un lienzo en blanco y Dorian Gray la recibió para introducirla en el jardín de las delicias.

Juan Carlos I, el abdicado, abandonaba de buena mañana el Palacio de la Zarzuela para dejarlo libre a su heredero Felipe VI. En el Palacio de Oriente le habían preparado un despacho a su gusto en el que se podía entretener con sus pequeñas cosas, que en la realeza son siempre grandes designios. Era un hombre libre, sin atributos, más allá de su innata simpatía. Dispuesto a darse buena vida, visitaba los restaurantes de lujo en una ruta culinaria, realizaba viajes privados y, si lo deseaba, podía darse toda clase de masajes sin que nadie se lo tuviera en cuenta. ¿Dónde estaba Corinna? Las horas muertas en su despacho en el Palacio de Oriente puede que se le hicieran eternas, y para entretener el ocio y estirar las piernas algunas tardes le daba por andar apoyado en el bastón por los salones de palacio llenos de fantasmas del pasado, algunos de los cuales le miraban desde los óleos colgados en las paredes. El rey se perdía por aquellos grandes espacios llenos de escalinatas, alfombras, espejos, tapices, cornucopias, muebles historiados y relojes que marcaban con sus agujas un tiempo ya periclitado. A veces pasaba por el salón del trono y se sentaba en la poltrona real bajo un baldaquino de damasco e imaginaba los días de gloria pasados, cuando en este espacio celebraba la Pascua Militar y después del discurso, que aún leía de corrido, tomaba un pincho de tortilla con los generales y echaba carcajadas con el tronco hacia atrás por cualquier gansada pronunciada con el canapé en la boca. Conocía entonces todas las muelas de sus ministros gracias a esas risas, y sabía de memoria cuáles estaban cariadas y cuáles eran de porcelana. Puede que cruzara por delante de la puerta de aquel gabinete donde la reina Isabel II recibía a sus amantes a las cinco en punto de la tarde, la hora taurina por excelencia, que en España es la hora de matar. Tal vez conocía también aquella famosa historia.

Un joven alabardero cumplía con el encargo de acostarse con la reina todos los días a las cinco en punto de la tarde, y ya llevaba

más de un año en este trabajo. Sucedió que el joven alabardero sedujo a una joven y hermosa doncella de palacio cuya loca pasión no podía satisfacer porque ella sólo tenía libre el tiempo en que este penetrador estaba haciendo sus deberes con la reina. El alabardero dio vueltas a su cabeza para hallar una solución hasta que encontró una salida. Pidió por favor a un compañero de la guardia que le sustituyera en la faena, en este caso como sobresaliente en la corrida. Aunque parecía una empresa muy peligrosa e imposible de llevar a cabo, dijo a su amigo:

—No vas a correr ningún riesgo. A las cinco en punto de la tarde te plantas en la puerta del gabinete, llamas con tres golpes con los nudillos y oirás una voz que desde el interior te dirá: «Pasa». La habitación estará completamente a oscuras. Mientras te desnudas, vislumbrarás un bulto en la cama. Es la reina. Está absolutamente prohibido hablar. Te acuestas a su lado. La satisfaces. Te levantas y en silencio te vistes y te largas.

Así lo hizo el amigo. Todo sucedió sin sorpresas, como le había advertido su compañero de armas. Dio los tres golpes con los nudillos en la puerta. Oyó la voz que le daba paso. Entró en el gabinete. Vio el bulto en la oscuridad, se desnudó, se metió en la cama de la reina y cumplió debidamente como buen vasallo sin decir palabra. Sólo que después de vestirse, al abandonar la habitación, oyó que desde la cama la reina satisfecha le dijo:

—A partir de mañana ven tú.

Tal vez el sustituto del joven alabardero había sido un teniente bravucón, sablista y pendenciero, el valenciano Enrique Puigmoltó, que fue amante de la reina y progenitor, según todos los historiadores, del rey Alfonso XII. Puede que la sangre del pueblo se hubiera mezclado en aquel gabinete secreto de la reina Isabel II, llamada «la de los Tristes Destinos», pero en las venas azules de Juan Carlos de Borbón corría aquel plasma nacido del placer y del buen hacer de un valenciano de Onteniente.

Durante sus correrías sonámbulas por los salones del Palacio Real puede que Juan Carlos pensara en la reina Letizia, a la que había tenido en poca cuenta después de haberla vetado inútilmente a la hora del matrimonio. Sin duda recordaría la bochornosa escena en

que el novio de Érika, la hermana de Letizia que se había suicidado, durante el funeral le hizo responsable a gritos de esa muerte y Letizia se arrodilló para pedirle perdón besándole la mano. Un Shakespeare de tercera, pero tal vez ahora aquella periodista profesional, perfeccionista y autoexigente, mucho más noble que Puigmoltó, conde de Torrefiel, iba a salvar a la monarquía con una sangre nueva.

Durante sus correrías sonámbulas por las estancias del Palacio Real Juan Carlos pudo llegar a la sala de la Estufa Grande o de las Camelias. Todos los antepasados le acompañaban con la mirada en este viaje mientras descendía por la gran escalinata hacia la planta baja. La reina María Luisa de Parma, mujer de Carlos IV a la que retrató Goya, tenía los mismos rasgos que su hija la infanta Elena. María Carolina de Austria, pintada por Anton Raphael Mengs, se parecía a la infanta Cristina, ahora a punto de entrar en tribunales por haberse enamorado de un frívolo balonmanista descerebrado que había aprendido a meter una mano en la caja mejor que el balón en la portería. Las reinas en los óleos aparecían cubiertas de joyas, sedas, oropeles y armiños que les inferían mucha majestad. Los reyes habían posado revestidos con terciopelos, bandas y condecoraciones, montados a caballo o pie a tierra, agarrados a una escopeta de caza y con un perro al lado mirándolos arrobado. Antonio de Orleans, duque de Montpensier, pintado por Federico Madrazo, se parecía al rey Felipe VI. Por los salones, a veces el rey se cruzaba con una pareja de ciervos, macho y hembra, que se deslizaba con una elegancia natural sobre las alfombras, y ningún historiador supo nunca de dónde procedía ni adónde se dirigía en medio de aquellos mármoles. ¿Quién había soltado a esta pareja de cérvidos para que pastara por palacio? Una tarde, el rey Juan Carlos la sorprendió reflejada en un espejo.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Te conozco de algo? —preguntó el rey al macho.

—Me llamo Dorian Gray —contestó el ciervo.

—¿Y ella?

—Ella es ella. Sin duda su majestad la debe de conocer.

—¿Quién eres? —le preguntó el exmonarca a la cierva.

—Mi nombre está escrito detrás del espejo. No se le ocurra leerlo.

Finalmente Juan Carlos llegó a esa estancia donde había un gran lienzo de 3 × 3,39 tapado con varias sábanas. El rey recordó que hacía muchos años había pasado por allí. Al pie del cuadro se había encontrado con un pintor en honda meditación. Puede que le hubiera saludado con algunas palabras protocolarias, no estaba seguro, pero lo cierto era que no había tenido ningún interés por descubrir el trabajo que el artista estaba realizando. Como esa tarde no tenía otra cosa que hacer, por mera curiosidad, para matar una hora que le sobraba antes de volver a la Zarzuela, tiró de las sábanas y se encontró con el retrato de familia. El príncipe estaba en el lado derecho del cuadro, ligeramente separado del resto de las figuras, el propio Juan Carlos tenía una mano sobre el hombro de la infanta Elena y otra en la espalda de la reina Sofía, como queriéndola empujar cariñosamente hacia delante; la infanta Cristina aparecía a la izquierda, visiblemente desconectada del grupo. Las figuras se veían sonrientes, casi juveniles, atrapadas por una fuga de luz de aquel tiempo en que los sueños de este país no habían sido aún pisoteados.

Llegó un día de otoño de 2014, veinte años después de que el pintor diera sobre el lienzo el primer toque de pincel, en que por fin el cuadro terminado fue desvelado en un acto oficial con protocolo de banda de música y revista a las tropas. Los reyes, ministros del Gobierno, autoridades académicas, gente de la cultura, críticos y demás insignes invitados asistieron a la ceremonia. Todos contemplaron la obra con la boca cerrada. Nadie osaba hacer comentarios. Realmente sólo veían lo que había en el lienzo, cinco figuras pintadas con un realismo limpio y sin trampas sobre un fondo gris con sombras de mármoles. La honestidad y el talento del pintor estaban fuera de dudas, pero la historia había rodado azarosamente sobre las cabezas de aquellos personajes fuera del lienzo. El príncipe ya era rey de España y se llamaba Felipe VI, la infanta Cristina estaba a punto de sentarse en el banquillo, el propio Juan Carlos podía ser imputado por cualquier querella al carecer de inviolabilidad por haber sido desaforado, la reina parecía andar desaparecida y la infanta Elena miraba con cierta altanería un futuro que no existía.

Pero al día siguiente la exposición del retrato de la familia real fue abierta al público en el Palacio de Oriente. El pueblo formó una cola que se perdía por la calle Bailén. Una vez más, la fila en sí misma constituía parte de la cultura aunque estuviera petrificada sin saber adónde se dirigía. El pueblo se introdujo en palacio y atravesó una galería de cuadros de todos los reyes, reinas, príncipes e infantas de la historia de España antes de llegar a la última sala del fondo.

Los espectadores del pueblo no sabían nada de pintura, pero se sentían inspectores cualificados; comenzaron a analizar el retrato sin prejuicios, y de esta forma descubrieron que los personajes de la familia real no eran los protagonistas de la obra, y ni siquiera la parte principal. Sus figuras parecían haber naufragado bajo un cúmulo de signos y sombras que cada visitante podía interpretar a su manera, según sus deseos y frustraciones. Entre otras pinceladas indescifrables, allí se veía a un predicador anunciando el fin del mundo al pie de la escultura del diablo, un bisoñé como un nido de pájaros pintado por Jan van Os, la nariz sangrante de un futbolista, el rostro feroz de Jehová con gafas negras de mafioso extraído de una Capilla Sixtina de Marina d'Or y que señalaba con el dedo una publicidad de apartamentos, una Cleopatra dándose tinte en el pelo boca abajo sobre una palangana en Terra Mítica, un muerto de infarto en el prostíbulo El Venado, el gol de Iniesta en el Mundial de fútbol seguido de una gran mamada a un huertano muy patriota, una prostituta rusa degollada y, arrodillado ante ella, cubierto de sangre, un miembro de la Adoración Nocturna, una plantación de amanitas muscarias al pie del monte del Canigó, banqueros asaltando a los transeúntes a mano armada, las Torres Gemelas ardiendo, ríos de sangre inocente entre las vías de los trenes de Atocha, camiones de basura hacia el vertedero general de Rivas Vaciamadrid y una adolescente que se cruzaba con ellos en sentido contrario cargada con sus cuadernos escolares. Políticos corruptos, curas pederastas, asesinos mafiosos, promotores inmobiliarios.

Pero también se veía un río de aguas claras formado por rostros plateados de actrices llenas de seducción, Charo López, Ángela Molina, Carmen Maura, Ana Belén, Emma Suárez, Aitana Sánchez-Gijón, Penélope Cruz, Maribel Verdú, Ariadna Gil, Leonor Watling y

también ahora Adriana Ugarte. Esta actriz había sido el último descubrimiento de Javier de Sosa, que murió cuando estaba a punto de revelarse. Estas actrices, los deportistas de élite, algunos científicos, actores y artistas representaban lo mejor que el futuro podía asumir del pasado, con la suerte de haber nacido cuando en la sociedad española apenas quedaban adherencias de la oscuridad del franquismo. Habían despertado a los sentidos en medio de la libertad que les había sido regalada sin esfuerzo por su parte. En esas figuras se liberaba el alma del espectador de cualquier mácula de culpa. En el lienzo expuesto al examen público también estaban los adolescentes que cruzaron el paralelo del segundo milenio sin más terrores que los propios de la pubertad. Los sueños felices de una economía enloquecida que aún no había reventado las costuras. Estos jóvenes no habían necesitado ninguna movida para reconocerse. La naturalidad, la audacia y la gracia irresponsable eran los dones que la vida les había regalado junto con la cólera. La ascética consistía en machacarse en el gimnasio, y el máximo placer, amarse entre dos coches aparcados en la madrugada del sábado. Todo este bagaje también estaba en el cuadro que en el reinado de Juan Carlos I se había convertido en *El jardín de las delicias,* de El Bosco. Al pie del cuadro había unas predelas en las que habían quedado imantadas las últimas imágenes de esta historia. El buque escuela *Juan Sebastián de Elcano,* en el que se habían educado Juan Carlos I y Felipe VI en los ritos de la mar, ahora se había descubierto que transportaba, junto con el orgullo de los guardiamarinas, ciento veintisiete kilos de cocaína de matute. En este jardín de las delicias también había aparecido la duquesa de Alba muerta sustituyendo en el altar a la Virgen de la Macarena, y el pueblo sevillano le rezaba mientras su viudo sacaba las gallinas del palacio de Las Dueñas y las repartía entre el vecindario.

Según una noticia de alcance del telediario, habían aparecido tres ahorcados en unas grúas de la construcción a orillas del Mediterráneo. Eran las tres grúas que quedaban, como en el Gólgota, después de la limpieza de esta chatarra realizada por la crisis económica a la que nadie le veía el final. Veinte años de misterio quedaron desvelados. Los tres ahorcados habían

permanecido bamboleándose durante ese tiempo según la dirección que traía la brisa, unas veces de gregal, otras de lebeche. Al amanecer los iluminaba el sol de medio lado, como ilumina a los pájaros, y al terminar el día volvían a la oscuridad para resucitar ahorcados a la mañana siguiente. Ningún juez había acudido a bajar los cadáveres, ningún periodista investigó el motivo del triple asesinato, ningún cura preguntó si se habían confesado, ningún policía halló nunca a los culpables, ningún turista dejó de fotografiarlos para llevárselos de recuerdo. Los tres ahorcados se habían convertido en paisaje, y ahora habían pasado a formar parte del cuadro de esta historia que acababa de revelarse en el Palacio Real.

Créditos

Primera edición: junio de 2025

© 2011, 2013, 2015, 2025, Manuel Vicent
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: © Manolo Valdés, VEGAP, Barcelona, 2023

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10299-77-1

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

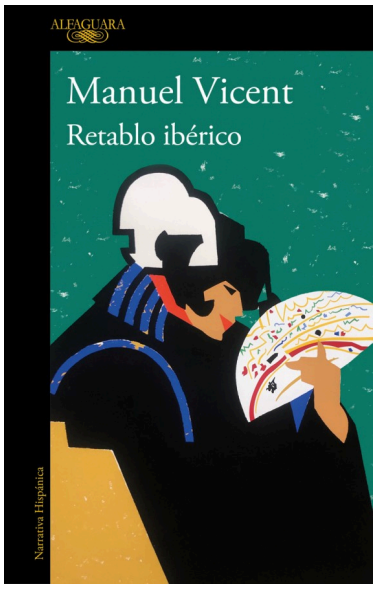
Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Sobre este libro

LA GRAN mentira de una con el ego muy alto...anda ve y lo cascas

«Su literatura se asemeja más al fuelle de un acordeón, que pliega y despliega el tiempo para crear, con finísimas variaciones, una misma melodía: la memoria fermentada».
Paco Cerdà, *Babelia*



Entre 2011 y 2015 Manuel Vicent publicó tres novelas que conforman una serie sobre la España contemporánea. Si en la

primera de ellas, *Aguirre, el magnífico*, tomó al duque de Alba como eje para contar la época del franquismo, en *El azar de la mujer rubia* son Carmen Díez de Rivera y un Adolfo Suárez ya desmemoriado las columnas en las que se vertebra el relato de la Transición.

Por último, en *Desfile de ciervos*, un retrato de la familia real pintado durante décadas por Antonio López muestra cómo la utopía democrática acabó desguazándose. En estos libros hay picaresca, casi esperpento literario, hay humor e ironía, pero, sobre todo, prevalece la capacidad magistral de Vicent para retratar personajes y para contar nuestra historia.

Alfaguara publica en un volumen la gran trilogía narrativa sobre nuestro pasado reciente: nadie sabe narrar este país con el ingenio, el humor y la ironía de Manuel Vicent.

Sobre *Aguirre, el magnífico:*

«Logra Vicent una estampa original, profunda y pertida, de un tiempo confuso a la que solo puede ponérsele un pero: se le hace a uno corta».
Santos Sanz Villanueva, *El Cultural*

«Nadie, salvo Manuel Vicent, podría haber escrito con tanta propiedad y desparpajo, con tanta ironía y tristeza, esta novela fingida, disfrazada de retablo descoyuntado y tremendo del franquismo medio y tardío».
Manuel Rodríguez Rivero, *Babelia*

Sobre *El azar de la mujer rubia:*

«El azar de la mujer rubia tiene un empuje melancólico y vagamente onírico que transporta a un tiempo de bronca, la primera Transición sobre todo, y lo hace con armas indirectas, metafóricas».
Jordi Gracia, *Babelia*

«Manuel Vicent ha escrito su mejor libro en años».
J. M. Pozuelo Yvancos, *El Cultural*

Sobre *Desfile de ciervos:*

«El diálogo del reportero, su amante y el pintor ante el inacabable cuadro de la familia real es toda una lección magistral».

Ángel S. Harguindey, *Babelia*

Sobre Manuel Vicent

Manuel Vicent nacido en Vilavella (Castellón), ha publicado en Alfaguara obras narrativas como *Pascua y naranjas* (1966), *Tranvía a la Malvarrosa* (1994 y 2014), *Jardín de Villa Valeria* (1996) -las dos últimas recogidas junto con *Contra Paraíso* en el volumen *Otros días, otros juegos* (2002)-, *Son de Mar* (Premio Alfaguara 1999), *La novia de Matisse* (2000), *Cuerpos sucesivos* (2003), *Verás el cielo abierto* (2005), *León de ojos verdes* (2008), *Aguirre, el magnífico* (2011), *El azar de la mujer rubia* (2013), *Desfile de ciervos* (2015), *La regata* (2017), *Ava en la noche* (2020), *Retrato de una mujer moderna*(2022) y *Una historia particular* (2024). También es autor de la antología *Los mejores relatos* (1997) y de las colecciones de artículos *Las horas paganas* (1998), *Nadie muere la víspera* (2004), *Viajes, fábulas y otras travesías* (2006), *Póquer de ases* (2009), *Mitologías* (2012), *Los últimos mohicanos (*2016), *Antitauromaquia* (2017), con ilustraciones de El Roto, y *Lecturas con daiquiri* (2018).

Gracias por copiar este libro

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Retablo ibérico
Aguirre, el magnífico
- 1985
- 1970
- 1965
- 1980
- 1931
- 1950
- 1952
- 1955
- 1961
- 1965
- 1973
- 1976
- 1977
- 1978
- 1982
- 1986
- 1996

El azar de la mujer rubia
- Prefacio
- El héroe sin memoria
- En el momento en que Suárez fue fusilado
- La pequeña historia de una tragedia
- Cuando el cadáver de Franco
- La gacela rubia
- Se prepara un gran banquete
- Una tarde de septiembre
- Un ángel del Apocalipsis
- Juramento
- El adulterio frenético

- Sólo la muerte vive todavía
- Fragmentos de un diario íntimo
- Cuando el Congreso de los Diputados
- El síndrome de Estocolmo
- Los antiguos líderes políticos
- Cuando España perdió el olor a sardina
- Las Torres Gemelas ardiendo
- Cuando los héroes de antaño
- *Nota a los lectores*

Desfile de ciervos

- Los terrores del segundo milenio
- Cleopatra se daba tinte en el pelo
- Aquel crimen entre los limoneros
- Ciervos de catorce puntas
- Desde los andamios
- Todo el amor del universo
- Un crimen de sobremesa
- La amanita muscaria
- Rostros de mujer
- No hay inmortalidad más profunda
- El corazón de la mujer
- La sangre derramada
- Morir en una pira
- El jardín de las delicias
- En el aire
- Las columnas del templo
- La única verdad

Créditos

Sobre este libro

Sobre Manuel Vicent

Tabla de contenidos

1. Retablo ibérico
2. Aguirre, el magnífico
    1. 1985
    2. 1970
    3. 1965
    4. 1980
    5. 1931
    6. 1950
    7. 1952
    8. 1955
    9. 1961
    10. 1965
    11. 1973
    12. 1976
    13. 1977
    14. 1978
    15. 1982
    16. 1986
    17. 1996
3. El azar de la mujer rubia
    1. Prefacio
    2. El héroe sin memoria
    3. En el momento en que Suárez fue fusilado
    4. La pequeña historia de una tragedia
    5. Cuando el cadáver de Franco
    6. La gacela rubia
    7. Se prepara un gran banquete
    8. Una tarde de septiembre
    9. Un ángel del Apocalipsis
    10. Juramento
    11. El adulterio frenético
    12. Sólo la muerte vive todavía

    13. Fragmentos de un diario íntimo
    14. Cuando el Congreso de los Diputados
    15. El síndrome de Estocolmo
    16. Los antiguos líderes políticos
    17. Cuando España perdió el olor a sardina
    18. Las Torres Gemelas ardiendo
    19. Cuando los héroes de antaño
    20. 'Nota a los lectores'
4. Desfile de ciervos
    1. Los terrores del segundo milenio
    2. Cleopatra se daba tinte en el pelo
    3. Aquel crimen entre los limoneros
    4. Ciervos de catorce puntas
    5. Desde los andamios
    6. Todo el amor del universo
    7. Un crimen de sobremesa
    8. La amanita muscaria
    9. Rostros de mujer
    10. No hay inmortalidad más profunda
    11. El corazón de la mujer
    12. La sangre derramada
    13. Morir en una pira
    14. El jardín de las delicias
    15. En el aire
    16. Las columnas del templo
    17. La única verdad
5. Créditos
6. Sobre este libro
7. Sobre Manuel Vicent

Hitos

1. Cover
2. Portadilla
3. Aguirre, el magnífico

4. El azar de la mujer rubia
5. Desfile de ciervos
6. Créditos
7. Manuel Vicent
8. Índice